
DANIEL CAET
EL
PECADO
DEL
REY

Para Gregorio,
sin duda alguna quien más hubiera disfrutado esta novela
y quien mejores ratos me habría dado discutiendo sobre ella.
¡Ojalá se pueda enviar una copia al cielo!



La suprema felicidad de la vida es saber que eres amado por ti mismo o, más exactamente, a pesar de ti mismo.

Victor Hugo

Pamplona, 1177.

La noche que vinieron a por mí, la tormenta rugía en el cielo como si Dios hubiese enviado a todos sus ángeles para traer el fin del mundo. Las mujeres de la mancebía se hacían cruces y se acordaban de los santos y vírgenes a los que habitualmente ignoraban, mientras las voces de la puta grande intentaban imponerse a los truenos para hacerlas volver a la faena.

Nadie sabía cuál era el verdadero nombre de aquella mujer bajita y gorda como una cerda preñada, pero ella era la que cortaba el pan en aquella casa de solaz en las afueras de Pamplona y todo el mundo la llamaba la puta grande con un respeto que se parecía mucho al miedo. Todos, menos yo. Yo la llamaba abuela y la detestaba tanto a ella como a la vara de mimbre con la que me partía las espaldas siempre que le venía en gana. De sobras sabía yo que aquella mujer no era nada mío, pero así era como mi madre me había hecho llamarla siempre y ellas dos eran la única familia que había conocido, y la mancebía y sus putas el único lugar al que podía llamar hogar. Mi madre había muerto dos noches antes, de sífilis, si uno podía hacer caso de las sucias bocas de sus compañeras de labor, y en ese mismo instante mi vida se había vuelto simplemente tormenta.

Era noche cerrada cuando llegaron, como cualquier otro cliente, pero se dirigieron directamente a la puta grande.

—¿Dónde está? —preguntó de muy malas maneras uno de ellos, un hombre alto y fornido que hacía tiempo que había dejado atrás sus años mozos. Lucía una barba poblada y gris y un rostro de mal talante que asustaba solo de verlo.

—Detrás de esos toneles, siempre se esconde en el mismo sitio —dijo la mujer señalando mi escondite con la cabeza—. ¿Dónde está lo mío?

—¿Cómo sé que es el que busco y que no intentas endosarme a uno de vuestros bastardos?

—¡Pero si eso es exactamente lo que es! —rio a carcajadas la puta grande.

Sin darle la oportunidad de saber de dónde le había venido, el hombre la agarró por el cuello, levantándola en el aire y sujetándola contra la pared.

—¡No estoy para tus tonterías, puta!

—¡Es el que buscas, lo juro, no gano nada con engañarte! ¿Para qué quiero yo a un bastardo de estos? Tengo docenas... —balbuceó la mujer medio asfixiada.

El hombre abrió su mano dejando que la mujer cayese al suelo entre aspavientos y, con un gesto, ordenó a uno de sus acompañantes que me sacase de mi escondrijo. De nada sirvieron mis intentos por escapar, el hombre fue más rápido que yo y, agarrándome por la camisa llena de agujeros y manchas que era mi única vestimenta, me llevó hasta su jefe.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —preguntó mirándome de mala gana.

—¡Me llamo Rodrigo, y no soy un muchacho, tengo casi nueve años! —contesté desafiante a aquella mole de hombre que me sostuvo la mirada unos segundos antes de responder entre carcajadas.

—¡Tienes nombre y maneras de señor, una pena que sólo seas un sapo, y uno bien pequeño, por cierto! —replicó—. ¡Subidle a mi caballo!

Mientras el hombre que me sostenía me sacaba de la mancebía ignorando mis patadas y chillidos, pude ver como aquel gigantón le lanzaba una talega de monedas a la puta grande que se arrojó a por ella como un halcón sin siquiera dedicarme una mirada. Nunca más volvería a verla ni a ella ni a aquel lugar que pese a todo había sido mi casa.

Nunca había montado a caballo y las sacudidas de la montura al galope en la oscuridad, unidas a la fuerza con la que el hombre me sostenía para que no cayese, hacían que todo mi cuerpo me doliese. No podía ver nada y eso hacía que me concentrase en aquel sufrimiento y en el olor agrio que desprendía mi captor. No sabría decir si nuestro camino fue largo o corto, solo que estaba asustado. Finalmente, el hombre hizo que la montura fuese más despacio y empezó a subir una rampa que llevaba a un gran muro de piedra, con una única puerta para franquearlo, pobremente iluminada con dos teas que se mecían en la tormenta.

Entramos en un patio frío y oscuro y al instante, un enjambre de muchachos algo mayores que yo apareció para ocuparse de las monturas. Mi captor, agarrándome con una sola mano como quién maneja un fardo de paja, me llevó con él a través de una puerta pequeña al interior del edificio.

Un calor dulce y un olor delicioso captaron mis sentidos, al menos hasta que aquella torre humana me dejó caer encima de un taburete sin prestar atención al dolor que causaba en mis posaderas.

—¿Tienes hambre, sapito? ¡Claro que tienes hambre, no hay más que verte...! —dijo sin dejarme responder.

—¡No me llamo sapito, me llamo Rodrigo y quiero irme de aquí, maldito bastardo!

—¡Vigila esos modales, sapito, ya no estás entre esas putas que te han criado!

—¡Quiero volver a mi casa! —grité intentando levantarme de aquel taburete para salir corriendo, aunque no supiera a dónde.

—¡Estate quieto o te pelaré el culo a azotes! —contestó mientras me agarraba con su manaza impidiendo que me moviese.

—¡Déjame en paz, perro judío!

—¿Qué escándalo es este, Garcés? —resonó una voz de mujer detrás de mí haciendo que el hombre se parase en seco para mirarla.

—¡Mi señora Sancha! Disculpadme, los modales de este zagal distan mucho de ser los apropiados, pero ya me encargaré yo de pulirle a base de palos.

—¿Es este el que te pedí que buscases?

—Así es, señora, dice que se llama Rodrigo…

Los ojos de la mujer, alta, espigada y vestida con una sobreveste de color marrón que dejaba ver una camisa de color blanquecino debajo, me escudriñaron sin piedad como quién revisa un cordero en el mercado antes de comprarlo.

—Buscadle un jergón para la noche y dadle algo de comer, ¡vive dios que lo necesita! Encargaos de que mañana le den un baño y lo despiojen, no permitiré que se arrime al infante don Fernando de esta guisa. Cuando esté listo, traédmelo.

—¡Así se hará, mi señora! —respondió el gigante, aunque aquella mujer se dio la vuelta y se marchó sin prestarle más atención.

—¡Vaya cordero que me has traído esta vez, Garcés! ¡Me da a mí que este tiene la carne dura para guiso! —resonó otra voz de mujer desde la entrada de la cocina. —¡No me mires así, hombre, era sólo una broma, pequeño!

Aquella mujer poco tenía que ver con la primera. Si aquella era espigada, fina y aún joven, esta estaba rolliza y había pasado hacía tiempo sus mejores años. Donde la otra presentaba una cara de vinagre, esta tenía una sonrisa sincera que hizo que por un instante mis nervios por encontrarme en lugar desconocido y con gente extraña se calmasen.

—¿Tienes algo de comer, Filomena? ¡A lo mejor con el estómago lleno deja de dar patadas y no tengo que arrancarle la cabeza de un manotazo!

—Tú te has pensado que los niños son los soldados esos entre los que te has pasado toda la vida, Garcés. ¡Anda, tú no le hagas caso, muchacho! ¿Tienes hambre? Porque creo que aún me queda algo de estofado de la cena de esta noche, serán más castañas y nabo que carne, pero creo que te gustará.

La mujer se levantó y volvió al instante con un cuenco de barro que humeaba y olía de forma deliciosa y del que di buena cuenta.

—Ya he oído lo que te ha dicho mi señora Sancha. Esta noche que duerma en la cocina, en el jergón que hay junto al mío, que tú eres capaz de hacerle dormir en el establo entre el estiércol de los caballos. Mañana te lo bañaré y te avisaré cuando esté listo para que se lo lleves.

—¡Cómo tú quieras! Aunque mejor estaría en el establo, más le vale que se endurezca o no durará ni dos días —respondió el hombre, y sus hombros se relajaron como a quien le quitan un peso de encima.

—¡Qué sabia fue nuestra señora la virgen María al no darte hijos! ¡Pedazo de bruto!

—Es lo que tenemos los hijos de puta, Filomena, que no nos queda de otra que volvernos duros si queremos sobrevivir —replicó al comentario de la mujer al tiempo que se levantaba de la mesa y nos dejaba, pero mirándome fijamente como si aquella frase fuese dirigida a mí.

—¡No le hagas caso! —dijo la mujer cuando se hubo marchado—, Garcés es un buen hombre, pero la vida le ha curtido la piel y el corazón y le ha endurecido los modales. ¡Será mejor que vengas conmigo y que intentes dormir algo! Mañana tendrás que madrugar, la reina duerme poco y esperará que estés listo para verla a primera hora. ¡Sí, no me pongas esa cara de atontado! —continuó al ver la extrañeza en mi rostro—. Esa mujer era doña Sancha, reina de Navarra. ¿Acaso pensabas que te habían traído a una casa cualquiera de mala muerte?

No supe responderle. Me hubiera gustado decirle que no me importaba si aquella era una casa de reyes o de muertos de hambre, que yo sólo quería volver a la mía. Pero en ese momento comprendí lo estúpido de mi pensamiento. A mí no me quedaba casa a la que volver, mi madre estaba muerta y con la puta grande sólo me esperaban palos o algo peor. En una mancebía sólo se puede ser puta o putera y yo no habría sido el primer hijo de manceba que acababa siendo carnaza de los señorones que venían cada noche a desahogarse con lo que quisieran ponerle por delante, mujer, niño o animal.

Filomena me llevó hasta la parte de atrás de la cocina donde había dos jergones, uno más grande en el que ya yacía una muchacha medio desnuda y otro más pequeño, los dos cerca de un fuego escuálido que apenas si calentaba aquel espacio.

—Tú duerme en el pequeño, yo dormiré con Sebastiana, de todas maneras, solemos dormir juntas para darnos algo de calor.

La mujer me tiró por encima un trozo de tela vieja que, a pesar de todo, algo de calor daba. Quizá fue el agotamiento de todos los sucesos del día, o quizá el miedo que a veces adormece los sentidos, pero el caso es que no tardé en quedarme dormido y en soñar con el rostro de mi madre que me miraba con dulzura sin decir una palabra.

Apenas si había amanecido cuando Filomena me despertó y me sacó al patio por el que se entraba a la cocina y en el que ya había gente yendo y viniendo sin prestarnos ninguna atención.

—Así que este es el gurriato —soltó una voz aguda como un grillo que resultó ser la de la muchacha que vi durmiendo la noche anterior.

—¡Me llamo Rodrigo, no gurriato!

—Muy bien, Rodrigo —respondió entre risas—, pues más vale que te quites esos harapos que llevas puestos porque toca mojarse el trasero.

—¡Yo no pienso mojarme, hace mucho frío!

—¡Vaya que si lo vas a hacer, tanto si quieres como si no! —resonó la voz de Filomena que me cogió por detrás y en un instante me había quitado la camisa y los calzones dejándome como mi madre me trajo al mundo. Me sacudí y quise protestar, pero la tal Sebastiana no me dio tiempo y me arrojó por la cabeza un cubo de agua tan fría que me quedé sin respiración. No me dieron cuartel. Los cubos de agua se continuaron, alternándose solo con los raspones que me hacía en el cuerpo Filomena frotándome con un trapo viejo y áspero como si quisiese arrancarme la piel. Tardaron un buen rato en darse por contentas y yo acabé agotado. Me secaron y Filomena me metió de nuevo en la cocina, donde agradecí el calor que proporcionaban los fogones.

—Estas deberían servirte —dijo Sebastiana entregándome unas ropas que, aunque no eran nuevas, estaban en mucha mejor condición que las mías—. ¡Póntelas que te preparo unas migas para que te recuperes del frío!

Casi no tuve tiempo de acabar las migas porque, cuando aún me quedaban un par de cucharadas, el tal Garcés ya se había presentado en la cocina y, agarrándome del brazo de malas maneras, me llevó a empujones por un laberinto de corredores, pasillos y escaleras hasta el piso superior. Allí, me encaminó con la dulzura de una mula al interior de un gran salón con un fuego que ardía en un inmenso hogar de piedra junto a dos sillones de madera que a mí me parecieron tronos. Sin dudar un instante allí me coloqué, lo que me hizo ganarme otro par de pescozones de mi amigo Garcés.

—¡Levanta de ahí, maldito sapo, estás en presencia de una reina!

—Veo que lo habéis bañado como pedí, aunque el olor a casa de putas no se le ha ido —soltó la mujer de la noche anterior con un tono que no dejaba lugar a dudas de que su asco era muy real. Esta vez su sobreveste iba bordada con piedras brillantes que supuse que debían valer una fortuna siendo como era una reina—. ¿Te han explicado para que estás aquí? —soltó dirigiéndose directamente a mí por

primera vez.

—¡Nada sé de donde estoy ni de por qué me han traído aquí, yo sólo quiero volver a mi casa!

—Si por tu casa te refieres a ese burdel, ya puedes hacerte a la idea de que eso no ocurrirá. Estás aquí para ser la compañía de mi hijo, el infante don Fernando, y cree que no es por mi gusto. Tu vida anterior ya no existe, desde ahora acompañarás al infante en sus juegos, en sus lecciones y en cualquier cosa que él desee hacer. Te limitarás a ver, oír y callar. A cambio, te será dada una educación cristiana y, con suerte, sacaremos de ti algún provecho si es que la pecadora de tu madre no te ha parido inútil o estúpido. ¿Te ha quedado claro, Rodrigo? —Y no se me escapó que utilizaba mi nombre por vez primera.

—¿Y si no quiero? —pregunté, y la respuesta me llegó al instante en forma de un golpe de la mano de Garcés que me dejó el labio sangrando.

—Si no quieres —dijo la reina acercándose y sujetando mi rostro con su mano fría hasta hacerme un daño—, yo misma me encargaré de que te corten en pedazos y te echen a los cerdos.

Ni siquiera esperó mi respuesta, se limitó a batir sus palmas y en un instante una mujer gorda apareció en el salón y se postró ante ella.

—¡Mi señora!

—¡Llévale con el infante, y dile al hermano Teobaldo que si sus modales no son los adecuados tiene mi permiso para partirle el alma!

Garcés me entregó en las manos de aquella mujer que me sacó del salón como si acabásemos de robar algo.

No sé durante cuánto tiempo aquella mujerona me arrastró por el palacio, sólo sé que hubo un momento en que empecé a marearme y lo único de lo que era consciente era de que íbamos hacia abajo. Finalmente, llegamos hasta un portalón que la mujer abrió sin contemplaciones. Al otro lado nos recibieron las caras perplejas de un niño algo más pequeño que yo, de unos cinco o seis años, una figura cubierta de arriba a abajo en un hábito de monja negro como la noche y que tenía la cara arrugada como un higo seco, y un hombre —claramente un monje—, que sonreía como si aquella gorda ama de cría le hubiese traído un regalo.

—¡Buenos días, Herminia! —soltó el monje casi cantando—. ¿Es este el nuevo alumno?

—Sí, este es —respondió soltándome en el medio de la sala—. Su majestad me indica que no escatiméis en palos.

—Estoy seguro de que no será necesario, gracias por traerle hasta aquí.

—¡Cómo vos digáis! Vendré a buscarlos para la hora del paseo como todos los días.

—¡Muy bien Herminia, id con Dios! —La mujer le hizo un gesto con

la cabeza y sin más nos dejó en la oscuridad de aquel cubículo ocupado por tres mesas cubiertas de rollos de pergamino y algún que otro volumen encuadernado en piel, que sólo estaba iluminado por la luz de muchas velas dispuestas por todo el espacio.

—Y bien pequeño, creo que tu nombre es Rodrigo, ¿no es así?

—Sí, así me llamo, padre —respondí dirigiéndome a él como mi madre me había enseñado a dirigirme a los curas.

—En realidad es más correcto que me llames hermano Teobaldo.

—¡Cómo usted mande!

—Perfecto, acércate entonces, Rodrigo, este de aquí es el infante don Fernando, estoy convencido de que pronto seréis buenos amigos.

—¡No nos has dicho tu nombre! —interrumpió una voz cantarina a mis espaldas. Al girarme me encontré de frente con una niña alta y morena, más o menos de mi edad, con un pelo largo que le caía por la espalda y vestida como si fuera una copia de la reina Sancha—. ¿Acaso no tienes uno?

—Sí, lo he dicho, me llamo Rodrigo —respondí de malas maneras irritado por tener que repetir constantemente como me llamaba.

—Ese no es tu nombre, me refiero a tu nombre de familia. Todo el mundo tiene un nombre de familia, ¿o es que eres hijo de un labriego?

—Bueno, esta impetuosa joven es la infanta doña Berenguela, Rodrigo. Debes perdonar sus modales.

—¡Berenguela, por favor, discúlpate! —habló la anciana que parecía observarlo todo como un búho—. ¡Esos no son modales de dama!

—¡Yo no soy una dama, soy la hija de un rey, y no voy a disculparme! ¡Sólo le he preguntado cuál era su nombre!

—Ya te he dicho que me llamo Rodrigo, sólo Rodrigo.

—Y yo te he dicho que eso es imposible, mi madre no permitiría que se nos acercase un muchacho cualquiera, debes ser al menos hijo de algún noble navarro. ¿Cómo se llama tu padre? —insistió la muchacha como un perro que no quiere soltar la presa.

—Yo no tengo padre —le respondí y aquella frase sencilla hizo que el silencio llenase el espacio hasta hacer difícil respirar.

—¡Bueno, ya está bien! Rodrigo ha dicho que se llama y Rodrigo será, el resto no tiene mayor importancia. Ante nuestro señor todos somos iguales, todos nuestros cuerpos serán comida de gusanos, y sólo nuestra alma permanecerá, y esa no sabe de títulos. Mi señora Berenguela, os ruego que volváis a la lectura de las bienaventuranzas con la hermana Magdalena. Rodrigo, tú ven aquí con el infante y conmigo.

Me acerqué obediente, pues otra alternativa no tenía, y decidí ignorar a aquella maldita muchacha. El hermano Teobaldo se apartó para dejarme espacio junto al infante y puso su mano sobre mi hombro.

—Veamos Rodrigo, ¿qué es lo que sabes de letras y números? ¿Has aprendido a leer y a contar?

—No, señor, nada sé de esas cosas —respondí sin poder evitar sonrojarme.

—Y nada hay de qué avergonzarse, muchacho —respondió comprendiendo mi reparo—, aquí te enseñaremos lo necesario de gramática y aritmética, de latín y de griego, y de alguna otra materia útil para tu vida. De hecho, mi señor Fernando, que ya sabe algo de letras te ayudará a avanzar rápido. Mira, empecemos por este pliego de aquí que es de fácil lectura y cuenta la parábola del hijo pródigo, que por más de hermosa tiene una enseñanza de la que podemos aprender. Fernando, hacedme el favor de leerlo para que Rodrigo se vaya fijando en cómo suenan algunas letras.

Y allí, en aquel cubículo, escuchando como el infante don Fernando leía en voz alta una historia que no podía comprender, pasé la mañana absorto en los dibujos de aquel pliego y en los colores y formas de sus letras que atraían mi mirada como si de un hechizo se tratase. En ese momento me propuse que fuere como fuere yo aprendería aquellas cosas de nobles y señores y que, algún día, yo también tendría un nombre y no sería más simplemente Rodrigo.

Los siguientes días pasaron veloces, llevados por las rutinas que el hermano Teobaldo y el ama Herminia nos imponían, hasta el punto de que empecé a olvidarme poco a poco de la mancebía y de la puta grande y, por desgracia, hasta el rostro de mi madre empezó a ser menos claro en mi mente. Al principio aquello me provocaba desazón y tristeza, pero pronto la emoción de todas las cosas nuevas que aquella vida impuesta me había traído hizo que el dolor del olvido no pesase tanto. No sabía por qué me habían llevado hasta allí, ni por qué el hijo de una puta sería merecedor de tanta gracia. No podía concebir otra razón que la caridad cristiana, por mucho que me costase aceptar que la reina Sancha me tuviese caridad alguna; pero también sabía que no existía para mí camino de vuelta alguno y que lo único que podía hacer era agarrar con todas mis fuerzas la oportunidad que me era dada.

Me habían sido dados aposentos al lado del infante don Fernando, minúsculos hasta para un ratón, pero que a mí más me parecían un palacio pues nunca había tenido lecho que pudiese llamar propio y mucho menos cama elevada con sábanas finas y limpias. Fernando —como él mismo había insistido que le llamase obviando el título, pues para él tenía que debíamos de ser como hermanos—, estaba encantado de mi ubicación, pues le permitía escaquearse en mi cuarto en cuanto el ama Herminia se descuidaba o estaba demasiado ocupada con la

pequeña infanta Blanca que contaba apenas un año.

Nuestra vida transcurría fundamentalmente entre paredes pues no nos era permitido abandonar el palacio bajo ningún pretexto. Nuestra oportunidad de tomar el sol se limitaba al rato de juegos en los jardines que Herminia nos proporcionaba con la rigidez de un capitán militar, pues según ella el sol era salud. El resto del tiempo se pasaba entre lecciones en el cubículo, al que los niños habíamos dado en llamar la cueva, y los rezos a los que tanto el hermano Teobaldo como la hermana Magdalena nos obligaban a asistir cada día. Las lecciones habían surtido el efecto esperado en mí y tres meses después de mi llegada al palacio podía ya entender la mayor parte de la misa y, aunque algunas letras aún se me resistían, me llenaba de orgullo ser capaz de reconocer la mayoría de ellas en los pliegos y pergaminos.

Tal parecía que mi presencia en el palacio y en la vida de sus gentes se hubiese aceptado por todos de buen grado. Incluso la infanta Berenguela parecía haber perdonado mi falta de nombre alguno y me trataba, si no con cariño, sí con contento, de forma que sus maneras para conmigo se habían hecho más dulces y amables. Tan sólo la reina doña Sancha seguía recordándome, con su trato y su desdén, el lugar del que había salido. Aunque no solíamos verla demasiado, su majestad insistía en que sus hijos cenasen con ella cada noche. Eso significaba que yo debía hacerlo en la cocina con los mozos de cuadra y las cocineras, aunque aquello, lejos de molestarme, me agradaba, pues entre aquellas gentes me sentía cuidado, protegido y tratado como un igual. Más me dolía que me excluyese de la misa de los domingos que por orden expresa de aquella mujer debía realizarse en la capilla del palacio tan sólo para la familia real, lo cual me impedía disfrutar de la magnífica talla de la virgen que presidía el altar y que, a mis ojos, tenía el rostro más hermoso jamás concebido. Doña Sancha insistía en que la imagen estuviese siempre adornada con flores frescas, oportunidad que yo aprovechaba para acompañar a Sebastiana en la tarea con el único afán de poder observar aquel rostro que, en mi pequeña mente de niño, fue poco a poco sustituyendo al de mi verdadera madre.

Pronto el invierno se nos fue, y la primavera nos trajo jornadas más largas y temperaturas más cálidas, y con ellas la mula de Garcés volvió a mis días. Una mañana calurosa de mediados de abril, el ama Herminia nos dijo que el infante y yo debíamos acompañar a Garcés, mientras que Berenguela debía seguir con su educación al lado de la hermana Magdalena. Ni que decir tiene que la infanta montó en cólera gritando a los cuatro vientos su incomprensión al verse apartada de lo que ella estaba convencida que sería algún juego maravilloso, y de

poco sirvieron las palabras de Herminia tratando de hacerle entender que eran cosas de hombres.

Fernando, por su parte, apenas podía contener la emoción por lo que fuese a ocurrir, convencido de que debía ser algo peligroso y excitante si es que su hermana se había visto apartada de ello. Para él, que hasta ahora había compartido todo con Berenguela, aquella era la señal no solo de que ya no era un chiquillo, sino de que se le reconocía como un hombre y eso le llenaba de orgullo.

Garcés nos llevó hasta la parte trasera del castillo, donde yo no había estado jamás porque estaba destinada a los cuarteles de los soldados. Cuando salimos nos recibió un sol de justicia que se reflejaba en el suelo de arena que ocupaba todo el espacio. Algunos soldados se encontraban allí afilando espadas y lanzas y limpiando monturas y no nos prestaron ninguna atención cuando llegamos como si nos esperasen.

La mula de Garcés nos llevó hasta el centro del recinto donde había dos espadas de palo tiradas en el suelo.

—Mi señor don Fernando, vuestro padre ha dado orden de que empecéis a ser instruido en el arte de la espada, dado que ya tenéis seis años. Nada debéis de temer, pues como veis comenzaremos usando estas armas de madera de forma que no os hagáis daño —le soltó al infante con una ternura que nunca había mostrado conmigo.

—¿Y yo qué debo hacer?

—¿Tú? Tú siéntate por ahí donde no molestes, sapito —me espetó haciéndome sentir miserable por no poder compartir lo que a mis ojos era una un juego divertido. Me senté a la sombra del muro exterior del castillo viendo a Fernando disfrutar de aquel ejercicio entre risitas y algarabías.

Fernando intentaba seguir las indicaciones que Garcés le daba sobre como sujetar la espada, cuando usar las dos manos y cuando una sola. El pobre asestaba mandobles a diestra y siniestra pareciéndose más a un perrillo que persigue gallinas que a un soldado o caballero, lo que provocó los comentarios jocosos de la soldadesca. La frustración no tardó en aparecer y Fernando acabó por lanzar la espada de madera al suelo en una real pataleta y salir corriendo, llamando al ama Herminia. Garcés salió detrás de él reprimiendo la risa que aquella situación le provocaba, pues a fin de cuentas aquel chiquillo era uno de sus señores y no era digno de vasallo que se precie hacer burla de su señor. Cuando se fueron me quedé mirando la espada que el infante había dejado tirada en el suelo y, como niño que era, no pude reprimir la necesidad de cogerla y jugar yo también a aquello que me habían negado un momento antes. Mis manos agarraron la empuñadura del arma de palo que resultó pesar bastante más de lo que esperaba, pero aquello no me amedrentó. Con una serenidad digna de cualquier

caballero, empecé a repetir los movimientos que Garcés le había intentado enseñar al infante un instante antes. Todo a mi alrededor cambió. Mi mente y mi cuerpo estaban concentrados en los movimientos, que según Garcés debían ser fluidos, como las ramas de un árbol que se mece por el viento. Un caballero baila con la muerte, le había dicho, no asesta golpes a trompicones como quien ara con un mulo.

Un golpe en los nudillos que me hizo saltar las lágrimas provocó que saliese de mi ensimismamiento.

—Debes asegurarte de coger la espada con firmeza en todo momento o estarás desarmado al primer golpe —resonó en mis oídos la voz de Garcés antes siquiera de que pudiese separar mis ojos de mis doloridas manos—. Firme, pero ligero, duro, pero flexible. ¡Ya lo entenderás con la práctica! ¿Quién iba a decir que nuestro sapito tenía dientes!

—Yo… lo siento, no iba a romper la espada de Fernando, ni nada, sólo pensé que no importaría si…

—No tienes nada de qué disculparte, sapito, esa espada es mía no del infante. Además, no es más que un trozo de madera para niños. Las espadas de verdad están hechas de acero y pesan mil veces más. ¿Te gustaría aprender a usar una?

Apenas podía creer que me estuve haciendo aquella pregunta, que me estuviese ofreciendo la oportunidad de aprender a manejar una espada como un auténtico soldado.

—¡Sí, sí que quiero, claro que quiero!

—Muy bien, yo me encargaré de hablar con el hermano Teobaldo para que nos deje un rato todos los días antes de cenar para que puedas practicar, endurecer tus músculos y sujetar una espada de mano y media y, si no te rindes antes, algún día podrás manejar un montante como un señor. Pero escúchame bien —dijo acercando su cara a la mía hasta que sus ojos oscuros, casi negros, se clavaron en los míos—, no deberás descuidar ni tus estudios ni tus obligaciones, si así lo hicieres no habrá para ti más espada ni ahora ni nunca. ¿Entendido?

—¡Sí, sí, no os preocupéis Garcés, os prometo que no tendréis queja alguna de mí!

—Eso lo veremos, sapito, eso lo veremos, ahora vuelve con el infante como es tu obligación —. Pero no se me escapó que en su rostro se mostraba una sonrisa muy poco frecuente.

Durante las siguientes semanas entré en una rutina que se acercaba a una forma de felicidad que no había conocido jamás. Las clases del hermano Teobaldo me hicieron avanzar en mi lectura y escritura, y

hasta empecé a disfrutar de los números y cálculos que se empecinaba en que dominase. Cada noche, las clases de Garcés me hacían crecer en confianza y determinación de convertirme en un caballero, en un soldado; y aunque él insistía en que debía esperar antes de saber si aquella vida era para mí o no, sus lecciones no disminuyeron ni un ápice en intensidad.

Si aquellas clases llenaban mis mañanas y mis noches, el resto del día lo pasaba jugando y corriendo por todo el castillo con Berenguela y Fernando. Como ocurre a todos los niños, pronto habíamos olvidado todo lo que nos separaba —por más que mi señora Sancha se esforzase en recordárnoslo constantemente—, y habíamos aceptado lo que nos unía, una alegría y un ansia por vivir que enseguida se transformó en un cariño propio de hermanos. Sin darme cuenta me convertí en el protector de mis compañeros de juegos, aceptando un papel de hermano mayor que nadie me había dado, pero que ellos permitían con gusto. Aunque pronto fue evidente que era Berenguela quien llevaba las riendas de nuestra amistad. Aquella niña de piel blanca y pelo oscuro como el ala de un cuervo, con unos ojos de un intenso color azul, sabía cómo hacerme cumplir con su más pequeña voluntad tan sólo con una sonrisa y yo, aún sabedor del poder que ejercía sobre mí, me dejaba llevar de un lado a otro a su capricho sin que ello me supiese mal. Y precisamente uno de aquellos caprichos sería el que acabaría con aquel pequeño paraíso que me había sido dado.

Ya era primavera avanzada cuando el ama Herminia nos indicó que al día siguiente habríamos de celebrar el día del nacimiento del infante Fernando y que, por aquella razón, la reina Sancha había pedido que se prepararan dulces para todo el palacio.

—¡Flaones! —dijo Berenguela, claramente excitada por la noticia haciendo que el ama Herminia se echara a reír a carcajadas.

—¡Sí, claro que habrá Flaones, pequeña, bien sé lo que te gustan!

—¿Qué son Flaones? —pregunté sin entender el porqué de tal algarabía.

—Son dulces —me contestó Fernando—, son los favoritos de Berenguela.

—A mí sólo me gustan los que hace Filomena, rellenos de requesón, pasas y almendras y aderezados con miel. ¡Se me hace la boca agua sólo de pensar en ellos! Ya verás que te encantarán.

La forma en la que Berenguela los describía y en la que su cara se iluminaba con la idea, hacían que no pudiese esperar a probarlos.

—Bueno, sea como fuere, eso será mañana, así que tendréis que esperar.

—Nosotros no esperaremos —susurró Berenguela a mi oído—,

búscame en la puerta trasera de las caballerizas después de la cena y te enseñaré un secreto.

Y con una sonrisa maliciosa se alejó de mí para ir a sus rezos con la hermana Magdalena.

Cuando acabamos la cena y Filomena se quedó por fin contenta con mi limpieza de ollas y cazos, me encaminé a reunirme con Berenguela en el lugar en el que me había citado. Crucé el patio de la cocina hacia las caballerizas del palacio. Los mozos hacía tiempo que se habían retirado tras limpiar y alimentar a los caballos y no había más ruido que el piafar de las bestias y el repiqueteo de sus cascos moviéndose nerviosos al sentir mi presencia. Me dirigí hasta el extremo opuesto de las caballerizas. Al llegar allí, la voz de Berenguela me llamó en susurros.

—¡Rodrigo, aquí Rodrigo!

Se encontraba escondida tras la puerta de uno de los cubículos que estaba vacío, agachada como un ratón.

—¿Qué haces ahí? ¿Para qué me has hecho venir? —le dije mientras me acercaba a ella.

—¡Baja la voz o nos cogerán! ¡Vamos a comer Flaones!

—¿Para eso me has hecho venir aquí a escondidas? El ama Herminia ha dicho que eso es para mañana.

—Sí, ya lo sé, pero Filomena siempre los hace el día antes y los guarda en una despensa detrás de la cocina, y yo sé cómo entrar allí sin que se entere nadie.

—Pero ¿para qué queremos entrar si los vamos a comer mañana de todas maneras?

—¡Es una aventura, Rodrigo! ¡No seas mojigato!

—¡Yo no soy eso! —respondí indignado sin saber muy bien qué significaba.

—¡Chist! ¡Baja la voz! No hay nada que discutir, yo soy infanta y tú harás lo que yo te diga —me espetó sin compasión y yo, lejos de molestarme, acepté lo que me decía como si fuese mi única verdad—. ¡Ven conmigo!

Me agarró de la mano y me guio hasta una puerta que se abría en el lateral de las caballerizas y que daba a un pequeño patio que no había visto en todo mi tiempo en el castillo.

—¿Qué es esto?

—Aquí es donde yerran a los caballos —dijo señalando a una nueva puerta de dos hojas que se abría en el lateral del recinto y que estaba cerrada—, esa es la herrería. Y aquella es la despensa.

Frente a nosotros, una ventana minúscula, con una portezuela de madera que había conocido tiempos mejores, se vislumbraba en la

oscuridad del patio unas dos cabezas por encima de nosotros.

—¿Eso? ¿Y cómo pretendes que subamos ahí?

—No tenemos que subir los dos, tú me alzarás y yo entraré en la despensa y te pasaré los Flaones. Al otro lado hay una mesa, así que no tendré problema para trepar a la ventana para salir.

—¿Cómo sabes que la mesa sigue ahí? Podrías quedarte atrapada dentro si Filomena la ha movido.

—Ya te he dicho que no es la primera vez que entro, y Filomena no habrá movido nada, confía en mí. ¡Venga, aúpame!

Sin esperar a que yo dijese nada se arremangó la falda del vestido enseñándome sus piernas sin recato alguno y no me quedó otro remedio que obedecerla. Cogiéndola por las piernas, la alcé como pude para que pudiese llegar a la ventana. Para mi sorpresa, trepó hasta el alféizar como un gato y en un instante estaba dentro de la despensa. El tiempo que pasó dentro me pareció una eternidad, pero no me atreví a llamarla para no correr el riesgo de que alguien nos atrapase en medio de aquella correría.

Finalmente, Berenguela volvió a asomar su cabeza por la ventana.

—¡Coge esto! —susurró mientras me tiraba un trapo anudado que contenía algo sólido en su interior.

—¿Qué es esto?

—Un pavo asado, ¿tú que crees? ¡Son los Flaones!

Sin decir una palabra más sacó todo su cuerpo por la ventana y me ordenó que la ayudase a bajar, cosa que hizo con la misma soltura que había subido.

—¡Te dije que no nos pillarían! Ya nos podemos marchar. Vamos a tu cuarto y allí podemos repartirnos el botín —dijo en un tono bajo con una amplia sonrisa en la boca por el éxito de la fechoría.

Volvimos a las caballerizas donde entramos en completo silencio por ser la zona donde corríamos más riesgo de que alguien nos encontrase. Estábamos seguros de que nos habíamos salido con la nuestra cuando de repente un ruido nos asustó. Frente a nosotros, a la débil luz de los candiles, se encontraba una figura encapuchada, de pie en el centro del establo, mirándonos. Inmediatamente pensé que debía tratarse de uno de los mozos de cuadras que sin duda nos delataría ante Garcés y, anticipando el castigo que recibiríamos, se me erizaron los pelos de la nuca. Pero Berenguela, agarró fuertemente mi mano y para mi sorpresa se dirigió al hombre.

—¿Quién eres?, no te conozco. Déjanos ahora mismo o llamaré a la guardia.

Yo no podía entender nada, pero era evidente que Berenguela se había dado cuenta de algo que yo no había podido apreciar.

En respuesta, el hombre hizo un movimiento para apartar ligeramente la capa que le cubría todo el cuerpo hasta los pies y el

brillo de algo metálico y pequeño apareció en su mano. Una daga larga.

—¡Corre, Rodrigo, corre! —chilló Berenguela tirando de mí hacia la puerta del corredor que estaba a nuestra derecha.

No tuve tiempo de pensar en lo que ocurría. Sabiendo que me iba la vida en ello corrí tras Berenguela por aquel pasillo. El sonido del portazo tras nosotros me indicó que aquel hombre había salido en nuestra persecución. No tuve tiempo de mirar atrás, ni ganas, aquel hombre podría estar justo tras de mí, pero yo sólo corría hacia adelante jaleado por la voz de la infanta.

—¡Corre Rodrigo, no te pares, sigue corriendo!

Aquel túnel era corto, pero aquella noche se me antojó largo como el mismo purgatorio. Podía oír los jadeos del hombre que nos perseguía y que si no había conseguido alcanzarnos aún era tan solo por la estrechez del pasillo que dificultaba los movimientos de un adulto.

Berenguela empujó con todas sus fuerzas la puerta que daba a la entrada principal del castillo y sin pensarlo un segundo siguió tirando de mí hasta que salimos al patio exterior y allí, sabedora de que era su única oportunidad, empezó a chillar con todo lo que le daba su pecho.

—¡Guardia, a mí la guardia, a vuestra infanta! ¡Auxilio! —sus gritos resonaron en el patio en medio de la oscuridad, pero para entonces, el hombre ya nos había alcanzado. Como en un reflejo puse mi cuerpo entre el suyo y el de Berenguela sin pesar en lo que estaba haciendo. Quise mirar su rostro, pero en la escasa luz de la luna que nos iluminaba solo pude ver que una gran cicatriz recorría su cara en el lado derecho y donde debería existir un ojo tan sólo había un trozo de piel seca. El brillo de su puñal alzándose en el cielo me hizo pensar que aquel era mi fin. En un instante, un gruñido hirió el aire, pero no era mío o de Berenguela, sino de nuestro atacante que, de repente, fue lanzado hacia atrás por una fuerza descomunal cayendo al suelo del patio.

—¡Corred, poneros a salvo dentro y cerrad las puertas! —Era la voz de Garcés que había aparecido irguiéndose cómo un gigante tras aquella sombra—. ¡Corred os digo!

Obedecimos sin pensarlo, entrando en el castillo y cerrando el gran portalón, aunque sin poder correr el travesaño de cierre que era mucho más grande y pesado que nosotros. Me quedé contra la puerta, empujando con el peso de mi pequeño cuerpo mientras Berenguela seguía gritando, alertando a todo el palacio y haciendo que los sirvientes se acercasen hasta nosotros. Todos acudieron a la llamada de su señora como era de esperar, pero nadie prestó cuentas al muchacho que seguía empujando la puerta de acceso con desesperación.

No sé cuánto tiempo estuve allí, en algún instante perdí la noción de lo que ocurría a mi alrededor. Mi mente y mi cuerpo solo se concentraron en sujetar aquella puerta por la que no debía pasar aquel hombre que quería hacer daño a Berenguela. Y no paré hasta que una voz inusualmente amable me sacó de mi trance.

—¡Ya está bien, muchacho, ya puedes dejar de sostener la puerta, estás a salvo! ¡Lo has hecho muy bien!

Poco a poco dejé mi cuerpo ir, pero, cuando lo hice, mis piernas me fallaron y una luz intensa me hizo cerrar los ojos y mi mundo se volvió tan oscuro como aquella tormenta que me había traído a palacio.

Cuando por fin pude abrir mis ojos y mirar a mi alrededor, la cabeza me dolía como si me hubiera coceado una vaca. Estaba en mi cuarto y frente a mí estaba Sebastiana que me sonreía.

—¡Bueno, por fin, así se crían los mozos grandes y hermosos, has estado durmiendo más de dos días! Ya no sabíamos si ibas a despertar o si nuestro señor iba a llevarte con él.

Me costó un instante entender lo que me estaba contando hasta que la imagen de aquella puerta que yo sujetaba como si me fuese la vida en ello vino a mi cabeza.

—¡Tengo hambre! —dije con media lengua, pues tenía la boca seca.

—¡Y eso es buena señal! Voy a decirle a Filomena que estás despierto y que te traiga algo de lo que haya echado hoy en el puchero. —Y sin más me dejó solo y salió como alma que lleva el diablo.

Cuando la puerta volvió a abrirse no eran ni Filomena ni Sebastiana quienes me traían la comida, sino Garcés.

—¡Me alegro de ver que esto no ha podido contigo, sapito! —dijo sonriendo y entregándome un cuenco lleno de un líquido humeante que olía delicioso—. ¡Nos has tenido un poco preocupados! ¡Te comportaste como un valiente, muchacho!

—¿Aquel hombre…?

—Me temo que logró escapar. No sin una buena tunda de golpes por mi parte, pero el muy hideputa salió corriendo y logró colarse por uno de los desagües de la muralla que dan al foso. Los soldados salieron tras él, pero con la oscuridad de la noche fue imposible encontrarle.

—Pero, ¿quién era?

—No creo que lleguemos a saberlo jamás. Pudo ser alguien que pensaba que robar en el castillo sería fácil, el hambre vuelve desesperada a mucha gente. Al encontrarse con vosotros se vio descubierto y creería que le delataríais, por eso os atacó.

Mientras me decía aquellas palabras, algo oscuro en la mirada de

aquel gigante me hizo pensar que sabía más de lo que me contaba, pero no me atreví a preguntar.

—Lo importante es que te comportaste como un hombre defendiendo a la infanta de aquella manera y sujetando la puerta para que ella pudiese huir. ¡Estoy orgulloso de ti, muchacho!

Aquellas palabras, pronunciadas con una sinceridad inesperada en el gigantón, hicieron que los ojos se me llenaran de unas lágrimas que no pude ocultar.

—¡Vamos, vamos, sapito, ya veo que no sabes recibir elogios! Ya no diré más nada, te dejo que acabes tu comida. ¡Por cierto, cuando acabes creo que deberías buscar a doña Berenguela, ha estado muy preocupada por ti todos estos días! Creo que se alegrará mucho de verte.

Sin decir más, se levantó y se dirigió a la puerta, pero antes de que saliese le llamé por su nombre.

—¡Garcés!

—¿Sí, muchacho? —replicó girándose para mirarme.

—Tuve mucho miedo.

Su mirada, normalmente fría y dura como la piedra de la muralla se dulcificó al instante y por un segundo creí ver el brillo de una lágrima en sus ojos.

—Todos lo tenemos. Debes aprender que el hombre más valiente no es el que no tiene miedos, sino el que decide enfrentarse a ellos a pesar de todo. ¡Y tú fuiste muy valiente! —Y sin decir más me dejó.

Cuando por fin acabé el cuenco de potaje, salí de mi cuarto para buscar a Fernando y Berenguela, quería abrazarles y decirles que estaba bien. Sin embargo, cuando me disponía a enfilar la escalera que bajaba a la sala de estudio vi como una sombra que me pareció la de Berenguela ascendía las escaleras y decidí seguirla. La escalera ascendía cuatro pisos que casi hicieron que perdiera el resuello y acababa en una portezuela que estaba entreabierta y daba a lo alto de la torre central del castillo. Berenguela se encontraba inclinada sobre el borde de la muralla, mirando hacia el horizonte.

—¿Berenguela? —susurré.

La infanta se giró y al verme sus ojos se abrieron como dos pozos y se lanzó a mi cuello abrazándome con una fuerza tremenda

—¡Rodrigo!¡Gracias a Dios, estaba tan preocupada! ¡Pensé que ibas a morir!

—¡Aún puede que lo haga si no me dejas respirar! —farfullé intentando coger aire.

—¡Perdón! —respondió ruborizándose y apartándose para dejarme respirar—. ¡Casi enfermo de angustia!

—Bueno, ya no tienes que preocuparte, ya ves que estoy bien. ¡Me alegro de que pudieses ponerte a salvo!

—Nunca habría podido hacerlo de no ser por tu ayuda. ¿Cómo se te ocurrió interponerte entre ese asesino y yo?

—No sé, no lo pensé.

—Te comportaste como un auténtico caballero, mi protector.

—Me gusta ese título —le respondí casi sin pensarlo.

—Y a mí que lo lleves, pero no por eso lo que hiciste deja de ser una locura.

—¡Bueno, de nada, supongo…!

—¡Oh, no seas bobo! Te lo agradezco de corazón, pero podía haberte matado.

—Garcés dice que sólo era alguien que quería robar, probablemente no era tan peligroso.

—¡Garcés miente!

—¿Cómo? —respondí estupefacto por su comentario.

—No prestas atención. ¿No viste las botas de ese hombre? Eran botas de señor y su puñal también lo era, ese hombre no venía a robar para comer, buscaba algo más.

—¿Estás segura de lo que dices? ¿Qué más podía querer?

—No lo sé, pero estoy convencida de que hay algo que no quieren que sepamos. ¡Mira! —Y agarrando mi mano me llevó hasta el mirador de la torre desde la que se veía toda Pamplona.

—¿Qué quieres que vea?

—¡Ahí abajo! —dijo empujando mi cabeza para que mirase al patio donde un grupo de hombres se afanaba en cargar varios carros con todo tipo de cosas.

—¿Qué están haciendo?

—Nos vamos, mi madre ha pedido que se organice todo para que dejemos Pamplona mañana y eso sólo puede responder a una cosa, piensa que aquí no estamos seguros.

—Pero irnos, ¿a dónde?

—Al único sitio donde podemos estar más protegidos que aquí. Nos llevan a Tudela, con mi padre y mi hermano.

Tudela, 1177-1178.

Al alba del día siguiente Filomena me despertó para indicarme que debía prepararme, pues partíamos para Tudela, tal y como Berenguela había predicho. Nada dije de mi conversación con ella y disimulé como pude fingiendo mi sorpresa. Berenguela y yo habíamos tomado la decisión de desentrañar el misterio de quién era aquel hombre y qué quería, del que nadie parecía querer hacernos partícipes. Y para ello, al menos por el momento, nuestra mejor opción era no levantar las sospechas de nadie alrededor nuestro.

Salí al patio tras la buena cocinera donde me encontré con una cantidad enorme de gente, monturas, fardos, toneles y carros que se extendía por doquier. Pude ver fugazmente a Garcés que iba de un lado para otro de evidente mal humor, dando voces a unos y otros para que aprestasen los caballos y mulas, cargasen los últimos bultos en los carros o simplemente se quitasen del medio.

De repente, la gran puerta doble de roble se abrió y por ella salió la reina doña Sancha llevando de la mano a los infantes Fernando y Berenguela, seguida por el ama Herminia que portaba en brazos como siempre a la pequeña infanta Blanca que lloraba desconsolada. Fernando, nada más verme, intentó acercarse a mí, pero su madre lo prohibió tirando de su mano para que permaneciese a su lado. No tuve siquiera tiempo de mirar a Berenguela porque su madre les hizo subir como una exhalación en un carro de madera cerrado y con grandes cortinajes espesos que cubrían todas sus ventanas. Un instante después, Filomena me indicó que yo debía subir con ella y Sebastiana a uno de los carromatos descubiertos tirados por mulas que se encontraban al otro lado del patio a donde me dirigí con la pena de la separación de mis compañeros de juegos.

Nuestra comitiva dejó el castillo de Pamplona en dirección sur. En suma, éramos seis carros, incluyendo el que portaba a la familia real, rodeados por una veintena de jinetes armados.

Filomena me anunció que el viaje debía durar dos días y medio dado que con carros no podía avanzarse a la misma velocidad que con una montura sola y que, aunque no estaba segura de dónde habría de ser, sin duda haríamos noche en alguna de las poblaciones del camino donde Garcés se encargaría de la seguridad de la familia real.

—¿Por qué tiene que ocuparse Garcés de estas cosas? —pregunté al darme cuenta de que no entendía bien su papel en aquel tinglado.

—¿Y quién más va a ocuparse, zagal, sino el jefe de la guardia real?

—¿Garcés es el jefe de la guardia real? —inquirí sin poder creer que aquel hombrón sin modales tuviese cargo tan importante.

—¡Bueno, ya no, pero como si lo fuese! —interrumpió Sebastiana llevándose un pescozón de Filomena por indiscreta.

—¿Y por qué no lo es ya?

—Tú no hagas caso a lo que diga esta que tiene la boca de más de grande, esas no son cuitas que te incuban, limítate a saber que él es el que manda y punto.

Y en verdad que así era. Alrededor de nuestra comitiva, al frente y en la parte posterior, los soldados se habían desplegado para proteger nuestro desfile y ninguno de ellos respondía ante nadie que no fuese Garcés. El gigantón cabalgaba todo el tiempo adelante y atrás, comprobando todo mil veces y parando sólo de vez en cuando para intercambiar alguna palabra con el interior del carro de la reina. Si alguno de los campesinos con los que nos cruzábamos en nuestro camino no se había percatado de quién iba en el carro por la cantidad de escudos nobles que lo cubrían y decoraban, aquel despliegue militar habría de ser suficiente para que lo comprendiese a no ser que Dios le hubiese hecho tonto de remate.

Pero todo aquello también gritaba a los cuatro vientos algo más. Miedo. Garcés temía que algo pudiese pasar en nuestro camino, y eso sólo confirmaba mis sospechas de que algo ocurría que escapaba a mi entendimiento.

El viaje fue lento y aburrido. La emoción inicial de aquella pequeña aventura que empezábamos pronto fue reemplazada por el tedio de un paisaje que, dada la velocidad a la que nos veíamos obligados a marchar, no cambiaba lo suficiente para entretener la vista. Garcés nos hizo avanzar como si de un ejército se tratase, sin dejarnos siquiera un momento para vaciar la vejiga. Yo esperaba que se calmase a medida que nos alejásemos de Pamplona donde parecía estar el peligro, pero fue justo al contrario.

Cuando aquella noche llegamos a la villa de Olite, el sol ya hacía rato que se había ocultado y estábamos todos agotados. En la entrada de la villa nos recibieron unos hombres que portaban teas y que habían sido enviados para acoger a doña Sancha y a sus hijos. Garcés les exigió que se colocasen al principio y al final de la compañía, lejos del carro de la familia real que rodeó fuertemente con sus soldados. Aquellos hombres obedecieron sin decir nada, aunque sus caras denotaban poco placer en acomodar aquella orden, y nos guiaron por las calles de la villa hasta una fortaleza elevada, mucho más pequeña que el castillo de Pamplona, y en la que entramos con gran premura.

Garcés se dirigió al carro cerrado para hablar con la reina. Un instante después, un hombre y una mujer, los dueños de la casa, de edad avanzada y vestidos con las mejores galas, hicieron aparición en

el patio y se colocaron frente a la portezuela abierta del carro hincando sus rodillas a modo de reverencia. Sólo en ese instante abandonó doña Sancha el vehículo y, dándoles permiso para que se levantasen, extendió su mano al carro para que el ama Herminia bajase con los infantes. Aquello fue todo lo que pude ver de Fernando y Berenguela aquel día, pues acto seguido todos ellos entraron en la casa acompañados por el matrimonio y no volvieron a salir hasta el día siguiente.

Los hombres de las teas se pusieron a trabajar tan pronto como la familia real hubo desaparecido, repartiendo heno para las monturas y mantas raídas para nosotros, y ayudándonos a alumbrar fuegos en el mismo patio de tierra que me sugirieron que no habría cama mullida para mí esa noche.

—Nos toca dormir debajo de los carros, más vale que nos juntemos bien esta noche porque si no pasaremos frío— me confirmó Filomena.

Mis ojos buscaban a Garcés, quizá confiando en que si el gigantón nos veía intercedería por nosotros y nos dejarían dormir al menos en los establos donde la respiración de las bestias nos mantuviese calientes. Pero cuando mis ojos le encontraron comprendí inmediatamente que no debía molestarle. Estaba enfrascado en soltarle soberana reprimenda a un hombre bajito y regordete, que no reconocí como nadie de nuestra compañía por lo que supuse que debía ser alguien de la casa. Un instante después, sobre el adarve de la muralla, hicieron aparición unos hombres armados con lanzas y arcos. Aquel refuerzo de nuestra protección pareció contentar a Garcés que dejó respirar al hombrecillo que por entonces transpiraba ya como un cerdo al sol de julio.

Filomena me había prometido frío, y por todos los santos que lo tuve. De poco me sirvió que ella y Sebastiana me acogiesen entre las dos con sus pechos en mi cara casi sin poder respirar. El tembleque de mi cuerpo no paró hasta el alba cuando los gritos de los soldados nos despertaron para que nos pusiésemos en marcha. Ayudé a preparar nuestro carro y nos subimos de nuevo a él en contra de la protesta de mi trasero que resentía el asiento de madera en el que tendría que pasar un día más.

Continuamos el mismo camino aburrido, aunque con un cielo mucho más despejado que permitió que el sol nos sacará de los huesos el frío de la última noche. Pero, al rato, el calor se convirtió en una condena, así que pasé parte de la mañana en la parte de atrás del carro con Sebastiana, a cubierto. Y no quise desaprovechar la oportunidad de beneficiarme de la lengua suelta de la muchacha.

—Sebastiana, ¿por qué dijiste que Garcés ya no era el jefe de la guardia real?

—Porque no lo es, si lo fuese, ¿iba a estar en Pamplona con

nosotros? Estaría en Tudela con el rey Sancho como le correspondería —me respondió entre susurros y acercándose un poco a mí para que Filomena no nos oyese—. ¡Dicen que cayó en desgracia, pero que el rey, por lo mucho que le apreciaba, le dejó venirse a Pamplona a cuidar de la reina y de los infantes!

—¿Pero en desgracia por qué?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero se rumorea que se enamoró de una señora de mucha alcurnia que le quedaba tan lejos como las estrellas, y por no poder tenerla se dio a la compañía del vino. Por lo visto se pasaba el día como una cuba de cerezo, y en una de esas a punto estuvieron de perder la vida el infante don Sancho, el mayor, que entonces tenía solo cinco años, y hasta el mismo rey.

—No puedo creer eso de Garcés, él nunca faltaría a su deber.

—Yo no metería la mano a la candela, Rodrigo, los hombres están llenos de defectos que les hacen cometer actos extraños. Y sea como fuere, lo que no tiene discusión es que el rey le quitó del medio y le mandó a Pamplona.

—¿Y el rey nunca viene a Pamplona?

—Muy rara vez, por la natividad, si acaso. Cuando no está guerreando con sus vecinos prefiere pasar sus días en Tudela; si no está enfadado con los de Castilla, se pelea con los de Aragón, cuando no con los dos. Y así vamos nosotros, de guerra en guerra, sin poder vivir en paz y sin un mendrugo que llevarnos a la boca. Por eso mi madre movió cielo y tierra para que entrara a trabajar en el castillo, para que no me muriese de hambre como ella y mis hermanos. Filomena es prima de mi padre y aceptó hacerles el favor de cogerme para que la ayudase en la cocina.

—No sabía que tenías familia.

—No los veo nunca, viven al norte, en tierra de vascos, ni siquiera sé si siguen vivos o si Dios los ha llevado con él —me respondió sin un deje de tristeza, como si la muerte fuese algo natural.

—¿No les echas de menos?

—Sí, un poco, pero de no verlos, una se va olvidando de sus caras, no sé, así es la vida, supongo—. Y la comprendí, pues yo había olvidado también muy a mi pesar el rostro de mi madre.

Aquella jornada se me antojó más corta que la del día anterior, sin duda debido a una larga siesta en el interior del carro. Garcés nos permitió parar cuando el sol estaba en todo lo alto a la sombra de unos árboles que ocupaban la linde del camino para que pudiésemos comer algo y estirar los miembros que iban ya entumecidos de tanto carro, y para que sus hombres pudiesen también descansar de sus monturas. No fue una parada larga, pero sin duda ayudó a mejorar el

humor de todo el mundo. Garcés seguía sin acercarse a nosotros para nada, pero al menos mandó decir con uno de sus hombres que haríamos noche en la villa de Valtierra Aquello no significaba nada para mí que nunca había dejado Pamplona, pero disgustó grandemente a Filomena.

—¿No había de encontrar otro lugar este jumento de hombre?

—¡Calla la boca, mujer, mi señor Garcés sabe bien lo que hace! —le respondió el soldado con muy mala cara.

—¡Será verdad! —Y sin decirle una palabra más se giró y le dejó a verlas venir.

—¿Qué pasa en Valtierra, Filomena? —pregunté persiguiendo a la mujer alrededor del carro.

—¡No pasa nada, muchacho, excepto que está llena de moriscos!

—¿Moriscos? —dije sin poder creer lo que escuchaba.

—Sí, hijo, moriscos. Valtierra es una de esas villas que les arrebatamos a los moros para devolverlas a los brazos de nuestro señor Jesús. Pero el abuelo del rey don Sancho tuvo a bien, bendita sea la hora, en dejar que los moriscos que vivían en ellas se quedasen y hasta profesasen su fe, siempre y cuando viviesen en paz con los cristianos. ¡En paz, un moro y un cristiano! ¿Pero será eso posible? —Su enfado iba aumentando por momentos y era evidente que aquel asunto era de mucha importancia para ella que viendo mi preocupación se calmó un poco—. ¡No me hagas caso, hijo, son cosas de vieja! Mi marido y mi hijo murieron batallando al moro. Un día los vi salir de casa para enfrentarse a esos malditos y nunca más hube de verlos volver. ¡Por eso todo lo que tiene que ver con esos hijos de satanás, me enfurece! ¡Y ahora va el ignorante de Garcés y nos mete en un pueblo de moros!

Yo había oído todo tipo de historias horribles de la boca de la soldadesca que visitaba la mancebía sobre los moros y sobre las cosas que les hacían a los pobres cristianos que caían en sus manos, pero nunca en mi vida había visto uno. En mi cabeza de niño se me antojaban monstruos gigantescos hambrientos de la sangre de los cristianos y sólo pensar en ellos me erizaba la piel. Las palabras de Filomena solo consiguieron ponerme nervioso por el terrible lugar al que Garcés se empecinaba en llevarnos, así que pasé el resto del camino cabizbajo y sin ganas de hablar con nadie.

Aún estaba ocultándose el sol cuando llegamos a los límites de Valtierra y yo seguía dándole vueltas a todo lo que la buena cocinera me había contado, pero todo aquello se me olvidó pronto cuando al entrar en la villa una música dulce de flautín y tambor nos recibió.

—¿Qué es eso? —pregunté a Filomena que se encogió de hombros sin saber qué decirme.

—Parece que la villa está en fiestas, esta noche podremos tener

buen vino y música —replicó uno de los hombres de Garcés que cabalgaba a nuestro lado—. ¡Agradecidos debemos estar a nuestro señor Garcés por traernos hasta aquí!

Todas las ideas con respecto a lo que una aldea de moros debía ser que se habían metido en mi cabeza con las palabras de Filomena se me olvidaron pronto con aquella algarabía. Las gentes del pueblo invadían las calles, riendo y celebrando, y a mis ojos, nada en ellos había que indicase que eran monstruos de algún tipo. Aquí y allá podía ver hombres y mujeres con vestimentas largas y holgadas, o con pañuelos que les cubrían las cabezas, pero nada más en ellos indicaba diferencia alguna con nosotros. Se mezclaban con sus vecinos, cantando y riendo sin que ni unos ni otros dieran importancia a otra cosa. No comprendía bien qué nos separaba de ellos, pero no quise preguntarle a Filomena que estaba enfadada y con el morro arrugado.

Garcés nos llevó pasada la plaza de la villa hasta un descampado que estaba frente a una casa de piedra que, si bien era algo más grande que el resto, distaba mucho de ser un palacio. Por la puerta de aquella casa entró el carro de doña Sancha y los portones se cerraron de nuevo sin dejarme ver lo que allí acontecía. Cuatro soldados montaron guardia en la entrada y otros cuatro patrullaron el perímetro de la casa de forma constante.

Esta vez los soldados montaron un fuego grande entre los carros, y Filomena y Sebastiana se dispusieron a ayudar a las otras mujeres a preparar algo que llenase los estómagos de toda aquella comitiva. Tan pronto como me dejaron vi a Garcés que se encontraba en el límite de nuestro campamento mirando hacia la plaza del pueblo y sus gentes y sin pensarlo dos veces me encaminé hacia él, pero antes de que pudiese alcanzarle el gigante se había esfumado en las sombras sin que pudiese ver a dónde había ido. De repente, una mano fría como la de un difunto se posó en mi brazo haciéndome dar un grito de terror.

—¡Cállate o me descubrirán! —me soltó una voz que conocía bien —. ¡Valiente protector me estás resultando!

El rostro de Berenguela en la oscuridad me miraba cómo si fuese una aparición.

—¡Berenguela! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has podido…?

—Esa casa está llena de agujeros por los que escaparse y esos soldados no podrían pillarme nunca, aunque quisieran, soy muy rápida —respondió sonriendo orgullosa—. ¡Venga, vámonos!

—¿Irnos? ¿A dónde?

—A la fiesta, por supuesto. ¿Te has quedado sordo y no oyes la música?

—¿Te has vuelto loca? ¡No podemos ir a la fiesta nosotros solos!

—¿Por qué no? No pasará nada, iremos un rato y volveremos, yo a la casa y tú a tu carro. No se enterará nadie. ¡Vamos, no seas cobarde,

la música es tan bonita! —me dijo agarrando mi mano y tirando de ella, consciente de mi reticencia.
—¡Yo no creo que Garcés…!
—¡Oh, basta ya y vamos! —Y con un tirón me arrastró con ella en dirección a la plaza.

Todas las gentes de la villa estaban allí, o al menos eso es lo que a mí me pareció. Aquí y allá había corros de gente que bailaban, cantaban y reían. No sabíamos qué celebraban, si era la fiesta de algún santo patrón u otra cosa diferente, aunque yo no podía concebir que los moriscos de la villa celebrasen a un santo cristiano. Allí a nadie parecía importarle la presencia de los moriscos, ni siquiera a Berenguela que corría entre la gente al son de la música tirando de mi mano para que la siguiese.
—¡Berenguela, para! ¡Para, te he dicho! —dije tirando de ella hacia mí con todas mis fuerzas.
—¿Qué te pasa? ¿Por qué no disfrutas? ¿No te gusta la música?
—No es eso, es que no creo que sea seguro.
—Eso son tonterías tuyas, ¿qué peligro vamos a correr aquí? Son campesinos, Rodrigo. Simplemente están pasándolo bien, como deberíamos hacer nosotros —me replicó visiblemente contrariada por mis reparos.
—A Garcés no le gustaría que estemos aquí.
—¡Y dale con Garcés! A Garcés no le gusta nada, ni siquiera él mismo. ¡Escucha, ya tocan otra canción!
En ese instante un grupo de chiquillos se nos acercó y una muchacha del grupo, ataviada con un vestido largo y una tela fina que le cubría la cabeza, nos agarró de las manos y nos llevó a bailar con ellos al centro de la plaza. No tuve tiempo de reaccionar. En un instante estábamos dando vueltas y saltos, forzados en mi caso y gustosos en el de la infanta, rodeados de las gentes del lugar que nos miraban y reían. Entre toda aquella algarabía, la risa de Berenguela resonaba por encima de todas, cantarina, pura felicidad hecha sonido. Y por un instante, yo olvidé donde estaba e incluso diría que disfrute de aquel juego inocente.
Cuando por fin la música paró, me encontraba mareado y confuso, miré a mi alrededor en busca de Berenguela, pero no pude encontrarla y entonces el miedo me atrapó por completo. Eché a correr entre las gentes de la plaza buscándola, llamándo a voz en grito, apartando a todo el mundo, lo que hizo que muchos de ellos se enfadaran y me devolvieran los empujones. La música de flautín comenzó de nuevo ahogando mis gritos, cada vez más desesperados, pues yo ya no podía pensar en otra cosa más que en el hombre que nos había atacado en

Pamplona. ¿Y si nos había seguido? ¿Y si había aprovechado aquella oportunidad para llevarse a Berenguela, o peor, para conseguir lo que no había podido alcanzar la vez anterior? Podía notar como mi sangre golpeaba en mi cabeza, como la ansiedad me apretaba el pecho sin dejarme respirar. Empecé a dar vueltas sobre mí mismo ya sin ver nada y, de repente, una mano agarró mi brazo y me giré convencido de que habría de encontrar al hombre de la cicatriz frente a mí, daga en mano, dispuesto a acabar también con mi vida.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo, cálmate, soy yo! Soy Berenguela, ¿no me conoces?

Tardé un instante en poder entender aquellas palabras y en que mis ojos pudiesen ver el rostro que me hablaba y, cuando por fin lo hice, sentí que mis piernas no podían sostenerme y casi caigo al suelo.

—¡Por dios, Rodrigo, estás helado! —contestó Berenguela sujetándome como pudo—. ¿Qué te ocurre?

—¡Si está enfermo, mi madre puede ayudarle, vivimos ahí mismo, venid! —resonó una voz aún más dulce y aniñada que la de Berenguela. Quise decir que no, advertir a la infanta que no debíamos ir con nadie, que debíamos volver con los nuestros, pero no fui capaz de articular palabra y, sin que pudiera evitarlo, Berenguela tiró de mí alejándonos de la plaza e internándose en una callejuela oscura.

El callejón estaba frío y olía a humedad y orines, pero aquella sensación fue pronto reemplazada por un calor que templaba el cuerpo, una luz tenue y suave que bailaba como si quisiese seguir la música que aún sonaba desde la plaza, y un olor dulce y penetrante que reconfortaba el alma. Noté como Berenguela me dejaba sobre algún asiento, empecé a sentirme mejor al instante y a ser capaz de ver lo que me rodeaba.

—¡Aisha!, ¿qué ha ocurrido? —Oí decir a una voz de mujer.

—No lo sé, madre, estábamos bailando en la plaza y se ha encontrado mal de repente. Les he dicho que tú podrías ayudarles.

Unas manos suaves y cálidas tomaron mi cara para elevarla ligeramente y mis ojos pudieron ver que ante mí se hallaba un rostro de mujer, mayor pero no tanto como Filomena, cubierto con un velo de color ocre y con unos ojos oscuros que gritaban a los cuatro vientos su origen morisco. Mi cuerpo se tensó inmediatamente al comprender que Berenguela y yo nos encontrábamos en casa de infieles y casi me caí del asiento que, para mi suerte, resultó ser un taburete bajo.

—¡Tranquilo, tranquilo muchacho, aquí estas a salvo, te encuentras entre amigos!

—¡Berenguela, Berenguela, debemos irnos, rápido, ¡debemos salir de aquí! —grité, pero mis piernas me fallaron una vez más y esta vez acabé sentado en el suelo de tierra.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? ¡Estas gentes nos están

ayudando y tu descortesía me avergüenza, Rodrigo! ¡Os ruego que le perdonéis y, si como dice vuestra hija, algo podéis hacer por él, que lo hagáis sin más espera, pues como veis no se encuentra bien!

—No te preocupes, pequeña —dijo la mujer sin prestar atención a las maneras refinadas de Berenguela—, lo que tu amigo tiene no es más que miedo, y de eso no ha de morir. Algo ha debido asustarle de tal manera que su cuerpo no ha sabido responder. ¡Ten, tómate esto! —me dijo tendiéndome un cuenco de barro basto con un líquido humeante que olía a mil demonios—, te ayudará a calmarte.

Me negué a coger aquello de sus manos e instintivamente me retiré hacia atrás.

—¡Dadme, yo se lo daré, no sé qué diablos puede pasarle para comportarse así!

La risa de la mujer resonó en la casa despreocupada.

—No sé lo que le haya pasado a tu amigo en la plaza, pero sospecho que es la primera vez que se encuentra en presencia de seguidores del profeta. Probablemente más que ayudarle, estamos haciendo mayores sus miedos.

—¡Debe ser terrible para él descubrir que comemos, dormimos y vivimos como los cristianos! —dijo otra voz, esta mucho más suave y susurrante que venía de mis espaldas.

—¡Jida! —dijo la niña a la que habían llamado Aisha echándose a los brazos de la mujer que acababa de hablar. Era una mujer muy mayor, arrugada y encogida, pero con unos ojos brillantes como la noche más estrellada.

—¡Muchas gracias por su hospitalidad, no sabría cómo agradecérselo! —contestó Berenguela a la par que seguía metiendo en mi boca por la fuerza cucharadas de aquel brebaje infernal.

—¡No hay nada que agradecer, pequeña! Si mi buena Aisha dice que merecéis nuestra ayuda así ha de ser porque su corazón nunca se equivoca —respondió la mujer abrazando fuertemente a la pequeña—. Veo además que la infusión de Alzayaz ya hace su efecto. ¿Te encuentras mejor, no es así?

Al escuchar sus palabras noté que mis piernas habían dejado de temblar, mi corazón latía mucho más lento y mis ojos podían por fin ver con normalidad.

—Sí, me encuentro mejor, gracias —respondí algo avergonzado—, yo no quería…

—No tienes nada de que disculparte muchacho, todos creemos aquello que nos cuentan hasta que lo vemos con nuestros propios ojos.

—No entiendo por qué te has puesto así, Rodrigo, ¿qué te pasó?

—No podía encontrarte, te busqué, pero no te hallaba y de repente me asusté. Y entonces…

—Y entonces te trajeron a casa de moros. No hace falta que digas

nada más, muchacho. Mucho debes querer a esta chiquilla si su pérdida puede provocarte un ataque de miedo como el que has sufrido —dijo la vieja e inmediatamente me subieron los colores.

—Sea como fuere, no puedo por menos que estaros agradecida por lo que habéis hecho por nosotros, a vosotras y a la buena de Aisha —respondió Berenguela cordialmente sonriendo a la pequeña que le devolvió la sonrisa feliz.

—Jida, ¿por qué no les dices su futuro? Mi abuela puede ver más allá del tiempo. ¿Lo harás Jida? ¿Harás eso por mis nuevos amigos?

—Bueno, eso depende de ellos, de si quieren saber lo que ha de acontecer o no —respondió la mujer mirándonos fijamente.

—¡Sí, por favor, os lo ruego, decidme mi porvenir! —soltó Berenguela sin esperar un segundo.

—Berenguela, no, eso son brujerías y hechicerías, el hermano Teobaldo…

—¡Ay, Rodrigo, déjate del hermano Teobaldo! Además, ¿no dice el mismo hermano Teobaldo que el don de profetizar es de santos? ¡Pues entonces no me seas mojigato! Decidme, señora, os lo ruego, ¿qué veis en mi futuro?

La vieja cogió la mano de Berenguela y mirando a su palma empezó a murmurar unas palabras que no pudimos entender hasta que por fin empezó a hablar.

—Sangre de reyes llevas en tu palma y una corona hay en tu camino que ceñirá tu frente, más cuídate del león que todo lo devora, pues si le dejas hasta tu propia alma acabará hecha pedazos.

—¿Y quién es ese león, señora?, os lo ruego, ¡hablad! —suplicó Berenguela con cara de preocupación.

—En eso no puedo ayudarte, pequeña. Sólo tú podrás ponerle rostro, pues el león es diferente para cada uno de nosotros.

Berenguela no se quedó muy convencida de la respuesta, sin duda esperando que la vieja le hubiese contado detalles mayores de su futuro. A fin de cuentas, que una infanta acabase ciñendo una corona era algo que podía esperarse, pero dado que la vieja no parecía tener más para ella, se dio la vuelta y se dirigió a mí.

—¡Ahora tú, Rodrigo, vamos a ver qué dice tu porvenir!

—¡Ah, no, de eso nada, no quiero tener…!

—¡Aquí, buena mujer! —dijo Berenguela ignorando mi rezonga y tendiéndole mi mano entre las suyas a la mujer que la agarró sin darme oportunidad de escapar.

Los mismos sonidos de la vez anterior salieron su boca hasta que por fin se dignó a elevar el rostro y mirarme a los ojos con una pena infinita que me heló la sangre.

—De búsqueda y largo es tu camino hasta que sepas quién eres, muchacho. La sangre manchará tus manos y tu alma, pero sólo tú

podrás decidir si esa sangre es un precio justo a pagar. ¡Cuídate de la flor que embelesa, pues su veneno es tan intenso como su aroma!

Inmediatamente retiré mi mano como si hubiese tocado una ascua ardiente y la mujer me miró con la misma sonrisa triste sin decir una palabra más.

—¡Rodrigo, creo que es momento de que nos vayamos, no quisiera que todo el mundo empiece a buscarnos por la villa!

Con aquellas palabras, el rostro de Filomena me vino a la cabeza junto con el dolor que me provocaría en las posaderas sus azotes si no volvíamos pronto, así que sin perder más tiempo nos despedimos de aquellas mujeres y salimos corriendo de vuelta a la plaza. La mayoría de los campesinos se habían retirado ya, pues al día siguiente el alba y los cultivos no sabrían de fiestas, así que entre los que quedaban empezaban a abundar los borrachos, lo que nos hizo cruzar la plaza de vuelta a nuestros carros casi corriendo. Cuando llegamos al límite de las hogueras que se habían dispuesto junto a los carros, Berenguela se paró en seco.

—Debo dejarte aquí, si cruzo por las hogueras me verán.

—¿Estás segura de que sabrás volver sola?

—Rodrigo, no hay apenas veinte pasos hasta la casa. Como supe salir te aseguro que sabré entrar, nadie notará nada, así que no sufras más. —Y sin más me dio un beso en la mejilla y salió corriendo en dirección a la oscuridad, dejándome temblando de nuevo, aunque esta vez no sabía si había sido por miedo a que le ocurriese algo o por aquel beso.

Cuando me giré para adentrarme en el círculo de hogueras, a mi derecha, como si fuese un ánima en pena escondida en la oscuridad, una figura grande y recia me miraba sin moverse y sin decir nada. En un instante comprendí que se trataba de Garcés que sin duda nos había visto volver de nuestra correría y me quedé esperando que se acercase hasta mí y me moliese a palos. Sin embargo, nada de todo aquello ocurrió. No sólo no se movió, sino que tras un instante que pareció largo como un día, se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad. Otra persona en mis circunstancias habría pensado que de alguna forma el gigante había decidido perdonar mi desliz, pero yo sabía que no era así. Aunque no había podido ver su rostro, estaba convencido de que su mirada era de decepción y tristeza, y aquel era el peor castigo que podía infligirme.

Las correrías de la noche anterior me hicieron pagar su precio y al alba del día siguiente fue Sebastiana quien tuvo a bien despertarme con sus coces.

—¡Vamos, deja de hacer el perro viejo y sube al carro o Garcés te

sacará la pereza a palos!

No hubo menester de decir nada más, pues tan solo con escuchar el nombre del gigantón salí de debajo del carro como gato escaldado y trepé al pescante listo para empezar el último tramo de nuestro viaje. Como en las paradas anteriores, tampoco esta vez pude ver a Berenguela y Fernando, así que solo podía esperar que la infanta no hubiese sido descubierta y hubiese retornado sana y salva.

En apenas un par de horas, nos encontramos entrando en una pequeña villa llamada Arguedas. Sus casas y gentes en nada diferían de las de Valtierra, pero me sorprendió la poca expectación que nuestra llegada causaba. Apenas si había un par de viejas en las calles para ver discurrir a nuestra procesión; tal pareciese que aquellos hombres y mujeres estuviesen acostumbrados al paso de comitivas de señores y no fuese ello nada que les distrajese de sus tareas diarias. Solo tuvimos que cruzar el pueblo hasta la salida opuesta para entender el por qué.

Al dejar atrás la última casa y ascender la pequeña cuesta que dejaba atrás la villa apareció ante nosotros una comitiva de unos veinte o treinta jinetes, enarbolando grandes pendones de colores brillantes que anunciaban a voz en grito que el mismo rey había venido a recibirnos. Mis ojos apenas podían dar crédito al hermoso espectáculo que ante nosotros se desplegaba. Los soldados, todos ellos vestidos con brillantes armaduras de medio cuerpo que refulgían al sol, formaban en fila de a dos sin que sus monturas se moviesen ni un ápice, como si fuesen de cera o palo. Al lado de la soldadesca de Garcés aquellos soldados parecían pintados más que reales. Lo que sí era muy real eran sus armas, pues iban equipados como si fuesen a hacer la guerra al moro, con espadas, dagas, yelmos y hachas, aunque sus caballos no usaban las bardas metálicas que yo había visto en la herrería del castillo de Pamplona, sino unas de piel curtida con relleno.

Al frente de aquella comitiva, tres hombres, igualmente a caballo, esperaban nuestra llegada. Desde mi posición era difícil distinguir quién era quién, pero al acercarnos las diferencias entre ellos eran evidentes. Dos de ellos, montados en corceles grandes y bien alimentados, con bardas de colores intensos, se encontraban al frente, dos pasos por delante del tercero; don Sancho, rey de Navarra, y su hijo el infante del mismo nombre. Pude darme cuenta del tremendo parecido entre ambos. Sus rostros, cuadrados, fuertes y cubiertos por barbas cortas de color castaño, hacían que la única manera de distinguir a uno de otro fuese por la altura, dado que el infante sacaba fácilmente una cabeza a su padre. Otra diferencia aún más importante les separaba, mientras que el infante sonreía ampliamente a la vista de nuestra comitiva, el rostro del rey permanecía serio y duro como las

piedras de una muralla.

Garcés se acercó hasta ellos e hizo una reverencia con la cabeza delante de su señor. Solo entonces el hombre que había permanecido tras ellos se acercó al grupo y mis ojos no pudieron creer lo que ahora podían discernir con claridad. Aquel hombre no era cristiano. Su yelmo, puntiagudo en la parte superior, refulgía con el brillo del sol, no solo por la forma en la que estaba pulido, sino por los adornos del color del oro que lo cubrían. De él caía un almófar que le cubría hasta los hombros y se confundía con la lóriga que cubría su cuerpo. Unos antebrazos del mismo material dorado que cubría su yelmo se unían a unos guanteletes de cota de malla y una espada curva, como las que los soldados que iban a la mancebía decían que los moros gustaban usar, colgaba de su cintura. Por el hueco que dejaba su almófar se podía ver un rostro de barba rala, de un color oscuro como una noche sin luna que hacía juego con el pelaje de su montura que a simple vista parecía más ligera y de patas más finas que las del resto de la guarnición.

Garcés saludó al hombre haciendo aspavientos con sus manos y acto seguido dio orden a sus soldados para que abriesen la puerta del carro de la familia real. Como si lo que se hubiese abierto fueran las puertas de un cercado de ovejas, el cuerpo de Berenguela se tiró del carro casi arrollando al soldado que había abierto las puertas y salió corriendo en dirección a los cuatro hombres, seguida por Fernando que hacía lo posible por mantenerse tras ella no sin dificultad. Ambos iban llenando el aire con sus gritos, clamando el nombre de su hermano que para entonces ya se había bajado de un salto de su caballo para ir a su encuentro.

—¡Sancho! ¡Sancho!

—¡Hola, hermanita! ¡Pero, qué grande estás, si apenas hace unos meses que nos vimos y no levantabas un palmo del suelo! —respondió el joven abrazándola con inmenso cariño, visiblemente feliz del reencuentro.

—¡Y tú, Fernando, pronto serás tan alto como yo, y mucho más fuerte! —bromeó admirando sus supuestos músculos—. ¡Cuánto os he echado de menos! ¿Y dónde está la pequeña Blanca?

—Ahí viene con madre y el ama Herminia.

La reina doña Sancha, que había bajado del carro tras los infantes, se acercó hasta su hijo mayor que cogió sus manos para besarlas visiblemente emocionado para fundirse acto seguido en un tierno abrazo con ella. Era la primera vez que veía a aquella mujer de hierro mostrar ternura o emoción, y no hacían falta estudios para comprender que aquella era real.

—¡Ahora empiezan los tambores! —me susurró Filomena al oído sin que yo pudiese entender qué quería decir.

Sin que me hubiese percatado, el mismo rey había bajado de su caballo y se había acercado al grupo. De manera inmediata, la reina apartó dulcemente a su hijo y doblando su cuerpo hizo una reverencia ante su esposo sin siquiera levantar la mirada y sin pasar un instante, Berenguela y Fernando imitaron a su madre. El rey, acercándose a doña Sancha, la cogió por los brazos dulcemente para ayudarla a levantarse, pero aquella dulzura solo fue correspondida con un rostro que a mí más me pareció de odio que de amor conyugal.

—Me alegra ver que no habéis cambiado nada, mi señora —dijo el rey sin sorprenderse de su gesto.

—¡Vos cambiasteis por los dos, mi señor! —respondió y habría jurado que vi fuego salir por sus ojos.

—¡Sea como fuere, me alegro de ver que estáis sanos y salvos y que Garcés os ha traído sin contratiempos hasta nosotros! —contestó el rey, eligiendo ignorar el gesto y las palabras de su esposa a la vez que abrazaba tímidamente a sus hijos—. ¡Garcés, que vuelvan a la comitiva, no pararemos hasta estar a salvo en el castillo de Tudela!

—¡Cómo ordenéis, mi señor! —. Y sin mediar más palabra se dio la vuelta para ordenarnos a todos que nos aprestáramos para la marcha.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté a Filomena confiando en que ella supiese explicarme lo que mis ojos acababan de presenciar.

—Eso, muchacho, ha sido el ruido de las puertas del infierno abriéndose —. Y sin más explicación, permaneció callada el resto del camino.

Llegamos a Tudela a media tarde, pero en lugar de cruzar por su centro, la bordeamos hasta subir a un cerro situado en el lado norte de la villa. Sobre él, una fortaleza de tres torres, rodeada de una gran muralla nos recibió casi como una amenaza y sin más, nuestra comitiva entró por una gran puerta con rastrillo a un patio interior mucho más grande que el de Pamplona. Los caballos de los soldados empezaron a colocarse a nuestro alrededor indicándonos donde debía ir cada carro mientras que el que portaba a Berenguela y su familia se colocó junto a la escalinata de la puerta de entrada a la torre principal.

—¡Garcés, que mi esposa y mis hijos sean llevados a sus habitaciones para descansar hasta la hora de la cena! —oí que indicaba don Sancho, aunque Garcés no tuvo tiempo de responder.

—¡No, primero iremos a la capilla! ¡Llevamos tres días sin presentarnos cómo se debe ante nuestro señor, eso será lo primero! —ordenó la reina sin reparo alguno por contradecir a su esposo.

—¡Sea cómo os plazca, señora! —respondió el rey con resignación antes de desaparecer en el interior de la torre.

Yo acompañé a Filomena hasta la cocina donde esta montó en cólera al descubrir que ya existía una cocinera en el castillo con la que habría de lidiar cada día. La mujer, alta y delgada como si no hubiese comido en su vida, respondía al nombre de Leocadia, y tenía la misma dulzura de carácter que un manojo de ortigas.

—¡Esto va a ser muy divertido! —me dijo Sebastiana, aunque yo sospeché que sería más bien al contrario.

Un mozo vestido con un jubón corto de color granate vino a buscarme diciendo que Garcés le había pedido que me enseñase mis aposentos. Yo confiaba en que, tal y como había sido en Pamplona, mi cuarto estuviese cerca del de Fernando, pero nada más lejos de la realidad. El muchacho me condujo hasta el segundo piso de una de las torres más pequeñas. Mi cuarto resultó ser más una celda que una habitación. Tan solo un catre llenaba el espacio —minúsculo por otro lado—, e inmediatamente comprendí que mi vida de lujos había terminado.

—El cuarto de al lado es el de mi señor Garcés, esta es la torre de la soldadesca. Me dijo que te lo dijese —me indicó el muchacho para después desaparecer.

Era evidente que aquella era la forma de Garcés de decirme que sabía lo que había pasado en Valtierra, que no estaba contento, que aquel era mi castigo y que sin duda a partir de ahora me vigilaría de cerca. Aunque lamentaba perder las comodidades a las que me había acostumbrado, sabía bien que lo tenía merecido y que ninguna injusticia se estaba cometiendo conmigo.

Me quedé sentado sobre el catre un instante, pensando en mis miserias, hasta que mi estómago empezó a rugir y decidí buscar mi camino de vuelta a la cocina. Inevitablemente acabé perdido en el laberinto de patios de la que era mi nueva casa. Llevado por la desesperación, entré por una puerta minúscula que resultó dar a una escalera estrecha de piedra que ascendía en círculos. Seguí la escalera, pues no parecía tener otro camino, y me encontré en un pasillo iluminado por teas junto a una puerta entreabierta por la que salía ruido de voces. Creyendo que quienes fueran podrían indicarme el camino de vuelta a la cocina me encaminé hasta allí, más en cuanto alcancé la puerta me escondí tras un gran cortinaje que cubría la pared al reconocer que las voces que salían de aquella sala eran las del mismísimo rey y su esposa.

—¡No, eso sí que no! ¡No lo aceptaré jamás! —gritaba la reina claramente agraviada.

—¡Haz el favor de calmarte y entender lo que te digo, Sancha! —respondió el rey y me di cuenta de que había dejado el trato formal que había visto esa tarde—. ¡No hay otra manera!

—¡Me niego! Me prometiste que todos mis hijos portarían una

corona sobre sus cabezas, no aceptaré nada diferente, ¿me entiendes? ¡Soy hija, nieta y bisnieta de reyes ungidos por nuestro señor, mis hijos no han de ser menos!

—¡Oh, sabía que recurrirías a ese argumento! No has podido superar que tu padre te entregara a mí, ¿verdad? Hubieses preferido una de las grandes coronas, Francia o Aragón. Pero tu padre decidió darte al rey de Navarra.

—¡Te equivocas, querido esposo! Ni siquiera esa gracia tuvo mi padre para conmigo, pues él me entregó al rey de Pamplona, que no de Navarra, un rey al que ni siquiera el Papa reconocía como tal. ¡Esas eran las virtudes del hombre al que fui entregada!

—Pero ¿qué más quieres, Sancha? ¿Acaso no te lo he dado todo?

—¡Todo, en verdad, Sancho, ¡incluso la vergüenza de ser el hazmerreír de toda la cristiandad!

—¡Oh, por favor, no volvamos de nuevo a esto!

—¡Sí, volveremos, volveremos tantas veces como sea necesario, como yo lo considere necesario, porque es mía la vergüenza!

—¡No soy el primer rey que tiene amantes, Sancha, tu propio padre las contaba por docenas!

—¡Qué verdad es que no hay hombre que pueda resistir sus instintos, y nosotras las mujeres debemos agachar la cabeza y ocultar nuestras lágrimas! Pero ¿una mora? No te bastaba con engañarme con otra mujer, tuviste que escoger una maldita mora como tu puta. Y por si eso no fuese suficiente ofensa, hasta casa le has puesto aquí en Tudela, para tenerla cerca. ¿Hay acaso mujer más vejada que yo?

—¡Basta, no seguiré hablando de esto, Sancha! ¡Nada tiene esto que ver con el futuro de Berenguela! He tomado una decisión y no hay más que discutir, ya lo he acordado con la reina Leonor y pronto empezaremos a organizarlo todo para que nuestra hija sea duquesa de Aquitania.

—¿Que has hablado con esa mujer? ¿Con esa concubina del diablo? Pero, si está encerrada por el rey Enrique en castigo a su maldad, intentó derrocar a su esposo, alentó a sus propios hijos en contra de su padre. Si el rey se entera de tus conversaciones será Navarra quién saldrá mal parada, ¿acaso has perdido la cabeza?

—¡No te engañes, esposa querida, esa mujer, esa concubina del diablo como tú la llamas, es la dueña y señora de un territorio mayor que Francia; ella, no su esposo! Y desde su encierro sigue manejando los hilos de todo cuanto acontece en sus dominios.

—Eso me resulta evidente, pues incluso te maneja a ti.

—¿Tan difícil de entender es para ti que necesitamos de esta alianza? Sin ella nuestros hijos no tendrán nada, ¿entiendes?, nada. Bien sabes que estamos atrapados entre los caprichos de Castilla y los antojos de Aragón, basta que un día ellos se alíen de nuevo para que

nos cercenen entre sus pinzas. No puedo permitirme además una guerra con mis vecinos del norte, es imprescindible que nos aliemos con ellos. Con el apoyo de Aquitania, Normandía y Gascuña, Aragón no se atreverá a levantar su mano contra nosotros y menos aún lo hará tu sobrino, el rey castellano, más aún cuando la loba de Aquitania es su suegra.

—Pero Gascuña le pertenece a él por matrimonio, pertenece a Alfonso.

—No mientras la reina Leonor esté viva, esos fueron los términos de los esponsales. Su hijo Ricardo maneja Gascuña en nombre de su madre, y el resto de Aquitania también. Nuestro hijo Sancho y él son buenos amigos, todo está a nuestro favor para asegurarnos su apoyo.

—¿Y por ello estás dispuesto a sacrificar a tu propia hija sin reparos?

—¿Sacrificar? Por los cielos, Sancha, será duquesa, y señora de un territorio más grande aún que la propia Navarra, no la entrego a un porquero.

—Pero no será reina como le corresponde y prometiste. Por no hablar de que esa loba y su esposo tienen cuatro hijos varones entre los que se habrán de dividir sus dominios, no tienes manera de saber cuál de los hijos heredará esos territorios.

—Es por eso por lo que aún no hemos decidido con cuál de ellos deberá casar Berenguela, esperaremos hasta determinar cuál de esos varones ha de ponerla en situación más ventajosa.

—¿Ventajosa para quién, para ella o para ti?

—Para todos, Sancha, para todos, tanto si quieres verlo como si no. ¡Y he dicho que esta conversación acaba aquí! Hablando de ventajas, entiendo que Garcés encontró al muchacho.

—Sí, lo hizo —respondió la reina de muy mala gana—, otra de tus formas de vejarme, obligarme a vivir bajo el mismo techo que él, el bastardo de una manceba.

—No importa lo que pienses, querida esposa, ese muchacho será la carta que he de guardar en mi manga por si nuestros enemigos deciden llamar a nuestra puerta.

—¿Eres consciente de que su presencia ha estado a punto de costarnos la vida de nuestra hija? ¿Acaso no te importa nada?

—Nuestra hija estuvo segura en todo momento, tu buen Garcés se encargó de ello. Por cierto, nadie me ha dicho cuál es su nombre.

El rostro de la reina se torció en un gesto de asco antes de responder.

—Rodrigo, se llama Rodrigo.

No esperé a que la conversación acabase, con el mismo sigilo con el que había llegado, volví a mis aposentos olvidándome de la cena, de mi hambre y hasta del lugar en que me encontraba. Me tumbé en el catre sujetando mis piernas, no sé si por frío o por temor, pero buscando una seguridad que no sentía. Las palabras del rey don Sancho resonaban una y otra vez en mi cabeza. Una ventaja frente a sus enemigos. Pero, ¿cómo era aquello posible? ¿Qué ventaja podría significar el hijo de una manceba para un rey? ¿Y quiénes eran todas esas otras personas que el rey había mentado? Nada sabía yo de quiénes eran Ricardo, Enrique, Leonor o Alfonso, pues por no saber, yo ya no sabía ni quién era yo mismo.

Sin duda el agotamiento de ir en círculos tras el mismo pensamiento una y otra vez, hizo que me durmiese, pero no fue un sueño tranquilo y reparador, sino uno plagado de sombras oscuras que me querían apresar y de las que me veía incapaz de huir. Fue el frío de la mañana el que me despertó, pues me había quedado dormido sobre la manta de mi catre, pero no había tenido tiempo aún de poner los pies en el suelo cuando la puerta de mi celda se abrió de par en par y por ella apareció Garcés.

—Me alegro de que estés despierto porque a partir de ahora te levantarás al alba cada día. Bajarás a desayunar con los soldados, desde hoy pasarás con ellos todo el tiempo que no estés en tus clases. Durante el día harás todo lo que se te ordene y sin decir una palabra, si lo haces así permitiré que sigas practicando cada día con la espada. Se acabaron los paseos por los jardines con los infantes y el ama Herminia, no eres un señor, tu única obligación será estudiar y trabajar. ¡Por dios que haré de ti un hombre o acabaré contigo!

Sin decir más se giró para dejarme, pero yo le hablé obligándole a parar en el dintel de la puerta de espaldas a mí.

—¡Garcés, lo siento! —dije, sabiendo que él entendería que me refería a mi excursión con Berenguela en Valtierra.

Lentamente giró la cabeza para mirarme de soslayo y sus palabras se me clavaron en el pecho como dagas.

—Creí que podía confiar en ti, Rodrigo, pero me equivoqué. ¡Ojalá esa sea la única ocasión en que haya errado contigo! —Y sin más me dejó triste y decepcionado conmigo mismo, y sabiendo que su malestar era cierto y grande, pues me había llamado por mi nombre y no sapito como acostumbraba.

Recogí como pude los pedazos de mi vergüenza y seguí a algunos de los soldados hasta una sala en el piso inferior en la que había un par

de mesas largas con grandes bancos a los lados. Allí encontré a Sebastiana que estaba sirviendo gachas calientes de un caldero a la soldadesca.

—Bueno, ya nos tenías preocupadas, ¿cómo te dio por desaparecer así ayer?

Le expliqué brevemente mi nueva condición tal y como me la había explicado Garcés.

—¡Vaya, parece que Garcés se ha tomado en serio lo de hacerte un hombre! Aunque si yo fuera tú me daría por afortunado, la cocina es ahora mismo el peor campo de batalla. ¡Para mí tengo que, cuando vuelva, Filomena y la tal Leocadia se habrán matado con los cuchillos de desollar corderos! Ni la una ni la otra están dispuestas a ceder en el mando, y a mí y a las otras mozas de la cocina nos vuelven locas, pues lo que una dice la otra desdice. ¡Mejor estás entre estos brutos que al menos sólo saben pensar en una cosa a un tiempo!

Sebastiana me hizo reír con sus comentarios y me olvidé por un segundo de mi nueva circunstancia, pero poco me duró. Uno de los soldados vino a decirme que debía recoger todos los cuencos del comedor y llevarlos a la cocina para que se lavasen, y después fregar los suelos de la sala, así que, casi sin haber podido comer mi ración de gachas, me vi sólo, arrodillado y miserable.

—¡Rodrigo, aquí estás! —me sobresaltó de repente la voz de Fernando a mis espaldas haciendo que me golpease en la cabeza con la mesa bajo la que me encontraba limpiando—. ¿Por qué estás haciendo eso?

—¡Fernando, por fin, llevo días sin verte! —contesté con una sonrisa, feliz de ver a mi compañero de juegos de nuevo.

—¡Berenguela, ven, está aquí! —llamó y la infanta apareció en el quicio de la puerta.

—¿Dónde estabas? ¡Hemos recorrido todo el castillo buscándote! ¿Qué haces aquí?

Les expliqué brevemente y, como yo esperaba, Fernando no estuvo nada contento de saber que ya no dormiría junto a él.

—Y, ¿por qué no viniste anoche tras la cena a contárnoslo? —preguntó Berenguela.

—Lo intenté, pero algo me distrajo —le respondí mirando fijamente a sus ojos, esperando que ella comprendiese que tenía algo que contarle que Fernando no debía escuchar.

—¡Bueno, el caso es que venimos a decirte que el hermano Teobaldo y la hermana Magdalena llegaron anoche y que nos esperan para nuestras clases! Fernando, ¿podrías adelantarte tú y decirle que ya vamos mientras yo ayudo a Rodrigo a acabar aquí? —le indicó y supe que me había entendido.

—¿Por qué yo? Puedes ir tú.

—Sí, pero tú eres más rápido que yo y si el hermano Teobaldo no tiene noticias nuestras pronto nos castigará a todos, sólo tú puedes evitarlo.

Berenguela conocía bien a Fernando, y sabía que apelar a su carácter de héroe salvador daría resultado. Sin más protestas el muchacho salió corriendo al encuentro de nuestro maestro.

Yo no perdí un instante en relatarle a Berenguela lo que había oído la noche anterior, empezando por todo lo relativo a su casamiento, pero para mi sorpresa, su rostro permaneció impasible.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué se supone que debo decir, Rodrigo? Tú no lo entiendes, pero es normal que mi padre empiece a pensar en desposarme, es mi obligación como infanta.

—¿Tu obligación?

—¡Por supuesto, soy la hija de un rey, Rodrigo! Mi hermano Sancho heredará la corona, su obligación es ser un rey fuerte y bueno para su pueblo. Mi madre me ha enseñado que la mía es casar con quien mi padre escoja para mí como esposo y convertirme en una reina buena y respetuosa de mi marido y de la iglesia.

Escuchando aquellas palabras creí estar viendo a doña Sancha y no a Berenguela. ¿Dónde había quedado su carácter desafiante y bravío? ¿Cómo podía conformarse con un destino impuesto?

—¿Y pudiste oír quién tiene mi padre en mente para mí? —dijo con una sonrisa de ilusión que me confundió aún más.

—¡No, bueno, sí, pero no sé de quién hablaban, no conocía esos nombres! Hablaban de una tal reina Leonor a la que tu madre llamaba la loba y de un rey Alfonso y de otras personas de las que no recuerdo los nombres.

—No sabes nada de los reyes y reinas que rigen el mundo, ¿verdad?

Aunque Berenguela había dicho aquello sin un ápice de acritud, no pude evitar un pinchazo de rabia dentro de mí. Quise decirle que la gente como yo no sabía nada de coronas y palacios, que sólo sabíamos de levantarnos cada mañana sin saber bien si ese día comeríamos caliente o no, más no dije nada porque comprendí que yo sabía tan poco de su mundo como ella del mío.

—No pasa nada, estoy segura de que el hermano Teobaldo puede explicártelo todo. La verdad es que a veces es confuso —concluyó con una sonrisa conciliadora—. Será mejor que vayamos a clase o nos meteremos en problemas.

—Aún no te lo he contado todo.

—¿Hay más?

—Sí, tu padre habló de mí.

—¿De ti? ¿Sabía quién eres?

—No, no lo sabía, pero quería saberlo. Le preguntó a la reina si

Garcés había encontrado al muchacho y cuál era su nombre, y tu madre le dijo que se llamaba Rodrigo. ¡No creo que haya otro Rodrigo traído por Garcés a palacio en los últimos tiempos!

—Es ciertamente improbable. Pero ¿por qué habría mi padre de interesarse por ti?

—Según sus palabras, porque yo era una ventaja frente a sus enemigos.

—¿Una ventaja? ¿Tú? Eso no tiene sentido alguno, Rodrigo.

—Lo sé, pero eso es lo que el rey dijo, yo lo entiendo tan poco como tú.

—Y, ¿no dijeron nada más?

—No me quedé a escuchar más de su conversación, doña Sancha estaba muy enfadada con el rey.

En ese instante la cara de Berenguela mudó en una máscara de tristeza infinita.

—Mi madre siempre está enfadada con mi padre, además odia venir a Tudela…

—Tu madre hizo un comentario sobre…—quise aventurar con cautela.

—Déjame adivinar, la bella.

—¿Cómo?

—Mi madre le recriminó a mi padre que mantiene una amante, ¿verdad? —preguntó y su rostro se volvió aún más triste.

—Sí —respondí con miedo, pues no quería herirla en forma alguna, algo que ella supo ver.

—No tienes que preocuparte, Rodrigo, hace mucho que sé lo que ocurre, mi madre no tiene por virtud el callar sus dolores. Mi padre tiene una amante en alguna casa de la ciudad, una mora a la que todo el mundo llama la bella, un pecado que mi madre no ha de perdonarle jamás. Es extraño pensar que este castillo era el lugar donde más felices éramos todos, hasta que esa mujer entró en su vida y mi madre nos llevó a Pamplona para no tener que soportar la vergüenza.

—Pero, ¿por qué hemos vuelto entonces?

—Por miedo, claro. Solo hay una cosa que mi madre ame más que su honra, y eso son sus hijos. Después de lo que me ocurrió en Pamplona, no tenía más opción que regresar.

—Tu madre sugirió algo más.

—¿Algo más?

—Sí, doña Sancha acusó al rey de ponerte en peligro por haberme traído a mí al castillo.

—¿Tú? Pero entonces…

—Exacto, eso significaría que el hombre que nos atacó me buscaba a mí y no a ti.

—Pero, entonces…Quizá nos equivocamos, Rodrigo. Eso

confirmaría que eres alguien de mucha importancia. Es imprescindible que sigamos tratando de averiguar por qué eres tan importante para mi padre, esa es la clave de por qué ese hombre vino tras de ti.

—Pues no sé por dónde vamos a empezar, mucho dudo que el rey vaya a compartir con nosotros sus asuntos.

—¿Acaso no es obvio?

—No para mí.

—¡Garcés, mostrenco, Garcés! —respondió dándome un pescozón en la cabeza—. Él te trajo y sin duda sabe por qué.

—Pues estamos apañados, porque de ninguna manera va a hacernos partícipes de algo que tu padre le ha confiado.

—Pues, habremos de encontrar la manera, Rodrigo, por tu seguridad y la de todos nosotros.

Llegamos a la sala que le habían dejado al hermano Teobaldo para nuestra educación justo cuando él ya se disponía a salir a buscarnos, visiblemente contrariado.

—¡Bueno, demos las gracias a nuestra señora, la virgen María, que habéis decidido uniros a nosotros! —soltó con sorna.

—¡Disculpad, hermano Teobaldo, pero...!

—¡Estábamos en el patio discutiendo sobre geografía!

—¿Sobre geografía? ¡Eso sí que lo encuentro difícil de creer, mi señora Berenguela!

—Podéis creerme hermano Teobaldo, yo no os mentiría —respondió evidentemente mintiendo con una cara dulce como la de un ángel—. Rodrigo no entendía quiénes son los vecinos y los aliados del reino de mi padre y yo trataba de ayudarle, aunque creo que no lo he hecho muy bien y puedo haberle confundido aún más de lo que estaba. Le venía diciendo que era mejor que os preguntáramos a vos.

—¡Una decisión sabia y humilde! ¡Muy bien, Berenguela, muy bien! —le contestó el monje sin que yo pudiese apenas dar crédito a la facilidad con la que había sido capaz de engañarle—. De hecho, ¿por qué no pasas y usamos eso como primera lección?

Entramos tras él en una sala mucho más grande que nuestra celda de Pamplona y que estaba iluminada por la luz que entraba por un ventanal con unos portones de madera que ahora se encontraban abiertos.

—Nuestra reina doña Sancha nos ha permitido utilizar esta sala adyacente a la capilla del castillo para nuestras clases. Debemos estarle agradecidos por tanta gracia. ¡Aún no he tenido tiempo de colocar mis volúmenes y pergaminos, pero lo que necesitaremos para nuestra lección debe estar por aquí! —Y empezó a revolver unas cajas con todas sus cosas mientras que yo me sentaba a una mesa junto a

Fernando que me preguntaba en susurros por qué habíamos tardado tanto. Berenguela se sentó con nosotros, pero del otro lado de la mesa. Me extrañó no ver a la hermana Magdalena, pero no quise preguntar —. ¡Y aquí están, demos gracias a dios!

El monje puso sobre la mesa dos grandes pergaminos, uno contenía dibujos con diferentes colores, símbolos que no podía entender y algunos nombres que sí era capaz de discernir. Uno de ellos decía Tudela. El otro pergamino era una especie de listado de algún tipo con multitud de escudos de armas como los que había visto decorando las paredes, los carros y la vestimenta de los soldados.

—Este de aquí —dijo señalando al primer documento—, es un mapa de los reinos de la cristiandad. Este de aquí es el reino de Navarra y esta es Tudela, donde nos encontramos. —Sus manos señalaron un pequeño triángulo en el centro del mapa y un punto minúsculo en la parte inferior del mismo—. Navarra se encuentra rodeada al este por el reino de Aragón y al Oeste por el de Castilla que se juntan en el sur bajo nosotros.

—¿Quiere decir que nos aprisionan por todas partes, hermano? —soltó Berenguela como si le hubiese picado algo.

—Esto es geografía, mi señora Berenguela, no política. En geografía no hay prisiones, sino montañas, valles y ríos. —Y la reprimenda hizo que la infanta torciera el gesto—. ¡Cómo decía, esos son nuestros vecinos al sur, este y oeste! Por su parte, al norte nos encontramos con el condado de Gascuña y más allá el ducado de Aquitania.

—¿Y quiénes son los reyes y reinas de esos lugares? —pregunté con cierta ansiedad al reconocer algunos de los nombres que había oído en la conversación entre los reyes la noche anterior.

—¡Ya voy, ya voy, muchacho, para ello necesitaremos este otro pergamino! —Y puso el pergamino en el centro de la mesa—. Empecemos por Castilla. El reino castellano está gobernado por el rey don Alfonso, que es sobrino de nuestros dos reyes, pues su madre, la reina doña Blanca, era hermana de nuestro rey don Sancho, y su padre el rey don Sancho de Castilla era hermano de nuestra reina doña Sancha. ¡Lo sé, lo sé, es confuso puesto que todos portan el mismo nombre, pero quedaos simplemente con que son familia! Por su parte, Aragón está regido por el rey Alfonso, segundo de su nombre y casado con la reina doña Sancha, a la sazón hermana de padre de nuestra señora doña Sancha de Navarra puesto que ambas son hijas del rey Alfonso séptimo de Castilla.

A esas alturas yo ya estaba absolutamente confundido y lo único que me quedaba claro es que todos aquellos reyes y reinas eran familia. Aunque para mí tenía que debían de ser una familia muy mal avenida puesto que Sebastiana me había explicado que las guerras entre Navarra, Castilla y Aragón eran casi constantes.

—Por su parte, al norte, el condado de Gascuña y el ducado de Aquitania pertenece a Enrique II, rey de Inglaterra.

—¡Creo que os equivocáis, hermano Teobaldo! —le espetó Berenguela pillando al monje por sorpresa y haciendo que su mano se crispase ligeramente sobre la mesa.

—¿Y por qué pensáis eso, mi señora Berenguela? —le preguntó dirigiéndoselo a ella de manera tan formal que sonó a sorna.

—Porque esos territorios no pertenecen al rey Enrique, sino a su esposa la reina Leonor.

—¿Y acaso no dice nuestro señor que todo lo que posea la mujer pasará a manos del hombre cuando estos se unan en sagrado matrimonio? Por lo tanto, esos territorios son ahora del rey.

—Eso es injusto. Además, yo he oído muchas veces a mi padre decir que esa loba es la única ama y señora de Aquitania y la que rige los destinos de sus gentes.

—¡Es verdad! —soltó Fernando deseando meterse en la conversación —¡Y mi madre siempre dice que esa puta del diablo maneja a los reyes como peleles, que lo hizo con el de Francia y ahora con el de Inglaterra!

Todos nos quedamos lívidos con aquel comentario que había salido por su boca sin pasar por su cabeza. Aunque el pobre chiquillo no era consciente de qué había de inapropiado en lo que había dicho, hizo que Berenguela y yo nos echáramos a reír a carcajadas.

—¡Basta, basta he dicho! ¡Mi señor Fernando, os ruego que no repitáis esas palabras en mi presencia, bueno, en presencia de nadie! ¡Y creo que ya vale de geografía por hoy! ¡Más vale que volvamos al aprendizaje de las escrituras que, sin duda, nos serenarán el ánima y el ánimo! —Y con cierto sofoco, recogió los pergaminos y los devolvió a su caja.

Pasamos el resto de la mañana releyendo la historia del rey Salomón que ya habíamos estudiado mil veces y, por más que disfrutaba de ver el manuscrito iluminado que el hermano Teobaldo poseía y que usaba para aquellas clases, la lección se me hizo lenta y pesada.

Cuando por fin fuimos liberados de aquella condena, lo único que deseaba era salir a correr con Fernando y Berenguela por los patios del castillo, pero el ama Herminia apareció y se llevó a mis compañeros de juegos a almorzar con su madre para después rezar juntos en la capilla real. No había vuelto a saber nada de doña Sancha desde mi escucha furtiva de su conversación con el rey, pero sí había notado su cada vez mayor insistencia en que sus hijos pasasen el mayor tiempo posible con ella. Aunque poco podía yo adivinar lo que aquello habría de significar para mi pequeño mundo.

Era ya media tarde cuando Berenguela vino a buscarme a las caballerizas —donde Garcés me había enviado a reponer el heno de los jumentos—, echando fuego por los ojos y dando patadas al suelo de pura impotencia.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan enfadada?

—¡Mi madre…se ha vuelto loca! —dijo dando una patada más de rabia que levantó una polvareda a nuestro alrededor.

—¡Cálmate o no entenderé nada! ¿Qué le ocurre a doña Sancha?

—¡Te lo he dicho, que se ha vuelto loca!

—¿Podrías contarme algo más? —respondí frustrado, pues ahora padecía yo su mismo nerviosismo debido a su actitud.

—Mi madre… —dijo tratando de respirar profundo para calmarse —, quiere convertirme en ella y no se le ha ocurrido otra cosa que prohibirme acudir a las clases del hermano Teobaldo. ¡Seguro que ese monje de los mil demonios se ha quejado a ella porque le llevé la contraria en clase! ¡Maldito enano rencoroso!

—¡Berenguela cálmate, si te escuchan hablar así te castigarán!

—¿Castigarme? ¿Te parece poco castigo, Rodrigo? No me estás escuchando. Mi madre ha dado orden a la hermana Magdalena de que a partir de ahora sea ella la única encargada de mis lecciones. Se acabaron las clases de aritmética y geografía, nada de historia y matemáticas. Desde mañana la hermana Magdalena deberá enseñarme tan solo a coser, bordar, cantar y rezar, es decir, todo lo que mi madre considere que sea necesario para convertirme en una digna esposa de rey, duque o lo que quiera que sea.

—Pero, pensé que estabas feliz con ese futuro.

—En serio, Rodrigo, no entiendes nada, ¿verdad? —me soltó hecha una furia—. Ese es mi destino y lo acepto, pero en mis propios términos. Si he de ser reina, lo seré, pero no como mi madre. No seré un pelele de mi esposo, sino su igual. Me niego a ser tan sólo un vientre que porte sus hijos, una posesión llevada de un lugar a otro para que cualquier día mi esposo decida meter en su cama a otra mujer y yo quede relegada a mis rezos y tristezas.

—Pero eso es imposible, una mujer debe obedecer a su esposo y hacer lo que él ordene.

—Ah, ¿sí?. ¿Y eso quién lo dice?

—Lo dice… la iglesia, supongo.

—Pues no pienso hacer caso, yo no seré así de ninguna manera. ¿De qué le ha servido a mi madre ser una esposa devota y una cristiana ejemplar? Ha acabado siendo una cornuda, amargada y sola.

—Berenguela, no deberías…

—¿Que no debería? Pero si es la única verdad. Mi padre sólo se preocupa de su solaz, y con eso ha destruido nuestra familia; y mi

madre con su actitud complaciente solo ha conseguido que todos nos convirtamos en seres tan tristes como ella misma.

—¡No deberías hablar así de tu madre!

—¿Cómo puede ser que te pongas de su parte, después de cómo te ha tratado?

—¡No lo hago, simplemente creo que… deberías guardarle respeto, es tu madre y tu reina! —dije con un tono de perrillo acobardado sabiendo que aquello solo habría de irritarla aún más.

—¡Pues mejor haría en portarse como tal y dejar de llorar por las esquinas y lamentarse como si fuese una pastora a la que se le ha muerto el cordero!

—¡Berenguela! —El grito resonó en las caballerizas tras la infanta y al girarnos nos encontramos con el rostro serio y claramente enfadado del infante don Sancho en la puerta de las cuadras.

—¡Sancho, no sabes lo que madre ha…!

—¡Basta! —replicó en el mismo tono de voz fuerte y grave que junto con su imponente altura hizo que los dos nos echáramos a temblar como las hojas de una higuera en una tormenta —. No escucharé una palabra más, ya has dicho mucho. ¡Deberías avergonzarte de tu actitud!

—¡Pero es que…!

—¡He dicho que ni una palabra más, vete a tu cuarto y no salgas de allí!

—¿Tú también te pondrás de su parte?

—¡No, hermana, me pongo de parte de esta familia! Algo que quizá deberías empezar a considerar tú también.

Pude ver en los ojos de Berenguela que aquella última frase no había hecho más que avivar un fuego que ya ardía con la furia del infierno. Ni una sola lágrima inundó su rostro, tan sólo una ira profunda y descontrolada que sólo deseaba escapar de su cuerpo. De repente y sin decir nada, Berenguela se giró y sin dignarse siquiera a mirarme se fue corriendo, dejándome a solas con el infante que emitió un suspiro profundo y se acercó hasta mí con cara triste.

—He oído lo que le decías a mi hermana, y te agradezco que defendieras a mi madre. Te llamas Rodrigo, ¿verdad?

—Sí, mi señor, me llamo Rodrigo, sólo Rodrigo —dije, aunque no me había pedido explicación alguna—. Yo no quería que ella se sintiese mal, es sólo que doña Sancha es la reina, y cómo tal merece respeto, aunque…

—¡Y ello te honra! —contestó entendiendo que no acabaría mi argumento —. Los reyes y reinas yerran en muchas cosas, Rodrigo, como lo hacemos todos, pero una madre siempre será una madre. Lo que mi hermana no es capaz de ver es que ha heredado su carácter de ella, o al menos de la mujer que fue antes de… —No dijo nada más.

Cómo si se hubiese dado cuenta de repente de que estaba hablando de más, o de que quién estaba ante él no era más que un mozo, acarició mi cabeza con su mano grande y recia y se alejó sin que la tristeza abandonase su mirada.

Los acontecimientos de aquella tarde me dejaron un regusto amargo en la boca y una tristeza extraña. Berenguela era lo más parecido a una amiga que había tenido jamás y no deseaba que se enojase conmigo. Sabía que era caprichosa, impetuosa y empecinada como una mula, pero su compañía hacía más fáciles mis días y me ayudaba a sobrellevar aquella vida que me había sido impuesta. Pero por encima de todo, no quería que Berenguela hubiese de sufrir, por mano de nadie, mucho menos por la mía propia. Ella me había nombrado su protector y, en mis adentros sentía que había fallado a aquel cargo y descuidado mis funciones. Ella había venido a mí en busca de consuelo y compresión —y para descargar su ira también—, y yo le había ofrecido a cambio reproches y reprimendas. Yo la había tratado como mi amiga, y como tal le había hablado con la verdad; pero Berenguela no era mi amiga, era mi señora, y entre siervos y señores no había lugar para verdades.

Cuando me disponía a abandonar las caballerizas, el gigantón de Garcés apareció por la puerta cargando un fardo en sus brazos.

—¡Ya veo que has acabado, perfecto, coge esto y sígueme! —dijo tirando el fardo a mis pies que resonó con un sonido metálico —. ¡Y es para hoy!

Con resignación me agaché para coger el bulto y me costó tal esfuerzo levantarlo del suelo que casi me caigo de bruces. El fardo era largo y delgado, y eso lo hacía difícil de agarrar, pero además su peso era muy grande para mí, así que me costó sangre, sudor y lágrimas seguir a Garcés por los patios del castillo. Por fin, llegamos a uno de los patios traseros de la fortaleza que estaba cubierto de arena y no de piedra como los otros, y allí me indicó que podía soltar el paquete, cosa que hice inmediatamente haciendo que este se abriese y su contenido se desparramara frente a mí.

—¡Trátalas con más cariño, esas espadas han de pasar mucho tiempo contigo!

Me quedé mirando aquellos trozos de metal con los ojos muy abiertos. ¿Qué quería decir que iban a pasar mucho tiempo conmigo? ¿Acaso tenía en mente que me dedicase a limpiar aquellas armas herrumbrosas? Porque si era así, a fe mía que iba a tener trabajo para semanas. Frente a mí yacían tres sables —a falta de mejor término para describirlos—, de distintos tamaños, pero todos con una cosa en común, habían visto tiempos mejores.

—¿Qué queréis que haga con ellas?

Una risa grave resonó a mis espaldas.

—¿Y este es el muchacho despierto y hábil que deseas que enseñe, Garcés? —dijo una voz tan profunda y suave que más parecía la de un juglar. Me giré para encarar a la persona que tan abiertamente se reía de mí y, esta vez sí, caí de espaldas al suelo tan largo era. Frente a mí se encontraba un hombre tan alto como Garcés, aunque de hombros menos anchos, vestido con una camisa larga que llegaba a sus rodillas y un calzón de color tierra que llevaba dentro de unas botas altas, y con la piel del color del mismísimo infierno. El moro de la guardia del rey don Sancho me miraba sonriendo y mostrándome sus dientes blancos, aunque la sonrisa no se reflejaba en sus ojos que me miraban inquisidores como los de un halcón que ha visto a su presa.

—¡Dale tiempo, aprende rápido! —contestó Garcés a su risa—. ¡Vamos, sapito, levanta de ahí y muestra tu respeto! Este es Tarik Ibn Musa, jefe de la guardia real de nuestro señor don Sancho, y hermano mío.

Mi cara debió de mostrar todo mi horror al comprobar que la mula de Garcés llamase hermano a aquel moro.

—¡Pero…pero si es sarraceno!

—Para no ser nadie le das mucha importancia al color de la piel. ¡Levanta de ahí ahora mismo o te muelo a palos! —Y me soltó un puntapié en las costillas que me hizo levantarme de un respingo.

—¿Estás seguro de que esto es un sapo, hermano? Para mí tengo que más bien me traes un renacuajo.

—¡Ni soy sapo ni soy renacuajo, soy Rodrigo y soy Navarro por gracia de nuestro señor Jesús, infiel! —solté indignado por haber sido descendido de grado en la escala de los animales de dios, aunque la indignación se me pasó con el bofetón que recibí de Garcés.

—¡Cuida tus maneras, sapito! Este hombre ha salvado mi vida tantas veces que apenas puedo contarlas y, por más que ha de ser tu maestro, así que te recomiendo que te ganes su afecto.

—¿Mi maestro? ¿Y qué me va a enseñar a mí un moro?

No hubo tiempo de recibir respuesta alguna, pues sin saber bien cómo me encontré de nuevo en el suelo, tan largo como era, apenas sin poder respirar, y con la bota de aquel sarraceno sobre mi pecho.

—Pues tal parece que lo primero que he de enseñarte son palabras —dijo mirándome fijamente desde la altura con sus ojos de ave rapaz —. Yo soy un seguidor de la ley de Mahoma, el profeta de Dios. No me llamarás sarraceno porque esa palabra significa hijo del desierto y yo no lo soy, ni me llamarás moro, pues los fieles a la cruz habéis cogido la costumbre de usar ese término de forma ofensiva y no me place. Para ti seré Tarik, o si así lo prefieres Musa, pues ese es el nombre de mi familia. No me llamarás señor, pues no lo soy, pero recordarás que debes tratarme con respeto porque soy quien puede patear tu culo en cualquier momento. ¿He sido claro? —Asentí con un miedo atroz—.

¡Muy bien, pues entonces levanta de ahí y coge una de esas espadas!

—¡Veo que ya habéis llegado a un entendimiento y hasta puedo sentir el amor que ya surge entre vosotros, así pues, os dejaré para que prosigas con tu lección, Tarik! —soltó Garcés sin poder contener la risa que hasta le hacía llorar.

—¡Muy bien, te devolveré lo que quede de él después de nuestra lección! —Y mi cuerpo tembló de nuevo.

La lección continuó hasta que el sol desapareció por completo. El moro Tarik insistió en que aprendiese el nombre de las tres espadas que Garcés me había entregado y cuáles de ellas debían manejarse a dos manos o a una, aunque para la mayoría de ellas incluso mis dos manos me eran insuficientes. También me enseñó para qué tipo de lucha eran mejores cada una de ellas y al cabo de un rato mi cabeza estaba tan confundida que cierto estaba de no poder recordar una sola palabra. Me mostró también sus propias armas, un sable largo y fino con la punta curvada que él llamó cimitarra, y uno más corto, pero de hoja mucho más gruesa que recibía el nombre de Alfanje y que causaba pavor sólo de verlo por lo imponente de su porte. Finalmente me explicó cómo debía de cuidar aquellas armas, su limpieza y el mimo que debía dar al afilarlas y con las mismas hizo que las recogiera, las cargase en mis brazos y las llevase de vuelta a mis aposentos, emplazándome para el día siguiente a la misma hora y en el mismo lugar advirtiéndome de ser puntual pues no me gustaría que tuviese que ir a buscarme.

Para cuando llegué de vuelta a mi celda mis brazos me dolían como si me los estuviesen arrancando, pero más aún me dolía el estómago, pues nada había comido desde el desayuno y salí como una rata que huye del fuego en dirección a la cocina. Llegué allí cuando la cena de la soldadesca estaba terminada, pero por suerte la buena Filomena se apiadó de mí y me preparó un cuenco de leche de cabra migada con pan y un buen trozo de queso que me supieron a manjar de reyes. Ya había terminado cuando Sebastiana se vino a unir a nosotros en la mesa. Yo me alegré de poder contarle a alguien mis cuitas, aunque preferí callar lo acontecido con Berenguela pues sabía que Sebastiana lo contaría a todo el castillo.

—Así que te han dado al moro para que haga de ti como le plazca. ¡Mi pobre muchacho! Ese bestia de Garcés…ya tendré unas palabras yo con él.

—Te lo agradezco, Filomena, pero mejor sería que no lo hicieras, no me haya de ver en más problemas con él, que bastantes tengo. Tendré que sobrellevar esto como mejor pueda y soportarlo como si de un castigo de Dios se tratase.

—¡Tampoco es necesario exagerar! —soltó Sebastiana causando sorpresa en Filomena y en mí por su defensa del gigantón de Garcés—. ¡A ver, no me miréis así que no he dicho nada raro! Garcés considera a ese moro su hermano, tú mismo lo has dicho. Si te ha entregado a él ha de ser porque en verdad se preocupa por ti, ¿no? Además, que ese sarraceno es el jefe de la guardia de nuestro señor don Sancho, algo ha de tener si nuestro rey le mantiene en cargo de tanta altura, digo yo.

—¡El cargo que le ha dado el mismo Garcés, no nuestro señor don Sancho! —susurró Filomena de repente.

—¿Cómo?

—Pues eso, que muchas cosas extrañas acontecieron cuando le enseñaron a Garcés la puerta por culpa de sus excesos con el vino.

—Pero ¿cosas raras como cuáles?

—Pues para empezar que, a pesar de todos los problemas de borracheras de Garcés, el rey no le echó de palacio. ¡No me malinterpretes, ni lo hizo ni yo lo querría porque Garcés es un buen hombre, pero otro rey no habría de mantener cerca de él ni de su familia a alguien que descuida sus funciones, se da a las tabernas y casi le cuesta su vida y la de su hijo!

—Eso me lo habéis dicho antes —y Sebastiana me arreó un puntapié bajo la mesa—, pero ¿qué pasó exactamente?

—Pasó que Garcés tuvo que acompañar al rey y al infante a uno de esos encuentros con los nobles enviados por el rey de Castilla para tratar de arreglar una de esas trifulcas en las que están metidos siempre porque esos castellanos solo quieren ocupar nuestras tierras —soltó de un tirón y con cara de enfado—. La noche antes del encuentro, Garcés acabó como una cuba de vino añejo y no fue capaz de ver que aquello no era más que una treta para apresar al infante y usarlo para forzar al rey a hacer concesiones. El rey y el infante lograron escapar, aunque por milagro divino y, a su vuelta a Tudela, Garcés perdió su cargo; pero la reina intercedió por él, y el rey, en lugar de echarle a patadas, le mandó a Pamplona con ella y los infantes.

—Pero ¿por qué iba la reina a interceder por él?

—Pues eso nadie lo sabe, pero mucho debió de esforzarse para que el rey claudicase después de tan grave falta. El caso es que Garcés recomendó para el puesto al moro y el rey lo aceptó porque el sarraceno había sido quien había salvado las vidas de él y su hijo con gran riesgo de la suya propia.

—¡Bueno, por eso y por algo más! —soltó Sebastiana sonriendo como un gato que se relame tras beberse la leche.

—¿Qué sabes tú, muchacha? ¡Habla ya, no te lo guardes!

—Bueno, pues resulta que una de las lavanderas del castillo tiene una hermana que trabaja de lo mismo en una casa de la ciudad, la

casa de una señorona morisca a la que visita con mucha frecuencia cierto personaje de mucha alcurnia.

—¡Ay, habla ya y déjate de adivinanzas!

—Pues que el moro no es ni más ni menos que hermano de la mora amante del rey, esa que llaman la bella, y se dice que por eso es por lo que el rey le tiene en tan alta estima y le guarda tan cerca de él.

—¡Acabáramos! Eso explica todo. Sin duda la hermana tiene absorbida la voluntad del rey y le trae y le lleva como se le antoja. Por eso su hermano está tan bien considerado en la corte —sentenció Filomena haciendo el amago de levantarse de la mesa—. ¡Yo siempre lo he dicho muchacho, estos moros no son gentes de las que fiarse porque sólo saben engañar y falsear para salirse con la suya, y siempre hay un buen cristiano que caiga en sus argucias! ¡Mira el pobre rey!

La risa de Sebastiana resonó en toda la cocina.

—Yo no sé si nuestro señor don Sancho es buen cristiano o no —soltó insolente agarrándose sus pechos—, pero lo que sí sé es que dos tetas siempre sabrán como manejar a un hombre, sean moras o cristianas.

—¡Pero para eso están las mancebías! —le respondí y las dos me miraron con cara de sorpresa por mi comentario—. ¿Qué? ¡Me crie en una, sé de sobra lo que pasa entre hombres y mujeres en los cubículos de la casa de putas!

—Sí, Rodrigo, tienes razón, pero estas moras son diferentes, perversas. Hacen pactos con el diablo para permanecer hermosas por siempre, y usan afeites y pociones para embrujar a los hombres hasta el punto de hacerles sus esclavos y que no tengan más voluntad que la suya propia. Son concubinas de Satanás, Rodrigo, y conocen muy bien su oficio y la debilidad de la carne. Así que no me extraña que don Sancho, la virgen le guarde, no sepa o pueda escapar de las garras de esa mujer.

Los argumentos de Filomena a mí no me convencieron, pues esas mismas palabras las había oído de las beatas de Pamplona para referirse a las mancebas de la puta grande, y yo bien sabía que ellas nada entendían de pactos con el diablo ni de pociones. Me costaba comprender por qué las mujeres siempre habían de culpar a otras mujeres cuando los hombres buscaban otros lechos en lugar de culpar a los propios hombres por su debilidad o su vicio; pero supuse que eso eran cosas enrevesadas de mujeres y que quedaban fuera de mi entendimiento.

Y en ese momento me di cuenta de algo que, de alguna forma, me permitió acabar el día algo mejor que como lo había empezado. Berenguela también era mujer, o se estaba convirtiendo en una, y como tal me era negado entenderla a ella o a sus actos, lo cual explicaba sus arranques de aquella tarde y su enfado incomprensible

conmigo.

Los días pasaron y a estos les siguieron los meses sin que a penas nos diésemos cuenta. Las rutinas de todos los que vivíamos en el castillo de Tudela continuaron siendo las mismas y todos nos dimos a ellas como quien se entrega a los brazos de un amante, reconociéndolas como irremediables, sin ver la vida pasar a nuestro alrededor, tan sólo dejándonos llevar por ella.

Nada volvimos a saber del hombre que nos había atacado a Berenguela y a mí en Pamplona y, para mí tengo que, de alguna manera, empezamos a ver aquella imagen tan lejana que casi empezamos a creer que no había sido verdad.

Doña Sancha cumplió su promesa y Berenguela no acudió más a nuestras clases, lo que me generaba una gran desazón porque desde nuestro desencuentro en las caballerizas no me había sido dado hablar con ella ni aclarar nuestras diferencias. Además, había notado que en las pocas ocasiones en que nos cruzábamos por los pasillos del castillo, apenas si me dirigía la mirada; y aunque yo quería pensar que eso se debía a la presencia del ama Herminia o de alguna otra de las damas de compañía de la reina que ahora no la dejaban un instante, algo dentro de mí me decía que aún me guardaba rencor, y eso me mortificaba.

El invierno llegó, pero para mí no supuso cambio alguno. Garcés y Tarik siguieron haciéndome practicar con las espadas cada día, hiciese frío o calor, nevase o lloviese, sin perdonar uno. Pronto mis brazos empezaron a fortalecerse por la carga constante de aquellas armas y las tareas que se empeñaban en asignarme y pude empezar a asestar mandobles con ellas. Tarik seguía haciendo burla de mí con cada movimiento y torpeza que mostraba, pero no se me escapaba que lo hacía sin dejar de corregir mis posturas, ni cejar en su empeño de que manejase la espada en condiciones.

La vida para el resto de los habitantes del castillo tampoco paró. Filomena fue bendecida con la muerte de Leocadia que no pudo superar unas fiebres aquel invierno. Y es justo decir, que aun siendo como fue la mayor beneficiada de su partida, fue ella la que no se separó un momento de su lado hasta que finalmente murió. Y no fue la única pérdida aquel año.

Para la festividad de todos los santos fue la hermana Magdalena la que enfermó y en menos de una semana nos había dejado. A decir verdad, la hermana debía tener más años que el mismo Matusalén, así que su muerte no fue inesperada para nadie. La abadesa de su convento no tardó ni una semana en reemplazarla con otra hermana de su congregación, la hermana Asunción, una muchacha de apenas

unos veinte años sin el carácter recio y duro de su predecesora y que yo estaba convencido sufriría un terrible tormento a manos de Berenguela.

Con la llegada de diciembre llegó la celebración de la Natividad que yo estaba convencido que sería un gran fasto pues a fin de cuentas estábamos en la casa del rey, pero mi decepción no pudo ser mayor. Doña Sancha había dado orden de que no se realizase ninguna gran celebración, ni se invitara a los nobles, pues ese año debíamos celebrar el nacimiento de nuestro señor con la humildad y el recato debidos de buenos cristianos. Si al rey le disgustó la idea de poco sirvió, pues acató los deseos de su esposa sin objetar nada al respecto. Era de entender que no le fuese de importancia, pues llegado el día, lo pasó fuera del castillo, no me cabía duda de que entre los brazos de su amante mora.

Para el mes de marzo tuvimos otra partida, la del infante don Sancho. Tan pronto como los puertos del norte hubieron perdido la nieve y fueron transitables de nuevo, el infante y un grupo de unos veinte soldados partieron para responder a una llamada de ayuda del duque de Aquitania que, al parecer, era el mejor amigo del infante. La petición había llegado en forma de carta de la mano de un mensajero un par de días antes e inmediatamente el infante había solicitado permiso de su padre para acudir en respuesta. Durante aquellos meses, mi relación con el infante don Sancho se había vuelto cercana y cariñosa. Frecuentemente participaba en nuestros juegos de guerras inventadas y siempre que nos encontrábamos se paraba unos instantes para asegurarse de que me encontraba bien. Así que, el día de su partida no pude evitar sentir algo de tristeza por perder a una de las pocas personas que eran amables conmigo.

Los calores del siguiente verano trajeron algo más. Sebastiana estuvo enferma durante varios días y, aunque ella justificó su palidez y el hecho de que no pudiese levantarse del catre con alguna comida que le había sentado mal, yo reconocí inmediatamente lo que le ocurría pues lo había visto muchas veces en las mozas de la mancebía. Cada vez que una de ellas se descuidaba y quedaba preñada, la puta grande hacía venir inmediatamente a una de las viejas que vivían cerca. Aquella mujer les daba un mejunje de hierbas y hongos que les permitía librarse de la criatura recién concebida, pero que les daba terribles dolores y las tenía tumbadas en cama durante días con la misma palidez que ahora mostraba Sebastiana. Yo sabía además que ella había andado en tratos con al menos un par de soldados, así que no necesitaba más para comprender lo que ocurría. Si doña Sancha hubiese sabido de su preñez, al no tener esposo, la habría echado a la

calle a patadas y Sebastiana no tenía otro lugar al que ir, así que su elección había sido clara. Yo solo esperaba que quien le hubiese dado el remedio supiese lo que hacía, pues alguna vez había visto a alguna manceba morir porque el embarazo estaba demasiado avanzado para el remedio, o el remedio había sido demasiado fuerte; y yo no quería eso para Sebastiana pues le tenía gran cariño. Pero tres días después, y aunque aún aparecía pálida y demacrada, Sebastiana había vuelto a sus labores, aunque desde ese día Filomena mostró una extraña acritud hacia ella.

Mis clases continuaron durante todo aquel año sin cambio alguno, excepto por el hecho de que el hermano Teobaldo empezó a mostrar un constante empeño en que Fernando y yo escuchásemos cada día sermones sobre los pecados de la carne y los muy variados castigos que recibirían en el infierno los lujuriosos, sodomitas, onanistas, aquellos que yacían con animales y cualquier otro que fuese dado a dejarse llevar por sus instintos carnales. La explicación del por qué vino a mí de la mano de Filomena.

—¡Sin duda la reina ha insistido en ello por culpa de ese muchacho del demonio!

—¿Qué muchacho?

—El infante don Fernando, claro, ¿cuál más iba a ser?

—¿Y qué ha hecho Fernando para merecer ese castigo?

—El muchacho ha salido tan lujurioso como su padre. El otro día le encontraron obligando a la hija del herrero, de su misma edad, a desnudarse y tocarle sus partes pudendas.

Quise echarme a reír debido a la imagen que se formaba en mi cabeza, pero sabía que Filomena, se enfadaría por ello así que me contuve como pude.

—Pero no solo es eso. Se mete debajo de las faldas de todas las doncellas, y el otro día en una pataleta le soltó a una de ellas que él es infante de Navarra y que algún día la violaría para que sepa lo que es un miembro de rey. ¿Puedes creértelo? Si no tiene ni ocho años. Así que la reina ha montado en cólera y le habrá pedido al hermano Teobaldo que le aleccione.

—Pues por los pecados de Fernando, estoy yo recibiendo la penitencia.

—Bueno, tampoco te va a venir mal saber qué es lo que te espera si se te pasa por la cabeza volverte como él.

Pero la verdad era que sí me estaba viniendo mal. Las imágenes que el hermano Teobaldo nos mostraba en sus libros iluminados sobre el castigo destinado a los lujuriosos eran tan vívidas que muchas noches me despertaba gritando y empapado en sudor, aterrado ante la idea de que el mismísimo diablo pudiese venir a por mí para llevarme a su reino de oscuridad. Luego de un momento conseguía tranquilizarme y

decirme que yo no era Fernando, que estaba cambiando poco a poco, y que cada vez mostraba mayor interés por las mozas, y se pasaba el día hablando de pechos y de otras cosas. Yo nunca le había dado importancia posiblemente porque yo no compartía sus intereses ni sentía aun las presiones de los mozos por yacer con toda mujer que se les presentase por delante, pero, aún así, pasé largo tiempo pagando por una falta no cometida.

El siguiente invierno llegó mucho más pronto de lo que se le esperaba y el frío envolvió Tudela casi sin que nos diésemos cuenta de que el verano se había marchado. Aquello hizo que la vida de los campesinos fuese muy complicada, pues durante el invierno había menos comida, y si el invierno era largo, también lo sería su hambre. Filomena tampoco estuvo contenta, y es que, si los campesinos no tenían para ellos, poco podía haber para el castillo, por mucho que el rey tuviese la prerrogativa de tomar aquello que necesitase sin preocuparse de nada más. Por suerte, el castillo siempre tenía la oportunidad de aprovecharse de la caza que se pudiese encontrar en los bosques que rodeaban Tudela, algo que a los campesinos les estaba vetado.

Una tarde de primeros del mes de diciembre en la que llovía a mares, Sebastiana vino a mi celda y me entregó un fardo de ropas.

—¿Qué es esto?

—Un saco de monedas de oro, ¿tú que crees, torpe? Son un par de camisas y calzones largos, y una saya de lana prieta. ¿O no te habíais dado cuenta de que has crecido y que esas ropas de niño ya no te valen? Morirás de frío este invierno si no te vistes en condiciones.

Miré las ropas que había puesto sobre mi catre y a mis ojos les parecieron las ropas del mejor señor del reino. Sin reprimir mis impulsos, salte del catre y me abracé a ella.

—¡Bueno, bueno, que solo son unos trapos! —respondió a mi abrazo riendo—. ¡Por cierto, esto también es para ti, me lo ha dado Garcés cuando se ha enterado de que te preparaba ropas!

—¿Garcés?

—Sí, Garcés. Ya te he dicho que esa bestia de carga es más blanda de lo que parece y que se preocupa realmente por ti. ¡Toma! —dijo entregándome una tela recia y grande—. Es un pellizón de piel con su capucha y todo, ya lo quisieran para sí la mayor parte de los soldados que tienen que comerse el frío y el agua con sus ropas de lana. Creo que debía ser suyo.

Agarré la tela de color marrón oscuro que me entregaba y noté que era muy suave al tacto, como si hubiese estado muy usada, pero eso era algo que la hacía ligera y agradable. Y entonces caí en la cuenta de algo.

—¡Debo ir ahora mismo a darle las gracias!

—No podrás, le he visto salir esta mañana con el moro y el rey en dirección a Tudela y aún no han vuelto. Supongo que son asuntos de cama, ya me entiendes.

—Bueno, en ese caso esperaré hasta que vuelva para agradecerle la gracia.

—Muy bien dicho, de bien nacido es ser agradecido —dijo sonriendo mientras se levantaba y se dirigía a la puerta—, vuelvo a la cocina o Filomena encontrará otra razón para reñirme. ¡Ponte tus ropas nuevas para que todo el castillo te vea como un conde!

No tardé un instante en hacerle caso y ponerme mis calzones y camisa nuevos que se ajustaban a mi talle de manera perfecta. La saya me quedaba ligeramente holgada y tenía un olor extraño, pero la pude ceñir con el cinturón estrecho de cuero que la acompañaba y a mí me pareció que tenía un aspecto bastante digno. No pude resistir la tentación de colocarme encima el pellizón. Su peso era mayor del que esperaba, pero con él no pasaría frío alguno y, al tratarse de piel bien curtida, el agua tampoco habría de penetrarlo. Al verme pertrechado como un señor, no pude reprimir el deseo de enseñárselo a Fernando y salí por el castillo a buscarle.

Los pasillos y las salas estaban prácticamente vacíos, apenas algunos sirvientes yendo de aquí para allá. El frío, el agua y la oscuridad de aquella tarde hacían que los habitantes del castillo prefiriesen pasar sus horas en salas cerradas junto a buenos fuegos a no ser que sus tareas les obligasen a abandonarlas. Al pasar por la gran entrada de la torre principal, vi que la puerta estaba abierta y que dos sombras hablaban en el patio de entrada en medio de la lluvia torrencial, tan sólo iluminados por una pobre tea que a duras penas lograba mantenerse encendida en semejante aguacero. De repente, uno de ellos se giró para llamarme por mi nombre.

—¡Rodrigo, espera Rodrigo!

Se trataba de uno de los soldados que dormía en mi torre, un hombre de unos treinta años del que no recordaba el nombre.

—¿Qué necesitas?

—¿Sabes dónde encontrar a nuestro señor Garcés? Ha llegado un hombre de Inglaterra con un mensaje muy urgente para nuestro señor rey.

—Garcés no se encuentra en el castillo, ha ido a Tudela con Tarik y el rey —referí lo que Sebastiana me había dicho.

El otro hombre, que sujetaba las riendas de un caballo gris y que no parecía inmutarse por la lluvia, se dirigió al soldado que acto seguido se giró para hablarme a mí.

—Este dice que el mensaje no puede esperar y que no puede ser entregado a nadie que no sea el mismo rey…

—¡Pues el rey no está, ya te lo he dicho!

—¡Entonces tendremos que pedirle a doña Sancha que lo reciba, no sé si le daría el mensaje, pero algo debemos hacer!

—Mi madre no le recibirá, se ha retirado a sus aposentos y ha pedido que no se la moleste bajo ningún concepto —retumbó en la entrada la voz de chiquillo que se adentra en la pubertad de Fernando —. ¿Y tú qué haces vestido así?

—Luego te lo explico, esto es más urgente.

—Si el mensaje es tan urgente yo iré a Tudela a llevárselo a mi padre. ¡De sobra sabemos todos dónde está!

—¡Eso no puedo permitirlo de ninguna manera, mi señor don Fernando! ¡Garcés me haría despellejar vivo si se entera de que os he permitido ir sólo a la ciudad!

—¡Pues no tienes muchas alternativas, el mensaje es urgente, ya lo has oído! —respondió Fernando irritado.

—¡Yo iré! —dije sin pensarlo.

—¿Cómo? —replicó Fernando.

—¡Que yo iré! Tu seguridad es demasiado preciosa para dejarte ir solo a Tudela, pero Garcés no se enfadará si voy yo. Si el mensaje es tan urgente, él estaría de acuerdo.

—¡No estoy yo muy seguro de eso!

—A mí me parece buena idea, pero ¿sabes tú dónde se encuentra el rey?

—Fernando me lo dirá, ¿verdad? No tendré problemas en encontrarle.

—Sea, le explicaré a este que has ido a buscar a nuestro señor don Sancho, y a ver si con un poco de cerveza o de vino aguado o lo que beban en Inglaterra le pueden tener entretenido en la cocina.

Fernando me dio las indicaciones de malos modos, en parte irritado por no poder ser él quien partiese en aquella aventura, y en parte porque ni siquiera él sabía a ciencia cierta donde estaba su padre. Fernando sabía, como todos, que, si su padre había ido a Tudela, sin duda se encontraba en casa de la bella, pero la ubicación exacta de esa casa la desconocía. Lo más que conocía era que se encontraba en alguna de las calles entre la Iglesia de la Magdalena y la judería. Con aquellas indicaciones yo sabía que lo tenía difícil para encontrar el lugar, pero me había comprometido y ahora debía cumplir con la palabra dada. Así que me arrobé el pellizón colocándome la capucha sobre la cabeza y me lancé a la lluvia y la noche.

Fernando me había dicho que no tendría dificultades en encontrar la iglesia, tan sólo debía asegurarme de girar a la derecha tan pronto como entrase en la ciudad y buscar el campanario pues ningún otro templo existía en aquella zona de Tudela, y tenía razón. A pesar de que el aguacero apenas me permitía ver más que sombras en la

oscuridad de la noche, tan pronto como abandoné el camino que bajaba del castillo a la ciudad y vi las primeras casas pude vislumbrar la figura de un campanario a la luz de la poca luna que me iluminaba, y hacia allí me dirigí. No tardé en darme de bruces con la iglesia y tuve que recogerme unos instantes en el arco de su entrada pues, a pesar de mi pellizón, me encontraba calado de pies a cabeza y el agua caía por mi rostro impidiéndome ver. Como si la propia Santa Magdalena se hubiese apiadado de mí, de repente el aguacero empezó a amainar para quedar convertido en una neblina húmeda.

La judería se encontraba por debajo de la Iglesia y entre ambas, debía de encontrarse la casa de la mora, pero Fernando había visitado la ciudad a caballo, y la perspectiva era muy diferente de la de un caminante. Ante mí se desplegaban dos calles diferentes que descendían hacia la parte baja de la ciudad y me era imposible saber cuál de ellas podría llevarme cerca de la casa que buscaba así que cogí la que estaba más a mi derecha. Me encaminé por el suelo de tierra que ahora era un barrizal esperando encontrar a alguien que pudiera o quisiera darme indicaciones, pero en aquel tiempo inclemente las calles estaban completamente vacías. No sé cuánto tiempo deambulé por aquellas calles a oscuras, sobresaltado por cada ruido que escuchaba y sin tener idea de cómo iba a resolver el enredo en que me encontraba, pero al girar en una de las calles, me encontré con dos de los soldados del rey que montaban guardia frente a la puerta de una casa que se encontraba iluminada por dos grandes faroles de metal.

—¡Alto! ¿Quién anda ahí? —preguntó uno de ellos al notar mi presencia desenvainando sus espadas.

—¡Soy yo, Rodrigo, traigo un mensaje para el rey! —dije al reconocer al que hablaba.

—¿Rodrigo? ¿Qué diablos haces tú aquí? ¡Ven a la luz!

Di dos pasos hacia la claridad que proyectaban los faroles para que pudiesen verme.

—¡Ha llegado un mensajero urgente para el rey! ¡Me ofrecí a venir hasta aquí para avisarle, parece que es importante!

—¡Por Dios, muchacho, estás empapado! ¡Entra dentro, pediremos que te den algo con qué secarte y avisaremos a Garcés!

Abrieron la puerta de la casa y me entré a una visión increíble. Frente a mí se encontraba un gran patio con arcos de piedra y una fuente baja del mismo material en su centro. Alrededor de la fuente y por todo el patio, inmensas plantas de un color verde intenso desprendían un aroma delicioso entre madera, flores y tierra mojada. Los suelos de las arcadas no eran de tierra prensada sino de piedra pulida y las paredes estaban cubiertas de hermosos tapices con escenas que no supe reconocer. A mi izquierda una gran escalera de piedra ascendía al piso superior. Por todo el patio, faroles como los de

la entrada, forjados en metal y con formas hermosas proyectaban una luz que se me antojaba celestial. Era en verdad el lugar más hermoso que había visto jamás.

Tan ensimismado estaba en todo lo que se desplegaba ante mis ojos que no me di cuenta de que los soldados me habían dejado solo. Miré a mi alrededor buscándolos sin saber bien qué hacer cuando, de repente, la figura de una mujer bajó la escalera de piedra casi como si flotase.

—¡Vaya, no recuerdo que esperásemos invitados! —dijo con una voz que parecía cantar.

—Me…me llamo Rodrigo, he venido a ver al rey.

—Vaya, nada menos que a un rey, y ¿quién te dice que puedes encontrar a un rey en esta casa? —La mujer se acercó hasta mí y sus ropas, de una tela ligera como no había visto nunca flotaban a su alrededor. Sus pies estaban cubiertos por unas zapatillas bordadas cuya punta se elevaba ligeramente. Llevaba unos pantalones parecidos a los calzones de un hombre, pero ajustados en los tobillos y sobre ellos una especie de túnica holgada en un color azul que acentuaba su piel de mora. El pelo recogido y cubierto con un velo de la misma tela que su túnica enmarcaba un rostro que podría haber sido el de una virgen, si no fuese por una horrible cicatriz como de quemadura que desfiguraba la mejilla derecha, pero que no restaba belleza alguna a sus ojos de un color verde intenso.

—Sé bien que el rey está aquí o sus soldados no estarían en la puerta, así que te ruego que avises a tu señora de que estoy aquí y que tengo un mensaje urgente para el rey.

La risa de la mujer resonó en todo el patio y habría podido estar escuchando aquella música toda mi vida. Pero otro sonido mucho rudo me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Rodrigo! —La voz de Garcés resonó casi como una ofensa en aquel patio—. ¿Qué diablos…? ¿Cómo has llegado aquí?

—¡A pie! —dije sin darme cuenta de que Garcés no esperaba respuesta a esa pregunta.

—¡Míriam! —resonó la voz de la mujer de nuevo—. Trae algo con que secar a este muchacho y ofrecedle un té caliente para que se recupere del frío.

—¡Pero traigo un mensaje para el rey!

—¡El mensaje puede esperar hasta que estés seco y caliente, de otra forma mañana tendrás fiebre y quizá morirás! Míriam cuidará de ti.

En respuesta a su orden una mujer pequeña y cubierta de arriba a abajo en ropajes oscuros se acercó hasta mí y con suavidad me llevó hasta una de las salas adyacentes al patio donde me sentó en un banco de madera junto a un fuego que agradecí de corazón y me ofreció un cuenco con una bebida caliente que había sido endulzada con miel.

—¡Bebe esto, enseguida entrarás en calor! —dijo sonriéndome dulcemente.

—¿Tú también eres esclava de la señora de la casa? —pregunté intentando hacer conversación—. No sabía que los moros podían tener esclavos de su misma fe.

—Yo no soy mora, sino judía —respondió la mujer ligeramente molesta—, y mi señora no tiene esclavos. Yo soy su sirvienta, y recibo un salario digno por mi trabajo.

—¡Perdón, pensé que…!

—¡No importa! —dijo claramente queriendo dar por zanjada la conversación.

—¡Me llamo Rodrigo! ¡Vivo en el castillo con Garcés y Tarik!

—¿De dónde eres, Rodrigo?

—¡No lo sé! Me llaman el Navarro, vivía en Pamplona, pero no sé si mi madre era de allí.

Como si aquella información hubiese sido de su interés, la mujer se giró de nuevo para mirarme a los ojos fijamente.

—¿Qué ha sido de tu madre? ¿Vive contigo?

—No, mi madre murió, y entonces Garcés me llevó a vivir al palacio.

Aquella respuesta hizo que la mujer casi dejase caer la bandeja que llevaba en las manos y en la que me había traído el té. —¿Te encuentras bien? —pregunté intentando hacer el amago de ayudarla, pero la mujer se retiró de mí.

—Sí, sí, estoy bien, no te preocupes, pero debo volver a mis tareas —. Y sin más, desapareció para no regresar sin que yo pudiese entender nada.

El fuego y el té hicieron su efecto y pronto me encontré plenamente recuperado, y como si hubiesen leído mi pensamiento aparecieron en la sala Tarik, Garcés y la mujer de la escalera.

—¡Más vale que tengas una buena explicación para haber dejado el castillo sin permiso y presentarte aquí! —amenazó Garcés.

—¡La tengo, ya le he dicho a esta mujer que avisase a su señora porque tengo un aviso para el rey!

—¡Rodrigo —dijo Tarik sin ápice de emoción en su voz, pero mirándome fijamente—, te presento a Jadiya Bint Musa, ama y señora de esta casa y hermana mía!

Si en ese momento la tierra se hubiese abierto y los infiernos me hubiesen reclamado, habría entrado en ellos gustoso. A duras penas me atrevía a mirar a la mujer que, sin embargo, me miraba sonriendo claramente divertida.

—¡Mi señora, yo…! —balbuceé.

—¡No le des a tu error la importancia que yo no le atribuyo, Rodrigo! En realidad, ha sido un momento muy divertido, y por ello te

doy las gracias. ¡Aquí en Tudela todo el mundo sabe ya quién soy, tu error me ha parecido delicioso!

—¡Eres demasiado condescendiente, hermana!

—¡Y tú un viejo cascarrabias, Tarik! —respondió con sorna—. ¡Dejemos que el muchacho os dé el mensaje que tanto esfuerzo ha puesto en traer!

—¡Habla muchacho, y más vale que tengas una buena razón para esto que has hecho! —me soltó Garcés.

Sabiendo bien que me jugaba unos buenos palos les expliqué como había llegado un mensajero con noticias urgentes que se negaba a entregar a otra persona que no fuese el rey, y cómo, ante la imposibilidad de hacérselo saber de otra manera, había decidido ser yo quien viniese a avisarles.

—¿Qué idioma hablaba ese hombre, muchacho? —inquirió Tarik.

—No lo sé, yo no he hablado con él, pero el soldado dijo algo de que venía de Inglaterra.

Tarik miró a Garcés e inmediatamente abandonó la sala como si mis palabras hubieran tenido un gran significado para él.

—Mejor será que vuelvas al castillo —dijo Garcés—, yo te llevaré. ¡No quiero que te pierdas por el camino y acabes metiéndote en líos con otra casa decente!

Quise hacer un comentario con respecto a la decencia de una casa que no era otra cosa que un tálamo para el solaz del rey, pero algo en los ojos de la mujer que se encontraba frente a mí, me hizo entender que había mucho que no podía entender. Mirando su rostro, me di cuenta de que, quien le hubiese puesto el nombre de la bella, probablemente lo había hecho para burlarse de ella por su cicatriz, y, sin embargo, sin saberlo, había acertado plenamente, pues aquella mujer, con su porte y su dignidad, era mucho más bella a mis ojos que cualquier otra doncella de rostro inmaculado.

Abandoné la sala detrás de Garcés y al salir al patio vi a Tarik, en el piso superior hablando con el rey don Sancho que vestía tan solo una camisa abierta sobre los calzones y que me miraba seriamente. A su lado había otras dos mujeres, a medias de vestir que se ocultaron inmediatamente tan pronto como se dieron cuenta de que las miraba.

Garcés tiró de mí hacia la puerta y me dijo que esperase allí mientras cogía su montura de la cuadra, pero vi que en su camino se paraba para hablar con la sirvienta judía que se encontraba agitada y parecía recriminarle algo, más no pude ver más pues Jadiya se acercó hasta mí para despedirse.

—¡Ha sido un placer tenerte en mi casa, Rodrigo, ojalá algún día podamos volver a vernos! En mi religión te desearía que Dios te acompañe en tu camino, pero no sé si eso pueda ofenderte.

—¡Nosotros usamos la misma expresión, mi señora!

—¡Tal parecería que no somos tan diferentes los cristianos y los seguidores del profeta!

Y aquella frase se quedó resonando en mi corazón, y agaché mi cabeza a modo de reverencia mientras ella me sonreía justo antes de desaparecer de nuevo en el interior de la casa.

Subí al caballo de Garcés que me esperaba en el exterior. La lluvia había cesado por completo, pero la había sustituido un frío terrible de esos que te hielan los huesos. Por suerte, como debí abrazarme al cuerpo de Garcés para no caer de la montura, el calor que desprendía su cuerpo calmaba algo mi tiritona.

—¿He hecho mal viniendo, Garcés? —me atreví a preguntar envalentonado por el hecho de que no podía ver la cara del hombretón.

—No me cabe duda de que el rey te estará agradecido, Rodrigo, pero no debiste haberlo hecho. Te has puesto en peligro —respondió después de un instante de silencio.

—¿Peligro por qué? ¿Por el hombre de la cicatriz?

—Peligro por haber salido por los caminos y la ciudad desierta en medio de la noche sin saber a dónde vas cuando no eres más que un chiquillo.

—¡Ya he cumplido once años, Garcés, no soy un chiquillo! —protesté.

—¡Sea como fuere! Fue una imprudencia y un riesgo demasiado grande.

—Fernando quería venir, pero no podía dejar que él se pusiese en peligro. Es más pequeño que yo y además es infante.

Garcés no dijo nada, como si sopesase mi respuesta o como si no la hubiese esperado. Cansado de su silencio, seguí hablando.

—Esa mujer…

—¿Cuál de ellas?

—La señora Jadiya, claro, ¿cuál más va a ser? —le espeté sorprendido de que pensase que podría estar hablando de la criada.

—¿Qué hay con ella?

—Todo el mundo le llama la bella, pero…

—Pero ¿qué? ¿Acaso no te lo parece…?

—A mí me ha parecido muy hermosa, pero la gente es mala, Garcés, no me creo que las gentes de Tudela le llamen la bella por eso, sino como burla por su cicatriz.

—Nada se me hace lo que piensen las gentes de Tudela, Rodrigo. La señora Bint Musa desciende de una familia de muy alto linaje entre los musulmanes, pues así es como deberías llamarles y no sarracenos o moros. Sus antepasados fueron reyes, y ellos reciben ese respeto de sus gentes. Mi señora Jadiya fue siempre la joven más hermosa que jamás haya existido, y su pueblo le dio el nombre de Aljamiluh, la hermosa.

Su familia vivía en la ciudad de Calatrava, pero cuando esta fue conquistada por los castellanos, su padre decidió rendir vasallaje al rey Alfonso de León, lo cual no fue bien visto por algunos de sus conciudadanos que hubieran preferido morir antes de someterse al gobierno cristiano. En esa época yo conocí a Tarik, que se unió a las tropas de don Alfonso en las que me encontraba yo.

—¡No sabía que eras castellano!

—No lo soy, sapito, soy leonés, nací en la ciudad de Salamanca, o eso debo creer pues en la orilla del rio que baña la ciudad, no lejos de un burdel, fue donde los campesinos que cuidaron de mí me encontraron. ¡Pero eso no importa ahora! —dijo cortando su historia por lo sano—. El caso es que una noche, aprovechando que Tarik y su hermano mayor se encontraban sirviendo en el ejército fuera de la ciudad, unos desalmados atacaron la casa de la familia, mataron a su padre, hirieron a su madre y para que no se les olvidase lo que ellos consideraban una traición a su pueblo, marcaron a fuego el rostro de Jadiya.

—¡Eso es terrible! Si ellos no habían hecho nada…

—A sus ojos habían traicionado a su fe y a su pueblo, y así se lo hicieron pagar. Cuando Tarik y yo regresamos y supimos lo que había acontecido, yo mismo le ayudé a matar a los cobardes que habían hecho aquello, pero para entonces ya era evidente que no podían seguir viviendo en Calatrava. Así que Tarik y yo dejamos el ejército del rey de Alfonso y vinimos con su familia hasta Tudela, donde tenían familiares y viven desde hace años.

—¡Y aquí fue donde la conoció el rey!

—Así es, cuando Tarik y yo ascendimos por nuestros méritos en el ejército de don Sancho, el rey quiso conocer a su familia y desde ese día mi señora Jadiya y mi rey se prendaron uno del otro.

—Pero…—No supe bien cómo continuar.

—¡Di lo que quieras decir muchacho!

—¡Que no puedo creer que mi señor don Sancho ame mucho a mi señora Jadiya! He visto a otras mujeres con él, en el piso de arriba.

—¡Todos somos conscientes de ello, incluida mi señora Jadiya!

—¿Cómo? ¡No puedo creerlo!, ¿por qué iba ella a tolerar eso? ¿Sólo porque es el rey?

—Dentro de no mucho tiempo sentirás el aguijonazo del amor, muchacho, y entonces entenderás que las cosas que uno puede llegar a hacer por él no tienen límite, y que incluso aquellas cosas que juraste que no darías jamás, las entregarás gustosamente por la felicidad de conservar el amor que anhelas.

—Pues si así es, yo no quiero amar jamás —sentencié con muchísima dignidad.

—Lamentablemente, el amor es la única fuerza de la que a ninguno

nos es dado escapar. —Y mientras me decía aquello con un deje de profunda tristeza, nuestra sombra pasaba por el arco de entrada al castillo, al que retornaba con muchas más dudas de las que tenía cuando me fui.

Me despertaron unos golpes en la puerta de mi celda y cuando abrí los ojos vi que la luz del sol entraba por el ventanuco. Me había quedado dormido y los golpes sin duda eran de Garcés, que me castigaría por mi pereza. Me levanté como si me hubiese picado una araña y corrí hasta la puerta, pero no era Garcés quién me esperaba, sino Sebastiana.

—¡Buenos días nos dé dios, buenas son las horas!

—¡Me he quedado dormido, Garcés me matará!

—¡Para los bueyes que de momento no estás en problemas! Ha sido Garcés quien ha dicho que te dejásemos dormir tanto como gustases.

—¿De verdad?

—¡Pues sí, pero ahora ha sido también Garcés el que ha dicho que debes vestirte cuanto antes y presentarte en el salón del trono, el rey quiere verte!

—¿El rey, a mí? ¡Ay, Sebastiana, que eso no puede ser bueno!

—¿Y qué has hecho para estar tan temeroso?

—Creo que el rey pueda estar enfadado conmigo por algo que hice ayer.

—¡Mira que eres torpe, te dije que te anduvieses con cuidado! Ahora no tiene remedio, sea lo que sea que has hecho deberás presentarte ante el rey y encomendarte a todos los santos para que no te echen a patadas de aquí. ¡Anda vístete y abrevia, si llegas tarde solo lo harás peor!

Me vestí veloz como un rayo y me encaminé por el pasillo que llevaba hasta las puertas dobles que daban al salón que el rey utilizaba como sala de recepciones. En la parte frontal había un gran sillón que hacía las veces de trono para el rey y dos más pequeños para la reina doña Sancha y el infante don Sancho cuando estos le acompañaban en alguna de sus recepciones.

Cuando por fin llegué hasta las puertas, Garcés estaba esperando por mí.

—¡Te has tomado tu tiempo!

—¡He venido tan rápido como he podido!

—¡Su majestad aún no ha llegado, así que tienes suerte!

—Pero, ¿por qué estoy aquí Garcés, me va a castigar el rey por lo de anoche?

—¡No digas tonterías, sapito! Es todo lo contrario. La misiva que trajo el mensajero de anoche era de la reina Leonor de Inglaterra y era

de extrema importancia para el rey. Una invitación para pasar la natividad con ella y con sus hijos en Poitiers, en Aquitania.

—¿Y eso es importante?

—Mucho, el rey está intentando que Berenguela sea desposada por uno de los hijos de la reina Leonor y el rey Enrique de Inglaterra, y esta invitación es la excusa perfecta para presentarla a todos ellos. Son asuntos de la corona de mucha relevancia, Rodrigo.

No quise decirle que yo ya sabía de aquellos enredos por la conversación que había escuchado entre los reyes, a fin de no ganarme de él el castigo que parecía que el rey no estaba interesado en darme.

—El infante don Sancho acaba de volver de ayudar al hijo de la reina Leonor, Ricardo, duque de Aquitania, en sus conflictos en la Gascuña y son buenos amigos, así que es el momento ideal para acercar posiciones entre las dos casas.

—¿Y qué tiene esto que ver conmigo?

—¡Nada, claro, pero el rey ha comunicado ya a su familia que deben prepararse para viajar y querrá agradecerte en público que todo ha sido posible gracias a ti! ¡Es un gran honor, sapito!

—¿Y se irán todos?

—No, todos no. El rey no puede abandonar Navarra por sus conflictos con Aragón y Castilla. La reina, y los infantes Sancho y Berenguela serán quienes viajen. Pero basta ya de palabrería, es mejor que entremos. No se te ocurra decir una sola palabra a no ser que te pregunten.

Con su manaza abrió la puerta y me hizo entrar y colocarme en un lateral, junto a Tarik que ya se encontraba dentro y que me saludó con un gesto de la cabeza. Al otro de la sala se encontraban Fernando, Berenguela y la pequeña Blanca acompañados por el ama Herminia y en la parte frontal, sentados en sus asientos, se encontraban el infante don Sancho y la reina que mostraba un rostro demacrado. Tan sólo faltaba el rey.

Quise saludar a Fernando —pues Berenguela ni siquiera me dirigía la mirada—, pero recordé lo que me había dicho Garcés y me contuve. En ese instante, la puerta de la sala que quedaba a la trasera de las sillas se abrió y el rey entró por ella, sonriente y de visible buen humor.

—¡Bueno, veo que estamos todos los que debemos estar! —dijo sonriendo—. Rodrigo, ¿puedes acercarte?

En ese momento las piernas me empezaron a temblar, pero Tarik me dio un empujón y me colocó en el centro de la sala frente al rey.

—¡Muchacho, espero que Garcés te haya hecho saber el muy grande favor que me hiciste ayer llevándome la nueva de ese mensaje que esperaba por mí! ¡Fuiste muy valiente!

—! ¡Sólo…sólo hice lo que debía, mi señor! —balbuceé y me sentí

ridículo por ello. El infante don Sancho me miraba sonriendo mientras que la reina ni siquiera había girado su rostro para no verme.

—De la mitad de mis soldados quisiese yo esta entrega, muchacho. No deseo dejar tus servicios sin reconocer, así que dime qué es lo que deseas y yo me encargaré que te sea concedido. Cualquier cosa que tu joven corazón anhele, tu rey ha de concedértela.

Me quedé parado un segundo. Podía pedir lo que desease, mi propia montura, mejores habitaciones, una comida digna de reyes, pero sólo una cosa venía a mi cabeza.

—En realidad, mi señor…

—Vamos, no tengas miedo, dime lo que deseas.

—¡Lo que desearía es ir a Aquitania con los infantes!

Un murmullo de sorpresa recorrió el salón y pude ver que esta se reflejaba incluso en la cara del rey.

—¡Bueno, esa es una petición sorprendente! Y, ¿puedes decirme por qué te gustaría acompañarles?

—Porque he prometido ser el protector de la infanta Berenguela, y no puedo protegerla si no estoy con ella.

La risa del rey resonó en toda la sala alegre, alta, retumbando en el techo.

—¡Bueno, bueno, esto sí que no lo esperaba! En verdad que tu devoción por mi familia es absoluta, Rodrigo. ¡Pues bien —continuó —, si es así, no seré yo quien prive a mi hermosa hija de su protector! ¡Que así sea, muchacho, acompañarás a los infantes y a la reina a Aquitania!

—¡De ninguna manera! —la voz de la reina resonó desgarrada en la sala como si la hubiesen herido con un cuchillo—, no sólo me harás arrastrarme frente a esa zorra impía de Leonor de Aquitania, sino que me harás portar a este bastardo. ¡Nunca! —. Y se levantó de su asiento cerrado los puños con rabia.

—¡Basta! —respondió el rey levantándose a su vez—. ¡Haréis lo que vuestro rey os ordena tanto si queréis como si no! Y no toleraré una palabra más a este respecto. ¡Rodrigo, acércate!

Con terror por la situación que se mostraba ante mí me adelanté trastabillando hasta llegar a la altura del rey.

—¡Desde hoy serás conocido como Rodrigo de Tudela, y en reconocimiento y señal del favor de tu rey serás escudero del infante don Sancho, de forma que permanecerás a su lado en todo momento y prestarás atención en todo lo que él pueda necesitar! ¡Esta es mi voluntad, y así será cumplida! —. Y sin decir una palabra más abandonó la sala mientras la reina me miraba enajenada, con una rabia y un odio profundos que me helaron la sangre en las venas.

Las nuevas se extendieron pronto por el castillo, y por doquier aparecieron gentes que deseaban felicitarme por mi nuevo cargo. Cuando llegué a la cocina me encontré a Filomena y Sebastiana llorando como si hubiesen picado cebolla, contando a todo el mundo como ellas habían sido las que me habían cuidado y actuado como madres desde el día que llegué al castillo de Pamplona y yo, sabedor de que aquello no estaba muy lejos de la verdad, las dejé que siguieran con el cuento.

Pero yo no estaba para fastos, felicitaciones ni celebraciones de ningún tipo. Una pena oscura y profunda se había aposentado en mi corazón y no era capaz de retirarla, así que en cuanto tuve oportunidad me retiré a mi celda nuevamente tratando de no pensar en nada y consiguiendo todo lo contrario.

De repente la puerta de mi celda se abrió y mis ojos casi se escapan de mi cara al ver que quien estaba al otro lado era Berenguela.

—¿Puedo pasar o ahora que eres nada menos que escudero no soy digna de tu compañía?

—¡Berenguela! Pasa, claro —contesté irguiéndome en el camastro —. No tengo ninguna silla ni tajo…

—Tu cama me vale. ¿Qué haces aquí encerrado? Deberías estar celebrando, es muy grande el honor que te ha hecho mi padre —dijo sentándose junto a mí.

—Lo sé, y no soy desagradecido, es más de lo que podía esperar. El rey ha sido muy amable conmigo…

—¿Pero?

Sus ojos me miraban fijamente y supe que ella ya sabía lo que me ocurría, pero deseaba que fuese yo quien lo dijese.

—¡Tu madre me llamó bastardo!

—Lo sé.

—No me malinterpretes, soy el hijo de una puta y no soy idiota, tengo que ser el bastardo de alguien, a fin de cuentas, mi madre nunca me dijo quién era mi padre.

—Pero no es eso lo que te preocupa.

—No, no lo es —. Y me acerqué un poco más a ella para hablar más bajo—. Lo que me preocupa es que, si tu madre lo dice con esa certeza, es porque ella sí sabe quién es mi padre. Todo el mundo parece saber más de mí que yo mismo.

—¡Por supuesto que lo saben!

—¿Cómo?

—Tú mismo escuchaste a mi padre preguntando por ti, fue él quien le ordenó a mi madre que pusiese a Garcés a buscarte. Sin duda ellos tres saben quién es tu padre y por qué querían tenerte aquí. Ya te dije que era evidente que debías ser alguien importante y esto sólo me reafirma en mi idea. Pero, no te preocupes, averiguaremos quién eres,

tarde o temprano, te lo prometo.

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—¡Oh, no seas ridículo, hace mucho que eso se me pasó!

—Pero no has vuelto a hablarme…

—¡Por supuesto que no! No estoy enfadada, pero tampoco voy a rebajarme, soy una infanta.

Aquel comentario me irritaba, pero por el bien del entendimiento que parecíamos haber alcanzado me callé. Berenguela no cambiaría jamás.

—Bueno, yo solo he venido para asegurarme de que, con esto del ascenso a escudero de mi hermano, no se te esté pasando por la cabeza ser negligente con tus otras obligaciones y cargos —soltó muy digna levantándose de mi catre y dirigiéndose a la puerta.

—¿Cargos? ¿Qué otros cargos?

—¡El de mi protector, por supuesto! —Y con una sonrisa burlona, desapareció de mi vista.

Poitiers, 1179.

El segundo día de travesía sentí que iba a echar todas mis tripas en el cubo que me habían dado para desahogarme del mal de mar, porque su contenido lo había echado todo el día antes.

Los marineros de la nave decían que aquello era normal, que el mar en aquella zona siempre estaba enfadado y sacudía los barcos como una mujer celosa sacude a su marido. Pero a mí los crujidos de los frágiles maderos que nos protegían de aquellas aguas embravecidas me parecían gritar que aquella tormenta era un castigo divino por algún pecado cometido. Miré hacia mi derecha para ver al infante don Sancho que reposaba sin camisa sobre el catre de la bodega que constituía todo nuestro alojamiento, durmiendo plácidamente como si la furia del mar fuese en realidad una nana que le meciese dulcemente. Su porte, su serenidad y su valentía me admiraban, y en el tiempo en que le había estado sirviendo le había cogido gran cariño.

Habíamos salido de Tudela una semana antes. Tras el anuncio de nuestro viaje vinieron las quejas de todo el mundo, y tal pareciese que nadie estuviese contento. Doña Sancha detestaba la idea de tener que viajar para ver a la reina loba —nombre que yo había optado por darle dado que así era como se refería a ella todo el tiempo—, y aún detestaba más la idea de que yo les acompañase. Fernando estaba extremadamente decepcionado por no poder acompañarnos y se dedicó a recorrer el castillo rompiendo todo cuanto se le ponía al alcance para mostrar su enfado. El infante don Sancho, por su parte, desconfiaba de este viaje, puesto que su amigo, el duque Ricardo, hijo de la reina loba, —a quien acababa de ayudar en sus campañas para retomar al redil de su potestad a los nobles de Gascuña—, no le había indicado que tuviese la intención celebrar fasto alguno por la Natividad de nuestro señor.

Tan solo Berenguela y yo parecíamos estar contentos de vernos envueltos en semejante aventura. Berenguela estaba convencida de que aquel viaje resultaría en su compromiso con alguno de los hijos de la reina loba y aquello le elevaba el ánimo hasta el punto de no poder dejar de hablar de otra cosa. Por mi parte, la emoción y el miedo por realizar por primera vez tan largo viaje se mezclaban en mis tripas a partes iguales y apenas pude comer nada durante aquella semana de preparaciones. Tampoco ayudó el hecho de que toda la soldadesca murmurase por los pasillos del palacio la locura de emprender

semejante viaje en invierno, cuando los pasos de montaña eran intransitables por las nevadas.

Me fueron entregadas nuevas ropas acordes a mi puesto de escudero del infante, nada lujoso ni elegante, camisas y calzones simples, y sayas de colores oscuros y sin bordados, pero junto con las que Sebastiana me había entregado unos días antes, disponía de mudas para cambiarme varias veces por semana. También me dieron unas botas nuevas que durante los primeros días de uso me dejaron los pies en carne viva de tan recias que eran.

Yo era muy consciente de la gracia que el rey don Sancho me había concedido. El hermano Teobaldo me había alertado de que no era habitual que un muchacho tan joven como yo entrase al servicio de ningún noble como escudero, eso normalmente ocurría cuando alcanzaban los trece o catorce años y yo apenas si acababa de cumplir los once. Por si eso no fuese suficiente, el requisito para convertirse en escudero era ser de origen noble, pues con esta forma de vasallaje se mantenían las relaciones entre las familias de los nobles y su rey o señor. Nunca se había oído de un labriego, campesino o hijo de puta como yo que hubiese llegado tan lejos y, sin embargo, allí estaba, el flamante escudero de un príncipe. No era el único. Mi señor el infante tenía al menos otros dos escuderos que yo conociese y uno de ellos, Hernán de Frías, un muchacho regordete de quince o dieciséis años, de carácter afable y verbo ligero, tercer hijo de un conde vasallo del rey, fue el encargado de explicarme mis funciones.

Si en algún momento pensé que aquel nuevo cargo me libraría de pesados quehaceres, en verdad que erré de pleno. Hernán me dejó claro que, como escudero, mi labor no era sólo la de atender a mi señor en tiempos de guerra, sino que en ausencia de ella debía servirle como mozo de alcoba en aquello que él pudiese necesitar. Así que, para mí no se había terminado aquello de limpiar orinales, recoger platos y cuencos, encender chimeneas y asegurarme que los fuegos permanecían encendidos, cambiar ropa de cama y limpiar el barro de botas y capas. Pero con mucho lo que más sorprendido me dejó fue el momento en que el bueno de Hernán me enseñó la colección de armas, escudos, yelmos, guanteletes y otros aperos para la guerra que mi señor don Sancho portaba cada vez que partía a una de sus empresas y que ocupaban por sí solas una sala entera en la armería. Armas que yo habría de encargarme de tener en todo momento limpias, pulidas y afiladas.

—¿Pero para qué necesita nuestro señor tantas cosas para guerrear?

—No las necesita, rara vez las usa. Normalmente utiliza su yelmo y escudo favoritos y la espada que su padre le regaló al cumplir la mayoría de edad. Esos los conserva siempre en sus aposentos y también deberás encargarte de que estén en perfecto estado.

—¿Y entonces para qué todo esto?

—Porque ningún caballero que se precie, más aún si es infante, puede presentarse en el campo de batalla sin una magnífica colección de armas. ¿Imaginas lo que dirían sus enemigos si supiesen que se ha presentado con lo puesto como si fuese un muerto de hambre?

Por un segundo estuve tentado de terminar la frase de Hernán con un "como yo", pero comprendí que el muchacho no había dicho aquello para herirme ni hacerme sentir poca cosa, sino para educarme en cosas que era obvio que desconocía.

Pasé tres días con Hernán, no sólo aprendiendo el oficio de escudero, sino preparando todo lo necesario para el viaje que era mucho, pues aquella no era una empresa militar, era un viaje de cortesía a una corte extranjera. Al final de aquellos días había perdido la cuenta de los baúles que debían ser transportados, y eso no incluía los de la reina y Berenguela que yo asumía debían ser muchos más, pues las mujeres siempre necesitan de mayor cantidad de adornos. Pero incluso con los baúles iba a llevarme otra gran sorpresa.

La mañana del cuarto día me encontré a Garcés y a sus hombres cargándolos en un carro en uno de los patios y le pregunté de qué baúles se trataba.

—Son las cosas del infante.

—¡No, no lo son! —repliqué sin un ápice de duda—. Los baúles del infante los he ayudado a preparar yo y no son esos.

—¡Veo que no se te escapa una, sapito! ¡Muy bien! —rio el gigantón haciendo que no entendiese nada—. Estos baúles vacíos se enviarán por tierra a la corte de Poitiers.

—¿Para qué quiere mi señor baúles vacíos?

—Para nada, son sólo una distracción. Mira Rodrigo —continuó al ver mi gran confusión—, un rey no pude enviar a casi toda su familia, incluido su heredero, por el mundo sin tomar precauciones. Nuestro rey don Sancho tiene muchos enemigos, y estos estarían encantados de poner sus manos sobre su familia para obligarle a hacer concesiones que de otra manera nunca ocurrirían.

—¿Y por eso enviamos baúles vacíos?

—Enviamos baúles, un carro con el emblema real y veinte soldados que harán el camino por tierra, por los pasos de los puertos, cruzando los Pirineos, y por tierra a través de Gascuña y la Aquitania. Una comitiva real al completo.

—Pero nosotros no iremos en ella —dije empezando a entender.

—Exacto, nosotros partiremos dentro de dos días hasta la tierra de los vascos y allí embarcaremos para la costa aquitana.

—¿Iremos en barco?

—Sí, será menos penoso, más rápido y espero que más seguro.

—¿Esperas?

—Yo no he navegado ese mar, pero a decir de algunos marineros puede ser caprichoso en esta época del año. Aunque dudo que nos lleve más de dos días llegar a destino, así que no creo que haya nada por lo que debas preocuparte.

—Pero, ¿acaso quién nos vea de camino al mar no sabrá inmediatamente lo que ocurre?

—No, no lo hará, sapito. Resulta que nos dirigiremos a la villa de San Sebastián, a la que nuestro rey acaba de conceder su fuero y, por lo tanto, pasaremos por una delegación real a tal efecto.

—¿Fuero? ¿Y eso qué es?

—Eso, muchacho, es una carta de libertades y privilegios que el rey otorga a las villas que le deben vasallaje para que se gobiernen a ellas mismas y a sus tierras según las leyes que el rey determina. Es algo muy importante para una villa y la ocasión perfecta para esconder nuestro viaje.

—Pero ¿tan peligroso es?

—Rodrigo, aprende de una buena vez que todo lo que tiene que ver con reyes y príncipes es peligroso, pero lo es más aún para nosotros que para ellos. —Y dándome un pequeño golpe en la mollera, dio la conversación por zanjada y me dejó viendo cargar baúles vacíos.

Casi una semana nos llevó llegar a la villa de San Sebastián, y ello a pesar de que nuestro viaje poco tuvo que ver con el camino de Pamplona a Tudela. Si aquel había sido lento y aburrido, en esta ocasión viajábamos tan raudos como nos lo permitían los carruajes que portaban nuestra muy distinguida comitiva. Todo el recorrido discurría por tierras navarras, pero era evidente que, tratándose de la seguridad de su casa, nuestro rey don Sancho nada se fiaba ni de sus propios vasallos.

En su afán de que pasáramos lo más desapercibidos posible, el rey había ordenado que sólo diez soldados nos acompañaran, aunque yo bien sabía, pues los conocía del tiempo que pasaba con ellos, que se trataba de los más aguerridos de su ejército. Pero aún aquello me parecía poco para la gran preocupación que el rey tenía por la seguridad de su mujer, hija y heredero que hasta había enviado una falsa comitiva por tierra para distraer a los posibles enemigos. Hasta que una de las tardes de camino, Garcés me mostró cómo sobre un cerro se veía un brillo extraño, parecido al del sol reflejándose en algo y, maldiciendo la torpeza de sus hombres, me explicó que un grupo de otros veinte soldados nos vigilaba a una distancia conveniente para no llamar la atención, pero suficiente para poder acudir en nuestra ayuda si fuese necesario.

Durante aquel viaje nos hospedamos como era de esperar en casa de

nobles, pero siempre en fortalezas y casonas alejadas de poblaciones, donde nadie más allá del servicio de la casa nos viese llegar o marcharnos. Aquellos lugares habían sido escogidos concienzudamente, y aquellos señores sabían del castigo que recibirían por traicionar a su señor rey, pues en las caras de todos ellos se veía reflejado miedo y no alegría por nuestra llegada. Pero aquellas paradas nos dieron algo más que el muy necesitado descanso. En dos de las ocasiones partimos con un miembro más de la comitiva, las jóvenes hijas de dos de aquellos señores que servirían de damas de compañía de la reina y la infanta y atenderían todas sus necesidades. Una de aquellas muchachas se llamaba Ana, una chiquilla bajita y regordeta, con cara de pan y mejillas sonrosadas como manzanas, era hija del conde de Herrainz y con mucho la que más emocionada por aquel viaje estaba de las dos. La otra, Urraca de Goñiz, alta, delgada y permanentemente vestida de luto por una madre a la que había perdido cuando era un bebe, parecía la misma muerte venida a buscarnos a alguno de nosotros. Su padre, el Barón de Goñiz, se había revelado años antes contra nuestro rey, ofreciéndole vasallaje al rey de Aragón y, aunque don Sancho le había perdonado, eran muchas las cuentas que aún tenía pendientes con la corona y sin duda la presencia de su hija en aquella comitiva era parte del pago.

En todas las paradas me fueron asignados aposentos no lejos de los de mi señor el infante, en algunos casos reducidos incluso a un pequeño catre a los pies de su cama, a fin de que pudiese atenderle como debía. Reconozco que no se me daba bien, constantemente olvidada las cosas que debía tener preparadas para él cuando se retiraba a dormir, o cuando se despertaba. Encontrar cualquier cosa en su equipaje me llevaba mucho tiempo pues era incapaz de recordar en qué baúl había puesto qué, y mis modales no eran para nada las maneras educadas que se esperaban de un escudero. Sin embargo, el infante parecía no darle importancia y hasta disfrutaba de mis errores, riendo sinceramente cada vez que tenía que recordarme algo.

—¡No sé si después de este viaje tendré yo que buscarme un puesto de escudero, Rodrigo, conozco ya tus funciones mejor que tú mismo! —bromeaba con frecuencia, siempre sin un reproche y por ello yo le quería bien y hacía lo posible por esforzarme en no repetir mis equivocaciones.

San Sebastián nos recibió una mañana fría como pocas, en la que hasta nuestro aliento parecía helarse en el aire. La tan pregonada villa no parecía a mis ojos más que una aldea como otras muchas que habíamos visto en el camino, excepto por un par de casas algo más grandiosas que se encontraban cerca del mar. Hacia ella nos dirigimos

y entonces comprendí lo que hacía diferente a aquel lugar de otros.

Frente a nosotros se extendía una gran superficie de arena clara, y más allá otra, gris e inmensa. Yo nunca había visto el mar y no tenía claro qué podía esperar, pero encontrarme con aquella inmensidad que se extendía hasta donde llegaba la vista, sacudido por el viento, me maravilló y asustó a partes iguales. Aguas adentro, pero a poca distancia de la playa, había muchísimas naves de distintos tamaños y formas. Las más grandes se encontraba algo más alejadas de tierra y unos botes pequeños iban y venían llevando y trayendo mercancías. La playa estaba plagada de gentes que compraban y vendían, gritaban y discutían. Hombres buscando trabajo en alguno de los navíos discutían con sus capitanes intentando acordar la mejor paga. Comerciantes de todas partes y que hablaban todas las lenguas regateaban el precio de los bienes traídos de más allá del mar, y desde unos puestos improvisados a modo de lonja llegaban las voces de los hombres que pregonaban su captura del día. Aquel barullo de voces y gentes era bastante abrumador, pero para mí tenía algo maravilloso que a duras penas podía describir. Y no era el único. Desde mi montura junto al infante pude ver como Berenguela asomaba la cabeza desde el carro que la transportaba a ella y a su madre con una sorpresa e ilusión claramente reflejadas en su rostro por todo lo que se desplegaba frente a sus ojos, hasta que una mano —sin duda la reina —, tiró de ella obligándola a retornar al interior del carromato.

—Debemos ir hasta el otro extremo de la playa, donde no hay gente. Allí nos esperan para llevarnos al barco, mi señor —dijo Garcés al infante sacándome de mi ensimismamiento.

—Muy bien. Garcés, decidles a vuestros hombres que se acerquen más al carro de mi madre y mi hermana, no me gustan estas acumulaciones de gente.

—¡Así se hará, mi señor!

Y en cuanto los hombres estuvieron discretamente en posición, emprendimos andadura hacia la parte vacía de la playa, dejando la villa a nuestras espaldas. Una vez allí no hubo ni un instante que perder. Varios grupos de hombres nos esperaban junto a unos botes grandes, y en la distancia podían verse dos naves, grandes y oscuras contra el cielo gris, con velas desplegadas listas para partir.

Sobre la playa, se habían colocado unos tablones de madera que servían de pasarela para llegar a uno de los botes, y el infante me indicó que aquel era el camino por el que debíamos dirigirnos. Pronto nos encontramos en el bote doña Sancha, Berenguela, el infante y yo, y los cuatro hombres encargados de los remos nos llevaron saltando entre las olas hasta la nave. Las subidas y bajadas del bote al ritmo de las olas me aterraban y me agarraba al tablón en el que iba sentado con todas mis fuerzas. Berenguela, sin embargo, estaba feliz y

disfrutaba los movimientos del bote como si aquello fuese una montura, la que debía llevarla a una maravillosa aventura.

Inicialmente pensé que la presencia de las dos naves respondía a que nuevamente nuestra comitiva se separaría, pero no fue así. Los hombres de nuestro bote llegaron hasta una de ellas y como pudieron nos ayudaron a subir mientras el resto se dirigían a la otra. Comprendí que debía tratarse de una nueva maniobra de distracción en caso de que fuésemos atacados, y que Garcés y sus mejores hombres subieran también a nuestra nave me lo confirmó.

Al subir a aquel bajel miré a mi alrededor y vi que por dentro era mucho más pequeño de lo que aparentaba por fuera. La embarcación tenía un fondo plano, lo cual hacía que su carga y descarga fuese más sencilla. Sus paredes laterales eran altas y ofrecían cierta protección en la parte central que era ancha y abierta. Los extremos, sin embargo, se afilaban de forma repentina, haciendo que el espacio más allá de la cubierta central fuese limitado. Aquel barco —al que los marineros llamaban coca—, sólo poseía un camarote minúsculo que, por razones obvias, fue dispuesto para las mujeres, así que el infante y yo acabamos en la bodega, mientras que Garcés y sus hombres tendrían que apañarse en la cubierta con la marinería.

Tan pronto como nos hubimos ubicado en nuestros aposentos se oyó la orden de zarpar emitida por un hombre de voz áspera y alta y comenzó mi pesadilla. No sé a cuántos santos y vírgenes les recé durante aquellos dos días encomendándoles mi alma, pues para mí tenía la certeza de que no existía manera de que nos salvásemos y que aquel bajel sería mi mortaja. Nunca he sido una persona religiosa de las que atienden misas diarias y veneran a los curas y sus sermones, pero siempre había creído en Dios y su santa madre, y juro que repetí una y otra vez como una letanía todas y cada una de las oraciones que el padre Teobaldo me había hecho aprender de memoria. Y la mañana del tercer día, fuese por la intercesión de los santos que se habían cansado de escucharme o porque simplemente no había llegado mi hora, las aguas amanecieron calmadas y Garcés bajó a nuestra bodega para indicarnos que en unas horas llegaríamos a nuestro destino. Yo guardé mi alegría para mí, pues no quería mostrar delante de Garcés el miedo que había tenido, pero en mi interior no dejaba de dar las gracias a nuestro señor por su piedad.

Era primera hora de la tarde cuando fuimos llevados a una playa protegida por un acantilado en uno de sus lados. Allí unos hombres nos esperaban con monturas y un nuevo carro para las mujeres. Garcés no había dejado nada al azar y había cubierto todas las eventualidades que pudiesen acontecernos, o eso es lo que hubiésemos

esperado.

No habíamos acabado de subir a nuestras monturas cuando irrumpió en la playa un grupo de unos veinte o treinta jinetes, todos ellos armados hasta los dientes y que se llegaron hasta nosotros levantando una gran polvareda. Garcés no tardó un instante en reaccionar y él y sus hombres nos rodearon montando una empalizada humana de protección. Los jinetes pararon su cabalgada en respuesta a la orden del hombre que iba al frente y que se retiró su yelmo para que pudiésemos ver claramente su rostro cubierto por una espesa barba castaña. El hombre habló dirigiéndose al infante don Sancho demostrando que sabía de quién se trataba.

—Mi señor don Sancho —dijo en nuestra lengua, aunque con un acento arrastrado muy marcado—, mi nombre es Jean de Brie, senescal de nuestro señor el duque Ricardo. Su excelencia me envía para garantizar la seguridad de su hermano Sancho y la de toda su familia en el camino hasta la ciudad de Poitiers donde os espera. Así mismo, os solicita que hagáis noche en el cercano castillo de Cognac donde su señor, Francis, os dará cobijo y os atenderá como merece el hermano del duque de Aquitania.

—Mi señor de Brie —respondió el infante adelantándose ligeramente para que el hombre pudiese verle—, aceptaré con gusto la gracia que mi hermano el duque Ricardo nos concede a mí y a mi familia. Guiadnos, pues, hasta Cognac.

Y sin decir una palabra más, el tal Jean giró su montura y seguido por sus hombres nos sacó fuera de la playa y nos encaminó por una senda ancha que se internaba entre campos de cultivo. En aquel punto mi curiosidad me superó y me acerqué hasta Garcés para preguntarle por todo lo que estaba pasando.

—Lo que está ocurriendo, muchacho, es simplemente que el duque sabe perfectamente todo lo que ocurre en sus tierras, lo cual dice mucho de él.

—Pero pensé que nuestra idea era que nadie supiese que estamos aquí.

—Así era, pero probablemente han interceptado la falsa comitiva que enviamos por tierra y de ahí a averiguar que llegaríamos por mar, había sólo un paso. Estoy seguro de que esta no es la única comitiva de bienvenida que han enviado. No podían saber dónde atracaríamos, así que habrán cubierto todos los posibles puertos, al menos yo lo habría hecho así.

—Pero, si el duque podía protegernos, ¿por qué no le pidió el infante ayuda desde el primer momento? A fin de cuentas, venimos a su casa.

—Porque el problema no es el duque, sapito, sino aquellos que le rodean. El duque tiene enemigos en su propia casa como todos los

gobernantes. Si tenemos que creer lo que cuentan parece que no es un regidor muy popular. Si alguna de las familias que se oponen a él, y que sin duda están en su corte, averiguasen de nuestra visita podrían haber puesto en riesgo la vida de la reina y los infantes. La elección más inteligente era mantener a todos en la ignorancia para no correr riesgos, pero es evidente que el duque tiene su propia red de espías. No me extrañaría nada que tuviese alguno en el mismísimo palacio de Tudela.

—¿En Tudela?

—Es muy posible.

—Pero entonces —pregunté al darme cuenta de lo que eso significaba—, ¿quiere eso decir que nosotros también los tenemos en su casa?

—Es muy posible —respondió con una sonrisa torcida que no me dejó lugar a dudas.

—Entonces, ¿tú ya sabías que habían enviado hombres a nuestro encuentro?

—Desde que salimos de Tudela, muchacho.

Y entonces comprendí que nunca hubo hombre mejor al que señor alguno pudiese encomendarle su vida.

Llegamos al castillo de Cognac al anochecer, y tan pronto como los hombres de los baluartes vieron al señor Jean de Brie y a sus hombres abrieron las puertas para que entrásemos. El castillo en realidad a duras penas era tal. Se trataba de una torre de vigilancia que había sido extendida en uno de los laterales con un edificio de dos plantas. La mayor parte de la construcción era de madera, incluida la muralla, que tan sólo era de piedra en su parte más baja. Aquella no era la fortaleza de un señor de gran poder o fortuna y, sin embargo, era el lugar donde el duque había insistido en que nos hospedásemos, lo cual en sí mismo era un gesto en favor de su castellano, un hombre joven, de complexión enjuta, de nombre Guy.

Los señores de Cognac nos recibieron en el patio como correspondía al rango de doña Sancha y los infantes. La mujer de Guy, Caterine, se encontraba en avanzado estado de gestación y cargaba otro bebé de poco más de un año que presentó a la reina como Amelia. Para mi sorpresa, el carácter de la reina, que siempre había sido frío como el hielo, se suavizó inmediatamente al ver a la madre portando a su hija, y sin parar en formalismos, pidió a la mujer si podría sostener al bebé, el cual ya no abandonó sus brazos en toda la noche. Nunca supe qué provocó ese cambio de carácter, pero quise creer que aquella pequeña le había hecho acordarse de su hija Blanca, a la que se había visto obligada a dejar en Tudela. De todos modos, si aquella pequeña había

conseguido endulzar su carácter para con sus anfitriones, aquello no aplicaba para con Ana de Herrainz y Urraca de Goñiz, que sólo recibieron por su parte órdenes desairadas y malos modales por su supuesta negligencia en sus funciones. Hasta llegué a compadecer a las pobres muchachas que se veían en la obligación de atender a tan cruel ama, mientras yo había sido bendecido con el mejor y más paciente de los señores.

La noche pasó rauda. Jean de Brie había sido claro, a la mañana siguiente habría que abandonar Cognac poco después del alba, pues el camino a Poitiers nos llevaría dos jornadas y era imprescindible que llegásemos a hacer noche en un lugar llamado Lusignan. No se me escapó que al oír el nombre del lugar mi señor don Sancho torció ligeramente el gesto y, más tarde, cuando por fin nos encontrábamos en los aposentos que nos habían asignado, no pude reprimir la curiosidad y le pregunté si había algo que le desagradaba de lo que Jean de Brie proponía.

—¡Veo que no se te escapa nada! —dijo sonriendo—. ¡Verás, en realidad no es tanto que el plan me disguste como que me cueste entenderlo!

—¿Por qué, mi señor?

—Porque la familia del duque y los Lusignan no se llevan especialmente bien, aunque de cara a todo el mundo mantengan las apariencias. El asunto viene de lejos —continuó al ver que no acababa de comprender—. Las dos familias dicen descender de un demonio de nombre Melusina. ¡Sí, no pongas esa cara, ese es su origen y se precian de ello! El caso es que las raíces de las dos familias están ciertamente entroncadas y ambas familias claman sus derechos sobre el condado de Poitou. Sea porque su derecho es más justo o porque sus ejércitos han sido mejores, ahora mismo el poder lo ostentan los Plantagenet, la familia del duque Ricardo. Aunque es cierto que poseen ese dominio tan sólo por el matrimonio de su padre, el rey Enrique, con la reina Leonor, duquesa de Aquitania y Condesa de Poitou.

—¿Quiénes son los planta…, eso?

—Plantagenet, se llaman así porque su escudo es la planta de la genista, Rodrigo, y son señores de Normandía y del condado de Anjou, por eso les llaman también angevinos.

—¡Disculpadme, mi señor, pero creo que me he perdido! —dije sonrojándome de vergüenza, lo cual hizo que mi señor el infante se riese a carcajadas.

—¡No te preocupes, muchacho! Por lo que ahora nos interesa, quédate con que esas dos familias no están precisamente bien avenidas. En cuanto ven una oportunidad que pueda reportarles beneficio alguno, los Lusignan se unen a cualquier revuelta contra la

familia del duque Ricardo. Cuando esta es sofocada, vienen pidiendo perdón de rodillas y jurando fidelidad, y la rueda empieza a moverse de nuevo hasta la siguiente vez.

—¿Y por qué lo permite el duque?

—Porque no hay señor que pueda permitirse estar en constante batalla dentro de sus territorios, eso le debilita de cara a sus enemigos exteriores. Y porque es mejor tener a tus enemigos cerca, donde puedas saber de sus tejemanejes y juegos sucios. Ricardo ya ha tenido que hacer frente a numerosas revueltas desde que asumió el control de los territorios de su madre, revueltas que ha sofocado con una mano de hierro, lo que no ha ayudado a su popularidad.

—Pero entonces, si nos hospedamos en casa de los Lusignan, ¿será eso seguro para vos y vuestra familia?

—No me cabe duda de que si Ricardo así lo ha dispuesto ha de ser porque tiene la certeza de que nada nos ocurrirá, de todas maneras, es buena cosa que mantengamos los ojos abiertos y estamos al tanto de lo que ocurra a nuestro alrededor. Garcés ha sido alertado y confío en él como en mí mismo, así que no tienes nada de qué preocuparte, Rodrigo.

Una sola idea quedó rondando en mi cabeza, que el mundo de los nobles y sus líos era como un bosque plagado de lobos, y uno debía andarse con extremo cuidado si no quería que le mordiesen el trasero.

El día siguiente fue complicado. El señor de Brie nos hizo cabalgar durante toda la jornada insistente en que debíamos alcanzar Lusignan antes del anochecer. Tanta era su persistencia que ni siquiera para comer bajamos de nuestras monturas. Doña Sancha no estaba contenta, y en el rostro el infante podía ver que él tampoco, aunque no cuestionaba su juicio. Era evidente que el señor de Brie temía un posible ataque y quería que estuviésemos expuestos lo menos posible a los caminos abiertos. Sus hombres nos rodeaban en todo momento y no podía dejar de sentirme más como un prisionero que como un invitado. Una parte de mí compadecía al duque Ricardo. Debía ser terrible tener que vivir con la constante sospecha de que en tus propios dominios alguien quisiese clavarte un puñal por la espalda; pero al mismo tiempo, no podía evitar preguntarme qué clase de señor sería aquel que generaba tantas inquinas entre los que le debían vasallaje.

Llegamos a Lusignan cuando mis posaderas estaban a punto de decirme que no me sostendrían más y el espectáculo que nos recibió no tenía parangón. Desde una milla antes de llegar a la villa ya nos esperaban hombres montados con teas, alumbrando todo el camino hasta una imponente fortaleza que se encontraba en una colina,

ligeramente elevada por encima de las casas.

Aquel castillo era mayor que el de Tudela. Su torre caballera, rodeada por otras cuatro de forma circular, formaba un impresionante bloque que se veía desde cualquier distancia y se rodeaba de una muralla doble de piedra con un foso separando los dos niveles. La parte exterior acababa en una barbacana que permitía la entrada al castillo. Cruzamos por un puente que salvaba el foso y pasamos bajo el rastrillo hasta el interior del patio central donde para mi sorpresa no nos esperaba nadie más que dos mozos con teas como las de los hombres del camino que alumbraban la puerta de la torre principal.

Tan pronto como llegamos hasta ellos, el señor de Brie empezó a gritar a los muchachos en su idioma del que yo apenas podía entender un par de palabras por su parecido con el nuestro.

—El señor del castillo no ha salido a recibirnos —me explicó Garcés llegándose hasta mí con disimulo—, el señor de Brie ha montado en cólera, esta es una ofensa no sólo a su majestad la reina sino al propio duque Ricardo, puesto que somos sus invitados, no los del señor de Lusignan.

—Pero ¿y qué pretende que hagamos?

—Aparentemente nos espera en su salón principal para la cena y pretende que vayamos hasta él allí.

De repente, la puerta del carro que transportaba a la reina, la infanta y sus damas se abrió y la misma doña Sancha bajó del vehículo con un porte y una dignidad que hizo que todos en el patio se callasen. Sin dudar un instante se dirigió al señor de Brie en su propia lengua para después girarse y dirigirse al muchacho que portaba la tea.

A mi lado pude oír como Garcés reía por lo bajo haciéndose eco de la sonrisa que habían llenado el rostro de De Brie y de los colores que habían subido a la del muchacho.

—¿Qué ocurre? —pregunté irritado por no poder entender lo que hablaban.

—Doña Sancha es muy larga, sapito, y en un instante le ha dado la vuelta al asunto.

—Pero ¿cómo?

—Le ha pedido al mozo que le indique a su señor que ella y sus hijos estarán encantados de atender su invitación a cenar, pero que antes deben asearse y atender a sus rezos en la capilla para dar gracias al señor por traerles sanos y salvos hasta aquí. Invita al señor de Lusignan a que se una a ella en la capilla y le pide que le dispense algún tiempo después del rezo, pues ha prometido escribir a su santidad el papa, con quien guarda buena relación, para contarle cada paso del camino y las muchas gracias que los señores de Aquitania tienen para con ella y su familia.

—¡No entiendo nada!

—¡Pues es fácil de entender, sapito! La reina sabe que la relación de los Lusignan con el papado es muy importante para ellos. Dos de los hermanos Lusignan se encuentran en tierra santa y sus intereses allí están claramente amparados por Roma que nunca ha querido sancionar su oposición al gobierno de la reina Leonor de forma pública, pero lo hace de forma velada. Ese apoyo se verá seriamente en peligro si los Lusignan ofenden públicamente a una reina cristiana, puesto que el papa se verá obligado a reprochar la ofensa y a cortar toda relación con los Lusignan, pública o no. Ahora el señor de Lusignan se verá obligado a acudir a la reina —y no al revés—, compartir sus rezos y esperar hasta que ella se digne cenar con él. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque estoy convencido que todos estos nobles y señores están completamente locos.

En los aposentos que le habían asignado a mi señor don Sancho tuve mis más y mis menos con un muchacho delgaducho y de maneras afeminadas que se empeñaba —o eso creí entender dado que no podía dar sentido a ninguna de sus palabras— en ser él quien atendiera al infante cosa que yo no iba a permitir de manera alguna. Mientras mi señor acudía a los rezos prescritos por la reina, yo me dediqué a ordenar las cosas que necesitaría para aquella noche. Las habitaciones eran sin duda alguna espléndidas, aunque decoradas en exceso con todo tipo de alfombras, tapices que ocupaban todas las paredes y grandes cortinajes que rodeaban el lecho, lo cual hacía que uno sintiese una opresión extraña a pesar de su amplitud. Además, cuando entramos la chimenea ya estaba ardiendo a todo dar y el calor que desprendía no ayudaba a que aquella sensación de opresión desapareciese. Pero como sabía que sólo debíamos estar allí una noche, continué con mis tareas intentando no darle importancia hasta que me percaté de que no podía encontrar la capa de viaje del infante por ningún sitio. Si no la colocaba cerca del fuego para que se secase de la humedad del viaje al día siguiente no podría usarla, así que era necesario que la ubicase a toda costa. Recordé que no se la había visto puesta desde que habíamos llegado al castillo y que le había visto dársela a doña Urraca cuando se acercó al carro de la reina para ayudar a bajar a Berenguela, así que sin más salí en busca de la muchacha. No tardé en encontrarla, ¡y de qué manera!. Estaba en un patio plagado de rosales y con una fuente en el centro, más propio de un claustro de monjas que de un palacio a mi entender. Se encontraba sentada en el poyete bajo de uno de los arcos, llorando desconsoladamente con doña Ana a su lado que hacía lo imposible por

consolarla sin éxito alguno. Me acerqué hasta ellas, y a pesar de la mirada de mala fe que me echó la de Goñiz, le pregunté a doña Ana qué ocurría.

—¡Ocurre que esa mujer es un monstruo y una diabla! —contestó doña Urraca sin dejar que doña Ana metiese baza.

—¿Te refieres a la reina? —pregunté viéndome venir el asunto—. Si te oye te castigará, no puedes hablar así de la reina.

—¿Castigarme? Lleva castigándome desde el primer día, para mí tengo que me odia quién sabe por qué, su desprecio no tiene fin —respondió y volvió a llorar desconsolada metiendo la cabeza entre sus manos.

—La reina le ha llamado inútil, buena para nada y le ha tirado encima el vino que le ofrecía porque estaba demasiado agrio. Pero es que ni siquiera lo había preparado Urraca, sino una muchacha que nos han asignado para atenderla. El caso es que cuando Urraca ha intentado explicarse la ha abofeteado dos veces y le ha dicho que no quiere verla cuando vuelva de sus rezos —me explicó doña Ana cariacontecida.

—¡Me odia, os digo que me odia!

—¡Creedme que no sois la única a la que la reina tiene inquina, pero eso no es razón para hablar pestes de ella y mucho menos en una casa extraña, a fin de cuentas, es vuestra reina!

—¿Y qué voy a hacer entonces, muchacho? Estoy aquí para servirla. Tú lo tienes fácil, el infante es siempre amable y bondadoso contigo.

—Así es, pero, precisamente porque no tenéis escapatoria de vuestro servicio, tendréis que hacer lo posible porque ella esté contenta. De momento no quiere veros, pues que así sea, no la contrariéis.

—Pero ¿cómo lo voy a hacer? No pretenderéis que duerma en las caballerizas.

—Limitaros a ocuparos de doña Berenguela, al menos de momento, que doña Ana se ocupe de la reina, pues entiendo que a vos os tiene en mejor estima, ¿no?

—Bueno, no me libro de sus desmanes, pero a mí nunca me ha pegado.

—Pues ahí tenéis vuestra solución.

—Urraca, creo que nada perdemos por hacer caso de lo que dice el muchacho. Lo peor que puede acontecernos es que nos quedemos como estamos. Esta noche yo me encargaré de su cuidado y vos de la infanta, veamos si así al menos nos deja tener la noche en paz.

Doña Urraca asintió, aunque era evidente que con poco convencimiento.

—Para lo que yo os buscaba doña Urraca es porque necesito la capa de viaje de don Sancho, la que os dio cuando bajabais del carro.

—Pues me temo que tendrás que ir a buscarla allí, porque la dejé

sobre el asiento. No podía cargar con ella y las cosas de su majestad.

—No importa, iré a buscarla, sólo necesitaba saber de su paradero.

Y sin más palabras dejé a las dos jóvenes intentando recomponerse, pues la reina no tardaría en volver de la capilla, y yo me dirigí al patio exterior, no sin antes perderme un par de veces entre los pasillos de aquella fortaleza inmensa. Cuando por fin pude salir vi que para suerte mía nuestros carros aún no habían sido retirados. En el patio no había un alma y la poca luz que alumbraba el lugar provenía de unas teas demasiado alejadas como para ayudarme a buscar la capa. Afortunadamente, tan pronto como abrí la portezuela del vehículo vi el familiar trozo de tela recia tirado sobre el asiento y sin dudar entré para cogerlo. Una sombra repentina ocultó la luz de una de las teas proyectándose sobre el carro dándome un susto de muerte. Me asomé con cuidado por la ventanilla de la portezuela y vi algo que hizo que mi sangre se helase en mis venas. Una figura oscura, alta y encapuchada se acercó desde la parte posterior del patio, donde creía que se encontraban las caballerizas, y entró en la torre caballera claramente a escondidas. Una figura que conocía bien, pues la había visto antes, el día que había intentado acabar con mi vida.

Por un segundo el miedo me paralizó. Sabía que no me había visto, pues se encontraba de espaldas a mí, y quise esconderme en el carro, bajo el asiento, para asegurarme de que no se percatase de mi presencia, pero no fue necesario. La figura miró atrás por un instante cerciorándose de que nadie le observaba, para un instante después adentrarse en la torre y desaparecer. No pude ver su rostro, pues la capucha de su capa le cubría.

Me costó un momento reaccionar. Aquel hombre que yo creía que había desaparecido de mi vida, había vuelto a ella. Es más, me había seguido hasta aquel confín del mundo con la única idea de matarme, tal era su devoción a la tarea de acabar conmigo. No mentiré, quise huir, escapar en la noche de forma que nunca supiera dónde había ido, perderme en algún lugar donde no pudiese averiguar quién era. Pero tan pronto como aquella idea cruzó mi mente, los rostros de las personas que me acompañaban surgieron ante mis ojos. Berenguela, el infante don Sancho que tan bueno había sido para conmigo, el mismo Garcés. En su afán de encontrarme el hombre oscuro no dudaría en hacerles daño si era necesario, de ello no me quedaba duda alguna.

Sin saber muy bien cómo, salí corriendo del carro y escaleras arriba entré en la torre. Corrí por los pasillos sin saber en qué dirección ir hasta que el sonido de voces familiares pudo orientarme. Podía oír el acento familiar de Navarra, palabras que podía entender. Me acerqué y pude reconocer el sonido de la voz del infante y la del gigantón de Garcés. Corrí aún con más fuerzas hasta que al doblar una esquina pude encontrarles charlando a la puerta de lo que debía ser la capilla

del palacio.

—¡Mi señor don Sancho, Garcés! —grité— ¡Gracias a Dios!

—¿Qué ocurre muchacho? —preguntó el infante preocupado al ver mi rostro aterrado.

—¡Sosiégate, Rodrigo, por lo que más quieras! ¿Qué ocurre que te tiene descompuesto?

Sin apenas resuello les conté lo que había visto y el rostro de Garcés palideció. Inmediatamente giró sobre sus talones y ordenó a los dos hombres que estaban con ellos que se dirigiesen a los aposentos de la reina y la infanta, entraran dentro y atrancaran la puerta. No debían abrirla de nuevo hasta que fuese su voz y no otra quién se lo solicitase desde fuera.

—¡Mi señor, debéis volver a vuestros aposentos de inmediato, os va la vida en ello! ¡Yo os acompañaré y después comprobaré que vuestra familia está bien!

El infante no protestó ni cuestionó su orden, asintió e inmediatamente nos encaminamos hasta sus aposentos. Al llegar nos encontramos la puerta abierta por la que se filtraba la luz del interior.

—¿Dejaste tú la puerta abierta? —me preguntó Garcés.

—No, estoy seguro de que la cerré.

Con un gesto Garcés nos empujó hacia atrás a mí y al infante —que había desenvainado como él su espada— y sin dudar un segundo abrió la puerta de golpe con la espada al frente esperando encontrar al maldito intruso.

Desde mi posición tras él no podía ver nada debido a su corpulencia, pero pude notar que en lugar de atacar inmediatamente a quien quiera que estuviese dentro su cuerpo se había parado, aunque tenso como la cuerda de un arco. Me incliné ligeramente hacia la derecha para poder ver lo que ocurría y mis ojos no pudieron dar crédito. En el centro de la habitación sentado despatarrado en el sillón frente a la chimenea y sujetando una copa de vino se encontraba un hombre joven, de poco más de veinte años, musculoso y alto, con una barba rala, una densa cabellera ligeramente ondulada de un color entre el dorado y el rojo y unos ojos verdes como los de un gato. El hombre nos miraba completamente relajado, sin miedo alguno y con una sonrisa de oreja a oreja como quién está pasando un muy buen rato.

—¿Ricardo? —preguntó la voz incrédula del infante.

—¡Mi querido hermano Sancho! —bramó con una voz como el rugido de un león mientras sonreía aún más si cabe—. ¿Acaso no vas a dar un abrazo a tu hermano, el duque de Aquitania?

¿Podía ser aquello verdad? ¿Aquel hombre sentado frente a mí era el famoso duque de Aquitania? Mis ojos no podían retirarse de él, tal era mi curiosidad y tal su capacidad para atraerla.

El infante don Sancho se adelantó y sin pensarlo se fundió en un abrazo con el duque que se levantó del asiento para recibirle, mostrando su considerable altura.

—¡Mi querido hermano, qué alegría verte de nuevo! Pero ¿no me irás a decir que tú eras el famoso intruso descubierto por mi escudero?

—¿Descubierto? ¿De verdad? ¡Por todos los diablos, estaba convencido de que había logrado llegar hasta tus aposentos sin que nadie me viese! —contestó sonriendo con el mismo acento arrastrado que le había notado al señor De Brie—. ¿Quién es el hombre que ha sabido ser más inteligente que yo?

—¡Ven aquí y presenta tus respetos al duque! —me conminó el infante y yo me acerqué hasta ellos levantando la cabeza esperando la regañina del duque por haberme metido en sus asuntos.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —me preguntó y sus ojos se clavaron en los míos como si él fuese un águila y yo un conejillo asustado.

—Mi nombre es Rodrigo de Tudela, mi señor —logré farfullar.

—Muy bien Rodrigo de Tudela, pues recibe mi enhorabuena por tu sagacidad y tu valentía. ¡Cree que no es fácil encontrarme cuando quiero esconderme —que se lo digan a mis amas de cría que bien me sufrieron de pequeño—, y menos aún presentarte ante tu príncipe para denunciar a un intruso sin pruebas! Aunque que te hayan creído sin ellas dice mucho de su amor por ti. ¡Es un placer conocerte, Rodrigo!

Hubiera podido explicarle que me habían creído porque, por desgracia, no era el primer intruso que entraba de forma furtiva en mi vida con perniciosas intenciones, pero callé pues sabía que nada de aquello había de interesarle al duque y porque su sonrisa y su reconocimiento me hacían sentir un orgullo cálido y reconfortante en el que deseaba regocijarme, aunque, como decía el hermano Teobaldo, aquello fuese pecado.

Mi señor don Sancho presentó a Garcés al duque y le declaró jefe de su guardia personal. Me dio la sensación por un instante de que se erguía ligeramente, y que no era yo el único que se regodeaba en sus pecados.

—Ricardo, ¿vas a explicarme a qué ha venido todo esto? ¿Desde cuándo el duque de Aquitania se cuela como un ladrón furtivo en las fortalezas de sus vasallos?

—Desde que quiere darle un sopapo a su castellano, hermano. Ya sabes que las relaciones de los Lusignan con mi familia son convulsas. Estos malditos bastardos no pararán hasta que los cuelgue a todos o hayan conseguido arrebatarnos nuestras posesiones.

—Pensé que las relaciones habían vuelto a su cauce con el destierro de los dos hermanos del antiguo señor a tierra santa.

—Aquello fue más una bendición para ellos que un castigo. Tanto

Amalric como Guy de Lusignan están más que bien posicionados en tierra santa, han sido nombrados señores de grandes territorios y viven vidas llenas de riquezas y lujo, amparados por supuesto por el Papa, aunque él lo niegue. Aquí las cosas estuvieron tranquilas un tiempo porque su hermano Hugo murió en uno de sus viajecitos a Jerusalén, el hijo no tardó en seguirle de camino a encontrarse con nuestro señor y el nieto era apenas un niño de cinco años. Pero el niño tiene ahora dieciséis, es un hombre, ha casado y tenido hijos, y no ha tardado en salirle el veneno de la familia.

—¿Y por eso estás aquí?

—Estoy aquí por ti, hermano, no por ellos. Pero pensé que era una magnífica oportunidad de recordarle a este imberbe que puedo conquistar su fortaleza, cortarle el pescuezo y violar a su mujer tan pronto como lo desee, porque si soy capaz de entrar en su casa y meterme en su propia cama sin que se entere, que imagine lo que podría hacer si traigo mi ejército a su puerta.

—En verdad que tú sabes cómo enviar mensajes claros a tus vasallos. Si no lo entiende así, no lo hará de ninguna manera —replicó el infante—, pero sigo pensando que has arriesgado mucho. A fin de cuentas, eres el duque.

—Bueno, ya te digo que no es la primera vez que salgo a hurtadillas de mi propia casa. ¿Cómo crees si no que puedo disfrutar de las tabernas y burdeles de Poitiers? —contestó con una carcajada que fue respondida por otra de mi señor don Sancho.

Era evidente que entre ellos dos había una verdadera y sincera amistad. Aquellos dos hombres no escatimaban esfuerzos a la hora de mostrar su aprecio el uno por el otro y lejos de mostrarse lejanos y formales, los abrazos y las risas entre ellos eran constantes. El duque era casi tan alto como el infante, y los dos tenían un porte digno de cualquier rey. No podía imaginar qué ejército no se pondría a temblar si se encontrase frente a frente con tan temibles oponentes. Aquel día me prometí a mí mismo que algún día yo también sería tan temible y aguerrido como aquel duque que a mis ojos lucía cual un león temible al que nadie podía hacer frente.

El duque preguntó por la reina doña Sancha y la infanta Berenguela. Era evidente que estaba perfectamente informado de quienes formábamos aquella comitiva. El comentario que me había hecho Garcés cuando tomamos tierra un par de días antes volvió a mi memoria. Todos sabían prácticamente todo de todos, aunque ninguno quisiese reconocerlo.

—Mi madre y mi hermana me esperan para cenar con el señor de Lusignan y su esposa que no me cabe duda de que estarán más que irritados porque mi madre les haga esperar.

—Pues más irritados estarán cuando me presente contigo en el

comedor, eso puedo asegurártelo. ¡No puedo esperar a ver sus caras! —dijo riendo maliciosamente—. ¿Puedo pedirte un favor, Sancho?

—¡Claro, lo que necesites!

—¿Te importaría prestarme a tu escudero para que sea mi copero durante la cena? Prefiero que el vino me lo sirva alguien que no desee mi pronta partida al reino de los cielos, ya me entiendes. Además, dado que ha sido quien ha descubierto mi pequeña treta, no se me antoja justo dejarle sin ver cómo acabará este teatro —dijo a la vez que me guiñaba un ojo pícaramente.

Me costó un mundo conseguir no saltar de alegría por sus palabras, pues había leído mi pensamiento y nada podría desear más que ver la cara del señor de aquel castillo cuando viese al duque sentándose a su mesa.

No esperamos más y abandonamos los aposentos del infante en dirección al lugar donde se serviría la cena. Garcés se quedó montando guardia en la puerta. La cena no se serviría en el comedor principal —otro desplante de cara a la reina doña Sancha sin duda en venganza por el suyo propio—, sino en un salón mucho más pequeño. Cuando llegamos hasta la sala y el mozo abrió de par en par las dos grandes puertas de madera, el grupo de rostros que esperaban en el interior se giraron para mirar quien entraba y las caras de los que sin duda eran el señor y la señora de la casa se descompusieron ante lo que veían.

—¡Mi señor, vos…! ¿Cómo? ¡No he sido informado! —dijo en nuestra lengua, probablemente por respeto a sus invitados, aunque con un acento terrible.

El duque entró en la sala con un rostro serio, pero ignoró completamente al joven que se había dirigido a él y a su esposa que se inclinaba con respeto y se dirigió directamente hasta mi señora doña Sancha, frente a la cuál, hincó la rodilla a tierra y agachando la cabeza tomó su mano en señal de respeto. Aquel hombre era el duque de un territorio mucho mayor que el de Navarra, pero aquella mujer era una reina y no había dudado en mostrarle su respeto más absoluto.

—¡Mi señora doña Sancha! Permitidme daros personalmente la bienvenida a esta mi tierra que desde hoy pongo a vuestro servicio como lo hago humildemente con mi propio ser.

La reina tardó un instante en responder, sin duda sorprendida por todo lo estaba ocurriendo, pero finalmente comprendió quién era aquel hombre.

—Mi señor duque, os ruego que os levantéis, pues entre amigos no hay rodillas en tierra que valgan.

—¡Vuestra amabilidad os honra, mi señora! — dijo el duque levantándose sin dejar de sonreír a la reina.

—¡Ricardo, hermano, te presento a mi hermana Berenguela, infanta

de Navarra! —interrumpió el infante guiando por la mano a Berenguela hasta colocarla frente al duque donde esta hizo una reverencia profunda.

—¡Levantaos vos también, infanta, os lo ruego! Vuestra belleza es digna heredera de la de vuestra madre y en Aquitania adoramos la belleza por encima de muchas cosas. ¡Soy yo quien debería inclinarse derrotado ante vos!

Aquella respuesta con tanta floritura hizo su efecto en Berenguela cuyos ojos inmediatamente empezaron a brillar como dos estrellas ante la visión de aquel hombre imponente que le rendía homenaje sin reparos.

—¡Sois más amable de lo que merezco, mi señor duque!

—¡Espero que vuestra estancia aquí esté siendo cómoda y agradable! De no ser así, sólo tenéis que indicármelo y haré que los culpables paguen por ello —respondió el duque en una amenaza nada velada hacia el señor del castillo que inmediatamente se tensó como si le hubiese picado un escorpión.

El señor de Lusignan era joven, muy joven a mis ojos. No podía creer que tuviese más de quince años, sin un ápice de pelo en su rostro y con una complexión demasiado delgada que no le ayudaba a ocultar su juventud. A su lado se encontraba una mujer mayor que él, nada agraciada ni en belleza ni en apostura, pues presentaba una gran barriga que apenas podía disimular bajo el vestido que portaba.

—Mi señor duque —empezó a hablar el muchacho—, honráis mi casa con vuestra visita como siempre, pero como os decía no he sido informado de la llegada de vuestra comitiva...

—Hugo, —respondió el duque obviándolos todo formalismo—, no has sido informado porque no existe tal comitiva. He venido solo, y creo que deberías plantearte una mejora de la protección de tu castillo porque no he tenido problema alguno en acceder a él sin que nadie se percatase. Si un hombre puede acceder de esa manera, no me sorprendería que un día de estos te despiertes con la garganta rebanada por uno de tus enemigos, o que te encuentres a un extraño refocilando con tu esposa, mi señora Ágata —soltó de una manera brutal—. Por no hablar de lo fácil que sería para alguien que desease vuestro mal conquistar este gran castillo desde el interior y reducirlo a cenizas hasta que no quede ni siquiera el recuerdo de tu familia. Si así lo deseas, puedo enviarte a mis propios ingenieros para que revisen los accesos y te muestren los puntos débiles.

La amenaza, clara, visible e inconfundible había sido entregada como quién asesta un tajo con una espada y no cabía duda de que el señor de Lusignan lo había entendido perfectamente, pues su rostro había enrojecido como la grana aún más ofendido porque esta se había realizado en nuestra lengua, con clara intención de que los

invitados también pudiesen entenderla.

—¡Os lo agradezco mi señor, será sin duda muy beneficioso para nosotros! Ahora, si os parece bien, sería conveniente que cenemos, no quisiera que nuestros invitados deban tomar su cena fría. ¡Hemos esperado ya mucho!

—Muy bien, cenemos pues. Supongo que no tendrás inconveniente en que ocupe yo la cabecera de la mesa, a fin de cuentas, estos son mis territorios.

—¡Por supuesto que no, mi señor! —respondió el muchacho mordiéndose el labio.

—¡Perfecto! Doña Sancha, os ruego que vos y vuestra hermosa hija os sentéis a mi lado para que podamos charlar durante la cena —añadió el duque asestando un nuevo golpe a los Lusignan—. ¡Rodrigo, tú nos servirás!

En respuesta a aquellas palabras esperaba un mal gesto de la reina, pues no podía proporcionarle placer alguno tenerme cerca durante la cena, pero demostró que ante todo una reina sabe disimular sus emociones cuando es necesario y no pude apreciar cambio alguno en ella, lo cual agradecí enormemente.

La cena se me antojó eterna, no por la cantidad de platos a servir que en realidad se limitaron a cordero y pato asados con diferentes acompañamientos, sino porque mi señor duque parecía no tener fondo en lo que se refería a consumir vino. Al menos tres veces tuvieron que ir los mozos del señor de Lusignan a las bodegas a rellenar los cántaros de vino de donde nosotros cogíamos el tan preciado líquido con unas jarras de plata. Lo que más me sorprendía era que el vino parecía no afectarle. Cualquier otro hombre que hubiese ingerido la cantidad que él había bebido habría caído dormido sobre la mesa, sin embargo, él seguía tan despierto y locuaz como desde el momento en que entró en la sala.

Su conversación con la reina y con la infanta era alegre y despreocupada, haciéndolas reír con sus comentarios al respecto de las damas de la corte ducal que sin duda encontrarían al llegar a su palacio de Poitiers. Aquellas chanzas eran alternadas con dardos envenenados lanzados contra los señores de Lusignan que fingían tomar sus comentarios de buena gana, aunque yo podía ver que ambos apretaban sus manos sobre sus rodillas hasta que sus nudillos quedaban blancos. En verdad que a pesar de la admiración que me causaba el ver cómo sabía atacar siempre el punto débil de su enemigo sin errar en el tiro, hubo momentos en los que aquel trato me pareció excesivo. Pero para él era como si ningún dolor fuese suficiente. Aquel hombre a mis ojos se había convertido en un gigante

capaz de las más grandes hazañas, un guerrero indestructible, un paladín sin parangón y un hombre inigualable. Tal era como si un halo dorado al que era imposible resistirse le rodease y me atrajese como una polilla a la luz. Si hacía tiempo que había tomado la determinación de ser un guerrero, ahora sólo deseaba ser Ricardo. Y no era yo el único que había sucumbido a semejante embeleso. Los ojos de Berenguela estaban bañados de luz, no por el efecto del vino sino por el de Ricardo. Mi antigua compañera de juegos no era capaz de desprender su mirada del duque, su risa sonaba cantarina en respuesta a sus comentarios y sus maneras y modos no eran los de la niña que había conocido. La infanta era una joven, con ademanes como los de cualquier dama de la corte que la hacían parecer mucho mayor de los once años que estaba a punto de cumplir. Al verla allí, embelesada por aquella luz que también a mí me afectaba los sentidos, sentí un escalofrío que me recorrió la espalda.

Aquella sensación me dejó mal cuerpo, así que agradecí enormemente cuando por fin la cena se dio por concluida. En nuestras habitaciones, no pude por menos que preguntarle al infante por el duque y aquella actitud que había visto hacia los señores de la fortaleza.

—Verás Rodrigo —me dijo mientras se sentaba en el sillón junto al fuego de sus habitaciones para que le ayudase a retirarse las botas—, es verdad que Ricardo puede ser excesivo en muchas cosas, pero créeme que no le ha quedado más remedio que ser así, pues de otro modo no habría sobrevivido.

—No sé si os entiendo, señor.

—Lo entenderás si tienes oportunidad de conocer a su familia. No es fácil crecer en una familia en la que por defecto todo el mundo está contra todo el mundo y cualquiera está dispuesto a saltar a tu cuello si conviene a sus intereses. En esas circunstancias debes hacerte fuerte si deseas pervivir, debes hacerte un carácter que te permita hacerlo. Y en eso Ricardo ha triunfado como nadie. Es un soldado temible, un estratega magnífico y, como señor, duro e implacable, pero ha sabido mantener la integridad del territorio que su madre le dejó al cargo, algo que puedes creer que no era fácil, pues muchas eran las disputas y los odios que heredó con el territorio. Pero puedo dar fe que Ricardo es un gran hombre.

—Vos también sois un gran hombre, pero nunca os he visto ser cruel o hiriente.

Su risa sonó alegre en respuesta a mi comentario.

—Quizá tu cariño por mí sea lo que te ciegue. Todos los hombres somos capaces de herir a otro en algún momento, con nuestras palabras, nuestras manos o incluso nuestro pensamiento. No existe hombre perfecto, Rodrigo, sólo aquellos que aprenden a vivir con sus

fallos —Y con su mano acarició mi cabeza como quien acaricia a un perrillo—. ¡Anda, hazme el favor de ir a buscar mi libro de horas, lo olvidé en la alforja de mi caballo, me gustaría rezar antes de acostarme!

—¡Cómo ordenéis, mi señor! —Y dejé el cuarto en busca de las caballerizas. El infante tenía en gran estima aquel pequeño libro que su madre le había regalado la primera vez que había partido a guerrear con su padre. Era un volumen pequeño, pero iluminado con una gran belleza, que la reina había encargado a los monjes de algún lugar de su Castilla natal. Cada noche, el infante y yo leíamos juntos un pasaje de aquel libro antes de que se fuese a dormir, y era un momento que yo disfrutaba enormemente, pues me daba la oportunidad de ver aquellos dibujos tan hermosos.

Anduve por los pasillos y corredores del castillo intentando encontrar la entrada principal de la torre caballera pues desde allí estaba convencido de poder encontrar las caballerizas. De repente, al girar una esquina que me sacó al patio donde había encontrado a doña Urraca y doña Ana aquella tarde, un susurro me hizo saltar y parar en seco. Miré a mi alrededor, pero en aquella noche sin luna no pude ver nada, y de repente el sonido se repitió.

—¡Rodrigo, aquí atrás Rodrigo! —me susurró una voz que conocía bien desde detrás de un rosal un poco más adelante.

—¡Berenguela! ¿Qué haces aquí a estas horas y sola? ¿Has perdido el juicio? —dije llegándome hasta ella—. Si tu madre se entera…

—¡Ya sabía yo que empezarías con tus mojigaterías! Mi madre no se enterará de nada, y doña Urraca está durmiendo y roncando como una cerda en celo, así que puede decirse que no me ha quedado más remedio que venir sola.

—¡Déjate de juegos, no debes estar aquí y lo sabes! Si algo te ocurriese…

—¡Te digo que no me ocurrirá nada! Yo soy como el duque Ricardo, sigilosa y sagaz, nadie me pillaría por mucho que lo intentasen. ¿No te parece un hombre maravilloso?

—¿Qué se supone que debo responder a eso?

—¡Que sí, por supuesto! Su apostura, su valentía, su forma de entretener a una dama. Cualquier hombre querría ser como él, hasta tú.

La respuesta a aquel comentario habría sido que sí, que yo también quería ser como él, que todos los hombres del mundo querrían ser Ricardo, pero no se me escapaba lo que estaba pasando. Berenguela estaba completamente obnubilada con el duque, y yo sabía que cuando la infanta deseaba algo era preferible no interponerse en su camino.

—!¡Necesito que me hagas un favor, Rodrigo!

—¿Un favor? Eso suena a que me vas a meter en un problema, Berenguela. Yo…

—¡Ay, calla ya, gazmoño! Es una cosa muy sencilla. El duque va a pasar mucho tiempo con mi hermano, así que por extensión tú pasarás mucho tiempo con él. Necesito dos cosas, que me digas cualquier comentario que haga respecto a mí, y más importante aún, que averigües si está prometido a alguien.

—¿Cómo?

—Ya me has oído, no te hagas de rogar. Sé que no está casado porque mi madre le ha preguntado si conoceríamos a la duquesa y ha respondido que la única duquesa de Aquitania es su madre, pero eso no quiere decir que no esté prometido a alguien. ¡Quiero que lo averigües para mí!

—Pero ¿qué más te da a ti si está prometido o no?

—Me da porque pienso casarme con él, Rodrigo, y necesito saber qué competencia debo eliminar.

—¡Berenguela, no sabes lo que dices! Tú no puede elegir con quién casar, eso lo hará tu padre.

—¡Ya lo sé, pero ese no es tu problema, sino el mío! Mi padre me ha enviado aquí con la intención de encontrarme marido entre los hijos del rey de Inglaterra, cualquier idiota vería eso. Siendo así, Ricardo es tan válido como cualquiera de sus hermanos. Además, tú déjame a mi padre a mí, tan sólo averigua lo que te pido. ¿Harás eso por mí? —me soltó con una mirada y una cara dignas de una virgen que ella sabía que surtirían efecto.

—¡Maldita sea! De acuerdo —respondí maldiciendo mi debilidad con Berenguela—, pero no te prometo nada. Y lo haré solo con la condición de que vuelvas a tu cama y no te des más paseos por el palacio.

—¡Hecho! Vuelvo ahora mismo. ¡Gracias Rodrigo, sabía que tú nunca me fallarías! —Y sin más me abrazó y me plantó un beso en la mejilla justo antes de desaparecer en la oscuridad.

Me encaminé de nuevo a las caballerizas sin poder evitar sentirme mal por el poder que Berenguela tenía sobre mí, pero sobre todo asustado por la determinación que había visto en sus ojos. Era evidente que había sucumbido totalmente a sus encantos, pero lejos de convertirla en un pelele sin voluntad, aquello había despertado en ella una ambición que me daba miedo. Mi cabeza me decía que no debía preocuparme, a fin de cuentas, Berenguela no era más que una niña que debería cumplir la voluntad de su padre, aunque esta le llevase lejos de Ricardo. Pero mi corazón me decía que yo mejor que nadie sabía que cuando aquella niña deseaba alcanzar algo, lo hacía, aunque para ello tuviese que destruir todo a su paso. Las palabras de la vieja Jida advirtiéndole sobre el león que devoraba todo resonaron de

nuevo en mi cabeza, y no pude evitar preguntarme si aquel león no sería la propia Berenguela.

Cuando logré alcanzar las caballerizas todo estaba en silencio. Tan sólo el piafar de los caballos y el crepitar de un fuego prendido en el interior de un caldero en el centro del recinto rompían el silencio de la noche. Me dispuse a entrar, presto a buscar el caballo de mi señor don Sancho, pues sus alforjas sin duda estarían junto a él, cuando otro sonido me alertó e hizo que me girase. Venía de la parte final de las caballerizas, donde se guardaban los aperos de herrar a las bestias y que se separaba del resto del recinto por una gran puerta corredera de madera. El sonido recordaba a los lamentos de alguien que necesitase ayuda.

A medida que me acercaba el sonido cambió y pude comprender que los gemidos eran de dos personas, y que no se correspondían con gemidos de dolor, sino de todo lo contrario. No pude resistir la curiosidad por saber quién habría escogido tan extraño lugar para refocilarse y con todo el sigilo que pude me coloqué detrás de unos bidones de madera llenos de agua que cubrían perfectamente mi figura agachada y desde donde podía ver lo que se escondía tras la puerta.

La imagen me dejó paralizado. Allí, sobre el suelo, se encontraba un muchacho, de unos quince o dieciséis años que por su vestimenta debía de ser el mozo encargado de cuidar la cuadra de noche. Se encontraba colocado a cuatro patas, con los calzones bajados mientras otra figura más alta y corpulenta, también con los calzones bajados, le penetraba, dándole fuertes empujones que hacían que los dos gimiesen, de placer uno y de no sabría decir qué el otro.

Mi mente tardó un segundo en entender lo que mis ojos veían, como si hubiese algo en aquella imagen que no acabase de encajar, hasta que finalmente reaccionaron y me mostraron qué era lo que mi mente no podía concebir. El hombre que estaba penetrando al mozo de cuadra, era fornido y sus nalgas se apretaban para empujar sobre el muchacho cada vez con más fuerza. Sus manos agarraban fuertemente sus caderas para poder penetrarle más profundamente y con cada empujón levantaba la cabeza con los ojos cerrados hacia el cielo, disfrutando el placer que recibía mientras su pelo caía sobre su espalda. El pelo rojo y ensortijado del duque Ricardo.

El duque que empujaba cada vez con más fuerza sobre el muchacho, emitiendo unos gemidos profundos como el gruñido de un perro, hasta que finalmente las convulsiones de su cuerpo me hicieron comprender que aquello se había acabado.

El muchacho se levantó y se subió los calzones mientras el duque se desperezaba ignorándole.

—¿De…deseáis algo más de mí, mi señor? —preguntó el joven temeroso.

—Una sola palabra y ya sabes lo que ocurrirá.

—Nadie sabrá nada, mi señor, os lo he jurado.

—¡Así lo espero, y no olvides dar mis recuerdos a tu madre! —le respondió con una sonrisa cínica y el muchacho salió corriendo.

Frente a mí, a una distancia de apenas tres pasos, el cuerpo de Ricardo, completamente desnudo de cintura para abajo y aún medio erecto y sudoroso, hacía que no pudiese despegar los ojos de él. Sin saber que le observaba, se giró para orinar en una esquina para después vestirse y dejar las caballerizas como si nada hubiese ocurrido.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que pudiese reaccionar y salir de mi escondite, sólo sé que cuando lo hice busqué el libro de horas que mi señor el infante don Sancho me había solicitado y corrí de vuelta a nuestros aposentos. El infante se extrañó de lo mucho que había tardado, pero me excusé diciendo que me había perdido de camino a las caballerizas. Aquella vez no fui capaz de prestar atención a nada de lo que el libro decía. Donde en el libro aparecían las imágenes del señor o de sus santos, yo sólo podía ver el cuerpo desnudo del duque y aquello agitaba mi respiración y me hacía sentir que el corazón se me escaparía del pecho sin que pudiese explicarme qué era lo que me ocurría.

No pude conciliar el sueño. Incluso mucho después de que los ronquidos del infante me anunciaran que dormía plácidamente, yo seguía alterado, sin poder quitarme de la cabeza las imágenes de lo que había visto.

Al cerrar los ojos, la imagen de aquel cuerpo desnudo seguía atenazándome oprimiéndome el pecho y sin dejarme respirar. No fue lo único que aquella imagen me provocó. Mis manos, casi temblando de ansiedad, recorrieron mi cuerpo bajo la camisa que usaba para dormir y alcanzaron mi miembro como si intentasen parar aquello que me ocurría. Apenas hizo falta una caricia para que me derramase manchando la camisola y, como por arte de magia, mi mente despertó de la ensoñación en la que había estado sumido y la imagen del duque desapareció de mi mente. Inmediatamente fui consciente de lo que

había hecho y la culpa reemplazó a cualquier otra sensación martilleándome en las sienes aun con más fuerza.

Me levanté con sigilo para coger un trapo con el que limpiar lo mejor que pude las evidencias de lo que había ocurrido. Cerré mis ojos no queriendo pensar en lo que había provocado en mi cuerpo aquella imagen. No era la primera vez que veía a dos personas fornicando, a fin de cuentas, me había criado entre putas. Ni siquiera que esas personas fuesen dos hombres me era extraño, pues también de esos placeres proveía la puta grande. Nada de todo eso me había provocado aquella reacción antes, y comprendí que no había sido el pecado, sino el pecador, quién había hecho que mi cuerpo reaccionase. El sólo pensamiento de Ricardo desnudo frente a mí hizo que mi miembro empezase a crecer de nuevo y tuve que esforzarme por pensar en otra cosa. Nada me importaban los gustos del duque, si él prefería yacer con muchachos no era problema de mi incumbencia, pero el riesgo que corría era muy grande. El hermano Teobaldo me había explicado claramente —sin duda a modo de advertencia—, que a los ojos de nuestro señor la sodomía era un pecado capital que garantizaba acabar consumido en el fuego del infierno. Un pecado del que no estaba muy lejos el onanismo en el que yo acababa de caer. Pero más allá de lo que pudiese ocurrir en la otra vida, aquel acto podía tener terribles consecuencias para el duque en esta. Si se supiese de sus gustos, aun cuando fuese tan solo un rumor, la iglesia de Roma podría retirar su apoyo a su gobierno, haciendo que el pueblo y sus vasallos se rebelasen contra él y que perdiese todo cuanto poseía. Aquel era un pecado del que sus enemigos estarían encantados de saber y yo no podía entender que alguien como el duque se diese a él en el castillo de un vasallo y sin tomar precaución alguna.

La mañana siguiente fue frenética, pues debíamos partir para Poitiers y había mucho que alistar. Los mozos de la casa bajaron los baúles hasta los carros y yo monté en mi caballo junto a don Sancho. Al otro lado, montado en un magnífico caballo blanco, se encontraba el duque, fresco como una rosa, y de un humor envidiable. Por un instante se alejó de nosotros para saludar a la reina y a Berenguela en su carro y, al retornar, se dirigió a mí.

—¡Buenos días, Rodrigo! ¿Te encuentras bien? Tienes ojeras, muchacho, ¿acaso no has dormido esta noche?

—¡No, mi señor, me encuentro bien y listo para partir! —respondí sin querer ver ningún doble sentido en sus palabras. Estaba seguro de que era imposible que el duque me hubiese visto en mi escondite la noche anterior, así que no podía ser que sus palabras portasen ninguna intención oculta por mucho que sus ojos de gato me mirasen

fijamente mientras me hablaba.

Abandonamos la fortaleza de Lusignan por el mismo camino por el que habíamos llegado a ella y sobre uno de los torreones pude ver a los señores del castillo que observaban nuestra partida, sin duda para asegurarse que nos marchábamos. Cogimos el camino que se dirigía al norte, pero apenas habíamos recorrido media legua cuando el señor de Brie pidió que parásemos.

El infante don Sancho preguntó qué ocurría, pero yo ya había visto lo que nos había hecho detenernos. Junto al camino, colgado de un robusto roble, se balanceaba el cuerpo de un pobre desgraciado. Sobre su pecho colgaba una gran cruz hecha con palos, una de las señales que utilizaban los suicidas para indicar que habían acabado con su vida por no poder soportar la carga de sus pecados. Sabía que al suicidarse no recibiría sepultura en suelo sagrado y no podría entrar en el reino de los cielos, pero con aquel gesto pedía por última vez perdón a Dios e imploraba su clemencia. Aquello no era inusual, lo había visto antes en Pamplona, sólo que esta vez conocía al suicida. Mientras los hombres del señor de Brie bajaban el cuerpo reconocí a pesar de su abotargamiento el rostro del mozo de cuadra al que había visto la noche anterior entregarse al duque. Quise sentir pena por él, compasión, dolor incluso, pero mi mente sólo podía repetirme una cosa. Daba igual si aquel pobre diablo había cometido aquel acto horrible por no poder soportar la carga de su pecado de la noche anterior o por otra razón cualquiera, lo importante es que aquello significaba que no contaría nada a nadie. El duque Ricardo estaba a salvo, al menos por el momento.

Nadie más volvió a hacer comentario alguno sobre aquel pobre desgraciado que, a fin de cuentas, no tenía relevancia alguna en sus vidas. En varias ocasiones miré discretamente al duque esperando ver, al menos, un gesto de cierta seriedad, pero nada más lejos de la realidad. Ricardo prosiguió su camino tan jovial como siempre, haciendo bromas con el infante y contando chascarrillos de mal gusto sobre las mujeres que habían pasado por su cama —lo cual me confundió enormemente teniendo en cuenta lo que había visto la noche anterior—. Pero también sabía que, de cara a todo el mundo, él debía ser lo que se esperaba de él, un hombre que disfrutaba ampliamente de los placeres que su posición le ofrecía. Y eso, desde luego, incluía a las mujeres.

Entramos en Poitiers a primera hora de la tarde y la dimensión de la ciudad, mucho más grande que Tudela, me dejó sorprendido. El camino de entrada discurría junto a un río y llevaba hasta una gran puerta en la parte sur de la muralla que rodeaba toda la urbe. Tan pronto como franqueamos aquella entrada, un mundo de colores se

desplegó ante nuestros ojos. De todas las casas, de cada ventana y puerta, de los carteles que anunciaban las tabernas y los que indicaban donde se encontraban los herreros y curtidores, colgaban cestos llenos de flores que se alternaban con pendones de colores vivos e intensos que representaban escudos de armas desconocidos para mí. La visión de aquella ciudad, plagada de gentes que iban y venían en sus quehaceres y adornada con tal profusión de vida, era una imagen que no quería que se borrase de mi mente jamás.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —preguntó mi señor don Sancho a la vista de aquel espectáculo—. Pensé que veníamos tan solo para celebrar juntos la natividad.

—¡Te prometo, Sancho, que nada tengo que ver con esto! Es todo obra de mi madre.

—¿Tu madre? Pensaba que seguía…

—Prisionera, así es. Mi padre la retiene en Inglaterra desde el intento de levantamiento de mi hermano del que la culpa. Bueno, del que nos culpa a todos, aunque sea ella la que esté pagando la peor condena.

—¿Tienes contacto con ella?

—Sí, claro, nos escribimos cartas regularmente que los hombres de mi padre sin duda leen, así que nuestras conversaciones no pasan de lo banal, pero por ella sé que mi padre la trata bien dentro de lo que cabe. La mueve regularmente de palacio y le cambia las damas que la acompañan para que no pueda ganarse su confianza, lo cual irrita a mi madre enormemente; pero aparte de eso, su jaula es de oro, no una prisión pestilente ni una mazmorra oscura. De hecho, ha sido ella, como te digo, quien ha organizado esta pantomima de reunión, con el beneplácito de mi padre, claro.

—¿Sabes que es ella quien nos ha invitado?

—Sí, pero quizá tú no sepas que no sois los únicos —contestó Ricardo mirando de reojo a mi señor como si temiese continuar.

—¡Sorpréndeme! ¿Quién más ha sido convocado?

—Mi padre ha invitado a Castilla.

—¿Cómo? —saltó mi señor parando el caballo en seco—. Ricardo, si es así, nosotros no podemos quedarnos. Ya sabes que nuestras relaciones son algo más que tensas desde el intento frustrado de mediación de tu padre, mi madre…

—¡Tu madre era infanta de Castilla antes de ser reina de Navarra, Sancho! Además, no te preocupes, su sobrino, el rey, no vendrá. Ha mandado en su lugar a mi hermana, la reina Leonor que, como ya te supondrás, ha estado encantada de aceptar la invitación y salir de lo que ella llama una corte de hortelanos y porqueros.

—Sigo sin entender todo esto tan sólo para celebrar el nacimiento de nuestro señor. Hay algo que no me estás contando.

—Mi madre va a entregarme el ducado otra vez —soltó Ricardo sin ápice de alegría—, de forma oficial, me refiero. Al parecer el espectáculo que montó aquí y en Limoges hace unos años no le parece suficiente y se empeña en repetirlo para reafirmar mi posición frente a los aliados de mi padre.

—¡Pero eso son magníficas noticias! Quiero decir, llevas mucho tiempo siendo a todos los efectos el duque de Aquitania, pero, si tu madre te entrega oficialmente el título, eso debilitará la oposición a tu gobierno de muchos de los nobles.

—Sí, lo mismo pienso yo, y esa es la única razón por la que soportaré esta bufonada, aunque eso signifique tener que soportar a mi maldita familia y sus maquinaciones.

—Y, ¿de qué otras compañías tendremos el gusto de disfrutar?

—Me gustaría saberlo, créeme, pero ni siquiera yo conozco a ciencia cierta quienes son todos los invitados. Deduzco que mi hermano Enrique no tardará en aparecer con la estrecha de su mujer, Margarita, y el mamporrero de William Marshall. Por lo que he oído, Margarita es incapaz de concebir un renacuajo y Enrique está más interesado en ir de torneo en torneo con William que en follarse a su mujer. No puedo culparle viendo la falta de gracia de la susodicha. Pero como te digo, Enrique no perderá la oportunidad de amargarle una fiesta a mi padre.

—¿Qué hay de Godofredo y de Juan?

—Godofredo pasa la mayor parte de su tiempo en París jugando a los cortesanos, me sorprendería si apareciese por aquí, pero Juan es el lameculos oficial de mi padre. Podría presentarse por aquí. Además, aunque tiene sólo doce años, querrá presumir de señor de Irlanda ahora que tiene un título. El pobre imberbe piensa que mi padre le ha concedido una gran gracia y no se da cuenta de que lo ha hecho para callarle la boca y que no se rebele contra él como hicimos el resto de sus hijos.

—¿Crees que tu padre os ha perdonado por aquello?

—Mi padre no sabe lo que es el perdón, la piedad o la clemencia —replicó el duque y me pareció escuchar un deje de tristeza en su voz—, es un defecto familiar. A sus hijos nos tiene atados tan en corto como puede, pero sabe que nos necesita. Sin nosotros sus dominios continentales no tardarían un mes en sublevarse, y con el apoyo del rey Luis de Francia, en un año los habría perdido. En realidad, creo que lo que pasó no le importa nada. Simplemente lo usa como excusa para mantener retenida a mi madre, haciéndola pagar por otro pecado que le duele mucho más.

—¿Otro pecado?

—Se han escuchado rumores de que fue mi madre quien ordenó la muerte de Rosamund, la amante favorita de mi padre, la única mujer

a la que ha amado de verdad. Mi padre lloró durante meses su muerte.

—Pero, ¿cómo iba tu madre a hacer eso si estaba encerrada?

—Subestimas el poder de mi madre. Aún encadenada y en una celda sería capaz de dirigir el mundo. ¡Esa es mi madre! Aunque sí es cierto que si mi madre estuviese detrás de esa muerte lo habría hecho no por vengarse de esa mujer, sino de mi padre, y para ello se encargaría de que él supiese a ciencia cierta que ha perdido a su puta por su mano.

—Ricardo, en verdad que no te envidio la familia que te ha tocado en suertes —soltó el infante con sorna.

—Sí, la verdad es que cuando se repartieron los familiares pagados de sí mismos, de ambición desmedida y capaces de vender a su padre por un reino, me tocaron a mí todos —respondió riendo sin preocupación.

—Una cosa más. Si viene tu padre, eso quiere decir que también vendrá…

—Alys…, puedes contar con ello. El papa Alejandro sigue insistiendo en que se celebre nuestro matrimonio, así que mi padre aprovechará para pasearla por delante de mí y presionarme con ello.

—Pero, pensé que ella y él…

—Así es, hay quien dice que hasta le ha dado un bastardo, ¡quién sabe! Tengo claro que él es el primero que no pretende celebrar dicho matrimonio, pero de cara a Roma le interesa que parezca que soy yo quien retrasa el cumplimiento de la promesa. Además, ¿cuándo ha desperdiciado mi padre la oportunidad de clavarme un puñal?

Aquella conversación se quedó en mi memoria como grabada a fuego. Yo no conocía aún a ninguna de las personas de las que habían estado hablando, pero por un instante sentí cierta comprensión por la reina Sancha cuando había calificado a la reina Leonor de loba. Tal pareciese que todos en aquella familia debían de serlo, o al menos así era cómo el propio duque los describía. Mi corazón sintió pena por aquel hombre que parecía llevar el terrible peso de una familia desalmada y cruel. Quizá todo hubiese sido diferente si en aquel instante hubiese comprendido que quien es criado en una corte de lobos, pronto aprende a morder.

La casa de los duques de Aquitania nada tenía que ver con el castillo de Tudela, el de Pamplona, o el de los señores de Lusignan. Aquella no era una fortaleza ruda, basta, de piedra hecha para resistir ataques de toda índole y donde poder encerrarse durante meses en caso de asedio. Aquel edificio tenía la belleza de las catedrales y las iglesias, alzándose hacia el cielo sostenido por arcos de piedra que parecían ser brazos que lo elevasen a las alturas, a la luz. Todos los ventanales que se desplegaban en el frontal del edificio presentaban hermosas

vidrieras de colores que representaban escenas que no se podían distinguir desde la distancia. En el lado derecho, una gran torre cuadrada con torretas auxiliares redondas y gran cantidad de figuras de santos que cubrían su parte superior servía de bienvenida para el viajero. La belleza del conjunto llenaba la vista reconfortando el alma.

—¿Te gusta mi casa, Rodrigo? —me preguntó el duque al notar mi asombro.

—Me parece muy hermosa, mi señor, casi como la casa de nuestra madre, la virgen —respondí haciéndole reír—. Pero ¿cómo os defenderéis de un ataque sin murallas ni parapetos?

—¡Ah, mi querido muchacho, ese es el secreto de Poitiers, la fortaleza no es el palacio sino la ciudad! A una orden mía las murallas se cerrarían a cal y canto y los fosos que la rodean se inundarían con las aguas del río. En apenas un instante, la ciudad entera se volvería un bastión inexpugnable y, además, autosuficiente, pues tras las murallas hay más de quince pozos que pueden abastecer a la ciudad. Y en la zona norte, hay campos de cultivo y graneros protegidos tras la piedra de sus muros. ¡En ningún sitio estarás más protegido del mundo exterior que aquí, Rodrigo!

Y aunque mi cabeza asintió con una sonrisa a sus palabras, un escalofrío recorrió mi espalda cuando un pensamiento veloz como una espada atravesó mi mente. ¿Quién me protegería de los peligros que pudieran encontrarse allí dentro?

Entramos en el edificio por las grandes puertas dobles de madera noble que se encontraban en lo alto de la larga escalinata de entrada y el espectáculo de color de las calles se continuó en el interior al filtrarse el sol por las numerosas vidrieras. Pude ver por un instante a Berenguela que entraba en el palacio junto a su madre, doña Ana y doña Urraca y que estaba tan maravillada como yo, pero enseguida una dama alta y delgada, de rostro más propio de un jaco, hizo una reverencia ante doña Sancha y se las llevó. Al mismo tiempo, el duque se acercó de nuevo a nosotros acompañado de un muchachuelo no mayor que yo.

—Mi madre se encuentra descansando y mi padre ha salido a montar, así que no los veremos hasta la hora de la cena, pero mi madre se ha encargado de que preparen vuestros aposentos y Jerome os llevará hasta ellos —dijo señalando al chiquillo—. Cualquier cosa que podáis necesitar sólo tenéis que pedirlo. Aprovechad para reponer las fuerzas, si conozco algo a mi familia nos harán falta para la cena.

Fuimos llevados a nuestros aposentos y el infante pasó el resto de la tarde dormitando mientras yo me afanaba en sacar sus cosas de los baúles y colocarlas.

Cuando hube terminado mi tarea me di cuenta de que no había en

todas aquellas habitaciones agua para que mi señor se asease, así que cogí una jarra enorme de barro que encontré en una esquina y me dispuse a encontrar agua en algún lugar de aquel palacio. Ni que decir tiene que como ya era costumbre mía en casas ajenas, me perdí y, dada mi incapacidad para comunicarme con aquellas gentes, —y, todo sea dicho, su poca disposición a prestarme ayuda alguna—, acabé dando vueltas por una sucesión de patios y pasillos sin rumbo fijo. Al salir de uno de los pasillos entré en un claustro sobrio y frío que no parecía encajar en aquel palacio. De repente, como si de un cadáver se tratase, una mano se posó sobre mi hombro y casi hizo que se me cayese el jarro al suelo.

—¡Rodrigo!

—¡Berenguela, por nuestro señor, por poco haces que muera del susto! ¿Qué haces tú aquí?

—Mi madre está durmiendo, ¿qué esperabas que hiciese? Salir a pasear por el palacio como tú.

—¿Sola? —pregunté con incomprensión—. ¿Es que no te quitarás esa mala costumbre nunca? Mira lo bien que nos ha salido las otras veces.

—Yo no soy asustadiza como tú, ¿Qué se supone que me va a pasar en el castillo del duque? Además, si no lo hubiese hecho, no habría descubierto lo que acabo de ver —contestó con una pícara intención.

—Te mueres por contármelo, ¿verdad?

—Sí, así que siéntate ahí y escucha —dijo empujándome contra el borde elevado de uno de los arcos que delimitaba el jardín.

Berenguela me explicó, visiblemente emocionada por el secreto descubierto, que en sus andanzas por el palacio había acabado tan perdida como yo y había terminado por dar con aquel claustro. El ruido de voces y pasos hizo que se escondiese tras una de las columnas por miedo a haber sido descubierta por una de las damas de su madre. Desde su posición pudo ver cómo en el otro extremo un grupo de cinco mujeres se encaminaban por el lateral. Al frente se encontraba una mujer mayor que su madre, pero con el mismo porte altivo y distinguido. Su belleza era innegable incluso si el tiempo había pasado por ella y esta se acentuaba aún más por su elegante manera de caminar. Tras ella iba una mujer más joven, hermosa también a su modo, aunque algo más entrada en carnes y de menor estatura, que intentaba, sin demasiado éxito, perseguir a la primera demandando su atención.

—¿Y quiénes eran?

—Lo entenderás ahora cuando te cuente su conversación.

—¡Un momento! ¿Les entiendes?

—¡Rodrigo, soy una princesa de Navarra, sobre la mesa siempre ha estado mi posible matrimonio con un señor, noble o príncipe de cualquiera de los reinos vecinos y mi madre se ha encargado de que esté preparada para ello! ¡Por supuesto que hablo su lengua, asno! Y ahora cállate para que pueda contarte lo que ocurrió.

Y Berenguela pasó a detallarme como había transcurrido la conversación:

—¡Madre, te lo ruego, no puedes hacerme esto!

—¡Leonor, hija, no te estoy haciendo absolutamente nada! —contestó la mujer de más edad sin siquiera dignarse a girarse para mirarla ni dejar de andar, claramente irritada.

—¡Soy tu hija, sabes que esto me perjudicará!

—También es mi hijo Ricardo, ¿acaso lo has olvidado? —contestó la mujer aumentando su irritación.

—¡Ricardo, siempre Ricardo! Una alianza con nuestro enemigo destruirá mi matrimonio, no puedes aliarte con Navarra. ¿Qué clase de madre eres?

—¡Ya está bien, Leonor! —le contestó la mujer parando en seco y girándose para mirar fijamente a la joven con una severidad que hizo que las tres damas que las acompañaban se apartasen como quien ha visto una serpiente—. ¿Quieres saber el tipo de madre que soy? Soy la madre que ha velado por el futuro de todos sus hijos, de todos, ¿lo entiendes? Soy la madre que no dudó en levantar la mano contra su propio esposo para tratar de asegurar una posición para sus vástagos y que ha pagado el precio del encierro por ello. Soy la mujer a la que sus propios hijos traicionaron cuando así les convino a pesar de todo lo que había arriesgado por su futuro. Soy la madre que sigue velando por esta familia en la sombra para que no perdamos lo mucho que hemos construido mientras tu padre se dedica a fornicar con niñas prometidas a su propia descendencia. Y soy la madre que con nueve años te apartó de su lado, aunque ello le rompiese el corazón, para convertirte en reina de uno los mayores reinos de la cristiandad. Si tu matrimonio se derrumba no es por la alianza con Navarra, sino por tu propia ineptitud. ¿Cuánto tiempo hace que tu marido no siente la necesidad de meterse en tu cama? ¿Y qué haces tú al respecto? Dejas que te mande lejos con la excusa de velar por los intereses del reino cuando lo único que busca es mantenerte alejada para poder seguir refocilando con sus putas. ¡Tu torpeza es increíble, querida hija!

—¡No es verdad, mi marido me ha encomendado esta tarea por la mucha importancia que para él tiene! Él sólo quiere la paz del reino.

—¡Él sólo quiere que le dejes en paz! Tu propio padre medió entre Castilla y Navarra para intentar alcanzar la paz y tu marido se negó a todo tratado o concesión, nada le importa a él la guerra con sus vecinos. A tu querido esposo sólo le importan sus riquezas y sus putas,

y como el niño caprichoso que es, se niega a jugar si no va a ganar una cosa o la otra.

—Y si así piensas de él, ¿por qué le entregaste a tu propia hija?

—Le entregué a mi propia hija en la esperanza de que ella sabría convertirse en la única mujer que le interesase para ser la dueña de todo lo suyo, tarea en la que evidentemente has fallado.

—¡Yo soy una reina, no una puta!

—Eso es lo que no has entendido, querida hija, para ser reina deberás ser puta, ladrona, mentirosa y hasta asesina. ¡Eso, o no durarás mucho como reina! —dijo y se giró dando la conversación por acabada.

—¿Tanto como has durado tú, madre? —escupió la joven haciendo que su madre se parase nuevamente en seco y se girase para mirarla con cara de pena.

—Es a mí y no a tu padre a quien vienes a rogarle que la alianza con Navarra no se lleve a cabo, pues sabes perfectamente que, incluso desde mi encierro, soy yo y no él quien dirige los destinos de esta familia. Así que la respuesta es sí, tanto como yo, Leonor, tanto como yo. Al menos, inténtalo, querida.

—Y ya no hubo más palabras, —concluyó Berenguela—. La mujer continuó su camino hasta desaparecer por el lado opuesto del claustro seguida por dos de las damas de compañía mientras la joven, claramente disgustada y consolada por la tercera dama, desaparecía por donde habían venido.

—Pero…esa mujer era…

—La reina Leonor, la loba como la llama mi madre. Y la muchacha más joven debía de ser la reina Leonor de Castilla, su hija, que como ves parece estar muy interesada en que Aquitania y Navarra no tengan alianza alguna.

—Pero, ¿de qué alianza hablan? ¿Crees que tu hermano trae alguna misiva de tu padre para el duque o para el rey?

—Pero, ¡qué torpe eres a veces, Rodrigo! ¡La alianza es mi matrimonio! A Castilla no le interesa que yo me case con ninguno de los hijos de Enrique porque eso significa que podría llegar a ser reina de Inglaterra, o peor aún para ellos, señora de Aquitania, y con un aliado semejante justo al norte, Castilla tendría que olvidarse de sus amenazas a Navarra.

—¿Y por qué razón no ha venido el propio rey si tan importante es evitar esta alianza?

—No lo sé, probablemente porque ha pensado que una hija convencería mejor a su madre, o quizá porque es cierto que prefiere estar con sus putas. La verdad es que no me importa, porque yo ya he tomado una decisión.

—¿Una decisión? ¿Sobre qué? —pregunté asustado por la respuesta que pudiese recibir.

—He decidido que me voy a casar con el duque Ricardo, y que no permitiré que nadie se cruce en mi camino, así tenga que eliminar a mis enemigos con mis propias manos.

Y un escalofrío recorrió mi espalda que casi me pareció una premonición.

Volví a la alcoba del infante sin poder dejar de pensar en qué consecuencias podría tener el nuevo capricho de Berenguela. Ella podía tomar las determinaciones que le viniesen al gusto, pero casaría con quien su padre decidiese, sin tener opción a protesta alguna como mujer que era. Y si el rey consideraba que la alianza más conveniente residía lejos del palacio de Poitiers, Berenguela debería acatar la decisión y olvidarse para siempre de Ricardo. Pero al mismo tiempo, era muy consciente del carácter empecinado, cabezota e indomable de la que consideraba mi amiga, y me daba miedo pensar qué podría estar dispuesta a hacer para salirse con la suya.

Al entrar en las habitaciones me sacó de mi ensimismamiento el propio infante con el que casi me doy de bruces al abrir la puerta.

—¿Dónde estabas, muchacho?

—He ido a por agua para vuestro aseo mi señor, pero no he sido capaz de encontrarla —respondí justificando por qué después de tan larga ausencia mi cántaro volvía vacío.

—No me extraña, este palacio es mucho más grande que el de Tudela, y sus pasillos más complicados —sonrió el infante comprensivo—. Mejor será que le pidamos al muchacho que nos puso Ricardo que la traiga él, habla algo de nuestra lengua y te entenderá.

—¡Pero si le dije antes que saliese de aquí! Si ha vuelto a meter mano en vuestras cosas, voy a …

—¡Tranquilízate, Rodrigo, que esta vez nos conviene que ande por aquí, al menos hasta que puedas desenvolverte con soltura por estos lares! —replicó riendo ante mi frustración por el retorno del intruso.

—¡Cómo vos digáis, mi señor!

Con tanta resignación y mal humor cómo pude acumular le indiqué a aquel criado lánguido lo que necesitábamos y con los mismos malos modales salió para volver con una jarra de agua para mi señor al que ayudé a asearse y cambiarse. En ello estábamos cuando la voz del duque interrumpió mi tarea.

—¡Bueno, veo que ya casi estás listo! ¡Magnífico! Mi padre es muy maniático con los horarios, no nos interesa aparecer tarde a su mesa.

—Entonces es mejor que no le hagamos esperar. ¡Por cierto, quería pedirte un favor, Ricardo!

—¡Claro Sancho, lo que desees!

—Me gustaría que Rodrigo nos acompañara en la cena, como copero quiero decir, permanecerá tras de mí, por si fuese necesario algo.

—¿Acaso piensas que te vamos a envenenar? —contestó el duque con sorna, dándose cuenta de que el infante le pedía lo mismo que le había concedido a él en Lusignan.

—¡Por supuesto que no! Tan sólo es que me he comprometido a que Rodrigo tenga la mejor formación mientras esté a mi servicio como escudero y compañía. Creo que sería bueno que vea cómo son las cenas de compromiso entre señores de alcurnia.

—Claro que sí, aunque no sé si una cena con mi familia es el mejor ejemplo de cómo debería ser una reunión civilizada. Pero al menos aprenderás todo lo que no debe ser —rio a carcajadas mientras colocaba su mano sobre mí con confianza y el toque cálido de sus dedos en mi nuca hizo que volvieran a mi cabeza las imágenes de aquella noche en el establo y que tuviese que hacer un esfuerzo enorme para apartarlas de mí.

Tan pronto como mi señor estuvo listo, cambié mi sobreveste por una de las del servicio del duque que me fue prestada y les seguí hasta el comedor que estaba ocupado por una gran mesa dispuesta en herradura con dos asientos a modo de tronos presidiendo la cabecera y profusamente decorada con centros de flores frescas de colores intensos. La sala estaba llena de personas que se giraron para observarnos. El duque guió al infante hacia el grupo de personas que estaba más cercano a nosotros y yo, sin saber muy bien qué hacer, le seguí quedándome a la espalda del infante como este me había dicho.

Los primeros en ser presentados fueron una mujer de la que ninguna gracia podría haberse dicho, con un rostro alargado y demacrado y cubierta por un velo oscuro. Le acompañaba un hombre de altura semejante a la del duque y espaldas anchas como las suyas, pero de pelo negro y ensortijado que se giró al oír la voz de Ricardo.

—Sancho, permíteme presentarte a la reina Margarita, esposa de mi hermano y señor, el rey Enrique el joven.

—Majestades, es un honor poder encontraros en tan elevada ocasión —contestó el infante formal.

—Elevada en verdad, don Sancho, no todos los días a uno le hacen una fiesta para concederle un título que lleva usurpando años —respondió con acritud el hombre que miraba desafiante al duque—, y mi querido hermano se ha olvidado de deciros que por respeto no usamos los títulos de rey y reina en presencia de mis padres.

—Es verdad Sancho, te ruego que perdones mi omisión. Se me había olvidado explicarte que mientras a algunos se nos considera usurpadores por ocuparnos de los asuntos que nuestro padre nos

encomienda, a otros se les ha reconocido con títulos sin peso para que dejen de patalear. ¡Por cierto, mi señora, lamenté profundamente las noticias sobre la pérdida de mi sobrino, pero estoy seguro de que vuestro esposo os dará pronto muchos hijos para llenar vuestro vientre! —El rostro de la mujer palideció aún más si es que ello era posible mientras el de su esposo enrojecía de rabia y cerraba los puños, preparado para asestar un golpe. Pero otro hombre, este alto y apuesto, fuerte y bien vestido, de densa barba rubia, apareció colocando su mano sobre el primero haciendo que se calmase.

—No me cabe duda de que mi señor Ricardo deseará seguir presentando al infante a sus invitados. Si nos disculpáis, mi señor.

—Por supuesto, Marshall, faltaría más —contestó mientras el hombre retiraba a su hermano y a su macilenta mujer y el duque se giraba para susurrarle al infante—. Ese es William Marshall. Aún no tengo claro si mete su polla en mi hermano o en su mujer, de hecho, quizá lo haga en los dos. Mi hermano no es más que un pelele en sus manos y él disfruta demostrándolo.

El duque llevó al infante hasta un grupo algo más alejado. Esta vez se trataba de dos mujeres entradas en carnes, mucho más bajas que la anterior y con un brillo en los ojos que indicaba claramente un parentesco con Ricardo.

—Marie, Alyx, me alegro tanto de que halláis venido, pensé que no tendríamos el placer de vuestra compañía, especialmente tú, Marie, dado que tu marido está en tierra santa.

—Mi querido hermanito —respondió una de las mujeres abrazando con cariño al duque—, no me perdería tu ascenso por nada. Además, no nos ha quedado más remedio que pasar varias semanas en la corte de Paris para la coronación de Felipe, así que no teníamos excusa para no estar aquí.

—Ya he oído que ha sido todo un espectáculo.

—Ya sabes cómo le gusta toda esa parafernalia a mi hermano, y mi padre sabe que no le queda mucho tiempo, así que intenta darle tanta enjundia a su papel como puede. No puedo culparle, a fin de cuentas, tu padre hizo lo mismo con Enrique. Dos reyes, sin corona. Solo Dios sabe lo que nos deparará en el futuro tanto ego inflado sin razón.

—Sancho, discúlpame —dijo de repente el duque dándose cuenta de que no había presentado al infante—, estas son mis hermanas por parte de madre, María, condesa de Champaña, y Alyx, condesa de Blois. El infante don Sancho de Navarra, uno de los pocos amigos que me quedan.

Las mujeres hicieron una breve reverencia ante el infante, dado que su rango era mayor y le sonrieron sin reparos.

—¡Bienvenido a Poitiers, mi señor! —dijo Alyx con dulzura—, creo que ya habéis conocido a nuestra hermana de padre, la reina

Margarita. Espero que sea algún consuelo saber que nosotras nos parecemos mucho más a nuestra madre y a Ricardo, que a nuestro padre, el rey de Francia.

—¡Salta a la vista, mi señora, y estoy agradecido por ello! —Y todos rieron abiertamente en respuesta a su comentario.

La conversación continuó amablemente, entre bromas y chascarrillos sobre los vaivenes de las alianzas matrimoniales de las casas reinantes que habían llevado a que el hermano de madre de las condesas, Enrique, casara con la hermana de padre de estas, Margarita y si la falta de hijos del matrimonio no sería alguna maldición por tan enrevesada historia familiar.

Aquella conversación distendida —y que yo agradecía que transcurriese en nuestra lengua para no perder detalle— fue interrumpida por la puerta de la sala que se abrió de nuevo, esta vez para dejar pasar a la reina Sancha y a Berenguela, ambas vestidas como si hubiesen acudido a la coronación del mismo Papa de Roma. La reina llevaba un vestido de seda de color ocre, con mangas acuchilladas que dejaban ver una blanquísima camisa de lino, y bordado en perlas que reflejaban la luz de la sala. Berenguela, por su parte, llevaba un vestido de terciopelo de cintura ceñida, de color granate intenso y cuello elevado, como correspondía a una doncella, sobre el que colgaba un crucifijo de plata y esmeraldas que contrastaba con sus ojos. Aquella indumentaria hacía que pareciese mucho mayor de lo que era y la convertía verdaderamente en una visión para los ojos de cualquiera. El duque, sin perder un momento, se dirigió hacia ellas y con una inclinación de cabeza mostró sus respetos.

—Mi señora doña Sancha, os agradezco que honréis nuestra reunión con vuestra presencia.

—El honor es nuestro, mi señor duque —contestó la reina seca.

—Mi señora Berenguela —prosiguió el duque tendiendo la mano a la infanta que la aceptó con una sonrisa como no le había visto jamás —, esta noche sois verdaderamente la viva imagen de la diosa afrodita de tiempos antiguos. Me honraríais si os sentarais a mi lado durante la cena, con permiso de vuestra madre, por supuesto.

Berenguela no contestó inmediatamente, aunque el arrobo en su rostro mostraba claramente lo complacida que estaba por tal oferta. Pero sabedora del protocolo a seguir en aquellos eventos, defirió la respuesta a su madre que asintió con la cabeza dando su beneplácito, aunque su rostro mostraba claramente lo poco feliz que aquello le hacía.

No hubo tiempo de más conversaciones, pues dos mozos anunciaron la llegada de los reyes y de la reina de Castilla, haciendo que todos en la sala se girasen y mostrasen sus respetos, agachando los hombres sus

cabezas y con marcadas genuflexiones las mujeres. Yo, sin saber cómo debía comportarme, imité el gesto del infante dando un paso atrás hasta casi estamparme contra la pared de la sala.

La comitiva que entró en el salón parecía un enjambre y por un segundo dudé si el espacio era suficientemente grande para poder acomodar a todos. Al frente, un hombre alto, de barba cana y vientre acentuado que parecía una versión envejecida del mismo duque Ricardo, caminaba con decisión llevando de la mano a una mujer pequeña y hermosa a pesar de sus años. La reina Leonor. Aunque el gesto del hombre parecía querer indicar que era él quien la llevaba a ella, el rostro y el cuerpo de la mujer, denotaban claramente que aquella no era una criatura que se dejase conducir. Su sonrisa, franca y recia, apenas disimulaba un carácter de hierro que se desplegaba con cada uno de sus movimientos y miradas a los asistentes, y de alguna forma no pude evitar pensar que el rey era conocedor de que aquella era solo una pantomima.

Tras ellos caminaba la reina de Castilla que inmediatamente se colocó en un lateral sin dignarse acercarse a saludar a ninguno de sus familiares, y una muchacha joven, alta y tímida, con un rostro rosado que parecía esconderse tras la sombra del rey. Era una mujer hermosa, sin duda, aunque carecía del atractivo del arrojo que desplegaban la reina Leonor o la misma Berenguela.

Por último, cerrando la comitiva, una cohorte de criados se dispersó como moscas por la sala, colocándose tras las sillas dispuestas alrededor de la mesa. Con disimulo mi señor don Sancho se giró para indicarme que hiciese lo propio y me coloqué detrás de uno de los puestos temblando por no saber qué se esperaba de mí.

Ricardo se adelantó para inclinar la cabeza ante su padre en muestra de respeto y acto seguido beso a su madre, no en la mano como quizá se hubiese esperado de acuerdo con el protocolo, sino fundiéndose con ella en un tierno abrazo.

—¡Tal pareciese que sólo tengo un hijo! —bramó la voz del rey mirando de muy malos modos al joven rey Enrique que como si le hubiesen atizado con un palo se presentó ante él para mostrar sus respetos.

—¡Disculpadme, padre, vengo cansado del viaje desde París y eso me vuelve maleducado! ¡Madre! —dijo sin siquiera dignarse mirar a la reina por más de un segundo y sin mostrarle afecto alguno.

—¡La falta de modales debe contagiarse en el colchón! ¿Acaso no pensáis mostrar vuestros respetos a vuestra reina, Catalina? —soltó la reina mirando con desprecio a la mujer del negro velo que inmediatamente corrió a postrarse frente a ella. Sin embargo, la reina la ignoró pasando a su lado como quién pasa junto a un perro y se dirigió directamente a Berenguela y la reina doña Sancha. —¡Mi

señora doña Sancha, no sabéis cuanta felicidad nos habéis dado a mi esposo y a mí al aceptar nuestra invitación! Y la infanta Berenguela, por fin puedo ver vuestro rostro. ¡En verdad que lo que me habían contado respecto a vuestra arrebatadora belleza no era mentira, sois una visión! Permitidme ambas que os presente a mis hijas…

—¡Quizá si me permitís a mí primero darles la bienvenida, nuestras invitadas no pensarán que los malos modales son un defecto de familia! —interrumpió el rey llegándose hasta el grupo.

—¡Claro que no, esposo querido, nuestros defectos de familia son de otra naturaleza! —le espetó la reina claramente irritada, dejando a todos anonadados.

—Os ruego que ignoréis los cuchillos que mi esposa gusta de lanzarme con asiduidad. Cosas de matrimonios de muchos años, supongo. ¡Os doy la bienvenida a mi casa y a mi reino y os agradezco que nos honréis con vuestra presencia! —dijo formal recibiendo una sonrisa y una genuflexión en respuesta por parte de las dos mujeres—. ¡Permitidme que os presente a Alys de Francia, prometida de mi hijo Ricardo!

La muchacha tímida hizo una genuflexión frente a la reina y la infanta cuando el rey se apartó para presentarla, pero aquel gesto quedó oscurecido por una sonora carcajada de la reina Leonor.

—¡Debéis perdonar a mi esposo, él también debe estar cansado del largo viaje que a su edad sin duda ha sido una gran carga y ahora confunde los posesivos, pues esta es mi casa, mi reino y esta joven es su Alys, no la de Ricardo, dado que no existe compromiso alguno entre ambos! De hecho, mi señora Sancha, ese es un tema que me gustaría discutir en profundidad con vos —soltó sin piedad haciendo que la joven Alys se sonrojase como una granada madura y que el rostro del rey se transformase en una máscara de odio—. Mi señor don Sancho, qué felicidad poder volver a veros después de tanto tiempo, pero ¿dónde está el joven muchacho que conocí? —dijo dirigiéndose al infante que recibió su saludo con una sonrisa.

—¡Mi señora Leonor, el tiempo sin duda ha pasado por mí y me ha hecho un hombre, pero no por vos que seguís tan hermosa como el día que os conocí! —contestó zalamero agradando claramente a la reina que sonrió en respuesta y le agarró del brazo en un gesto íntimo.

—¡Al menos quedan hombres que saben cómo alagar a una mujer, sea reina o criada, pues para los halagos todas somos iguales! ¡Me alegro mucho de volver a veros, mi buen Sancho! Decidme que mi hijo os ha presentado a sus hermanas…

Y sin prestar atención a nadie más, haciendo un gesto a Marie y Alyx, continuó presentándolas a la reina Sancha y Berenguela, facilitando que la conversación se volviese ligera y relajando por un instante la tensión de la sala que podía cortarse con un cuchillo. El rey

y la joven Alys, por su parte, se unieron a Catalina y el joven rey Enrique, aunque su conversación —que ahora transcurría en su lengua materna— distaba mucho de ser afable y podía observarse una clara animadversión entre padre e hijo y entre las dos hermanas.

Desde mi posición tras aquella silla, yo intentaba hacerme una idea clara de aquella lucha de voluntades, poderes y lenguas que se desplegaba ante mí y me parecía tan complicada como una partida de ese juego que a Tarik le gustaba tanto, el ajedrez, y que yo no había sido capaz de entender jamás por más que él había puesto empeño en enseñarme.

De repente, un nuevo criado entró en la sala y se dirigió directamente a la reina Leonor a la que dijo algo en voz baja.

—¡Ah, por fin, nuestro último invitado ha llegado!

—¿Invitado? Yo no recuerdo haber invitado a nadie más…—replicó el rey contrariado.

—No, de hecho, le he invitado yo, no me parecía correcto que en tan señalada fecha su santidad el Papa Alejandro no estuviera representado.

—¡Madre!, ¿qué habéis hecho? —susurró el duque Ricardo casi asustado mientras la reina se dirigía a la puerta de la sala para recibir al invitado sorpresa.

—¡Mi señor Ubaldo de Lucca, bienvenido a Poitiers! —Y con una genuflexión llena de humildad recibió a aquel hombre enjuto y de poblada barba que empezaba a encanecer pero que no disminuía para nada su presencia imponente, impropia de lo que yo había conocido hasta entonces como un religioso.

—¡No puedo creerlo! —susurró el duque al infante don Sancho.

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué ocurre?

—Ese es el cardenal Ubaldo Allucinoli, el perro de Lucca, como le llaman en Roma. Una de las manos derechas del papa Alejandro III y enemigo declarado de mi padre. Lleva detrás de él desde la muerte de Thomas Beckett y mi madre lo sabe. Si le ha invitado hoy es sin duda para herirle y créeme que lo ha conseguido. Mira el rostro de mi padre, está rojo de ira. Mis espías me habían dicho que estaba en París para la coronación de Felipe, pero no podía imaginar que mi madre se atreviese a tanto.

—Mi señor cardenal, esta sí es una sorpresa —bramó la voz del rey desde la distancia.

—¡Espero que una no demasiado desagradable, mi señor Enrique! ¡Su santidad os envía su amor!

—Transmitidle mi gratitud a su santidad Alejandro y decidle que su amor se une al que sin duda alguna llena esta sala —dijo en tono claramente irónico—. ¡Sentaos a cenar y acabemos con esto cuanto antes!

Y sin una palabra más tomó asiento en una de las sillas dispuestas a la cabecera de la mesa forzando a todos los demás a hacer lo propio y causando que los tres muchachos que debían amenizar la velada tocando músicas para entretenerles se aturrullasen al lanzarse contra sus instrumentos como resultado de tan repentina orden.

La velada comenzó de manera tranquila, tal pareciese que la comida y la bebida había calmado las ansias de todos los comensales de lanzarse al cuello los unos de los otros. Lejos de ubicarse alrededor de la mesa según su rango, habían sido las afinidades y los intereses los que habían determinado sus posiciones. Mientras en un extremo de la herradura se sentaban el rey Enrique el joven, su esposa y el tal Marshall con la única compañía de la reina Leonor de Castilla, en el extremo opuesto se encontraban los miembros de la corte navarra y el duque Ricardo que se había sentado entre Berenguela y la reina doña Sancha. Aquella disposición hacía que la escena tuviese algo de cómico, pues a ambos lados del duque se podían ver las dos caras de una misma moneda. Una joven arrebatada, sonrojada y visiblemente encantada con las atenciones que recibía, y una mujer amargada, seria y fría como una estatua de mármol.

A la derecha de Berenguela, justo en el punto donde la mesa realizaba el giro de herradura con la mesa de los reyes, se encontraba sentado el enviado papal, charlando amigablemente con Alyx y Marie que ocupaban el espacio entre este y su madre. Al otro lado de la mesa, tan solo Alys, la prometida del duque, mantenía una conversación casi silenciosa con el rey cuyo rostro era la viva expresión de la rabia atragantada.

Por la mesa empezaron a desfilar multitud de platos de todo tipo, faisanes rellenos, venado asado, cordero en alguna clase de salsa y pescado escabechado, todo ello aderezado con el mejor vino que podía encontrarse en Poitiers.

Pero si los alimentos habían apaciguado a las fieras, aquella era solo la calma que precedía a la tormenta, una que no tardarían en desencadenar los ladridos del perro romano.

—¡Mi señor Enrique, dejadme deciros que mi señor el Papa Alejandro está feliz de ver que lejos de caer en el pecado del orgullo habéis sabido reconocer cuando es el momento de apartarse y dejar paso a los jóvenes! —soltó y sus palabras sonaron como un trueno en mitad de la noche. Tanto nos pilló a todos por sorpresa que incluso el mismo rey tardó un segundo en reponerse y contestarle mientras su rostro enrojecía de ira.

—Me temo que no os entiendo, Ubaldo —respondió entre dientes y sin hacer referencia a su título cómo hubiese sido correcto.

—¡Me refiero al magnífico gesto de entregarle a vuestro hijo el ducado de Aquitania formalmente, entiendo que lo hacéis como un gesto de la continuidad de vuestra casa! ¡Una vid que decae para que una nueva pueda crecer!

—¿Cómo os atrevéis? —interrumpió el joven rey Enrique sin duda intentando congraciarse con su padre.

—¿Atreverme? No hay intención de ofensa por mi parte, joven Enrique, sino de reconocimiento. A fin de cuentas, vuestro padre ya hizo lo propio con vos al daros el título de joven rey —se justificó el cardenal mirando al muchacho con ojos de ave de presa que se sabe frente a un ratón.

—Sólo hay una diferencia —interrumpió la voz dulce pero firme de la duquesa Leonor—, no es mi esposo quien entrega el ducado, sino yo, excelencia, pues yo soy la duquesa de Aquitania y no él.

Muy inocente hubiese debido de ser alguien que pensase que aquel comentario era el intento de una esposa de ayudar a su marido, pues, muy al contrario, la intención había sido echar aún más leña a un fuego que a aquellas alturas ardía con la intensidad del infierno. El rostro del rey se transformó en una máscara de ira y perdiendo todo el control dio un golpe en la mesa con el puño que hizo que todo lo que en ella había saltase por los aires asustando a la joven Alys que en acto reflejo se separó del rey. Este se levantó de su asiento y elevó la voz para que resonase en todo el salón.

—¡Basta ya! No toleraré ni una falta de respeto más a mi autoridad venga esta de ti, mala víbora, o del mismo papa de Roma. ¿Acaso crees que dándole el título de duque a este pelele de hijo tuyo conseguirás hacerme algún daño, mujer del diablo?

—¡Padre, conteneos, no os permitiré que ofendáis a mi madre! —respondió el duque levantándose a su vez para encarar a su padre.

—¿Que no me permitiréis vos? ¿Quién creéis que sois, hijo de una zorra? ¿Acaso pensáis que el título que esta arpía tiene a bien regalaros os convierte en alguien? Vos sois mi vasallo, mi siervo, ¿me oís? Ya he aplastado una de vuestras revueltas antes y lo haré mil veces si seguís prestando oídos al veneno que vuestra madre destila. —Desde mi posición podía ver como los puños del duque se crispaban hasta volverse blancos por la falta de sangre y por un instante temí que allí mismo saltase sobre su padre y ocurriese lo peor—. Y en cuanto a vos, maldito perro de presa, podéis decirle al papa que no olvide con quien trata, si una vez hube de matar a un hijo de la iglesia, que no se vea mi mano forzada a acabar con el padre—. Y sin decir una palabra más abandonó la sala como si le hubiese llevado el mismo diablo.

En ese instante el silencio se apoderó de todos los asistentes que tan solo se miraban unos a otros. La reina doña Sancha era la única que

conservaba la compostura, como si nada de lo que había ocurrido allí tuviese que ver con ella. Berenguela, por su parte, miraba al duque, que aún seguía en pie, con cara de devoción absoluta, sin duda encantada por la actitud que había visto en él. La joven Alys lloraba desconsoladamente sin que nadie le prestase atención alguna y el cardenal continuaba deleitándose con un trozo de faisán como si nada hubiese pasado.

—Muy bien —interrumpió el silencio la voz de la reina Leonor—, ahora que todo está como debía, sigamos con nuestros menesteres, que se reanude la música, bastante ruido hemos tenido ya por esta noche.

Y sin más, todo el mundo continuó con la comida como si la voz de aquella mujer fuese la palabra de Dios y nadie pudiese resistirse a ella, sin prestar atención al rey Enrique, a su enojo, a sus palabras o siquiera a su recuerdo. Tan solo las lágrimas de la joven Alys, que no era capaz de controlar su angustia, servían de recuerdo para quien quisiese tenerlo de lo que acababa de ocurrir en aquella sala.

La cena se alargó mucho tiempo, pero finalmente con la retirada a sus aposentos de la reina Leonor todo el mundo se sintió licitado para retirarse a su vez y por fin pude volver a las habitaciones del infante. Muchas preguntas tenía de lo acontecido aquella noche, pero no quería pecar de metomentodo y no quise formularlas, sin embargo, el infante, que a esas alturas ya me conocía bien, supo leer en mi rostro que algo me inquietaba.

—¿Qué es lo que te preocupa, Rodrigo?

—¡Nada, señor, todo está bien!

—¡Déjate de remilgos, muchacho, y habla que aquí nadie nos oye!

—Es que no estoy seguro de entender lo que ha ocurrido esta noche, señor —dije alentado por sus palabras—, ¿por qué el rey Enrique y el cardenal se llevan tan mal?

—En realidad no es con el cardenal, Rodrigo, es con el mismo Papa. El cardenal solo resulta ser su representante en esta cena. Verás, hace un tiempo el rey Enrique ordenó la muerte de un clérigo consejero suyo. Se arrepintió inmediatamente, pues le tenía en alta estima, pero lo hecho, hecho estaba. Roma montó en cólera, pues se trataba de un miembro de la Iglesia, y uno con mucha influencia sobre el rey lo cual beneficiaba al Papa. El caso es que el Papa Alejandro obligó al rey a pedir disculpas públicas y hacer penitencia, lo cual no sentó especialmente bien al orgullo de su majestad. Y desde entonces las relaciones entre ellos son algo más que tensas.

—Ya entiendo. ¿Y por qué el rey parece odiar tanto al duque Ricardo? —osé preguntarle.

—¡No lo hace! En realidad, Ricardo es de todos sus hijos el que más se parece a él, pero eso tiene varios inconvenientes. Por un lado, que al ser tan parecidos sus caracteres chocan más que con el resto de sus hijos, más dispuestos a complacerle sin cuestionarle. Por otro, el rey ve en Ricardo la misma ambición y fuerza de voluntad que reconoce en sí mismo y que le han convertido en el rey que es hoy en día, pero sabe que esa ambición y voluntad están al servicio de su madre, la reina Leonor, a la que Ricardo adora.

—Así que, ¿el problema es que odia a su esposa y hace extensible ese odio a su hijo?

—Justamente lo contrario, Rodrigo, no creo que el rey odie a su esposa, sino que la ama profundamente. Pero es difícil para un hombre amar a una mujer que se posiciona como su igual en poder, posesiones, influencia y carácter.

—Pero, se me antoja que, si tan grandes son ambos, si trabajasen juntos nada les detendría.

—Las cosas del corazón son complicadas, muchacho, pronto lo descubrirás, y será con dolor, por desgracia. Siempre lo es.

En ese momento me pareció que sus ojos mostraban un deje de tristeza que no le había visto antes y aquella noche me fui a dormir pensando en lo poco que sabía de mi señor y de dónde descansaba su corazón.

Los siguientes dos días fueron agotadores para mí. El duque había organizado todo tipo de eventos para tener entretenidos a los invitados de su madre, así que, entre cacerías, prácticas con espada, competiciones de lanzamiento con arco, comidas, cenas y demás acontecimientos, no pude parar un instante y acababa mis jornadas derrumbado en mi catre y sin tiempo ni ganas para pensar en nada más. En ese tiempo tan solo pude ver a Berenguela a las horas de las comidas, y ni siquiera en todas, puesto que algunas de ellas estaban reservadas tan solo a los hombres. Por supuesto, en aquellas en las que estaba presente tampoco podía dirigirle la palabra, pues no habría sido propio de mi posición, así que nada pude averiguar de cómo iban las negociaciones de su boda, cosa que la infanta no estaba dispuesta a permitir y a la que pronto puso remedio.

Me encontraba en los aposentos de mi señor don Sancho limpiando sus botas cuando la voz de jilguero de Berenguela me sacó de mi tarea.

—¡Hola! —dijo haciéndome levantar la vista de mi faena—. ¡No digas nada! Ya sé lo que me vas a decir. Como me vea mi hermano o alguno de los criados y le cuente a mi madre que paseo por el castillo sola y a mi antojo me voy a ver en problemas. ¡Esa es tu palabra

favorita, Rodrigo! Mi madre está descansando, es decir, dormida; mi hermano está de paseo en la ciudad con el duque y sus hermanas y el único criado que me ha visto es ese lánguido que vigila vuestra puerta y que te aseguro que no dirá nada de que estoy aquí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque está prendado de mí y yo le he pedido que no lo haga. Una mujer tiene que usar sus armas.

—¡Berenguela, aún eres una niña! —solté sin pensarlo y me arrepentí inmediatamente preparándome para su contestación.

—Eso no es lo que piensa todo el mundo —me respondió con una serenidad impropia en ella y con una sonrisa de gato que ha encontrado el cuenco de la nata.

—¿Qué tienes que contarme?

—No sé de dónde sacas que haya algo que contar.

—Contigo siempre hay algo que contar, además, no estarías aquí si no fuese así.

—Vale, te lo cuento —dijo evidentemente contenta de que le diese pie mientras se lanzaba sobre la cama de su hermano—. Esta mañana mi madre y yo hemos estado practicando la cetrería con la reina Leonor.

—Pero, si a ti te dan terror los halcones de tu padre…

—Sí, ya lo sé, y los de la reina son aún mayores y de mirada mucho más desconfiada, pero es su entretenimiento favorito, no podíamos decir que no. ¡Pero cállate y deja que te cuente!

Apenas pudiendo controlar su emoción, Berenguela me explicó que su madre, fiel a sus ideas y a su carácter, no había puesto nada de su parte para facilitar la conversación con la reina loba pero que aquello, lejos de arruinar sus opciones, le había beneficiado. La madre del duque había pasado casi toda la mañana hablando con Berenguela, preguntándole por sus intereses y todo aquello que deseaba alcanzar cuando fuese una mujer. Sabiendo como lo hacía de las ambiciones de la infanta y de su frustración porque en Navarra nadie le diese el que consideraba su lugar, solo podía imaginar el gozo que aquella reunión debía haberle provocado.

—El caso es que, antes de irnos, la reina Leonor y mi madre se quedaron para hablar en un apartado donde pensaban que yo no las escucharía, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Y qué se dijeron?

—La reina Leonor le comentó lo muy sorprendida que estaba por mis maneras, conocimiento y madurez y que estaba convencida de que me convertiría en una mujer digna de su hijo. Así que está dispuesta a continuar adelante con el compromiso y enviará cartas a la mayor brevedad a mi padre a tal efecto.

—Pero ¿con qué hijo? Tiene uno propio de tu edad.

—¿Quién? ¿El imberbe de Juan? Por dios, mi padre nunca aceptaría ese matrimonio, ni yo tampoco. La reina se refiere al duque, por supuesto. Un hombre hecho y derecho, valiente, cristiano y digno de mí. Además, ¿qué sentido tendría aliar Navarra con el futuro de rey de una isla como Irlanda, en la otra parte del mundo? Nuestro matrimonio asegurará el gobierno tanto de Navarra como del ducado.

—¿Y la reina Sancha no dijo nada?

—Mi madre le recordó que el duque estaba prometido ya con esa lánguida de Alys, pero la reina le respondió que de nada debía preocuparse porque ese matrimonio nunca se celebraría, que ella se encargaría de ello y que nuestra alianza podía darla por hecha.

—¿Y se quedó satisfecha con eso?

—Claro que no, montó en cólera porque la reina Leonor ignoraba su voz en este asunto, pero por mucho carácter que tenga mi madre no es oponente para la reina loba que le hizo callar recordándole que estaba en su mano no condenar a su hija al tipo de vida que ella tenía. Nunca he visto a mi madre más enojada, ni más desarmada. ¡Casi lo siento por ella, pero la reina Leonor tiene razón, si he de elegir, no será mi madre la reina a quien deseo parecerme!

A pesar de sus malos modos para conmigo, sentí compasión por la reina doña Sancha. Subyugada a los deseos de un marido que hacía tiempo que la había echado de su cama sustituyéndola nada menos que por una mora, obligada a concertar un matrimonio con el que no estaba de acuerdo, y forzada a ver como se la ninguneaba e ignoraba su voluntad. No pude por menos que pensar que, aun siendo reina, aquella mujer era mucho más desgraciada que cualquier muerto de hambre al que al menos le quedaba la libertad de ir a donde le placiese sin tener que dar explicación alguna.

Una vez que hubo contado su historia, Berenguela volvió a sus aposentos junto a su madre con la promesa de hacerme saber si había algún otro avance en las negociaciones de su matrimonio.

El infante don Sancho volvió algo después y me indicó que deseaba darse un baño. Una vez en la tina, cayó en la cuenta de que por error se había traído unos guantes del duque y me pidió que acudiese a devolvérselos. Me dirigí a sus aposentos esperando encontrar a Philippe, el mayordomo del duque, un muchacho moreno de unos quince años que se ocupaba de todas sus cosas, pero cuando llegué a la puerta de su cuarto no encontré a nadie. Quise llamar para pedir permiso para entrar, pero vi que la puerta estaba entreabierta y oí ruidos viniendo del interior, así que me aventuré a entrar. El aposento del duque era mucho mayor que el del infante y estaba formado por una gran sala con sillones y una mesa colocada junto a la chimenea y separada por dos grandes puertas de madera maciza de otra estancia donde sin duda se encontraba el lecho. Me encaminé hacia aquella

puertade donde parecían venir los ruidos, pero cuando me acerqué me paré en seco, pues el sonido que salía de aquella estancia eran unos gemidos que ya había escuchado antes. Me quedé petrificado frente a la puerta sin atreverme a llamar o a marcharme, y de repente la puerta se abrió, y fue Philippe quien apareció por ella. Al verme, el muchacho enrojeció como una granada madura y no supo bien qué decir.

La voz del duque le preguntó al muchacho algo en su idioma, haciendo que se apartase sin decir una palabra—. ¡Rodrigo, muchacho, no seas tímido, pasa!

Ante mí se mostraba el duque, desnudo como su madre le trajo al mundo, sin pudor alguno, y con su miembro aún medio erecto, sin dejar lugar a dudas del porqué de aquellos gemidos. Su cuerpo musculado se irguió orgulloso por un instante justo antes de que su mano se extendiese para coger la camisa que se encontraba sobre el lecho y cubriese sus vergüenzas.

—Yo…mi señor el infante me ha pedido que os devuelva esto…—balbuceé entregándole los guantes.

—¡Ah, muchas gracias, pensé que los había perdido! —dijo cogiéndolos de mis manos, y el roce de las suyas hizo que por un momento mi piel se erizase, y sin siquiera despedirme salí corriendo de allí como si me persiguiese un perro rabioso.

No recuerdo cómo fui capaz de calmarme o aparentar que lo había conseguido para poder finalizar mis tareas para con el infante, lo que si recuerdo es que aquella noche nuevamente me fue imposible dormir. La imagen del cuerpo desnudo del duque me atormentaba y me excitaba a partes iguales, haciendo que mi propio cuerpo ardiese como por las fiebres. Mis manos se encargaron una vez más de darme la calma que solo podía conseguir de una manera, pero ni siquiera aquello pudo apaciguarme, pues la culpa por aquel pecado me aguijoneó de nuevo. Atormentado salí a hurtadillas de la sala para dirigirme a la capilla y postrado ante la virgen María pedir por mi redención de forma obsesiva hasta que el agotamiento no me permitió continuar y volví a mi lecho. Las pesadillas en las que la voz de la reina doña Sancha me gritaba que mi lugar era el infierno, que mi pecado no podía tener perdón y que merecía arder para siempre en las llamas eternas del inframundo me asaltaron sin cesar. Aquella noche terrible pareció eterna y solo con el canto del gallo mi cuerpo pareció rendirse y querer darme algo de descanso, aunque, pronto las vívidas imágenes del cuerpo desnudo de Ricardo me invadieron de nuevo haciendo que mi miembro una vez más se volviese duro, recordándome que había recibido una condena de la que no podría escapar.

En los días siguientes busqué toda manera posible de evitar al duque, asegurándome de involucrarme en todo tipo de tarea, por desagradable que fuese. Era consciente de que aquello era faltar a mi señor don Sancho, pues muchas de mis funciones para con él se vieron delegadas en los mozos del palacio, pero si él lo notó nada dijo, cosa que agradecí enormemente. Por supuesto yo sabía que aquella treta mía no podía durar, pero entre tarea y tarea pasaba mi tiempo en la capilla rezando como el gran pecador que creía ser y rogándole a la santa virgen que mi reencuentro con el artífice de mi desasosiego se retrasase lo máximo posible. Aquella espiral de culpa y condena empezó a obsesionarme hasta el punto de convencerme que, de alguna manera, aquellos a mi alrededor sabían de lo que guardaba en mi interior y que sus miradas eran acusadoras y cuchicheaban en corrillos mofándose de mi pecado y acusándome de mi maldad. La intensidad de mi tormento interior llegó a ser tan grande que en alguna ocasión pensé en tirarme desde la torre del palacio para así acabar con aquel suplicio librando al mundo de un pecador más. Pero de repente, como si el destino lo hubiese preparado así, algo terrible tuvo lugar que hizo que mi obsesión por aquello que sentía en mi interior perdiese importancia.

Fueron los gritos de doña Ana los que nos despertaron a todos en el castillo haciendo que saltásemos de nuestras camas preguntándonos qué podía causar aquel escándalo. Me dirigí raudo a la puerta de la estancia y, en el exterior, me encontré con soldados del duque que corrían en todas direcciones y con dos de las damas de doña Sancha sosteniendo a una doña Ana deshecha en llanto y angustia. De repente, fue Garcés quien apareció para empujarme de vuelta al interior de la sala, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué ha ocurrido, Garcés? —preguntó el infante que se había levantado de la cama al oír la algarabía.

—Mucho me temo que tengo malas noticias, mi señor. Han encontrado a doña Urraca muerta en los pasillos del palacio.

—¿Cómo? ¿Doña Urraca? Pero, ¿cómo es posible? ¿Están mi madre y mi hermana bien?

—Sí, mi señor, la reina y la infanta no han sufrido daño alguno, el cuerpo fue encontrado por doña Ana en el pasillo fuera de sus estancias. Al parecer doña Urraca había salido a escondidas de los aposentos en la que duermen las dos, pero doña Ana se percató de su falta y salió a buscarla por lo tardío de la hora. Se topó con el cuerpo tirado en el suelo. A primera vista parece como si la hubiesen estrangulado. Ya he pedido que se refuerce la vigilancia de sus

estancias y el duque ha ordenado que sus hombres registren todo el palacio en busca del culpable, aunque mucho dudo que podamos encontrarle.

—¿Por qué crees eso, Garcés? —pregunté.

—Porque el cuerpo estaba frío, muchacho, hacía rato que habían acabado con su vida. Quien quiera que fuese ha tenido el tiempo de escapar del palacio sin ser visto.

—No lo creo, Garcés. Sospecho que quien lo haya hecho aun pueda estar entre nosotros —replicó el infante con cara de profunda preocupación—. A doña Urraca no se le conocían enemigos y su muerte lejos de su casa y en una corte en la que no conocía a nadie no tiene mayor sentido, excepto si el objetivo era otro y ella simplemente tuvo la desgracia de encontrarse en el camino.

—En realidad, cabe la posibilidad de que sí tuviese algún enemigo, mi señor, o al menos alguien que pudiese querer librarse de ella.

—¿Y quién podría ser esa persona y por qué razón?

—La identidad no sabría decírosla aún, pero doña Ana ha comentado entre sollozos que la pena de su muerte era doble, pues doña Urraca llevaba un hijo en su vientre.

—¿Embarazada? ¿Y no sabemos de quién?

—No, mi señor, doña Ana dice que doña Urraca nunca se lo quiso decir pero que estaba muy preocupada porque esto pudiese saberse.

—Esto lo complica todo aún más. ¡Ojalá se trate tan solo de un mal hombre que no ha querido asumir las consecuencias de sus desvíos, pero ante la posibilidad de que sea algo más no debemos bajar la guardia! Hablaré ahora mismo con el duque para determinar lo que debe hacerse, a fin de cuentas, es una cosa terrible que ha ocurrido en su propio hogar. Pero, por lo que a nosotros respecta, la protección de la reina y la infanta es nuestra mayor prioridad, ¿entendido?

—Con todos los respetos, señor, la prioridad es vuestra seguridad, no la de la reina o la infanta. Por supuesto que haré todo lo que esté en mis manos para protegerlas, pero ante todo debo asegurar que vos estéis a salvo, pues sois el futuro de la corona—. Las palabras de Garcés me dejaron atónito no sólo por su significado, sino por la frialdad con la que las había pronunciado. El infante, por su parte, no se inmutó, no solo como si las esperase, sino como si las comprendiese perfectamente. Aquel hombre era ante todo un soldado y un capitán de la guardia real y en momentos de dificultad debía proteger a la corona sin importar qué más se encontrase en juego.

—Lo comprendo Garcés, pero debo hablar con el duque, no puedo permanecer en mis aposentos.

—¡Podéis y debéis hacerlo! Yo hablaré con el señor duque y os informaré puntualmente de lo que haya decidido. Él lo entenderá, pues también es heredero de una corona.

—Muy bien, Garcés, se hará como tú decidas, pero quiero que se me informe puntualmente del estado de mi madre y hermana, ¿me has entendido?

—Así se hará, mi señor. ¡Rodrigo —dijo de repente mirándome muy serio—, tú tampoco abandonarás estas habitaciones! Estarás en todo momento con nuestro señor don Sancho sin dejarle ni un instante, ¿me has comprendido?

—Pero…

—¡Pero, nada! Has recibido una orden y la cumplirás, ¿comprendido? —La mirada y el tono de voz lo dijeron todo.

—¡Entendido! —contesté agachando la cabeza, asumiendo que mis próximos días serían un infierno, y no me equivocaba.

Pasamos los siguientes días encerrados como nos habían ordenado y apenas unas horas después de que el encierro comenzase yo ya no podía con mi condena. Mi señor don Sancho fue capaz de mantenerse ocupado, al menos durante las primeras horas, entre lecturas y contestar la poca correspondencia que le llegaba de Navarra. A media mañana, Garcés volvió para comunicar que el duque había organizado una batida por todo Poitiers en la esperanza de que el asesino aún no hubiese abandonado la ciudad pero que, sin pista alguna de la identidad de dicha persona, era altamente improbable que la búsqueda diera fruto. Por supuesto, aquello significaba que deberíamos seguir encerrados y al anochecer del tercer día mi mente ya no podía más. Había hecho todas las tareas de las que me podía ocupar sin abandonar los aposentos del infante, algunas varias veces, y se me habían agotado las opciones para mantenerme ocupado. Tan pronto como el infante hubo terminado su cena, se acostó, sin duda más por aburrimiento que por cansancio, y en cuanto pude oír sus ronquidos profundos y lentos, decidí que había tenido suficiente y que pasase lo que pasase intentaría ir a ver a Berenguela.

No podía abandonar los aposentos por la puerta principal pues lo soldados de Garcés me verían y tardarían un instante en devolverme a mi prisión. Pero aquellos días encerrado entre esas paredes me habían permitido conocer bien las estancias y poder planificar la huida. La habitación que se encontraba al fondo era la que mi señor don Sancho utilizaba como despacho y en la que convenientemente yo había dejado la ventana entornada, pero sin cerrar de forma que pudiese abrirla sin hacer ruido alguno. Aquella ventana daba a un antepecho lo suficientemente ancho para poder caminar por él la corta distancia que la separaba de la estancia que se encontraba al lado y que utilizaban los mozos del palacio como sala de utillaje para poder atender a los invitados que se alojaban en esa ala. Sabía que a esa

hora estaría vacía y que nunca se cerraba con llave, así que, sin pensarlo dos veces, aquella se convirtió en mi vía de escape. Cuando salí al pasillo del palacio, a oscuras y en un silencio sepulcral, los pelos de la nuca se me erizaron sabiendo que lo que estaba haciendo estaba mal. Pero mi necesidad de salir de mi encierro y de saber de mi amiga me empujaban adelante de forma más poderosa que cualquier terror.

Anduve por los corredores del palacio como un alma en pena, iluminado por las pocas teas y candiles que quedaban encendidos y ocultándome tras las columnas y las esquinas tan pronto como oía un ruido. Para poder llegar a los aposentos de Berenguela debía ir hasta el ala opuesta del castillo, un recorrido en línea recta y no demasiado largo pero que, debido a mis precauciones, se me antojó eterno. Por supuesto, no había pensado cómo iba a esquivar a los guardias que sin duda vigilaban la entrada a sus estancias, pero las ansias de libertad hacen que un pájaro se vuelva descuidado. De todos modos, aquello no tuvo la menor importancia, pues nunca llegué a mi destino.

Debía atravesar un patio central que dividía parte del palacio en dos y que en aquel momento se encontraba iluminado por una luna llena enorme y brillante. Cuando me disponía a entrar en el patio oí voces que venían de la esquina opuesta, tras las grandes columnas que rodeaban el espacio. Me escondí entre unos rosales que adornaban el lateral en el que me encontraba y desde allí pude escuchar una conversación que cambiaría mi vida.

—¡Os habéis excedido, Román! ¡Esto no estaba en el plan y pone en riesgo nuestro objetivo! —decía claramente enojada una voz que reconocí inmediatamente como la de la reina de Castilla, doña Leonor.

—¡No he tenido otro remedio, mi señora! ¡La muy puta me amenazó con contar que la había preñado y mi presencia habría sido descubierta! —respondió una voz de hombre que, aunque me resultaba familiar, no supe identificar.

—¡Nada de esto hubiese pasado si no os hubieseis enredado con ella! ¡Debíais sacarle información, no meteros en su cama!

—Lamentablemente esta era la única forma de conseguirlo, mi señora. De otra manera, no nos habríamos enterado de los planes de viaje de los navarros, ni habríamos podido confirmar si el muchacho venía con ellos o no hasta que hubiese sido demasiado tarde. Llevaba meses tras esa arpía, todo por el éxito de nuestra misión.

—No pretendáis que os tenga piedad, Román. Los dos sabemos que podríais haber conseguido la información que necesitábamos con cortejo, sin necesidad de beneficiaros de la pobre muchacha. Pero claro, no podías resistiros al beneficio añadido.

—¿Qué puedo deciros mi señora? Es difícil decir que no a un dulce.

—¡Oh, por Dios, ahorradme vuestras patrañas! Lo que me interesa

es saber cómo está nuestro asunto. ¿Habéis identificado ya el momento adecuado para librarnos del muchacho? Se nos acaba el tiempo…

—¡Me temo que aún no, pero no dudéis que lo haré! El bastardo no deja la sombra del viejo, eso cuando no está con el infante o con el mismo duque, así que no es sencillo, pero mi difunta amante me comentó algo que puede ser útil.

—¿Y qué será eso?

—Al parecer el mojigato sufre de ataques de penitencia, y le da por ir a la capilla a rezar como si fuese un pecador a punto de pasar las puertas del cielo, y por alguna razón suele hacerlo de noche, cuando el infante duerme. Sólo tengo que esperar a que esto ocurra y allí mismo en la capilla le haré el favor de mandarle con Dios.

Aquellas palabras hicieron que me quedase sin aire en los pulmones pues acababa de reconocer que hablaban de mí. El bastardo al que querían eliminar no era otro que yo mismo. Pero ¿por qué? ¿Qué interés podía tener la reina de Castilla en mi muerte? Mis piernas temblaban con violencia ante lo que acababa de escuchar y hube de agarrarme a la pared que tenía tras de mí para no caer y revelar mi presencia.

—Es imprescindible que sea pronto, no lo retraséis más, Román, es Castilla la que está en juego. No podemos permitirnos fallarle a mi esposo.

—No temáis, no lo haré.

—Permitidme que juzgue eso cuando lo vea. Os recuerdo que ya me habéis fallado en una ocasión, Román, y no toleraré más faltas —contestó la reina y sin darle derecho a réplica sus pasos sonaron alejándose por el patio hasta que su figura apareció frente a mí, iluminada por la luna, alejándose con una decisión que solo había visto en otra persona, su madre, la duquesa Leonor.

No me atreví a salir inmediatamente y quizá eso fue lo que me salvó, porque acto seguido fue el hombre el que hizo el mismo camino. Solo que esta vez, como un lobo que ha olido una presa, se paró en seco en medio del corredor iluminado con aquella luz blanquecina y se giró mirando a su alrededor por todo el patio. No pudo verme, más yo a él sí, claro y nítido como me veía a mí mismo. Un hombre alto, fuerte, algo más joven que Garcés, de pelo moreno y con una cicatriz que le cubría el ojo derecho, mientras que el otro inspeccionaba el patio entero con avidez. Aquella figura la conocía bien. Ese hombre, que ahora sabía que respondía por Román, era el mismo hombre que nos había atacado a Berenguela y a mí en Pamplona.

Me encerré en la capilla del palacio con la puerta bloqueada por uno de los pequeños bancos que había en su interior. Sabía que no podía pasar allí toda la noche, y que no podía guardar para mí lo que había descubierto, pero mis piernas y mis manos temblaban y me parecía que en cada esquina aquel tuerto aparecería para completar la misión que le había sido encomendada. Mi corazón latía desbocado y el sudor empapaba mi cuerpo.

Había recibido la confirmación de aquello que Berenguela y yo ya habíamos supuesto, aquel hombre nos había atacado en Pamplona con la intención de matarme, no de matar a la infanta. Y no iba a parar hasta completar su misión. Pero lo que más nervioso me ponía era la importancia que mi muerte parecía tener. Nada menos que los reyes de Castilla querían mi fin. El por qué, no lo sabía, pero era evidente que debía estar unido a quién era yo, o, mejor dicho, a quién pudiese ser mi padre. Pero, aunque mi progenitor hubiese sido persona de relevancia, ¿qué importancia tenía el hijo de una manceba que para colmo nada sabía de su origen para tan gran corona como la de Castilla?

Aquel estado de agitación y ansiedad acabó por hacer que me postrase frente a la figura de la virgen que presidía la capilla. Era pequeña, una talla en madera oscura de apenas medio brazo de longitud que representaba a nuestra señora cubierta por un manto pintado de color azul con una rosa entre sus manos. Pero lo maravilloso de aquella imagen era su rostro. Nunca había visto una representación de la madre de Dios con una cara que mostrase mayor dulzura y serenidad. Ni siquiera aquella imagen de Tudela podía compararse. Sus ojos miraban a quién ante ella se postraba como si fuesen reales, iluminando su sonrisa que parecía decir que no había pecado imperdonable, que en aquel lugar todos eran bienvenidos. Y, como por milagro, aquel rostro logró calmarme, y sin apenas darme cuenta acabé dormido a sus pies.

El ruido de alguien empujando la puerta de la capilla haciendo que el banco que la bloqueaba rechinase contra el suelo me despertó, pero no fui capaz de reaccionar, mi mente aún seguía sumida en el sueño calmado y dulce de la noche anterior. Podía oír voces, pero no llegaba a entenderlas hasta que una de ellas se elevó por encima de las demás con nitidez y me hizo volver al mundo de los vivos.

—¡Aquí Garcés, está aquí, lo he encontrado! —resonó la voz de Berenguela seguida del ruido de alguien que empujaba la puerta de la capilla hasta abrirla.

—¡Muchacho del demonio! ¿Desde cuándo llevas aquí? ¿Te encuentras bien? —dijo mientras sus manos me ayudaban a incorporarme.

—¡No…no lo sé, vine anoche y debí quedarme dormido!

—¿Y el banco tras la puerta? ¿Qué temías, Rodrigo, que te encerraste? —preguntó el gigantón desconfiado.

—Yo…—balbuceé.

—¡Si ya no hay nada que temer, ya han encontrado al asesino! —me soltó Berenguela con un deje claro de emoción en la voz.

—¿Lo…lo han atrapado?

—Sí, resultó que era un criado de las cocinas, le han llevado a las mazmorras esta mañana. Debió de intentar abusar de la pobre de doña Urraca y ella se resistió, así que la mató.

—Pero… ¡Eso es imposible! —contesté casi a voz en grito.

—¡Pero si ha confesado, Rodrigo, lo ha contado todo!

—¡Te repito que no es verdad!

—¡Cálmate muchacho! —intervino Garcés, —¿qué es lo que sabes? ¿Por qué estás tan seguro de que ese hombre no es culpable?

Allí, en aquella capilla, tuve que contarle lo que sabía a Garcés, pues no podía permitir que un hombre inocente pagase por algo que no había cometido. O al menos casi todo. Evidentemente no podía contarle a ese gigante de mis sospechas con respecto a mi identidad, puesto que, si mis suposiciones eran ciertas, él era uno de los que sabían algo de quién era yo en realidad. Tampoco podía contarle del involucramiento de la corona de Castilla, pues no tenía prueba alguna más allá de lo que había escuchado y acusar a reyes de intento de asesinato era cosa de gran seriedad. Pero sí pude explicarle que había visto al tuerto que nos había atacado en Pamplona, que le había escuchado hablar de que era a mí a quien deseaba eliminar y no a Berenguela, y de sus amoríos con doña Urraca para poder llegar hasta nosotros que habían acabado con la vida de aquella infeliz y su hijo nonato.

La cara de Garcés se endureció ligeramente con el relato de mi historia, pero permaneció impasible. Por un instante me miró profundamente como si supiese que no le contaba toda la verdad, aunque, si así fue, nada dijo al respecto. Berenguela, en cambio, supo reconocer que en mi historia faltaban cosas que yo callaba, pero actuó de forma inteligente guardando sus preguntas para un momento en que estuviésemos solos.

—¡Escúchame bien, Rodrigo! —dijo Garcés muy serio—. Aunque ahora no lo entiendas, tu vida está en serio peligro.

—¿Por qué? —le interrumpí esperando que por fin me aclararía lo que supiera sobre mi origen.

—¡Eso no importa ahora, solo importa que entiendas lo seria que es

esta situación y que no corras ningún tipo de riesgo! Yo me encargaré de que se ponga patas arriba este palacio hasta que demos con ese hijo de puta, pero, hasta entonces, debes tomar todas las precauciones posibles. ¡Toma! —Y extendiendo la mano me entregó una daga larga que llevaba la cinto —. Quiero que lleves esto en todo momento, ya tienes edad y confío en que sabrás utilizarla si se diese la situación en que debas defenderte.

—Pero el infante…

—Yo hablaré con el infante y le explicaré la situación, él sabrá entenderlo. Mientras tanto, es necesario que sigas con tus labores habituales, pues sin duda ese hombre te tiene vigilado y no queremos que sospeche que estamos tras su pista, ¿comprendes?

—Sí, lo comprendo… pero…

—Es una orden, ¿está claro, Rodrigo? —sentenció.

—Sí, haré lo que dices —repliqué con un susurro de voz.

—Perfecto, en ese caso, vuelve a tus quehaceres, yo acompañaré a la infanta a sus aposentos con la reina doña Sancha. Y no temas, que ellas tienen su propia guardia tanto de nuestra gente como de la del duque y nada ha de pasarles —respondió leyendo mis pensamientos, y sin dejarme siquiera que me despidiese de Berenguela la agarró con suavidad del brazo y la sacó de la capilla.

No me cupo duda alguna de que Garcés había hablado con el infante como me había dicho que haría puesto que los dos siguientes días a duras penas pude salir de nuestros aposentos. Todas las tareas que el infante me encargaba me obligaban a permanecer allí. Ordené correspondencia que no podía entender, adecenté ropajes que no necesitaban adecentarse, limpié botas que no estaban sucias y preparé la sala para comidas a las que el infante nunca atendió. Por si aquello hubiese sido poco, Jerome, el mozo que el duque nos había asignado como ayuda de cámara, no se retiró de la puerta de la habitación ni un instante si no era para ser sustituido por uno de los hombres de Garcés. Tal parecía que yo era el prisionero y no el asesino de doña Urraca. El infante tan sólo acudía a los aposentos para dormir y lo hacía con semblante serio, aunque intentaba sonreírme, sin duda sabedor de la tortura a la que me estaba sometiendo. En alguna ocasión le pregunté si habían dado ya con el tuerto, pero en todos los casos la respuesta fue negativa. Una de las noches me atreví a preguntarle por el mozo de cocinas al que injustamente habían apresado. Quería saber si ya había sido liberado y restituido en su puesto, pero la cara del infante me hizo esperar lo peor.

—Verás, Rodrigo. Me temo que la justicia de los reyes fue más rápida que nosotros.

—¿Cómo?
—Para cuando Garcés te encontró en la capilla, aquel hombre ya había sido ejecutado.
—Pero…, ¿sin juicio?
—En realidad no era necesario juicio alguno, Rodrigo, ese joven había confesado su crimen y nada de lo acontecido contradecía su versión.
—No tiene sentido, mi señor, ¿por qué iba un hombre a confesar un crimen que no ha cometido y que le condenará a una muerte segura? Nadie haría algo así salvo…
Los ojos del infante me miraron con pena confirmando que la idea que se había quedado al borde de mis labios sin ser pronunciada era correcta.
—La confesión fue bajo tortura, ¿verdad?
El infante se acercó a mí y puso su mano sobre mi hombro en un intento de amparo que no surtió efecto alguno.
—Rodrigo, el arte del gobierno es complicado y enrevesado, y es normal que no puedas comprenderlo.
—Lo siento mi señor, quizá tengáis razón y esto escape a mi entendimiento, pero para mí, matar a un hombre a sangre fría a sabiendas de que su confesión había sido obtenida bajo tortura, nada tiene que ver con el gobierno de un pueblo o un reino, sino con la crueldad y la falta de compasión.
Sus ojos se reflejaron nuevamente en los míos con una tristeza infinita.
—Lamentablemente, ambas cosas van de la mano junto con una tercera Rodrigo, la supervivencia.
Noté como una rabia intensa en forma de calor ardiente crecía en mis tripas y ascendía hasta mis pulmones haciendo que desease gritar. Solo el rostro del infante, de aquel hombre al que yo sabía fundamentalmente bueno, aunque estuviese tan equivocado a mis ojos, pudo hacerme contener mis ganas de chillarle que todas esas teorías sobre el gobierno no eran más que patrañas. Pero, aun así, aunque con voz calmada y seria, una última pregunta salió de mi boca mientras mis manos se crispaban de forma evidente, dejando al infante desarmado y haciendo que nuestra conversación terminase en ese instante.
—¿La supervivencia de quién, mi señor?

La mañana del tercer día de encierro, me alertaron el ruido de voces y carreras en el pasillo y me decidí a entreabrir la puerta para ver qué era la que ocurría. Los hombres de Garcés iban de un lado a otro del pasillo y era evidente que algo acontecía, pero no podía parar a

ninguno de ellos para preguntarle. No podía ver bien porque la espalda del rubiaco de Jerome me lo impedía. Como si hubiese leído mis pensamientos, el muchacho se giró con una media sonrisa y me soltó una retahíla en su idioma que me dejó como estaba pues ni una palabra pude entender.

—¿Qué ha pasado? —le solté en mi lengua de malas maneras a sabiendas de que no podría entenderme.

Su respuesta fue igual de incomprensible para mí que la primera, así que opté por las señas.

—¡Que qué ha pasado, Jerome! —repetí señalando al pasillo.

Como si por fin se hubiese percatado de nuestras limitaciones comunicativas, el muchacho me soltó algo que pudiese entender, aunque fuese con su extraño acento.

—¡Berenguela!

No necesité de nada más. Inmediatamente le agarré por la pechera de su casaca y lo metí dentro de la habitación.

—¡Vamos a ver, Jerome, ahora mismo me vas a explicar de una manera que entienda qué le ocurre a la infanta Berenguela o te desuello!

Creo que el muchacho, aun sin comprenderme, pudo entender que mi enfado era un riesgo que no le interesaba correr y volvió a soltarme una letanía de las suyas que, como las anteriores, no sirvieron más que para que mi enfado aumentase.

—¡Que te he dicho que no entiendo nada de lo que hablas! ¡Habla en cristiano, demonios! —le contesté voz en grito de pura impotencia.

De repente, Jerome se dirigió a la ventana desde la que se veían los tejados de Poitiers y apuntando hacia afuera con su brazo de forma exasperada, me repitió una vez más lo mismo.

—¡Berenguela!

—¡Y dale con Berenguela! Pero, ¿qué le pasa a Berenguela? —repetí antes de caer en lo que con auténtica desesperación me señalaba una y otra vez—. Un momento, ¿quieres decir que Berenguela está ahí fuera? ¿En la ciudad?

—¡Sí, sí, ciudad! —dijo por fin en algo parecido a mi lengua.

—¿Berenguela ha salido a la ciudad?

—Sí, sí, Berenguela, ciudad, hoy.

—¿La infanta ha ido a la ciudad hoy? ¿Sola?

—¡Sí, Berenguela sola! ¡Ciudad!

La imagen que comenzó a formarse en mi mente hacía que mi corazón latiese con demasiada rapidez y que mi cabeza empezase a dar vueltas. De sobra sabía yo de la manía de Berenguela de andar sola y a escondidas por palacios conocidos o no. Por no hablar de la aventura a la que me había visto arrastrado en Valtierra. Todas aquellas andanzas conllevaban un riesgo considerable, pero atreverse

a salir a una ciudad inmensa y desconocida como Poitiers, completamente sola. Aquello era demasiado.

—Escúchame Jerome, ¿sabes por qué puerta ha salido Berenguela?

El muchacho me miró sonriendo como si fuese idiota demostrado que no había entendido nada.

—¡Puerta, carajo, que si sabes la puerta por la que salió a la ciudad! —le repetí esta vez señalando la puerta y la ciudad como si tuviese un ataque.

—¡Ah, sí, puerta! ¡Sí, Jerome sabe, ven! —Y tendiéndome la mano me vi arrastrado tras de él, confiando en que verdaderamente me hubiese entendido.

—¡Un momento! —Me solté de su mano y me acerqué a mi baúl para remover entre mis cosas hasta que encontré la daga que me había entregado Garcés. —¡Ahora ya podemos irnos!

Jerome me llevó por pasillos del palacio que yo desconocía totalmente y donde no encontramos a hombres de Garcés para mi alivio. Pasamos las cocinas del palacio y aunque las muchachas que allí trabajaban nos miraron con extrañeza, ninguna hizo comentario alguno. Al girar uno de los pasillos que salían de allí, una portezuela de madera se abría a un pequeño patio enlosado con una puerta doble de madera al otro extremo que estaba iluminado por el sol de la mañana.

—¡Berenguela! —dijo Jerome, señalando la puerta.

—¿Berenguela salió por aquí? ¿Eso quieres decir?

El muchacho asintió.

—¡Vale, pues voy a buscarla porque como la encuentren Garcés o el infante antes que yo, su madre la va a meter en un convento de clausura!

La cara de Jerome, que no borraba la sonrisa de ninguna manera, no parecía indicar que hubiese entendido una palabra, pero tampoco parecía importarle. Y a mí me importaba menos.

—¡Da igual! ¡Gracias de todas maneras, Jerome! —Y esta vez sí, el muchacho me contestó con un asentimiento de cabeza que me hizo pensar que había entendido lo que le había dicho.

Crucé el patio como el ratón que ha robado el queso, agachado y veloz, y ningún ruido de alerta me hizo pensar que alguien me hubiese visto. La puerta del otro lado del patio estaba abierta, pues era hora de recibir mercancías para las cocinas del palacio, y al otro lado de estas me encontré con varios carros alineados y gentes que los descargaban e introducían las existencias en el palacio ducal. Ninguno de ellos prestó atención alguna a un mozo cualquiera que salía por una puerta de servicio, posiblemente a hacer encargos.

La callejuela donde se encontraba aquella puerta era empinada y los adoquines resbalaban por la humedad del rocío de la mañana. En la parte superior se unía con una calle más ancha, lo suficiente para permitir el paso de dos carros, aunque con dificultades, y por la que discurría gente en ambas direcciones. A aquella hora de la mañana el bullicio ya era considerable, había mujeres que iban y venían cargadas con cestos, hombres que discutían a voz en grito quien sabe por qué, un tendero que perseguía a capones a un mozo por algo que parecía tener que ver con cómo había dispuesto la mercancía en la parte exterior de su tienda. Para ninguno de ellos yo tenía la menor relevancia y ni siquiera se dignaban a mirarme, lo cual me tranquilizó.

En aquel pequeño caos que era la calle me di cuenta de que no tenía la más remota idea de en qué dirección encaminarme. Así que no me quedaba más alternativa que vagar sin rumbo en la esperanza de encontrar a la infanta antes de que, Dios no lo quisiese, le ocurriese algo.

No sabría decir cuánto tiempo estuve caminando por las calles de Poitiers, pero a mí me pareció mucho. Estaba acostumbrado a ciudades mucho menos pobladas y constantemente me chocaba con gente a los que pedía disculpas en mi idioma, aunque no sirviese de nada.

Al cabo de un buen rato mis pies empezaban a dolerme y comenzaba a tener la sensación de que pasaba de nuevo por calles que ya había recorrido. ¡Valiente protector estaba hecho! La realidad es que estaba totalmente perdido, no sabía qué había movido a Berenguela a salir del palacio y, por lo tanto, no tenía idea de a dónde podía haberse dirigido. En aquella situación podría estar dando vueltas por la ciudad durante días sin ser capaz de encontrarla. Quizá incluso ya había vuelto al palacio por sí misma o los hombres de Garcés o los del duque la había encontrado y yo estaba perdiendo mi tiempo.

De repente creí oír una voz lejana, hablando en aquella lengua extraña del lugar, que se parecía enormemente a la de Berenguela. El sonido procedía de una callejuela estrecha a mi derecha, que descendía con escalones hasta perderse en la oscuridad lejos de la calle principal. Sin pensarlo un instante me encaminé por aquel callejón. Era estrecho y húmedo, y los tejados de las casas de un lado chocaban con los del lado contrario, formando una especie de techo que hacía que la luz del sol no pudiese llegar hasta ella. Finalmente pude encontrar el origen del sonido y para mi alivio se trataba de Berenguela. Aunque no estaba sola.

La infanta se encontraba rodeada de cuatro muchachos, mayores que nosotros, de unos trece o catorce años, vestidos con harapos y sucios como puercos, con pinta de auténticos animales. Berenguela se

encontraba en el centro, rodeada de aquellos bestias, hablándoles en su propia lengua con modales altaneros propios de infanta.

—¡Berenguela! —la llamé por su nombre con toda intención de que todos notasen mi presencia. —¿Ocurre algo?

—¡Rodrigo! —contestó girándose para mirarme con cara de evidente alivio, aunque sus ojos intentaban decirme que algo estaba realmente mal.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡Vaya, así que la moza tiene un amiguito! Y por lo que escucho sois de esos salvajes navarros —contestó el mayor de aquellos muchachos, un bruto que me sacaba una cabeza y al que le faltaban un par de dientes por lo que cuando sonreía sólo se le veían dos agujeros negros y podridos.

—¿Hablas nuestra lengua? —le preguntó Berenguela dándome tiempo a que me acercase hasta ellos, lo que hizo que los amigos del que nos hablaba se dispusiesen a mi alrededor cerrándome en el mismo círculo que a Berenguela.

—Claro que hablo vuestra lengua, mi padre era cantero y he viajado con él hasta vuestras tierras.

—Muy bien, en ese caso te repito que soy la infanta Berenguela de Navarra y que os ordeno que os apartéis ahora mismo y me dejéis seguir mi camino.

—Sí, sí, eso ya te lo he entendido la primera vez —rio aquella bestia y sus amigos le hicieron el coro—. Pero, yo ya te he dicho que no te creo nada y que estoy seguro de que no eres más que una sirvienta escapada del palacio porque una infantita no se atrevería a poner un pie fuera de palacio sola ni para cagar.

Nuevamente su risa se vio acompañada por el eco de las de sus compañeros, aunque a aquellas alturas yo no sabía si también entendían nuestra lengua o simplemente reían cada vez que su jefe lo hacía.

—¡Te está diciendo la verdad, y más vale que nos dejéis marchar o en breve tendréis aquí a toda la guardia del duque! —dije intentando ayudar, aunque solo conseguí más risas.

—¿La guardia del duque aquí? —dijo divertido—, eso sí que me gustaría verlo. El duque y sus hombres nunca vienen a estos barrios porque saben lo que les conviene. Aquí no hay más señores que nosotros y por pasar por nuestras calles hay un precio que pagar, así que te recomiendo que te apartes y dejes que tu amiguita pague como debe o tendremos que encargarnos de ti también.

Era evidente a qué se refería con que Berenguela debía pagar y mi corazón se aceleró pensando en lo que podría pasar a continuación.

—¡Te repito que soy una infanta y, por lo tanto, me debes respeto, mala bestia!

—Ya veis chicos —se dirigió aquella bestia a sus acompañantes—, tal parece que hoy probaremos coño de infanta.

Sus manos agarraron a Berenguela por el brazo para traerla hacia él y los siguientes acontecimientos fueron tan rápidos que ni siquiera me di cuenta de cómo ocurrieron. Mi mano alcanzó la daga de Garcés que colgaba de mi cinto y hasta entonces había estado cubierta por mi camisola, y con un sólo paso al frente se la clavé a aquella bestia bajo la garganta, incrustándosela en el cráneo. Los ojos del muchacho se abrieron completamente por la sorpresa de aquel golpe que acababa con su vida. De un tirón saqué la daga ensangrentada y su cuerpo cayó al suelo con un golpe seco. Inmediatamente me giré para encarar a sus compañeros, esperando que se abalanzasen sobre mí y me viese obligado a defenderme, pero nada de aquello ocurrió. Como una manada de lobos a la que les falta el líder, sus caras horrorizadas mostraron el terror de quien no ha visto nunca a la muerte de cerca y huyeron calleja abajo tropezando unos con otros en su huida y gritando algo incomprensible en su lengua.

Yo los vi huir, pero no creo que me diese cuenta en ese momento de lo que ocurría. Mi cuerpo aún estaba preparado para volver a matar si fuese necesario y seguía allí parado, con la daga en alto y el cadáver del muchacho al que acababa de matar a mis pies mientras la sangre del cuchillo chorreaba sobre mi mano y mis ropas.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo, escúchame! —Era la voz de Berenguela que intentaba hacerme reaccionar mientras sus manos bajaban lentamente la mía que sostenía la daga. —¡Rodrigo, guarda eso y vámonos! Tenemos que irnos, ¿me oyes?

Sin un ápice de dulzura me hizo guardar la daga y tiró de mí cuesta arriba hacia la calle principal. Tardé en darme cuenta de lo que estaba pasando. Era como si el frío de aquel callejón se hubiese metido en mis huesos y me impidiese reaccionar a lo que pasaba a nuestro alrededor. Anduvimos sin rumbo fijo durante un buen rato, Berenguela me abrazaba y no me dejaba parar conminándome a seguir caminando. Por fin sentí algo de calor y mi cuerpo y mi mente empezaron a reaccionar como si la sangre circulase de nuevo por mi interior. Miré a mi alrededor y vi que nos habíamos sentado en una plaza pequeña, donde calentaba el sol, junto a una fuente redonda de piedra.

—¡Dame la mano, yo te la limpiaré! —dijo Berenguela mientras mojaba su pañuelo en la fuente.

—Yo…he…Berenguela, he m….

—Me has salvado la vida, Rodrigo, y no hay nada más que decir. Te has portado como el hombre más valiente y como mi auténtico protector y nunca podré estarte más agradecida —dijo al tiempo que replantaba un beso en la mejilla.

—¡He matado a un hombre, Berenguela! —contesté horrorizado.

—Sí, y es posible que no sea el último, Rodrigo, especialmente si decides ser soldado. Lo que debes preguntarte es si ese muchacho se lo merecía y lo que habría ocurrido de no haberlo hecho.

Las imágenes de lo que le habrían hecho a Berenguela de no haber matado a aquella bestia hicieron que mi piel se erizase de nuevo. No cabía duda de que era necesario huir de allí, lo que no era capaz de responderme era si arrancarle la vida a ese muchacho era verdaderamente nuestra única opción.

—Sé que ahora mismo te resulta difícil de aceptar, es el primer hombre al que matas, pero mi padre siempre ha dicho que para un hombre solo existen dos caminos en esta vida, matar o morir. Y hoy Rodrigo, te has hecho un hombre. Y uno del que estoy muy orgullosa.

Las palabras de Berenguela eran sinceras como lo era su orgullo, pero, por desgracia, yo no sentía orgullo alguno por haber arrancado la vida de otra persona y no podía dejar de preguntarme el precio que mi alma debería pagar por ello.

Cuando Berenguela consideró que estaba lo suficientemente limpio proseguimos nuestro camino de vuelta al palacio.

—Rodrigo, lo siento mucho —dijo inesperadamente.

—¿El qué sientes?

—Haberte metido en este lío. Si no hubiese salido del palacio, nada de todo esto hubiese pasado.

—¿En qué estabas pensando?

—¿Tú en qué crees? En ver la ciudad, el mundo. ¿Sabes lo aburrida que es mi vida constantemente encerrada entre cuatro paredes, entre rezos y bordados?

—¿Y no se te ocurrió otro entretenimiento que poner tu vida en peligro?

—No pensé que corriese ningún peligro, solo salí a dar un paseo, vestida como una sirvienta. Nadie se dio cuenta de quién era ni me molestaron en absoluto. Pero cuando intenté volver al palacio me perdí y acabé en ese callejón.

—¡Berenguela, lo que podía haber pasado en ese callejón es muy serio, podías haber muerto! No puedes seguir haciendo estas cosas.

—Podría haber sido mucho peor que morir.

—¿Qué puede haber peor que morir?

—Podrían haberme violado.

—¿Eso es peor que morir?

—¡Por supuesto que sí! Si me hubiesen violado habría seguido viva, pero no habría tenido vida alguna con la que seguir. Una vez mancillada nadie casaría conmigo, la muerte en vida.

—¿En serio me lo dices? —contesté incapaz de creer lo que oía.

—Tú no lo entiendes porque no eres hijo de reyes, pero siendo infanta pierdo todo mi valor si no soy un buen partido para un matrimonio conveniente, y quedaría recluida entre monjas. Ahora tengo poca libertad, pero si mi destino acaba siendo ese no tendré ninguna.

—Tienes razón, deben ser cosas de infantas que yo no entiendo —repliqué dolido por su altanería—, pero si es cómo dices debiste haber pensado mejor tus actos y no haber actuado como una niña caprichosa e insufrible.

Berenguela no me miró ni dejó de andar en dirección al palacio, pero noté como sus hombros se tensaban, lo que me indicó claramente que mis palabras le habían dolido. A pesar de todo, no me arrepentí ni intenté suavizarlas. Ya era hora de que Berenguela aceptase la seriedad de las consecuencias de sus actos y si alguien tenía que decírselo, mejor que fuese alguien que verdaderamente la quisiese como yo.

Llegamos a la esquina de la calleja de la entrada de mercancías por la que habíamos salido del palacio e hice el amago de encaminarme hacia ella.

—¡No, vayamos por la puerta principal! —dijo Berenguela deteniéndome, sujetando mi brazo.

—Pero, si vamos por allí te verán entrar sin duda, por aquí quizá podamos escaquearnos.

—¡No, quiero que me vean volver!

—¡Te castigarán, Berenguela! ¡Y tu madre no será benevolente!

—Lo sé.

— Entonces, ¿por qué lo haces? ¿Qué quieres demostrar?

— ¡No importa Rodrigo, son cosas de infantas!

Me gustaría decir que aquella desventura a la que me había visto arrastrado por la inconsciencia de Berenguela quedó saldada con su retorno sana y salva, pero no fue así en absoluto. En cuanto nos vieron llegar a las puertas del palacio ducal, los soldados del duque avisaron a Garcés y al infante, quien a su vez se lo notificó a la reina doña Sancha, al duque Ricardo y por extensión a sus majestades Enrique y Leonor. En cuanto vi el rostro de Garcés y del infante que nos recibieron en la entrada del palacio supe que no libraríamos de un castigo, muy merecido en el caso de Berenguela, aunque quizá no tanto en el mío.

El infante don Sancho fue el más duro de todos con Berenguela, calificándola de niña caprichosa, inconsciente e infantil delante de todos nosotros y recriminándole que le hubiese avergonzado con su

comportamiento en la casa de su mejor amigo. Conociendo a Berenguela temí que esta le contestase con alguno de sus desmanes, pero lejos de ello, la infanta soportó la reprimenda estoicamente, sabedora de merecerla, pero sin agachar la cabeza ni un ápice, con un orgullo muy propio de ella.

Tras ella me tocó a mí y Garcés empezó a relatarme lo irresponsable que había sido al ausentarme del palacio sin avisar a nadie y al no haber dicho a nadie que sabía que la infanta se encontraba en la ciudad. Pero en el momento en que me preparaba para que se me comunicara mi castigo, fue Berenguela quien salió en mi defensa.

—Garcés, os ruego que os detengáis, pues estáis cometiendo una injusticia tremenda —le interrumpió—. Rodrigo puede haber cometido un error al no deciros dónde iba ni por qué, pero lo ha hecho comportándose como se espera de él, o cómo al menos yo hubiese esperado, como mi protector. Y en verdad podéis estar vos y mi hermano seguro que de no ser por él no estaría yo aquí después de mi inconsciencia. Rodrigo no ha dudado en arriesgar su vida por la mía hasta el punto de enfrentarse a unos desalmados que querían vejarme e incluso matar al cabecilla por bien de mi seguridad.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con vejarte? ¿Estás bien? —preguntó preocupado el infante, agachándose frente a ella y agarrándola con evidente preocupación.

—Te repito que estoy perfectamente bien, Sancho, pero eso es sólo gracias a la valentía y el arrojo de Rodrigo.

—En ese caso, deberemos honrarle como el héroe que es —resonó la voz del duque Ricardo en el espacio casi vacío de la entrada del palacio mientras se acercaba a nosotros con su imponente porte—. Me alegro de que os encontréis bien mi señora Berenguela y de que Rodrigo tuviese el acierto de no perder un segundo avisándonos antes de salir en vuestra búsqueda. Cualquier instante de retraso podría haber hecho que os encontrásemos demasiado tarde. No puedo esperar a que me cuentes todos los detalles, muchacho.

El rostro del duque me sonreía abiertamente, pero tras él podía ver el de Garcés que estaba de todo menos feliz con lo que escuchaba.

—En verdad debemos estarle agradecidos a Rodrigo por haber salvado la vida de mi hermana, pero no podemos cerrar los ojos a la tremenda inconsciencia que ha sido el origen de todo esto ni olvidar que todo podría haber resultado terriblemente mal. ¡Berenguela, será mejor que te retires a tus aposentos con madre, te está esperando y sin duda alguna querrá hablar contigo! —terminó el infante y donde dijo hablar yo entendí castigar—. En cuanto a ti, Rodrigo, vuelve a mis aposentos y espérame allí, por favor.

Por un instante pensé que la voz del duque resonaría de nuevo acudiendo en mi ayuda, pero esta vez no dijo nada y acató lo que su

amigo disponía con respecto al destino de alguien que, a fin de cuentas, pertenecía a su servicio y no al de él. Así que sin decir una palabra más, me dispuse a dirigirme a nuestras habitaciones.

—Un momento, Rodrigo —dijo Garcés deteniéndome.

— ¿Sí?

—Devuélveme la daga que te di, por favor —me pidió con una seriedad fría como la nieve de las montañas.

Con pesadumbre me saqué del cinto la daga que aún estaba manchada con la sangre de ese pobre desgraciado al que había mandado al infierno y se la entregué para acto seguido emprender mi camino de vuelta a mi prisión particular.

Tuve que esperar en las habitaciones un buen rato antes de que el infante don Sancho y Garcés viniesen a verme. Cuando entraron se sentaron frente a mí y me pidieron que les relatase con detalle todo lo que había ocurrido. De forma intencionada yo omití el nombre de Jerome cuando les expliqué como supe que Berenguela había ido a la ciudad, pues no quería meter al muchacho en un problema por algo que él había hecho tan sólo con afán de ayudarme y bastante obligado por mí. No me cabía duda de que el infante y el gigantón, que no eran lentos de entendimiento, sabrían deducir quién podía haberme ayudado, pero no dijeron nada al respecto. Les hablé de mi búsqueda pero, llegado el momento de relatar la muerte del cabecilla, me limité a decirles que había usado la daga para defender a la infanta sin entrar en más detalles. De todas maneras, aunque quisiese no podía recordarlos excepto por el calor de la sangre del muchacho resbalando de la daga a mi mano.

—¿Puedo preguntarte cómo te sentiste al matar a ese muchacho, Rodrigo? —preguntó de repente el infante mirándome sin emoción.

Por un instante dudé. De alguna forma me había refugiado en mi falta de memoria de los detalles para no pensar en cómo me sentía, y, ahora que se me solicitaba que lo explicase, empecé a sentir como las náuseas subían de la boca de mi estómago hasta mi boca.

—Yo… —balbuceé—, yo no quería acabar con su vida, pero tenía que hacerlo para poder proteger a Berenguela.

—Pero no es eso lo que te he preguntado, Rodrigo, sino cómo te sientes al haber quitado la vida de un hombre —insistió el infante ignorando que me había referido a la infanta por su nombre y no por su título.

—El dolor que siento es indescriptible y no creo que pueda existir nada peor que la sensación de haberle arrebatado la vida a otro ser humano.

—¿Pero? —preguntó Garcés averiguando que ese no era el final de

mi respuesta.

—Pero lo volvería a hacer sin dudar si con ello puedo proteger a aquellos que me son queridos.

No sé si aquella respuesta, salida directamente de mis tripas y que era una verdad de la que ni yo había sido consciente hasta ese momento, satisfizo o no a mis inquisidores, pero ambos se miraron entre ellos y no hubo más preguntas. Ante su silencio, fui yo quien me animé a tratar de averiguar qué había sido de Berenguela.

—¿Puedo preguntar qué le pasará a la infanta?

El infante sonrió ante mi pregunta y volver a ver su rostro afable me tranquilizó.

—Veo que tu rol de protector persiste aún en ausencia de peligros —respondió conteniendo la risa—. Verás Rodrigo, Berenguela ha cometido una falta muy grave. Si algo le hubiese pasado no sólo habría sido una desgracia para la casa real de Navarra, sino que hubiese puesto nuestras relaciones con Aquitania y Gascuña en una posición muy difícil, pues mientras seamos invitados del duque, él es también responsable de nuestra seguridad. Berenguela es impetuosa e inconsciente, cualquiera que la conozca puede darse cuenta de ello, pero ese aspecto de su carácter es algo que tendrá que dominar o solo le traerá desgracia.

Asentí, pues yo mismo había tratado de hacer ver a Berenguela en muchas ocasiones aquello mismo.

—Mi madre la reina está muy enfadada, en verdad que nunca la había visto de semejante talante, y el castigo ha sido acorde al pecado. Berenguela no podrá salir de sus aposentos en lo que nos queda de viaje si no es acompañada de mi madre y sus damas, y eso será tan sólo para las comidas con nuestros anfitriones, las celebraciones de la natividad del señor y las misas correspondientes. Se le ha prohibido ver a nadie que no forme parte de ese círculo —dijo y supe que se refería a mí—, y mi madre le ha anunciado que tan pronto como volvamos a Navarra el castigo será aún peor. Creo que esta vez Berenguela ha colmado el vaso y no le quedará más remedio que recoger lo que ha derramado.

—¿Está enfadado el señor duque? —pregunté con un punto de ansiedad pues bajo ningún concepto deseaba que Ricardo pudiese pensar cosa negativa alguna de mí.

—En realidad el duque está encantado.

—¿Cómo?

—Ricardo es un hombre que admira la valentía y el coraje por encima de todas las cosas. Tu actuación para proteger a Berenguela le ha dejado muy impresionado y la única razón por la que no serás castigado por tu comportamiento y por no habernos avisado de lo que sabíais tan pronto lo supiste es porque él ha intercedido por ti. Parece

tenerte en alta estima.

Sin poder controlarlo noté como el rubor llenaba mi rostro y agaché la cabeza, sabedor de que tanto el infante como Garcés podían verlo.

—Comprendo que te enorgullezca que alguien como Ricardo piense bien de ti, Rodrigo, pero debes recordar que lo que hiciste fue una imprudencia que podía haber acabado muy mal —me respondió el infante.

—Lo comprendo, mi señor —mentí.

—Bien, en ese caso, nada ha cambiado. Seguirás en estos aposentos hasta que yo o Garcés te indiquemos lo contrario. Aún no hemos encontrado al tuerto, y esta situación con Berenguela ha sido una distracción que no necesitábamos.

—¡Cómo vos me digáis, señor! —respondí, sabiendo que a pesar de todo había sido castigado con más encierro.

El infante se levantó para salir de la sala, pero justo antes de abrir la puerta se giró para decirme una última palabra.

—¡Rodrigo!

—¿Sí, mi señor?

—¡Gracias!

Y su sonrisa volvió a ser sincera y amable como lo había sido siempre para conmigo.

Una vez que nos quedamos solos, Garcés me miró profundamente sin hablar.

—¿No me vas a decir nada, Garcés?

—No queda nada por decir muchacho, el infante lo ha dicho todo ya.

—¿Estás enfadado conmigo?

—¡Por supuesto que lo estoy! ¡Pero también estoy muy orgulloso! —Y con aquellas palabras casi se me saltan las lágrimas de emoción. —¡Ten, esto es tuyo!

Con sus manos enormes me tendió la daga que antes me había pedido que le devolviese.

—¡Pensé que querías que te la devolviese!

—Sí, pero no por la razón que tú crees. Mira la empuñadura.

Hice lo que me pidió y vi que la que era una empuñadura forrada en piel, ahora estaba forrada en terciopelo de un intenso color azul y entre las hebras del terciopelo se había incrustado una pequeña placa con unas letras grabadas que me costó un poco leer.

—Cus…custos…Virtu…

—Custos Virtutis —dijo el gigantón—. El duque me ha dicho que así se escribía en latín guardián de la virtud. Me ha parecido un nombre adecuado para tu daga dado que ese es el uso que le has dado y le he pedido al armero del duque que cambiase la empuñadura.

—¡No…no sé qué decir, Garcés! ¡Gracias! —Y sin pensarlo un

segundo me colgué de su cuello emocionado.

—¡Bueno, bueno, ya está bien! Es sólo un cuchillo, muchacho —dijo separándome dulce, e inmediatamente se levantó huyendo de aquel gesto de cariño que no le hacía sentir cómodo a un brutote como él.

—¡Garcés! —le llamé antes de que se fuera.

—¿Sí?

—No me gustó matar a ese muchacho… ¿significa eso que no seré un buen soldado?

—No, muchacho, dejarás de ser un buen soldado el día que arrebatar la vida de otro hombre no te importe lo más mínimo —respondió con tristeza en los ojos, dejándome sin decir más.

El aire de las calles era frío, aunque mucho menos que la noche anterior. Era la tercera vez que nos tocaba salir de peregrinación desde el palacio ducal, bordeando esta vez todo el río hasta la pequeña iglesia de Santa Radegunda. Ya habíamos hecho procesiones similares para la misa del gallo en medio de una niebla horrenda que se calaba hasta el mismísimo tuétano y de nuevo al alba, sin bruma, pero con el mismo frío. Al parecer, para los aquitanos, que debían tener especial empeño en ser más cristianos que ningún otro de nosotros, atender tres misas el día de la natividad del señor era costumbre y, como invitados que éramos, no nos quedó otra que acomodarnos a sus maneras. Aunque por el castañeo de dientes asumí que yo no era el único al que aquello no le hacía gracia alguna.

El día anterior había despertado soleado y con buenas noticias para mí, pues Garcés me vino a comunicar que por fin se me permitiría salir de mi encierro para que ayudase en las cocinas a descargar todo lo necesario para el banquete del día de Navidad que los reyes habían preparado. Aunque fuese para partirme la espalda cargando algunos sacos y cajas, aquella alternativa a seguir encerrado entre cuatro paredes mano sobre mano me pareció enviada por dios. Creo que empecé a darme cuenta de mi error cuando vi que los sacos y cajas no eran algunos, sino que se trataba de docenas de carros que se alineaban frente a la puerta por la que me había escaqueado días antes. Por suerte, entre la compañía que había de soportar estaba el rubio de Jerome. Tan risueño como siempre y aún con la incapacidad para poder hablar un idioma común, hizo mi día más llevadero con sus bromas, chanzas y burlas del personal de la cocina, unas viejas arpías que no hacían más que gritarnos como cuervos mandándonos de un lado para otro.

A mí me costaba entender que la reina Leonor necesitase de tanto avío para preparar un banquete para sus invitados porque allí había comida para trescientas almas. Descargamos corderos, cerdos, una ternera y decenas de pollos y gallos, todos ellos, excepto las aves, convenientemente sacrificados y limpios, listos para ser cocinados. Aquellos se completaban con cajas de verduras y frutas que se contaban por decenas, barricas de vino como para animar a un ejército de cobardes, miel para los dulces, almendras y castañas para los aderezos, leña para los fuegos que no cupo en las leñeras y acabó acumulada en los patios del palacio, y no sabría decir cuántas cosas más. Con semejante faena, acabé el día con la espalda rota y las manos cortadas y encallecidas, pero, a pesar de todo, feliz.

Pensé que podría disfrutar de un merecido descanso, pero nada más lejos de la realidad. Tan pronto como retorné a los aposentos del

infante, este me ordenó que preparase sus ropas para las misas de natividad y que me asegurase de estar yo mismo presentable. En mi ignorancia preparé un juego de jubón y casaca para mi señor, pero al verlo, el infante se rio de mi inocencia y me explicó la romería que nos esperaba aquella noche.

Y así fue como nos vimos metidos en aquella procesión entre fríos y humedades. Las tres misas serían oficiadas por el perro de Lucca, a fin de cuentas, era el representante de Dios de mayor rango. Los reyes estaban construyendo una gran catedral en honor a San Pedro sobre las ruinas de una antigua basílica, pero, dado que aún no estaba terminada ni consagrada, no podría utilizarse y atenderíamos misa en tres iglesias menores. La misa del gallo fue la que tuvo lugar más lejos, en la Iglesia de San Hilario el grande, en la otra punta de Poitiers. El camino era largo a pie y debía hacerse de noche, así que se prepararon carros para que el trayecto fuese cómodo para todos los invitados de alcurnia. Yo, como escudero del infante, pude ir en un carro con las damas de las reinas doña Sancha y doña Leonor. Se me permitió acceder a la iglesia y escuchar la misa desde la parte trasera del edificio, de una sola nave con dos capillas accesorias y columnas de una redondez perfecta que a mí no me pareció diferente de las iglesias de Navarra.

Dada la duración del camino de vuelta, y que yo debía acomodar las cosas de mi señor don Sancho antes de dormir, me acosté tarde y para cuando hube de despertar para prepararme para la segunda misa apenas si había podido cerrar los ojos. Por suerte esta tendría lugar en la iglesia de Nuestra Señora la grande que, aunque también estaba siendo reconstruida, mantenía una parte intacta y, para mi suerte, se encontraba a escasos pasos del palacio ducal. De aquella misa nada puedo recordar, pues la pasé dormitando contra una de las paredes del fondo, incapaz de sobreponerme a mi agotamiento. Afortunadamente, doña Ana me despertó justo antes de que debiésemos volver al palacio y nadie se percató de mi desliz. Al retornar, el infante salió a montar con el duque, y gracias a eso pude dormitar algo y encontrarme un poco más fresco para nuestro tercer peregrinaje justo antes del anochecer.

La iglesia de Santa Radegunda se encontraba junto al río, pero la distancia era asumible a pie, así que, rodeados por los soldados del duque que portaban teas que iluminasen el camino, nos dirigimos hacia allí. El infante me explicó que aquella iglesia era una de las favoritas de la reina Leonor, muy devota de aquella princesa franca ahora convertida en santa. El edificio tenía una gran torre con campanario justo sobre su entrada, lo cual le daba un aire imponente. El interior había sido profusamente decorado con velas, haciendo que pareciese que uno entraba en el mismo cielo y la luz, reflejándose en

los frescos del techo y las paredes, acentuaba sus colores haciendo que pareciese que iban a saltar sobre uno. Acabada aquella última misa, en la que la reina Leonor depositó una corona de flores a los pies del altar en honor de la santa, pudimos por fin volver a palacio y prepararnos para el banquete que los reyes habían preparado para agasajar a sus invitados.

Se me había ordenado que fuese uno de los mozos que servirían la cena, y para ello, se me habían dado ropajes que se consideraban adecuados para la labor. Aquella noche había de vestir unos calzones claros y ajustados a mis piernas y a mi trasero como una segunda piel y un jubón de color rojo intenso adornado con ramitas de acebo y pequeñas borlas doradas. Un exceso de decoraciones que me hacían sentir ridículo e incómodo, pero con el que tendría que aguantarme, pues había sido decisión de la reina Leonor que todos los pajes vistiéramos así.

Dado lo señalado de la ocasión, el banquete tendría lugar en el salón de las flores en el que yo no había estado jamás. Cuando nos llevaron hasta allí para contarnos cómo debíamos desenvolvernos aquella noche quedé maravillado ante la belleza de la sala. Se trataba de un espacio enorme, rodeado de columnas de mármol de un color blanco inmaculado y que estaban labradas para representar guirnaldas de flores que trepaban por ellas y que parecían estar vivas. Al final de la sala había una escalinata de cinco peldaños que se extendían de lado a lado y hacían que la mesa de los reyes se elevase sobre las dispuestas para los invitados, reafirmando su papel. Nada en aquella hermosa sala había sido dispuesto al azar. Cuando mis ojos se alzaron para observar el techo, una nueva maravilla los inundó. Era tan blanco como el resto de la sala, pero sobre él se habían dispuesto pequeñas estrellas de colores azul y dorado que hacían que pareciese una imagen invertida del cielo nocturno y que no dejaban que el observador pudiese retirar los ojos de aquella luz cálida que le iluminaba desde arriba. Para los invitados se habían dispuesto dos grandes mesas en los laterales de la sala, perpendiculares a la de los reyes, con la que nunca llegaban a unirse debido a la presencia del atrio elevado.

Por todas partes corrían hombres y mujeres que se afanaban en alistar la sala. Unos disponían los asientos alrededor de las mesas, otras preparaban los muchos arreglos florales pedidos por la reina y no pude por menos que preguntarme de dónde vendrían las flores que los componían dado que estábamos en pleno invierno. Otro grupo de mozos se encargaba de preparar las vajillas y copas que se usarían esa noche y que quedarían dispuestos en la parte derecha, tras un gran cortinaje, hasta que los mozos encargados de servir los fuésemos necesitando. Por allí mismo nos llegarían los platos de las cocinas

listos para ser dispuestos sobre las mesas, así como las jarras llenas de vino. Al otro lado de la sala, un grupo de cinco músicos preparados para amenizar la velada discutían en qué lugares de los predispuestos debían colocarse a fin de asegurar que el sonido de sus músicas llegase claramente a todos los invitados.

El director de todo aquel circo era un hombre regordete y calvo llamado Pierre que parecía no estar contento con nada y nos gritaba a todos por turnos, aunque dada mi incapacidad para entender una sola palabra de lo que decía no me importaba lo más mínimo. Lamenté darme cuenta de que entre los mozos escogidos no estaba Jerome, pues entre el rubiales y yo se había formado un vínculo que casi podía calificarse de amistad. Pero por lo visto, aquella faena que me había asignado no sabía quién y que no había pedido habría de lidiarla solo.

El enjambre de criados desapareció de repente como por arte de magia y vi cómo Pierre gritaba algo a mis compañeros de labor que hizo que se dispusiesen en línea en el lateral que daba a las cocinas, así que yo hice lo mismo.

Sin aviso alguno, los músicos empezaron a tocar una melodía ligera y alegre y, cómo si aquella hubiese sido una señal, las puertas del salón empezaron a abrirse y un grupo de desconocidos entró en la sala y comenzó a ocupar asientos en las mesas laterales. No conocía a ninguna de esas personas, así que deduje que al banquete se debía haber invitado a nobles y gentes de algún peso en Poitiers, lo que explicaba la elección de un salón mayor que permitiese acomodar a todas aquellas personas. Mi mente de muchacho que no solía atender banquetes reales —de hecho, los primeros habían sido los que habían tenido lugar en aquel palacio— hubiera pensado que los primeros que debían entrar eran los mismos reyes como jefes y señores de esa casa, pero no fue así. En una corte donde mucho importaba la apariencia y la belleza, los reyes deben tener quien les reciba con vítores y reverencias, y dicho y hecho, el portón doble de la sala se abrió de nuevo y esta vez los músicos acompañaron con una sonata mucho más opulenta la entrada de la reina Leonor y del rey Enrique.

Ambos iban vestidos de blanco, aunque el rey cubría su jubón con una larga sobreveste ribeteada de piel de marta, mientras que la reina no portaba nada sobre su vestido que arrastraba tras ella y refulgía a la luz de la gran cantidad de velas del salón debido a las perlas que lo cubrían. Sin duda un efecto no sólo deseado sino preparado y que convertía a aquella mujer pequeña y de complexión frágil en una visión de un poder sólo semejante al de una virgen en una iglesia. Tan pronto como pusieron un pie en el salón, todos los invitados que habían entrado antes que ellos se pusieron en pie y un murmullo de admiración recorrió la sala mientras los reyes caminaban hacia sus asientos, dos grandes tronos dispuestos en el centro de la mesa de

cabecera de la sala.

Sólo cuando se hubieron sentado hicieron su aparición el resto de los invitados como si de una procesión se tratase. Encabezaba el desfile monseñor de Lucca seguido por el rey Enrique el joven con su esposa, la cual había escogido un vestido gris para la ocasión que, lejos de favorecerla, la convertía en algo parecido a una gárgola. Tras él hizo su entrada el duque Ricardo llevando de la mano a la reina doña Sancha. El duque se había recortado la barba y el pelo, desechando ya la imagen de soldado, y vestía un jubón de color azul intenso con bordado dorado en su parte inferior. Lo portaba atado con un cinturón del que no colgaba espada o daga alguna, como era costumbre en la paz de Dios, los doce días que iban desde la víspera de navidad hasta la epifanía. A su lado, la reina doña Sancha vestía de color granate con un collar de esmeraldas que realzaba el color de sus ojos y nadie podía decir que no era una mujer hermosa. Sin embargo, no fue ella quién captó toda la atención del salón sino, Berenguela. Iba acompañada de su hermano el infante y, por orden de rango, entraron en el salón tras la reina de Castilla que iba de la mano de William Marshall. Y aquel orden fue flaco favor para la reina castellana. Berenguela hizo entrada en el salón como si aquel fuese su banquete y no uno al que asistía como invitada, con la cabeza alta, el porte regio y unos andares que la hacían parecer más reina que cualquier otra, incluida su predecesora en el desfile. La infanta no parecía para nada la niña que yo conocía. Aquella era una mujer, joven, pero mujer, engalanada con un vestido de seda de color verde oscuro que refulgía como una de las esmeraldas de su madre, las mangas largas hasta el suelo y el pelo recogido en una redecilla de hilo de oro. Su cuello, blanco como la leche, lo adornaba un collar de oro con un único rubí. El murmullo de admiración de la sala fue aun mayor del mostrado por la reina Leonor. El mismo rey Enrique no podía dejar de mirar a aquella joven que engalanada de aquella manera parecía ser dueña del mundo. Tras ella, las hijas de la reina Leonor y del rey de Francia y su hermanastra Alys, la prometida del duque, cerraban el desfile. No me cabía duda de que la reina Leonor habría insistido en que Alys fuese la última, pero en realidad nada importaba ya el orden, pues Berenguela había herido de muerte a todas las damas invitadas esa noche y yo no pude evitar sentir algo de orgullo por ello.

La distribución de sitios fue de todo menos casual. En la mesa principal, junto a la reina, se encontraba el perro de Lucca, al otro lado, junto al rey Enrique, su hijo mayor y heredero y la esposa de este. En la mesa lateral del costado de la reina Leonor se encontraban el duque Ricardo, la reina doña Sancha y Berenguela, seguidos del infante don Sancho y las hijas de la reina. En la mesa situada frente a ellos, Marshall y la reina de Castilla lucían enfadados y resentidos

junto a la triste figura de Alys, relegada a la mesa opuesta a la de su prometido. Todo un reflejo de afinidades y afectos que a mis ojos no podía ayudar a que aquella familia limase sus asperezas.

—¡Muévete o te reñirán! —dijo de repente una voz de mujer a mis espaldas.

Al girarme me encontré con una muchacha joven, aunque algo mayor que yo mismo, vestida con un atuendo largo de color gris y que se encontraba tras la mesa donde se depositaban las viandas que subían de la cocina.

—¿Hablas mi idioma?

—Sí, lo hablo un poco. Me llamo Eloise, y ¡muévete que viene Pierre!

Inmediatamente me dispuse a coger algo de lo de la mesa, pero recibí un manotazo del gordo y unas palabras que, aunque susurradas para que no se oyesen en el salón, sabía que no eran buenas.

—¡Coge la jarra de vino y empieza a servir las copas! Quiere que te encargues de la mesa de la reina Leonor —me explicó furtivamente Eloise cuando el gordo se fue a gritarle a otro de los mozos.

—¿La mesa de los reyes?

—No, torpe —replicó divertida por mi ocurrencia—, la de su hija, la reina de Castilla.

Mi alma se cayó a mis pies cuando escuché aquellas palabras. El destino era cruel conmigo hasta el punto de tener que servir a la mujer que me quería muerto. ¿Acaso podía haber cosa peor?

Me sacó de mi ensimismamiento un soldado del duque que dejó sobre la mesa un pequeño cofre de madera labrada, muy hermoso y de aspecto antiguo. En ese mismo instante Pierre apareció como una exhalación y abriendo el cofre como si fuesen las reliquias de un santo, sacó un cáliz, pequeño y dorado, completamente cubierto de joyas, una de cada color en cada una de sus caras, enmarcadas por fragmentos de nácar. Sin prestarnos atención alguna, se llevó el cáliz, lo limpió con un trozo de tela y lo dispuso sobre una bandeja de plata.

—Es el cáliz del Rey —susurró Eloise.

—¿Tiene un cáliz para él sólo?

—Sí, claro, no usa otra copa en banquetes y celebraciones. Es de su familia, antiguo y, ya ves las joyas que lo cubren, una por cada uno de sus dominios.

No podía dejar de mirar aquella copa que era un objeto digno de rey, sin duda alguna, y una forma más de mostrar poder en una sala donde nadie podía estar por encima de él. Pierre se aseguraba de que nadie más pudiese acercarse a la copa preparada y lista para ser entregada a su majestad.

—¡Muévete muchacho, los invitados esperan el vino, te vas a buscar la ruina!

Sin esperar un segundo más, cogí la jarra llena de vino que Eloise había puesto frente a mí y me dirigí a la mesa que me había tocado en suerte. No quise pensar en la situación en que me veía, pues sabía que no podía escapar de ella. Con paso seguro y la cabeza agachada, intentando que no se diera cuenta de quien le servía, me dirigí a la reina de Castilla y llené su copa con un ligero temblor. Por un instante pensé que había logrado salvar la situación, pero, justo antes de que pudiese retirarme, los ojos de halcón de aquella mujer se clavaron fijamente en mi rostro y con un desdén indescriptible golpeó la copa derramando su contenido sobre la mesa.

—¡Maldito inútil! —gritó de forma que toda la sala la escuchase y dejasen lo que estaban haciendo para fijarse en nosotros—. ¡Has derramado la copa a posta!

—Lo… lo siento mi señora, disculpad, lo limpiaré ahora mismo —dije y me di cuenta de que ella había usado mi lengua para asegurarse de que podía entenderla. Mis ojos se elevaron por un instante para mirar a la mesa de enfrente, buscando apoyo en alguna de las personas que sabían me lo podían ofrecer. Fue la cara de Berenguela la que encontré, mirándome fijamente y haciendo un gesto casi imperceptible con la cabeza, indicándome que me retirase.

No me lo pensé un instante más, recogí tan deprisa como pude la copa caída, secando el vino derramado y agachando la cabeza para no desafiar a aquella arpía, me retiré tan rápido como mis piernas me lo permitieron. La rabia en mi interior hacía que la sangre golpease mis sienes con intensidad. Mi enfado respondía a lo que la reina acababa de hacerme, pero sobre todo a cómo yo, sabiendo lo que sabía, podía haber caído tan fácilmente en sus tretas. Por si yo no me torturaba suficientemente por mi torpeza, recibí un pescozón inesperado que casi me abre la cabeza. Pierre, que había visto como todos lo que la reina había querido mostrar, se había llegado hasta mí y me había dado soberano capón junto con una letanía de las suyas, sin duda diciendo lindezas sobre mi persona. Con sus manazas me empujó hasta el extremo de la mesa, tras los cortinajes y con gestos me indicó que me quedase allí hasta nueva orden.

—No le des importancia —me dijo Eloise acercándose cuando el gordo cebón se hubo marchado—, esto pasa en todos los banquetes. Siempre hay alguien que derrama algo y siempre hay un mozo a quien castigar.

—¡Gracias! —respondí sincero, pues en verdad necesitaba algo de apoyo en aquel momento—. ¡Hablas muy bien mi idioma!

—Nos pasa a todos los hijos de frontera —contestó sonriendo—. Mi familia vivía en el camino de Santiago, en los Pirineos. Nos criamos hablando los idiomas de los dos lados de la montaña.

—¿Y ahora vivís aquí?

—Sólo yo —dijo con tristeza—, mi familia murió, unos por peste y otros por hambre. Yo tuve que emigrar a algún sitio donde pudiese tener un techo y un plato de comida, pero nadie estaba dispuesto a ayudarme si no era a cambio de mi cuerpo. Si eres una chica joven y sola, el único lugar en el que te quieren es en las mancebías. Cuando llegué a Poitiers casi tenía asumido que ese sería mi futuro, por suerte un día me acerqué a las cocinas del palacio a mendigar un mendrugo de pan y la cocinera me ofreció que entrara como ayudante. ¡Ya ves, a veces el auxilio viene de donde menos te la esperas! Es cuestión de tener fe.

—¡Intentaré recordarlo! —dije sin convencimiento.

—¡Anda, mejor prepárate para servir los platos que yo vaya trayendo de la cocina! Aunque mejor será que te mantengas al margen de los invitados de alcurnia, preocúpate de los nobles, esos ya van tan borrachos que no se darán ni cuenta si cometes un error.

Hice caso a Eloise y me dirigí a la mesa donde se empezaban a acumular las bandejas con los asados que subían de la cocina y que hacían que mi boca salivase, pues no había comido nada en todo el día. Cordero, gallo, truchas, cerdo. Nada faltaba de lo que uno pudiese desear.

Miré a mi izquierda, al otro extremo de la mesa, y vi a Pierre preparando la copa del rey, completamente solo. Él no se dio cuenta de que le observaba porque todos los mozos estábamos ya trajinando con las viandas sala arriba y abajo. De repente, algo extraño ocurrió. El gordo jefe de sala metió la mano dentro de su jubón y extrajo un saquito que vació con rapidez sobre la copa del rey para inmediatamente guardarlo de nuevo. Sin percatarse de que yo le observaba, cogió la bandeja de plata con la copa y respirando profundamente salió de detrás de la cortina para dirigirse a la mesa de los reyes.

No lo pensé y me lancé tras él, ocultándome detrás de la cortina, y vi como subía las escaleras del salón para llegar hasta el rey Enrique y depositar la bandeja frente a él, retirándose después con una media reverencia. Mi corazón se aceleró y a punto estuvo de salirse de mi pecho. Si aquel bastardo había vertido algo en la copa del rey, no podía ser con buenas intenciones. Sólo una palabra se repetía en mi cabeza como una letanía. Veneno.

El rey dejó la conversación que mantenía con su hijo, sentado a su izquierda, y cogió el cáliz con las dos manos para acto seguido levantarse. La música cesó inmediatamente y el rey, con su voz ronca y profunda, empezó a hablar en su propia lengua con la copa elevada para terminar por ofrecérsela a su esposa, la reina Leonor, que se levantó de su asiento para recibirla.

A penas podía creer lo que estaba viendo, aquella copa que debía

haber sido para el rey acababa ahora en las manos de la reina Leonor. Mis ojos se dirigieron al otro lado de la sala donde el gordo Pierre esperaba en estado de evidente nerviosismo.

La reina, cogiendo la copa con solemnidad, la elevó para llevársela con ambas manos a los labios y en ese instante, yo no pude quedarme más en mi escondite.

—¡No majestad, no bebáis! —grité haciendo que los músicos parasen de tocar y que todo el mundo se girase para mirarme. La reina detuvo sus manos en seco y bajó la copa como si ardiese dejándola caer sobre la mesa. El rey, mirándome con una rabia infinita por haberme atrevido a interrumpir su banquete, dijo algo a sus soldados que inmediatamente se colocaron a mi alrededor sujetándome por los brazos y obligándome a ponerme de rodillas. Fue la reina Leonor quien dijo entonces algo haciendo que se detuviesen.

—¡Habla muchacho! ¿A qué viene esto? —dijo en mi idioma.

—¡Perdonadme, majestad, pero no debéis beber de esa copa! —contesté acobardado y mis ojos buscaron por un instante a Berenguela que me miraba asustada ante lo que estaba ocurriendo.

—¿Y, por qué razón, si puede saberse?

—Porque ese hombre ha vertido algo en la copa antes de servírosla —repliqué señalando a Pierre que se encontraba al fondo de la sala y que me miraba con el rostro desencajado.

Inmediatamente, el hombre se dio la vuelta intentando huir a la carrera por la puerta principal de la sala que permanecía abierta, pero un golpe seco le hizo caer al suelo derrumbado, golpeándose la cabeza sin que pudiese levantarse más. El golpe que le había hecho caer había sido debido a un cuchillo de los dispuestos para la cena que había atravesado su garganta acabando con su vida en ese instante y que había sido lanzado por el duque Ricardo, que ahora se encontraba de pie con el rostro deformado por la rabia.

Sobre el suelo, el cadáver de aquel hombre se convulsionaba a la vez que su garganta emitía el sonido inequívoco de alguien que se ahoga en su propia sangre que ya se extendía tiñendo de rojo el suelo de aquel salón blanco inmaculado.

El último baúl hizo un ruido sordo cuando la tapa se cerró. Había terminado de preparar todas las cosas del infante don Sancho y las pocas mías y ahora sí podía dar por concluido nuestro azaroso viaje a Aquitania. Aquella visita había acabado de forma abrupta, y aunque era consciente que nada había tenido yo que ver con ello, me sentía mal sin saber por qué. Muy dentro de mí, aun sin querer admitirlo ni poder explicarlo, mi mayor pena era la de separarme del duque. Su figura seguía adueñándose de mis sueños muchas noches y a mis ojos

no había cosa que pudiese hacer mal, ni pecado que no fuera perdonable. Una voz en mi cabeza me repetía constantemente que la razón de mi admiración era que veía en él las cosas que yo deseaba ser algún día, del mismo modo que las veía en el infante. Pero por las noches, en soledad, cuando el ruido de mi cabeza no se veía amortiguado por las voces de otros, otra voz, una que hablaba mucho más alto, me repetía que me engañaba, y que la naturaleza de mi obsesión, de mi ansia de estar junto a él, era muy distinta.

Lo acontecido en el banquete de Natividad había dado al traste con todas mis aspiraciones de poder estar junto a él más tiempo. La cólera del rey Enrique se había desbordado. Aquel hombre llevaba tres años al servicio de su casa, y había logrado llegar a ser una persona de relativa familiaridad hasta el punto de ser confiado con la preparación del cáliz de la Genista, la copa de la familia Plantagenet. Poco importaba si Pierre sabía que el rey entregaría la copa primero a la reina Leonor como hacía cada Navidad en gesto de paz, o si el veneno añadido al cáliz iba destinado a su majestad, aquel era un atentado contra el mismo Rey encarnado en cualquiera de las cabezas de la corona.

Lejos de agradecer a su hijo el gesto de haber evitado la huida impune de aquel traidor, su majestad montó en cólera también con él por haber acabado con la vida del gordo Pierre impidiendo así su interrogatorio. Tal enfado mostraba el rey que incluso llegó a sugerir si no habría sido él quien había urdido semejante plan para acabar con su padre, lo cual hizo que el duque enrojeciese de ira y que ambos se enzarzasen en una batalla a voz en grito. Entre las muchas cosas que se dijeron, el duque acusó a su padre de ser un viejo débil contra el que sus súbditos no temían levantar la mano. Remató el insulto diciéndole que, si él hubiese urdido el plan, se habría asegurado de que su madre no corriese riesgo alguno y hubiese preferido encargar el asesinato a una de sus muchas putas para que muriese desangrado en su cama como un cerdo.

Aquellas palabras colmaron la paciencia del rey que tuvo un ataque de ira como yo nunca había visto en ningún otro hombre y casi ahogándose ordenó al duque que dejara su palacio para no verle jamás. Todos los asistentes al banquete guardaron silencio, sin interferir ni siquiera de pensamiento en aquel enfrentamiento de dos leones, incluso la reina Leonor.

En aquel momento yo, que aún me encontraba retenido por los soldados, miré a Berenguela y vi sus ojos vidriosos, a punto del llanto, aunque no supe si fue por la tensión del momento o por lo que le estaba aconteciendo al duque. Este, sin dudarlo ni un momento, se dirigió hacia la puerta del salón para abandonarlo dando una patada al cadáver de Pierre en su camino y lo último que pudimos ver fue su

melena rojiza alejarse sin volver nunca la cabeza.

Pero la ira del Rey no había terminado. De forma inmediata echó a todos los invitados del salón, con las mismas voces y enfado, y anunció que al día siguiente la corte volvía a Inglaterra y que toda celebración quedaba suspendida. Un instante después fue él quien salió como alma que lleva el diablo sin más compañía que su rabia.

Todos los invitados le siguieron en su escapada y en ese momento el infante don Sancho vino a mi encuentro.

—¿Estás bien, Rodrigo?

—Sí, mi señor, dolorido porque estos desgraciados no me sueltan, pero estoy bien —respondí haciendo amago de soltarme de mis captores que no lo permitieron.

El infante se dirigió a ellos en su lengua y asintió con la cabeza para después dirigirse a mí.

—Rodrigo, van a llevarte a una sala al final de este pasillo para interrogarte.

—¿Cómo? —dije asustado.

—No te preocupes, no tienes nada que temer. Al no poder interrogar a ese hombre —dijo señalando el cadáver en el suelo—, quieren saber tanto como puedan de sus movimientos por si pudiesen identificarse sus cómplices. Harán lo mismo con los otros mozos y el personal de la cocina. Debes entender que lo que ha acontecido es muy serio, Rodrigo. Además, no estarás solo, Garcés espera fuera y ahora mismo le diré que vaya contigo y no te deje en ningún momento.

—¡Gra…gracias, mi señor! —respondí sin convencimiento alguno, temeroso de lo que me pudiera pasar. Pero en un intento de calmarme, el infante se dirigió a los soldados que me apresaban y que inmediatamente soltaron mis brazos y me llevaron de forma más amable con ellos.

Tal como el infante me había prometido, Garcés se nos unió tan pronto como dejamos el salón y estuvo a mi lado durante todo el interrogatorio que llevó a cabo uno de los senescales del rey con la ayuda de uno de sus soldados que hizo de intérprete.

Nada más me ocurrió, y como me habían dicho, tras el interrogatorio, en el que simplemente se me pidió que repitiese con todo lujo de detalles lo que había visto y oído, me dejaron libre y pude volver a los aposentos del infante con Garcés.

—Garcés, ¿por qué me encuentro yo en todas estas desventuras? —pregunté casi a punto de llorar y el gigantón me respondió con una soberana carcajada que hasta le inundó los ojos de lágrimas.

—Esa es una buena pregunta —me contestó cuando pudo controlarse—, pero no sabría responderte. ¡Hay personas cuya vida está destinada a ser complicada, supongo!

—Pues yo bien quisiera una vida tranquila, porque empiezo a

hartarme de emociones, sustos y disgustos.

—Bueno, pero no podemos escoger, muchacho. Además, aunque ahora no lo veas, lo que has hecho hoy tiene gran relevancia, has evitado la muerte de un rey. Mucho vas a tener que contar a nuestra vuelta a Tudela.

—¿Nos vamos? —dije de repente sorprendido por su comentario.

—Sí claro, muchacho. Ya has oído al rey, todos los fastos quedan suspendidos y su corte vuelve a Inglaterra.

—Pero ¿y el duque? ¿Su fiesta para entregarle el ducado?

—¡Oh, no te preocupes por eso! El duque lleva siendo duque mucho tiempo, esta era al menos la tercera ceremonia del mismo pelaje. No le afectará en lo más mínimo.

—Pero su padre le ha echado de aquí.

—Esos dos llevan odiándose toda su vida. Pero en realidad son mucho más parecidos de lo que quieren admitir. Y no es la primera ni la última vez que se enfadan y que el padre destierra al hijo. Al final, cada uno necesita al otro y siempre acaban volviendo a encontrarse de alguna manera. Además, el rey se irá y el duque volverá a ejercer de duque puesto que no hay nadie más que lo haga, y el rey lo sabe.

—Entonces, ¿qué sentido tiene tanta pelea?

—Para ti y para mí ninguno, para ellos todo, Rodrigo, son cosas de reyes.

Y aquella frase me recordó a Berenguela.

Terminé de llevar con mucho esfuerzo el último baúl hasta la puerta del aposento y me volví hacia la ventana para recoger el libro de horas del infante que estaba sobre la mesa.

—Nunca me han gustado los días de empaque, alargan las despedidas que nunca son agradables —resonó una voz de mujer que hablaba en nuestra lengua con un acento suave, haciendo que diese un bote por la sorpresa—. Disculpa, no era mi intención asustarte.

La voz pertenecía a la reina Leonor que se encontraba frente a mí, vestida con un atuendo largo de color marrón y un velo que le cubría la cabeza y se ajustaba a su mentón. Haciendo que pudiese pasar por un aya cualquiera.

—¿Te importa que me siente? Los años empiezan a pesar… —dijo señalando una silla que permanecía en el centro de la sala.

—¡Por supuesto, Majestad…per…perdonadme! —balbuceé torpemente.

—Tu nombre es, Rodrigo, ¿verdad? —me preguntó mientras tomaba asiento.

—Así es, mi señora, Rodrigo de Tudela —contesté haciendo uso del nombre que me habían dado como si aquello fuese algún título

destacable.

—¿Sabes, Rodrigo? Hay gente que piensa que los reyes y reinas no prestamos atención a la gente que nos rodea, que debido a la gran cantidad de sirvientes y ayudas que tenemos y a que podemos cambiarlos con frecuencia, no llegamos a conocer a aquellos que más tiempo pasan con nosotros —me soltó sin que yo supiera a dónde quería llegar—. El caso es que, al menos en lo que a mí respecta, no es así. Suelo prestar mucha atención a aquellos que están cerca de mí, para bien o para mal, y eso es algo que comparto con mi hijo, el duque.

Sus ojos azules me miraban profundamente y me parecieron los de un halcón que nunca deja de observar a la presa, tal era su intensidad y su profundidad. Una mirada que ya había visto antes, en el rostro del duque Ricardo.

—No me malinterpretes —continuó—, sé bien que mi hijo es impetuoso, irascible, hasta caprichoso a veces. Pero también es un gran conocedor de los hombres, no necesita más que un vistazo para saber si la naturaleza de un hombre es noble y valiente, o cobarde y rastrera. Y yo confío plenamente en su criterio.

—¡Disculpadme majestad, pero no sé si…!

Su risa ligera como un cascabel no me dejó terminar.

—¡Perdóname, Rodrigo! Tengo la mala costumbre de divagar, supongo que son los años y el tiempo que paso sola en mi encierro —me dijo y me sorprendió su franqueza—. Ricardo me habló de ti y de las virtudes que veía en ti tan pronto como llegasteis. Y el tiempo ha demostrado que no se equivocaba en absoluto.

Mi rostro se volvió rojo como la grana en cuanto escuché que el duque había hablado a su madre de mí.

—El caso es que me contó como gracias a ti mi mensaje para el rey don Sancho había llegado a su destinatario y no a la reina que sin duda lo habría hecho desaparecer sin decirle nada a su esposo. Y también me ha hecho partícipe de que, gracias a ti, la pequeña aventura de la infanta Berenguela no acabó en desgracia, aún a riesgo de tu propia vida. Esos actos ya me parecían dignos de elogio y recompensa, pero, por si eso no fuese suficiente, te debo mi vida.

Sus palabras hicieron que me temblasen las piernas. La reina de Inglaterra, señora de toda Aquitania y Gascuña, se encontraba frente a mí, diciéndome que me debía su vida.

—¡Mi señora, nada me debéis, os puedo asegurar que como lo hice lo volvería a hacer mil veces, por vos y por vuestro hijo! —Y acto seguido me postré de rodillas ante ella.

—Pero yo deseo mostrarte mi agradecimiento, Rodrigo de Tudela, antes de que vuelvas a tu tierra. Y me haría muy feliz que aceptases este pequeño detalle como símbolo de mi gratitud.

Su mano, blanca, pequeña y delicada, me tendió un colgante plateado con una cruz en su extremo que yo tomé con la misma delicadeza que habría recibido una reliquia de manos de nuestro señor.

—Es una cruz que me fue entregada por mi padre antes de casarme con el rey de Francia, un matrimonio que como sabrás, fue bastante complejo. Esa cruz me dio las fuerzas para enfrentarme a mis enemigos y lo ha seguido haciendo hasta el día de hoy. Me haría muy feliz que ahora la portases tú.

—Pero…no puedo aceptar esto, mi señora, es de vuestro padre, es de vuestra familia.

—Rodrigo, eres huérfano, ¿verdad? —me preguntó de repente.

—Así es, mi señora.

—Entonces acepta este regalo y considérate desde hoy parte de mi familia, pues has salvado mi vida y la de algunas personas muy importantes para mí, algo que nunca podré agradecerte lo suficiente. Además, —me dijo levantándose del asiento y acariciando suavemente mi rostro como lo habría hecho mi madre—, sospecho que la vida ha de ponerte por delante tantas dificultades como me ha puesto a mí, y espero que este regalo te dé las mismas fuerzas para poder superarlas. Acuérdate de mí cuando te veas en la necesidad de aferrarte a él.

Y mirándome con unos ojos que mostraban toda la compasión del mundo, me dejó agarrando fuertemente aquella cruz, y preguntándome qué era lo que aquella mujer había visto en mi futuro que había inundado su rostro de pena.

Tudela, 1179-1182.

Abandonamos Poitiers a media mañana por la puerta sur de la ciudad. La partida escocía en mis entrañas, no por alejarme de allí, sino por las muchas muertes que dejábamos tras de nosotros, todas ellas por mi culpa, de una forma u otra. Allí quedaba el cuerpo de doña Urraca, una vida que eran dos, arrebatadas por un asesino que sólo buscaba mi muerte y al que nadie había podido dar caza. En sus calles quedaba también la vida que yo mismo había arrebatado, el primer hombre que moría por mi mano y del que ni siquiera sabía el nombre. Y allí quedaba la vida de otro asesino, el gordo Pierre, que había muerto en el momento en que yo había intervenido para salvar otra vida, la de Leonor de Aquitania. Y por mi cabeza, sólo una idea pasaba una y otra vez, que tal pareciese que el diablo me hubiese dado el poder de traer la muerte allí a donde fuese.

Pero, aunque esos pensamientos oscuros y fríos eran los que ocupaban mi mente, mi corazón lo ocupaba una pena mayor y que tenía nombre propio: Ricardo.

Cabalgamos durante casi una hora hacia una localidad llamada La Rochelle. A aquellas alturas yo ya sabía que nada me libraría de otro viaje infernal en barco, pues no teníamos otra manera de volver a Navarra mientras los pasos de los Pirineos siguiesen bloqueados por la nieve. Ascendíamos una colina suave cuando unos soldados aparecieron como por arte de brujería haciendo que mi corazón saltase del pecho y que Garcés y sus hombres, que guiaban nuestra compañía, parasen en seco sus monturas y se pusiesen en guardia. Creo que todos contuvimos la respiración por un instante sin saber quiénes eran aquellos hombres ni cuáles eran sus intenciones, pero de repente la voz del infante rompió el silencio.

—¡Ricardo!

—¿El duque? —pregunté sin poder evitar hacerlo con algo de anticipación.

—Sí, es Ricardo, ¡ven! —Y sin que me lo tuviese que pedir dos veces, le seguí colina arriba.

Allí, sobre un caballo negro como la boca de un pozo, se encontraba Ricardo, vestido con ropa de viaje de colores oscuros y un jubón de piel de vaca que le hacían indistinguible de sus hombres. Su rostro, sonriente, no tenía nada que ver con el que tenía la última vez que le había visto cuando su padre le había exiliado de Poitiers.

—¡Hermano, no podía dejar que te marchases así, sin haberme

despedido de ti! —dijo acercando su caballo al del infante para abrazarle con cariño.

—No tenías que preocuparte de nada, los dos sabemos que no podías quedarte en el palacio después del incidente con tu padre. Pero dime algo, ¿estarás bien? ¿Necesitas algo?

—Tranquilo Sancho, estas son aguas conocidas. Ya he perdido la cuenta de las veces que mi padre me ha expulsado de sus dominios, sus castillos y hasta de su vida misma. Su temperamento le pierde y le debilita, pero al final esto quedará en nada como todas las veces anteriores.

—¿Qué harás ahora?

—Por suerte o por desgracia no me faltan revueltas de nobles que sofocar en mis dominios —contestó riendo a carcajadas—. Pasaré un tiempo en el sur ocupándome de estos asuntos y mientras tanto mi padre volverá a Inglaterra. Nos dejaremos de ver un tiempo y ya se le pasará. Pero no podía marchar sin darte un abrazo, y otro a Rodrigo.

Aquel comentario me pilló tan de sorpresa que casi me caigo de mi caballo, más aún cuando el duque, haciendo que su montura se acercase hasta mí, puso su mano sobre mi antebrazo. El roce de su mano, firme y cálido, hizo que todo mi cuerpo se estremeciese.

—Rodrigo —continuó—, no quería dejarte marchar sin darte personalmente las gracias por haber salvado la vida de mi madre. ¡Es mucho lo que mi familia te debe, muchacho!

—No…no me debéis nada, señor, cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

La risa del duque resonó en aquel paraje en respuesta a mi comentario.

—Quizá no lo entiendas, Rodrigo, pero no sabes lo equivocado que estás. Mi familia tiene muchos enemigos, tanto dentro como fuera, y muchos son los que se alegrarían de la muerte de mi madre —dijo mirándome fijamente—. Ella es una fuerza de la naturaleza y eso da miedo, y el miedo hace que la gente haga cosas desesperadas.

—En ese caso, mi señor, me alegro de haberos prestado servicio.

—Y bien grande es el que me has prestado, así que quería agradecértelo con un pequeño detalle.

Se giró sobre su montura y le dijo algo a uno de sus hombres que se acercó llevando de la mano a la criatura más hermosa que había visto jamás. Era un caballo, pero no uno cualquiera, sino un potro de algo más de un año, de un color ceniza claro que hacía que su pelaje pareciese de plata a la luz del sol. De cruz no demasiado alta, pero de una corpulencia considerable, aquel caballo no era un rocín ni un corcel como a los que yo estaba acostumbrado, sino un destrero, un caballo para justar y batallar y su precio escapaba todo lo que yo podía aspirar a tener algún día. Como si hubiese leído mis

pensamientos, el potro se revolvió mostrando su nervio y su carácter.

—Bueno, ¿qué te parece?

—¿Es…es para mí? Pero ¡no puedo aceptar algo así, mi señor!

—¡Bobadas, claro que puedes, puedes porque te lo doy yo! Es hijo de mis cuadras, y si saca la mitad del carácter de su madre te auguro que has de necesitar paciencia y mano dura. Pero tengo por seguro que sabréis entenderos. Le hemos puesto un nombre que también signifique algo en tu lengua. Se llama Argento.

—¡Muchas gracias, mi señor, no sé qué decir ni cómo corresponder a vuestra amabilidad!

—Nada que te dé puede igualarse a lo que tú me has dado a mí —y su mano apretó aún más sobre mi brazo—. Si algún día necesitas algo de mí, las puertas de mi casa siempre las encontrarás abiertas.

Y, sin pensarlo un instante, me abrazó intensamente. En ese momento el olor de su cuerpo, profundo por la cabalgada, llegó hasta mí, y empecé a temblar en mi interior con ansiedad por que aquel abrazo no terminase, pues nunca antes me había sentido tan bien. Cuando sus brazos se separaron de mí, fue como si me hubiesen arrancado una parte de mí mismo. Sus ojos, de un azul intenso, se quedaron mirando fijamente los míos a penas por un momento y hube de aferrarme a las riendas de mi montura para que las piernas no me fallasen.

—Bueno, ahora dejadme que me despida como debo de tu madre y de tu hermana —le dijo al infante don Sancho que asintió con la cabeza sin pronunciar palabra mientras el duque dirigía su montura hacia el carro de la reina y Berenguela.

La despedida fue breve, pero no me cupo duda de que igual de emotiva que la nuestra, al menos para Berenguela que claramente admiraba a aquel hombre tanto como yo. Después el duque se acercó al infante para abrazarle y se despidieron con la promesa de encontrarse nuevamente a la mayor brevedad. Verle marchar fue mucho más doloroso que dejar Poitiers, y comprendí que aquel viaje me había costado mucho más que las vidas que se habían acabado por mí, aquel viaje me había costado mi alma.

Volver a respirar los olores familiares de los bosques de Navarra fue reconfortante. Allí, en tierras conocidas, con gentes que hablaban mi lengua y con rostros que sonreían a nuestro paso, me sentía seguro. Intentaba no pensar en la separación del duque, en los terribles acontecimientos vividos en Poitiers ni en el permanente peligro en que se encontraba mi vida. Seguía sin ser capaz de comprender por qué acabar conmigo era tan relevante nada menos que para el reino de Castilla. Por más vueltas que le había dado no era capaz de encontrar

el vínculo que uniese mi muerte y su vida. Sabía que se me escapaba algo, aunque no supiese el qué. Necesitaba hablar con Berenguela, ella era la única que podía hacerme razonar con sus maneras, su genio y su mente, mucho más despierta que la mía. Pero lamentablemente, eso era imposible. Desde su paseo por Poitiers la reina doña Sancha no la dejaba ni a sol ni a sombra, y no había permitido que se separase ni un instante de ella ni de doña Ana que ya había pasado a ser dama permanente de compañía de la infanta. Ni siquiera había tenido la oportunidad de enseñarle a Argento. El potro parecía haber aceptado de buenas maneras que yo era su dueño, sin duda debido a que las desgracias unen, y el viaje en barco había sido una pesadilla para los dos. Para él, soportarlo atado en la bodega de la nave, sin poder ver nada de lo que le rodeaba, pero sintiendo los envites de la mar, y para mí, con el terror de morir ahogado y la náusea permanente. Había pasado toda la travesía con él, intentando calmarle y calmarme y eso sin duda nos había unido hasta el punto de que el potro caminó felizmente tras de mí, atado a la guía de mi montura sin protestar ni una sola vez.

Así las cosas, entramos en Tudela cuando ya el sol caía y el frío se metía en los huesos y la algarabía a nuestra llegada fue grande. Fernando apareció escaleras abajo como una exhalación y se lanzó en los brazos de su madre sin dejarla casi bajar del carro. Ella le recibió con una sonrisa sincera y le abrazó con un cariño que por un segundo hizo que sintiese envidia de aquellos brazos cálidos que le recibían. Pero pronto otros brazos me recibieron a mí y su calor fue igual de reconfortante.

—¡Mi muchacho! —gritó la buena de Filomena cogiendo mi rostro entre sus manos como si fuese una posesión preciada y arrastrándome entre sus pechos—. ¡Ay que ver lo que has crecido, si solo has estado fuera unos pocos días!

—¡Rodrigo! —resonó la voz de Sebastiana que se unió a nuestro abrazo—. ¡Déjame algo para mí Filomena, que tal parece que te lo vas a comer!

—¡Cállate ya, muchacha del demonio, y déjame que le dé el cariño que seguro que no ha tenido en esas tierras de Dios! —Y sin más me apretó aún más fuerte casi sin dejarme respirar. —Garcés, me habrás cuidado bien al chiquillo, ¿verdad?, o te las vas a ver conmigo.

El gigantón se giró al oír su nombre riendo con una alegría impropia de él.

—El chiquillo como tú le llamas ha crecido, Filomena, te aseguro que mucho tiene que contaros que os dejará sin palabras, pero no podrá hacerlo si recién llegado le ahogas.

Todos rompimos a reír como la familia que realmente éramos y yo supe que había vuelto a casa.

Pasaron tres años largos antes de que mi vida, la del duque y la de Berenguela volvieran a cruzarse, tres años en los que muchas cosas cambiaron en nuestras existencias y en los que tuvimos que soportar el desgarro que provoca la pérdida de aquellos a los que queremos. Y la primera en tener que soportar ese dolor, fue Berenguela.

El primer verano tras nuestra vuelta de Poitiers fue el más caluroso que nadie podía recordar. Los ríos bajaron pobres de caudal, los campos se volvieron del color de la arena, los animales que no tenían donde refugiarse morían en las calles y las moscas eran las únicas que disfrutaban de aquel tiempo inclemente. En palacio nadie se aventuraba en los jardines ni en los patios en las horas en que el sol estaba más alto y la vida de todos en general se volvió desapacible.

Desde nuestra llegada Garcés había sido muy claro en que debía centrarme en mi formación como soldado y pasaba la mayor parte de mi tiempo con Tarik aprendiendo a manejar diferentes armas, a moverme con rapidez, pero con seguridad, y fortaleciendo mi cuerpo para poder soportar el peso de las cotas de malla que como soldado algún día debería llevar. Mi tiempo con los infantes había acabado, ya apenas veía a Fernando, de cuyo entrenamiento —mucho más ligero que el mío—, se encargaba personalmente Garcés, y mucho menos a Berenguela cuya formación transcurría tras los muros del castillo. Todos habíamos crecido, de repente, casi sin saber cómo, y nuestras vidas habían cambiado totalmente.

Una mañana de agosto, pude ver cómo la reina doña Sancha, Berenguela, y doña Ana descendían las escaleras del palacio y se encaminaban hacia los jardines de la parte sur del castillo que quedaban protegidos por el muro elevado y en los que se podía disfrutar de algo de sombra. Berenguela había cambiado y su cuerpo se había convertido ya en el de una mujer, hasta el punto de que era difícil distinguirla de su madre en la distancia. Sólo en la proximidad podía uno darse cuenta de que lo único que las asemejaba era su porte, pues el rostro de Berenguela poseía una belleza arrebatadora, segura y nada impostada que su madre había perdido hacía tiempo.

Fueron los gritos de doña Ana los que alertaron de que algo no iba bien, y los brazos de Tarik los que cargaron el cuerpo desfallecido de doña Sancha desde los jardines hasta sus aposentos. El rostro lívido de Berenguela mostraba su terror ante lo que estaba ocurriendo. Quise acercarme, abrazarla, decirle que todo iría bien, pero doña Ana lo impidió, casi arrastrándola tras el cuerpo de su madre.

Tres días estuvo doña Sancha en cama afectada de unas terribles fiebres que le hacían delirar y temblar como una hoja en otoño, sin que Berenguela se separase un instante del lado de su lecho. Y en todo

ese tiempo, el rey no apareció en ningún momento. Todos en el castillo nos preparamos para lo peor, pues quien más quien menos habíamos visto antes casos semejantes, y sabíamos que, si la fiebre persistía más allá de un par de días, el afectado tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Los médicos de la corte sangraron a la reina, esperando que así su cuerpo se limpiase y mejorase, para horror de Tarik que calificaba aquella práctica de bárbara y una manera de acelerar el paso del enfermo al otro mundo. Pero fuese como fuere, ellos eran los médicos de la corte y nadie osaría contravenirles. A la mañana del cuarto día el cuerpo de la reina no pudo más y expiró por última vez y todo el castillo lo supimos en el mismo momento que ocurrió, pues los gritos de dolor de Berenguela se escucharon en toda la fortaleza como el aullido de un lobo herido de muerte en el silencio de la noche. Aún hoy mi piel se eriza al recordar el dolor que aquel gemido profundo e inmenso transmitía, el dolor por la pérdida de una madre, quizá no la mejor madre del mundo, pero a fin de cuentas la única que tenía.

Garcés fue el encargado de dirigirse a casa de la hermana de Tarik para comunicar al rey la mala nueva. A todos nos pareció horrendo que aquel hombre no hubiera tenido siquiera la decencia de acudir al lecho de muerte de su mujer y hubiese preferido refocilarse con su amante, pero nadie cuestiona a un rey, y todos callamos. Todos, excepto Berenguela, y es que, si el rey no había de ser cuestionado, una hija tenía el derecho de cuestionar a su padre y lo hizo de una manera que ni el rey ni ninguno de los que allí estábamos olvidaría.

Tan pronto como su majestad don Sancho entró en el castillo se dirigió al salón principal donde se había dispuesto el velatorio del cuerpo de la reina amortajado con un hábito de monja blanco. A su lado, Berenguela y los infantes Sancho y Fernando vestidos de negro y algo más atrás el ama Herminia llevando de la mano a la pequeña Blanca. Cuando el rey entró en la sala se dirigió hacia sus hijos, pero fue Berenguela quien se adelantó a todos ellos para recibir a su padre y, para estupor de todos nosotros, abofetear su rostro sonoramente. Nada más se dijo. El rey con su cabeza girada por el golpe apretó los puños conteniendo la rabia que a un rey le podía suponer tal ofensa y la pena que a un padre le podía suponer tal gesto de una hija. El infante don Sancho se acercó inmediatamente a Berenguela para cogerla de los hombros, intentando evitar que aquello continuase, pero, soltándose de su abrazo, Berenguela volvió junto al cuerpo de su madre y no se apartó más de allí.

El cuerpo de doña Sancha no descansó en Tudela, como era de esperar por todos, pues a fin de cuentas era donde se encontraba la corte de su

esposo, sino en la ciudad de Pamplona, el lugar que había escogido para vivir huyendo de los agravios de su marido. La comitiva dejó el castillo de Tudela a primera hora de una mañana que, como si hubiese sentido la pena de los que acompañaban el cuerpo, había pasado del calor infernal al frío que se cala hasta los huesos.

Dentro de un carro cerrado de madera y adornado con los escudos de la familia real Navarra y el suyo original como infanta de Castilla, iba el cuerpo de la reina. Y, tras él, en otro carro mucho más discreto y también oculto al mundo por cortinajes, la acompañaban Berenguela, Fernando y Blanca junto con el ama Herminia y doña Ana. Al frente de la comitiva iban Garcés y el infante don Sancho, de luto riguroso. El rostro de Garcés mostraba los estragos de muchos días sin dormir, sin duda, pensé, debido a los preparativos de tan funesto momento. El infante, por su parte, era el vivo reflejo del dolor contenido, de quien guarda para sí las lágrimas que no le es permitido mostrar al mundo.

Cinco días tardó en regresar la comitiva, aunque tal fue como si no lo hubiesen hecho, pues todos ellos desaparecieron durante días, y para todos los que vivíamos en el castillo fue como si todo él se hubiese vuelto un sepulcro. El infante don Sancho decidió partir con unos cuantos soldados a revisar las fronteras con Aragón, sin duda una excusa para poder alejarse de un lugar que le causaba tanto dolor. Fernando y la pequeña blanca quedaron confinados en sus aposentos al solo cuidado del ama Herminia, algo que estaba convencido que debía de ser la peor de las torturas para el ahora salvaje e incontrolable de Fernando, y aún más para el ama.

Berenguela por su parte había tomado los aposentos de su madre como suyos y allí estuvo encerrada durante días, sin más compañía que la de doña Ana que bajaba cada día desesperada a la cocina pidiendo que preparasen toda clase de platos en un intento de convencer a la infanta de que comiese y gritando a viva voz para quien quisiese escucharla que de seguir así pronto acompañaría a su madre al otro mundo. Evidentemente ella no la conocía como yo, no conocía el carácter luchador y combativo de Berenguela. Sí, el dolor debía de ser inmenso y sin duda difícil de soportar incluso para ella, lo que explicaba los días de retiro que ahora decidía imponerse, pero Berenguela no permitiría que ese dolor acabase con ella. Antes de que eso ocurriese sería capaz de prenderle fuego al mundo y que todo ardiese en llamas e infierno para que compartiese su dolor.

Pero sin duda la desaparición más extraña, y también la más comentada, fue la de Garcés. Desde que la comitiva había vuelto de Pamplona nadie en el castillo le había vuelto a ver y había desatendido todas sus funciones. Yo mismo le había buscado por doquier sin éxito.

—¡Ese hombre del demonio, no parará hasta que acabe con su vida! —me comentó al respecto Filomena como quien habla del tiempo.

—¿A qué te refieres? —inquirí esperando que eso soltase su lengua.

—¡A nada, muchacho, son cosas que aún no puedes entender! —respondió descartando continuar con aquella conversación.

Sin embargo, lo entendía perfectamente. Yo también había oído a la soldadesca comentando por los patios que habían visto al gigantón por todas las tabernas de la ciudad bebiéndose hasta el vino que no tenían para acabar tirado por las callejuelas de la judería, y mi mente, mucho más lúcida de lo que Filomena me quería conceder, había atado cabos con la información que durante aquellos años me habían compartido sobre Garcés. El incidente que casi había costado la vida al infante don Sancho, y que había enfadado tanto al rey, se había producido porque Garcés estaba borracho, o eso habían dicho, por culpa de penas de amores con una misteriosa mujer. En cualquier otro caso, aquel desliz imperdonable habría acabado con Garcés expulsado de la corte o peor aún, muerto. Sin embargo, no había sido así. Alguien había intercedido por él ante el rey, la misma reina doña Sancha. Garcés era castellano, como la reina, y el castigo que había recibido había sido precisamente exiliarse a Pamplona con doña Sancha y los infantes, como su guardia personal. ¿Casualidad? Mucho me costaba aceptar que así fuese. La reacción de Garcés ante la muerte de la reina no podía deberse tan solo a gratitud por haber salvado su vida y su honor en aquel momento. El gigantón estaba devastado, y camino de destruirse sin que le importase lo que pudiese pasarle, algo que hoy sólo puedo entender si es provocado por una emoción mucho más fuerte que la fidelidad o la lealtad. El amor. No podía confirmar si doña Sancha había sido o no aquella mujer por la que Garcés estuvo a punto de arruinar su vida. Tampoco si sus sentimientos fueron alguna vez correspondidos en forma alguna más allá del gesto que le salvó. Pero lo que sí sabía es que aquel hombre nunca superaría la pérdida de la reina, y que el resto de sus años los pasaría fingiendo vivir mientras por dentro lloraba la pena de su propia soledad.

Todos aquellos días en que el silencio llenó los pasillos del castillo los pasé mayoritariamente con Argento. Garcés me había dado permiso para que se quedase en las caballerizas del castillo a las que el potro se había adaptado bien. Yo le visitaba varias veces el día con todo tipo de pretexto, desde limpiar su cubículo —algo innecesario, pues los mozos de cuadra se encargaban de ello—, hasta sacarle a los patios del castillo para que se ejercitase o simplemente pasar tiempo con él. La criatura lo agradecía enormemente y cada vez que me veía levantaba ligeramente sus patas delanteras en un amago de trotar como

saludándome, piafando feliz.

—¡Es muy hermoso! —resonó de repente la voz de Berenguela asustándome y haciendo que me girase bruscamente.

—¡Berenguela, has salido! Pensé que…

No tuve tiempo de terminar la frase pues Berenguela se lanzó a mi cuello y me abrazó con tal fuerza que casi caímos los dos al suelo. No le dije nada, no había nada que decir. Simplemente me abracé a ella y permanecí en silencio hasta que ella sintió que estaba lista para separarse de mí.

—¡Te he echado de menos, so zopenco! —dijo frotándose los ojos que estaban ligeramente vidriosos.

—Y yo a ti —respondí—, siento muchísimo lo que ha ocurrido con tu madre. Quise decirte algo, pero no me lo permitieron.

—Lo sé. Pero no fue culpa de nadie más que mía, necesitaba estar sola y poder llorar y pensar. Fue una tontería, pero sentía que lo necesitaba —relató mientras acariciaba el pelaje de Argento que agradecido se frotó contra ella dulcemente.

—Si te ha hecho bien alguno, bienvenido sea. Lo importante es que por fin has salido de tu encierro.

Estaba más delgada, y también más alta, y eso la convertía en una mezcla extraña entre una niña y una mujer, alguien a medio camino, difícil de definir, pero que sin duda era de gran belleza.

—¡Estás cambiada! —le dije incapaz de encontrar palabras mejores para expresar lo que pasaba por mi cabeza.

—Pero, ¿tú te has visto, Rodrigo?

—¿Yo? No entiendo a qué te refieres…

—Mira tus brazos, empiezan a parecer los de un hombre, y estás mucho más alto.

—Supongo que es el entretenimiento de Tarik que no me deja descansar un segundo, todo el día con la espada y la lanza —respondí sonrojándome ligeramente.

—Sea lo que fuere, te hace bien. Ya no pareces un palomo mojado.

Los dos rompimos a reír con su ocurrencia y fue maravilloso recuperar a la amiga que por un instante temí perder.

—Puedo preguntarte… ¿qué pasará ahora?

—¿Ahora? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, quizá ahora tu padre…

—Mi padre ahora es libre para seguir con su puta sin que nadie le cuestione —respondió con una rabia evidente en su tono de voz—. Hasta ahora la única que le cuestionaba era mi madre y aun así nunca le importó. Ahora mucho menos. Seguirá con esa zorra mora con la que anda y supongo que, llegado el momento, casará de nuevo.

—¿Crees que buscará nueva esposa?

—Me extrañaría mucho que no lo hiciese, para los reyes y reinas los

matrimonios son oportunidades de forjar alianzas beneficiosas para ambas partes. No han de faltarle opciones.

—¿Y tú te sentirás bien con eso?

—Ya te digo que no tengo forma de evitarlo, forma parte de mi propia vida como hija de reyes. De todas maneras, a mí sólo me preocupa mi futuro y ese no está aquí sino en Aquitania.

—¿Ricardo? —dije sin esperar respuesta—. ¿Crees que tu padre continuará con su afán de casarte con un hijo de la reina Leonor?

—Ahora más que nunca, Rodrigo. La única oposición a ese enlace era mi madre y ahora mi padre hará y deshará a su antojo.

—Pero, eso quiere decir que podría decidir casarte con otro de los hijos de la reina, o quizá con otra casa real.

—Te garantizo que eso no ocurrirá porque yo no lo permitiré. Estoy decidida a conducir mi vida por donde yo deseo que vaya. Hay decisiones que debe tomar mi padre, pero es un hombre, y como tal, manejable. Yo me encargaré de que el elegido sea el duque Ricardo, y solamente él.

Aquellas palabras, propias de una mujer mucho mayor que ella, vertidas con una seguridad que ni siquiera en muchos soldados prestos a la batalla había visto, me dejaron atónito. ¡Ojalá entonces hubiera sido capaz de ver los acontecimientos que habrían de venir sobre todos nosotros y las penas que habríamos de sufrir por ellos!

Tras el fallecimiento de la reina y el luto de tres meses que el rey impuso en toda la corte, no nos quedó más remedio que volver a nuestras rutinas, a nuestros quehaceres antiguos y también a los nuevos.

Berenguela pasó a ocupar el lugar de su madre en la gestión de todo lo que tenía que ver con el castillo: las comidas, los suministros, los gastos y, para frustración de Fernando, la educación de sus hermanos. A pesar de su juventud, nadie cuestionaba sus decisiones que, por otro lado, mostraban que había tenido una buena maestra. Tal fue su buen hacer que incluso en alguna ocasión el rey dejó que fuese ella quien atendiese a algún noble que acudía a mostrar sus respetos o algún emisario de una corte extranjera. También era cierto que, dado que el único interés del rey parecía ser la hermosa hermana de Tarik en cuya casa pasaba días enteros y que el infante don Sancho estaba sumido en un constante ir y venir que hacía que casi nunca estuviese en Pamplona, no había mucha más opción.

Por mi parte, yo debía ser el escudero más extraño que jamás hubiese existido, pues prácticamente nunca acompañaba a mi señor el infante. Acababa de cumplir los doce años, pero el infante insistía en que me quedase en el castillo y siguiese formándome como soldado,

pues aún era demasiado joven para acompañarle en sus escaramuzas contra bandidos o bandas de mercenarios que incursionaban las tierras navarras. De poco me servía lo mucho que me quejaba de que sin entrar en combate nunca aprendería a luchar, pues la respuesta del infante siempre era la misma: «Primero andamos, luego corremos». Y así me quedaba siempre con un palmo de narices.

Verdad era que disfrutaba mucho de mi entrenamiento con Tarik —y a veces con Garcés que había vuelto a ser algo parecido a sí mismo—, pero no podía evitar pensar que toda aquella formación y práctica de poco podía servir si no tenía oportunidad de poner a buen uso aquello que aprendía. En mi cabeza aún de niño, la guerra estaba cubierta de una pátina de orgullo, gloria y solemnidad y no de sangre, hedor a muerte y heces como descubriría muchos años después.

Quien parecía no tener ningún interés en su formación como soldado —para disgusto de Garcés—, era el infante Fernando. A medida que crecía, Fernando se estaba convirtiendo en un terrible dolor de muelas para todos los que le rodeaban. Y es que su carácter caprichoso, volátil, antojadizo y prepotente le auguraba un futuro nada jubiloso. Su abandono del entrenamiento con la espada enfadaba a Garcés, su falta de amor por el estudio al hermano Teobaldo, su pereza al infante don Sancho y su obsesión por todo lo femenino a las mozas del servicio a las que les tenía los pechos y las nalgas morados de tanto manosearlas. Pero con mucho a la que más enfadaba era a Berenguela, que no perdía ocasión de reprocharle su comportamiento como indigno de un infante y que incluso había llegado a amenazarle con hablar con su padre para que lo mandase a un monasterio a servir como fraile para purgar sus pecados. Algo que por supuesto ella sabía que no ocurriría, pero que era suficiente para asustar a semejante golfo en ciernes la mayoría de las veces.

Tras mi vuelta yo había hecho lo posible por no acordarme del duque Ricardo y hasta en algún momento creí ser capaz de olvidar su rostro, su cuerpo y aquel abrazo de despedida. Pero de poco me había servido. Cada noche su memoria volvía a mí, la imagen de lo que había visto en el establo, el recuerdo de su torso desnudo en sus aposentos y de los sonidos que sin lugar a duda me dejaban imaginar lo que a través de la puerta no había podido ver. La ausencia casi constante del infante don Sancho además hacía que pudiese dormir solo en mi minúscula celda en la torre de la soldadesca y allí, sin nadie que pudiese alertarse por un gemido abandonado, mis manos aprendieron a recorrer mi cuerpo y darme placer. Poco a poco fueron otras imágenes y fantasías las que empezaron a excitarme, el vistazo fugaz al cuerpo desnudo de un soldado que se cambiaba en su celda,

las historias obscenas de las conversaciones en los comedores de las barracas o un nuevo mozo de cuadras con un torso marcado. Pero, aunque todas ellas podían hacer que mi cuerpo reaccionase, ninguna de ellas me estimulaba como lo hacía el recuerdo del duque. Y aquello me destruía.

Casi de forma inmediata a aquellos actos, mi mente sustituía las imágenes placenteras por otras en las que me rodeaban cuerpos calcinados y en las que los aullidos de dolor de aquellos pecadores consumidos en el fuego del infierno reverberaban en mi mente como aullidos imposibles de olvidar. Y tras ello una vez más salía corriendo en dirección a la capilla para postrarme ante los pies de la virgen, hecho un mar de lágrimas, preguntando qué era lo que estaba tan equivocado en mí que me arrastraba una y otra vez a semejante pecado, y rogándole a nuestra señora que apartara de mí las tentaciones que me convertían en semejante monstruo. Pero si aquellos momentos desesperados en aquella capilla me proporcionaban algo de paz era solo breve y pasajera y durante mis largos días, mi mente, como si me preparase para la noche, no dejaba de lanzarme la misma pregunta una y otra vez: ¿quién dice que amar es pecado?

Si pensé que mis desvelos nocturnos eran un secreto que nadie más iba a descubrir, me equivoqué completamente y, una mañana mientras ayudaba en las cocinas a meter barricas de vino en la despensa, el hermano Teobaldo apareció como de la nada con la excusa de hablar conmigo.

—¡Buenos días, Rodrigo! —dijo acercándose a mí como si tal cosa.

—¡Buenos días, hermano Teobaldo! ¿Qué puedo hacer por vos?

—Mi buen Rodrigo, siempre tan bien dispuesto, sin duda Dios ha de agradecerte tu buen talante —respondió antes de lanzarse de lleno a aquello que le traía hasta mí—. En realidad, esta vez me preguntaba si soy yo quien puede hacer algo por ti. ¿Te encuentras bien, muchacho?

La pregunta me dejó sorprendido e inmediatamente algo en mi interior empezó a temblar como alertándome de un peligro inminente.

—Sí, hermano, me encuentro bien. ¿Por qué no debería estarlo? —respondí ignorando el tono de su pregunta.

—No, por nada, no hay ninguna razón en particular, claro. En realidad, verás…yo no duermo muy bien y para poder conciliar el sueño veces paseo por los pasillos del castillo y acabo en la capilla donde suelo rezar algo a nuestra señora antes de volver al lecho.

Aquel temblor en mi interior se hizo más intenso, mi mente me pedía que saliese corriendo de allí, pero sabía que aquello sólo empeoraría las cosas.

—Alguna noche te he visto en la capilla —continuó—, en un estado bastante compungido y, aunque sin querer hacerlo, he oído cómo

pedías perdón a nuestra madre por tus pecados y no he podido por menos que preguntarme qué pecado tan grande podía estar quitándole el sueño a mi buen Rodrigo y cómo yo podría serle de ayuda. Así que aquí estoy, dispuesto a escuchar lo que tengas que contarme, muchacho.

La mano de aquel hombre se posó sobre mi espalda, acariciándola arriba y abajo con una lentitud que me asqueaba.

Mis ideas volaban como una flecha lanzada desde una almena. Tenía claro que bajo ningún concepto podía contarle al hermano Teobaldo lo que verdaderamente quitaba mi sueño. A sus ojos, aquel habría de ser el mayor de los pecados y ponerlo en su conocimiento solo podía acarrearme consecuencias lamentables. Pero también era cierto que aquel monje sabía que algo me ocurría y que no se marcharía de mi lado sin una respuesta que satisficiese su poco cristiana curiosidad, así que debía pensar en algo y rápido.

—A decir verdad, hermano, sí que hay algo que me quita el sueño como decís y os agradezco que me deis la oportunidad de contarlo y sacarlo de mi pecho.

—Pero, por supuesto, hijo mío —contestó sentándose en una de las barricas que esperaban ser introducidas en la despensa con su rostro a la altura de mi cintura —, adelante, cuéntame lo que te abruma.

—En realidad, hermano Teobaldo… —balbuceé intentando pensar tanto rápido como pude—. Hay algo que ocurrió en nuestro viaje a Aquitania que no puedo quitarme de la cabeza.

—¡Pues dime qué es sin falta, muchacho! —replicó como la trucha que muerde el cebo entero con un rostro que mostraba ansiedad por lo que pudiese contarle.

—Pues…en Aquitania…tuve que matar a un hombre, un muchacho en realidad, para poder salvar la vida de la infanta Berenguela… —solté como quien no quiere la cosa.

—Ah, eso…—dijo el hermano Teobaldo y la decepción por no haber encontrado algo más jugoso se reflejó en su cara sin tapujos y su rostro serio se retiró hacia atrás—. Sí, algo de eso me había llegado.

—El caso es que yo nunca había arrebatado otra vida, y por las noches el rostro de aquel joven me atormenta y me persigue —mentí —, a fin de cuentas, matar es un pecado terrible, ¿no es así, hermano?

—Sí, sí, por supuesto, terrible, claro. Aunque Dios es más tolerante con ese pecado que con otros —me soltó haciendo amago de levantarse de la barrica para marcharse decepcionado por la simpleza de mis cuitas.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es eso, hermano?

—Bueno, a los ojos de Dios matar por una causa justificada no es malo. Si es para defender a los justos, para defender a la iglesia contra el infiel o para defender a tu rey… Dios sabe perdonar esas cosas pues

entiende que como hombres debemos usar nuestras armas contra sus enemigos.

—¡Ah, ya veo! —respondí haciéndome el inocente.

—De todas maneras, podemos hablar de esto en otra ocasión. Me alegra saber que no hay nada de gravedad verdadera que te preocupe y que todo sigue bien con mi buen Rodrigo. Te dejo que cumplas con tu tarea, ¿de acuerdo?

Y sin dejarme siquiera responderle, salió del patio de vuelta al castillo como alma que lleva el diablo.

El hermano Teobaldo me caía bien. Comparado con otras personas en el castillo era alguien sin demasiada maldad, pero sus preguntas habían hecho que mi cuerpo me alertase de un peligro indefinido y no podía dejar de sentir que había hecho lo correcto al mentirle sobre mis desvelos. En ese momento vino a mi mente algo que Fernando me había contado y a lo que yo no le había dado importancia hasta entonces, pensando que era una de esas cosas del diablo de niño en que el infante se había convertido. Según él, en alguna ocasión que había bajado pronto a su celda para sus clases, se había encontrado al buen hermano masturbándose entre sus biblias y sus relatos de vidas de santos mientras susurraba el nombre de algún mozo de servicio del castillo. Si aquello era verdad, tal pareciese que el buen hermano Teobaldo tenía su propia carga de lujuria y perversión y que alimentarla con los pecados carnales de otro pudiese provocarle cierto gusto. Pero yo no estaba por la labor de confesar mis deseos y mis angustias a nadie excepto a la mismísima virgen María cuando la culpa me apretase el pecho sin dejarme dormir.

Así las cosas, los años pasaron y los cambios no cesaron hasta el punto de que acabaron afectando aquello que yo pensaba intocable, el mundo perfecto de la cocina de Filomena.

Habían pasado algo más de dos años desde mi vuelta de Aquitania y, aunque los problemas entre Filomena y Sebastiana habían seguido como siempre, ni ella ni yo podíamos adivinar lo que estaba a punto de ocurrir. Sebastiana, sin previo aviso de ningún tipo, amaneció un día en la cocina para decirle a Filomena que dejaba el castillo para casarse con un comerciante de Pamplona que fácilmente le doblaba la edad. Nadie sabía cómo ni cuándo había conocido a aquel hombre, ni cuánto tiempo llevaban juntos, pero a Filomena poco le importó. Sus gritos llamando a Sebastiana desagradecida y no sé cuántas lindezas más se oyeron en todo el palacio hasta el punto de que Berenguela envió a doña Ana a averiguar qué ocurría y el porqué de tanto jaleo.

Doña Ana entro en la cocina en el momento oportuno para recibir en la cara un castañazo —literalmente una castaña voló de la mano de

Filomena a su cara—, que la dejó al borde mismo del colapso e incapaz de ver la otra ristra de cosas que volaba desde las manos de Filomena intentando acertarle a Sebastiana que, sin poder dejar de reírse, recorría la cocina huyendo de la pobre mujer y sus proyectiles. Yo lo observa divertido desde la puerta que daba al patio exterior, sin darme cuenta de lo que realmente significaba la partida de Sebastiana. Cuando logró calmarse, Filomena se negó a despedirse de la muchacha que, conociendo cómo lo hacía a la vieja cocinera, supo perdonárselo y se dirigió a mí para abrazarme antes de marcharse y decirme algo al oído.

—Cuídate mucho y cuídala a ella, ¿lo harás? Ya sabes que es muy bruta, pero sé que en el fondo nos quiere como si fuéramos sus hijos y, cuando se le pase el enfado, me echará de menos.

—Lo prometo, Sebastiana. Y tú también cuídate mucho y, si algún día vuelves a pasar por Tudela, avísame de alguna manera o ven a visitarnos. Nos hará muy felices volver a verte.

—¡Te lo prometo, mi buen Rodrigo! —Y plantándome un sonoro beso en la mejilla, se despidió de mí, con la promesa de volver a verme y los ojos llenos de lágrimas.

Sebastiana tenía muchos defectos, era impetuosa y maleducada y, a decir de algunos, algo ligera de cascos, pero siempre fue una persona de palabra y, aunque hubieron de pasar ocho meses, una mañana de invierno, un muchacho enclenque y lleno de mierda vino de la ciudad con un mensaje para mí. Sebastiana estaba en Tudela y me pedía que acudiese a verla a la mañana siguiente al mercado central de la ciudad. Nunca otra noticia me había alegrado más.

Esa mañana preparé a Argento y me dispuse a dejar el castillo en dirección a la ciudad. Mi buen caballo estaba contento, como siempre que salía del recinto del palacio, y trotaba alegremente por el camino que descendía del castillo. Le había colocado una manta y unos aperos de monta viejos, pues no quería que llamase demasiado la atención o que me preguntasen cómo había acabado semejante caballo en manos de un muchacho, me acusasen de haberlo robado o, peor aún, que alguien intentase robármelo a mí. Aunque si ese fuese el caso, más valía que la virgen amparase a ese pobre desgraciado porque Argento, fiel a su carácter, no se dejaba tocar por nadie que no fuese yo y hasta alguno de los mozos de cuadra del castillo se había llevado una buena coz o un buen mordisco por acercarse demasiado a él. A mí aquella fidelidad hacia mi persona me hacía muy feliz, más aún cuando mi montura era un regalo personal del duque Ricardo.

El mercado de Tudela se ubicaba en una calle angosta del norte de la judería, cerca de la iglesia de San Remigio. Más que un mercado

permanente era una mezcla de puestos de distintos mercaderes que recorrían las ciudades y pueblos del reino comprando y vendiendo mercancías y otros de comerciantes locales que se dedicaban a la venta de trigo y verduras.

Al acercarme al lugar y empezar a notar mayor afluencia de gente, decidí desmontar de Argento y llevarle por la brida. A ambos lados de la calle se alienaban los comerciantes que intentaban llamar la atención de los compradores a voces, cantando las alabanzas de sus mercaderías, las reales y las inventadas, pues como en todo mercado había lugar para la picardía. No tenía idea de dónde pudiese encontrarse el puesto de Sebastiana, así que comencé a descender lentamente la calle confiando en que Argento no se pusiese nervioso por la afluencia de personas que corrían de un lado para otro cruzándose sin parar. Vi puestos de fabricantes de ollas, de vendedores de fruta —aunque por la época del año la oferta no incluía mucho más que higos y manzanas—, de cera para velas, de trigo y cebada y hasta alguno de gallinas y pollos. De repente, al pasar junto a uno de los puestos, la voz de Sebastiana me llamó a gritos desde el otro lado de la calle.

—¡Rodrigo, aquí Rodrigo!

Me giré para encontrarme a una Sebastiana sonriente y feliz, que salía de detrás de un puesto de venta de pieles curtidas sujetándose un avanzado vientre de embarazada con sus manos.

—¡Rodrigo, qué alegría verte, madre mía, lo que has crecido muchacho! —me dijo mientras se me lanzaba al cuello y me abrazaba con ganas y con dificultad por lo abultado de su vientre.

—¡Me alegro tanto de verte, Sebastiana! Pero… ¡Si estás en cinta! —contesté devolviéndole la sonrisa feliz de ver de nuevo a quien tanto cariño me había dado siempre.

—Sí, ya ves, me he puesto así de gorda, no veo el momento de que este gurriato salga de una buena vez, casi no puedo moverme —replicó plena de felicidad y acariciándose el vientre—. Estoy convencida de que va a ser niño, no sabes las patadas que me da.

—Bueno, con la madre que tiene eso no es garantía, bien podría ser una niña peleona como tú.

—Eso es verdad. —Y los dos reímos felices de reencontrarnos.

—Pero dime, ¿qué tal está la buena de Filomena? Pensé que vendría contigo.

—Está bien, pero ya sabes lo cabezona que es, no vendrá por no concederte que te echa de menos, aunque no deje de decirlo todos los días.

—¿De verdad?

—Sí, a tu pobre sustituta le da la vida mártir. No hace nada bien a sus ojos y todo el día le grita que no le llega al talón a su Sebastiana,

que si su Sebastiana esto o lo otro. La pobre muchacha es muy joven e inocente y se pasa el día llorando por como la trata. No le quedará otra que endurecerse o la enterraremos pronto —le expliqué sin poder evitar reír a carcajada limpia.

—Pues sí, no sabe bien lo que le espera…

—Pero cuéntame de ti, ¿cómo te va todo? Tu marido y tú comerciáis con pieles…

—Bueno, en realidad mi marido comercia con lo que sea un buen negocio como muchos otros. Ahora son pieles y otras veces son otras cosas. Trigo, animales, depende. Viaja todo el tiempo, compra aquí y vende allá y yo le acompaño algunas veces y me ocupo del puesto mientras él hace sus negocios. Tengo una vida en la que no me falta para comer y en la que tengo un futuro, no puedo pedir más.

—Y además te ha hecho un hijo…

—Bueno…

—¿Cómo que bueno? ¿Qué quieres decir?

—En realidad —dijo bajando la voz para que nadie nos escuchase—, mi marido no podría hacerme un hijo ni aunque volviese a nacer. Tiene más años que Matusalén y la mitad de las veces que quiere yacer conmigo ni se le levanta. Y cuando lo hace viene a durar lo que un suspiro.

—Pero…no entiendo… —dije sin prestar atención a aquel exceso de información por otro lado tan propio de Sebastiana.

—Si no hubiese concebido un hijo, mi posición habría estado en peligro. No podía correr el riesgo de que me repudiase por estéril cuando el problema es suyo, Rodrigo. Ya te he dicho que viaja mucho, así que ya me he procurado yo quien me haga un hijo como debe hacerse. Él piensa que es suyo y por mí así seguirá. Cualquier día Dios le llamará a su lado y yo me quedaré con el negocio que, por supuesto, heredará su hijo.

—Pero…le estas engañando, Sebastiana —dije sin poder asumir la sorpresa de lo que me contaba.

—Sí, y no, Rodrigo. Mira, él tiene lo que quiere, una mujer joven que le atiende, que le deja hacer sus cosas cuando es capaz para que pueda presumir con sus amigos de hombría, y que le ayuda en su negocio. Y yo tengo lo que necesito, un techo, comida en mi plato, una seguridad y un futuro para mí y para la criatura. ¿Qué más da quién sea el padre?

En ese instante no pude por menos que pensar que la identidad de un padre importaba cuando por culpa de ese padre tu vida está en peligro, pero no dije nada, no sólo porque habría necesitado contarle mucho a Sebastiana, sino porque no quería arruinar el bonito reencuentro.

Pasamos toda la mañana juntos, poniéndonos al día de su vida en Pamplona y de la vida en el castillo. Para ambos fue como si nunca nos hubiésemos separado, las mismas risas, chismes y bromas que siempre habían existido entre nosotros llenaron aquella mañana que pasó demasiado rauda.

—Me temo que tendré que volver al castillo. Sebastiana, me han dado permiso para venir a verte, pero si lo alargo mucho Garcés y Tarik me reñirán.

—Veo que sigues a los pies de ese par de mostrencos.

—Sí, pero me tratan bien, me están enseñando a ser un buen soldado y ya puedo manejar la espada muy bien. Les estoy agradecido.

—Bueno, efecto desde luego tiene lo que te hacen trabajar, tus espaldas son mucho más anchas ahora, ya casi pareces un hombre.

—¿Tú crees? —pregunté incapaz de ver yo mismo esas cosas que otros empezaban a observar en mí.

—Claro que sí, créeme, ya no eres un niño, Rodrigo.

—Para serte sincero no tengo muy claro lo que soy aún.

—¿Ves?, eso es un defecto propio de hombres. —Y los dos rompimos a reír nuevamente con su ocurrencia.

Me despedí con un abrazo largo y con la promesa de Sebastiana de que la próxima vez que volviese a Tudela traería a la criatura para que pudiese conocerla. Una parte de mi corazón se resintió por la despedida de una de las pocas personas a las que consideraba familia, pero la esperanza de volver a verla me reconfortó algo.

Continué camino calle abajo buscando una salida que me permitiese volver a la vereda de ascenso al castillo. Decidí coger una callejuela oscura que salía a la izquierda y que creía que debía unirse al camino principal en la parte superior. Al tratarse de una calle más estrecha donde casi no llegaba el sol de invierno, la temperatura era mucho menor y aceleré algo el paso para entrar en calor, cosa que no le hizo mucha gracia a Argento al que aún llevaba de la brida. No había nadie en aquella calle y lo único que podía oírse eran mis pasos y los de Argento en el barro del suelo.

De repente, de la entrada oscura de una de las casas apareció una sombra gris, rauda como un zorro que se acercó hasta mí y puso su mano en mi pecho. No puede evitar reaccionar intentando retirarme hacia atrás, pensando que quien se me echaba encima lo hacía con intención de atacarme, pero el cuerpo de Argento colocado tras de mí me lo impidió. Tardé un instante en darme cuenta de quién era la persona que se encontraba frente a mí y con sus manos cogía la mía para depositar algo en su interior. Se trataba de Míriam, la sirvienta judía de la señora Jadiya, que había conocido en su casa unos años antes.

—¡Esto era de tu madre y ella querría que tú lo tuvieras para que sepas quién es tu padre! —me soltó casi atragantándose con las palabras para acto seguido salir como alma que lleva el diablo y perderse en las calles colindantes sin darme siquiera tiempo a preguntarle el porqué de todo aquello.

Miré a mi alrededor buscándola, pensando que quizá se encontraba escondida en algún otro rincón oscuro, incluso la llamé por su nombre, pero no obtuve ninguna respuesta más que el piafar nervioso de Argento que, como si supiera que algo extraño había ocurrido, me pedía que nos marcháramos de allí. Intenté calmarle y al ir a acariciarle me di cuenta de que aún tenía en mi mano lo que Míriam me había dado. Abrí los dedos lentamente, como temeroso de qué pudiese encontrar, y en mi palma encontré algo inesperado, un pequeño anillo dorado con la parte superior tallada representando algo parecido a un caballo y con una inscripción que no podía leer pues era muy pequeña. Le di vueltas a aquel anillo en mi mano, sin saber bien si guardarlo o lanzarlo al barro, pues tenía la sensación de que ardía en mi mano, pero sin que pudiese controlar lo que hacía, mis dedos eligieron cerrarse nuevamente sobre aquel objeto y no lo solté hasta que llegué a mi celda en el castillo.

Mis nudillos golpearon fuertemente contra el gran portón doble de madera y el ruido resonó en el pasillo vacío del castillo como un trueno. Deseaba que fuese Berenguela quien abriese la puerta del aposento, pero en su lugar me encontré con el poco amable rostro de doña Ana.

—¿Qué quieres a esta hora, muchacho? ¡Ya ha anochecido! —Me soltó de malos modos mirándome como si hubiese cometido una terrible infracción. Había pasado toda la tarde sentado en mi catre intentando comprender algo de lo que me había ocurrido, moviendo entre las manos el anillo que aquella mujer, Míriam, me había entregado, y sin poder quitarme de la cabeza sus palabras. Sin embargo, no había sido capaz de concluir cómo era posible que aquella mujer, a la que yo no había visto nunca antes de nuestro encuentro en casa de la hermana de Tarik, tuviese relación alguna con mi madre. A mi cabeza vinieron recuerdos de aquel día en que nos conocimos y de su insistencia en saber de mí y cómo había llegado al palacio. No sabía si en aquella ocasión ella ya sabía quién era yo o sólo lo sospechaba y deseaba confirmarlo, pero con la ayuda de la distancia ahora me parecía evidente su intento de sacarme información al respecto.

Lo único que yo saqué de aquella tarde de darle vueltas a lo acontecido fue un terrible dolor de cabeza y finalmente acepté que

debía recurrir a la única persona a la que podía confiarle lo relativo a mi origen, Berenguela.

—¡Dejadle pasar, doña Ana! —ordenó Berenguela desde el interior de la estancia y la mujer se retiró de mala gana para que pudiese entrar.

—¡Mi señora, disculpad la molestia, sé que no son horas, pero necesitaría hablar con vos de algo muy importante! —dije manteniendo las formas y confiando en que Berenguela entendiese mi apremio.

—¡Cualquier cosa puede esperar a mañana! ¿Acaso no ves que mi señora está preparada para irse a la cama?

Era verdad que Berenguela se encontraba vestida con su traje de noche y una bata recia, dispuesta para acostarse.

—¡No os preocupéis, doña Ana, no importa! ¿De qué se trata, Rodrigo?

—Es algo que necesito discutir con vos, a la mayor brevedad. Tiene que ver con la familia.

—Pero ¿qué clase de bobada es esta? ¡Sal de aquí ahora mismo, muchacho! Mi señora no tiene por qué discutir temas de su familia contigo…

—¡No, doña Ana, no os preocupéis, me interesa lo que Rodrigo tenga que contarme! Podéis retiraros, yo misma me meteré en la cama, gracias.

—Pero señora, ¡eso no puede ser! No puedo dejaros a solas con un hombre en vuestros aposentos y cuando estáis lista para iros a descansar. ¡No es propio!

—¡No digáis bobadas, doña Ana, Rodrigo es como mi hermano y a duras penas se le puede considerar un hombre todavía! ¡Salid os digo y no hagáis todo más difícil!

—¡Señora, debo insistir…!

—¡Salid he dicho o haré que os saquen! —contestó Berenguela irritada y la mujer, sin duda conocedora de lo poco conveniente que era enfadar a la infanta, agachó la cabeza y salió sin decir una palabra más.

El ruido seco de la puerta al cerrarse hizo que Berenguela se relajase de forma inmediata.

—¡Qué pesadez! Es una santa mujer, pero mojigata como una abadesa de convento. Hubiera preferido mil veces a doña Urraca, al menos ella tenía una vida más interesante —soltó guiñándome el ojo y sentándose relajada en un sillón que había tras ella—. A ver, ¿qué ha ocurrido que te tiene en este estado?

—¿En qué estado?

—En este estado —dijo señalándome—, si no fuese serio no habrías venido aporreando mi puerta a estas horas.

Y allí, en sus aposentos, a la luz que desprendía la chimenea que había tras el sillón desde el que Berenguela me observaba sin decir nada, le conté lo que me había acontecido en la ciudad.

—¿Puedo verlo? —me preguntó Berenguela tendiendo su mano para recibir el anillo que yo deposité como si de una reliquia santa se tratase.

Ella lo cogió como si tal cosa y le dio varias vueltas intentando, como había hecho yo, leer la inscripción de la parte superior.

—No puedo leer lo que dice, pero me resulta familiar. No puedo entender por qué tu madre iba a tener una rueda, me dijiste que era prostituta —dijo sin un ápice de desprecio—, ¿y por qué se la iba a dar a esa mujer…?

—Un segundo, ¿cómo que una rueda?

—Esto, el anillo, es una rueda —me explicó ligeramente irritada por algo que le parecía obvio—. Este tipo de anillo es un sello y se llama rueda por la forma circular, lo usan los grandes señores, los reyes y la iglesia para sellar documentos. Mi padre también tiene algunos, en anillos y en sellos de plomo.

—¿Quieres decir que es el sello de alguien?

—Claro, el dibujo y el texto de alrededor identifican a su dueño, pero no soy capaz de leerlo. Pero ya te digo que estoy convencida de haberlo visto antes, este caballero montado con algo sobre la cabeza dibujado en el sello me es familiar.

—¿Algo sobre la cabeza? No soy capaz de ver tanto.

—Sí, hay algo sobre la cabeza del caballero, puede ser una cruz. ¡Tenemos que averiguar a quién pertenece este sello! —dijo emocionada.

—¿Averiguar a quién pertenece? ¿No te parece que es mejor ir a ver a esa mujer y que me diga a qué viene todo esto?

—Las dos cosas son importantes, pero no puedes presentarte en la casa de la puta de mi padre a estas horas de la noche, cuando él está allí, pidiendo hablar con los criados. Sin embargo, sí que podemos averiguar esta misma noche a quién pertenece esto. Esa mujer ha dicho que te ayudaría a saber quién es tu padre, ¿no quieres saberlo de una buena vez?

—Honestamente, no lo sé.

—¡Bobadas, claro que lo sabes, pero tienes miedo! Además, si sabes quién es, quizá sepas por qué quieren matarte y puedas evitarlo.

Su razonamiento era lógico, pero la forma tan simple de hablar de mi posible muerte me erizaba el vello.

—Pero, ¿cómo vamos a averiguar nada esta noche?

—No he dicho que lo consigamos, pero sí que podemos intentarlo. Si estoy en lo cierto y he visto antes este sello sólo puede haber sido en la correspondencia de mi padre, puesto que yo no recibo cartas

selladas. La correspondencia de mi padre se archiva en el castillo. Sólo tenemos que revisar el archivo y buscar un sello como este.

—Un momento, ¿revisar la correspondencia del rey? ¿Estás loca?

—¿Por qué? Es el único lugar donde podemos encontrar información…

—Pero si nos pillan me echarán de la corte o algo peor.

—Por eso lo vamos a hacer de noche. Mira, la llave del archivo la tiene siempre el senescal de mi padre, el conde de Falces, que hace las veces de secretario. Desde que mi padre pasa las horas en casa de esa puta mora, ya ni siquiera los consejos de nobles tienen lugar de forma regular, así que el conde rara vez viene por palacio.

A mis oídos lo que Berenguela me contaba debía ser verdad, pues yo nunca había visto a tal conde.

—Y si no viene, ¿cómo vamos a entrar al archivo?

—Pues con la segunda llave, que es guardada por nuestro querido hermano Teobaldo —dijo remarcando con un gesto la sorna de lo de querido.

—Peor me lo pones, no sé cómo vamos a conseguir esa llave.

—No necesito conseguirla, porque la tengo justo aquí. —Y abriendo uno de los cajones de una cómoda del lateral de la sala, sacó un manojo de llaves de hierro que resonaron al chocar unas contra otras.

—Pero ¿cómo…?

—Tal parece que los astros se alinean para tu suerte, Rodrigo. Tienes que agradecérselo al mostrenco de mi hermano Fernando.

—¿Fernando?

—Sí, esta tarde le hemos pillado intentando entrar en la celda del hermano Teobaldo aprovechando que está en Pamplona. El muy sinvergüenza le había robado las llaves antes de irse y pretendía entrar para hacer alguna de las suyas. Ya ves, parece que estaba de Dios que pudiésemos averiguar a quién pertenece este anillo.

—¿De Dios o del Diablo?

—Tanto da si es para nuestro beneficio —me espetó—, y date la vuelta que me voy a cambiar y nos vamos directos al archivo.

—Yo no lo tengo claro, Berenguela, si nos pillan… —dije girándome como me había ordenado.

—¡Entonces procuremos que no sea así! —Y ya no me dejó decir una palabra más, sino que agarrándome de la mano me arrastró tras ella por el pasillo.

El archivo se encontraba en el primer nivel del castillo y para llegar hasta él tuvimos que pasar por la puerta de los aposentos de doña Ana, cosa que hicimos casi sin respirar, pues no queríamos alertarla por nada del mundo.

La sala resultó ser bastante grande, sin ventanas al exterior y con las paredes cubiertas de estanterías de madera en las que se apilaban decenas de documentos, algunos enrollados o guardados en fundas de piel, pero en su gran mayoría dispuestos desplegados unos encima de otros sin nada que indicase un orden concreto. En el centro de la sala había un gran sillón y una mesa de madera y sobre ella descansaban aún más escritos.

Yo no tenía ni idea de por dónde empezar ni creo que la tuviese Berenguela, pero ella al menos podía leer de forma fluida y veloz, lo que le permitió empezar a revolver aquellas pilas de documentos inmediatamente. Yo, aunque podía leer gracias a las enseñanzas del hermano Teobaldo, no tenía la costumbre de hacerlo cada día como Berenguela, lo que significaba que era mucho más lento en poder determinar el objeto de aquellos escritos, así que opté por limitarme a buscar en ellos dibujos que pudieran parecerse al sello que me había entregado Míriam.

No estoy seguro de cuánto tiempo pasamos en aquella sala a la luz de una triste vela, pero debió de ser muchísimo y los dos acabamos agotados y frustrados. En la mayoría de aquellos documentos había sellos, en algunos varios, pero ninguno de ellos parecía coincidir con el anillo y llegó un momento en que el esfuerzo de tener que leer en aquella oscuridad hizo que nuestros ojos no pudiesen más. Berenguela se sentó en el sillón de la sala derrotada y yo hice lo propio en el suelo.

—¡No lo entiendo! Estoy convencida de que he visto un sello como ese antes, y sólo puede haber sido en uno de estos documentos —dijo dándole un golpe con su mano a los papeles de la mesa por pura frustración.

—Da igual, Berenguela, lo hemos intentado, mejor será que nos vayamos antes de que nos pille alguien o te echen a faltar.

Berenguela no me contestó, sus ojos estaban fijos en los papeles que tenía delante y ni siquiera parpadeaba, supuse que por puro agotamiento.

—¿Berenguela? ¿Me oyes?

—¡Santa María! —Fue la única respuesta que recibí mientras sus dedos levantaban uno de los papeles que estaban frente a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Qué has encontrado?

—Estas son las cartas de…, las cartas de condolencia por la muerte de mi madre que le han enviado a mi padre nobles y otras casas reales —me explicó y yo me levanté del suelo para acercarme.

—¿Y qué ocurre con eso?

—Ocurre que ya sé a quién pertenece ese anillo.

—¿Cómo? —dije acercándome para mirar por encima de su hombro al escrito que sostenía en sus manos.

—¿Ves esta carta? Fíjate en los sellos.

En aquella carta aparecían dibujados dos círculos diferentes. Uno de ellos tenía en su interior una mano con la palma abierta, a su lado, el otro representaba claramente a un jinete con un escudo largo dispuesto a su costado, y dibujado sobre el casco, en un tamaño mayor, una cruz. No había lugar a dudas, era idéntico al del anillo, pero debido a su mayor tamaño, esta vez sí podía leerse lo que decía la estela que lo rodeaba: SIGNUM ADEFONSI REGIS.

—Rodrigo, ¿sabes lo que esto significa? —Pero yo no podía articular palabra, pues incluso yo había podido entender lo que aquella estela anunciaba.

—Si lo que te dijo esa mujer es cierto, ¡eres hijo de mi primo, el rey Alfonso de Castilla!

Necesité de un buen rato para encontrar las fuerzas para poder salir de aquella sala y cuando lo hice era como un cuerpo sin vida que Berenguela tuvo casi que arrastrar por los pasillos del castillo de vuelta a sus aposentos. Allí trató por todos los medios de hacerme entender que aquel descubrimiento no cambiaba para nada mi situación, pero yo lo veía de forma diferente.

—No lo entiendes, Berenguela, esto lo cambia todo.

—Te equivocas, no cambia nada, eres el bastardo de un rey como ha habido cientos en la historia de todos los reinos, lo único que cambia son tus opciones de futuro. No serías tampoco el primer bastardo que sucede a su padre como rey.

—Pero, ¿te has vuelto loca?

—Claro que no, digo la verdad, estas cosas pasan. Mi primo a día de hoy sólo tiene una hija, si no tuviese hijos muchos verían con buenos ojos que un varón, aunque sea bastardo, herede la corona. ¿Te imaginas si te convirtieses en rey de Castilla?

—No sabes lo que dices, Berenguela, precisamente ese es mi problema, ¿o no lo ves? Si en verdad soy como creemos el hijo del rey Alfonso, eso explicaría por qué quieren quitarme del medio. Precisamente para que no sea un problema a la hora de la sucesión.

—Eso no lo sabes, no tienes idea de quién quiere tu muerte.

—De momento sé seguro que la reina Leonor de Castilla está interesada, ¿te parece poco? ¿Sabes de alguien que pueda tener mayor interés en librarse de mí que la madre del futuro heredero legítimo? El peligro en el que me encuentro es mucho mayor del que pensaba.

—¿Por qué? Te repito que no ha cambiado nada.

—Claro que ha cambiado, si han querido matarme cuando yo no sabía nada, ¿sabes lo que será si descubren que sé quién es mi padre? Entonces será aún más urgente eliminar al potencial competidor.

—Creo que exageras, nadie más que tú y que yo sabemos esto y así seguirá. A fin de cuentas, somos familia —contestó sonriendo y guiñándome un ojo.

—Te equivocas de nuevo, hay alguien más que lo sabe.

—Cierto. Esa mujer, Míriam —replicó pensativa—. Y, de hecho, estoy segura de que sabe mucho más y es imprescindible que averigües el qué.

—¿Qué más puede saber?

—Para empezar tu historia. Sabes quién es tu padre, pero no sabes cómo llegó ese anillo a tu madre. Entiendo que tu madre era prostituta, pero los clientes de los prostíbulos no van por ahí entregando anillos con su sello. Aquí hay algo más, creo que hay más en esta historia que necesitas saber.

—No sé si sabrá mucho o poco, pero sea lo que sea tendrá que contármelo. Me va la vida en ello.

—Perfecto, mañana iré contigo y le preguntaremos todo.

—¡De eso nada!

—¡Pero, esta aventura es de los dos!

—Para empezar, nunca podrás salir del castillo sin guardia, segundo, si te presentas en casa de la señora Jadiya será tu padre el que te verá y querrá saber qué haces en casa de su amante, y tercero, ni siquiera yo puedo acercarme a la casa directamente y preguntar por Míriam. Tendré que esperar fuera y confiar en que salga en algún momento.

—Vale, tienes razón —replicó visiblemente contrariada—, pero te advierto que si no vienes inmediatamente a contarme lo que te diga no tendrás que preocuparte por ese asesino tuerto porque te mataré yo misma.

A la mañana siguiente y sin haber dormido un ápice, ensillé a Argento y salí en dirección a Tudela. A ojos de todo el mundo iba a cumplir un encargo de la infanta Berenguela, así que pude evitar las preguntas indiscretas.

Me encaminé directo a la casa de la señora Jadiya, pero evité entrar en su calle y bajé por la paralela hasta poder ubicarme un par de casas por debajo de la suya en un callejón lo suficientemente estrecho y oscuro para que Argento y yo pudiésemos observar las entradas y salidas de aquella vivienda. El callejón apestaba a orines y heces, pero no tuve más remedio que aguantar allí viendo como los únicos que entraban y salían de la casa eran los soldados que custodiaban al rey. Después de varias horas y sin haber probado bocado ni bebido nada por fin pude ver como Míriam, vestida con una saya larga de color gris y el pelo cubierto, salía de la casa cargando un cesto vacío, sin duda

camino a realizar alguna compra.

Inmediatamente monté a Argento y subí por los callejones que ya conocía para lograr interceptarla en su camino, pero suficientemente lejos de la casa de su ama para que, si estuviese tentada a chillar y pedir ayuda, nadie pudiese oírla. Por suerte, aquellas calles estaban desiertas, excepto por una o dos mujeres que también se dirigían a sus labores, así que fue fácil sorprender a la mujer al girar una esquina de un callejón.

—¡Míriam! —dije llamándola por su nombre.

—¡No! ¿Qué haces aquí? —preguntó asustada y reculando para alejarse de mí—. ¡No deben vernos, nos pondrás a los dos en peligro!

—¡He averiguado a quién pertenece el anillo! ¡Tienes mucho que explicarme, no puedes dejarme así! —le contesté intentando acercarme más a ella.

—¡Yo no sé nada más, muchacho, no puedo explicarte nada! ¡Déjame ir!

—¡Lo haré cuando me expliques lo que sabes de mi madre, no antes!

—Lo que pides es imposible, Rodrigo —replicó usando mi nombre —, no debes saber nada más, no te conviene.

—Si me conviene o no debo decidirlo yo. Si has llegado hasta el punto de entregarme este anillo porque mi madre te lo pidió entiendo que ella debió de ser alguien importante para ti. Por ella te lo ruego, necesito que me cuentes todo lo que sepas.

—Rodrigo, si te cuento lo que sé, no habrá marcha atrás, ¿lo sabes? — me dijo mientras sus manos temblaban.

—Sí, lo sé, pero, aun así, quiero saber lo que sepas de mi madre y de este anillo.

—En ese caso, —contestó derrotada—, búscame en la puerta del cementerio judío a media tarde y allí te contaré la verdad sobre tu madre. Pero debo advertirte, mi querido niño, lo que debo contarte, no será algo agradable de escuchar.

—No te preocupes, pocas cosas en mi vida lo son.

Y, con una mirada de infinita tristeza, Míriam cogió su cesto con las manos aún temblando y se perdió en las calles de Tudela, mientras yo empezaba a contar las horas que quedaban para la puesta de sol.

El cementerio de los judíos se encontraba al noroeste de la ciudad, al otro lado del río Queiles. Yo nunca me había aventurado por aquellos derroteros, y no tenía razones para hacerlo, así que no pude regresar al castillo, pues de hacerlo, todo el mundo me vería salir en aquella en dirección y no podría evitar preguntas que no deseaba contestar. Por esa razón, tuve que pasar todo el día en Tudela, esperando a que llegase la hora de mi encuentro con Míriam.

Llegué al cementerio acalorado por los rayos del sol que bañaban las piedras del muro bajo que lo rodeaba. El lugar estaba situado en la falda de una colina, orientado hacia el este y a primera vista parecía desierto. Argento piafó incómodo como si aquel sitio le pusiera nervioso y tuve que hacer un esfuerzo por calmarle, acariciándole suavemente mientras le ataba a la puerta del recinto para aventurarme en su interior.

El cementerio no era tan distinto de los que yo conocía. Casi todas las tumbas tenían una piedra que marcaba el lugar del reposo del difunto con cosas escritas en aquella lengua de los hebreos que yo no podía entender, aunque aquí y allí se podía observar alguna que también tenía cosas escritas en el latín que me era más familiar.

En la parte posterior del cementerio, junto a un almendro enclenque y medio muerto, pude ver una figura postrada ante una de las tumbas. Era Míriam. Vestía el mismo atuendo que aquella mañana, pero su rostro, humedecido por lágrimas, aparecía sonrojado y su respiración agitada. Al acercarme, ella se percató de mi presencia y, secándose las lágrimas con la mano, se irguió y se adecentó el vestido manchado de tierra.

—He dudado hasta el último momento si venir o no —me dijo sin siquiera saludarme—, pero ellos querrían que hiciese lo posible por ayudarte.

Su rostro se giró para mirar a la lápida que marcaba la sepultura a cuyos pies había estado arrodillada.

—¿Ellos? —pregunté sin entender lo que me quería decir.

—Aquí yacen mis padres —respondió sin retirar la vista de la lápida —. Fallecieron hace varios inviernos, y eran la única familia que nos quedaba, tanto a ti como a mí.

—¿Cómo? —dije entendiendo lo que me decía, pero sin ser capaz de darle sentido en mi cabeza.

—Estoy un poco mareada. ¿Podemos sentarnos allí, junto al almendro? —me preguntó señalando una parte baja del muro del recinto junto a aquel árbol medio muerto.

Asentí con la cabeza y la seguí hasta aquel asiento improvisado donde se dejó caer exhalando profundamente como quien está agotado por un trabajo pesado.

—¡Necesito que me expliques lo que sabes, Míriam! Si no lo haces acabaré por volverme loco, ese anillo que me diste…ese anillo es de…

—Sé bien a quien pertenece ese anillo, Rodrigo, por desgracia lo sé. Y sigo pensando que tu vida habría sido más feliz sin saber de las desdichas que rodearon tu nacimiento, desdichas que quizá aún no hayan terminado —dijo con un tono de voz de inmensa pena—. Pero cumpliré la promesa que le hice a mis padres en su lecho de muerte y a tu madre la última vez que pude verla. Debo cuidar a mi familia.

—¿Soy yo tu familia? —le pregunté directo sin dejar de mirar a sus ojos oscuros y profundos.

—La única que me queda, como yo soy la única que te queda a ti.

—¿Cómo es posible?

—Déjame que te cuente tu historia, Rodrigo, y que Dios me perdone por ello.

Y allí, entre aquellas tumbas, Míriam me relató su historia que era la mía:

«Yo nací en Tudela, hija de padres judíos sin fortuna, pero honrados y respetuosos de la ley de nuestro pueblo, miembros de una respetada familia hebrea. Al cumplir diez años, mis padres me enviaron a vivir con mis tíos en la ciudad de Burgos, confiando en que junto a ellos tendría mejores opciones que las que ellos podían ofrecerme aquí en Tudela. Eso hizo que tu madre y yo creciésemos juntas, más como dos hermanas que como las primas que éramos.

El nombre de tu madre no era el que le dieron en ese horrible lupanar donde naciste y donde ella acabó sus días. Aquel fue tan solo un nombre inventado para escapar de una amenaza, para esconderse de todo lo que podía causarte algún daño, de un terror que ella no podía olvidar, pero que creía que podía evitarte a ti. Su nombre era Sara Bat Simón, que en nuestra lengua significa Sara, hija de Simón, y su padre era Simón Ben Nissim, rabí de la ciudad de Burgos.

Crecimos de la mano, como dos niñas felices que disfrutaban la vida sin preocupaciones que el prestigio de mi tío nos ofrecía. Como rabí de los hebreos en la ciudad tenía un papel relevante en las leyes y normas que nuestra gente debía observar, hacía de juez en las disputas y guiaba al pueblo en temas religiosos. Y todo el mundo le respetaba y quería por su buen juicio y gran corazón. Por desgracia ese papel en la comunidad judía de la ciudad fue lo que desencadenó los acontecimientos que tanto nos hicieron llorar poco tiempo después

Las dos niñas crecieron, pero nos convertimos en dos mujeres muy diferentes, al menos en lo externo. Mientras yo siempre fui tímida y nunca tuve gran hermosura, tu madre creció como las rosas más hermosas, con una belleza arrebatadora que a sus quince años era ya innegable y que atraía las miradas de todos los que tenían la suerte de cruzarse con ella.

Ella, aunque conocedora de la reacción que provocaba en los hombres, nunca hizo gala de ello, y siempre respetó tanto las tradiciones de nuestro pueblo como aquello que mi tío determinaba como cabeza de familia. Y nuestra vida era feliz.

Una mañana un mensajero trajo nuevas para mi tío. El rey niño —como llamaban al rey don Alfonso, pues había heredado la corona

cuando apenas contaba tres años—, visitaría Burgos dos semanas más tarde para iniciar los preparativos de su coronación en las cortes de la ciudad al haber alcanzado la edad de quince años. La ciudad, a fin de honrarle y congraciarse con él, había organizado un gran banquete al que debían acudir todas las familias notables, incluidas las judías. Era un honor muy grande que se invitase a los judíos a semejante acontecimiento, uno que mi tío Simón no podía rechazar. Su familia representaría a toda la comunidad hebrea, y tendría la oportunidad de congraciarse así con el mismo rey. No con aquellos que le habían custodiado hasta ahora, sino con el hombre que determinaría nuestros destinos de ese momento en adelante.

La ciudad no escatimó en preparativos, ni lo hicimos tampoco nosotros. Se encargaron nuevos vestidos, se sacaron las joyas familiares y otras se tomaron prestadas de familias judías importantes, nada era poco para semejante ocasión.

El día del banquete, tu madre lucía como una reina. No había brillo de joya alguna que pudiese hacer sombra al resplandor de su rostro, ni flor que pudiese competir con el rojo de sus labios, ni junco que se moviese con más gracia que su cuerpo. Era una visión, y lo fue para todos.

El banquete transcurrió como era de esperar. Como judíos fuimos relegados a la mesa más alejada del rey, pero nada de eso importaba; para mi tío simplemente estar allí era una batalla ganada. Desde nuestra posición apenas si podíamos ver al joven delgado y rubio que iba a ser nuestro señor, sin embargo, el sí pudo vernos a nosotros, o, mejor dicho, a Sara.

Nada notamos aquella noche que nos hiciera pensar en lo que podría ocurrir. El banquete transcurrió de forma apacible y tranquila, tan solo interrumpido por los numerosos brindis de saludo a la salud del rey. El joven monarca parecía de buen humor, compartiendo frecuentemente risas y comentarios con sus compañeros de mesa, incluidos sus dos consejeros más cercanos, un hombre mayor llamado Beltrán de Villena, y su hijo, una bestia carente de un ojo llamada Román.

Aquellos hombres habían conseguido acercarse al rey una vez que el control de la familia Lara, que habían sido sus guardianes, había desaparecido. Y lo habían hecho en el momento perfecto, esa edad en la que los hombres descubren sus pasiones más bajas y el cuerpo de una mujer se convierte en un vino que se les sube a la cabeza. Los Villena habían sabido ganarse el afecto del rey alimentando sus necesidades recién descubiertas con todo tipo de placeres y no dudaban en recorrer todos los burdeles a su alcance para darle al niño rey mujeres que supieran hacerle un hombre. Pero aquello que había ocurrido con muchos otros hombres antes, reyes y labriegos, alimentó

en el muchacho la idea de que, como hombre y como rey, nada había que no estuviera a su alcance, en particular si de una mujer se trataba.

Pasaron dos días antes de que supiéramos lo que aquellos hombres traían entre manos. Una tarde Beltrán de Villena y su hijo se presentaron en casa para hacerle a mi tío una propuesta que habría indignado a cualquier padre. El rey se había encaprichado de la belleza de Sara y no estaba dispuesto a no satisfacer su deseo, así que Beltrán de Villena ofreció una cantidad ingente de dinero a mi tío por ella. Aquel hombre miserable y rastrero pensaba que podía comprar la honra de tu madre como quien compra un cordero en el mercado. La furia de mi tío no tenía fin. A gritos, y con ayuda de los criados, echó a patadas a aquellos dos desgraciados de nuestra casa, dejándoles claro que la honra de su familia no estaba en venta. Poco sabía Simón que aquello que no se puede comprar, se puede robar.

Fue la mañana siguiente en el mercado. Tu madre y yo habíamos acudido con dos criadas más a hacer las compras necesarias para la casa y fuimos atacadas mientras paseábamos entre los puestos, a la luz del día y a la vista de todo el mundo. Cuatro hombres con la cara cubierta nos golpearon con palos hasta dejarnos inconscientes mientras arrancaban a Sara de nuestros brazos. Lo último que recuerdo fueron los gritos desesperados de tu madre pidiendo ayuda antes de que perdiese el conocimiento en el suelo. Nadie nos ayudó, éramos judías, no merecíamos la ayuda de nadie.

Cuando recuperé el conocimiento me encontraba en casa. Debido a nuestra tardanza habían enviado criados al mercado que nos habían encontrado inconscientes en el barro y nos habían traído de vuelta. Como pude, le expliqué a mi tío lo que había ocurrido y se enviaron hombres a recorrer todas las calles de Burgos en busca de Sara, pero nadie encontró señal alguna de ella. Fue muchas horas después cuando los criados la encontraron en nuestra calle, tambaleándose y ensangrentada, aunque la herida era mucho más profunda que la que cualquier puñal podría haber causado. Tu madre estuvo inconsciente tres días en los que creímos que la perderíamos, pero, por encima de todo pronóstico, su cuerpo logró resurgir y recuperarse. El horror que nos relató cuando por fin pudo hablar hizo que ninguno de nosotros nos recuperásemos jamás.

Aquellos hombres la habían llevado a un palacio en la ciudad que ella no recordaba haber visto antes. Allí, la habían lanzado sobre el lecho de un aposento y la habían dejado sola. De nada sirvió que gritase pidiendo ayuda, pues la estancia no tenía ventana alguna y nadie la escuchó. Un instante después la puerta se abrió y fue el rey quien entró por ella. No hubo explicaciones ni palabras, no hacían falta pues el muchacho, de su misma edad, pero mucho más fuerte, se dirigió hasta ella y le arrancó el vestido con la ansiedad de un perro

cegado por su presa. Sara gritó, intento cubrirse, se defendió como pudo, arañando el rostro de su atacante que la golpeó en respuesta derribándola sobre la cama donde ella siguió defendiéndose a patadas. Cansado de tanta resistencia, el joven rey abrió la puerta de la estancia y llamó a gritos a sus perros. Beltrán y su hijo entraron en la sala y entre risas sujetaron a la cama con sus manos el cuerpo desnudo de tu madre que nada pudo hacer ya para defenderse. Acto seguido, aquel rey indigno se bajó los calzones y como un cobarde violó a Sara, ignorando sus gritos y sus peticiones de que la dejasen marchar.

Tu madre no recordaba cómo había salido de allí, ni quién la había vestido ni llevado hasta su casa, solo recordaba que cuando el rey se hubo satisfecho se quitó el anillo que llevaba puesto y se lo tiró encima diciéndole que ser puta de rey debía estar bien pagado. Ese es el anillo que ahora tienes en tus manos, el pago por un ultraje más allá de toda ofensa y felonía.

No he podido olvidar la rabia desbordada de mi tío, los aullidos de dolor de mi tía ni el rostro ausente, alejado de la realidad de tu madre. Aquel día la casa de Simón Ben Nissim fue una tumba de pena y amargura, pero nada comparable a lo que había de llegar.

Pasaron varios días antes de que tu madre pudiese levantarse de la cama. Cuando por fin pudo hacerlo, la acompañé hasta la casa de la partera que atendió los desgarros y heridas producidos por aquella salvaje agresión. Tu madre estuvo bajo los cuidados de aquella mujer durante semanas hasta que un día nos vimos obligadas a retornar a casa con la más terrible de las noticias. Sara estaba embarazada.

Nada se había comentado del ataque. Mi tío, el hombre recto y justo al que todo el mundo respetaba por su sabiduría y bondad, decidió anteponer el honor de la familia al dolor de su propia hija y aquella noticia no traspasó las puertas de su casa. Pude ver la decepción y la pena inmensa en el rostro de Sara cuando nos comunicaron que se vendría a vivir con mis padres en Tudela donde permanecería encerrada hasta que naciese la criatura para que nadie que nos conociese supiese de aquella desgracia. Nuestra desgracia. A nadie le importó cómo se encontrase Sara, solo la vergüenza que podía acarrear al nombre de la familia. Pero tu madre no dijo nada, ni siquiera derramó una lágrima al despedirse de sus padres y abandonar Burgos en dirección a Tudela.

En casa de mis padres hicimos lo que se nos había ordenado. Durante semanas permanecimos encerradas, ni siquiera los vecinos supieron que Sara estaba viviendo con nosotros. Todo por salvaguardar el nombre de la familia. Aunque pronto eso dejó de importar.

Una mañana, unas tres semanas tras nuestra llegada, nos llegaron las más terribles nuevas de Burgos. Mis tíos y todos los criados de la

casa habían sido encontrados muertos, con el cuello cercenado como cerdos. El mensajero nos dijo que los rabís de la ciudad habían determinado que debía tratarse de un robo, un simple robo que había acabado en desgracia. Sara estaba convencida de que no era así. Entre las lágrimas por el tremendo dolor de haber perdido a sus padres me comentó que no tenía duda de que el mismo rey había ordenado esas muertes. Su intuición, aunque imposible de confirmar, tenía sentido. Dejar libre a la muchacha a la que acababa de violar era un error de cálculo, pues esa muchacha, o cualquiera de su familia, podría contar lo ocurrido y poco respeto se puede tener a un rey que se comporta de forma tan ominosa. Yo intenté decirle que se equivocaba, que todo era una terrible causalidad, pero no me escuchó. Su mente seguía obsesionada con que había sido por orden del rey y que si averiguaban dónde se encontraba los siguientes seríamos mis padres y yo. De repente dejó de dormir, apenas comía y andaba por la casa como un alma en pena, farfullando cosas que nadie entendía. Traté de hacerle razonar, de hacerle comprender que su comportamiento ponía en peligro a la criatura que llevaba en su interior. Pero no sirvió de nada.

Un día nos despertamos para descubrir que se había marchado. No hubo aviso alguno, una indicación de a dónde había ido, simplemente se fue.

Tardé siete años en volver a tener noticias suyas. Un mercader de Pamplona me hizo llegar razón de ella. Para entonces mis padres ya habían fallecido y yo me había visto obligada a entrar a trabajar como criada para la señora Jadiya, pues no había heredado dinero alguno de ellos y, por la misma razón, nunca habían podido acordar mi matrimonio. En el mensaje me decía dónde encontrarla en la ciudad de Pamplona y me pedía que acudiese a verla, cosa que hice sin dudar.

Cuando llegué al lugar donde se encontraba lloré de pena por lo que la vida había obligado a hacer a mi querida Sara. Sola y embarazada, el único sitio donde le habían ofrecido trabajo había sido en una mancebía. Allí al menos nadie le había dado importancia a la criatura que venía de camino. Una manceba de su belleza era una posesión preciada y, siempre y cuando no le afectase para seguir trabajando, a nadie le importaba su embarazo. De aquella manera, al menos había conseguido conservar a su hijo a su lado. A ti, muchacho.

Pero había una razón por la que Sara, que ahora utilizaba el nombre por el que todos la conocíais en la casa de placer, me había pedido que acudiese a ella. Unas semanas antes había aparecido por el lupanar un hombre tuerto preguntando por una joven de su edad que pudiese tener un chiquillo de la tuya. La matrona del burdel había callado lo que sabía, quién sabe por qué, pero Sara había visto desde un lugar escondido de quién se trataba y la sangre se había helado en

sus venas. Era Román de Villena, el hijo de Beltrán, que había ayudado a que el rey pudiese violarla. Y entonces comprendió que su vida y la de su hijo estaban en peligro.

Tu madre me pidió que me llevase el anillo conmigo y me indicó que te enviaría a Tudela en unos días para protegerte de ese hombre. Yo debía explicarte la verdad de tu nacimiento cuando tuvieses edad para comprenderlo. Nunca tuve la oportunidad de hacerlo. Dos días después, tu madre fue asesinada, degollada como lo habían sido sus padres. Para cuando lo supe y pude acudir a la mancebía para llevarte conmigo esa maldita de la puta grande ya te había vendido a un hombre. Pensé que sin duda debía de tratarse del tal Román, y asumí que te había perdido como había perdido a tu madre. No fue hasta que te vi en casa de la señora Jadiya, cuando vi a tu madre mirándome fijamente desde tu rostro, que comprendí que había sido Garcés, quien debía haberte sacado de ese lugar, y supe que tenía una nueva oportunidad de hacer lo que le prometí a tu madre.»

—¡En el nombre del profeta! ¿Qué diablos te ocurre hoy, muchacho? ¡Atiende o acabarás desollado como un cordero! —bramó la voz de Tarik evidentemente irritado y con razón pues era el tercer corte que me llevaba esa mañana por no haber sido lo suficientemente rápido esquivando los mandobles de su sable.

—¡Perdona Tarik, no he dormido bien! —Me excusé intentando recuperar el resuello de correr de un lado para otro cargando la pesada espada con la que llevábamos ya tiempo practicando.

—Más vale que te esfuerces más, en la guerra no tendrás tiempo de decirle a tu enemigo que no pudiste dormir, a no ser que quieras que te envíe a dormir para siempre el sueño de los justos —me espetó usando una expresión propia de cristianos.

La verdad era que le había mentido, no es que no hubiese dormido bien, sino que no había dormido nada. En mi cabeza se repetían una y otra vez las palabras de Míriam, todas ellas, como una letanía horrible e interminable. El rostro de aquel hombre tuerto aparecía frente a mí, riéndose a carcajadas, gritándome que él y sólo él había destruido toda mi familia. Él había facilitado que el rey Alfonso violase a mi madre, que destruyese su vida como si no valiese nada. Él había acabado con la vida de mis abuelos y no me cabía duda alguna de que él era el responsable de la muerte de mi madre. Mi madre, una mujer judía que había sacrificado su existencia para trabajar como puta en un burdel de mala muerte tan solo para que su hijo pudiese vivir. Un hijo al que podría haber odiado por ser fruto de aquella vejación horrible a manos de un rey, pero al que ella decidió amar por encima de todo.

Aquel recuerdo había hecho que su rostro, aquel que había prácticamente olvidado después de esos años sin poder verla, volviese a mi mente con toda claridad y mis ojos se deshiciesen en lágrimas en cuanto Míriam había dejado de hablar. Ya no había podido parar. Como tantas otras veces había buscado el consuelo de la Virgen en la capilla del castillo. Aquella imagen que siempre me había tranquilizado y calmado en mis momentos de angustia, pero el efecto fue el contrario.

Todo aquello era injusto, su violación, su muerte, la de mis abuelos. Las vidas de tantas personas habían terminado porque no significan nada para otros que se consideraron con derecho a arrebatarlas. Todos ellos habían muerto porque un rey había considerado que así debía ser, porque estorbaban en su vida, porque podían mostrar al mundo el monstruo que era.

Un sentimiento profundo, oscuro y ardiente como una inmensa hoguera se apoderó en ese instante de mi persona. Odio. Algo que

nunca había sentido antes y que, sin embargo, pude reconocer inmediatamente. Odiaba a ese rey que era mi padre, odiaba a ese bastardo tuerto que había terminado con mi familia y odiaba al mismo Dios que había permitido todo aquello. ¿Dónde habían estado Dios, su madre y todos sus santos mientras todo aquello ocurría? El padre Teobaldo se llenaba la boca hablando de un Dios que castigaba nuestras faltas, pero aquellos hombres que habían destruido mi vida y la de mi madre seguían vivos. De repente nada tenía sentido. Aquella imagen era solo un trozo de madera, vacío, sin alma. Dios no podía existir porque no era lógico que Dios permitiese tanta crueldad. Ese Dios que me pedía que negase mi propio ser, mis sentimientos y, a cambio, me recompensaba con la muerte de mi familia.

Allí, en aquella oscuridad de la capilla, me juré a mí mismo que yo llegaría donde aquel Dios inventado no podía, que arrebataría las vidas de todos esos hombres antes de que ellos pudiesen arrebatar la mía. Yo era fruto del pecado de un rey, y yo sería la mano que le haría pagar su penitencia.

Después de dos caídas más y de otro corte, esta vez en la mejilla, Tarik sucumbió a su frustración y dio por terminada nuestra práctica avisándome que al día siguiente el ejercicio sería doble.

Yo no tuve las fuerzas ni las ganas de discutir con él y me dejé caer en el suelo de arena del patio de armas, bajo un sol de justicia, con la cabeza agachada y la espada entre mis piernas, incapaz de cargar siquiera con mi propia miseria y tan sólo queriendo algo de paz. De repente, una sombra cubrió el lugar en el que me encontraba y una voz irritada me sacó de mi letargo.

—¡Eres un impresentable! —. Era Berenguela.

—Berenguela, ahora no p…

—¿Acaso no te dije que vinieras a contarme todo lo que esa mujer te dijese tan pronto como volvieses, fuese la hora que fuese?

—Berenguela, de verdad, no…

—¡No inventes excusas porque no tienes perdón! ¡No he dormido de lo preocupada que estaba!

—¿Puedes callarte de una vez? —grité levantándome como por resorte para mirarla fijamente con un enfado como nunca había tenido, mucho menos con ella que se quedó petrificada por mi reacción.

—Pero…

—¡Pero nada! ¿Acaso crees que si no vine a verte fue por gusto? ¿Es que solo te preocupa saber cómo acaba el cuento del bastardo del rey? Para ti todo esto es un juego, ¿verdad? Pues para mí no lo es, se trata de mi vida, ¿sabes?, y de la de mucha otra gente.

Los ojos de Berenguela me miraban fijamente, pero donde los de otra persona podrían incluso inundarse de lágrimas por mi reacción, probablemente desmedida, los suyos tan solo me miraban con una pena infinita.

—¡Lo siento! —dijo sin mostrar rabia alguna—, ¡tienes razón! He sido tremendamente insensible al no comprender lo que esto significa para ti. ¿Podrás perdonarme, por favor?

En ese instante me di cuenta de que mis manos temblaban.

—Soy yo quien tiene que pedirte disculpas —contesté lamentando lo desafortunado de mi reacción y de mis palabras y sintiéndome un miserable—. Los dos sabemos que eres la única persona con quien puedo compartir esto, pero lo que he descubierto ha puesto mi mundo patas arriba. ¡Nada de lo que creía saber es verdad!

—¡Quizá si me explicas, entre los dos podamos encontrarle una solución!

Y mientras arrancábamos a andar en dirección a la sombra de la muralla del castillo, le conté palabra por palabra lo que Míriam me había contado a mí, sin ocultarle nada, pero sabedor de que nada de lo que pudiera decirme podría aliviar el peso de un pasado que había caído sobre mí como una losa.

—¡Judío! —dijo cuando terminé de relatar la que ahora era mi historia—. ¡Eso da al traste con tus opciones de ser rey! ¡Castilla no aceptará un rey judío! ¡Bastardo vale, pero judío no! —soltó muy seria haciendo que me preparase para soltarle por dónde podían meterse todos la corona de Castilla justo antes de que me guiñase un ojo sonriendo—. ¡Es una broma, solo quería que te relajases un poco!

—¿De verdad crees que puedo relajarme?

—Sí, ¿por qué no? Todo lo que esa mujer te ha contado, asumiendo que sea verdad, son cosas que viven en el pasado, nada que puedas cambiar.

—¿Acaso no te das cuenta de las atrocidades que se han cometido con mi familia?

—¡Escúchame! Todo lo que me has contado es horrible, pero por desgracia Alfonso no es el primer rey que abusa de sus súbditos, ni el tuerto ese el primer hijo de puta asesino que ha existido —me dijo dejándome atónito por su vocabulario—. Pero tienes dos opciones: enfadarte hasta el punto de perder la razón por algo que no puedes cambiar, o mantener la cabeza lo suficientemente fría como para pensar en una venganza.

—¿Venganza? ¿Acaso crees que no es lo que más deseo ahora mismo? Pero ese el problema, Berenguela, que a pesar de todo lo que me han quitado ni siquiera tengo posibilidad de vengarme, uno es un

rey y al otro no sé dónde encontrarle.

—¡Quizá no, o quizá sí!

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin poder disimular mi ansiedad.

—¡Bueno, es algo que quería contarte! Mi padre ha pedido verme esta mañana. Tenía noticias para mí relativas a mi matrimonio.

—¿Qué noticias?

—Su intención no ha cambiado y aún pretende casarme con un hijo del rey Enrique y la reina Leonor. Yo le he dicho que solo considero digno al duque Ricardo y él está de acuerdo —me respondió henchida de orgullo y felicidad—. Obviamente está el problema de su compromiso actual con la tal Alys, pero yo creo que eso se puede arreglar y lo mismo piensa él.

—Me alegro mucho por ti, pero no veo cómo eso puede ayudarme a vengarme.

—A fin de estudiar qué sería necesario para que el duque deje a Alys de lado por mí, mi padre quiere organizar un encuentro con el duque. Para que nadie pueda sospechar lo que se trae entre manos el encuentro tendrá que disfrazarse de otra cosa.

—¿De otra cosa? No se me ocurre qué otra cosa puede traer al duque a Navarra.

—¡Pues es bastante sencillo! ¡Un torneo!

La idea me dejó perplejo no sólo por lo obvio sino por lo inteligente. El infante don Sancho me había explicado que los torneos entre reinos vecinos en épocas de paz eran comunes y una excusa para estrechar relaciones. ¡Nadie cuestionaría que alguien como el duque acudiese a un torneo en el reino vecino al suyo!

—La idea solo tiene un problema que, irónicamente, puede ser una ventaja para ti —interrumpió mis pensamientos hablando con una precaución impropia en ella—. Para que el torneo verdaderamente lo parezca, mi padre no puede invitar tan sólo a Aquitania.

—¡Sospecho que lo que vas a decir no me va a gustar!

—Mi padre invitará al Torneo a los reyes Alfonso de Castilla y Alfonso de Aragón en un intento de limar asperezas después de los últimos años de conflictos.

—¿Las cuatro casas en un mismo torneo?

—Así es y, si aceptasen, cosa que no dudo que harán pues ninguno querrá estar ausente de un lugar donde puede haber conversaciones y acuerdos de las otras partes que pudiesen perjudicarles, eso significa que tendrás la oportunidad de tener en el mismo lugar a tu padre y a su perro de presa, pues es seguro que aprovecharán la oportunidad para tratar de eliminarte.

—¿Y eso es bueno para mí?

—¡Sólo si tú golpeas primero, Rodrigo, y de eso nos encargaremos entre los dos!

No dije nada. La posibilidad de vengarme de los hombres que tanto daño le habían causado a mi madre hacía que mi sangre hirviese, pero sabía de sobras que no sería fácil. Era un rey de quien estábamos hablando, por no hablar de un asesino que ya había estado a punto de acabar con mi vida en otras ocasiones. Además, había otro asunto que rondaba mi cabeza y Berenguela supo darse cuenta de ello.

—¿Qué más es lo que te preocupa? Y no me digas que nada porque puedo verlo en tu rostro.

—Garcés —confesé.

—¿Qué pasa con Garcés?

—Es obvio, ¿no? Tus padres sabían quién era yo, tu misma madre se lo echó en cara al rey, ¿recuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Tu padre se encargó de que Garcés me buscase en el burdel de la puta grande para llevarme al castillo, y el rey le reconoció a tu propia madre que yo era una pieza demasiado importante de la partida para dejarme escapar. ¡Ahora sabemos por qué!

—Sí, pero sigo sin entender qué ocurre con Garcés.

—El rey le pide a Garcés que me busque y me lleve al castillo de Pamplona y Garcés sabe exactamente dónde me encuentro… ¿No te parece raro?

—Dicho así, quizá sí. Pero sigo sin saber a dónde quieres llegar.

—Pues es bien sencillo. Si Garcés sabía quién era yo, también sabía quién era mi madre y la importancia que teníamos para su rey, así que deduzco que llevaba vigilándonos tiempo, pero no hizo nada para evitar la muerte de mi madre. Más aún, es más que probable que supiera quién podía ser el maldito tuerto desde la primera vez que nos atacó. Él mismo me dijo una vez que todas las cortes tiene espías en las cortes vecinas.

—Sí, debo reconocer que es posible que así sea —aceptó Berenguela.

—Y a pesar de saber todo esto, no solo no me ha dicho nada, sino que ha dejado que siguiese estando expuesto a un peligro inminente. ¿Con qué fin? —pregunté muy enfadado por lo que mi propio razonamiento concluía.

—¡Me preguntas cosas que no puedo responder! Creo que la única manera de averiguar el porqué de su comportamiento es preguntárselo, Rodrigo.

—¡No, no lo haré! No se merece que lo haga —me negué tajante—. No sé qué se trae entre manos, pero es evidente que no es el hombre que yo creía y que no puedo confiar en él.

Y la rabia que aquel pensamiento me provocó hizo que un sabor amargo, como a hiel, subiera a mi boca y ya no desapareciera más.

El torneo que Berenguela me había anunciado y en el que habíamos depositado todas nuestras esperanzas de venganza aún tardaría seis meses en celebrarse. Era necesario que tuviese lugar en los meses de calor para facilitar el desplazamiento de los asistentes y eso nos daba tiempo suficiente a Berenguela y a mí —o eso creíamos— para preparar mi venganza —aunque Berenguela había hecho suyo mi ultraje y la calificaba como nuestra venganza—, y para que hiciésemos y rehiciésemos los planes cientos de veces. Pero en esas conversaciones se puso pronto de manifiesto que ella y yo teníamos una diferencia substancial de criterio con respecto a la que debía ser mi venganza.

—¿Estás loco, Rodrigo? ¡No puedes matar a un rey! —dijo a voz en grito, horrorizada por la idea que había adivinado en mis propuestas de cómo debía organizarse nuestra venganza—. No solo porque no tendrás oportunidad alguna de acercarte a él para poder hacerlo, sino porque, de conseguirlo, sería tu fin. Te revelarás como un asesino, medio judío, perteneciente a un reino enemigo y que mata a un rey en un torneo en tiempos de paz. Mi padre no tendrá más opción que entregarte a Castilla y ese será tu fin.

—Pero, ¿qué pensabas que quería hacer si no?

—No lo sé, hablar con él, enfrentarle, hacerle saber que sabes quién eres y que conoces lo que pasó, avergonzarle y que tenga que vivir el resto de su vida sabiendo que su pecado es conocido.

—¡Claro! Eso seguro que me ayudaría a vengar la muerte de mi madre, de mis abuelos. Y sin duda, él no podrá vivir por la culpa el resto de su vida porque hasta ahora lo hecho le ha quitado el sueño —respondí irónico—. ¡Por no hablar de que saber que soy conocedor de lo acontecido hará que mande de forma inmediata tras de mí a cuantos asesinos pueda contratar por si ese perro tuerto no fuese suficiente!

Berenguela se quedó mirándome fijamente un segundo sin decir nada, pues su argumento había quedado destruido.

—¡Está bien! No puedo quitarte la razón —respondió derrumbándose sobre el borde del catre de mi celda—, pero lo que planteas no es posible, Rodrigo. Se trata de un rey ungido, elegido por Dios para gobernar por más pecados que tenga sobre sus espaldas. A un rey no se le puede matar a sangre fría, debe morir en batalla o en su lecho tras hacer las paces con el creador.

—¿Y eso quién lo dice?

—Pues, no sé —reconoció dubitativa—, pero así ha de ser.

—El hermano Teobaldo nos ha enseñado ejemplos de muchos reyes que no murieron en tan nobles circunstancias, Berenguela —repliqué hastiado—, vives en una fantasía de princesas y caballeros que no es

real. Muchos reyes hay que no son merecedores de tan noble título, y lo sabes bien —sentencié sin querer poner a su padre como ejemplo, aunque creo que ella me entendió, pues no me dijo nada más y me emplazó a continuar nuestra conversación en otro momento.

Yo entendía a Berenguela, más allá de que mi padre fuese un rey, era su primo, su familia. Y yo estaba proponiendo matar a su familia para vengar a la mía. Pero aquel era un asunto en el que Berenguela y yo no podríamos encontrar un terreno común. Yo no sabía bien qué haría, cómo ocurriría ni cuál sería el resultado, pero tenía claro que no podía dejar pasar la ocasión de que mi padre pagase lo que me había hecho, lo que le había hecho a toda mi familia.

Aquellos seis meses pasaron muy rápidos. Una vez que el torneo fue anunciado, todo el castillo bulló con la emoción de un evento que hacía mucho que no se veía en Navarra. Todos excepto Filomena que se tiró una semana quejándose de la carga inmensa de trabajo que alimentar a todas esas bocas daría. Garcés —con quien yo mantenía una relación distante y fría desde mi descubrimiento— le explicó que en realidad las únicas bocas añadidas a sus responsabilidades serían las de los reyes, sus esposas y sus ayudas de cámara, pues para los participantes en el torneo se levantarían tiendas alrededor del campo de justas y se habilitarían cocinas improvisadas para su mantenimiento. El gigantón no le dijo que, evidentemente, el torneo se cerraría con un gran banquete que incluiría a todos los participantes y ese sí sería su responsabilidad.

El campo de justas se construyó en el lado norte del castillo. El terreno se alisó durante días y se cubrió de tierra. Alrededor del recinto ovalado se construyeron unas gradas de madera, más altas y fastuosamente decoradas en la parte que albergaría a los reyes, y mucho más bajas y bastas en el resto, donde los selectos nobles invitados al evento se sentarían. En el lado más alejado del castillo se dejó una grada baja de un solo nivel donde la plebe que primero llegase podría quedarse de pie e intentar ver algo de lo que ocurría.

Garcés me comunicó cuál debía ser mi función en el torneo, aunque yo ya la esperaba. Básicamente el evento tendría dos partes muy diferenciadas: las justas de los caballeros de alta alcurnia como el infante don Sancho o el duque Ricardo, y la de los caballeros de fortuna, hombres que recorrían los reinos intentando ganar dinero y nombre en semejantes acontecimientos. Mi función como escudero del infante era ayudarle a prepararse para el torneo, vestirle, preparar sus armas de justa —armas sin filo ni punta preparadas para una exhibición segura— y asegurarme de que su montura estaba lista en todo momento.

Una mañana de primeros de junio, Berenguela entró como una exhalación en la cocina.

—¡Rodrigo! —me llamó ahogada por la carrera.

—¡Por Dios! ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien—respondió intentando recuperar el aliento—, pero no podía esperar.

—¿Esperar para qué?

—Para decírtelo… los dos…

—¿Qué dos? ¡No sé de qué hablas! ¿Puedes serenarte?

—¡Que han aceptado los dos, mostrenco! —me soltó irritada—. ¡Los dos Alfonsos han aceptado venir al Torneo! ¡Los reyes de Castilla y Aragón vendrán a Navarra el mes que viene!

La mañana del sexto día de julio las campanas de todo Tudela resonaron al mismo tiempo alertando de la llegada de los reyes de Castilla y de Aragón. El rey don Sancho había pedido que las campanas de todas las iglesias de la ciudad tañesen sin parar hasta que los reyes estuviesen en el castillo, lo cual, dado que no se sabía a qué hora exactamente podía ser, era una faena costosa para los campaneros. Garcés había partido con una compañía de hombres hasta la frontera con Castilla para escoltar al séquito del rey Alfonso hasta Tudela y Tarik había hecho lo propio en dirección apuesta, hacia Aragón.

Yo había despertado ese día con una gran ansiedad que oprimía mi pecho y no me dejaba respirar, y no era solo por la llegada del que era mi padre, sino porque aquella mañana aún no se había recibido respuesta del duque Ricardo. Ante la falta de contestación a la invitación formal del rey, el infante don Sancho había enviado mensajeros personales al duque para recordarle que se le esperaba en el torneo, pero también esos intentos de obtener respuesta habían sido infructuosos. El infante parecía convencido de que, a pesar de todo, su amigo haría acto de presencia, pero mis ansias por volver a ver al duque no me dejaban tener su misma fe. Mi cuerpo temblaba por volver a verle y mis noches habían vuelto a ser desveladas, aunque esta vez la culpa por aquellos pensamientos y deseos no ardía ya con la misma intensidad.

Era algo más de medio día cuando Tarik, al frente de una enorme comitiva, entraba en el castillo de Tudela. Junto a él, en dos monturas blancas como la nieve, un hombre y una mujer, ambos altos y delgados, de porte digno, le acompañaban. Eran el rey Alfonso de

Aragón y su esposa la reina Sancha. Tarik descendió del caballo y sujetó la montura de la reina para que ella pudiese hacer lo propio. El rey desmontó para colocarse a su lado y, ofreciendo la mano a su esposa, ascendieron las escaleras de entrada al castillo donde el mismo rey don Sancho les recibió, fundiéndose en un breve abrazo con el rey de Aragón. A su lado, el rey don Sancho parecía pequeño y enjuto, pues la altura de ambos invitados era considerable. Los rostros de los reyes de Aragón estaban relajados y ambos sonreían ante el recibimiento. Nadie que los hubiese visto habría sospechado que en otro tiempo hubiesen existido encarnizados desencuentros entre ambos reinos. El rey los acompañó al interior y Tarik dio órdenes para que las monturas y equipajes de los reyes y su séquito fuesen acomodadas.

La llegada de los reyes de Castilla no pudo ser más diferente. Ya era casi noche cerrada cuando por fin Garcés hizo entrada en el patio del castillo a pleno galope como si huyesen de algo. Esta vez una sola figura montaba junto al gigantón. Un hombre alto, aunque no tanto como el rey de Aragón, cubierto con una capa de color rojizo y montando un caballo castaño empapado en sudor por la cabalgada. Sin siquiera esperar indicaciones de Garcés, se bajó de la montura como quien lleva el diablo y empezó a subir las escaleras del castillo sin prestar más atención a nada ni nadie, lo cual hizo que a duras penas pudiese verle. Tras ellos hizo entrada en el patio un carro de madera cerrada, simple, sin decoraciones ni nada que pudiese indicar quién viajaba en su interior, aunque yo adiviné de quién podía tratarse. Al abrirse la portezuela del carro, de él descendido la reina Leonor, visiblemente embarazada. Así como el rey de Aragón había acompañado a su esposa en todo momento, el de Castilla la había dejado abandonada al pie de la escalinata y aquella mujer, de rostro amargado — y, a mis ojos, triste— ascendió los peldaños con la única ayuda de su dama de compañía.

Yo sabía por Berenguela que aquel matrimonio tenía sus problemas. La reina había conseguido por fin engendrar un hijo unos años antes, el infante don Sancho de Castilla, pero la criatura había fallecido con tres meses para desazón de ella y decepción de él. Justo un año antes del torneo, la reina había concebido nuevamente, pero esta vez había sido otra niña la que había incrementado el recuento de infantas de Castilla, y se empezaban a oír rumores de intenciones por parte del rey de repudiar a su esposa.

No hubo más llegadas ese día por más que esperé en el patio hasta que los pies me dolieron. Con una inmensa decepción me dirigí a mi celda y cuando me hube cansado de sentir pena por mí mismo bajé a la cocina pensando en que Filomena me reconfortase, pero me la encontré fuera de sí.

—¡Son unos impresentables! ¡Ojalá les siente mal la cena y se le hagan agua las tripas!

—¡Por Dios, Filomena! ¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —me gritó Filomena sin dejar de ir de un lado para otro de la cocina, gritándole a los ayudantes y dándoles pescozones y puntapiés para quitarles del medio si estaban en su camino—. ¡Estos señorones se piensan que una tiene que vivir para ellos!

—¡No entiendo nada!

—¡Está enfadada porque ahora tiene que cocinar más comida, la cena se va a alargar! —me dijo uno de los mozos encargados de servir aquella noche a los recién llegados en el salón principal.

—¿Alargarse? ¿Por qué? —pregunté entre susurros.

—Porque ha llegado uno a última hora, ese de Aquitania.

—¿El duque? —inquirí sin poder contener mi ansiedad.

—Sí, ese. Nadie le esperaba porque no había dicho que vendría y se ha presentado a media cena. Le han dicho a Filomena que preparase algo con urgencia, pues no había comida para todos, así que la cena se va a alargar. ¡Por eso está así!

Quise sentir pena por Filomena, ofrecerme a ayudarla, pero no pude hacerlo. Mi mente y todo mi cuerpo sólo podían pensar ya en una cosa. Volvería a encontrarme con Ricardo.

Salí raudo de la cocina en dirección a los aposentos del infante don Sancho. Ninguno de los mozos encargados de atender a las visitas supo decirme cuáles serían los aposentos del duque. Su llegada había pillado a todo el mundo por sorpresa. Sin embargo, mientras ascendía las escaleras hasta los aposentos del infante, una de las muchachas de servicio que llevaba un montón de sábanas que no le permitían ver por dónde iba casi me hace caer escaleras abajo.

—¡Perdona Rodrigo —dijo al darse cuenta de que era yo—, tengo que arreglar unas habitaciones urgentes!

—¿Qué habitaciones? —pregunté sospechando que había encontrado mi fuente de información.

—Las del primer piso, debajo de las del infante —me gritó mientras se alejaba. Sin duda alguna las del duque.

En las habitaciones del infante pasé las siguientes horas como un león enjaulado de la puerta a la ventana y vuelta a empezar. De nada me servía tratar de estar entretenido para calmar mis nervios.

Ya era noche avanzada cuando llegó el infante, visiblemente cansado y deseando poder dormir.

—¡He oído que el duque ha venido finalmente! —le dije indiscretamente mientras le ayudaba a quitarse las botas esperando una confirmación por su parte.

—¡Sí, así es! Ya te dije que no fallaría, aunque no se tomase la molestia de contestar a nuestras misivas. Él es así, libre como un halcón, pero amigo fiel de sus amigos. Mañana podrás verle en el torneo sin duda.

La respuesta del infante me llenó de alegría, pero algo que apretaba mi corazón y mis tripas no me dejaba creer que pudiese esperar hasta el día siguiente para verle. Así que, tan pronto como hube acabado con mis obligaciones para con él, salí de sus aposentos en una sola dirección, el piso inferior.

Era tarde, y solo unos pocos sirvientes que se retiraban ya a sus aposentos quedaban por los pasillos. Al llegar a las que suponía que eran las habitaciones del duque me encontré con dos soldados con uniformes aquitanos que hacían guardia a la puerta de las estancias, confirmando que me encontraba en el sitio correcto.

Los soldados me miraron de reojo, pero no dijeron nada, seguramente pensando que era un sirviente más del castillo. En ese momento se abrió la puerta y Fausta, una joven pálida como la leche y con un ojo algo revirado, salió por ella llevando unas ropas en su mano. Me alejé un poco de la puerta para esperarla al principio de la escalera y poder hablar con ella.

—¡Fausta!, ¿dónde vas tan tarde?

—¡Hola Rodrigo! —contestó de mala gana—, mira, no me hables. Me han mandado que me ocupe del duque ese y como ha llegado tan tarde, aquí estoy, a estas horas, agotada y aún me queda llevar esta ropa de ese señorón a la lavandería.

Miré el fajo de ropas que llevaba en brazos, las ropas del duque.

—¿Aún sigue despierto?

—¿Despierto? No podría estar despierto ni aunque quisiera. Le han tenido que traer del salón entre dos de sus hombres, borracho como un tonel de vino, sin poder tenerse en pie. Tan pronto como ha caído en la cama ha empezado a roncar como un buey. Ese no despierta hasta mañana, tiene que dormir la borrachera. Sus hombres le han quitado la camisa y la gonela y me las han dado para que se laven. Así que aún me queda llevárselas a las lavanderas.

Aquella respuesta daba al traste con mis opciones de ver al duque esa noche y la frustración me hizo sentir muy mal, pero en un segundo mi mente vio otra manera de acercarme a él.

—Escucha, si estás cansada, ¿quieres que lleve yo las ropas a la lavandería? Me queda de camino a mi celda de todas maneras.

—¿De veras me harías ese favor?

—¡Claro, no me importa, ya te digo que me queda de camino!

—¡Muchísimas gracias, Rodrigo! —dijo entregándome sin dudar el fajo de ropajes y saliendo como alma que lleva el diablo no fuese a cambiar de parecer.

Tan pronto como aquellas ropas acabaron en mis brazos pude sentir el olor intenso, agrio, de las ropas usadas por un hombre durante días. Y ya no pude levarlas a la lavandería. Volví inmediatamente a mi celda y cerré la puerta con un temor terrible a que alguien pudiese verme y preguntarse por qué estaba en mi cuarto con esas ropas. Me senté en el catre con las ropas sobre mis rodillas. La gonela, de seda oscura, pero sin adornos bordados, se encontraba manchada de barro y la dejé en el suelo junto a mi cama. La camisa, por su parte, de un blanco grisáceo, no era nueva y presentaba zonas en las que el tejido había cedido. Era evidente que había sido usada muchas veces y eso la hacía aún más preciada para mí. Mis manos la acariciaron y el olor a cuerpo de hombre volvió a inundar mi nariz. Aferrándola con fuerza la llevé hasta mi rostro e inspiré profundamente inundándome de aquel aroma que tan bien recordaba de nuestro abrazo en las afueras de Poitiers.

Aquella noche dormí e hice otras cosas abrazado a su camisa, a su olor, a su imagen. Pero aquella noche hubo una diferencia más con mis otras noches de pecado, aquella noche no salí corriendo a la capilla para pedir perdón postrado a los pies de Dios. Aquella noche mi dios era otro, aquella noche Ricardo había vuelto.

Apenas había salido el sol cuando yo salía por la puerta de mi celda. Había llegado el gran día en que daría comienzo el torneo y apenas si podía contener mi emoción por poder ser testigo de algo que nunca había visto antes y que no sabía si la vida me dejaría volver a ver, y, sobre todo, por volver a ver al duque. Había pasado la noche abrazado a sus ropas, pero sabía que no podía quedarme aquellos ropajes, pues acabaría en problemas para todos: Fausta, las lavanderas y yo mismo. Así que antes de ir a la estancia del infante pasé por la lavandería y los dejé allí con las instrucciones para que fuesen retornadas al duque tan pronto como estuviesen limpias.

Cuando entré en la estancia de mi señor don Sancho no necesité demasiado tiempo para darme cuenta de que algo no iba bien. El infante, poco dado a los prontos y de temperamento amable, no venteaba sus frustraciones a base de gritos o violencia, sino que solía guardárselos, sin decir una palabra, pero apretando sus puños hasta que sus nudillos se quedaban sin sangre y se volvían blancos como la leche. Para los que le conocíamos esa era la señal de que algo había ocurrido que le perturbaba y justamente así es cómo le encontré, en pie, completamente vestido, inclinado sobre su mesa y con los nudillos níveos apretados sobre la tabla.

—¡Mi…mi señor! ¿Tan pronto os habéis levantado? ¿Y os habéis vestido vos mismo? Deberíais haber esperado por mí, yo…

—Soy perfectamente capaz vestirme solo, Rodrigo —me contestó sin ningún deje de enfado o malestar contra mí, aunque no me pasó desapercibida la sequedad de aquella respuesta.

—¡Perdonadme, mi señor! —dije haciendo el amago de retirarme para continuar con mis tareas de preparación para el torneo.

—¡No, espera, discúlpame tú a mí! —me contestó girándose para mirarme, sonriendo con tristeza—. Estoy frustrado por otras cosas y no debo pagarlo contigo.

—¿Puedo preguntar qué ha ocurrido, mi señor? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—¡Me temo que no, muchacho! —dijo acercándose a mí y poniendo su mano en mi hombro—. Lo único en lo que puedes ayudarme es guardando mis cosas del torneo.

—¿Guardarlas? Pero, ¿por qué? —inquirí sin entender nada de lo que me decía.

—Mi padre ha decidido que no está dispuesto a arriesgar la vida de su primogénito y heredero en un torneo y me ha prohibido que participe en él. Es una orden del rey y no me queda más remedio que obedecer —me explicó y la tristeza en su rostro era evidente.

—¡Perdonadme, señor, pero no entiendo la razón! Si las armas no son de verdad, precisamente para que no os hagáis daño alguno.

—Sí, pero lo entenderás mejor cuando veas las justas. Aunque las normas de caballería hacen que los contendientes no puedan atacar deliberadamente al contrincante para herirlo gravemente o matarle, la realidad es que estos torneos no carecen de brutalidad. Es fácil recibir un mal golpe, un pisotón de una montura, o que alguno de los contendientes olvide por un momento que se trata de un torneo y no de una batalla. Hay ejemplos de nobles caídos en estos torneos, y aunque pocos, supongo que son suficientes para que mi padre no desee arriesgar el futuro del reino de Navarra.

—¡Pero si arriesgáis vuestra vida cada vez que salís del castillo con vuestra hueste a perseguir maleantes y gentes que traspasan las fronteras del reino!

—Sí, pero eso es diferente, Rodrigo. Si cayese herido o muerto en esas escaramuzas lo haría sirviendo al reino, no en un juego para diversión de cuatro nobles.

A mis ojos había algo en aquel razonamiento que no tenía sentido alguno. No podía entender que la vida de un hijo valiese más si caía en el campo de batalla que en ninguna otra circunstancia. Pero era claro que por mucho que me empeñase la decisión estaba tomada y a mí no me quedaba más que conformarme, aunque eso significase que no podría estar cerca del campo de justas ni del duque.

—Es mejor que empieces a recoger mis cosas, hay otras tareas para ti hoy.

—¿Otras tareas? ¿Qué deseáis que haga, mi señor?

—Al enterarse de que no podré competir en el torneo, Ricardo ha solicitado que le ayudes a él como mozo de armas. Tendrás que prestarle el mismo servicio que me ibas a prestar a mí.

—¿Al duque? —pregunté incrédulo sin poder contener la alegría.

—Sí, ya sabes que te tiene en alta estima y ha solicitado que seas tú su mozo. Entiendo que no tendrás problema con ello —me explicó con una sonrisa que demostraba que sabía de mis querencias por el duque.

—¡No, mi señor, haré cómo me digáis! —Y me puse a recoger las cosas del infante como si tuviese brasas en mis calzones.

Mis pies volaban escaleras abajo en dirección a la salida norte del castillo y al campo de justas. Lo que encontré cuando llegué a él me dejó sin palabras. Toda la explanada junto a la estructura de madera preparada para el torneo estaba plagada de tiendas de colores con pendones que hondeaban al viento y que brillaban a la luz del sol de julio. Era como si Tudela hubiese sido invadida por alguna fuerza extranjera. Por doquier había gentes de todo tipo y condición que iban de un lado para otro cargando armas, fajos de leñas para alimentar fogatas en las que cocinar, cubos de agua y un sinfín más de cosas. Aquí y allí había gentes de la ciudad que paseaban entre las tiendas preguntando si alguno de los caballeros que las ocupaban necesitaban de algún servicio con el que ganarse unas monedas. Hasta las putas de la ciudad había subido hasta allí para ofrecer sus favores sin importar lo pronto de la hora. Aquella explanada era como una pequeña ciudad en sí misma, con todas las condiciones de hombres representadas y a mí me maravillaba verlo. Las gentes de Tudela estaban evidentemente ilusionadas con aquel evento, pues más allá de las fiestas en honor de los patrones de la ciudad, no tenían muchas oportunidades de escapar de sus vidas de trabajo constante y lucha por sobrevivir. Ya a aquella hora se agolpaban en la entrada del campo de justas, intentando ser los primeros en acceder cuando se permitiese, para ocupar uno de los pocos sitios disponibles en la zona habilitada para el pueblo.

El infante me había dicho que podría encontrar la tienda del duque en el lado más cercano al campo de justas y que tendría su estandarte, pero no esperaba aquel bullicio de gente que apenas me dejaban distinguir las tiendas y los dibujos de los pendones que marcaban a qué caballero pertenecían. De repente lo vi, un estandarte rojo con dos leones rampantes de color dorado que estaba guardado por dos hombres que portaban el mismo escudo en su jubón.

—¡Me llamo Rodrigo, el duque ha solicitado mi presencia! —les dije con un orgullo desmedido, aunque me sirvió de poco, pues era evidente que no entendían una palabra de mi lengua—. ¿Es que no

entendéis que tenéis que dejarme pasar?

Uno de los hombres me soltó algo en su idioma y me quedé tan perplejo como ellos con mi discurso.

—¡No te entiendo una palabra, pero como no me dejes pasar, os las vais a ver con el duque!

—¿Rodrigo? —interrumpió de repente la voz profunda y melódica del duque con aquel acento tan peculiar desde el interior de la tienda.

—Sí, mi señor, soy yo, el infante me ha indicado que debía venir a veros — respondí de manera atropellada por los nervios.

La tela que cubría la entrada de la tienda se abrió para dejar paso a la figura del Ricardo, alto, imponente, con su melena medio rojiza cayéndole sobre los hombros y aquellos ojos de color azul intenso que se clavaban en uno como si fuesen dos dagas. Vestía sobre la camisa blanca un jubón largo de color granate que le llegaba hasta las rodillas y que hacía juego con su pelo. El duque se dirigió a sus soldados en su lengua y estos se retiraron agachando la cabeza en señal de obediencia.

—¡Entra muchacho! —Y le seguí al interior de la tienda. Tan pronto como estuvimos dentro se giró y me abrazó pillándome completamente por sorpresa—. ¡Mi buen Rodrigo! ¡Pero si has crecido una barbaridad, ya tienes espaldas y pecho de hombre! —dijo sujetándome por los hombros.

—¡Ya tengo casi catorce años, mi señor, y he estado practicando mucho con las armas para poder ser un buen guerrero como vos!

Su risa resonó en la tienda.

—¡Ya lo veo, ya! Me alegro de que quieras ser guerrero, pero mejor harías en fijarte en tu señor Sancho que en mí, tiene muchas virtudes de las que me temo que yo carezco —me contestó sin dejar de reírse —. Pero bueno, me alegro de que en este caso Sancho no haya podido participar en el torneo, me he quedado sin mozo de armas y así tendré el gusto de tenerte cerca. ¡Supongo que Sancho te ha explicado lo que necesito de ti!

—Sí, sí, mi señor —dije con cierto retardo, pues me costaba dejar de mirar sus ojos para centrarme en la conversación.

—¡Perfecto! Las armas están listas, lo único que necesito es que estés constantemente a mi lado y me pases las que te pida cuando te las pida.

—¡Muy bien, mi señor!

—En ese caso, no hay más que hablar. Las armas están aquí detrás —dijo señalando al fondo de la tienda—. Como tenemos la tienda tan cerca del campo de batalla, para los primeros combates que serán en grupo no es necesario que la transportemos al campo, puedes llevarlas desde aquí. Para las justas del último día las lanzas ya están preparadas justo al campo y sólo tendrás que pasármelas a cada vuelta

de montura. Mis hombres te ayudarán pues son pesadas.

—¡Muy bien, mi señor! —dije sin saber a qué se refería pues nunca había visto torneo alguno pero decidido a que no se me notase y a no decepcionarle. Sin embargo, como si hubiese leído mi pensamiento, el duque me preguntó:

—¿Has estado en un torneo antes, Rodrigo?

—¡Nunca, mi señor! —contesté enrojeciendo de vergüenza por lo que pudiese pensar de mí.

—Bueno, pues ya verás que esto no es más que un montón de supuestos caballeros que nunca han pisado un campo de batalla real, jugando a la guerra con armas de juguete y pidiendo al cielo que no les hagan mucho daño. ¡Que no te engañen, Rodrigo! Esto no se parece en nada a la guerra, ni es entrenamiento alguno para ella, pues la guerra es sangre, sudor y tripas desparramadas. Y esto no son más que juegos de niños.

El retumbe de los tambores anunció la llegada de los reyes y con ellos el inicio del torneo. Salí de la minúscula tienda que los hombres del duque habían preparado para albergar las lanzas y junto a la que ya se encontraba preparado el caballo engalanado con aperos decorados con las armas del duque. Ricardo me había explicado que aquel rocín, alto pero delgado y ligero como una pluma, no sería su montura para el torneo, tan solo para la entrada y presentación de respetos a los anfitriones. Me colé por debajo del andamio que soportaba la grada de los nobles, pues desde aquella posición tendría una vista inmejorable del terreno de justa y del atrio de los reyes que ahora me quedaba justo enfrente.

El primero en acceder al recinto fue el rey don Sancho acompañado de Berenguela. El pueblo les recibió con vítores y una gran algarabía a la que los dos respondieron con una sonrisa mientras tomaban sus asientos en el centro del atrio. Tras ellos fueron los reyes de Aragón quienes tomaron su lugar. El rey Alfonso llevaba a su esposa de la mano con delicadeza y un evidente cariño y, aunque ellos también fueron recibidos con vítores de aquel pueblo que no sabía distinguir quién era quién, nunca dejaron de mirarse el uno al otro y sus manos no se separaron ni siquiera cuando hubieron tomado asiento. Una nueva tanda de vítores anunció la entrada de los únicos que faltaban en aquel grupo de nobles anfitriones. Castilla.

No pude evitar que mi corazón empezase a latir mucho más rápido y que mi respiración se agitase avanzando la entrada de quien ahora sabía que era mi padre. El rey Alfonso de Castilla entró en el atrio solo, en un intento evidente de demostrar superioridad e independencia. Su mano derecha descansaba sobre el pomo de su

espada, la izquierda cerrada en un puño sobre su pecho como si de una figura de un tapiz se tratase, gritándole a todo el que quisiera entenderlo que él era Castilla y que su dignidad era inmensa. Una nausea subió hasta mi boca desde mis tripas, porque en lugar de aquel rey digno, valiente, fuerte y honrado que él quería mostrar, yo solo podía ver al cobarde que había violado a mi madre, que era responsable de la muerte de los que debían haber sido mi familia y que probablemente había ordenado la mía propia.

Tras él entró en el atrio la reina Leonor, siempre varios pasos detrás de su marido y con una cara que mostraba claramente su desagrado por aquel espectáculo y por la posición a la que su marido la relegaba. A pesar de su estado, sus manos, lejos de abrazar a su futuro hijo, descansaban lacias a ambos lados de su cuerpo, carentes de vida ni de ilusión por vivirla.

Una vez que todos estuvieron sentados, los tambores retumbaron una vez más anunciando la entrada de los caballeros que habían de presentar sus respetos. Tanto plebe como nobles les acogieron con gritos y saludos sabedores de que por fin comenzaba el entretenimiento.

Uno a uno los caballeros en sus monturas engalanadas hicieron entrada en el recinto y se colocaron frente al atrio de reyes en fila ordenada, mientras un chambelán situado en el extremo anunciaba su nombre y su título si es que lo tenían. Cuando llegó el turno del duque me incliné hacia delante para poder verle mejor. Su entrada fue imponente. Su montura trotaba a un paso lento, levantando bien las patas como si supiera que era el momento de lucirse. La corpulencia de Ricardo destacaba aún más sobre un caballo tan estilizado y juntos parecían una figura sacada de aquellos libros decorados del hermano Teobaldo, los de las historias de los dioses de pueblos antiguos. Sabedor de la atención que comandaba, el duque mostró la carta que guardaba en la manga. Al llegar a colocarse frente al atrio, justo ante Berenguela, su caballo dobló las manos realizando una genuflexión en muestra de respeto ante la infanta hasta que su faldón tocó la tierra del recinto. El público estalló de entusiasmo y un ruido ensordecedor reconoció aquel gesto nada improvisado. El rostro de la misma Berenguela enrojeció de puro gozo, mientras que el de la reina Leonor lo hacía de furia y despecho por no ser ella la receptora de la deferencia de su propio hermano.

Para todos los que estuvimos presentes aquel primer día fue una maravillosa sucesión de emociones y sobresaltos. El chambelán del torneo iba anunciando las competiciones en las que debían participar los caballeros. La primera de ellas fue la sortija, en la que cada caballero debía lanzarse al galope contra un poste del que colgaba un aro de madera e intentar ensartarlo con su lanza sin parar su montura.

En aquel juego el duque quedó segundo por detrás de un joven caballero llamado Roland de Terres, venido de Francia. Sin embargo, se resarciría en el siguiente juego, la quintena. Se había colocado en el centro del campo de justas una especie de monigote que intentaba imitar a un hombre con sus brazos extendidos y que en uno de ellos portaba un escudo y en el otro una maza sujeta a una cadena. Cada vez que uno de los caballeros se lanzaba con su lanza contra el escudo, el muñeco giraba golpeándole con su maza en la espalda o el cogote si el caballero no era rápido y ágil. Por desgracia para Roland, tan pronto como se lanzó contra aquel muñeco, la maza le golpeó con una fuerza descomunal lanzándolo de su montura para dar con sus huesos en el suelo siendo descalificado y, sin duda, regalándole algún que otro hueso roto. Cuando llegó el turno del duque fue evidente que no había rival alguno que pudiese hacerle sombra. Montado esta vez en su caballo de batalla, la fuerza con la que envistió al muñeco golpeando su escudo con la lanza fue tal que la estructura completa fue arrancada de su poste, impidiendo que la maza pudiese girar y mis gritos de emoción se unieron a los de todos los presentes en un coro de admiración.

Frente a mí, Berenguela se inclinaba sobre su asiento visiblemente emocionada por lo que veía, pero mucho más cuando era el duque quien competía. El rey de Aragón y don Sancho compartían impresiones sobre el desarrollo del torneo entre risas y gritos de inocente competencia. Pero el rey y la reina de Castilla no decían una palabra, como si el estar en aquel lugar les causase disgusto, o aún peor, indiferencia.

Tras la quintena, se anunció el combate en grupo para el que no se usarían monturas. Todos los caballeros portaban una coraza y un casco, y en el brazo derecho lucían una tela atada del color de su estandarte. El chambelán leyó sus nombres, distribuyéndolos en dos grupos que se colocaron a cada lado del campo. El público jaleaba a los dos grupos por igual incapaces de reconocer a ninguno de los caballeros tras los cascos. Yo podía reconocer al duque, no solo por su estatura, sino porque yo mismo le había atado la tela que le identificaba al brazo, pero le perdí la pista tan pronto como la competición dio comienzo. En un instante, el campo se convirtió en un enjambre de hombres que se golpeaban unos a otros, todos contra todos en el barro, intentando derribar a tantos oponentes como fuese posible y arrancarles el pañuelo que los identificaba. Aquellos caballeros derribados debían retirarse del campo de forma que, al final, solo uno de ellos fuese el ganador.

Viendo aquel juego comprendí lo que Ricardo me había intentado explicar con respecto a la guerra. Aunque las armas fueran romas, muchos caballeros golpeaban con una furia tal para derribar a sus

contrincantes que estos acababan magullados, o inconscientes. Llegó un momento en que no pude distinguir más al duque pues los banderines manchados de barro eran ahora todos iguales a mis ojos. Pronto, el combate quedó reducido a dos caballeros embarrados y agotados. Por la visera del casco pude reconocer en uno de ellos los ojos azules del duque que aún se mantenía en pie. Frente a él, un caballero corpulento y alto al que el rey Alfonso de Aragón, que había reconocido en él a uno de sus caballeros, jaleaba con entusiasmo.

Aquel caballero no esperó un instante, en un intento de aprovecharse del cansancio de Ricardo, se abalanzó sobre él con la espada en alto asestando un mandoble. Apenas tuvimos tiempo de ver lo que había ocurrido. Como una exhalación, los pies de Ricardo se desplazaron hacia la derecha, girando sobre sí mismo al tiempo que levantaba su espada para descargarla con toda su fuerza sobre la espalda de su contrincante. La brutalidad del mandoble, sumada a la fuerza con la que él mismo había intentado lanzarse sobre el duque, hizo que el caballero se estrellase contra la valla de madera del recinto, haciéndola saltar en mil pedazos. Ya no se levantó. El ímpetu del golpe le había hecho perder el conocimiento y ya todo el público vitoreaba el nombre del duque como ganador del día. Él emitió un grito de victoria y tiró sus armas al suelo, levantando los brazos al aire, regocijándose en el reconocimiento que recibía del pueblo y del que yo mismo era partícipe. Allí, en medio de aquel barrizal, sucio hasta las cejas, pero triunfante, Ricardo nos parecía a todos un gigante, un ser todopoderoso que había conseguido una hazaña increíble, un dios en la tierra que disfrutaba de la adoración de sus fieles.

Tras él, en el atrio, la figura de Berenguela en pie, unida a las aclamaciones del pueblo y con sus ojos llenos de lágrimas por la emoción tenía su reflejo en el lado opuesto, bajo las gradas, en la figura de un pobre hijo de puta que había caído irremediablemente bajo el encanto de aquel dios.

Aquel día acabo tarde para muchos, incluidos yo mismo, pero por muy distintas razones. Mientras el duque había pasado la noche celebrando con los hombres que le habían acompañado hasta Navarra, yo tuve que pasármela preparando sus armas y limpiando su armadura para el día siguiente. Con justicia he de decir que el duque había sugerido que los acompañara a celebrar su éxito a Tudela, pero, el infante don Sancho que se había acercado a la tienda del duque tras el torneo para felicitarle, se negó en redondo a que un chico de catorce años pasara la noche entre burdeles y tabernas.

—¡Por Dios, Sancho, a su edad, yo ya había recorrido todos los

burdeles de Poitiers! —protestó el duque, pero no consiguió que el infante cambiara de idea. A decir verdad, yo prefería no ir. No sabía si el tiempo que pasaba el duque entre mujeres lo hacía porque en verdad le satisfacía o para evitar levantar sospechas entre sus hombres, pero la verdad era que no deseaba saberlo. A mis ojos y en mi corazón, Ricardo era intocable, y sin tacha alguna, aunque fuese el mayor de los pecadores. A fin de cuentas, yo tenía mi propio pecado guardado muy dentro de mi alma.

Apenas dormí unas tres horas y fui el primero en llegar al campo de justas. Era tan distinto del día anterior ahora que estaba vacío, muerto. Sin embargo, no tardaría en bullir de nuevo con gentes que no estaban dispuestas a perderse el día principal del torneo, las justas a caballo.

El duque había encargado que su montura de batalla estuviese lista junto al campo a primera hora de la mañana. El animal, un inmenso macho sin castrar de color rojo oscuro con las patas manchadas de blanco, impresionaba al verlo no solo por su aspecto, sino también por su carácter desafiante y peleón. La cara del mozo que lo dejo atado junto a la tienda mostraba claro alivio de desentenderse de semejante bestia. Fueron los hombres del duque quienes le arreglaron para lo que estaba a punto de llegar. Esta vez no hubo colores ni sedas, sino que le colocaron una tela basta con un relleno de paja para amortiguar los golpes que hacía que el animal pareciese aún más grande.

El duque llegó algo más tarde, fresco como una lechuga, y sin señal alguna que sugiriese que hubiese estado toda la noche de celebración.

—¡Buenos días, Rodrigo! ¡Espero que hayas descansado, muchacho!

—Así es mi señor, espero que vos tuvieseis buena noche también —repliqué.

—Una noche magnifica, en verdad. —respondió sonriendo abiertamente—. ¡Por cierto! ¿Conoces a un tal Hermano Teobaldo?

—Sí, mi señor, es el monje encargado de la educación de los infantes y de la mía propia durante un tiempo. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque me ha asaltado de camino aquí para soltarme una retahíla sobre que estos torneos eran pecado y que su santidad el papa no los veía con buenos ojos. Quería convencerme de que me opusiese a seguir participando en la esperanza de que de esa manera el rey don Sancho suspendería el torneo. ¡Me ha parecido un desquiciado!

—No le hagáis caso mi señor, se toma muy a pecho las cosas de la iglesia.

—¡Descuida, no lo he hecho! Recuerda lo que te digo, Rodrigo. Huye de la iglesia como del fuego. Todos los que la conforman, desde el Papa al último cura, están carcomidos por su propia perversión, y

sólo tienen ojos para los pecados de los demás e ignoran los suyos propios. ¡Mejor vivamos esta vida de la mejor manera posible y que Dios nos reclame lo que deba reclamarnos cuando nos llamé a su lado, pero al menos que no nos quite lo bailado!

Aquellas palabras me hicieron sentir acogido y reafirmado en lo que sentía por él. Si el mismísimo duque Ricardo de Aquitania no se regía por las restricciones acusadoras de la iglesia, ¿por qué debía de hacerlo yo? Nada malo había hecho y mis sentimientos no habían herido a nadie. Yo sería como aquel hombre, libre, sin importar nada más.

Supimos que había llegado el momento de comenzar el torneo nuevamente cuando los tambores anunciaron la llegada de los reyes. Sin perder un instante, el duque montó en su caballo que relinchó como si anticipase lo que en breve se esperaba de él y quisiese anunciar que estaba listo. Los soldados prepararon las lanzas que el duque utilizaría ese día y las dispusieron en línea sobre unos postes junto a la tienda. Todas ellas tenían la punta partida en tres ramas de forma que, en el envite, la punta se abriese en el impacto, rompiéndose y limitando el daño que podía causarse al oponente. Desde allí pude oír la voz del chambelán que leía el orden de justa de los contrincantes y el duque me dio permiso para que fuese a observar lo que iba a ocurrir, pues, según él, era digno de ver.

En el campo de justa se había colocado una estructura de madera que lo dividía en dos. Junto a ella, un gran tablón en el que se habían clavado los estandartes de los contrincantes permitía que todo el mundo pudiese ver quién competía contra quién en cada ronda. Cuando los primeros contrincantes se colocaron en sus posiciones, uno frente al otro con la lanza en ristre, sujetando a sus caballos, desesperados por lanzarse al ataque como sin duda habían hecho muchas otras veces, la emoción se me agarró al estómago. A una orden del chambelán, los dos caballeros se lanzaron a pleno galope contra el contrincante y, en el punto en el que se encontraron, hubo un estallido de madera mezclado con el relinchar de los caballos y los gritos de esfuerzo de sus jinetes en un estruendo brutal. El sonido despistó por un instante a los asistentes que contuvieron la respiración para acto seguido explotar en una ovación al caballero que aún se mantenía sobre su montura, habiendo dejado atrás a su opositor derrumbado en el suelo. Por suerte para él, pudo levantarse por su propio pie con tan solo el orgullo machacado. El chambelán, reconociendo al vencedor, anunció su nombre y eliminó del tablero el estandarte del caído.

De la misma manera transcurrieron varias rondas, todas ellas sin

incidentes mayores que algún hueso roto o un arañazo que sangraba profusamente. Y de todas aquellas rondas de justa, el duque salió invencible. Ninguno de sus contrincantes fue siquiera capaz de golpearle una vez. Era como si pudiese averiguar si la lanza de su contrincante iría más baja en el último instante, o si el punto flaco de su enemigo sería la visera de su casco. Yo no había visto muchos guerreros en mi vida, pero no podía concebir que existiese uno mejor. Y no era el único. El rey don Sancho y el rey Alfonso de Aragón reconocían su valor y su valía, a diferencia del rey de Castilla, que pese a ser su cuñado, parecía sentir asco frente a lo que estaba viendo.

Uno a uno el duque eliminó a todos los contrincantes hasta que sólo quedó uno que durante toda la justa había demostrado ser cuanto menos tan hábil con la lanza como él. Se trataba de un hombre alto, que sin duda había pasado la treintena, con espaldas anchas y brazos como columnas que montaba un caballo oscuro como su propio pelo. Su nombre era Germán de Hoces y era caballero de Castilla.

Cuando les llegó el momento de justar fui corriendo a la tienda de armas junto a la que el duque se preparaba. Sobre su caballo, descubierto de yelmo, me vio llegar y me sonrió.

—¡Rodrigo! ¿Qué te han parecido las caídas de todos esos incapaces? Tal parece que hoy volverán a sus casas varias posaderas doloridas —dijo y sus hombres le rieron la gracia, aunque no supe si realmente le habían entendido o lo hacían sabedores de que debían complacer a su señor.

—¡Ha sido impresionante, mi señor! ¿Creéis que podréis con ese tal Germán de Hoces?

—¡No te quepa la menor duda, muchacho! Puedes darle por derribado. —Y su sonrisa volvió a iluminar mi día haciendo que el corazón casi se saliese de mi pecho.

Volví a mi puesto entre las tablas justo a tiempo de que la justa final diese comienzo. El Chambelán gritó al aire el nombre de ambos contrincantes que tomaron sus posiciones y, casi sin dar tiempo a que los mozos se retirasen del campo, arrancaron al galope uno contra el otro. Yo quería, esperaba, que aquello acabase pronto, con un hábil golpe del duque que desmontase al castellano, pero nada más lejos de la realidad. Hasta tres rondas pasaron sin que ninguno de los dos contrincantes fuese desmontado. Los caballos piafaban agotados y asfixiados por la presión que los jinetes ponían en ellos, pero, como sus dueños, tampoco ellos se daban por vencidos. Germán de Hoces resultó ser un enemigo mucho más duro de batir que ningún otro, como si pudiese él también adivinar los movimientos del duque. En la quinta ronda, cuando ninguno de los asistentes podía ya con la tensión, el castellano logró herir al duque en un hombro, que con un gemido se vio obligado a dejar caer la lanza. Sus hombres acudieron

inmediatamente a su lado para revisar su herida, pero pude ver como él se revolvía de malas maneras, chillándoles algo que supuse debía de ser una orden para que se apartasen. Los hombres obedecieron sin rechistar e inmediatamente le proporcionaron otra lanza.

Al otro lado del campo el castellano sonreía, sabiéndose ganador. Una vez más los caballos arrancaron el paso como bestias infernales lanzadas adelante para destruir a su enemigo. La lanza del duque esta vez tomó una posición más baja y el escudo y la lanza del castellano hicieron lo propio para evitar el golpe como había hecho hasta entonces. Sin embargo, en el último momento, en un esfuerzo titánico, el brazo del duque levantó la lanza de su posición —algo casi imposible de conseguir en plena carrera— y la dirigió directamente contra el yelmo del de Hoces. El castellano no tuvo tiempo de reaccionar. La lanza se estrelló contra su visera, explotando en mil pedazos que le cegaron y le hicieron perder el equilibrio y caer al suelo de forma estrepitosa.

El público rugió de aprobación de forma ensordecedora, y con ellos, yo mismo.

El duque llegó hasta el otro extremo del campo y ni siquiera se dignó a girarse para mirar a su contrincante que ya era sacado del recinto por algunos de sus hombres. Desde mi posición pude ver cómo la sangre brotaba profusamente de la visera de su casco. Si lograba sobrevivir, aquel hombre no justaría más, pues sin duda acabaría ciego. Sin embargo, algo dentro de mí me impedía sentir piedad por él, mi corazón solo escuchaba el grito unánime de los hombres del duque que coreaban en su lengua el título que hacía mucho le habían dado por su fiereza en la batalla. Corazón de león.

El duque entró de nuevo al campo mientras el chambelán anunciaba su nombre como ganador del torneo. Había cambiado su montura y volvía cabalgar sobre el hermoso caballo del primer día. En el palco de majestades pude ver Berenguela puesta en pie, tan emocionada como el resto de nosotros, o quizá un poco más. El chambelán anunció el premio económico que le correspondía como ganador del torneo y el duque, ganándose vítores aún más fuertes, pidió que se repartiese entre sus hombres. El único premio que aceptó fue la guirnalda de flores en forma de corona que le marcaba como ganador del campo y que él, sin dudar un instante, entregó a Berenguela. Desde mi sitio me pareció que ella acabaría desmayándose de emoción, pero de alguna manera supo recomponerse y con una inmensa sonrisa, aceptar el preciado regalo para rabia visible de los reyes de Castilla.

Mis ojos apenas se percataron de su llegada. Observaba las reacciones de los reyes de Castilla cuando la cortina tras ellos se

descorrió y una figura alta entró para decir algo al oído del rey que asintió con el rostro visiblemente contrariado. Levanté la vista para mirar el rostro del mensajero y una faz que por desgracia conocía bien. Román de Villena. Mi corazón comenzó a latir como si del galope del caballo del duque se tratase. El ejecutor de la muerte de mi familia, el asesino de mi madre estaba frente a mí. Dicen que los lobos de alguna manera huelen el miedo de sus presas. Yo no sé si fue mi miedo o mi rabia, pero como si hubiese percibido mi presencia, su cabeza se levantó y aquel único ojo se clavó en mí como si siempre hubiese sabido donde estaba. De repente, de manera casi imperceptible, pero que a mí me pareció clara como el día, hizo un leve gesto de reverencia hacia mí. Una sorna, una burla. Su manera despreciable de hacerme saber que estaba allí, que era consciente de que yo sabía quién era él y lo que había venido a buscar. Mi muerte.

La rabia es una desafortunada compañera de viaje. Se agarra al corazón y a las tripas como un animal hambriento y no suelta su presa hasta que acabas por hacer algo sin sentido, irracional y, casi siempre, peligroso. Ver al hombre con las manos aún manchadas con la sangre de mi madre hizo que la mía se paralizase en mis venas. A su lado, el rey de Castilla, mi padre, ajeno a aquel diálogo silencioso que tenía lugar entre aquel hombre y yo. Los ojos de aquel bastardo gritaban que venía a por mí, los míos que ya no correría más y que la caza podía empezar.

Salí corriendo de entre las tablas de la grada del campo de justas y corrí hacia el castillo. Ni siquiera me esperé para celebrar junto al duque su victoria. Sabía que no era correcto, me habían asignado a su servicio, no podía ausentarme sin su permiso, pero en ese momento, la rabia me decía que mi venganza era lo único importante.

Subí como una exhalación las escaleras de la torre de mi celda hasta llegar arriba sin resuello, pero ni siquiera entonces me detuve. Abrí rápidamente el arcón donde guardaba mis pocas posesiones y rebusqué entre las ropas que guardaba en su interior la daga que Garcés me había regalado en Poitiers. Aquella daga ya había matado una vez y lo haría de nuevo. Poco pensé en ese momento que enfrentarse a aquel monstruo sin más arma que una pequeña daga era una empresa sin aspiraciones de éxito; yo sólo podía pensar en vengar por fin las afrentas hechas a mi familia.

Me lancé escaleras abajo de vuelta al campo de justas, preparado para buscar a Román de Villena, pero al llegar al primer piso alguien bloqueaba la escalera.

—¿Se puede saber a dónde vas, Rodrigo? No hagas tonterías, muchacho.

—¡Apártate, Garcés! —le repliqué al hombre que menos necesitaba ver en ese instante.

—¡No me apartaré hasta que me escuches, Rodrigo, lo que pretendes hacer es una locura, muchacho, será tu perdición! ¡Serénate, te lo ruego!

En ese instante comprendí que ya no había secretos entre nosotros. Garcés sabía lo que pretendía porque él también había visto a aquel hombre y sabía quién era y lo que quería.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —le solté sin más explicación—. ¿Cuándo estuviese muerto? ¿Pensabas dejarme morir como hiciste con mi madre?

—Muchacho, no sabes lo que dices, hay mucho que no entiendes.

—¿Qué tengo que entender, Garcés? —dije a la par que sacaba la daga y la empuñaba firme frente a él—. Eres un perro, un maldito

criado capaz de hacer lo que sea necesario por su amo. Sé perfectamente que los reyes te ordenaron encontrar al bastardo del rey de Castilla y eso es lo que hiciste. Le trajiste la presa que te pidieron encontrar. ¿Desde cuándo llevabas vigilando a mi madre? Supiste donde encontrarme porque hacía tiempo que nos tenías localizados, ¿no es verdad?

—No lo comprendes, tan solo se me pidió que me encargase de que nada te ocurriese.

—¿Que nada me ocurriese? —grité y acerqué inconscientemente aún más la daga a su pecho—. ¿Y mi madre, maldito hijo de puta? Pudiste haber evitado su muerte, pudiste haber hecho algo, pero no, no levantaste un dedo. Tu misión era mantener con vida al bastardo que tenía valor como moneda de cambio, no a la puta de su madre, ¿verdad?

—¡Estás sacando conclusiones equivocadas, Rodrigo! Tienes que calmarte y te lo explicaré todo, pero baja ese cuchillo, por Dios te lo ruego, no puedes enfrentarte a ese hombre, será tu fin. ¡No te permitiré pasar de ninguna manera!

No tuvo tiempo de decir nada más, pues su cuerpo se derrumbó en el suelo como un fardo de paja. Tras él, apareció la figura de Berenguela que sostenía en su mano la enorme piedra con la que acababa de golpearle la cabeza, dejándole inconsciente.

—¡Sé que me odiará por esto, pero no podía permitir que te detuviese!

—¡Berenguela! ¿Qué…? —intenté farfullar sin éxito.

—¡Vete! ¡Cumple tu venganza, Rodrigo! Por tu madre, por tu familia. Asegúrate que ese malnacido no causa más dolor —me replicó con los ojos llorosos.

—Pero…

—Pero nada —afirmó tajante, secándose los ojos—, mis padres no fueron responsables de lo que le ocurrió a tu familia, pero jugaron con tu vida sin tener derecho a hacerlo, sólo por su propio interés. ¡Déjame que ayudándote pueda resarcir al menos parte del daño causado!

No sabía que responder a aquel gesto que era el más honesto y bondadoso que nadie había tenido conmigo jamás, así que solo puede decir una cosa:

—¡Gracias, Berenguela!

—¡Deja de perder el tiempo y márchate de una buena vez! —me dijo con sus malos modos habituales y yo obedecí con una sonrisa, pero antes de desaparecer me giré un instante.

—¡Te quiero, nunca lo olvides, Berenguela!

—Lo sé, Rodrigo, además, no te queda más remedio, eres mi protector. —Y guiñándome un ojo me dejó marchar con un regusto

agrio en la boca que sabía muy parecido a una despedida.

Corrí por los pasillos del castillo en dirección a la puerta este que era la que más cerca se encontraba del campo de justas. Mi mano se aferraba fuertemente a la daga y mi mente sólo podía pensar en una cosa, aquel maldito tuerto. Mi mente no prestaba atención a lo que ocurría a mi alrededor, corría como guiado por una voluntad ajena por aquellos pasillos que podía recorrer a ciegas. Sin embargo, al girar en uno de los corredores del primer piso algo captó mi atención, una imagen que apenas duró un instante y que solo pude ver por el borde del ojo, pero que me hizo parar en seco.

Frente a mí, la puerta de un aposento abierto de par en par dejaba pasar la luz de un fuego encendido en el interior de la estancia. A su lado, un hombre vuelto de espaldas observaba las llamas mientras se desabrochaba una capa de color granate que dejaba caer de malas maneras sobre el suelo. No hubo necesidad de que aquel hombre se girase para mostrar la corona que ceñía su cabeza. Era Alfonso, rey de Castilla, mi padre. Mi mano se aferró aún más fuerte a la daga que portaba hasta que la sangre dejó de fluir por mis dedos. El destino era caprichoso y en mi camino a vengar la muerte de mi madre me ponía en bandeja a aquel que había desencadenado toda la desgracia que había terminado con mi familia. El rey no se percató de mi presencia, se encontraba absorto mirando el fuego. Era la oportunidad perfecta. Sólo tenía que acercarme a él con el sigilo suficiente para que mi daga penetrase en su cuerpo y todo habría terminado para él y para mí. Nadie sabría nunca cómo había ocurrido ni quién había sido el responsable. Mi madre podría al fin descansar en paz.

Mis pies hicieron el amago de avanzar hacia él, pero por alguna razón no llegaron a despegarse del suelo. De repente, como intuyendo mi presencia, se giró y me miró directamente con el rostro claramente contrariado y una mano aún apoyada sobre el hogar del fuego.

—¡Ah, estás ahí! Ya era hora, maldita sea. Tráeme una jarra de vino y una copa, y hazlo rápido o me encargaré de que te muelan a azotes. En este reino del infierno hasta los criados sois unos incompetentes —soltó con rabia y desdén—. ¡Vamos, abrevia!

No puede evitar quedarme mirando fijamente a los ojos de aquel monstruo que ni siquiera era consciente de con quién estaba hablando. Aún había tiempo, tan solo tenía que dar un paso adelante, ser más rápido que él no sería difícil. Si mi daga entraba en su garganta, no tendría tiempo de emitir sonido alguno para alertar a nadie. Tarik me lo había enseñado. La guardia por alguna razón no estaba cerca, no tendría otra oportunidad como aquella. Pero no me moví. Mis ojos siguieron clavados en los suyos, del color de la madera de chopo, de

una profundidad poco común. Y supe que no sería capaz de hacerlo. Las palabras de Berenguela vinieron a mi cabeza. Un rey ungido por Dios. Un pecador que debía rendir cuentas a nuestro señor, no a mí.

—¿Es que eres sordo, muchacho? Te he dicho que…

—¡No soy sordo! —respondí tajante—. Mi nombre es Rodrigo de Tudela. Mi madre era una judía de Burgos, ultrajada por alguien que no merece llamarse hombre ni rey. Y solo ruego para que Dios os haga pagar vuestros pecados en esta vida y en la otra.

Solo miré por un momento su rostro desencajado al comprender lo que acababa de decirle, observándome sin saber qué palabra argumentar mientras yo salía corriendo escaleras abajo. Oí sus gritos exhortándome a detenerme y regresar, pero se perdieron en el vacío tan pronto como entré en las caballerizas del castillo. Mis ojos llenos de lágrimas no me dejaban ver el camino, y mi corazón me había llevado hasta el calor de la única criatura que podía confortarme en ese momento. Mi buen Argento.

El caballo me recibió piafando de alegría al verme, pero, como si inmediatamente hubiese detectado que algo no estaba bien, se había acercado hasta mí para reconfortarme con el calor de su cuerpo. El mío respondió a su gentileza y me abracé a él para llorar mi frustración y mi decepción. Había tenido la posibilidad de vengar a mi madre de los ultrajes que aquel hombre le había infligido, pero no había sido capaz. No sabía si por miedo o por otra cosa, pero mi mano se había quedado congelada. Le había fallado a mi madre, a toda mi familia y a mí mismo. No tendría una oportunidad como aquella de nuevo. De repente el rostro de Míriam vino a mi mente. La única persona que podría recriminarme lo que no había sido capaz de hacer.

Quizá por vergüenza o por desesperación, pero ensillé a Argento y abandoné el palacio. Ya nada importaba el tuerto y mi deseo de matarle. Yo ya había fallado en la misión más importante de mi vida y sentía que no podía continuar sin contarle lo ocurrido y sin pedirle perdón a la única familia que me quedaba. Y así, llorando mi vergüenza, salí a galope hacia Tudela para buscar a Míriam.

Era noche cerrada cuando llegué a casa de la señora Jadiya. Los soldados que hacían guardia en la puerta se extrañaron de verme, pues sabían que el rey no acudiría esa noche al encontrarse celebrando el banquete que marcaba el fin del torneo. Les expliqué que no venía de parte del rey, sino que buscaba a la sirvienta judía llamada Míriam. Ninguno de los dos sabía de quién les hablaba, pero en medio de la discusión con ellos para tratar de describirles a la mujer fue la señora Jadiya quien hizo su aparición alertada por el ruido de voces a aquellas horas de la noche.

—¡Rodrigo! ¡Que el profeta te proteja, hace mucho que no sabíamos

de ti! ¿Le ha ocurrido algo al rey? —preguntó asustada.

—¡No, no, mi señora! El rey está perfectamente. No me envía él, en realidad busco a Míriam, vuestra sirvienta.

La señora Jadiya me miró extrañada, sin duda preguntándose qué asunto podía yo tener con una sirvienta de su casa, pero no me hizo ninguna pregunta.

—Míriam ha salido hace un buen rato hasta la casa del fabricante de velas, nos hemos quedado sin ellas. De hecho, es extraño que no haya vuelto ya porque salió hace mucho. Si quieres buscarla allí es la casa que se encuentra justo frente al pozo, al final de esta calle —dijo señalando la dirección—. ¡No tiene pérdida!

—¡Muchas gracias, señora! —respondí apresurándome a montar en Argento.

—¡Rodrigo!

—¿Sí?

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No, mi señora, os lo agradezco, pero me temo que no hay nada que nadie pueda hacer por mí. —Y sin más explicaciones encaminé a Argento en la dirección que me habían indicado.

La calle estaba apenas iluminada por un par de teas que ardían en la entrada de algunas de las casas de más dinero de la judería, así que tuve que hacer que Argento fuese al paso. La calle era larga y descendía por todo el barrio hasta casi llegar al río. En la parte más baja una gran plaza se abría de repente para alojar en su centro a un pozo público.

La plaza estaba vacía y un escalofrío extraño recorrió mi espalda. Desmoté frente a la puerta de la casa de velas dispuesto a llamar a la puerta, pero de repente algo golpeó mi pie. No pude distinguir de qué se trataba hasta que mis ojos se acostumbraron a aquella penumbra y pude reconocer la cabeza cercenada de Míriam yaciendo en el suelo con una mueca desencajada de absoluto terror.

La impresión de aquella imagen me hizo trastabillar hacia atrás, intentando separarme de aquel horror que me miraba desde el suelo y casi caigo. Una risa cargada de maldad resonó en la plaza emitida desde la oscuridad entre dos casas adyacentes.

—¡Vaya por Dios! Y yo que pensé que te gustaría el regalo que te he preparado —resonó la voz profunda de un hombre al tiempo que una figura daba un paso adelante y emergía de la oscuridad, permitiéndome reconocerle de inmediato.

—¡Tú!

—¡Claro! ¿A quién esperabas bastardo? —me replicó el rostro lleno

de cicatrices de Román de Villena —. ¿De verdad pensabais tú y esa mujer que dos judíos como vosotros podríais escapar de mí?

—¡Eres un maldito hijo de puta, Míriam era una mujer inocente! —dije apretando los puños para no llorar e intentando no mirar la cabeza cercenada.

—¿Inocente? ¡Por Dios bendito, era judía! Ningún judío es inocente, mataron a nuestro señor, muchacho. Tu gente hizo eso. Todos merecéis la muerte. Por supuesto, en tu caso se añade la terrible incomodidad de tu paternidad, pero eso lo arreglaremos en un momento —soltó acercándose lentamente hacia mí.

Sentí como la sangre hervía en mi interior, como toda la rabia acumulada desde que tuve conocimiento de mi origen hacía que mi cuerpo se tensase como la cuerda de un arco. Mi mano agarró con firmeza la daga y mi voz resonó sin un ápice de temblor.

—¡Muy bien, pues que así sea! ¡Veamos quién acaba con quien, tuerto del diablo!

No sé si mis palabras tuvieron efecto alguno, pero el de Villena se lanzó contra mí con todo su peso y en ese momento pude ver que en su mano portaba una espada aún ensangrentada. Yo tan sólo tenía una daga y con ella no podría defenderme del mandoble de aquel acero lanzado con toda su fuerza contra mí. Instintivamente tensé mis músculos confiando en ser capaz de usar mi velocidad para escapar un golpe mortal, pero, de repente, otra espada salida de la nada se interpuso en la trayectoria de la del tuerto y el sonido del choque resonó en toda la plaza.

—¡Apártate de aquí, Rodrigo! ¡Hacia atrás te digo, esto es cosa mía! —resonó como un trueno la voz de Garcés en toda la plaza mientras me apartaba con una mano.

—¡Gar…Garcés! —farfullé.

—¡Bueno, ya estamos todos! —respondió el tuerto a la par que se retiraba hacia el centro de la plaza para adoptar una mejor posición de ataque—. ¡Cuánto tiempo, hermano! ¡Confiaba en que te hubieses muerto de la pena tras la pérdida de tu Sancha!

¿Hermano? Mi cabeza no podía procesar todo lo que estaba ocurriendo y lo que acababa de oír. ¿Garcés y el tuerto eran familia?

—¡Lávate la boca antes de pronunciar su nombre! —respondió el gigantón arreándole un mandoble que habría sido capaz de derribar a cualquiera, pero que el tuerto supo parar con su arma.

Allí, a la luz tenue de los faroles, uno junto al otro, me di cuenta de que había similitudes entre aquellos dos hombres. Su corpulencia, sus ojos profundos, incluso su manera de manejar la espada era semejante. ¿Podía ser verdad entonces que eran hermanos?

—Siempre has sido un pobre estúpido Garcés, siempre dominado por tus emociones, por tus sentimientos. Padre hizo bien en

repudiarte, maldito bastardo desagradecido. Nunca debería haberte sacado de aquella casa de muertos de hambre en la que vivías —respondió asestando otro golpe tan poderoso que por un instante pensé que desequilibraría a Garcés.

—Nuestro padre era un hijo de puta malnacido que tan solo me llamó a su lado en la esperanza de que un día me convirtiese en su herramienta para ejecutar viles actos según su conveniencia. No podía concebir un uso diferente para su bastardo.

—Un bastardo que alimentó y educó como a su propio hijo.

—Un bastardo al que hacía dormir en la perrera y al que molía a palos según se le antojaba con el único fin de convertirme en un perro más —replicó Garcés lanzando golpes uno tras otro que hicieron que el tuerto tuviese que retroceder.

—Sí, y como un perro rabioso te revolviste contra la mano que te dio de comer.

—Me negué a matar a una familia inocente cuya única falta era no poder pagar las rentas desmesuradas que el hijo de puta avaricioso de nuestro padre les había impuesto. Me negué a cometer una injusticia y en castigo nuestro padre, que ojalá arda en los infiernos para toda la eternidad, me obligó a ver como colgaba a todos ellos, incluidos dos niños de tres años—. El golpe que asestó en ese momento, aumentado por la rabia que debía sentir al revivir todo aquello, derribó al de Villena, pero también hizo que Garcés perdiese el paso cayendo sobre su hermano. Podría haber sido el final de aquel combate para el tuerto, pero, como si lo hubiese estado esperando, el cuerpo de Garcés se encontró lanzado con todo su peso sobre un cuchillo largo que aquel maldito sostenía en su mano. Los ojos de Garcés se abrieron ampliamente por la sorpresa de un movimiento que no había sabido prever.

—¡Ay, hermano, tu punto débil es dejarte llevar por tus emociones! —Y con un movimiento rápido salió de debajo del cuerpo de Garcés que se derrumbó en el suelo.

—¡Garcés! —grité y me acerqué hasta él ignorando el peligro que suponía el tuerto. Su mano, ardiendo y sujetando aún su espada, se acercó a la mía en un movimiento imperceptible, pero que yo entendí inmediatamente. El león y la gacela. En nuestras sesiones de entrenamiento Garcés me había explicado que en el combate cuerpo a cuerpo no todo era cuestión de fuerza y filo. El león confiaba en su fuerza y en sus garras para imponerse sobre la gacela, pero esta tenía un arma con la que el león no contaba: su velocidad y su ligereza.

—¡Ya ha sido suficiente! —rugió la voz del tuerto al tiempo que vi como su sombra se abalanzaba sobre mí, espada en alto, para asestarme el golpe definitivo. El león se cernía sobre su presa.

En ese instante agarré la espada de Garcés arrebatándosela de las

manos y apoyándome en mi pierna derecha me desplacé hacia el lado, esquivando su golpe que iba dirigido a mi cabeza y haciendo que mi espada cortase su vientre obligándole a doblarse hacia delante. Ayudado por el mismo peso de la espada, giré sobre mí mismo para dejarla caer sobre cuello en un único golpe seco, cercenado su cabeza de un solo tajo como quien corta mantequilla. La cabeza del tuerto rodó hasta chocar con el borde del pozo y acabó vuelta hacia arriba, mirándome con su único ojo en una mueca desencajada de incomprensión por lo que acaba de ocurrir y que había terminado con su vida.

Quizá hubiese sido justo que en ese instante hubiese tenido un momento para acordarme de mi familia, para recrearme en la venganza que acababa de completarse casi sin esperarlo, para llorar quizá. Pero en su lugar dejé caer la espada al suelo y me arrodillé junto a Garcés herido de muerte.

—¡Garcés, Garcés! ¡Espera, aguanta, buscaré a los soldados en casa de la señora Jadiya! Allí te podrán ayudar.

—¡Rodrigo, escucha Rodrigo! —dijo impidiéndome marchar—. No hay nada que puedas hacer, y está bien así. Para mí no hay más camino, y no deseo que lo haya.

—¡No digas eso, Garcés! Aún podemos salvarte, te curarás…

—¡No, Rodrigo, no puede ser! ¡Escúchame! —susurró— Siento muchísimo no haber podido salvar la vida de tu madre, muchacho, pero yo no me encontraba en Pamplona.

—¡Déjate de eso ahora, Garcés, ahora hay que curarte!

—¡No, sapito, es importante! Quiero que sepas que no pude hacerlo, no fue mi intención que fuese así. El rey me llamó a Tudela y el bastardo de mi hermano aprovecho mi ausencia para matar a tu madre. Tan pronto como el rey supo de lo ocurrido me envió a buscarte para ponerte a salvo. Sé que sus razones pudieron ser interesadas, pero te pido que no nos guardes rencor. Todos nos equivocamos y lo importante es que al menos tú has podido vivir, y que ahora serás libre para poder ser el hombre que desees ser. Pero es imprescindible que te marches.

—¿Cómo?

—¡Escucha! Acabas de matar a un noble de Castilla y, a los ojos de su rey, sigues siendo alguien que podría sacar a la luz sus faltas en cualquier momento. No permitirá que eso ocurra. Vendrán otros, Rodrigo. Es imprescindible que huyas, que dejes Navarra atrás. Tan pronto como amanezca se sabrá de la muerte de mi hermano. Pensarán que nos matamos el uno al otro y eso te dará algún tiempo antes de que el rey busque a otro para acabar contigo. Debes aprovechar ese tiempo para poder poner distancia entre vosotros.

—Pero…, no sé a dónde debo ir, a dónde puedo ir…

—¡El duque, Rodrigo! Ve con el duque.
—¿El duque Ricardo? ¿En el castillo?
—El duque no está en el castillo, Rodrigo, ha partido esta tarde de vuelta a sus tierras porque ha recibido aviso urgente de su padre. Hay una revuelta en Angulema, ni siquiera ha llegado a participar en el banquete de honor.
—Pero… entonces, ¿cómo puedo irme con él?
—No con él, muchacho, tras él. ¡Ve tras él!
—Pero esta es mi casa, Garcés, el único hogar que conozco.
—Tu hogar está allí donde esté tu corazón, muchacho — Y sus ojos me miraron diciéndome que sabía lo que guardaba en mi interior, y que no le importaba, que por encima de todo debía vivir, no de acuerdo con lo que otros pensaran lo que debía ser mi vida, sino a la verdad de mi corazón. Aquella última mirada tan solo duró un instante. Con un último suspiro Garcés, el gigantón que había sido para mí lo más parecido al padre que nunca había conocido, abandonó este mundo en mis brazos para unirse a la mujer a la que ahora sabía que siempre había amado en secreto, la reina doña Sancha.

Me llevó un buen rato recomponerme frente a los cuerpos sin vida de Garcés y del bastardo de Román de Villena. De alguna forma me sentí inmediatamente vacío. Es lo que tiene la venganza. Sólo es importante cuando su fuego arde en tu vientre, impulsándote a cumplirla. Una vez que tu objetivo está alcanzado, se vuelve fría y sin valor. Y así es cómo me sentía. Había cumplido mi venganza, el hombre que había matado a mi madre y a mis abuelos estaba muerto, pero me había costado la vida de Garcés, la de Míriam, y la mía propia, pues me veía obligado a abandonarla.
Sabía que Garcés tenía razón. No podía quedarme en Tudela, ni siquiera en toda Navarra estaría a salvo. Mi padre no pararía hasta acabar conmigo, le iba la corona en ello. Yo mismo había delatado quien era en un arrebato de orgullo e ira. Y ahora su mano derecha, el hombre que ejecutaba sus actos más viles, estaba muerto también. Pronto Alfonso de Castilla entendería que había subestimado mi peligrosidad y redoblaría sus esfuerzos para eliminarme.
Garcés me había dado la solución. Ricardo. Pero hasta en ese momento mi vida parecía no querer hacérmelo fácil. El duque había abandonado Tudela para sofocar la revuelta en aquella zona de sus dominios llamada Angulema y que yo no sabía siquiera dónde se encontraba. Debía salir tras él, confiar en que a su lado estaría protegido. Era cierto que sabía que gozaba de su cariño, pero ¿por qué habría el gran duque Ricardo de acoger a un mozo Navarro que huía

de su propio cuñado? Debería contarle quién era en realidad, y entonces era perfectamente factible que el duque no quisiera involucrarse, pues a fin de cuentas yo no era nadie, o peor aún, podía entregarme a Alfonso que en última instancia era su familia. Sin embargo, algo dentro de mí, un calor profundo, aunque leve, de alguna manera me decía que no, que debía confiar, que Garcés no se equivocaba, que Ricardo me protegería, que él era mi única opción. Yo no quise o no supe reconocerlo entonces, pero era mi amor por Ricardo quien hablaba y me pedía que confiase porque aquel hombre, inmenso a mis ojos, era mi salvación. Un amor que de alguna manera Garcés también había podido ver.

Cogí la espada de Garcés como él había pedido y cerré sus ojos delicadamente con mis dedos, despidiendo a mi manera a un buen hombre que sólo me había hecho bien, aunque no siempre hubiese sabido verlo. Después rebusqué en el cuerpo del tuerto en busca de cualquier cosa que me pudiese servir. Encontré un saquito con algunas monedas que no dudé en arrebatarle. No esperé un segundo más, me coloqué mi jubón colocándome la capucha sobre la cabeza para ocultar mi identidad tanto como pude y monté en Argento para alejarme de la plaza.

Mi primera intención fue dirigirme a la puerta de la morería que atravesaba la muralla para abrirse directamente a uno de los puentes de salida de la ciudad, pero la puerta estaría custodiada, posiblemente por hombres que me conociesen del castillo y que preguntarían a dónde me dirigía a aquellas horas. Además, los guardias de la puerta que daba al camino del castillo me habían visto entrar por ella. Era imprescindible que me viesen volver para no levantar sospechas. Aquella opción me devolvía al castillo, pero era la única posible si deseaba salir de la ciudad sin alertar a nadie, así que así lo hice. Tal y como esperaba no hubo pregunta alguna. A ojos de los soldados había acudido a la ciudad enviado por alguien del castillo y una vez cumplida mi misión retornaba sin más. No serían ellos los que cuestionarían el porqué de mis idas y venidas en aquellas horas de oscuridad, la paga que recibían no daba para tanto interés.

Ascendí por el camino del castillo, pero tan pronto como estuve lo suficientemente alejado de la ciudad, me desvié a la izquierda por la senda que bordeaba la muralla del castillo y que me permitiría llegar al camino de Pamplona. Desde aquel camino, me giré para echar un último vistazo al castillo imaginando que Berenguela, Fernando, el infante don Sancho, Filomena, todos aquellos que habían significado algo para mí, me despedían saludándome desde las almenas. Mis ojos se llenaron de lágrimas por la certeza de que nunca más habría de volver a verlos, pero tragándome el dolor me di nuevamente la vuelta y comencé un viaje que no sería en absoluto lo que esperaba.

Angulema, 1182

Mi piel se erizaba, pero no era por frío, sino por la mezcla de anticipación y miedo. Argento también lo sentía. Podía notar su cuerpo tenso, su respiración agitada, su deseo de correr colina abajo, aunque no sabía si era para huir de lo que nos acechaba a nuestras espaldas o porque su naturaleza de caballo nacido y criado para la guerra le conminaba a ello. El hedor que ascendía por la colina a aquella primera hora de la mañana era una mezcla de heces, vómito y sangre difícil de describir. Apenas unos metros por debajo de nuestra posición se podían ver los primeros cuerpos que probablemente llevaban allí varios días y ya aparecían hinchados por la descomposición. La batalla por Angulema estaba siendo terrible y yo estaba a punto de verme arrastrado a ella.

Había tardado más de dos meses en llegar hasta allí. Mi salida de Tudela en medio de la noche había significado que apenas si había podido recorrer tres leguas, pues no podía desplazarme en plena oscuridad. Encontré una cabaña de labriegos abandonada, sin techo y con las paredes medio derruidas y allí esperé, en medio del frío nocturno y con el aliento de Argento como único calor, hasta que el sol empezó a despuntar.

Tenía que aprovechar las horas de luz para alejarme tanto como fuera posible de mi padre, así que cabalgué como si me fuese la vida en ello en dirección a Pamplona, mirando constantemente atrás, pensando que en cualquier momento vería aparecer las tropas de Castilla prestas a apresarme. Pero no aparecieron, ni ese día, ni al siguiente, ni cuando por fin logré llegar a la ciudad, lo cual fue un desahogo. Pamplona era para mí el límite de mi mundo, la frontera de lo que conocía y donde sabía que podía llegar por mí mismo. Mi único viaje más allá de aquella ciudad había sido de camino a Poitiers, pero aquella vez íbamos guiados por Garcés. Esta vez iba solo y debía encontrar la ruta al paso de los Pirineos para poder entrar en los dominios del duque.

Bordeé la ciudad, no quería entrar en ella por si de alguna manera se había dado aviso de mi partida y los soldados del rey don Sancho pudiesen estar ya buscándome. En el lado norte de la muralla encontré unos comerciantes que llegaban a la ciudad con sus carros para vender sus mercancías y les pregunté cómo encaminarme a los pasos de los Pirineos. Ninguno de ellos sabía de qué les hablaba. Aquellos

hombres, como yo, hacían su vida apenas unas leguas más allá de su hogar, y los lugares por los que yo les preguntaba les sonaban distantes y desconocidos. Lo más que supieron indicarme fue el camino del norte, a partir de allí debería preguntar nuevamente a quien pudiese darme indicaciones. Antes de partir les pregunté si alguno había visto a una compañía militar como la del duque pasar por allí, pero ninguno de ellos había visto ni oído nada. Comprendí en ese momento que me había embarcado en una empresa difícil. Pronto entendería que además sería peligrosa.

El camino hasta los Pirineos se convirtió en una romería de cambios constantes de dirección pues, aunque se me daban indicaciones con la mejor intención, frecuentemente eran erróneas. Encontré gentes amables que me dejaban dormir en sus cuadras o en sus establos, y que incluso compartían conmigo lo poco que tenían para comer. Y en las ocasiones en que no encontraba tanta amabilidad, alguna de las monedas que le había arrebatado al tuerto me aseguraban un techo, un plato de comida caliente y algo de forraje para Argento.

Poco a poco dejé de mirar sobre mi hombro para comprobar si alguien me seguía. De alguna manera, a medida que me alejaba de mi mundo, me sentía más seguro, menos importante, y creía que podía pasar desapercibido. Los labriegos que encontraba miraban con curiosidad mi montura, impropia de un muchacho de quince años vestido como un mozo cualquiera. Pero si alguno de ellos llegó a pensar que quizá había robado el caballo, nadie dijo nada ni fui cuestionado en forma alguna. En aquel mundo, lejos de las grandes ciudades, las gentes tenían bastante con sobrevivir cada día como para meter sus narices en los asuntos de los demás.

Dos semanas después de haber dejado Tudela pude por fin ver en el horizonte las montañas que me anunciaban que había llegado a los Pirineos y me encontré con una complicación añadida. Si hasta ese momento había podido preguntar por direcciones o pedir aquello que necesitaba, ya no iba a ser tan fácil. En tierra de vascos no todo el mundo era capaz de entenderme y sabía que sería aún más difícil una vez traspasase la barrera montañosa. El latín que yo conocía, el que se cantaba en las iglesias y se leía en los manuscritos del hermano Teobaldo, no servía de nada entre gentes que nada sabían de letras y libros. Sin embargo, fue la misma Iglesia la que vendría en mi ayuda con algo que había olvidado por completo. La ruta de los peregrinos.

Muchos eran los que se aventuraban a recorrer el camino que los llevaba hasta la tumba del apóstol Santiago para purgar sus pecados, dar gracias por algún milagro o simplemente por pura devoción. En uno de los libros del hermano Teobaldo había leído que el camino

recorría parte del territorio más allá de los Pirineos —aunque yo desconocía cuál exactamente— y que atravesaba sus pasos para internarse en tierras de Navarra y más allá. Un camino inmensamente largo, y extremadamente peligroso. Muchos eran los que se encontraban con bandidos, guerras y disputas locales o con la enfermedad y que nunca regresaban a sus hogares. El hermano Teobaldo me había dicho que en las cercanías de la tumba de apóstol había un cementerio para aquellos que no llegaban a alcanzar su meta, para que al menos pudieran tener el consuelo de descansar en tan santo lugar. A la Iglesia le interesaban aquellos caminantes devotos sin duda alguna, pues entre ellos también había nobles que dejaban buenos dineros para el culto al santo, así que había construido hospitales a lo largo del trayecto para dar a los caminantes pan, vino y cobijo.

El gran muro insalvable que era el idioma pareció desaparecer cuando pregunté por aquellos hospitales. Todos los campesinos a los que interrogué supieron indicarme la ruta que debía seguir para llegar al Hospital de Roncesvalles que sería mi última parada antes de entrar en Aquitania.

Seguí a diferentes compañías de peregrinos, siempre en la distancia, sin acercarme demasiado para no suscitar preguntas, pero no tan lejos como para extraviarme. En sus paradas nocturnas me mantenía apartado, sin mezclarme con ellos para que no se sintiesen amenazados y tan pronto como se prestaban a partir al amanecer iniciaba de nuevo mi persecución.

El hospital de Roncesvalles estaba regentando por monjes que habían sido designados por el Obispo de Pamplona, es decir, con altas probabilidades de ser tan navarros como yo mismo, así que era necesario inventar una historia que pudiesen creer, pues las preguntas serían inevitables.

Entré en el modesto edificio cuando el sol ya caía y el frío de la montaña calaba hasta el alma. O, mejor dicho, quien entró en el recinto fue Tomás, el hijo bastardo de un terrateniente de Poitiers que había acudido a Santiago a purgar su pecado y recuperar al hijo al que había concebido al otro lado de los Pirineos en un viaje de negocios. Lamentablemente mi padre había muerto en el camino de retorno, haciéndome prometer en su lecho de muerte que llegaría a su hogar a reclamar mi lugar, llevando su montura y su espada como señal de su voluntad. Aquella historia a mis ojos no había por donde cogerla, pero a los ojos de los monjes, acostumbrados a ver todo tipo de cosas en el camino, no suscitó cuestión alguna y esa noche pude dormir en un jergón de paja, cenar una sopa caliente con un mendrugo de pan y un vaso de vino aguado que templaron mis tripas mientras Argento descansaba en un establo decente.

Esa noche tuve pesadillas, quizá por el cansancio acumulado, quizá por la incertidumbre de lo que me esperaba en mi camino. Un Román de Villena retornado de entre los muertos me perseguía con la cabeza de Garcés en su mano por un interminable pasillo de piedra oscuro y frío del que no era posible escapar si no era hacia adelante. Hasta en dos ocasiones uno de los hermanos del hospital hubo de despertarme para que dejase de gritar, pues perturbaba el descanso del resto de peregrinos. El resultado fue que al amanecer del día siguiente mi cuerpo estaba destrozado y me dolía la cabeza como si me hubiesen arreado con un martillo.

Ensillé a Argento que sí parecía fresco y contento de haber descansado en condiciones, y sujetándole por la rienda abandonamos el recinto del hospital. En la puerta, el mismo hermano gordo y bajito que me había despertado la noche anterior repartía pequeños paquetes a los peregrinos que se marchaban.

—¡Toma, muchacho, un trozo de pan para el camino! No es mucho, pero ayudará a calmar el hambre hasta que puedas encontrar reposo en otro lugar. No conoces las tierras de más allá de la montaña, ¿verdad?

—No, padre, sólo sé a dónde debo dirigirme.

—¡No me llames padre que no soy sacerdote! —me recriminó—. ¿Dónde están las tierras de tu padre?

—En una ciudad llamada Angulema —repliqué esperando que me orientase al lugar donde creía que estaba el duque.

—Largo camino tienes por delante, muchacho, mejor será que seas precavido, a los ladrones y bandidos se van a sumar las guerras que asolan esta tierra. Mira, coge el camino que desciende de la montaña hasta que llegues a un pueblo llamado San Juan Pie de Puerto. No tiene pérdida, pues está en el camino y porque no son muchas casas. Ese pecador del duque Ricardo —que Dios mande al infierno— destruyó el antiguo pueblo de San Juan hace unos años y han empezado a construir el nuevo este mismo año.

—¿El duque Ricardo? —pregunté haciéndome el ignorante.

—Sí, hijo mío, el señor de las tierras en las que te adentras es un pecador irremediable, soberbio, sanguinario y carente de compasión alguna. Y si no uno tiene que creer lo que cuentan las gentes que pasan por aquí hasta sodomita y violador de infantes. Un monstruo en toda regla del que harás bien en protegerte. Sus huestes son tan despiadadas como él mismo. ¡Así mejor ocúltate en los bosques y evita los caminos abiertos!

—Y, ¿a dónde debo dirigirme desde San Juan?

—¡Ah, sí, claro! ¡Discúlpame! Pregunta en el pueblo por la dirección

a la ciudad de Burdeos. Desde allí te podrán orientar hacia Angulema.

Dándole las gracias, cogí el pan que me ofrecía y lo metí en la parte interna de mi jubón y, sin querer hacer caso de las pocas virtudes de Ricardo que me había relatado, monté a Argento y me encaminé hacia Aquitania.

Casi dos semanas me llevó llegar a los alrededores de Burdeos. A mi paso por San Juan Pie de puerto pensé que quizá la suerte me estaba sonriendo, pues encontré un mercader castellano que aceptó venderme algo de cecina y de tocino salado para el camino a cambio de las pocas monedas castellanas que me quedaban. Pero si creí que aquello era alguna señal de que el cielo amparaba mi viaje, pronto me desengañé.

Pasadas las montañas, los terrenos rocosos se sustituyeron por campos de siembra que parecían extenderse sin fin hasta donde alcanzaba la vista. Aquello no me parecía distinto de Navarra, los mismos campos, las mismas caras de hambre y agotamiento por el trabajo de las tierras. Sin embargo, había una gran diferencia, allí nadie podía comprender una palabra de lo que les decía ni yo a ellos. Algunos hacían el esfuerzo de entenderme y encaminarme hacia Burdeos, pero era consciente de que otros, hastiados del muchacho extranjero que insistía en preguntar cosas que no entendían, me mandaban en la primera dirección que se les pasaba por la cabeza. Llegué a confiar en que en algún momento me toparía con tropas del duque, que quizá ellos sí me entendiesen y me llevasen hasta él, pero no fue así. Era como si aquellas tierras estuviesen abandonadas por Dios y su propio señor.

A medida que los días fueron avanzando, los campos de cultivo empezaron a alternarse con bosques ralos de árboles enclenques, pero que al menos me ofrecían cierto cobijo durante la noche. Intentaba acampar junto a arroyos y riachuelos y por suerte de esos nunca faltó en mi camino, así que el no tener con qué portar el agua que encontraba no fue gran problema. Era reticente a encender el fuego, pues sabía que podía atraer a ladrones y bandidos, pero en más de una ocasión no me quedó más remedio porque las noches de verano empezaban a ser más frías a medida que me encaminaba más al norte.

Por fin, una tarde, casi a punto de empezar a caer el sol, divisé las murallas de la ciudad de Burdeos rodeadas de viñedos que ocupaban todo el terreno. Las viñas habían ido reemplazando poco a poco a cualquier otro cultivo a medida que me acercaba a la ciudad. Por un instante estuve tentado de entrar en la ciudad. Entre las gentes podría pasar desapercibido y quizá encontrar mejores indicaciones de la ruta a Angulema y, aunque no sabía cómo sin dinero, quizá algo de comida

decente, pues apenas me quedaba ya nada de las viandas que habían comprado a mi salida de Roncesvalles. Sin embargo, algo dentro de mí me decía que no lo hiciese. Adentrarme en la ciudad también significaba exponerme a más miradas indiscretas, a más preguntas y a más peligros.

Unos labriegos que salían de uno de los viñedos que rodeaban la ciudad supieron decirme —o eso creí entender—, que para encaminarme a Angulema debía dirigirme primero hacia el este atravesando los dos ríos próximos a la ciudad. Tuve que rodear toda la muralla de la ciudad hasta llegar a uno de los puentes que permitían cruzar el mayor de ellos y que partía de una de las puertas. Poco después, un segundo puente cruzaba otro algo más estrecho y enfilaba una carretera sencilla en dirección norte.

Tres días recorrí aquella carretera y, en seguida, me di cuenta de que algo era diferente de todo lo que había encontrado hasta ese momento. Una infinidad de carros y andariegos llenaban el camino, encaminándose en dirección opuesta a la mía. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de qué ocurría. Los rostros de aquellas gentes gritaban una sola palabra: guerra. Aquellos desgraciados se veían obligados a abandonar sus casas, los únicos hogares que habían conocido, cargando las pocas posesiones que podían transportar para intentar salvar la vida. Muchas veces había oído a Tarik y a Garcés hablar de que en las guerras todo el mundo pierde. No solo los soldados que mueren en las batallas, sino aquellos que se ven atrapadas en ellas y que tienen que sufrir los abusos de uno y otro bando. Muchos de aquellos campesinos sin duda ya habían experimentado lo que una guerra significaba y huían para poner a salvo lo único irremplazable que poseían, las vidas de sus seres queridos.

El goteo incesante de gente —algunos incluso chillándome lo que sin duda eran advertencias en su idioma para que cambiase de rumbo — al menos me hacía confiar en una cosa. Si en Angulema había una batalla de la que huir, era altamente probable que allí encontrase a Ricardo y que yo no tuviese que huir ya más.

El camino se internó en un bosque denso y frío. Ya hacía varias horas que había dejado de ver transeúntes y aquello me sugería que debía estar próximo a mi meta, así que espoleé a mi montura para se pusiera al paso. De repente, unos gritos lejanos que provenían de la profundidad del bosque a la derecha del camino alertaron a Argento que amenazó con encabritarse.

—¡Tranquilo, Argento, tranquilo! —dije acariciándole, aunque buscaba su contacto más para tranquilizarme a mí mismo—. Lo sé, no nos gusta cómo suena eso, pero no podemos marcharnos sin más,

alguien puede necesitar ayuda.

Maldiciendo por dentro a mi alma de caballero justiciero, me encaminé hacia el origen de los gritos. A medida que nos acercábamos, el bosque se hacía más denso, con árboles de grandes troncos que no dejaban ver bien lo que se encontraba frente a mí. Cuando por fin llegué hasta el lugar de donde provenían los gritos, lo que vi me hizo parar en seco.

En un pequeño claro se encontraba un carro tirado por una mula vieja. A los pies de la mula yacía el cuerpo inmóvil de un hombre. Junto a la parte de atrás del carro, arrodillada sobre el suelo, llorando e implorando con las manos agarradas como si le orase a Dios, una anciana de pelo canoso les gritaba algo a tres hombres desarrapados y sucios que se encontraban frente a ella. Enseguida me di cuenta de que aquella mujer no rogaba por su vida. Uno de los tres hombres sujetaba por el pelo el cuerpo de una niña de unos doce años, completamente desnuda y con las piernas ensangrentadas que no emitía ningún ruido ni hacía ningún movimiento. Era evidente que aquellos salvajes la habían violado. Los tres hombres reían a carcajadas frente a los ruegos de la mujer que sin duda solo pedía que le devolviesen a la muchacha. De repente, en un movimiento rapidísimo, el hombre que sujetaba a la muchacha sacó un cuchillo de su cinto y le cortó el cuello haciendo que cayese al suelo como un fardo de arena entre estertores. Los aullidos de dolor de la anciana llenaron todo el bosque e hicieron que mi sangre hirviera y actuara sin dudar.

Mis pies se clavaron en los ijares de Argento que, como si hiciera suya mi venganza, salió de entre los árboles como Satán del infierno mientras yo desenvainaba la espada de Garcés. Apenas si notaba su peso mientras la blandía a mi alrededor, cercenando el cuello de uno de aquellos malnacidos y atravesando el cráneo de otro. Hice que Argento girase para acabar con el tercero, pero viendo lo acontecido a sus compañeros, se internó a la carrera de nuevo en lo profundo del bosque donde a mi montura le era imposible adentrarse.

Con la espada aun chorreando la sangre de mis víctimas, me giré para ver si había alguien más en el claro que no hubiese visto antes. La sangre latía en mis sienes y mi puño agarraba al espada con una fuerza inusitada movido por aquel momento de rabia. No quedaba nadie más. Desmonté para acercarme a la mujer que ahora se encontraba arrodillada junto al cuerpo de la joven. Quise decirle algo, consolarla en alguna manera, pero mi incapacidad para expresarme en su lengua me lo impedía. Casi sin atreverme a ello, puse mi mano sobre su hombro y la mujer, con los ojos llenos de lágrimas, elevó su rostro para mirarme. Nunca había visto un dolor más grande en la faz de nadie. Le hice una señal indicándole que debíamos marcharnos,

que no había tiempo para nada más, que debía salvar su vida. Ella comprendió, pero no hizo ningún amago de levantarse, tan solo se limitó a mirar hacia el cuerpo del hombre que yacía a unos metros y al de la muchacha que se encontraba junto a ella. Y entonces lo supe. Aquella mujer había vivido muchos años, dedicada sin duda a su familia, a aquella familia que aquellos hijos de puta le acababan de arrancar. Ya no le quedaban razones para vivir. Como yo, ella sabía que permanecer allí sería su muerte. Aquel bastardo huido volvería con refuerzos y acabaría con ella si no lo hacían antes el frío de la noche o las alimañas del bosque. Fuera como fuese, aquella mujer lo aceptaba, quizá lo deseaba, y no había nada que yo pudiese hacer por ella.

Con una inmensa pena envainé de nuevo al espada y monté en Argento para alejarme de aquel claro, lleno de dolor y sangre, preguntándome por qué los hombres éramos unas criaturas tan despreciables.

Aquel momento de ira descontrolada, de venganza ardiente en el que había acabado con la vida de dos hombres sin pensarlo siquiera me persiguió durante buena parte del camino. Una vez más había matado, una vez más para tratar de defender a alguien, pero esta vez había algo distinto. Esta vez había disfrutado al acabar con la vida de aquellos malditos. Mi corazón había bombeado la sangre por todo mi cuerpo mientras este se tensaba preparándose para asestar golpes certeros de espada y un escalofrío había recorrido mi cuerpo, pero no por temor sino por anticipación y emoción.

Aquella noche no me atreví a encender fuego, algo dentro de mí me decía que no era seguro, y no me equivoqué. No había amanecido siquiera cuando oí las voces y el sonido de las monturas. Recogí mis cosas con premura y monté a Argento que, como yo, presentía que algo no iba bien. Los vi aparecer en la distancia del camino. Un grupo de unos diez hombres, todos ellos montados y dirigidos por un rostro que recordaba bien de nuestra noche anterior, el bastardo que había cercenado el cuello de aquella muchacha. Sin duda en su huida le esperaban otros como él, carroñeros que se dedicaban a robar, violar y asesinar a quien pudieran encontrar en su camino huyendo de los horrores de la guerra.

Espoleé a Argento y, entendiendo mi orden, el caballo se lanzó hacia adelante como si le fuese la vida en ello. Mirando hacia atrás, vi cómo los jinetes que me perseguían hacían lo propio, no dispuestos a dejarme escapar sin venganza. De repente, al fondo del camino pude ver claridad, la luz del sol que empezaba a bañarlo todo y creí que debía tratarse del final del bosque. No sabía si aquello me ayudaría o

no, pero, si me encontraba cómo pensaba cerca de Angulema, quizá me encontrase con el ejército del duque y lograse huir de mis perseguidores.

Un olor intenso, que se agarraba en la boca y provocaba arcadas me alcanzó antes de poder ver nada. El olor de la muerte. El camino parecía desaparecer en el horizonte. El bosque terminaba en la cima de una colina que descendía hacia un llano en cuyo centro se encontraba una ciudad amurallada. Había llegado a Angulema. Alrededor de la ciudad, un enjambre de soldados peleaba entre los cuerpos de amigos y enemigos caídos antes y que eran los responsables de aquel olor a podredumbre. Desde la cima de aquella colina podía ver el centro de la batalla plagado de estandartes que me era imposible distinguir desde mi posición. A mi espalda, los asesinos que me perseguían estaban a punto de alcanzarme sin que pareciese amedrentarles lo que ocurría colina abajo. Debía elegir, la posibilidad de morir en aquella batalla de la que nada sabía, o la seguridad de hacerlo a manos de aquellos bastardos. En mi cabeza la primera opción parecía mejor. Y sin pensarlo un segundo más desenvainé mi espada, espoleé de nuevo a Argento que piafó mostrando su felicidad por ir a la guerra, y nos lanzamos colina abajo hacia los estandartes, rogándole al cielo que perteneciesen a Ricardo.

Algo que aprendí aquel día es que la guerra no tenía nada que ver con las clases y enseñanzas que Garcés y Tarik me habían dado. La guerra no era ordenada, pausada y planificada. La guerra era caos, confusión, sangre, pestilencia y, sobre todo, miedo. Porque en cuanto Argento se lanzó colina abajo, eso fue exactamente lo que sentí, un miedo profundo e intenso.

A mi alrededor todo eran hombres ensangrentados que pisaban sobre los cadáveres de otros que ya no podían sangrar más. Los caballos pateaban a vivos y a muertos y los hombres acababan con la vida unos de otros sin siquiera pensarlo. Cada cuerpo caído era reemplazado por otro enemigo vivo al que eliminar. Yo no era capaz de distinguir bando alguno, todos los hombres me parecían iguales. Unos con armadura, otros con cotas de cuero que a duras penas le protegerían de un golpe con una espada, muchos llenos de sangre y algunos sujetándose las tripas que se les escapaban por las heridas como si les quedase alguna esperanza. Había entrado en el infierno y a ojos de todos yo solo era un enemigo más.

Mi brazo se movía como un muñeco azotado por el viento a diestra y siniestra, sin siquiera tener tiempo de ver el rostro de mis enemigos. No sabía en qué dirección moverme, no sabía qué debía hacer más allá de sobrevivir. Mi espada cortaba y se hundía en la carne de otros

hombres, pero mi única reacción era sacarla para poder asestar el siguiente golpe. De repente alguien agarró mi pierna e hizo que me cayese de Argento. Mi cuerpo dio un golpe sordo contra el fango del suelo, pero, por algún milagro, mi mano no soltó la espada que en un acto reflejo coloqué frente a mi rostro justo en el momento adecuado para parar el golpe de un hacha que iba dirigida directamente a mi cabeza. El arma se separó de la mía, su dueño intentaba coger impulso para asestarme un nuevo golpe. No tuvo oportunidad. Sin siquiera levantarme del suelo, estiré mi brazo y atravesé el cuerpo de mi atacante, un muchacho poco mayor que yo que me miró con la cara desencajada sin saber de dónde le había venido el golpe que acababa de atravesar su pecho hiriéndole de muerte. Cayó sobre mí y tuve que apartarlo como pude. Me puse en pie y miré a mi alrededor. A mi espalda, un hombre de gran corpulencia, vestido con una sobreveste de cuero ensangrentada, asestaba golpes sin piedad contra otro que se encontraba arrodillado frente a él y que resistía sus embestidas. Entre los movimientos de ambos pude distinguir que el hombre que se defendía llevaba una armadura, pero cubierta con una sobreveste que mostraba un león rampante. Mi mente reconoció enseguida el estandarte del duque y no lo pensé más. Aquel hombre era uno de los de Ricardo, y estaba en peligro. Recordé las lecciones de Tarik, cómo me había enseñado que los puntos flacos de una armadura sea del material que sea son las juntas de las piezas que la componen, allí no hay protección. No dudé un instante más y usando mi espada como si de un estilete se tratase la introduje en su cuello justo en el momento en que el hombre intentaba asestar un nuevo golpe. Inmediatamente se paró en seco, sin saber bien lo que le había ocurrido, y emitiendo un estertor dejó caer su arma y su cuerpo se derribó hacia un lado, dejando a su víctima y a mí cara a cara.

—¿Ro…Rodrigo? —me chilló una voz que conocía perfectamente, aunque tardé un instante en reconocer el rostro de Ricardo cubierto por la mugre y la sangre que hacían que hasta sus cabellos rojizos pareciesen oscuros como la noche. Su cara me miraba desencajada, incapaz de comprender qué hacía yo en aquella batalla a tantas leguas de mi hogar.

—¡Mi señor! —respondí e hice el amago de acercarme a él para ayudarle a levantarse, pero no tuve tiempo. Un dolor ardiente atravesó mi cuerpo desde mi espalda y caí al suelo incapaz de moverme, con mis ojos mirando al cielo nublado y oscuro que cubría Angulema. Y todo lo demás, fue noche.

Al principio fue como un susurro en la oscuridad, un lamento lejano imposible de descifrar, pero que se acercaba poco a poco hacia mí. A

medida que su proximidad se hacía mayor pude reconocer el timbre suave y delicado de una mujer. Por un instante era la voz de mi madre la que resonaba en mi cabeza, pero, lejos de hablarme con ternura y cariño, su voz era apremiante y taxativa: «Aún no, Rodrigo, ¿me oyes? ¡Aún no, aún queda mucho por hacer, hijo mío!»

Quise gritar su nombre, quise pedirle que me explicara, que me dejase ir con ella, estuviese donde estuviese, que me abrazase como lo había hecho cuando era pequeño y me asustaba la oscuridad, la misma oscuridad que ahora lo llenaba todo. Pero no fui capaz de pronunciar palabra alguna, era como si me hubiesen arrancado la lengua. La sensación de impotencia se convirtió en una losa que me agobiaba y no me dejaba respirar. De repente, de la nada salió una luz potente que lo iluminó todo y sentí por un instante que mi cabeza iba a reventar de dolor, hasta que una imagen empezó a formarse frente a mí.

Mis ojos aún estaban abiertos tan solo a medias, pero entre la neblina que los cubría pude ver a un hombre que me miraba desde arriba con un rostro serio y una mirada de rencor que no sabía a qué podía responder, pues era consciente de que nunca antes había visto su cara. El hombre dijo algo que no entendí a alguien más que se encontraba junto a mí y unas manos frías se posaron en mi frente y en mi rostro.

Mis manos sentían una tela que me cubría, fina, suave y cálida. Mi cuerpo descansaba en algún tipo de cama porque podía sentir la estructura que soportaba mi cuerpo. Por encima de mí, mis ojos fueron capaces de enfocar un techo de grandes vigas de madera oscura. Sin compasión, las manos frías que me habían tocado un instante antes abrieron mis ojos y frente a ellos apareció otro rostro de hombre, esta vez de avanzada edad que se dirigió a mí en mi propio idioma, casi sin acento.

—¡Bienvenido al mundo de los vivos, joven señor! Podéis darle gracias al Dios en que creáis, porque en verdad os ha dado una segunda oportunidad. ¡Deben quedaros grandes cosas por hacer si aún no os quiere a su lado!

Quise preguntarle dónde me encontraba y cuál era su nombre, pero casi me atraganté con mi propia saliva al intentarlo.

—¡Con calma, con calma! Lleváis largo tiempo convaleciente, dadle un momento a vuestro cuerpo para recordar cómo funciona. Me imagino que tenéis muchas preguntas, pero las respuestas a las primeras probablemente sean que estáis en la fortaleza de Angulema y que mi nombre es Asaf Ben Simón y soy el médico de nuestro señor el…

—¡Rodrigo! —le interrumpió la voz poderosa del duque Ricardo que irrumpió en la sala como un huracán sentándose en la cama e

inclinándose sobre mí ignorando las palabras del médico que le rogaba que tuviese cuidado —¡Gracias a Dios y a su santa madre que has despertado!

—¡Mi…mi señor duque! —logré decir de manera casi ininteligible.

—Es mejor que no intentes hablar, Rodrigo, no tienes nada de qué preocuparte. Ahora que hemos conseguido que te despiertes, lo importante es tu completa recuperación. Ya has conocido al pesado de Asaf, mi médico personal. Es insistente e intransigente, pero es el mejor es su oficio, no en vano, si estás vivo es gracias a él.

—¿Qué pasó? Yo…solo recuerdo el hombre grande…la batalla.

—La batalla está terminada y olvidada, mi buen muchacho —dijo con una sonrisa de oreja a oreja que a mí me pareció que llenaba la sala de luz—, la plaza fue nuestra, y yo puedo contarlo gracias a ti. Si no hubieses acabado con ese desgraciado que me tenía a su merced, quizá no estuviese aquí sentado frente a ti. La fortaleza y toda la ciudad son nuestras y mis tropas se han encargado de que todo vuelva a la normalidad. Pero nos has dado un susto de muerte. Caíste gravemente herido, una lanza te atravesó de la espalda al frente. Un golpe que hubiese matado a cualquiera —Y en ese instante entendí el porqué de mi dificultad para moverme—. Has estado diez días inconsciente, nadie esperaba ya que retornases. Nadie, excepto yo. Yo sabía que alguien tan especial como tú no podía marcharse tan pronto, nos queda mucho por hacer juntos, Rodrigo. —Y sus manos se posaron sobre mi rostro, cálidas, recias, ásperas, y en ese momento decidí que quería vivir.

Pasaron los días y Asaf fue casi mi única compañía. El viejo médico se desenvolvía con una agilidad envidiable e incluso era capaz de levantar mi cuerpo a peso sin ayuda, cosa que hizo en cuanto creyó que mis piernas podían sostenerme pues me dijo que era necesario que mis miembros se fortaleciesen de nuevo para recuperarse de mi larga convalecencia. Ricardo venía a verme varias veces al día, y sus visitas, aunque breves, me daban la alegría que necesitaba para poder soportar los aún fuertes dolores que me provocaba cada movimiento.

Asaf me explicó mi gran suerte. La lanza no había pasado cerca de mi columna, lo que me hubiese dejado incapaz de moverme para el resto de mis días; pero, a cambio, había causado un destrozo importante en mi interior —el médico me dio un listado de partes afectadas de las que no entendí ni la mitad—, y esa era la razón de mis dolores.

El hombre de rostro cruel que había visto cuando abrí mis ojos también pasó por mi aposento un par de veces, pero nunca se dirigió a mí para presentarse, limitándose a hablar con Asaf en su lengua y a marcharse tan pronto como recibía las respuestas que solicitaba. Era

evidente a mis ojos que Asaf no sentía simpatía alguna por ese hombre, pues sus respuestas, aún sin poder entenderlas, sonaban secas y cortantes.

—Ese es Louis de Guéret, mano derecha del duque en asuntos de guerra y muerte —me respondió el anciano cuando le pregunté por mi poco amable visitante—, por su falta de piedad y compasión tiene bien merecido el sobrenombre que sus enemigos le han dado, Cerbero, como el infame perro de tres cabezas que guardaba el infierno de los griegos.

—¿Y cómo es que el duque tiene en tan alta estima a un hombre de esas pocas virtudes?

La mirada que me devolvió Asaf fue casi como una carcajada.

—Se conocieron en su más temprana juventud en la corte del rey francés donde el duque pasó parte de su infancia. Sospecho que la carencia de virtudes debió de ser lo que les unió —me espetó el médico sin compasión y sin temor alguno a hablar pestes de su señor.

—No deberíais hablar así de nuestro señor, anciano.

—Precisamente por anciano hablo como me da la gana, muchacho, prerrogativa propia de la edad —me recriminó—, además, nuestro señor duque tiene sin duda alguna virtud, pero muchos más son sus vicios y su ambición. Y de ello se aprovecha De Guéret que le azuza y alienta para que recorra sus territorios sembrando el caos y el terror. Esas son las riendas con las que tu querido duque dirige a su gente. Yo soy médico, muchacho, protejo la vida hasta donde Dios me lo permite, no ha de extrañarte que no pueda ver con buenos ojos semejante política de sangre derramada.

—¿Y por qué seguís a su servicio entonces si tan horrible señor os parece?

—¡No has entendido nada, mozalbete! No me parece horrible, simplemente me parece que se equivoca. El duque Ricardo sucumbe a sus instintos con facilidad, a todos ellos, y eso acabará por ser su perdición. Todos los seres humanos somos básicamente vísceras, a unos nos guían el corazón y el cerebro, a otros el resto.

—Pero no habéis respondido a mi pregunta…

—Estoy a su servicio porque se lo prometí a su madre, la reina Leonor, a la que mi familia le debe algo tan importante como la vida misma. Y los judíos como yo, siempre cumplimos nuestras promesas.

Al escuchar aquella frase recordé inmediatamente que yo también era judío, aunque nunca lo hubiese sabido, y que, como él, yo también había hecho todo lo necesario para cumplir una promesa, en mi caso una venganza. Así que quizá esa fidelidad a lo prometido sí fuese algo inherente a la sangre del pueblo de mi madre. Una segunda idea vino a mi cabeza. En algún momento debería contarle al duque quién era, qué había hecho y por qué me encontraba allí, y sólo podía pedir que

eso no significase que me devolviese a Navarra para pagar por mis faltas.

Los siguientes días se convirtieron en una pesadilla. Asaf me hacía dar paseos cada vez más largos en duración, pero que en distancia nunca alcanzaban más allá del pasillo de la fortaleza donde se encontraba mi habitación. Mi única visión del mundo exterior era la que tenía desde mi ventana, un patio de armas donde solo se veían soldados ir y venir. Por si no fuese suficiente tortura, el anciano no dejaba de embucharme preparados y brebajes que sabían a ranas cocidas y caldos sin sustancia ni nada a lo que hincarle el diente que no fuese verdura cocida.

A Ricardo le parecían muy graciosas las constantes discusiones que el viejo y yo teníamos, y en las que nunca tenía manera de ganar, pero siempre me conminaba a hacer caso al anciano en todo lo que dijera, pues, según sus palabras, era el mejor médico del mundo. Al menos, la presencia constante del médico, que se negaba a dejarme ni un instante, evitaba que el duque me preguntase todo aquello que yo sabía que en algún momento debería responder.

Aquellos días aburridos y pesados continuaron, pero pronto empecé a notar una mejora muy considerable en mi cuerpo. Podía andar sin ayuda, mi apetito era inmenso, y descansaba la noche entera sin dolor alguno. Una mañana, el cascarrabias de Asaf entró en la sala y para mi sorpresa empezó a recoger sus botes y cuencos y los libros de medicina que llevaba a todas partes.

—¿Ocurre algo, Asaf? —pregunté sin entender nada.

—Ocurre que os dejo.

—¿Cómo?

—Ya no me necesitáis —dijo mirándome con una sonrisa feliz—, estáis tan recuperado como podéis estarlo. Nada más hay que pueda hacer por vos. Os recomiendo que procuréis no excederos en el ejercicio durante unos días más, pero aparte de eso podéis volver a hacer vida normal. ¡Ah, ya están aquí! —dijo girándose al oír que la puerta de la sala se abría y dos muchachos algo más jóvenes que yo entraban por la puerta tímidamente.

—¿Quiénes son estos muchachos?

—Vuestros criados, por supuesto. Escogidos personalmente por el duque. Os atenderán en todo lo que necesitéis. El rubio se llama Gerard y habla vuestro idioma, os sugiero que le pidáis que os enseñe las lenguas del ducado, vuestra vida será mucho más sencilla si podéis entender lo que os dicen.

—Pero… ¿criados, yo? Yo no soy un señor, no puedo tener criados.

—Muchacho —dijo con la resignación de quién habla con un

ignorante—, habéis salvado la vida del duque Ricardo, desde ese momento sois un señor en su corte y os garantizo que no permitirá que nadie lo cuestione. No hacen falta títulos para ganarse el respeto de los demás. Y ahora os dejo, tengo otros pacientes que atender. Confío en que no nos veamos con asiduidad, eso siempre es buena señal, muchacho.

Y sin más explicaciones me dejó en la sala con los dos criados que aguardaban de pie frente a mí que les dijese qué esperaba de ellos y no sabría decir quién estaba más confundido, si ellos o yo.

—Bueno…Gerard, ese es tu nombre, ¿verdad? —pregunté al mayor de ellos.

—Así es, mi señor—me respondió con un fuerte acento y el título me hizo sentir extraño.

—Bien, quizá podéis ocuparos de ordenar el aposento…

—Como ordenéis, mi señor. —Y acto seguido los dos empezaron a moscardear por la habitación.

—¿Sabéis dónde podría encontrar al duque? —pregunté tímidamente.

—El duque ha partido esta mañana, señor, pero ha dejado ordenado que se os facilite lo que podáis necesitar.

Las noticias me dejaron desanimado, pues ahora que parecía recobrar mi libertad, me encontraba nuevamente solo.

—¿Sabéis cuándo volverá?

—Sí, mi señor, nos pidió que os indicáramos que volverá en unos días.

—Ah, muy bien, gracias —respondí intentando disimular mi decepción ante la espera que me quedaba por delante. No conocía la fortaleza, ni la ciudad, ni a nadie en ellas. A mis ojos tenía dos opciones, quedarme encerrado entre aquellas cuatro paredes o intentar averiguar qué aspecto tenía el lugar en el que me encontraba. La decisión fue sencilla.

—Gerard, deseo salir pasear por la ciudad.

—Muy bien, mi señor, pediré que se os asigne una escolta inmediatamente.

—¿Escolta? —pregunté incapaz de comprender por qué habría de necesitar semejante protección.

—El duque ha insistido en que no abandonéis la fortaleza si no es con escolta.

—Muy bien —respondí resignado—, en ese caso, si no hay más remedio, que preparen la escolta, quisiera salir a recorrer la ciudad cuanto antes.

Poco tiempo después salía por la puerta de la fortaleza acompañado de un soldado armado como si fuésemos a combatir al moro y de

Gerard por si necesitase de cualquier cosa que implicase una mínima comunicación. Tan pronto como la puerta se abrió me golpearon dos cosas, un calor sofocante y una pestilencia insoportable.

—¿Por qué huele así? —le pregunté a Gerard.

—Durante el asedio se cortó la entrada de agua en la ciudad —me respondió con cierto aire de fastidio por una pregunta que debía resultarle obvia—, las canalizaciones de la ciudad se secaron y los despojos de la ciudad empezaron a pudrirse, hasta que el agua no arrastre todo lo que hay en ellas no se irá el olor.

No dije nada, pues era evidente que nada sabía de lo que ocurría en las batallas y en las guerras y era consciente que sólo conseguiría avergonzarme a mí mismo.

Echamos a andar por las calles de Angulema que distaba mucho de parecerse a Poitiers y su grandeza. Aquella ciudad era pequeña, casi minúscula a mis ojos. La muralla que la rodeaba parecía más retenerla y evitar su expansión que protegerla. En su interior los edificios y las casas se encontraban por todas partes, montados unos en otros, sobre las paredes de la propia muralla, dejando espacios minúsculos entre ellas que hacían que las calles fuesen oscuras como cuevas. La propia fortaleza formaba parte de la muralla, expandiéndose como una protuberancia desde ella hacia el interior de la ciudad.

Pero si aquello me sorprendió, hubo una cosa que captó aún más mi atención. El miedo.

Las gentes que encontrábamos por las calles intentaban recomponer su vida. Aquí y allá se podían ver casas que habían ardido y de las que solo quedaba una puerta ennegrecida, otras que habían sido abandonadas o desvalijadas y desde las ventanas se podía observar cómo no eran más que esqueletos de las vidas de alguien. En algunas calles pude ver familias que retornaban para ver lo que quedaba de sus posesiones tras el asedio, solo para encontrar que no les quedaba nada. Vi hombres y mujeres que estaban heridos, golpeados, y niños que lloraban a gritos pidiendo algo que era imposible no entender fuese cual fuese su idioma, comida. Pero en el rostro de todos lo que se podía apreciar era la misma emoción, terror. Un terror que se acentuaba cuando pasábamos por su lado y veían al soldado que formaba parte de mi guardia, vestido con el jubón blasonado con las armas de Ricardo, que indicaba claramente que nosotros formábamos parte de los vencedores.

—Gerard, ¿Angulema es solo esto?

—Me temo que sí, señor.

—¿Y esto tiene tanto valor para el duque?

—¡Oh no, señor, la ciudad no vale casi nada! Es el condado lo que tiene valor. La ciudad no ha sido más que la residencia del conde Guillaume, un traidor como toda su familia, que se ha aliado en

numerosas ocasiones con el rey de Francia en contra de los intereses del duque. Así que el señor duque se vio obligado a darle una lección y recordarle quién es su señor —me soltó casi sin respirar en un discurso que sin duda había aprendido muy bien.

—¿Qué ha sido del conde?

—Ha sido llevado a Poitiers, creo, hasta que le traigan de vuelta.

—¿Cómo?

—Sí, estará encarcelado como castigo y sin duda el señor duque le retirará a su familia títulos y sus posesiones más valiosas, después le reinstaurará para que siga gestionando el territorio. Es lo habitual —dijo sin entender el porqué de mi sorpresa.

—Pero entonces, ¿qué sentido tienen todas las vidas perdidas en esta batalla?

—Creo que no os comprendo, señor. El sentido es devolver las cosas a su justo orden.

Me quedé mirando fijamente a aquel muchacho que había asumido aquel discurso como si se tratase de un credo religioso, sin cuestionar siquiera su sentido. Como yo, había crecido en un mundo donde las cosas funcionaban de una determinada manera, pero a diferencia de mí, no era capaz de ver más allá de ese mundo, ni podía concebir otra forma de hacer. Y sentí pena por él.

Llegamos a una pequeña plaza que aparentaba ser el centro de la ciudad y donde parecía concentrarse más gente debido a que había un par de puestos que vendían algunas verduras de no muy buen aspecto. Paseamos por la placeta hasta que los gritos de una mujer empezaron a escucharse provenientes del otro extremo. Me dirigí hasta allí seguido de mis acompañantes y lo que vi me horrorizó.

Frente a mí estaba una mujer joven, vestida con un sayo gris que había conocido tiempos mejores y con el pelo oscuro y largo, cayéndole lacio y sucio sobre sus hombros. Gritaba desesperada, intentando captar la atención de quienes pasaban por la plaza, pidiendo que la ayudaran con algo. Su rostro tenía una terrible cicatriz en forma de letra M que desfiguraba el que, de otro modo, habría sido un rostro hermoso. Calculé que podía tener unos veinte años.

Sus brazos se agitaban en desesperación, señalando a un poste de madera, donde se encontraba un joven de aproximadamente mi edad, completamente desnudo y al que le habían destrozado la espalda a latigazos hasta que no quedaba apenas piel sobre él. Aquellas heridas estaban claramente infectadas, lo que debía provocarle un dolor inmenso que sin duda era responsable de su inconsciencia. El muchacho tenía el pelo moreno, muy rizado, ligeramente largo y el

color de su piel denotaba que su origen era morisco.

—¿Qué horror es este, Gerard?

—¡No lo sé, señor, este desgraciado ya estaba aquí cuando el señor duque tomó la ciudad!

De forma inmediata, la mujer, que había escuchado nuestra conversación, se dirigió a mí en mi lengua.

—¡Os lo ruego, señor, ayudadnos! ¡Llevo días intentando que alguien me permita desatarle para llevarle conmigo y curar sus heridas! ¡Si no lo hago, morirá sin remedio!

—¿Qué es lo que ha hecho este muchacho, mujer, para merecer este castigo?

—¡Nada, mi señor, excepto salvar la vida de mi hija recién nacida! —dijo a la vez que agarraba mis manos lo que hizo que el soldado que venía conmigo la golpease con el palo de su lanza.

—¡No! —dije sin dejar lugar a dudas de que no quería que se repitiese y el soldado se retiró un paso en señal de obediencia.

—Si, como dices, este hombre no ha hecho nada malo, ¿quién le ha condenado a este castigo tan horrible?

—Fue el conde, mi señor, justo antes del asedio. Una vez que la batalla comenzó, le dejaron aquí para que muriese. Yo he estado asistiéndole este tiempo, dándole agua para que no falleciese, pero sus heridas están infectadas, necesito llevármelo de aquí y atenderle o morirá.

Los ojos de la mujer encharcados en lágrimas tenían un brillo que los hacía extremadamente hermosos. Dudé por un instante, y no sabría decir de donde saqué los reaños para hacer lo que hice, pero sin dudarlo un momento, le pedí su cuchillo al soldado que me acompañaba y yo mismo corté las cuerdas que retenían al muchacho haciendo que su cuerpo se desplomase sobre el suelo. Para entonces ya toda la gente en la plaza nos miraba.

—¡Mi señor, no sé si es correcto que…!

—¡Gerard, calla y ayúdame a levantarle! —le ordené al muchacho que obedeció a regañadientes—. ¿Dónde vives? —pregunté a la mujer.

—Tengo un cuarto a unas calles de aquí, mi señor.

—Guíanos, nosotros le llevaremos. ¡Gerard, dile al soldado que nos ayude!

Así, sin saber casi como había ocurrido, acababa de tomar una decisión que no me correspondía en frente de todo el pueblo de Angulema y por la que tendría que dar explicaciones al duque Ricardo. Pero en ese momento, no quería pensar en las consecuencias de lo que había hecho, a mis ojos simplemente era lo correcto.

La mujer nos guió entre las callejuelas hasta una casa destartalada, en la que entramos por una puerta en un callejón lateral. La puerta daba a una especie de sótano lúgubre y húmedo situado bajo la casa

principal en la que encontramos a una anciana que sostenía a un bebe en brazos. La mujer se dirigió a la anciana con evidente cariño y acariciando al bebe dormido se dirigió hacia el único catre que había en aquel cuchitril, indicándonos que depositáramos el cuerpo del joven allí boca abajo.

—No te he preguntado tu nombre.

—Me llamo Vivienne —respondió la mujer sin dejar de examinar las heridas del joven—, y él se llama Assim. ¿Podéis pasarme ese candil, por favor?

—Hablas muy bien mi idioma.

—Hay muchos en Angulema que hablan tu lengua, algunos por herencia y otros porque lo han aprendido para comerciar. Mi padre era uno de los segundos y yo aprendí de lo que escuchaba.

—¿Y cómo habéis acabado en esta situación tú y un esclavo morisco? —pregunté pasándole lo que me pedía.

—¡Que no os engañen las apariencias, joven señor! Tanto Assim como yo somos esclavos al servicio del conde —respondió serena si dejar de examinar las heridas del muchacho.

—¿Esclava, tú? Pero si eres cristiana.

—También hay esclavos cristianos —me dijo mientras se levantaba para coger unos trapos y un bote con algún tipo de ungüento que guardaba en el otro lado de la estancia—. Los hombres usan muchas excusas para esclavizar a otros. A veces es el color de la piel, a veces la miseria.

—¿Es esa tu hija?

—Así es, se llama Heléne.

—Esa marca…

La mujer se llevó la mano al rostro casi con miedo, como si quemase.

—A veces me olvido de que está aquí — dijo con tristeza—, pero es algo de lo que nunca podré escapar.

—Maleficae. Es la marca de las brujas —interrumpió Gerard de malos modos y me giré para recriminarle sus maneras.

—¡No os preocupéis, joven señor! El muchacho tiene razón, es la marca de las brujas. Supongo que debo sentirme afortunada de no haber sido quemada en una hoguera.

—¿Eres bruja? —pregunté tratando de evitar cualquier tono de reproche en mi voz.

—A los ojos del mundo, supongo que lo soy. Mi madre lo era, o eso es lo que la gente creía. En realidad, solo era una mujer que sabía de hierbas y de ungüentos y que trataba de ayudar a los demás tanto como su conocimiento se lo permitía. Ella me enseñó lo que sé, aunque no soy tan buena como ella.

—¿Y qué fue de tu familia?

Sus manos dejaron de limpiar las heridas del joven antes de responderme, como si tuviese que tomar fuerzas para ello.

—Un día la mujer de un hombre poderoso del pueblo en que vivíamos dio a luz a un pequeño frágil y pálido. Era evidente que aquel pequeño no sobreviviría la primera noche, así que la mujer hizo llamar a mi madre para que intentase salvar la vida de su hijo. Ella hizo lo que pudo, pero ni siquiera su conocimiento fue suficiente para que el pequeño se aferrase a la vida y falleció. El padre montó en cólera, acusando a mi madre de haber matado a su hijo con pócimas y venenos. Pronto todo el pueblo se puso de su lado, nadie iba a defender a una pobre mujer frente al hombre más poderoso del pueblo, y quemaron a mi madre en la hoguera esa misma noche. Yo tan solo tenía ocho años la noche que vi el cuerpo de mi madre arder entre gritos terribles. —La mujer hizo una pausa para coger aire antes de continuar—. Tras aquello mi padre y yo nos vimos obligados a huir a otro lugar, pero pronto se corrió la voz, y en ningún sitio nos permitían instalarnos de forma permanente e intentar reconducir nuestra vida. Cuando cumplí doce años mi padre me trajo a Angulema. Yo pensé que intentaríamos encontrar trabajo aquí, que quizá aquí a nadie le importaría quienes éramos. Pero estaba equivocada. Mi padre me había traído a la ciudad para venderme al mejor postor como quien vende una yegua.

—¿Cómo? Pero, eso es horrible…

—Eso es la vida para una mujer, mi señor… —me replicó y sentí que debía callar y dejarla continuar. —El comprador fue un hombre apestoso en una taberna a unas calles de aquí —prosiguió mientras intentaba vendar al joven herido—, pero ese bastardo no compraba jóvenes para él, sino para ofrecérselas al conde de Angulema, el hermano mayor del actual conde, aficionado a abusar de niñas inocentes. Esa noche aquel bastardo me violó sin importarle mi poca edad y pasé a formar parte de sus putas. Durante cinco años esa fue mi vida, ser la esclava del conde y satisfacer todas sus perversiones que eran muchas y terribles. Cuando el diablo se llevó a ese bastardo pensé que quizá mi vida podría por fin mejorar, pero estaba equivocada. Su hermano heredó el condado y resultó ser aún más cruel y perverso a pesar de que creía que eso era imposible. —Su mirada estaba fija en el vacío, como si no estuviese ya con nosotros mientras continuaba su relato—. Ahí fue cuando conocí a Assim. Le trajeron cuando apenas era un niño. Un prisionero traído desde tierra santa, supuestamente para ser criado por el conde como su protegido, o eso es lo que le dijeron a su padre que debió entregar la vida de su hijo en pago por haber perdido alguna batalla en aquellas tierras contra el ejército del nuevo conde. Nada más lejos de la realidad. Assim pasó a ser un esclavo más, tratado como un esclavo más y

castigado como un esclavo más. Supongo que eso fue lo que nos unió.

Los lloros de la pequeña Heléne interrumpieron la historia de su madre que se levantó para cogerla de los brazos de la anciana y acunarla con cariño hasta que se calmó.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté tímidamente.

—Ocurrió lo mejor que le puede pasar a una mujer y lo peor que le puede pasar a una puta. Me quedé embarazada del conde. Inmediatamente fui retirada de su servicio, no le interesaba follarse a una preñada. Por un tiempo incluso llegué a pensar que se había olvidado de mí y del hijo que traía en el vientre. Pero la maldad tiene muy buena memoria. El día que nació mi hija me la arrancaron de los brazos sin que apenas pudiese verla, sin que le importasen mis gritos pidiendo que me la devolvieran. Podrían haberla entregado a un convento, como ocurre con muchos bastardos de nobles que no quieren cargar con el fruto de sus pecados, pero eso no era bastante para la crueldad de ese cabrón. El conde hizo que me marcasen con la M de las brujas, argumentando que mi hija era el fruto de la magia negra, y que, por lo tanto, nada le obligaba a ampararla o reconocerla. Además, encargó a Assim la más horrible de las misiones. Debía llevarse a mi hija y ahogarla en el río de forma que nadie supiese jamás qué había sido de ella.

—¿Cómo? Pero eso es lo más cruel que he oído jamás, nadie haría eso a un recién nacido indefenso.

—No sé de dónde venís vos, joven señor, pero la crueldad del mundo es mucho mayor de lo que vos creéis. —Y sus palabras me hicieron acordarme de lo ocurrido a mi propia madre y comprendí lo estúpido de mi comentario.

—Pero, vuestra hija está con vos…

—Así es, gracias a Dios y a Assim que arriesgando su propia vida robó al conde un collar de mucho valor y lo usó para comprar a una partera de la ciudad que se encargaría de la niña hasta que yo pudiese escapar de la fortaleza y reunirme con ella. Ni que decir tiene que así logró salvar a mi hija, pero el robo no pasó inadvertido y el conde le castigó a recibir doscientos latigazos. Por suerte o por desgracia, al día siguiente las tropas del duque Ricardo llegaron a las puertas de la ciudad y dio comienzo el asedio, y ya nadie más se acordó de Assim. Intenté que me dejasen bajarle del poste, pero los soldados del conde me lo impidieron, y cuando el conde cayó y llegaron los soldados del duque, fueron ellos los que no lo permitieron.

—Pero no entiendo por qué, estoy seguro de que si se lo hubieseis explicado a los soldados o quizá al mismo duque…

La risa de la mujer resonó en aquel espacio minúsculo de una forma casi tétrica.

—En verdad que no sabéis nada de nada…

—¿A qué te refieres? ¿Qué tengo que saber?

—En cuanto entraron en la ciudad, el duque se encerró en la fortaleza y dio carta blanca a sus hombres para que saqueasen a su antojo. Era el pago por sus servicios. ¿Acaso sabéis lo que unos soldados enervados por la batalla hacen en una ciudad conquistada si se les permite? Los robos y el pillaje van acompañados de violaciones y asesinatos. Esa mujer que veis ahí —dijo señalando a la anciana—, se llama Claudette. Su nieta tenía trece años y fue violada por un grupo de cinco soldados en su propia casa. No sobrevivió a lo que le hicieron. Cuando vieron que ella ya no les serviría para divertirse, fue a la abuela a la que violaron. ¡A una anciana! Esa es la realidad de una batalla, joven señor, una que dura mucho más allá de la victoria. Sea quien sea el ganador, siempre son aquellos que están en el medio los que acaban sufriendo.

Las palabras de aquella mujer hicieron que no hubiese lugar para las mías, no había nada que yo pudiese decir que llegase a corregir todo lo que aquella mujer había pasado. Una vez más comprobaba que yo no sabía nada de la guerra, nada de los abusos que se comenten en ellas, nada del sufrimiento que acarrean. Mi mente había concebido una fantasía de caballeros y héroes, sin embargo la guerra era algo completamente diferente. Cuando me vi arrastrado a la batalla en la que me habían herido, había comprobado que la muerte y el dolor eran todo lo que había en una guerra para un soldado. Ahora la vida me enseñaba que los soldados también podían causar ese dolor y esa misma muerte a los demás. Miré a aquella mujer, apenas un poco mayor que yo, y que, sin embargo, a mis ojos resultaba fuerte y poderosa, que no solo había sabido soportar lo que la vida y los hombres le habían hecho sufrir, sino que ahora hacía todo lo que estaba en su mano por salvar la vida de otro. Miré al muchacho, tumbado boca abajo en el jergón de paja, con la espalda descarnada, y que había puesto en peligro su propia vida por salvar la de una criatura inocente. Y mirándome en su espejo me di cuenta de lo pequeño y ridículo que era, y también de lo afortunado.

—En la fortaleza hay un médico judío que parece saber de lo que habla, él me ha salvado de una muerte segura por mis heridas y estoy seguro de que podrá ayudar a Assim.

—Yo puedo ayudar a Assim.

—Lo sé. Tus hierbas curarán su infección, pero nada podrán hacer contra las horribles cicatrices que tendrá que llevar de por vida si esas heridas no se cierran adecuadamente. Y eso sólo puede hacerlo un médico. Le pediré que venga, aunque debo advertirte que es cabezota y malhumorado, no esperes amabilidad por su parte.

—Hace tiempo que no la espero de nadie…y por eso os doy las gracias —dijo y su rostro se suavizó al pronunciar aquellas palabras—,

nadie antes se había dignado a ayudarnos, mucho menos un señor.

—Yo no soy un señor, Vivienne, yo soy tan solo un hijo de puta.

Y con una sonrisa me alejé de aquella casa prometiéndomelas a mí mismo hacer todo lo que estuviese en mi mano para ayudar a aquel grupo de gente que la vida había cruzado en mi camino, sin duda por alguna razón.

En los siguientes días visité a Vivienne y a Assim con frecuencia. Me encargué de que se les llevasen alimentos y logré convencer a Asaf para que me acompañase y revisase las heridas del joven. Aquella había sido la parte más complicada, por más que Ricardo hubiese dejado orden de que se me satisficiesen en lo que desease, disponer de los servicios de su médico personal era algo que escapaba a mis privilegios. Así que no me quedó más remedio que aplicar algo que mi añorada Berenguela me había enseñado hacía tiempo. El punto flaco de un hombre siempre es su orgullo. El viejo médico no quiso ni oír hablar de ello cuando le pedí que fuese a la ciudad a atender a unos pobres desgraciados como él los llamaba, pero su canción cambió en el momento en que le indiqué que las heridas de Assim eran de tal magnitud que sólo las manos expertas del mejor médico que había conocido jamás podrían arreglarlas. Creo que el anciano sospechó que había algo de zalamería en mi discurso, pero, incapaz de resistirse a una demostración pública de su buen hacer, aceptó venir conmigo.

—Estas heridas están muy bien desinfectadas, habéis hecho un buen trabajo con las cataplasmas de romero y miel y con las infusiones de sauco para bajar la fiebre. Aunque la raíz de Eléboro habría sido más eficaz, por eso no ha recuperado el conocimiento — dijo el viejo en algo parecido a una alabanza por el buen hacer de Vivienne—. De todas maneras, ahora viene lo peor, pues habrá que coser las heridas o le quedará la espalda como una piel curtida de cordero.

—¿Creéis que podéis evitarlo? —pregunté.

—¡Por supuesto que puedo evitarlo, muchacho! ¿Si no para qué he venido? Nadie le librará de unas cuantas cicatrices, pero al menos conseguiré que no sea nada que asuste a los niños por las noches.

No perdió un instante más y con el detalle y el cuidado de un orfebre fue cosiendo una a una todas las heridas abiertas en la espalda del muchacho que gracias a su inconsciencia no podía sentir más que una ligera molestia. A los ojos de cualquiera aquello parecería una carnicería, pues las heridas se reabrían y sangraban profusamente cuando el anciano intentaba coserlas. Para cuando terminó, la espalda de Assim tenía un aspecto horrendo, pero Asaf parecía satisfecho.

Cubrió su espalda con vendajes impregnados en vinagre que hicieron que el muchacho se contrajese de dolor y le dio indicaciones a Vivienne de cómo debían realizarse las curas.

En el camino de retorno a la fortaleza el viejo me recriminó el haberle engañado. Según su criterio, aquel no era el desafío necesitado de su sabiduría que le había prometido, pero en el fondo, yo sabía que eso lo había supuesto desde el primer momento y, a pesar de todo, había aceptado acompañarme, aunque nunca lo reconociese.

Al entrar de nuevo en la fortaleza vimos que algo ocurría. Había una gran cantidad de gente en los pasillos, soldados y gentes que no había visto antes, vestidos como nobles y con un aire de superioridad muy desagradable. En un rincón de uno de los pasillos pude ver al hombre calvo y poco amigable que había visto al despertar de mi convalecencia, De Guéret, que me miró con odio una vez más. Pero yo no presté atención a su gesto, pues para mí era mucho más importante lo que su presencia allí significaba. Ricardo había retornado.

Esperé en mi habitación como un animal enjaulado a que Ricardo viniese a verme. No era correcto que fuese yo quién le buscase, pues sin duda el duque tendría muchas otras cosas de las que ocuparse más importantes que un muchacho navarro. Debía tener paciencia, pero la espera y el mucho tiempo para pensar terminaron por volverme loco.

A la ansiedad por volver a verle se unieron todos los miedos posibles que decidieron atacarme como un ejército bien organizado. Era cierto que había visto al duque brevemente en los días posteriores a mi despertar, pero siempre habían sido encuentros fugaces en los que el único tema de conversación había sido mi salud. Era muy consciente que el momento llegaría en el que Ricardo me preguntaría la razón de que estuviese en Aquitania, de que hubiese ido hasta él arriesgando tanto, y yo debería explicarle la verdad de mi huida, pues nunca me atrevería a mentirle. Eso podía significar mi retorno en las peores condiciones posibles a Tudela. A fin de cuentas, el duque tenía una relación de amistad con el rey don Sancho y con su hijo, era su deber retornar a un fugitivo, fuese este quien fuese. Más aún, su matrimonio con Berenguela parecía ir adelante —traté de ignorar la punzada agria que esa idea me producía en las tripas—, razón de más para congraciarse con su futura familia política. Además, estaba el problema de mis sentimientos. Y es que a aquellas alturas ya no podía ignorar lo que sentía por Ricardo, algo prohibido según la iglesia, algo que no debería de ser y de lo que nadie se debía enterar, pero que tenía una intensidad que hacía que ni mi cariño por Berenguela pudiese apaciguarlo. Frente a mí se me mostraba una vida de sufrimiento, de amor callado, de pasión coartada y de dolor, pues

nunca podría ser quien deseaba ser, pero en ese momento mi ser entero solo anhelaba una cosa, volver a verle, y el futuro por mí podía irse al infierno.

Finalmente, tras lo que a mí me parecieron horas, la puerta de la estancia se abrió con un sonido irritante, pero para mi disgusto fue Gerard quien entró por ella.

—Buenas noches, señor —dijo y me di cuenta de que ni siquiera había notado que el sol ya se ocultaba—. Traigo una petición de mi señor el duque.

—¿Una petición? Y, ¿qué es? ¡Habla de una vez! —apremié al muchacho que se quedó claramente sorprendido por mi ansiedad.

—El señor duque os ruega que cenéis con él en sus aposentos en una hora si no os es inconveniente.

—¿En una hora? Por supuesto que iré, llévale la respuesta de inmediato —le ordené a Gerard que a esas alturas debía pensar que estaba completamente trastornado, pero que sin decir nada salió de la sala para llevar la respuesta y retornar tan solo para ayudarme a vestirme.

Cuando llegó el momento, el muchacho me acompañó hasta las puertas de las habitaciones de Ricardo. Podía sentir cómo me temblaban las piernas cuando Gerard llamó delicadamente y se asomó al interior para anunciarme.

—Rodrigo, muchacho, entra aquí —gritó la voz jovial del duque desde el interior. Traspasé el umbral de la puerta y le encontré vestido con una saya sencilla de lino que le llegaba hasta la rodilla, sujeta con un cinturón dorado, y que dejaba ver las calzas que cubrían sus piernas. Su aspecto era el de un hombre cualquiera y nadie hubiera supuesto jamás su condición por su atuendo. Sus rizos rojizos estaban recortados de forma que parecían desaparecer justo allí donde empezaba su barba y sus ojos verdes refulgían como espejos a la luz de la sala. La habitación era más grande que la mía, pero no tanto como hubiese esperado. Asumí que eran los aposentos del depuesto conde pues otra no hubiese sido apropiada, pero no me pareció gran cosa. A mi izquierda se encontraba la cama, alta y grande, con un dosel de madera labrada que abrumaba en aquel espacio limitado. Entre ella y el hogar de la chimenea, se habían dispuesto dos sillas y una mesa, y sobre ella dos copas y una jarra sin duda llena del mejor vino.

—Mi buen Rodrigo —dijo estrechándome entre sus brazos y el olor y el calor de su cuerpo hicieron que el mío se estremeciese y una tensión que conocía muy bien se agarrase en mis tripas y me hiciese difícil respirar. Deseé que ese instante durase para siempre y al mismo

tiempo que terminase tan pronto como fuese posible, pues no me veía capaz de resistir la ansiedad que su cercanía me provocaba —. Disculpa que te haya hecho venir aquí, pero esta fortaleza ridícula no tiene siquiera un salón decente donde hacer un banquete o cosa semejante, y el minúsculo salón disponible he tenido que cedérselo a mis generales pues no hay otro alojamiento apropiado.

—No pasa nada, mi señor, en realidad, no necesitabais hacer nada de esto, yo sólo estoy a vuestro servicio.

—¡Déjate de servicios, Rodrigo, que bastante servicio has prestado ya a mí y a mi familia! De hecho, no estoy seguro de cómo podré pagarte —continuó sirviendo vino en las dos copas y entregándome una—, desde que nos conocimos has salvado ya la vida de mi madre y la mía propia, mi deuda es inmensa, muchacho.

Cogí la copa titubeante, pues no estaba acostumbrado a beber vino excepto el aguado que a veces Filomena me dejaba probar en las fiestas y no sabía si sería de mi agrado.

—¡Daría gustoso mi vida por vos, señor! —Y me di cuenta de lo ridículo que sonaba en cuanto terminé la frase, así que bebí rápidamente intentando disimular mi rubor.

—¡Espero que nunca lleguemos a ese extremo, mi buen Rodrigo, no lo quiera Dios! —Y se sentó en una de las sillas al tiempo que me indicaba que tomase asiento en la otra—. Rodrigo, creo que hay algo que deberías explicarme, ¿no es cierto?

En ese momento dejé la copa en la mesa, pues el temblor de mis manos ya no era algo que pudiese disimular.

—¡Supongo que sí, mi señor! —respondí titubeando.

—Tu aparición en el campo de batalla fue ciertamente providencial y doy gracias al cielo porque no te hayan quedado secuelas graves de tus heridas, pero los dos sabemos que ese no era el sitio ni el lugar donde deberías estar.

—¡Así es! —dije agachando la cabeza porque sabía que el momento que tanto había temido había llegado por fin —. ¡Veréis señor, vine hasta vos buscando refugio, pues me vi obligado a huir de Tudela! Es que yo…yo soy…

—El hijo bastardo de mi cuñado Alfonso, lo sé.

En ese instante sentí que la sangre dejaba de correr por mis venas.

—¿Lo…lo sabíais?

—Por supuesto, tengo mis espías en la corte de Castilla, como no me cabe la duda de que ellos los tienen en la mía. Cuando nos conocimos no tenía idea de quién eras, pero un tiempo después fui informado del interés del marido de mi hermana en localizar a cierto bastardo que aparentemente había sido acogido en la corte de Navarra. No fue difícil atar cabos. Cuando la dama de la reina Sancha fue asesinada en mi palacio en Poitiers, no se me pasó por la cabeza que podía estar

relacionado contigo, aunque ahora lo veo claro. Solo confío en que el atentado contra la vida de mi madre que tú lograste evitar no forme parte de otro de esos tejemanejes castellanos, o por todos mis ancestros que lo pagarán con sangre.

—Yo… lo siento, mi señor…

—¿Que lo sientes? ¿El qué, muchacho?

—Siento que por culpa de mi persona se pusiese en peligro la de vuestra propia familia…

—Tú no tienes la culpa de nada, Rodrigo —respondió inclinándose ligeramente sobre la mesa para acercarse a mí—, ningún bastardo tiene la culpa de los pecados de sus padres, más aún cuando esos pecados son de un rey, que debería ser ejemplo de virtud para todos. No sientas vergüenza de ser bastardo, Rodrigo, porque es mejor ser bastardo decente que hijo de puta con linaje.

—Gracias, señor, pero por culpa de ser bastardo he tenido que huir de mi hogar…

—¿Quieres contarme exactamente lo que ha ocurrido?

Allí, sentado a aquella mesa le conté de mi origen judío, de mi madre asesinada, de cómo el tuerto de Villena había atentado contra mi vida en varias ocasiones, poniendo incluso en peligro a la misma Berenguela y como había asesinado a Míriam y a Garcés, la única familia que me quedaba. Finalmente, le expliqué como había acabado con la vida del tuerto y vengado con mis propias manos la de aquellos que quería y cómo, siguiendo el consejo que Garcés me diese con su último aliento, había huido en busca de un amparo que era sabedor que no merecía.

El duque tardó un instante en decir algo, y en ese tiempo no dejó de mirarme un instante. Su rostro no mostraba emoción alguna, no había enfado, pero tampoco pena, era como mirar una estatua solo que, en lugar de la frialdad de la piedra, lo que emanaba de él era un calor cercano y agradable.

—Debes estar orgulloso de lo que has hecho, Rodrigo, pues era lo correcto —. Tuve que esforzarme para no dejar escapar un suspiro de alivio. —Además, has venido al lugar adecuado, pues a mi lado nada ha de pasarte ni de faltarte. En lo que a mí respecta eres un miembro más de mi corte y te encuentras bajo mi amparo.

Por un instante, casi me echo a llorar. Tal era el miedo que había tenido a haber sido enviado de vuelta a Tudela, separado de su lado, que mi felicidad no podía ser mayor al escuchar aquellas palabras. El duque se levantó de su asiento y empezó a pasear por la sala y por respeto yo mismo me levanté también.

—Mañana escribiré a Sancho para explicarle que estás conmigo y que estás bien. Se lo debo, pues es mi amigo y sin duda su aprecio por ti le tendrá preocupado por tu marcha.

—Pero…mi señor…si como decís hay espías castellanos en todas partes, pronto sabrán dónde me encuentro.

—Eso es justamente lo que quiero. En la carta le dejaré claro a Sancho que he sido informado de todo lo relativo a tu persona, él sabrá entender, y Castilla también. Una vez que mi cuñado sepa que estoy al tanto de sus faltas y del peligro en que ha puesto a mi propia familia por cubrir sus errores, no se atreverá a atentar contra ti por temor a mis represalias. Yo no soy Navarra y lo sabe. Además, le comunicaré a Sancho que pasas a ser miembro de mi consejo privado, desde ese momento serás intocable.

—¿Yo? ¿Miembro del consejo? ¡Pero si sólo tengo quince años, mi señor!

—Sí, y con esa edad has salvado mi vida y la de mi madre, mucho más de lo que puedo decir de otros miembros del consejo. ¡No hay nada que discutir!

—Co…como vos ordenéis, mi señor —respondí balbuceando.

De repente Ricardo cruzó la sala con una única zancada y se colocó frente a mí, poniendo sus brazos sobre mis hombros con una cercanía tal que podía sentir su pecho elevándose y descendiendo con cada inspiración mientras sus ojos miraban fijamente a los míos.

—Rodrigo, quiero que seas consciente de lo importante que eres para mí —dijo mientras sus manos acariciaban mi rostro con delicadeza haciendo que me estremeciese, algo que sin duda notó—. Siento por ti un cariño muy especial, Rodrigo, un cariño que deseo mostrarte en su plenitud. ¿Sientes tú el mismo cariño por mí?

Mis piernas temblaban, si no me derrumbaba era porque su cuerpo me servía de apoyo. Era consciente de que mi cuerpo estaba excitado, podía sentirlo, y el cuerpo del duque se acercó aún más al mío.

—Sí… sí, mi señor —logré decir a trompicones.

—Mi buen Rodrigo… — Y de repente agarró mi rostro con sus manos y sus labios se apretaron contra los míos, haciendo que casi me desmayase por la emoción. Mi corazón latía como si fuese a salirse de mi pecho y lo hizo aún más fuerte cuando su lengua entró en mi boca jugando en su interior, recreándose en hacerme sentir un placer que desconocía.

Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo, dulcemente primero, con una ansiedad desconocida para mí después. Las mías imitaron torpemente sus gestos sin dejar de besarle, recorriendo sus músculos cubiertos por la saya. De repente sus labios se separaron de mí, dejándome huérfano, mientras sus manos se retiraban la saya, dejando su pecho al descubierto. Extendí las mías casi con un temor reverencial, como si no me atreviese a tocarle por miedo a cometer algún sacrilegio, hasta que mis dedos notaron el vello de su pecho primero, la dureza del músculo trabajado en mil batallas después, y el

miedo desapareció. Sus brazos arrancaron entonces mi propia camisa y quedé a pecho descubierto frente a él. Mi cuerpo en contraposición al suyo carecía casi de vello, y mi piel era blanquecina sobre mis músculos que apenas empezaban a ser los de un hombre. Ricardo me agarró en un abrazo fuerte y profundo mientras besaba de nuevo mi boca para seguir después con mi cuello y mi pecho, deteniéndose en mis pezones para darme un placer que no había conocido jamás. Sus labios volvieron a mi boca, pero su mano agarró la mía y la llevó hasta donde se encontraba su miembro para que lo notase, duro, caliente e innegable.

Cogiéndome en sus brazos, me levantó del suelo y me lanzó sobre la cama donde me desnudó completamente. Lejos de sentirme cohibido, fui feliz de estar expuesto en plenitud a él, de entregarme a él completamente. Su lengua recorrió mi cuerpo entero y su boca cubrió mi miembro haciéndome sentir que el mundo a mi alrededor desaparecía. Ricardo se quitó sus calzas dejando su verga al descubierto y sus manos guiaron a mi boca para enseñarme qué debía hacer. Sus gemidos cuando su miembro entró en ella debieron de oírse en toda la fortaleza, pero no me importaba. Con ansiedad, sus brazos me giraron para colocarme boca abajo en el lecho y su cuerpo tomó posesión del mío incapaz de negarse a nada que le pidiese. Hubo dolor por un instante, pero pronto fue sustituido por un placer inmenso, uno que no sabía nada de culpas ni de pecados, que no pensaba en iglesias ni en infiernos, uno que sólo sabía de piel y carne. Ahora era totalmente de Ricardo, sin reticencias ni reparos, aunque en realidad lo había sido siempre.

Cuando desperté a la mañana siguiente me encontraba solo en el lecho. La luz del sol empezaba a entrar por la ventana, bañando la sala de un tímido tono dorado. No había señal alguna de Ricardo, supuse que debía haberse levantado al alba. Mi cabeza apenas si podía comprender todo lo que había pasado la noche anterior que ahora me parecía un sueño lejano y ligeramente confuso. Recordaba el cuerpo de Ricardo, nuestra pasión y las muchas cosas que me había enseñado. Recordaba que finalmente no habíamos cenado, la pasión había sido más importante y mi estómago protestaba ahora como un gato por el abandono al que le había sometido.

Intenté incorporarme de la cama, mi cuerpo estaba dolorido. Recordaba que en algún momento de la noche Ricardo me había dicho que así sería, pero que el dolor pasaría. En realidad, no me importaba, pues solo me importaba él. Al levantarme vi que sobre una mesa al fondo de la sala había un pequeño objeto brillante. Me acerqué para comprobar que era una cruz hecha de algún metal, basta, nada que

ver con las joya delicada que me había regalado su madre años atrás en Poitiers, apenas dos fragmentos de metal cruzados para representar el símbolo fundamental de la iglesia de Roma. Ricardo debía de habérsela quitado en algún momento de la noche anterior. La miré sin atreverme a cogerla en mis manos. Por un instante, los remordimientos del pecado cometido la noche anterior amenazaron con asfixiarme como habían hecho en el pasado. Lo que Ricardo y yo habíamos hecho garantizaba arder en el infierno, y no había penitencia que pudiese salvarnos. Noté como mi respiración se aceleraba en una sensación que conocía bien, el miedo. Junto a la mesa, en una de las sillas, se encontraba la saya de Ricardo. Mis manos la agarraron con urgencia y la llevé hasta mi rostro para aspirar su olor, profundo, intenso, y noté como mi miembro se endurecía de nuevo y los recuerdos de la noche anterior me inundaban. De repente la imagen del muchacho al que había visto fornicando con Ricardo, su cuerpo colgado de aquel árbol vino a mi cabeza y fue como si me hubiesen abofeteado. En ese momento tomé la decisión que marcaría el resto de mi vida. Nunca más dejaría que nadie intentara decirme lo que debía o no debía hacer tan sólo porque se considerasen con la autoridad de hacerlo. Miré de nuevo la cruz sobre la mesa, y sin remordimiento alguno mandé al infierno a Dios mismo y a toda su maldita iglesia.

Una vez que hube llenado el estómago y cambiado mis ropas —para horror de Gerard pues insistí en ponerme las ropas que traía de Navarra y que habían sido lavadas con esmero—, pregunté por Ricardo, pero el muchacho me indicó que estaba reunido con sus generales y los nobles que le debían vasallaje y que no sabía hasta cuando sería así. Sentí una punzada de decepción, pues a mi corazón le hubiese gustado que él tuviese la misma necesidad de estar conmigo que yo sentía por estar con él, pero entendía que en su vida había otras muchas cosas que requerían su atención, aunque a mí me doliese no ser lo primero. Por un segundo el temor de que la ilusión de la noche anterior fuese tan solo eso, me hizo sentir muy mal, así que decidí salir de la fortaleza y dejar que el aire fresco me serenase.

Me encaminé a ver a Vivienne y Assim, confiando en que eso me distrajese. Cuando llegué a la casa encontré a la mujer despidiéndose de la vieja Claudette a la que esperaba un hombre solo algo más joven que ella en un carro tirado por una mula. Al verme, la anciana sonrió con tristeza y acto seguido se montó en el carro que se alejó con un trote lento por las calles de Angulema.

—Vivienne…

—¡Buenos días, joven señor! —me contestó limpiándose las

lágrimas de los ojos.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Claudette nos ha dejado. Su hermano ha venido a visitarla y al saber lo que había ocurrido ha decidido llevarla con él de vuelta a la aldea donde nacieron. No le queda ninguna familia aquí, excepto nosotros si es que puede considerarnos así, y ha querido ir a pasar sus últimos días en la tierra de sus padres.

—Supongo que es normal que tenga ese deseo, y con su hermano estará bien cuidada.

—Sí, eso es seguro, pero de alguna forma tenerla cerca me daba cierta calma y tranquilidad. La echaré mucho de menos. Pero… perdonad, aquí estoy aburriéndoos con mis cuitas. ¿Queréis pasar? —dijo mientras empujaba la puerta de la vivienda—. Asaf acaba de marcharse, viene cada día a ver a Assim, no podemos estaros más agradecidos a los dos por vuestra ayuda.

—¿Cómo se encuentra Assim? —pregunté mientras entraba en la oscuridad de la sala.

—Sus heridas están mucho mejor. Ha recuperado la consciencia, aunque aún está muy débil. ¡Assim, este es el joven señor del que te hablé, el que nos ha ayudado! —dijo dirigiéndose al joven que se encontraba medio incorporado sobre la cama con la pequeña Heléne dormida a su lado.

—¡Mi señor! —replicó intentando incorporarse y haciendo que Vivienne se lo impidiese.

—Aún no debes moverte y lo sabes —le riñó ella.

—Me alegro de ver que te encuentras mejor ¿Tú también hablas mi lengua?—pregunté sorprendido.

—Mi padre insistió en que estudiase muchas lenguas, además algunas de las lenguas de los cristianos son parecidas, fáciles de aprender.

Su rostro estaba demacrado, pero no pude evitar fijarme en que sus ojos eran de un color miel claro que contrastaba con su tono de piel, del color de la arena mojada. Sus labios eran carnosos, pero su nariz afilada le confería un rostro que recordaba ligeramente a un halcón.

—Me alegra mucho ver que los cuidados de Asaf y de Vivienne han surtido efecto.

—Nada habría sido posible sin vos, mi señor. Sin vuestra intervención, Assim seguiría colgado a ese poste, quizá ya habría fallecido.

—Nada importa eso ya. Lo importante es que ahora podréis comenzar una nueva vida y olvidar este sufrimiento—. El silencio se hizo denso y frío y los dos jóvenes se miraron entre sí con tristeza, como quien no se atreve a decir algo que es evidente. —¿Qué ocurre?

—Lo que habéis hecho por nosotros es algo que no podremos pagar,

joven señor, y por lo que os estaremos eternamente agradecidos y rogamos a Dios por vuestra salud y vuestra alma. Pero nuestro destino ya está decidido, a pesar de vuestra intervención.

—No comprendo, ¿qué quieres decir?

—Assim y yo somos esclavos, nunca hemos dejado de serlo. A ninguno de los dos nos ha sido concedida la libertad, pertenecíamos al conde de Angulema y ahora lo haremos al conquistador de la ciudad. Nada ha cambiado.

—¡Claro que ha cambiado, podéis huir, escapar de aquí!

—Me temo que nadie nos dejará instalarnos en ningún lugar, mi señor. Un moro y una mujer marcada a fuego como bruja no son vecinos deseables. Además, en breve los hombres del duque tendrán que listar todas las posesiones del conde que pasarán a él, en cuanto vean que dos esclavos están desaparecidos emitirán orden de búsqueda y estaremos toda la vida escondiéndonos para no ser apresados y ajusticiados. Esa es la vida que puedo darle a mi pequeña Heléne —replicó Vivienne con un apena infinita mientras acariciaba el pelo de su pequeña—. Bueno, sea como fuere, no podremos quedarnos aquí para siempre. Tan pronto como Assim sea capaz de caminar nos marcharemos, preferiblemente de noche para que nadie nos vea y pueda dar la alerta.

—Pero las puertas de la ciudad se cierran al anochecer.

—No importa —me replicó—, hay pocas cosas que las tetas de una mujer no puedan abrir. Un precio que no me importará pagar si nos da una oportunidad de huir.

En su rostro pude ver que no era así en absoluto, nada podía provocarle más asco que tener que vender su cuerpo una vez más, pero era algo que haría por su hija y por Assim.

Salí de la casa de Vivienne muy triste. Había querido ayudar a aquellas personas con todo mi empeño, aunque no supiera bien por qué, quizá tan solo porque era lo correcto, pero había servido de poco. Un joven señor como ella creía que yo era, que había pasado los últimos años en un palacio, en realidad no sabía nada de las leyes de los hombres y de su crueldad. Y la idea se quedó retenida en mi cabeza sin querer abandonarme.

Aquella noche por fin Ricardo me mandó llamar a sus aposentos y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no acudir a la carrera por los pasillos de la fortaleza. Llamé tímidamente a la puerta y tan pronto como me pidió que entrase, cerré la puerta tras de mí y me lancé a su boca como si no hubiese un mañana. Ricardo me correspondió sin dudas ni remilgos, lo que me tranquilizó bastante, más aún cuando se plegó complaciente a mis deseos al pedirle que se sentara en la silla

para sumergirme en su entrepierna.

Pasamos una nueva noche de pasión y cuando las fuerzas nos abandonaron permanecimos en el lecho, sus brazos alrededor de mí y mi cabeza sobre su pecho escuchando el sonido de su corazón.

—Esta mañana encontré una cruz en la mesa, ¿era vuestra?

—¿De verdad me tratarás con ese respeto después de lo que hemos compartido? —replicó sonriendo —Sí, es mía. Me la regaló mi madre cuando era pequeño y no suelo quitármela excepto para aquellas cosas que Dios no debe ver.

—¿No te preocupa lo que le pase a tu alma? Quiero decir…esto es pecado.

—¿Te importa a ti? —dijo sacando la lengua con sorna—. Los dos sabemos que la Iglesia tiene mucho poder, y eso es especialmente relevante para alguien que podría llegar a reinar como yo. Debo mantener las formas con la Iglesia para asegurarme de que cuando sea necesario tendré su apoyo, pero de ahí a compartir con ellos todos los aspectos de mi vida hay mucho trecho. Mi vida es mía, Rodrigo. Al final, todo es un juego de poder, una batalla por ver quién domina a quien, y en cualquier batalla conseguir que el enemigo se confíe es la mejor baza. Haré lo que sea necesario para tener contenta a la iglesia, y también haré lo que sea necesario para tenerme contento a mí mismo. Por cierto, esta mañana he escrito a Sancho y el mensajero ha salido sin retraso para Navarra. En los próximos días tendrán noticias sobre ti. Me he permitido enviar recuerdos para la infanta de tu parte.

—Gracias…

—¿Por qué?

—Bueno…por todo. Nunca habría imaginado que mi vida cambiaría de esta manera.

—Pues acaba de comenzar. No quiero que te falte de nada, si necesitas cualquier cosa, si hay algo que desee tu corazón, sólo tienes que decírmelo.

—Pues, ahora que lo dices…

Bajé las escaleras de la fortaleza que llevaban a la puerta principal. Traté de tranquilizarme, pues no quería correr. Ricardo me había puesto en una posición completamente nueva para mí. Yo ni siquiera sabía qué hacía un miembro del consejo, pero ese era mi cargo ahora, y lo mínimo que podía hacer por Ricardo era mantener las formas.

Cuando llegué abajo, dos de los soldados del duque escoltaban a las dos pobres figuras que tan bien conocía ya. Assim apenas se sostenía en pie, pero hacía el esfuerzo de no apoyarse en Vivienne que con el rostro en lágrimas sostenía a su hija como si temiese que se la arrebatasen en cualquier momento.

—¡Vivienne! —le dije a modo de saludo, pero ella me replicó con el rostro de quien ha perdido las ganas de vivir.

—¡Joven señor! Os dije que esto ocurriría. Los soldados vinieron esta mañana a buscarnos, dicen que como esclavos hemos sido entregados a un nuevo señor. Ahora sí es verdad que no habrá lugar para esperanza alguna. ¡No quiero pensar lo que será de mi pobre pequeña!

Mi risa resonó en el espacio vacío de la entrada del edificio y los rostros de Assim y Vivienne me miraron como quien mira a alguien que ha perdido el juicio.

—¿Por qué os reís de nuestra desgracia?

—Porque no es tal, Vivienne. He sido yo quien ha pedido que os escoltasen hasta aquí.

—¿Vos? No comprendo —dijo Assim con un hilo de voz.

—Vosotros mismos lo dijisteis, sois esclavos, y como tal debéis pertenecer a un señor. Bueno, pues ese señor desde hoy soy yo.

—¿Cómo? ¿Esa es vuestra forma de ayudarnos? ¡Yo quiero libertad para mi hija, no esclavitud!

—¡Dejadnos! —dije a los soldados que, aunque no podían entenderme si entendieron mi intención—. ¡Escúchame, Vivienne! No está en mi mano daros la libertad, no todavía. Erais esclavos del conde y ahora habéis pasado al duque como tú sabías que iba a ocurrir. No puedo cambiar eso, pero he conseguido que el duque os ponga a mi servicio. Mientras me sirváis a mí, no tendréis que servir a un señor cruel que pueda llegar a separaros. Podrás mantener a tu hija a tu lado, ¿entiendes?

La mujer pareció calmarse ligeramente y apretó aún más a su hija contra su pecho.

—¿Cómo debemos llamaros, mi señor? —preguntó formal Assim que mostraba en su rostro un entendimiento de la situación al que esperaba que llegase Vivienne.

—En público señor bastará para no atraer atenciones indeseadas, en privado para vosotros siempre seré Rodrigo —dije con una sonrisa que el muchacho me devolvió haciendo que su rostro se llenase de luz—. Por el momento he pedido que os asignen aposentos en el sótano con el resto de los sirvientes, allí podréis descansar. Mañana partimos y el viaje será largo.

—¿Partimos? ¿A dónde se supone que vamos? —preguntó Vivienne.

—Nos vamos a casa del duque. Nos vamos a Poitiers.

Poitiers, 1183-1189

Aún hoy en día, a mis muchos años, no he sido capaz de comprender qué es realmente la felicidad, pero supongo que ese momento en que nos sentimos más vivos, más deseosos de explorar cada instante al máximo es el que deberíamos considerar como la parte más feliz de nuestra vida; y sin duda, esos son los años que pasé en Poitiers junto a Ricardo.

No fueron unos años fáciles para ninguno de nosotros, pero sí fueron unos años plenos, intensos y emocionantes. La luz de la ciudad, vibrante, viva y bulliciosa, se colaba por las famosas vidrieras de colores del palacio ducal que tanto habían llamado mi atención la primera vez que las vi, y aquella luz de alguna forma nos llenó todos. Cada uno de nosotros, parias desterrados de nuestras propias vidas por razones diversas, encontró una razón para vivir que nos impulsaba a continuar adelante sin importar demasiado a dónde nos llevase el camino que habíamos emprendido.

Para Vivienne fue el camino de la sanación, en sentido literal, pues entre ella y Asaf surgió una amistad de lo más inesperada, sustentada por su amor por la curación. El viejo médico, listo como un zorro, supo reconocer el talento innato de Vivienne para el uso de hierbas y la preparación de ungüentos que él mismo después usaba con sus pacientes y poco a poco fue permitiendo que ella le acompañase cada vez más en sus visitas y tratamientos. Vivienne, por su parte, supo ver la oportunidad que se le presentaba de aprender sobre enfermedades, sus causas y curas de la mejor fuente disponible y toleraba pacientemente y por su beneficio las lecciones con cierto aire de prepotencia del anciano. Aquella unión también benefició al pueblo, pues Vivienne supo convencer poco a poco al eminente médico de que prestase sus servicios, no solo a la corte del duque, sino a las gentes de la ciudad. Dos veces por semana los dos salían a recorrer las calles de Poitiers visitando las casas donde se requerían sus atenciones, por las que Vivienne nunca permitió que el viejo cobrase una moneda. Mi joven sirvienta —sólo de nombre, pues ningún servicio me prestaba y yo lo toleraba felizmente—, tuvo que superar sus propios miedos y aprender a consentir los de los demás. La marca en su cara era algo que aún aterraba a muchos, aunque necesitasen de sus servicios para seguir vivos, y al principio era habitual verla retornar al palacio con los ojos llenos de lágrimas. Pero también aquí el viejo Asaf supo estar a la altura. Le preparó un ungüento con baba de caracol que al aplicarlo diariamente redujo la rojez de su señal haciendo que pareciese una marca de nacimiento y no llamase tanto la atención.

Aquella infame letra siempre seguiría allí, no había manera de escapar de ello, pero aquella pequeña mejora dio a Vivienne las fuerzas para entender que el hecho de que los demás no siempre la aceptasen de buena fe, no era razón para dejar de ser ella misma y entregarse a aquello que verdaderamente amaba.

Assim, por su parte, resultó ser una gran sorpresa. Tan pronto como se hubo recuperado fue evidente que distaba mucho de ser el muchacho frágil y al borde de la muerte que me había encontrado en Angulema. Poseía una belleza poco común. El tono de su piel y el color de sus ojos eran una combinación a la que era difícil resistirse, no solo por parte de las otras sirvientas de palacio, sino por parte de las propias señoras. Raro era el día en que no recibiese alguna solicitud de alguna señorona de la corte para que le prestase a mi mozo morisco para una cosa u otra con excusas de lo más ridículas. El muchacho —seguía llamándole así, aunque en realidad era tres años mayor que yo—, nunca se quejaba, aunque por Vivienne supe que no le agradaba la atención que atraía y tan solo lo hacía por respeto y agradecimiento hacia mí. Pero en Assim había mucho más que simple belleza exterior. El muchacho era capaz de hablar varios idiomas con fluidez, podía leer el latín y el griego y no era ajeno a los tejemanejes políticos de los hombres. Me explicó que era el menor de cinco hermanos, hijos de un señor moro al servicio de Saladino. Yo conocía aquel nombre, pues el hermano Teobaldo siempre nos había hablado de él como de la encarnación del mismísimo diablo en la tierra y el azote de la cristiandad. A aquellas alturas, y tras tantas medias verdades e intenciones ocultas, yo no daba pábulo completo a lo que nos había enseñado, pero escuchar aquel nombre aún hacía que mi piel se erizase sin saber por qué. El padre de Assim gobernaba territorios próximos a una zona de tierra santa controlada por los cristianos, llamada condado de Antioquía, lo cual hacía que viviesen en una guerra constante. En una de aquellas batallas fronterizas el gran señor fue apresado y el mismo Saladino pagó su rescate en oro al que, tiempo después, sería conde de Angulema. Pero aquello no fue suficiente. El futuro conde exigiría además que uno de los hijos del general fuese entregado como rehén, algo a lo que Saladino no pudo negarse, pues la vida de su general era muy valiosa. El elegido fue Assim, que, a sus doce años, se vio convertido en un esclavo y transportado a Angulema. Había pasado cinco años sirviendo al maldito conde como un esclavo más y casi había pagado con su vida, sin embargo, no había en él un ápice de odio, rencor o amargura por lo vivido. Su padre había puesto un gran esfuerzo en su formación en todas las materias, sabedor de que su vida como hijo de un guerrero no sería sencilla, pero por encima de todo le había enseñado que un hombre no es nada sin compasión y que el odio solo lleva a la

destrucción. Yo me beneficié, no sólo de ese gran corazón, sino de su conocimiento, pues me enseñó pacientemente el idioma de las gentes del duque y a leer y escribir en griego y en su propia lengua, aunque fuese de forma muy sencilla.

Por mi parte, Ricardo me permitía unirme a todas las batallas, grandes o pequeñas, en las que se veía obligado a participar para mantener la integridad de sus dominios. Y hubo un gran número de ellas. A mis casi dieciséis años yo ya no era un muchacho, sino un hombre por propio derecho y miembro del consejo, y la guerra formaba parte de mi labor. Por esa razón pasaba largas horas en el campo de entrenamiento y allí fue donde descubrí el otro talento de Assim. El muchacho tenía una conexión especial con los caballos. Era como si hablase su idioma y pudiesen entenderse mutuamente hasta el punto de que cualquier montura le obedecía sin rechistar. Incluso mi propio Argento, con su carácter peleón, se convertía en un corderillo en sus manos. Por no hablar de sus habilidades para el combate. Mi joven sirviente era un arquero consumado y un espadachín habilidoso, aunque es verdad que debimos encontrarle uno de esos sables curvados que usaban sus gentes, pues no acababa de acostumbrarse al peso de las armas cristianas. Así fue como terminó por convertirse en mi sombra en cada batalla. Él cubría mi espalda en todo momento y yo aprendí a depositar toda mi confianza en la única persona que sabía que no me fallaría jamás. Con la confianza llegó el cariño, profundo y sincero, y Assim se convirtió en mi más absoluto confidente, la única persona que lo sabía todo de mí, mi único amigo. Y por todos los cielos que me hacían falta amigos.

Mi incorporación como miembro del consejo del duque había sido de todo menos sencilla. Ricardo convocó a todos los miembros en el gran salón del palacio tan pronto como llegamos a Poitiers para anunciar mi designación en el cargo de consejero y muchos de sus barones abandonaron la sala ofendidos, guiados por De Guéret. Aquel desplante hizo que Ricardo montase en cólera y saliese como una exhalación, dando gritos y maldiciendo a las madres de aquellos bastardos por todo el palacio, recordándome el carácter que ya había visto en su padre, y haciendo que me asustase por cuál pudiese ser su represalia. Me quedé solo en el salón, sin saber muy bien qué hacer ni cómo debía reaccionar o qué se esperaba de mí, hasta que una voz me sacó de mi miseria.

—¡Mi señor Rodrigo! Me alegro de volver a veros. ¿Os acordáis de mí? —dijo una voz de hombre, suave en el tono, pero con un acento muy marcado. Alcé mis ojos y reconocí el rostro amable que me observaba desde arriba.

—¿Mi señor De Brie? Sois vos, ¿verdad? —pregunté a la par que me levantaba de mi asiento para ponerme a la altura del hombre sonriente que me saludaba.

—Así es, veo que tenéis buena memoria. No estaba seguro de si me recordaríais de vuestra primera visita a Poitiers. Pero llamadme Jean, por favor.

—Claro que os recuerdo, Jean, nos acompañasteis a Cognac y luego a Poitiers. Erais Senescal del duque.

—Así era, en efecto. Ahora mi vida ha cambiado algo como habéis comprobado ahora mismo, y mis lides tienen lugar con más frecuencia en estas salas que en el campo de batalla. —El hombre mantenía su sonrisa amable aunque estaba bastante más avejentado desde nuestro primer encuentro, pero que alguien me saludase con una sonrisa me reconfortó.

—¡Me alegro de que el señor duque haya reconocido vuestra valía!

—Os lo agradezco, aunque por lo que he oído no soy el único válido por aquí. Tengo entendido que salvasteis su vida, nada menos.

—Sí, así fue, pero a mis ojos no es cosa que merezca tanta recompensa —contesté refiriéndome a mi nuevo cargo y el hombre asintió confirmando que había entendido mi comentario.

—¡Precisamente de eso quería hablaros! —Y su rostro se volvió muy serio. —¡Es imprescindible que os andéis con mil ojos, y que vigiléis vuestra espalda!

—¿Mi espalda? ¿Por qué? ¿Creéis que puedo estar en peligro?

—¡No lo creo, joven Rodrigo, lo sé! Por desgracia conozco bien a esa víbora de De Guéret y no es un perro que deje escapar a su presa. Para él sois su enemigo y no dudará en golpearos con todo su poder en cuanto tenga oportunidad.

—Pero… ¿Qué habría de temer de mí?

—Hay rumores, Rodrigo, rumores de que gozáis del favor del duque —y comprendí a qué se refería— y eso es algo que a él no le interesa, pues hasta ahora había ganado el oído de Ricardo y no quiere perderlo. Hará lo que sea necesario para apartaros del camino. Lo que sea.

—Pero, no se atreverá a hacer nada contra mí mientras Ricardo me proteja —respondí de forma inocente.

—Él no, tiene mucho que perder para involucrarse directamente, pero hay otros en la corte que serán sus manos cuando él se lo diga.

—¿Creéis que podrían intentar matarme?

—¡Puede ser! Aunque más probable será que busque la manera de poner al duque en contra vuestra. ¡Este palacio es un nido de serpientes, joven Rodrigo, así que mejor mirad dónde pisáis!

—¿Puedo preguntaros por qué me ayudáis? —pregunté sin entender aquel aviso de alguien que sólo me había visto una vez en mi vida.

—He sido el guardián de Ricardo desde que tenía cinco años —explicó usando el nombre de pila del duque—, le quiero como a un hijo y haría cualquier cosa por su felicidad. He visto su rostro al volver de Angulema, la luz que desprendía y cómo lo primero que me comentó no fue la conquista de la ciudad, sino cómo le habíais salvado su vida. Eso me basta para saber que sois importante para él, y haré lo que esté en mi mano por ayudaros.

El hombre me miró sonriendo con lo que a mí me pareció un deje de tristeza y se alejó dejándome sólo en aquel nido de serpientes, preguntándome de dónde me vendría el siguiente golpe. Tal parecía que la vida no estaba por la labor de dejarme disfrutar de los momentos de felicidad que ella misma me daba y que, una vez más, debía vigilar de dónde vendría la puñalada traidora.

Aquellos años fueron complicados también para Ricardo y pude comprobar que las serpientes sobre las que el señor De Brie me había prevenido estaban también dentro de su familia. Apenas llevábamos un par de semanas en Poitiers cuando llegó la primera mala noticia. Un ejército formado por hombres de dos de sus hermanos —el rey joven y el duque de Bretaña—, había invadido Aquitania con intención de arrancarla de las manos de Ricardo. Yo no podía entender por qué miembros de su propia familia se enfrentaban a él, hasta que Ricardo me explicó lo ocurrido unos meses antes.

Su padre, el rey Enrique, había ordenado a Ricardo que prestase pleitesía a su hermano, el rey joven, y que se convirtiese en su vasallo, algo a lo que Ricardo, como duque de Aquitania, se había negado. En consecuencia, su propio padre alentó y soportó con hombres y dinero aquella invasión a la que se había unido, no sólo su hermano pequeño, el duque de Bretaña, sino todos los barones a los que en algún momento Ricardo había hecho pagar algún desplante u ofensa, que eran muchos.

Debo reconocer que tuve miedo de que aquel fuese el fin de Ricardo, pues el tamaño de las fuerzas de sus enemigos era muy grande, pero lejos de amedrentarse, nos dio a todos una lección de estrategia y saber hacer militar sin parangón y nos demostró que nadie conocía sus dominios y a su familia como él.

A simple vista, la conquista de Aquitania era sencilla. Si aquel ejército hubiese ido directamente hasta Poitiers y entrado en la ciudad, los pocos barones fieles a Ricardo habrían rendido las armas. Pero eso hubiese significado perder la pieza mayor, la oportunidad de humillarle, capturarle y exhibirle como el gran vencido. Así que usándose a sí mismo como señuelo hizo que sus torpes hermanos lanzasen su ejército en una persecución sin sentido que les llevó

directamente a las montañas del norte donde, cegados por el afán de destrucción de su propio hermano, fueron atrapados en los desfiladeros por el ejército del duque. En apenas unas horas fueron masacrados entre los riscos. Ricardo había vencido con una estrategia militar que hasta un niño habría visto venir. Pero él sabía que sus hermanos sólo veían su propia ambición y, en consecuencia, tuvieron que volver al regazo de su padre con el rabo entre las piernas, y la vergüenza colgando sobre sus cabezas.

No había visto nunca a Ricardo más exultante. Aquella victoria había demostrado a su padre, sus hermanos y a los barones renegados que él no era un enemigo al que conviniese desafiar. Los barones volvieron a prestar su juramento de fidelidad y a pedir perdón públicamente, un perdón que Ricardo concedió no sin antes retirarles muchos de sus privilegios y posesiones en castigo por haberse rebelado contra su señor. A fin de cuentas, necesitaba de ellos para poder controlar un dominio tan grande como era Aquitania, y la posibilidad de una nueva rebelión era algo con lo que no tendría más remedio que vivir. Los soldados apresados en la batalla no tuvieron tanta suerte, Ricardo les negó el perdón y dio orden de matarlos a todos y cada uno de ellos. Cuando oí aquella sentencia me horroricé, pues no era habitual que un vencedor no mostrase compasión ante al menos parte de los vencidos, pero viendo la dureza en el rostro de Ricardo no me atreví a decir nada. Aquel no era el Ricardo que yo conocía en la intimidad, aquel era el duque de Aquitania y su voluntad y su mano eran de hierro.

Por si aquella victoria no hubiese sido suficiente, como si el cielo bendijese sus actos y su gobierno, Ricardo recibió una impactante noticia apenas unas semanas después de la batalla. Su hermano Enrique, el joven rey, en una demostración más de su falta de juicio, se había rebelado contra su padre tras la derrota por parte de su hermano, argumentando que aquel le había enviado a la batalla sin suficientes recursos sabedor de su segura caída. Enfrascado en aquella guerra paternofilial sin posibilidad de éxito, había acabado en la ciudad de Limousin donde había contraído disentería y finalmente su vida había llegado a su fin. Aquello significaba tan solo una cosa. Ricardo era ahora el heredero por derecho del trono de su padre, el futuro rey de Inglaterra.

En toda la turbulencia de aquel primer año en Poitiers, mi relación con Ricardo continuó como había empezado, sumida día a día en una clandestinidad excitante al principio e incómoda con el paso del tiempo. Era consciente que no podía ser de otra manera, pero llegaron a mis oídos comentarios con respecto a mis noches en la cámara del

duque que me molestaban, no por su contenido, sino porque se hiciesen a mis espaldas. En alguna ocasión se lo comenté a Ricardo y su respuesta siempre fue que no debía prestarles atención, pues los chismes eran propios de un palacio y mientras quienes los difundiesen dependiesen de él para su sustento y seguridad, no pasarían de ser un cuchicheo en los pasillos. Pero aquel no era el único comentario. Otro rumor corría por los pasillos de Poitiers que pronto alguien hizo llegar hasta mí de forma claramente interesada.

Yo era consciente que no podía exigirle a Ricardo fidelidad, pues yo era su amante, uno que ni siquiera la iglesia, dada a perdonar deslices de grandes señores si así le convenía, permitiría jamás. Pero, aunque supiese que no podía exigirla, mi cuerpo y mi corazón sí la esperaban. Las ausencias de Ricardo eran frecuentes, no en balde tenía un gran dominio que vigilar, supervisar y mantener, o eso es lo que a mí me gustaba pensar para no creer que el duque pudiese estar buscando el calor de otros brazos lejos de mí. Lo que yo no suponía era que existían secretos del duque mayores que un amante esporádico.

Fueron dos criadas las que me hicieron llegar la información en forma de conversación casual en mis aposentos, sin duda bien pagada por De Guéret. Según aquellas mujeres, las ausencias de Ricardo se debían, no a amante alguno, sino a la existencia de un bastardo que vivía en Cognac. El pequeño, si podía creer lo que las criadas decían, debía de tener unos tres o cuatro años por lo que asumí que debía haber sido concebido en aquellos años que no había sabido nada de Ricardo. En principio nada me importó aquella información, pues Ricardo no era el primer ni el último gran señor que se dedicaba a dejar bastardos por el mundo, y de ello yo era buen ejemplo. Ni siquiera era el primer hombre que gustaba de los placeres carnales con hombres y mujeres, así que nada podía cuestionar en ese sentido por más que aquello incendiase en mí los celos. El hecho de que se ocupase de su bastardo y le visitase regularmente a mis ojos tan sólo le convertía en mejor hombre aún, pues se responsabilizaba de sus actos. Estuve tentado de preguntarle, aún a riesgo de que pudiese ofenderse en alguna manera. Quería saber quién era la madre, quería saber si había otras, o quizá otros que llenasen sus noches, pero no me atreví. Lo que había entre él y yo, incluso si debía ser compartido, era algo sin lo que no podía vivir. Estar alejado de Ricardo era como no poder respirar, como si la vida misma se me escapase y la sola idea de que para él yo no fuese igual de importante me producía un dolor inmenso y ardiente.

Con la muerte de su hermano, las cosas distaron mucho de mejorar para Ricardo. Su padre se negó una y otra vez a darle el

reconocimiento como heredero legítimo de su corona. Hasta en tres ocasiones el duque escribió a su padre reclamándole aquel reconocimiento público, un trámite innecesario, pero que validaba la posición de Ricardo de cara a sus nobles y a sus enemigos. Pero en las tres ocasiones la única respuesta que Ricardo recibió fue una carta en la que Enrique de manera despectiva le recordaba que él no era su único hijo y que era su obligación como padre velar por el futuro de todos ellos. Ricardo montó en cólera con cada una de aquellas misivas, gritando que nunca un padre tuvo menos amor por sus hijos y pidiendo a los cielos que se lo llevasen al infierno donde merecía estar. Yo sabía que aquella reacción visceral y violenta, tan propia de Ricardo por otro lado, era en realidad una fachada para ocultar el tremendo dolor del rechazo de un padre al que, en el fondo, admiraba y quería, y al que se parecía quizá más que ningún otro de sus hijos.

Inevitablemente aquel gesto de su padre facilitó que algunos de sus barones se levantaran en armas una vez más contra su legítimo señor. Después de tanto tiempo, de tantas batallas ganadas, uno hubiera esperado que aquellos nobles hubiesen aprendido su lección, especialmente cuando las represalias tomadas por el duque eran cada vez más duras y terribles. Pero no fue así, de modo que pasamos los dos siguientes años nuevamente de batalla en batalla, de rebelión en rebelión, hasta que aquella se convirtió también en mi forma de vida. Yo, el muchacho que se había echado a temblar al matar a su primer hombre en aquella misma ciudad de Poitiers me había convertido en un soldado diestro, certero y, cuando me encontraba en el campo de batalla, diría que despiadado. Fueron tantos los hombres que murieron a mis manos en aquellos años que arrancar la vida se convirtió para mí en un oficio, casi en un arte que ejecutaba como quien labra la madera para crear hermosas tallas. Nada había de hermoso en lo que hacía, desde luego, pero de alguna forma el de la guerra también era un arte y como el artesano que no se preocupa de si causa dolor a la madera al tallar, yo no sentía nada por aquellos que caían a mis pies. No era cruel, no me ensañaba con mis enemigos, aquel era simplemente mi oficio.

El verano de 1186 fue otra carta la que sacudió nuestro mundo, pero esta vez venía escrita de puño y letra de María, la hermanastra del duque, a la que yo había conocido mi primera navidad en Poitiers. En apenas unas líneas, María le comunicaba a Ricardo la muerte de su hermano pequeño, Godofredo, duque de Bretaña. Aunque María no indicaba la razón de la muerte, fue el señor De Brie el que me explicó que una misiva llegada al mismo tiempo por parte de sus espías en la corte de París indicaba que el duque había fallecido de un agudo dolor

en el pecho tras mantener conversaciones con el rey Felipe de Francia. La insinuación de los espías era clara, la muerte del duque podría no haber sido del todo natural, pero a falta de pruebas nadie se atrevería a elevar la voz contra el todopoderoso rey de Francia.

Aquella muerte terminó por convencer al rey Enrique de que todos los que le rodeaban estaban en su contra y empezó a tomar decisiones que, desde fuera, eran de todo menos razonables. El duque de Bretaña dejaba un hijo no nato, y el rey Enrique se enzarzó en una batalla infructuosa con Felipe de Francia por la regencia del ducado de Bretaña hasta la mayoría de edad de su nieto. La primera idea que cruzó por mi cabeza fue que nos veríamos arrastrados sin alternativa a una guerra con el ejército francés, pues éramos a todos los efectos la mayor fuerza armada de la que disponía el rey Enrique en aquel lado del mar. Pero, para mi sorpresa, el rey decidió enemistarse aún más con el hijo que podría haber sido la mano ejecutora de su voluntad.

Esta vez las noticias llegaron de la mano de un emisario inglés, un hombre bajito, delgaducho, medio calvo y de mirada desagradable llamado Robert Prescott. El mensaje era corto, directo y envenenado. Ricardo debía entregar Aquitania y todos sus dominios a su hermano menor Juan y retirarse al castillo de su padre en la ciudad de Chinon, donde debía esperar órdenes del rey. Esta vez Ricardo casi no dejo que el tal Robert acabase el mensaje. Levantándose de su asiento en la sala de audiencias del palacio, imponiéndose con toda su altura, agarró al hombrecillo por el pescuezo y él mismo lo llevó hasta las mazmorras del palacio y lo lanzó dentro de una de las celdas ignorando los gritos del enclenque mensajero que reclamaba un trato digno para su persona primero y rogaba a lágrima viva por su vida después. Nada de aquello surtió efecto alguno.

Pero si aquella respuesta —o falta de ella—, se suponía que debía descorazonar al rey, nada estaba más lejos de la realidad, tal y como descubrimos semanas más tarde, cuando los sirvientes irrumpieron en las habitaciones de Ricardo para indicarle que una comitiva se acercaba a las puertas de la ciudad.

—¿Una comitiva? No esperamos a nadie, ¿sabemos de quién se trata?

—Sí…sí, mi señor —tartamudeó el sirviente con claro temor.

—¿Y bien? ¿Quién diablos es, muchacho?

—¡Es…Es vuestra madre, señor, la reina Leonor!

Nunca en mi vida he visto a una persona correr más rápido. Ricardo no se paró siquiera a vestirse como se esperaba para recibir a una reina, y con un jubón suelto y sus calzas recorrió los pasillos del palacio hasta la puerta principal y yo a duras penas pude seguirle.

Cuando logré alcanzar la puerta vi un grupo pequeño, tan solo un carro y cinco soldados a caballo, que se paraba frente a la entrada. Aquella era de todo menos la comitiva propia de una reina. La puerta del carro se abrió y la primera en bajar fue una muchacha joven, pálida y de pelo rubio y lacio que inmediatamente tendió una mano para ayudar a bajar a su compañera de viaje.

Leonor no había cambiado un ápice desde que yo la viese por última vez. Su porte seguía siendo el de una reina segura de quién es y dispuesta a mostrárselo al mundo. Su rostro, aunque cubierto de las arrugas propias de la edad, era firme y transmitía una dureza que tan solo se suavizó cuando una inmensa sonrisa iluminó su cara al ver a su hijo en lo alto de la escalinata de entrada. Ricardo no perdió un instante y se lanzó escaleras abajo para coger a su madre en brazos como si fuese una muñeca de esas con las que jugaba la pequeña Heléne.

—¡Ya está bien, pedazo de bruto! ¡Ponme en el suelo, te digo! —le regañó con dulzura la mujer—, ¡soy una reina, no una paloma, tiempo tendré de llegar al cielo cuando me muera!

—¡Madre! ¡No puedo creerlo! ¿De verdad eres tú? ¿Cómo es posible? —respondió Ricardo con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Haz el favor de componerte, Ricardo! Te he dicho mil veces que las emociones no se muestran en público, vayamos dentro y te explicaré.

Cogiéndole de la mano guió al gigante de Ricardo como quien lleva a un dócil cordero escaleras arriba. Al pasar frente a mí, la reina se paró, para mi sorpresa y la de todos los que nos rodeaban. Inmediatamente, aunque de manera torpe, me arrodillé en el suelo mostrando el debido respeto a una reina.

—Me alegro mucho de verte, Rodrigo de Tudela. ¡Ahora sois un hombre! ¿Cuántos años tenéis?

—Dieciocho recién cumplidos, mi señora —respondí sin alzar siquiera la mirada.

—¡Es verdad que el tiempo vuela en un instante! Pero levantaos, Rodrigo, la persona a quien debo mi vida nunca tendrá que postrarse ante mí, muchacho. —Y me sonrió con una cercanía que hizo que un sentimiento de orgullo aflorase en mi corazón mientras ella y el duque desaparecían en el interior del palacio.

—En mi lengua decimos que a los reyes los hacen los hombres, pero a las reinas solo las hace Alá —susurró la dulce voz de Assim sobresaltándome.

—¿La conocías?

—Es la primera vez que la veo en mi vida, pero uno sólo necesita ver su manera de conducirse, de andar, de mirar a los demás, para percibir que esa mujer ha sido bendecida por Dios para dirigir al

mundo.

—Es la mejor descripción que se puede hacer de ella, en verdad, Assim. Y creo que eso es exactamente lo que todo el mundo siente al verla.

—Es una pena que su hijo no haya heredado sus virtudes —dijo de repente haciendo que me girase molesto para mirarle fijamente.

—¿Por qué dices eso, Assim? Es un comentario ofensivo para tu señor que no esperaría de ti.

—No pretendo ser ofensivo, Rodrigo, pero mi gente se precia de ser capaces de conocer a un hombre a primera vista. Desde el día que le conocí he sido capaz de ver su carisma para liderar a las masas y para encantar a todos los que le rodean, pero esas virtudes son cenizas en el viento si no van acompañadas de la moderación, la serenidad y la templanza necesarias para ser un buen gobernante. Su madre posee esas virtudes, el duque no. Tú mismo has sido testigo de sus arrebatos de ira, de sus ataques de orgullo y de la forma despiadada en que puede ser vengativo si considera que ha sido ofendido o despreciado. Tengo miedo de lo que pueda llegar a pasar si finalmente es ungido rey. ¡Tengo miedo por ti, Rodrigo!

Aquellas palabras, pronunciadas por quien consideraba mi único amigo, dolieron más que ninguna otra, sobre todo porque ofendían, aunque a la manera dulce y elegante de Assim, a quien yo consideraba el hombre más perfecto que pudiese existir sobre la tierra, aquel por el que yo respiraba cada día.

Assim, sabedor del efecto que sus palabras habían causado, no dijo nada más y se retiró discretamente sin intentar acercarse a mí en todo el resto del día.

Yo volví a mis aposentos, muerto de ansiedad por saber lo que la reina Leonor hacía en Poitiers y qué había venido a contarle a Ricardo. Finalmente, casi cuando el sol se había puesto, Ricardo entró en mi alcoba y se dejó caer derrumbado sobre la cama.

—¿Son malas noticias? —pregunté tímidamente.

—Adoro a mi madre Rodrigo, pero sus visitas siempre son malas noticias.

—No entiendo, ¿cómo es posible que esté aquí? Pensé que tu padre la mantenía aún encerrada…

—Así es, sigue en su celda de oro, pero mi padre no es idiota y la ha liberado tan solo para enviarla a convencerme de que le entregue Aquitania de vuelta a sus manos, confiando en que mi madre se la entregará a Juan de forma inmediata.

—¿Es posible? ¿Y la reina se ha prestado a ello?

—La reina es más inteligente que todo nosotros juntos y ha aprovechado la ocasión para salir de su encierro y visitar de nuevo su hogar, pero no tiene ninguna intención de que los deseos de mi padre

se cumplan.

—Pero ¿entonces qué vas a hacer?

—Volver a negarme por supuesto, pero además, mi madre, como siempre ha sabido ver más allá que yo y me ha mostrado el camino a seguir, aunque no sea uno totalmente de mi agrado.

—¿Y qué camino es ese? —pregunté con temor de oír la respuesta.

—Mi madre considera, muy acertadamente —dijo incorporándose de la cama—, que debo buscar la alianza con Felipe, rey de Francia, contra mi padre.

—¿Cómo? —respondí sin dar crédito a lo que oía.

—No te sorprendas tanto, Rodrigo, en realidad tiene razón. Mi padre nunca me declarará heredero por propia voluntad, a no ser que se sienta presionado a ello. Una alianza con Francia le haría ver que oponerse a mi designio como heredero podría acarrearle perder el condado de Anjou, Normandía y todos sus otros dominios continentales. Se quedaría tan solo con la empobrecida Inglaterra, algo que no puede permitirse. Además, ya está a la gresca con Felipe por la custodia de mi sobrino, y por el retorno de la dote de la esposa de mi hermano Enrique, dado que no tuvieron descendencia. Podría ser un momento ideal para ponerle de mi lado.

—Pero, ¿no tiene también ofensas contigo? El tema de Alys…

—Sí, la bendita boda con su hermana Alys. Podría ser razón para que me rechace, pero ahí aún no hay dinero en juego pues no se pagó dote alguna y si hay algo que mueve al nuevo rey de Francia es el dinero, créeme, le conozco desde que éramos pequeños.

—No sé, no estoy seguro Ricardo, algo no me convence…

—¡Bueno, no es una decisión que deba tomar hasta mañana! Hay cosas más importantes de las que debo ocuparme. —Y levantándose lentamente de la cama puso sus brazos a mi alrededor y sus manos bajo mi camisa haciendo que mi piel se erizase, para acto seguido morderme la boca y conseguir el mismo efecto que tenía siempre, que yo me olvidase del mundo.

Subí hasta la torre del palacio, el sol ya se había ocultado y un ligero viento, aunque bastante frío se movía entre las almenas bajas del edificio. El amor siempre me desvelaba. Tras cada una de nuestras batallas de alcoba, Ricardo era capaz de dormir como un oso en invierno, para mí era imposible. Caminé por la terraza observando las pocas luces que quedaban despiertas en Poitiers y de pronto la encontré.

—¡Majestad! —dije inclinándome de forma respetuosa—. ¡No sabía que estabais aquí, disculpadme, no os importuno más!

—¡No, no, Rodrigo! ¡Quedaos, os lo ruego! —me contestó la reina

Leonor que en ese momento me pareció mayor que nunca antes—. Tan sólo he subido para disfrutar del aire fresco de la noche y despedirme de mi tierra nuevamente.

—¿Despediros? ¿Tan pronto?

—Sí, mi buen Rodrigo. Mañana mismo he de retornar a mi prisión en Inglaterra. Mi misión, como estoy segura de que Ricardo te habrá informado, ha terminado sin éxito. Tal y como yo deseaba, por supuesto —explicó sonriendo como un gato que ha atrapado a un ratón—. Mi hijo no devolverá Aquitania. La frustración de Enrique será tal que, si alargo mi visita, concluirá que todo esto es cosa mía y es capaz de presentarse en Aquitania con todo su ejército; y ahora mismo Ricardo no necesita eso. Aún no.

—El duque me ha explicado vuestro plan.

—Y por tu tono de voz deduzco que no te hace feliz.

—Yo no sé nada de alianzas entre reyes y reinos, pero desde que llegué a Aquitania tengo la sensación de que hay demasiados pretendientes para la misma novia y cada uno de ellos tiene sus propios intereses —dije con una sinceridad que inmediatamente me resultó inapropiada para dirigirse a una reina, aunque a ella no pareció importarle.

—Yo no lo habría descrito mejor, muchacho. Aquitania es una dulce novia en verdad, y una que viene con una sustanciosa dote.

—Mi temor es que a través de esa alianza sea el rey de Francia quien logre a la joven. No sé si me entendéis.

—Perfectamente, Rodrigo. Y tu temor demuestra que tu entendimiento de la política que afecta a este dominio es magnífico. Efectivamente, es un riesgo, pero uno que no queda más remedio que tomar. Enrique ama con todo su corazón a Ricardo, pero al mismo tiempo le odia porque se ve reflejado en él, solo que más joven y con más tiempo por delante. Por esa razón nunca actuará en su beneficio, a no ser que se vea obligado por ello. Si Ricardo refuerza su posición en el continente, Enrique perderá poder, pues Inglaterra por sí misma es poca cosa. Y la desesperación hará que le dé a Ricardo lo que debe.

—¡Ojalá así sea, mi señora!

—Así será, muchacho, así será. De todos modos, hay una cosa que debo pedirte.

—¡Lo que necesitéis, majestad!

—No deberías responder tan pronto, pues lo que debo pedirte puede ser costoso para ti.

—Nada os puedo negar.

—Llegado el momento, necesitaré que te alejes de Ricardo.

—¿Cómo? —pregunté, aunque había entendido sus palabras perfectamente.

—Rodrigo —me llamó mientras se giraba para mirarme

directamente—, los dos sabemos qué relación os une, y yo soy la primera que no podría estar más feliz, pues sé que tú ayudas a calmar su carácter, a que no se parezca tanto a su padre. Pero Ricardo está destinado a ser rey, y sabes tan bien como yo que no podrá hacerlo sin el respaldo de esos retrógrados de Roma. Respaldo que no recibirá mientras vuestra relación exista.

—Yo…

—Sé lo que me vas a decir, tú no eres el primero. ¿Acaso crees que una madre no conoce a su hijo? Pero contigo es diferente. Te ha nombrado miembro del consejo, todo el mundo ve que compartís alcoba cada noche. Los rumores se han extendido, y no tardarán en llegar a Roma. De momento no importa, pero llegará el día en que lo hará. Sabes bien que mi deseo es que Ricardo case con la infanta Berenguela, pero eso no ocurrirá mientras Ricardo sólo te vea a ti. Llegado el día, tendrás que alejarte de mi hijo. Por él y por ti. Sé que es mucho lo que pido, pero ¿lo harás por mí, Rodrigo? ¿Por Ricardo?

Frente a mí ya no estaba la reina fuerte, poderosa e imponente que se mostraba ante el mundo. Ante mí tan sólo había una madre preocupada por el futuro de su hijo, sabedora de que ese futuro implicaba sacrificar su felicidad, como ella misma había hecho sin duda. Yo podía ser quien más amase a Ricardo, pero también podía ser su condena llegado el momento. Sabía que tenía razón, que el mundo tal y como los hombres lo habían concebido no permitiría que nuestro amor perdurase. No sería esa noche, pero ese día llegaría y aquella mujer me demostraba con su petición una vez más que era capaz de ver siempre el futuro y adelantarse a él para sobrevivir. Mi corazón se resquebrajó aquella noche un poco más, y mi alma empezó a escapar por las rendijas, pero hice lo único que era justo hacer, por Ricardo y el amor que le profesaba.

—¡Os lo prometo, mi señora!

Ricardo finalmente decidió hacer caso a su madre, y una semana más tarde envió cartas formales de invitación para el rey francés. Yo no esperaba que Felipe aceptase, pues a fin de cuentas él era rey y estaría en su derecho de ofenderse por tener que ser él quien visitase a un duque. Pero Leonor, muy sabiamente, firmó ella misma las cartas junto a Ricardo, por lo que la invitación era en realidad de una reina a un rey. Tres meses después, Felipe de Francia llegó a Poitiers con un inmenso séquito y la vida de muchos de nosotros se vio sacudida una vez más.

La ciudad entera se había decorado con flores y pendones con los colores de la corona francesa para recibirles. En el exterior, las medidas defensivas se habían reforzado con soldados que patrullaban

constantemente las murallas de la ciudad y a los que se unieron todos los hombres traídos por el rey francés. Uno hubiese pensado que Felipe venía a conquistar Aquitania él mismo por la cantidad de soldados que le acompañaban, pero ni uno solo de ellos traspasó las murallas de la ciudad en un gesto de buena voluntad del monarca.

El rey se hacía acompañar también de lo que debía de ser la mitad de su corte, así que el gasto de acomodar y alimentar a todas aquellas personas sería inmenso, pero Ricardo lo asumía con gusto sabedor de las ventajas que aquella alianza podía reportarle.

El palacio fue vaciado casi por completo y los miembros de la corte de Ricardo debieron buscarse alojamientos en la ciudad o en sus fortalezas cercanas para dejar sus habitaciones vacías para los invitados. Una medida que fue muy poco popular, pero que, dado que nadie quería ofender al rey, todo el mundo acató.

Yo esperaba una visita corta y en la que todo se arreglase rápidamente. Me equivoqué. Pasamos tres días de festejos plagados de cacerías a caballo, cetrería, comidas eternas y bailes agotadores. Todo para entretener a un rey acostumbrado a gustos mucho más refinados que aquellos que yo había conocido en la corte de Navarra. Durante aquel tiempo no tuvo lugar ni una sola conversación al respecto del objeto real de la visita, ni yo pude ver a Ricardo ni un sólo momento, pues cada instante lo pasaba con el rey, y su ausencia hizo que mi humor se agriase y acabase pagándolo a gritos con todo el mundo.

El cuarto día por fin, Ricardo y el rey se sentaron a negociar los términos de su alianza, pero para mi sorpresa lo hicieron solos, sin ningún consejero por parte de ninguno de los dos, a puerta cerrada en uno de los salones del palacio. La ansiedad por no saber lo que estaba ocurriendo hizo que mi cabeza estuviese a punto de explotar. Una y otra vez buscaba al señor De Brie confiando en que él hubiese averiguado algo de lo que ocurría tras aquellas puertas, pero no sirvió de nada.

Finalmente, al caer de la noche, la puerta de mi alcoba se abrió y el señor De Brie entró por ella.

—¡Buenas noticias, muchacho! Han llegado a un acuerdo, el duque y el rey han formado una alianza y juntos se enfrentarán al rey Enrique para defender sus intereses comunes. ¡El duque lo ha conseguido!

La alegría explotó en mi corazón, no tanto por la firma de aquella alianza de la que yo no estaba para nada convencido, sino porque aquella tortura de estar sin Ricardo se acababa por fin.

—¿Y ahora qué? Supongo que habrá un gran banquete final y el rey volverá a París mañana.

—En realidad… —trastabilló el senescal—, el duque ha pedido que se les sirva una cena privada en sus aposentos. El documento se

firmará mañana y luego el rey partirá.

—¿En sus aposentos?

—Sí, el duque y el rey tienen una gran afinidad. A fin de cuentas, se conocen desde pequeños. El rey mismo ha solicitado que se hiciese así y Ricardo se lo ha concedido.

La incomprensión debió de reflejarse en mi rostro. Las alianzas entre hombres poderosos se firmaban con grandes alardes para mostrar al mundo el acuerdo alcanzado, no en alcobas privadas. Algo dentro de mí empezó a agarrarse a mis tripas, pero callé para no alertar al señor De Brie que ya me miraba sin duda preguntándose el porqué de mi nerviosismo.

Después de tres horas en mis aposentos no pude resistirlo más y salí casi corriendo en dirección a la alcoba de Ricardo. El rey seguía en su interior, pues dos de sus soldados hacían guardia en la puerta. Dos sirvientas pasaron junto a ella y algo provocó su risa. Mi corazón se aceleró y la tensión hizo que mi cuello se volviese rígido como si estuviese hecho de piedra. Giré a la izquierda en el pasillo de la alcoba de Ricardo. No podía acercarme a ella por la puerta principal, pero había otra manera, una que yo conocía bien. Al girar la esquina del pasillo, una puerta de madera doble a mi derecha daba paso a una pequeña sala que Ricardo usaba como despacho personal. Probé a abrir la puerta y esta cedió dándome paso a la sala vacía. Corrí hasta el otro extremo donde se encontraba la puerta que comunicaba con la alcoba de Ricardo. Ni siquiera tuve que acercarme a ella. Paré en seco dos pasos antes de llegar a la puerta al escuchar los sonidos que salían del interior de la alcoba. Las voces de dos hombres, gimiendo a voz en grito, entregados a un juego que no daba lugar a ninguna interpretación errónea. Pude reconocer perfectamente la voz de Ricardo, sus esfuerzos amatorios que tan bien conocía. ¡Aquel hijo de veinte padres se estaba follando al rey de Francia!

Salí corriendo de la sala y la puerta golpeó con un ruido sordo que sin duda alertaría a los soldados, pero no me importó. Volví a mi alcoba y el caos de mi interior se desbordó haciendo que lanzase todo lo que estaba a mi alcance de un lado a otro, que destruyese la habitación por completo como si en su interior hubiese acontecido una batalla. Pero aquello no fue suficiente.

Me lancé a las calles de Poitiers en mitad de la noche. Quería gritar, llorar por la traición recibida, pero la rabia que sentía en mi interior no me lo permitía. No sé cómo ocurrió, pero acabé en uno de los burdeles de la ciudad donde me bebí todo el vino que no había tomado nunca. La visión de un cliente borracho era demasiado tentadora, pero ante mi constante rechazo de las putas del local, fue un muchacho joven, de mi edad, delgado, aunque de rostro hermoso quien se acercó a probar suerte. Y la encontró, o eso creyó él. Esa

noche me follé a aquel muchacho como si no hubiese un mañana, sin delicadeza, con rabia, asegurándome de que le doliese, haciendo que él pagase el dolor que yo sentía dentro. Un dolor que había roto mucho más de lo que yo podía concebir en ese momento.

—¡Vamos, tómate esto, Rodrigo! —Era la voz de Vivienne que me ordenaba sin delicadeza que ingiriese un líquido de sabor amargo. Obedecí y me arrepentí inmediatamente porque aquello sabía a mil demonios.

—¿Qué diablos es esto?

—Cocción de hojas de saúco, para la resaca.

—Es el remedio de Vivienne para los dolores de los borrachos, aunque en realidad yo tengo uno mejor. ¡Mantenerse alejado del vino! —interrumpió la voz de Asaf de evidente mal humor. Me encontraba en la sala de trabajo del médico y el hombre se encontraba cosiendo el brazo de Assim.

—¿Assim? Pero ¿qué diablos ha pasado?

—Ha pasado que su señor se ha bebido todo el vino de Aquitania y los demás lo pagan. El amargor de ese brebaje es lo menos que merecéis.

—Asaf, no seáis duro con él, nada podía hacer estando inconsciente.

—¿Nada? No estarlo para empezar. Los hombres que ahogan sus penas en el alcohol ya deberían saber que las penas flotan.

—¿Podéis explicarme de una buena vez qué es lo que ha ocurrido?

—Poca cosa en realidad —contestó Vivienne que me forzaba el mejunje otra vez garganta abajo—, han intentado matarte, por evitarlo casi matan a Assim, y tú tienes resaca.

Ante mi incomprensión fue Assim quien me explicó lo que nos había llevado hasta allí. Al ver que llegaba la madrugada y que no había vuelto de la ciudad Assim había salido en mi busca. Cómo había sido capaz de encontrarme es algo que no quiso explicar, pero el caso es que había dado conmigo en la cama de un burdel, donde me habían robado todo lo que llevaba de algún valor, borracho como una cuba y completamente traspuesto. Assim había cargado con mi cuerpo de vuelta al palacio, pero a medio camino, en uno de los callejones de la ciudad, tres hombres grandes y vestidos de oscuro nos atacaron. Aquellos hombres le habían dado la oportunidad de dejarme y huir sin que nada le pasase, confirmando que su objetivo era yo que en ese momento yacía inconsciente sobre los adoquines de la calle. Assim se había enfrentado a ellos y los tres desgraciados lo habían pagado con su vida, mientras que Assim había recibido un corte feo en el brazo que el viejo Asaf estaba cosiendo.

—Pero ¿quiénes eran esos hombres?

—No lo dijeron, pero créeme que eran solados o al menos tenían alguna formación militar, su forma de luchar no era la de unos vulgares ladrones.

—¿Dijeron en algún momento lo que querían?

—Ya te he dicho que venían a por ti, no a por el sirviente morisco. Su único objetivo eras tú.

Me quedé un instante rumiando las palabras de Assim porque los miedos del pasado volvieron a mí. No era la primera vez que se enviaba tras de mí a una partida de caza. Pero yo creía que aquello había terminado con la muerte del tuerto. ¿Acaso me había equivocado? ¿Podía ser aquello sobre lo que el señor De Brie me había prevenido?

—¿Qué es lo que no nos cuentas, Rodrigo? Y no digas que nada, puedo leer en tus ojos que lo que ha ocurrido no te pilla por sorpresa —me soltó Vivienne.

Les miré a la cara. Frente a mí se encontraban personas que se suponía que estaban por debajo de mí, que debían estar a mi servicio, pero no era eso lo que yo veía. Yo veía personas que se preocupaban honestamente por mí, que incluso arriesgaban su vida por proteger la mía y de quién no era justo guardar secretos. En aquella sala, rodeado de botes y herramientas de sanador, les conté mi historia, la verdad de quién era y quien era mi padre y la historia del bastardo de Villena.

—¿Eres hijo de rey? —preguntó Vivienne como queriendo confirmar que lo que oía era cierto.

—¿Eres judío? —soltó Asaf

—Así es, pero eso no significa nada.

—Te equivocas. Ciertamente ser hijo de rey no significa nada —contestó Asaf sin siquiera mirarme—, los reyes nacen, comen, cagan y mueren como todos los demás. Nada los diferencia del resto. Pero ser judío, muchacho, eso es algo completamente distinto. Prepárate para que aquel que descubra tu origen desconfíe de ti y te considere un asesino tan solo porque tus antepasados mataron a su Mesías, para ser segregado y para que muchas de las cosas que los cristianos puedan hacer te sean simplemente vetadas. —Y noté un deje de tristeza poco común en el anciano médico. —Por desgracia en este mundo que nos ha tocado vivir hay muchos hombres que se consideran por encima de otros por cualquier razón y ser judío es un estigma a los ojos de muchos. Mejor será que lo sepa cuanta menos gente mejor, bastantes problemas tienes ya siendo bastardo de rey.

—Yo soy uno más de vosotros, sean quienes sean mis padres.

—¡Eso no es verdad! —interrumpió Assim que hasta entonces había permanecido callado—. Por ser quién eres tu vida vale mucho, para unos tienes valor vivo, para otros, muerto, pero lo que no tiene duda es que debes andar con mucho cuidado. Habrá más hombres como

esos del callejón.

—¿Y qué esperáis que haga al respecto?

—Nada —dijo Asaf—, en este caso solo puedes desconfiar de todo el mundo, hasta de los más cercanos —y el tono que usó me erizó la piel pues era lo mismo que me había advertido el señor De Brie y que yo obviamente había ignorado—. ¡Y no dedicarte a emborracharte como un porquero ni a recorrer burdeles de mala muerte, ayudaría bastante! Además, eso es indigno de un judío, tanto si profesa nuestra fe como si no. ¡Idiota!

Y el insulto gratuito de aquel anciano agrio, pero con un corazón inmenso, hizo que todos estallásemos a reír, aunque yo no pude ya quitar de mi cabeza aquella nueva preocupación.

El rey Felipe y su corte se habían marchado al despuntar el alba. Varios sirvientes habían venido a buscarme indicándome que Ricardo requería mi presencia, sin embargo, me negué a acudir con todo tipo de excusas. Pero al anochecer encontré a Ricardo de pie esperándome en mi alcoba visiblemente enfadado.

—¿Cómo te atreves a desacatar una orden del duque de Aquitania en público? ¿Quién te has creído que eres? —Sus ojos echaban fuego, uno que había visto muchas veces antes, pero nunca contra mí. Pero si pensaba que aquello me amedrentaría, se equivocaba.

—¡No lo sé, Ricardo! ¡Dímelo, tú! ¿Quién soy? ¿Soy tu sirviente, tu esclavo, tu puta? ¿Con cuántos más comparto el papel de furcia aparte del rey de Francia, Ricardo?

Su cara se desencajó y me hizo pensar que en verdad no sospechaba que yo podía estar al tanto de lo ocurrido con Felipe de Francia, así que no dude en meter los dedos en la llaga un poco más, inconsciente del peligro del fuego que estaba avivando.

—¿Sorprendido? Llegué hasta la puerta de tu alcoba y pude escucharos refocilando como cerdos en celo, así que no te molestes en negarlo.

—¡Por Dios bendito!

—¡Mejor olvídate de Dios, Ricardo, él sin duda se ha olvidado de pecadores como tú! —Y por un instante vi que mis palabras provocaron un gesto de fragilidad en sus hombros, casi una derrota, pero solo duró un momento.

—¡No lo entiendes, Rodrigo! Felipe y yo nos conocemos desde hace muchos años —me dijo sin que su enfado disminuyese ni un ápice—. Él y yo…

Comprendí lo que sus palabras no me estaban diciendo, pero no ayudaron en absoluto.

—¡No es la primera vez! Te has follado al puto francés antes.

¡Perfecto! ¿Y qué se supone que estabais haciendo anoche, rememorar tiempos pasados? ¿Tendrás que acostarte con él cada vez que le plazca ahora que sois aliados? ¡Patético! ¿Quién es la puta ahora, Ricardo?

El puño de Ricardo se elevó en el aire, pero lejos de amedrentarme me quedé mirándole fijamente esperando un golpe que nunca se produjo. Ricardo detuvo el puño en el aire y contuvo su respiración, mirándome fijamente con sus ojos azules, mientras mi rostro desafiante, rígido como una roca, le gritaba que no tenía poder para asustarme.

Y en ese momento, sin esperarlo y sin que pudiese evitarlo, me besó con rabia, con violencia, sus manos arrancando mi ropa con ansiedad, y mi cuerpo entero le correspondió con la misma violencia, casi como si quisiese hacerle daño, herirle por el dolor que me había causado. Y yacimos en aquel lecho como si no hubiese un mañana.

Aquella noche dio por cerrada para Ricardo la discusión de lo ocurrido con Felipe, pero en realidad los dos sabíamos que algo había cambiado para siempre. A mis ojos Ricardo no era ya el caballero de brillante armadura que me había obnubilado desde el primer momento, sino un hombre, con todos los defectos de cualquier otro, con la capacidad de mentir, engañar y hacer daño. Un hombre como yo. Nada le conté de mi visita al burdel ni del pobre muchacho que había pagado su ofensa, no solo porque no quería hacerlo, sino porque no sentía ningún orgullo por ello. Tampoco le dije nada de los hombres que habían atentado contra mí. Y aunque la pasión no desapareció de nuestras vidas, había algo difícil de explicar que estaba irremediablemente destruido.

Por desgracia mi fe en Ricardo no fue lo único que acabó hecho pedazos, y pronto fue la iglesia la que vino a sacudir nuestro mundo aún más.

Una mañana heladora de un mes de noviembre, todos los miembros del consejo fuimos convocados a reunión. Cuando llegué al gran salón me encontré a Ricardo debatiendo algo con el señor De Brie mientras el resto tomábamos asiento. El rostro del Senescal era una máscara de cera y supe inmediatamente que algo terrible había ocurrido.

—¡Mis señores! —comenzó Ricardo con solemnidad—. Os he hecho llamar para haceros partícipes de las más terribles noticias que acabo de recibir directamente de su santidad el papa Gregorio.

Sólo oír el origen de las noticias hizo que los pelos de mi nuca se erizasen, la experiencia me había enseñado que nada bueno venía nunca de Roma.

—¿Qué es mi señor? —preguntó uno de los barones con ansiedad.

—Lamento comunicaros que hace un par de semanas las tropas del

malnacido de Saladino han conquistado la ciudad de Jerusalén, esclavizando y asesinando a sus habitantes y haciendo que la sangre cristiana corra por los lugares que pisó nuestro señor Jesucristo.

El grito de rabia de los barones llenó la sala ante la más que exagerada manifestación de los hechos por parte de Ricardo. Yo que le conocía bien, sabía que aquello debía tener una finalidad, debía haber algo que Ricardo deseaba conseguir con aquella arenga, aunque aún no sabía el qué.

—Su santidad nos ha hecho llegar este documento —dijo agitando un papel que sostenía en su mano—, una nueva bula en la que se convoca a los ejércitos de la cristiandad a una nueva cruzada para recuperar la sagrada ciudad de Jerusalén por la gloria de nuestro señor. Y a mis ojos que nunca hubo causa más justa que esta por la que luchar. Así que, aquí os pregunto mis señores, ¿os uniréis a mí en esta santa cruzada? —Y su tono de voz se elevó como si alentase a sus tropas en plena batalla.

El sonido de respuesta fue ensordecedor. Todos los caballeros nobles allí presentes se alzaron de sus asientos gritando al aire su voluntad de unirse a Ricardo en aquella causa, chillando glorias a Dios y a la virgen y jurando morir si fuese necesario para recuperar Jerusalén. Todos, excepto uno. Al fondo de la sala, el señor de De Brie permanecía serio, mirándome fijamente, y en su mirada creí entender que, como yo, sabía que aquel era un inmenso error que pagaríamos muy caro más tarde o más temprano.

Una cruzada debía ser un esfuerzo conjunto de toda la cristiandad y, al menos en aquella parte del mundo, tres eran los señores que debían unirse para ello, Felipe de Francia, Ricardo y, por supuesto, su padre, Enrique de Inglaterra. Preparar un ejército conjunto que se desplazase a tierra santa no sería fácil teniendo en cuenta las disputas entre ellos, ni sería barato. Al principio, los tres parecieron acordar una tregua que les permitiese preparar la cruzada, aunque pronto fue evidente que dicha tregua era una pantomima y las batallas entre ellos continuaron abiertamente. A mis ojos el rey Felipe se comportaba como una alimaña que tan pronto apoyaba a Ricardo contra su padre como mantenía conversaciones de paz y alianza con Enrique. Si Ricardo era capaz de verlo, no parecía importarle demasiado y por más que intenté hablar con él de ello, siempre evitaba la conversación.

Sin embargo, hubo dos cosas que Ricardo sí consiguió gracias a la cruzada y que no me cabía duda de que debían ser las razones para aquel discurso tan pasional al recibir la bula. Con la excusa de prepararse para la guerra santa, Ricardo solicitó hombres a sus nobles, un ejército para recuperar Jerusalén que, sin embargo, se pondría bajo su mando de forma inmediata. De aquella manera, hasta que el momento de partir a tierra santa llegase, aquel ejército lucharía bajo

sus órdenes, aunque contra su padre. Con un movimiento magistral había conseguido que sus nobles entregasen sus fuerzas, reforzasen su ejército, y al mismo tiempo no pudiesen permitirse levantarse contra él. Pero esa no fue la única ventaja. El dinero empezó a llenar las arcas del ducado. Los tres señores convocaron el diezmo de Saladino por el que todo el mundo debía entregar la décima parte de lo que tenía para sufragar aquella guerra santa. Poco importaba que se tuviese mucho o nada, todo el mundo debía contribuir y de ello se encargó el señor De Guéret. Aquello dañó aún más la imagen de Ricardo de cara al pueblo que le veía como un señor que, lejos de darles, les quitaba, pero poco pareció importarle a él que había visto su posición reforzada en todos los sentidos.

Pasamos el siguiente año enfrascados en combates constantes con el ejército del rey Enrique. Ninguno de ellos era una gran batalla que pudiese definir a un vencedor absoluto, sino más bien pequeñas escaramuzas encaminadas más a demostrar al oponente que cada uno de ellos seguía enrocado en su posición. Para el siguiente invierno ninguno de los que combatíamos al lado de Ricardo entendíamos ya qué era lo que perseguía, pero a ninguno nos estaba permitido cuestionarle. Su objetivo original de conseguir ser reconocido como el heredero legítimo y único de Enrique acabó por arder completamente en el mes de noviembre y fue por la propia mano impetuosa de Ricardo.

El rey Felipe de Francia, en un intento de acabar con aquella confrontación, que sin duda le estaba costando un considerable dinero en hombres y armas, organizó una conferencia de paz con todas las partes. Pero lo que debería haber sido un gesto para acercar posiciones terminó por alejarles aún más cuando, ante la persistente negativa de Enrique a darle a Ricardo lo que solicitaba, este hincó su rodilla y delante de su propio padre y rey juró pleitesía al rey de Francia. Si aquel gesto irresponsable pilló por sorpresa al rey francés —que, por otro lado, se relamía al saber Aquitania a sus pies—, encolerizó aún más a Enrique que salió de aquella conferencia como alma que lleva el diablo jurando nunca volver a mirar a la cara a su hijo.

Viendo el nefasto resultado de aquella conferencia de paz mejor hubiera sido dejarlo estar y permitir que las aguas se apaciguasen al menos un poco. Pero en su afán de intentar manipular las voluntades de los hombres para su beneficio, fue la propia iglesia quien una vez más intentó acercar las posiciones de padre e hijo en una nueva conferencia en la ciudad de La Ferté-Bernard. Pero esta vez hubo algo diferente. Los espías de Ricardo confirmaron que el rey Enrique de

Inglaterra llegaba a aquella reunión gravemente enfermo, aunque durante las conversaciones mantenidas hizo todo lo posible por disimularlo.

La reunión terminó como empezó, sin acuerdo y con la amenaza de una guerra más probable que nunca. Una guerra que a esas alturas me quedaba claro que Ricardo deseaba y buscaba, pero que nunca pensé que le haría actuar de forma deshonrosa.

Como en toda conferencia de paz, se había establecido una tregua que todos los invitados debían respetar, sin embargo, tan pronto como el rey Enrique abandonó la ciudad, Ricardo y el rey Felipe dieron órdenes de lanzar un ataque contra él y sus tropas. De nada sirvió que yo mismo y otros miembros del consejo le rogaremos por todos los medios que no cometiese semejante infamia. Ricardo ya no atendía a razones, tan sólo era un lobo que había olido a su presa y que no pararía hasta haber acabado con ella.

El ataque pilló a las tropas de Enrique cerca de la ciudad de LeMans, pero, lejos de ser su final, sus hombres supieron defenderse heroicamente y lograron escapar hacia el norte, hacia una de sus plazas fuertes, Alençon, desde donde poder escapar a Normandía. Esa noche intenté una vez más convencer a Ricardo de que abandonase aquella persecución estúpida e infructuosa, pero fue en vano. Su afán por demostrarle a su padre que estaba por encima de él, que era mejor guerrero que él, que sería mejor rey que él, le cegaba y la venda era demasiado gruesa para que nadie pudiese retirarla.

A la mañana siguiente las tropas estuvieron listas al amanecer, como Ricardo había solicitado, prestas para la persecución, pero los oteadores que Ricardo había enviado a vigilar los movimientos de su padre trajeron noticias sorprendentes. En mitad de la noche las tropas de Enrique habían dado la vuelta en dirección sur, a pesar de que ello casi les lanzaba en nuestros brazos, y se dirigían a gran velocidad hacia Chinon, el castillo favorito del rey.

En ese instante algo cambió en el rostro de Ricardo. Era evidente que los movimientos de su padre habían hecho que se diese cuenta de algo que los demás aún no habíamos sido capaces de ver. Me acerqué a él lentamente.

—¿Qué ocurre mi señor? —le pregunté tratándole con la deferencia que siempre le tenía en público.

—Mi padre…—respondió casi en un susurro.

—¿Qué ocurre con el rey?

—¡Se muere!

—¿Cómo? ¿Por qué creéis eso?

—Chinon es su casa, Rodrigo, siempre ha dicho que es el lugar donde le gustaría tener su descanso final. Este cambio de dirección repentino, directo hacia nosotros, arriesgándose a ser apresado. Es un

movimiento desesperado, uno que no haría si no fuese su último viaje.

—¿Qué debemos hacer?

Ricardo se quedó pensativo por un instante con la mirada fija en el cielo gris de la mañana, hasta que finalmente dio sus órdenes.

—Que las tropas se retiren del camino que lleva hasta Chinon y se les granjee paso seguro. Nadie debe atacarles bajo ningún concepto.

En aquel instante, Ricardo dejó de ser el duque de Aquitania, el heredero del trono inglés, para ser simplemente un hijo cuyo padre se moría.

Un soldado interrumpió de repente para hacerle entrega de una misiva que acababa de recibirse. La cogió con calma, como si esperase aquella carta, y la leyó con el rostro triste.

—¿Qué es Ricardo? —susurré sin que nadie pudiese oírme.

—Es de mi padre. Me pide que me reúna con él en Chinon para despedirse de mí —me explicó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Crees que es seguro? Quiero decir, no será una trampa…

—Mi padre es un maldito bastardo, Rodrigo, pero no es un hombre sin honor —me dijo a modo de reprimenda—. ¡Organiza las tropas, salimos para Chinon!

Enrique murió dos días después de nuestra llegada a Chinon. Afortunadamente padre e hijo pudieron hablar y salvar sus diferencias antes de su fallecimiento. Ricardo había ordenado que sus tropas permaneciesen fuera de los límites de la ciudad por respeto a su padre y se empeñó en entrar solo en el castillo contra el consejo de todos los que le rodeábamos. Supimos de la muerte del rey por el lamento de las campanas de la ciudad que comenzaron a tocar a muerto a primera hora de la tarde. Aún tardamos varias horas más en saber de Ricardo que envió autorización para que entrásemos en la ciudad aquella noche. En su lecho de muerte, Enrique había nombrado heredero legítimo a Ricardo, como él siempre había perseguido. El rumor de que su hijo Juan había apoyado públicamente a última hora las pretensiones de su hermano corría por el palacio y todos nos preguntábamos si eso podía haber hecho que la balanza se decantase a favor de Ricardo, pero, en realidad, no importaba nada. La única realidad era que ahora Ricardo era duque de Normandía como lo había sido su padre y que debería acudir a Inglaterra para ser coronado rey. Sus dominios le convertían ahora en el señor más poderoso en aquella parte del mundo y en mi interior guardaba un miedo inmenso por lo que tanto poder pudiese hacer en aquel hombre de carácter tan pasional y volátil.

La noche de nuestro retorno a Poitiers bajé las escaleras que llevaban hasta los aposentos de Assim. Le encontré guardando sus cosas en un fardo, de espaldas a mí.

—¿No te parece un poco pronto para preparar equipaje? No partiremos para Inglaterra antes de un mes —le dije sin mostrar ningún sentimiento negativo en mi voz.

Assim dejó lo que estaba haciendo y antes de girarse para mirarme suspiró profundamente.

—Se suponía que Vivienne debía haberte entretenido para darme tiempo a marchar.

—En su descargo he de decir que lo ha intentado, pero su insistencia en evitar que viniese a verte me ha hecho sospechar. ¿Se puede saber por qué te quieres marchar en medio de la noche como un ladrón?

—Tan pronto como salga de aquí seré un esclavo huido. Pensé que cuanto menos supieras más fácil sería que nadie sospechase de ti ni te culpase por mi huida —sus ojos me miraban fijamente como pidiendo perdón por cada palabra.

—Pero… ¿A dónde vas? ¡No entiendo por qué me dejas!

—No te dejo a ti, Rodrigo, dejo esta corte y dejo lo que ha de venir. Una cruzada, Rodrigo, ¿sabes lo que eso significa para mí?

Comprendí de repente lo que quería decir. La cruzada para recuperar tierra santa no era otra cosa que una guerra de fe y de razas. Los cristianos usaban el pretexto de la religión para tratar de eliminar aquello que amenazaba su poder, para eliminar a aquellos que no pensaban como ellos y que jamás se someterían a su mandato. Para eliminar todo aquello que Assim era.

—Lo comprendo —dije pillando a Assim por sorpresa—, y nunca te pediré que te quedes a luchar contra tu propia gente, aunque se me parta el corazón al verte marchar. Siempre he querido que seas libre, tanto como estaba en mi mano que lo fueses, y si tu libertad te lleva de vuelta a tu familia, yo me alegraré por ti. Pero no necesitas escapar como un ladrón, puedo pedirle a Ricardo que me permita concederte la libertad. ¡Has hecho mucho por su causa, no se negará!

—¡Ay, Rodrigo! Tienes un gran corazón, pero el amor te ciega. ¡Por supuesto que se negará! No dejará escapar a un sirviente morisco, hijo de uno de los señores de Saladino, cuando se encamina a la guerra con él. No lo hará ni siquiera por ti.

Quise rebatirle su idea, decirle que se equivocaba, que juzgaba erróneamente a Ricardo, pero algo dentro de mí ahogó mis palabras. Ante todo Ricardo era un soldado, uno que no dejaría escapar una ventaja por pequeña que fuese.

No dije más. Cogiendo la bolsa que colgaba de mi cinturón se la entregué.

—Esto te ayudará a que tu viaje sea más seguro y rápido. ¡No es mucho, pero ayudará!

—No necesito dinero, Rodrigo. ¡Sabré apañármelas!

—¡Bien lo sé! Pero es mejor ir cubierto por lo que pueda pasar. Coge el caballo que quieras de las cuadras, yo distraeré a los mozos pretendiendo que le ocurre algo a Argento. Los guardias de la puerta no te pondrán obstáculo alguno si les dices que te he enviado a algún lugar.

Assim no dijo nada y se limitó a acercarse lentamente a mí y rodearme con sus brazos en un abrazo largo, cálido y dulce que yo respondí sin dudar. Aquel hombre era la persona que más me había cuidado, protegido y amparado desde que había dejado Navarra. No solo le debía mi vida, sino mi cordura y el que todavía quedase en mí algo del hombre que Garcés me había enseñado a ser. No me había dejado que me perdiese en los tejemanejes de la corte de Ricardo, ni en los vaivenes de mi relación con él, ni cuando la rabia asesina de la guerra se apoderaba de mí. Le debía todo lo que aún era.

—¡Que Alá te proteja hasta que nuestros caminos se encuentren de nuevo!

—¿Crees que nos volveremos a encontrar?

—Nos volveremos a encontrar, Rodrigo, nuestros caminos están entrelazados. Tú debías llegar al mío para salvar mi vida, así que mi vida es tuya a los ojos del creador.

Y con lágrimas en los ojos de ambos, nos dijimos un adiós que al mismo tiempo era una promesa de volver a encontrarnos porque en realidad ninguno estaba completo sin el otro.

Londres, 1189

Londres era un sucio y frio barrizal y mi estado de ánimo no ayudaba a que pudiese verlo con otra luz. La partida de Assim me había dejado profundamente afectado, como si hubiese perdido a un hermano, al único apoyo real que tenía en la corte de Ricardo. Evidentemente aún me quedaban Asaf y Vivienne, pero, aunque ellos se habían percatado de mi vacío e intentaban suplir la presencia de Assim tanto como les era posible, no podían aportarme la misma complicidad y cercanía que tenía con él.

Por si eso fuese poco, en el mes y medio que transcurrió hasta que partimos para Inglaterra apenas vi a Ricardo. Si la vida del duque de Aquitania era complicada, la del duque de Normandía y de facto rey de Inglaterra lo era aún más. Ricardo había hecho preparativos para que Aquitania pasara de nuevo a su madre, ya liberada y que le esperaba en Londres para su coronación, pero en aquel periodo de transición sería necesario designar gobernadores para todos sus territorios que asegurasen que ese tiempo entre aguas no fuese aprovechado por los más que interesados nobles para revelarse nuevamente. Eso, unido a los preparativos de la coronación, absorbió todo su tiempo y sumado a que, en las pocas ocasiones en que estábamos juntos, la cicatriz de lo ocurrido con el rey Felipe me había dejado una marca fría e incómoda, hizo que empezase a ver la vida mucho más triste.

El primer día de septiembre embarcamos para Inglaterra y una vez más hube de maldecir aquel mar que separaba los dos dominios de Ricardo y que hizo que echase todas las tripas en la travesía. Para remate, Inglaterra nos recibió con un aguacero intenso y constante que caló hasta nuestros huesos y nos acompañó todo el camino hasta Londres.

Para cuando entramos en aquella ciudad, húmeda, sucia y oscura, Inglaterra ya me parecía el peor lugar del mundo en el que encontrarse y solo deseaba volver cuanto antes a la luz y el calor de Poitiers.

A nuestra entrada nos recibió una comitiva que, para enfado de Ricardo, no era de los nobles de la ciudad y aquellos que habían desempeñado cargos en el gobierno de su padre, sino de los comerciantes y hombres de negocios. Iban encabezados por un tal Henry fitz Ailwyn, un hombre bajito, de carácter amable y un inmenso

don de gentes que de alguna manera supo aplacar el enfado de Ricardo por el desplante.

Fuimos guiados hasta el que había sido el palacio de Enrique, que ellos llamaban Westminster, y nos fueron indicadas las habitaciones que debíamos ocupar. Quien quiera que hubiese determinado como debíamos alojarnos se había encargado de que todas las habitaciones cercanas a las del futuro rey fuesen las de los nobles que habían servido al difunto monarca, relegando a aquellos que veníamos con Ricardo a un segundo lugar. Aquello solo consiguió que la cuerda de los nobles Aquitanos, ya expoliados de su dinero y sus ejércitos con la excusa de la cruzada, se tensase hasta un extremo muy peligroso. Pero a Ricardo todo ello parecía no importarle, centrándose solo en su coronación, y aumentando aún más el problema.

Por mi parte, acepté mi papel de buen grado. No esperaba en forma alguna que Ricardo me diese un lugar que, por otro lado, sabía que no podía tener y había tomado la determinación de tratar de sobrellevar aquel espectáculo de la mejor manera posible en la esperanza de que durase poco.

—¡Bueno, veo que vuestros aposentos son algo mejores que los nuestros! —resonó la voz de Asaf en la puerta de mi estancia.

—¡Buenos tardes, anciano! ¿Os parecen dignos? Sé con certeza que muchos de los nobles están protestando por el tamaño de los suyos.

—Esos ignorantes estirados deberían ver dónde nos han alojado a Vivienne, su hija y a mí mismo.

—¿Acaso os han tratado mal? —pregunté preocupado por su bienestar, y especialmente el de la pequeña Heléne.

—No, nos han dado una sala en la planta baja, hacia la parte de atrás del castillo, suficiente para los tres y para mis utensilios. Como médico del nuevo rey no se atreverían a menos. Pero ese es el caso. Han asumido que Vivienne es mi mujer y la pequeña mi hija. ¡Qué despropósito! Así que ahora me tocará dormir con ellas en la misma estancia, espero que ese pequeño demonio no me fastidie el descanso.

No pude por menos que reír ante los comentarios del viejo médico, pues sabía bien que, de todos, él era quien más adoraba y consentía a la pequeña Heléne y que para él, compartir habitaciones con ellas, era algo muy lejos de una tortura.

—En fin, el caso es que he venido a buscaros para llevaros a la ciudad.

—¿A mí?

—¡No, a vuestro caballo! Evidentemente que a vos. Quiero presentaros a alguien, un viejo amigo que reside aquí desde hace años.

—¿Y qué puede querer vuestro amigo de mí?

—¡Nada en absoluto! Pero quizá vos si obtengáis algo de él. Es un sabio de nuestra comunidad en Inglaterra, muy respetado por todos los judíos. He pensado que tal vez os gustaría saber algo más del pueblo de vuestros ancestros.

La propuesta me pilló por sorpresa. Cuando había averiguado que parte de mí era judía, no le había prestado atención alguna más allá del deseo de vengar a aquella familia a la que nunca había conocido. No había sentido interés por quienes eran aquellos que también formaban parte de mi familia, de mi historia, y ahora el anciano médico me ofrecía la posibilidad de saber más. Una oportunidad que no podía dejar escapar.

Salimos a media tarde. El anciano se empeñó en que fuésemos caminando, aunque me advirtió que había cierta distancia. Primero bordeamos el río gris que recorría la ciudad hasta que llegamos a una gran iglesia a medias de construir. La iglesia estaba dedicada a San Pablo y pretendía ser algún día consagrada como catedral, pero, según Asaf, iba muy retrasada como todo lo de los cristianos. La judería se encontraba tras aquella iglesia y poco tenía que ver con la que yo había conocido en Tudela.

Nos adentramos en un laberinto de calles estrechas en las que las casas llegaban a tocarse unas con otras en sus aleros, bloqueando casi completamente la entrada de la luz del atardecer, haciendo imprescindibles los candiles que se encontraban en las puertas de muchas casas para poder ver por donde andaba uno. Asaf parecía conocer bien el camino entre aquellas construcciones oscuras que a mis ojos parecían todas iguales. No vi plazas, ni espacios abiertos, era como si los judíos de Londres hubiesen sido limitados a un espacio tan reducido que no les hubiese quedado otro remedio que apretarse unos sobre otros.

Aquí y allí nos encontramos con gentes que iban de una casa a otra y que saludaban a Asaf. Era evidente que el anciano médico era querido y venerado a partes iguales por su propia gente, incluso fuera de Aquitania.

Finamente me guió hasta el final de un callejón que se abría a una calle algo más amplia en la que la vida de aquella zona de la ciudad se hizo más evidente, con mujeres cargando leña de un lado para otro, muchachos corriendo y jugando y grupos de hombres aquí y allí charlando animadamente. Fue hacia uno de esos grupos donde me llevó Asaf y al verle, los hombres que lo formaban le saludaron como amigos y me miraron de arriba a abajo, haciéndome sentir incómodo. Uno de ellos, un hombre alto y delgado, entrado en años y con una espesa barba blanquecina les dijo algo en su lengua y sus compañeros de discusión nos dejaron a solas con él.

—¡Rodrigo, os presento a Jacob de Orleans, uno de los más

venerados maestros entre nuestro pueblo! ¡Jacob, este es Rodrigo de Tudela, de quien ya te he hablado!

—¡En verdad que sí! ¡Asaf me ha hablado mucho de ti, Rodrigo! —dijo tratándome con la cercanía de un abuelo.

—¡Os ruego que me perdonéis, pero no puedo decir lo mismo! —dije sin querer ofender a nadie, aunque sonó algo brusco.

—Te dije que si querías conocer algo más de quienes somos te presentaría a alguien que pudiese ayudarte. Bueno, pues Jacob es la persona indicada para ello.

—Asaf me honra con su amistad desde hace años, y creo que a veces eso le hace sobreestimarme —replicó Jacob sonriendo—. Yo no soy más que un hombre al que el creador ha concedido fe y los hombres confianza. ¡Pero si hay algo en lo que pueda ayudarte, no dudes que haré lo que esté en mi mano!

—¡Yo os dejo! Cuando acabes con él tráemelo de vuelta, esperaré en tu casa.

—¡Así lo haré, viejo amigo! Mientras esperas te agradeceré si puedes atender las manos de Sarah. Cada día le cuesta más extender sus dedos y el dolor es más intenso. Si alguien puede hacer algo, sin duda ese eres tú, amigo mío.

—¡Por supuesto, Jacob! No te preocupes. — Y se perdió veloz entre los callejones oscuros por donde habíamos llegado.

El anciano hecho a andar lentamente y yo le seguí, internándonos entre las casas del lado opuesto de la calle.

—Asaf me ha contado tu historia. Me ha dicho que tu madre era judía…

—Así es. Realmente yo no lo supe hasta tiempo después de su fallecimiento. Tampoco conocí a mis abuelos.

—Es una pena, tu abuelo era un hombre muy notable —dijo sin siquiera separar los ojos del camino.

—¿Conocisteis a mi abuelo? —pregunté sorprendido de que en aquel lugar recóndito en una isla fría y alejada pudiese haber una persona que hubiese conocido a alguien de mi familia.

—Así es. El señor tuvo a bien permitirme conocerle en una ocasión, en la ciudad de Burgos y poder estudiar a su lado por un tiempo breve. Yo he sido muchos años tosafista, un estudioso y comentarista de nuestra ley —me explicó sabiendo que no entendería a qué se refería—. Eso me ha permitido viajar y visitar muchas de nuestras comunidades y conocer a los miembros más respetados de las mismas. Como parte de mi formación, fui enviado a Burgos para estudiar junto a tu abuelo. ¡Es curioso cómo el creador en su sabiduría va uniendo nuestros destinos, pues ahora puedo conocer a su nieto!

Una sensación cálida empezó llenarme por dentro. Aquel hombre era un desconocido para mí, y, sin embargo, de alguna manera, yo no

lo era para él. Existía un vínculo entre aquel anciano y yo, uno lejano, casi casual, pero que de alguna manera hacía que empezase a verle casi como un familiar.

Jacob se paró frente a un edificio bajo de una sola planta, idéntico a todos los demás, sin nada que indicase que pudiese ser especial en forma alguna.

—¡Bienvenido a nuestra Bet Ha-Kneset, nuestra casa de reunión! —Y sin más pasó al interior.

La casa, que parecía humilde y modesta por fuera, era una explosión de color y luz en su interior. La sala principal era amplia, decorada con numerosos candelabros dorados de los que destacaba uno de muchos brazos en una especie de altar en la parte frontal. Las paredes estaban cubiertas con telas en las que se habían bordado escritos en una lengua que no podía reconocer. El olor de las velas, sumado al de algún tipo de incienso, provocaba una inmediata sensación de relajación y de paz. A los lados vi dos salas más pequeñas. Una de ellas estaba delimitada por una tela que hacía las veces de separador de estancias y tras la que vi moverse a una mujer. En el lado opuesto, una sala mucho más pequeña y oscura albergaba un único objeto, una caja dorada, decorada profusamente e iluminada por un único candelabro.

Jacob me explicó que aquel era su lugar de oración, una de las numerosas casas en la ciudad donde las familias judías de la zona podían reunirse para honrar a su Dios.

—¿Tienes fe, Rodrigo? —Y su pregunta me cogió por sorpresa.

—No creo en tu Dios, Jacob, si eso es lo que me preguntas. Fui educado en la fe de los cristianos, pero hace tiempo que su Dios y yo no nos llevamos demasiado bien.

La risa del anciano, mucho más joven y alegre de lo que hubiese esperado en alguien de su edad, resonó en la sala.

—Casi todos acabamos llevándonos mal con Dios en algún momento, es lo que tiene no ser capaces de entender completamente su voluntad. Pero me sorprende que hablas de mi Dios y el de los cristianos, de mi fe y de la vuestra. Los cristianos sois educados en la segregación, en la diferencia.

—¿Acaso los judíos no? —solté— Vivís en comunidades aisladas, con vuestros propios ritos y tradiciones. Vosotros también os separáis del resto del mundo.

—¡Tienes razón, así es! Aunque en nuestro caso es frecuente que sea un exilio forzado. Siempre seremos vistos como los asesinos del Cristo y en ciertas comunidades eso es un pecado inmenso que nos ha obligado a vivir segregados. ¡Es extraño que los cristianos olviden con tanta facilidad que su Cristo era judío, como yo, como tú!

—¡Yo no soy judío! —le respondí de golpe—. Mi madre lo era.

—¿Ves a qué me refiero, muchacho? Vivimos tan aferrados a nuestras diferencias que hasta las vemos como algo negativo. Aún sin quererlo, tu mente te ha pedido remarcar que tú no eres judío, como si ello fuese una falta.

Sin poderlo evitar, mi rostro se sonrojó por mi error de juicio.

—No te avergüences, tu cabeza ha dado esa respuesta porque así es como fuiste educado. ¡Aquello que bien se aprende, mal se olvida, muchacho!

—¡No pretendía ofenderte, Jacob!

—Lo sé, y no lo has hecho. ¡Ah, si tan solo pudiésemos todos fijarnos un poco más en nuestros parecidos! ¿Sería muy sorprendente que te dijese que para mí el Dios de los cristianos, el de los judíos y el de los moriscos es el mismo?

—¿Cómo?

—Mi religión y la de los moriscos vienen de la misma región de este mundo, hubo un tiempo en que nuestros antepasados convivieron, aunque muchos de los míos intentan obviar este hecho. Tenemos palabras parecidas en nuestras lenguas. ¿Sabes cómo definimos a Dios en nuestros libros sagrados? El señor es Dios, el señor es uno. ¿Sabes cómo lo hacen los moriscos en el suyo? Alá es el señor, ala es uno. ¿Recuerdas cómo describe el judío Jesús al Dios de los cristianos? Mi padre es Dios y es uno. ¿Dónde está la diferencia Rodrigo? ¿En el nombre de Dios acaso? Dime algo, ¿tú serías menos tú si te llamase por otro nombre?

No supe qué responderle, aunque a mis ojos su argumento estaba lleno de verdad y de lógica.

—Sueño con un día en que nuestras diferencias dejen de separarnos para empezar a unirnos, y hago todo lo que puedo por facilitar que nuestra comunidad se integre cada vez más en aquellos lugares en los que vivimos, que salgamos de nuestros barrios y nos introduzcamos en los de los demás. Pero no es una tarea fácil, Rodrigo. El miedo es un enemigo muy poderoso, y cuando alguien ha sido tan maltratado como mi pueblo, hay mucho miedo acumulado. Tanto como hay en los cristianos a abrirse a esta verdad, supongo.

El rostro triste del anciano me hizo comprender lo importante que aquello era para él y por qué había deseado conocerme. A sus ojos yo no era un cristiano al que convertir en judío, era un descendiente de judíos que había crecido en el mundo de los cristianos y que era ahora consejero de un gran rey de la cristiandad. A sus ojos, yo, quizá mejor que nadie que él hubiese conocido, representaba ese mundo en el que tu origen no importaba nada, tu fe era anecdótica y sólo tu valía marcaba tu destino. Y sentí pena por lo equivocado que estaba. Jacob veía en mí el ideal de lo que podía conseguirse con la integración de su comunidad en el mundo, sin saber que, en ese mundo, yo ocultaba

mi origen, mis sentimientos y todo lo que me definía más allá de la alcoba de Ricardo.

—¡Bueno, pero ya está bien de conversaciones serias! —dijo sacándome de mis pensamientos—. Tengo un regalo que me hace especial ilusión darte.

—¿Un regalo?

El anciano se dirigió hacia una mesa ubicada al fondo de la sala y cogió un rollo de pergamino que me entregó. Al abrirlo me encontré una página escrita con aquellas preciosas letras de su idioma y que en los laterales tenía unas anotaciones extensas escritas también con una caligrafía muy hermosa.

—Eso es una copia de una página de nuestro libro de la ley. Las anotaciones en el lateral fueron hechas por el tosafista que lo revisó. Las hizo tu abuelo.

Sin poder controlarlo, mis ojos se llenaron de repente de lágrimas. No había conocido a mi abuelo, apenas si me quedaban recuerdos de mi madre, y aquel trozo de pergamino de repente me acercaba a ellos, a una parte de mi vida que me había sido negada, pero que, hasta sin ser consciente de ello, formaba parte de mí, de quién era. Y entonces me di cuenta de lo que Jacob había intentado explicarme antes. El nombre que le damos a las cosas, a las personas, no importan nada. Tan sólo importa lo que somos en nuestro interior y lo que esas personas significan para nosotros. Aunque no podamos tocarlas, aunque ni siquiera tengamos un recuerdo al que aferrarnos. Lo importante es lo que provoca en nuestros corazones, sea Dios u hombre.

Visité a Jacob los dos días siguientes. En el palacio no era necesario, pues Ricardo y su madre estaban enfrascados en los preparativos de la coronación que la reina pretendía que fuese la más fastuosa que Inglaterra había visto jamás. Así que pasé la mayor parte de mi tiempo escuchando del viejo sabio los detalles de la que había sido la forma de vivir de mi madre, conviviendo con sus hijos e hijas, comiendo con ellos y formando parte de su familia donde se me acogió como a uno más. En aquellas reuniones se unieron frecuentemente Asaf y Vivienne que se habían dedicado en los dos últimos días a visitar a tantos enfermos como pudiesen necesitar de su atención.

En una de las conversaciones casuales sobre los fastos de la coronación que tendría lugar me sorprendió descubrir que ningún judío ni mujer estaba autorizado a acudir.

—El rey Enrique fue un gran valedor de nuestra comunidad de cara a la galería, pues necesitaba del talento de nuestro pueblo para la gestión del dinero —me explicó el hijo mayor de Jacob, un hombre de

unos treinta años llamado Isaac—, pero sólo era una pantomima. En el momento de la verdad se nos ha prohibido siempre tomar parte en cualquier evento de relevancia. Tal parece que su hijo no pretende cambiar esa costumbre.

—¡Quizá yo pueda hablar con el rey! Eso no es justo ni razonable. Sois súbditos suyos tanto como yo mismo.

—¡Te lo agradezco, Rodrigo! —interrumpió Jacob —. Aunque quizá sería mejor dejar las cosas como están.

—Pero, pensé que queríais que los judíos tuviesen los mismos derechos que cualquiera, que no hubiese diferencias.

—¡Así es! Sin embargo, quizá la coronación no sea el momento adecuado para ello.

—¿Y cuál lo será entonces? —le repliqué—. La coronación es un momento de celebración, no es justo que se os deje a un lado.

—¡No lo sé, Rodrigo, no estoy convencido!

—Muy bien, dado que prefieres que no haga nada, no intentaré hablar con el rey, pero me parece una injusticia inmensa y una oportunidad perdida.

Los ojos de Jacob me miraban y supe reconocer que de alguna forma había sembrado la duda en él. Poco sabía yo entonces el altísimo precio que habría de pagar por ello.

El día de la coronación amaneció nublado y frío como si tratase de avisarnos de lo que nos esperaba aquella jornada. Se nos había pedido que todos los nobles, tanto ingleses como aquitanos, estuviésemos listos para acompañar al futuro rey a la catedral de Westminster justo antes del mediodía. La catedral estaba a tan solo unos pasos del palacio, pero la reina Leonor había preparado todo para que una gran comitiva, digna de un rey, procesionase hasta el templo recorriendo las calles de Londres.

El desfile iba encabezado por el arzobispo de Canterbury que portaba una gran cruz sobre un mástil ayudado por dos obispos. Tras él, bajo un palanquín, Ricardo, vestido con una túnica de color azul intenso que recalcaba sus ojos y el color rojizo de su pelo acompañado por su madre vestida de negro, como correspondía a una viuda, aunque nunca una mujer vestida de oscuro desprendió más luz. Para ella aquel era su gran logro, había ganado la batalla final a Enrique, pues era su hijo favorito, Ricardo, quien le sucedería en el trono y eso la hacía mostrarse exultante. Había organizado aquel despliegue por y para Ricardo y se había encargado de que todo estuviese perfecto.

Tras ellos, los nobles de mayor rango vestidos con grandes galas, espadas de vainas doradas, espuelas refulgentes y brillantes anillos en sus manos, caminaban despacio y sin cruzar palabra alguna entre

ellos. Yo, al no poseer título alguno, caminaba cerca del final de la comitiva, pero no me importaba. Independientemente de lo que me uniese a Ricardo, aquel era un acontecimiento de nobles, de formas y de ritos, donde no tenían cabida los sentimientos.

Aquel desfile se había organizado para que todo el mundo pudiese ver a su nuevo rey y las gentes de la ciudad habían acudido en masa y se disponían en los laterales de las calles jaleando vítores a aquel nuevo rey al que muchos no habían visto jamás ni volverían a ver. Pero poco importaba, el espectáculo les sacaba de la rutina de sus vidas, en muchos casos miserables, y les permitía disfrutar, aunque fuese en la distancia, de algo parecido a un festejo, a una celebración en un mundo donde había pocas razones para celebrar. Además, el señor de Brie me había explicado que aquella transición pacífica entre reyes era para Inglaterra una novedad que no había tenido lugar en los últimos cien años, pues cada rey había sucedido al anterior con una guerra de por medio en la que siempre el pueblo había salido perdiendo. Y esa era otra razón para que estuvieran felices. Sin embargo, no todos podían participar de esa felicidad. Jacob y sus gentes no se encontraban allí, y el escozor de aquel desprecio me dolía porque también yo era en parte uno de ellos.

Cuando hicimos entrada en la catedral, los nobles se colocaron en la parte delantera, justo frente al altar donde Ricardo se arrodilló solemnemente con su madre de pie a su izquierda acompañada por dos damas. Sobre el altar se colocaron las reliquias de varios santos de los que no era capaz de recordar los nombres y un gran cetro y un orbe con la cruz. Al lado se encontraba el trono de madera maciza en el que Ricardo se sentó tras orar frente al altar por unos instantes.

La ceremonia comenzó de forma casi inmediata. Tras una letanía en latín del arzobispo, Ricardo emitió el juramento de fidelidad a Dios, a la iglesia y a sus mandatos, y una especie de náusea subió por mi garganta. Allí estaba el hombre que compartía mi lecho, en el mayor de los pecados sancionados por la misma iglesia a la que ahora juraba venerar y respetar. Sabía que como rey no podía hacer otra cosa que jurar, y que muchos eran los reyes que después cometían perjurio, pero algo dentro de mí me decía que aquello no era correcto. Para sorpresa de todos, Ricardo añadió una parte al juramento en la que se comprometía a ser un rey justo para todos sus súbditos y a hacer respetar la ley de su reino allí donde fuese necesario. Aquel gesto de alguna manera me devolvía al Ricardo que conocía y amaba y me permitía reconocerle más allá de los brillos y los fastos de aquel momento.

Acto seguido, el arzobispo procedió a desabrochar la túnica de Ricardo, dejándole tan solo con la camisa interior larga que portaba. No esperaba aquello, pero parecía ser el único sorprendido por lo que

supuse que formaba parte de la liturgia de la coronación. Su camisa fue desabrochada para mostrar el hombro derecho y el arzobispo, con una botella dorada, vertió el aceite de la unción sobre su cabeza, su pecho y su hombro. Ricardo acababa de ser ungido rey de Inglaterra y ahora podía ser vestido como tal. Los obispos que estaban junto a él le ayudaron a vestirse con una camisa de puro lino y una túnica aún más rica y valiosa que la que llevaba al entrar. Le colocaron unas espuelas doradas y le entregaron la espada, símbolo de su gobierno. El silencio en el templo en ese momento fue respetuoso. Ricardo se elevó del trono lentamente y cogió la corona ceremonial que se encontraba sobre el altar entregándosela al anciano arzobispo que debió ayudarse por los dos obispos para poder colocarla con delicadeza sobre la cabeza de Ricardo. En el mismo momento en que la corona tocó su cabeza, cuando Ricardo era por fin rey de Inglaterra, algo terrible e inesperado ocurrió. Nadie supo de dónde había venido, pero el sonido de unas alas rápidas anunció la entrada de algo en la catedral y, de repente, un murciélago sobrevoló la cabeza de Ricardo. El murmullo de horror por aquel símbolo de mal augurio fue inmediato y generalizado y el rostro de la reina Leonor se convirtió en una mueca de terror ante lo que estaba aconteciendo. Sin embargo, Ricardo, con una serenidad absoluta, se alzó del trono y con un movimiento de su mano espantó al animal hacia el techo de la nave e indicó al arzobispo que continuase como si no hubiese ocurrido nada. Pero había ocurrido, y muchos años después todos nos acordaríamos de aquel murciélago y nos preguntaríamos si su augurio se había cumplido.

Tras la coronación, las campanas de la catedral rompieron a tañer, anunciando la buena nueva a todo el mundo en Londres y sus alrededores. Un nuevo rey había sido coronado. La comitiva deshizo el camino de vuelta al palacio entre los gritos y los saludos de la gente mientras yo me quedaba conscientemente rezagado. Me restaba por delante un día entero de celebraciones que no me apetecían en forma alguna, pero de las que como consejero del nuevo rey en Aquitania no podría escapar.

Llegué a la entrada del palacio bastante más tarde que Ricardo y cuando me disponía a entrar escuché un gran alboroto que provenía de una de las entradas laterales, las que eran usadas por los sirvientes. Me pudo la curiosidad y me dirigí hacia allí. Una gran turba de gente, visiblemente enfadada y gritando insultos y amenazas contra unas personas que se encontraban en el centro del tumulto, eran las responsables del alboroto. Incapaz de ver absolutamente nada ni de abrirme paso entre la masa de gente pregunté a un hombre bajito, gordo y que olía a cerdo qué ocurría allí.

—¡Esos malditos judíos! —me chilló en respuesta—. ¡Se han atrevido a venir a la coronación de nuestro rey, aunque saben que lo

tienen prohibido! Pero les han pillado y les han echado de palacio, y ahora nosotros les daremos lo que merecen a esos malditos asesinos de Cristo.

Ni siquiera perdí tiempo en responder a aquel animal al que me limité a apartar a un lado con un codazo en la cara que sin duda le rompió la nariz. Como si algo dentro de mí hubiese presentido algo terrible me abrí paso a golpes y empujones intentando llegar a los judíos de los que me había hablado el gordo pestilente. Ni siquiera podía pensar, solo podía empujar hacia adelante, haciendo daño si era necesario, todo por intentar evitar algo terrible. Los gritos de la gente enfurecidos como una jauría de perros salvajes eran ensordecedores. No podía entender lo que decían, pero podía sentir su intención, su objetivo. Habían sido cebados como los perros de caza contra el jabalí y ahora nada podía apartarles de su presa. Con un último empellón de todo mi cuerpo conseguí abrirme camino hasta el centro del grupo y, cuando tan solo me quedaban un par de cuerpos que apartar, pude ver la terrible imagen que se mostraba ante mí.

En el suelo del patio del palacio yacían tres hombres, dos de ellos inmóviles que eran pateados constantemente por los que les rodeaban. Tras ellos, un pequeño cofre caído en el suelo mostraba su contenido en monedas y piedras preciosas esparcido por el suelo mientras la gente enardecida por aquella visión se afanaba en recoger todo lo que podían, pisándose y golpeándose unos a otros. Algo más allá del cofre pude ver a un tercer hombre al que reconocí inmediatamente entre las piernas que le golpeaban sin piedad. Era Jacob. Al verle mi cuerpo hizo un esfuerzo más por empujar entre la masa para poder llegar hasta él y, como si hubiese sentido mi presencia, sus ojos aterrorizados me miraron fijamente. Tendí mi mano hacia él en un intento de alcanzarle y poder sacarle de aquel infierno, pero una figura se acercó a él por la espalda, sujetó su cabeza y sin dudar un segundo cortó su garganta con un cuchillo. Mi grito de impotencia ante la imagen del bueno de Jacob vertiendo sangre a borbotones resonó en el patio y la rabia se apoderó de mí. Sacando mi espada empecé a asestar golpes a diestro y siniestro sin fijarme en quién los recibía o qué cuerpos caían sin vida a mis pies. Logré despejar el camino hasta el cuerpo de Jacob y me encontré arrodillado en el suelo, empapado en su sangre, sosteniéndole como quien sostiene a un niño. Sus ojos, ya sin vida, se clavaban en los míos fijamente. No podía pensar, no podía entender qué era lo que había ocurrido. ¿Qué había venido a hacer Jacob al palacio si sabía que no le estaba permitido acercarse? De repente, una imagen cruzó mi cabeza como un rayo. Nuestra conversación de la noche anterior, mi intento de convencerle de que aquella prohibición no era correcta. ¿Acaso toda aquella desgracia era culpa mía? ¿Era posible que mis palabras hubieran hecho que Jacob intentase acudir a

la coronación y hubiese acabado pagándolo con su vida? La cabeza me daba vueltas y no era capaz de pensar con claridad. A mi alrededor la gente seguía recogiendo las monedas derramadas sin importarles para nada los cuerpos caídos en el suelo, ni los de los judíos ni los de aquellos que yo mismo había derribado. ¡Yo había sido el culpable de aquella desgracia, solo yo era responsable de aquellas muertes, de todas ellas!

Fueron los gritos que se extendieron entre la jauría los que me sacaron de mi estado.

—¡El rey, el rey! —gritaban unos y otros—, ¡el rey ha dado la orden! Ha jurado proteger a la iglesia. Por eso han echado a estos bastardos. ¡Tenemos que acabar con ellos!

—¡Sí, acabemos con ellos, con todos, que no quede ninguno en nuestra ciudad! —respondían otros.

—¡Arrasemos sus casas! ¡Qué no quede una piedra en pie!

Acto seguido, como si les hubiesen espoleado con fuego, todos los que nos rodeaban echaron a correr alejándose del patio trasero del palacio, dejándome solo con los tres cadáveres. Mi mente no podía reaccionar, no sabía qué hacer ni sabía entender lo que había ocurrido. Tardé un instante en darme cuenta de que todo aquello estaba muy lejos de acabar. La muerte de Jacob no había sido el fin, sino el principio. Aquella jauría humana se encaminaba ahora a acabar su matanza destruyendo a todos los judíos de Londres.

Mis manos dejaron caer el cuerpo de Jacob y eché a correr con todas sus fuerzas hacia el barrio judío, rogándole a cualquier Dios que quisiera escucharme que me diese las fuerzas para parar aquella locura.

Pero aquella caterva de mil demonios llegó antes que yo. Para cuando entré en las calles de la judería el infierno ya se había desatado. Por todas partes se veía a gente correr huyendo de sus atacantes, pidiendo en vano un auxilio que nadie podía prestarles. Los más desafortunados ya habían sido alcanzados y no podían huir más. Los agresores, alentados por lo que creían una causa justa, entraban en las casas sacando a los judíos de ellas y, en muchos de los casos, matándolos allí mismo, aunque no intentasen defenderse. Vi ancianos golpeados hasta que sus cabezas se abrían mientras sus posesiones eran saqueadas sin miramientos. Muchachas siendo violadas por grupos de bastardos junto a los cadáveres de sus padres. Las casas ardían y la sangre embarraba el suelo de las calles del barrio. El caos era absoluto. Yo, con mi espada desenvainada, intentaba ayudar a quien podía, pero mis ojos no sabían dónde mirar, pues todo a mi alrededor era muerte y odio. A aquellos a los que podía salvar de sus agresores les pedía que corriesen para ponerse a salvo, pero sabía que no había ningún lugar hacia el que correr.

—¡A la sinagoga! —gritaban algunos de los judíos mientras huían—. ¡Id a la sinagoga!

En sus corazones confiaban en que aquel ejército sediento de sangre respetase su lugar de culto, pero yo sabía que aquel era un error. A ninguno de aquellos salvajes les importaba su fe lo más mínimo, si acaso esa era precisamente la razón de su odio. Y yo también corrí hacia la sinagoga sabedor de que lo peor estaba por llegar.

Cuando por fin logré encontrar el camino y llegar hasta allí me encontré la calle casi vacía. Varios judíos se habían encerrado en el pequeño edificio esperando estar protegidos, pero sus atacantes habían bloqueado la puerta dejándoles atrapados dentro. Por la pequeña ventana, junto a la puerta, vi de repente los rostros de dos personas que no debían estar allí en absoluto. ¡Vivienne y Asaf!

—¡Vivienne! ¡Vivienne! —la llamé por su nombre mientras corría desesperado hacia la casa para intentar sacarles de allí. Por desgracia, uno de los atacantes fue más rápido que yo y lanzó por la ventana una antorcha. Los gritos de los que se encontraban en su interior se oyeron desesperados desde el exterior y por un instante vi como el rostro de Vivienne se giraba para mirarme a través de la ventana pidiendo un auxilio que ya nadie podía darles. Corrí, golpeé a quién osó interponerse en mi camino y llegué hasta la puerta quemando mis manos en ella al intentar abrirla. Pero de nada sirvió. El aceite que se usaba para alimentar las lámparas del templo convirtió el recinto en una bola de fuego y los gritos del interior se apagaron con el crepitar de las llamas.

Grité, con todas mis fuerzas, de rabia, de dolor, de pena, hasta que mis piernas se desplomaron y caí de rodillas al suelo con mis manos arañando la tierra. Apenas sentí el golpe. Mi espalda se curvó al notar como el filo del arma se clavaba en mis costillas, pero no tuve tiempo de poder girarme para encarar a mi agresor. Aunque no fue necesario, pues él tenía especial interés en que supiese quién acababa de asestarme el golpe que iba a acabar con mi vida.

—¡Muere maldito hijo de perra judía, muere de una vez! —resonó en mi cabeza la voz de Jean de Brie.

Fue el dolor físico el que me despertó atravesando mis entrañas como si me clavasen un punzón al rojo. La imagen familiar de mis aposentos del palacio no sirvió para reconfortarme. Era evidente que había salvado la vida de alguna manera, pero el recuerdo inmediato de aquellos que no habían sido tan afortunados vino a mi cabeza.

—¡Heléne! —dije con un esfuerzo sobrehumano llamando a la pequeña hija de Vivienne.

—¡Tranquilo Rodrigo, descansa, te lo ruego, la pequeña está bien!

—Era la voz de la reina Leonor que intentaba que me reclinase de nuevo sobre la cama.

—¡No, debo verla, su madre…!

—¡Te repito que está bien cuidada! Está al cargo de mis damas que no la dejan ni de día ni de noche. El que necesita descansar eres tú, mis médicos han dicho que tus heridas fueron graves, estuviste a punto de perder la vida. No son tan hábiles en las curas como lo era el bueno de Asaf, pero confío en su criterio.

—¡Asaf! —susurré recordando la imagen de la sinagoga en llamas.

—Nada pudo hacerse por él ni por esa muchacha, Vivienne —replicó con pena—. Lo más terrible es pensar que no debían estar allí, habían acudido a ayudar a algunos de los judíos enfermos, y pagaron su caridad con la vida.

—¡Yo…mi espalda! —gemí al sentir de nuevo el dolor punzante.

—Fue un milagro que te salvaras, muchacho. La herida era mortal de necesidad. Si Ricardo no hubiese enviado a sus soldados a la judería y no te hubiesen encontrado habría sido tu muerte segura. ¡Pensé que se volvería loco! ¡En cuanto supo lo que pasaba y que habías desaparecido envió a todos sus hombres a parar aquella locura con la orden de encontrarte, costase lo que costase!

—Fue…

—¡Jean de Brie, lo sé! Le encontraron intentando huir de la ciudad cuando supo que habías sobrevivido. Ha confesado todo. Él fue el responsable de todo lo ocurrido.

—Pero ¿Cómo? ¿Por qué quería eliminarme? Me dijo que por su amor por Ricardo me protegería, creía que era mi amigo.

—Su amor por Ricardo es grande y sincero, pero sospecho que hay un amor aún más grande en su corazón.

—¿Otro amor? ¿Cuál? —pregunté confundido.

—Jean de Brie fue el custodio de mi hija Leonor hasta su boda con tu padre, el rey de Castilla. A todos los efectos fue para ella el padre que Enrique nunca fue, y ambos se profesan auténtica devoción. ¡Jean de Brie haría cualquier cosa por Leonor!

—Incluso matar al bastardo de su marido para que la corona no peligre —respondí viendo claramente la conexión.

—¡Exacto! Sospecho que de Brie debió de saber de tu existencia y condición por ella, aunque él no ha mencionado su nombre en ningún momento. Negará su implicación hasta la muerte de ser necesario. Del mismo modo, debió de averiguar que el intento de eliminarte en Navarra había fracasado. Cuando supo que habías aparecido en la corte de Ricardo, urdió un plan para eliminarte sin que pareciese más que una casualidad.

—¿Una casualidad? ¿Queréis decir que él ha tenido que ver con lo que les ha ocurrido a los judíos?

—Así me temo, Rodrigo. Hemos logrado hablar con el hijo de ese anciano al que mataron a las puertas del palacio, Jacob. Dice que su padre acudió al palacio porque De Brie fue a verle para indicarle que Ricardo aceptaría un homenaje por parte de los judíos siempre que este tuviese lugar de forma discreta, en el palacio y por una puerta secundaria.

¡Así que esa era la razón por la que Jacob había acudido al palacio, no por mis palabras del día anterior!

—Cuando llegaron al palacio, De Brie azuzó a esos bastardos que causaron todo el terror diciéndoles que el rey había ordenado eliminar a los judíos. Una mentira perfectamente creíble tras su jura ante la cruz durante la coronación —prosiguió la reina lentamente—. De Brie esperaba que, en un intento por defender al viejo, la turba acabase contigo. Al no ver sus objetivos cumplidos, decidió intentarlo él mismo, por supuesto, sin confiar en que sobrevivirías en forma alguna.

—¿Y todo esto por orden de vuestra hija? ¿En verdad puede ser tan cruel?

—No tengo pruebas de que ella lo ordenase, Rodrigo, pero no me cabe ninguna duda de su crueldad, a fin de cuentas, es mi hija —reconoció la reina y su rostro se ensombreció como si una pesada carga cayese sobre ella—. Pero con un poco de suerte pronto podrás olvidarte de ella.

—¿Por qué lo creéis? Hasta ahora parece odiarme con toda su alma. Cada vez que creo haber escapado de mi pasado, este retorna para devorarme.

—Porque está en el último mes de embarazo y sus médicos me dicen que están convencidos que espera un varón. Si este sobrevive, ya nada tendrá que temer de ti. Será como si nunca hubieses existido.

—Permitidme que mantenga la duda y la guardia, vuestra hija ha demostrado ser obsesiva en sus odios.

—Sí, quizá tengas razón, en eso es idéntica a su padre. Pero de momento lo único importante es que descanses y te recuperes, has pasado demasiado, muchacho, mucho más de lo que te tocaba.

Y acariciándome la mano con suavidad se alejó del lecho en dirección a la puerta.

—¡Mi señora!

—¿Sí?

—¿Qué ha sido del cuerpo de De Brie? —pregunté intrigado.

—¿Su cuerpo? —Sus ojos se abrieron de par en par al comprender mi pregunta—. De Brie sigue vivo en una de las celdas del palacio, Rodrigo. Ricardo no ha permitido que se le ejecute.

—¿Cómo? ¿Por qué razón?

—Me temo que eso deberás preguntárselo a él mismo, si te deja.

—¿Qué queréis decir?

—Ricardo está devastado por lo ocurrido y se ha encerrado en la capilla del palacio. Lleva tres días sin salir para nada y tan solo oímos sollozos y lamentos. Confiaba en que tú pudieses hacerle volver a sus sentidos cuando te encuentres mejor. De lo contrario, su reinado será tan breve como el verano en esta maldita isla.

Al sexto día me levanté de mi convalecencia, no porque me encontrase mejor, sino porque la situación era insostenible. Ricardo seguía sin salir de la capilla, encerrado a cal y canto, sin permitir que nadie entrase siquiera para darle agua y alimento. Los pasillos del palacio eran un hervidero de comentarios al respecto de la locura del rey, y muchos ya le apodaban Ricardo el breve, adelantando que su reinado no pasaría de una semana. Ante la imposibilidad de hacerle razonar fue el mismísimo Louis De Guéret quien acudió a mi lecho a rogarme que hiciese aquello que estuviese en mi mano para hacer entrar al rey en razón. El otrora duro y cruel De Guéret resultó ser un hombre cuya única preocupación era el bienestar de su señor y eso, en aquel momento de necesidad absoluta, nos unía y había hecho que dejase a un lado su orgullo para solicitar mi ayuda.

Me arrastré como pude fuera de mi cama y echándome una túnica ancha por encima me dirigí a la capilla. Había pedido que se desmontase la cerradura de la puerta y que una vez dentro, la puerta se cerrase de nuevo hasta que yo lo indicase. Nadie cuestionó mi orden. Me daba miedo lo que pudiese encontrar en su interior. Incluso en aquellos momentos en que le había perdido el control y las formas lo había hecho siendo el León de Aquitania, una fuerza de la naturaleza a la que temer. Aquel comportamiento recluso y trastornado era impropio de él y de lo que yo conocía de su personalidad.

La capilla estaba a oscuras, las velas que habían de estar encendidas se habían consumido y un olor intenso a heces y orín me atacó al traspasar la puerta, pues Ricardo debía haber evacuado sus tripas en una esquina como un animal. La capilla era mucho más grande de lo que esperaba, de una sola nave, con arcos en los laterales que separaban diferentes zonas y un altar largo colocado al frente hacia dónde me dirigí en la oscuridad.

Encontré a Ricardo en el suelo como un perro. Aún portaba la misma ropa del día de la coronación y apestaba. Me acerqué hasta él y me arrodillé con dificultad junto a su cuerpo, intentando ignorar el dolor que me atravesaba con cada movimiento. Sujeté su cuerpo en mis brazos y le llamé dulcemente.

—¡Ricardo, Ricardo, despierta!

Su cuerpo se agitó al sonido de mi voz y sus ojos se abrieron

ligeramente. Estaba débil por la falta de agua y alimento.

—¡Rodrigo! Rodrigo, ¿eres tú? ¿Has venido a buscarme o hemos muerto los dos y estamos en el cielo?

—Por suerte o por desgracia estamos los dos muy vivos, Ricardo. ¡Levántate, no puedes seguir así! —dije haciendo el amago de ayudarle a levantarse aún sin estar seguro de poder con su peso.

—¡No, no Rodrigo! ¡No puedo, debo pedir perdón, perdón por lo ocurrido! ¡Dios mío! ¡Esa pobre gente, en mi coronación! Y tú, he estado a punto de perderte, pensé que me volvería loco…

Sin darse cuenta, él mismo se había puesto en pie y por su aspecto y forma de hablar era él quien parecía loco de verdad, y mi preocupación aumentó.

—¡Ricardo, no puedes hacer esto! ¡Ahora eres rey de Inglaterra, debes comportarte como tal! Nada de esto es culpa tuya, hay otros que son responsables y que deben ser castigados. Ya has pospuesto esto demasiado. Aún hay matanzas de judíos en otras ciudades de Inglaterra, Ricardo, esto no ha acabado —le comuniqué lo que De Guéret me había explicado—. Tienes que castigar a los culpables de forma inmediata para que toda esta locura se pare o acabará con tu reino. ¡De Brie debe morir!

—¡No! ¡No, no, no! ¡No, yo no puedo matar a De Brie! —gritó separándose de mí como si hubiese visto al demonio—. ¡De Brie es como mi padre!

—¡De Brie es un asesino, Ricardo! —le respondí yo también a gritos —. Por su culpa han muerto cientos de inocentes, ha intentado acabar con mi vida. ¿Acaso eso no significa nada para ti?

—¿Nada? ¿Eso es lo que crees? ¡Lo eres todo para mí, casi muero de locura al pensar que te había perdido! —me respondió, acercándose de repente a mí y abrazándome con más fuerza de la conveniente para mis heridas.

—¿Y aun así dejarás impune a quien intentó matarme? Ese hombre ha sido responsable de la muerte de muchos de tus súbditos que eran inocentes, los mismos súbditos a los que prometiste proteger en tu coronación. Eres el rey de todos, Ricardo, de todos ellos.

—¡No es lo mismo Rodrigo, son judíos!

—¿No es lo mismo? —chillé deseando pegarle por lo que acababa de decir—. ¡Yo también soy judío, no lo olvides! ¿Acaso eso somos para ti? ¿Nada?

—¡No es eso lo que quería decir! ¡Mi cabeza está confundida! —replicó con un mohín de niño pequeño apretándose la sien—. Quiero decir que, si apoyo a los judíos, otros de mis súbditos se sentirán ofendidos. ¡No es fácil, Rodrigo!

—¡Bienvenido al oficio de rey! —dije con acritud harto ya de su comportamiento infantil—. Tienes que tomar una decisión. Pasar a la

historia como un rey justo para todos sus súbditos, sin importar la raza o la condición, o como el rey loco que permitió la matanza de su pueblo en su propia coronación mientras él lloraba como una plañidera a los pies de la Iglesia. ¿Crees que tu padre se hubiese comportado así? Enrique hubiera hecho arder todo Londres si eso le hubiese ocurrido a él. ¡Elige bien el rey que deseas ser, Ricardo, pues de tu decisión depende que conserves el amor de tu pueblo y el mío mismo!

Salí de la capilla como alma que lleva el diablo, sabedor de que debía permitir que mis palabras hiciesen efecto en Ricardo. Había apelado a su orgullo de rey y le había amenazado con perder aquello que con los años había aprendido que Ricardo necesitaba por encima de todo, el amor de los que le rodeaban. Nada más podía hacer.

Sus gritos llamándome por mi nombre resonaron en toda la capilla, pero no me giré para mirarle. Ordené que tres pajes estuviesen junto a la puerta listos para acompañar al rey a su aposento cuando saliese. En su cuarto debía esperarle comida caliente, un baño y ropa limpia. El consejo debía estar atento, pues sería convocado en breve.

—¿Y si no abandona la capilla? —me pregunto De Guéret inseguro.

—¡No os preocupéis, lo hará! Solo dadle algo de tiempo.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Porque su mayor pecado es el orgullo, y ese fuego es el que acabo de atizar.

Al día siguiente el Rey convocó en la cámara del consejo a los nobles de Aquitania y de Inglaterra. Viéndole allí, sentado en su trono, vestido con sus mejores galas y con su corona en la cabeza, nadie hubiera pensado que era el mismo hombre que había encontrado en la capilla del palacio la noche anterior. Era como si nada de todo aquello hubiese existido, como si hubiese sido simplemente un mal sueño.

El rey, sonriente y afable, nos hizo dos anuncios. El primero tenía que ver con lo ocurrido unos días antes en la ciudad. Para mostrar su repulsa por lo ocurrido y que no toleraría que su mandato fuese cuestionado en forma alguna, todos los responsables de la matanza de judíos serían ajusticiados de forma inmediata y sus cabezas dispuestas a la entrada de la ciudad de Londres como recordatorio para aquellos que considerasen siquiera volver a cometer tal maldad. Ese castigo se extendería a todas las ciudades de Inglaterra donde los judíos fuesen atacados, amenazados o usurpados de sus posesiones. Y para demostrar que nadie escapaba a la justicia del nuevo Rey, el primero en morir sería Jean De Brie. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y por un instante me pareció que Ricardo me miraba directamente a mí, como esperando que aquella muerte me satisficiese. ¡Y por todos los

demonios que lo hacía! No sabía si eso me hacía mala persona a sus ojos, pero nada me importaba excepto la venganza.

El segundo anuncio fue mucho más breve y contundente. Para demostrar su amor y lealtad a la iglesia de Roma, Ricardo había decidido no posponer ni un instante más el inicio de la cruzada para recuperar tierra santa de manos de Saladino, y nos ordenaba comenzar los preparativos para una partida inmediata hacia oriente. ¡Y aquel fue el principio del fin!

Tierra Santa, 1190-1192

Los acontecimientos distaron mucho de transcurrir con la celeridad que Ricardo había ordenado. Su idea original era partir hacia Tierra Santa antes de la llegada del invierno, pero los preparativos necesarios para alistar la flota requerida para cruzar el Mediterráneo no eran sencillos y no fue hasta la primavera del año siguiente que estuvimos en disposición de partir.

Por mi parte, no podía estar más agradecido por aquel tiempo prestado. Yo no sentía el ansia de Ricardo por viajar a Tierra Santa. Nada en mí me conminaba a jugarme la vida por los intereses de la iglesia de Roma con la que hacía ya mucho tiempo que había decidido mantener una nula relación. De cara a todo el mundo yo era un cristiano poco devoto, como muchos soldados. De puertas de mi aposento para adentro, yo despreciaba una fe que obligaba a aquellos que sentían como yo a negar su naturaleza, a ocultarse del mundo o, en muchos casos, a acabar con su vida al no ser capaces de soportar la vergüenza que aquella iglesia les haría sufrir de ser pública su condición. La Iglesia me había hecho un paria, y yo estaba determinado a pagarle con la misma moneda.

Por desgracia, la misma razón por la que había vuelto mi espalda a la Iglesia de Roma hacía que no pudiese abstenerme de participar en aquella cruzada. Mi amor por Ricardo. Él ni siquiera había considerado la posibilidad de que no le acompañase. A sus ojos su vida y la mía estaban irremediablemente unidas, cosa que yo también sentía, pero Ricardo, fiel a su carácter, consideraba que era él quien determinaba la dirección de aquel carro en el que íbamos juntos. Y eso ya no me hacía tan feliz. Yo ya no era el chico inocente que había sucumbido a los pies del gran duque Ricardo en todo su esplendor. Ya había superado la veintena, había dejado crecer mi barba, me había curtido en mil batallas a su lado, y gustaba de tomar mis propias decisiones. Algo que Ricardo simplemente no veía.

Y precisamente una de aquellas decisiones era la otra razón por la que deseaba posponer mi partida tanto como fuese posible. Heléne.

Tras la muerte de su madre en Londres, había decidido que no permitiría que nada le ocurriese a la pequeña, era mi obligación moral que así fuese, y por ello había decidido adoptarla como mi propia hija. Mi decisión había cogido por sorpresa a todo el mundo, pues era un hombre joven, sin esposa ni casa, y que pasaba todo su tiempo con el rey. Incluso Ricardo me pidió que reconsiderase mi decisión, pero no escuché nada de lo que me dijeron. Desde aquel aciago día, no había dejado que la niña pasase ni un instante más de lo necesario lejos de

mi lado y Heléne se había acostumbrado a ver en mí a su protector, a su padre, y, aunque el recuerdo de su madre estaba presente y preguntaba frecuentemente por ella, era evidente que se encontraba más tranquila a mi lado que con ninguna otra persona.

Sin embargo, cuando Ricardo y el rey de Francia ordenaron embarcar hacia Tierra Santa con los primeros brotes de la primavera, la decisión de qué hacer con la pequeña no podía posponerse más. Yo había hecho un buen dinero gracias a la parte de los botines de guerra que Ricardo me había permitido tener como resultado de las muchas batallas guerreadas juntos. Sin embargo, al no haber establecido mi propia casa, carecía de sirvientes de mi confianza con los que poder dejar a la pequeña, así que, con un inmenso dolor de mi corazón, me vi obligado a tomar una decisión inesperada. Heléne quedaría al cargo de las hermanas de nuestra señora de la misericordia en la ciudad de Chinon, una comunidad amparada por la propia reina Leonor. De todas las posibles soluciones, aquella era la que más rabia me provocaba, pues me obligaba a dejarla al amparo de aquellos a los que despreciaba, pero del mismo modo sabía que era la única opción viable, no existiendo familiares suyos o míos que pudiesen ampararla. El viaje que estaba a punto de emprender no era una partida de caza, iba a una guerra, y existía la posibilidad de que no retornase. En previsión de ello había dejado una considerable cantidad de dinero en manos de la abadesa a modo de dote para la pequeña, con la promesa de que a Heléne se le buscara un buen marido llegado el momento si no regresase. Confiaba en que la parte que la abadesa se quedaría sin duda para sí fuese suficiente para que cumpliera su promesa. El día que me despedí de ella, Heléne lloró y se aferró a mi ropa con la ansiedad de quien se separa de la única familia que le queda, y en mi camino de vuelta a Poitiers fui yo quien tuvo que tragarse las lágrimas por tener que alejarme de ella.

En el mes de julio, las huestes de Ricardo partimos por fin hacia la ciudad de Marsella, donde debíamos encontrarnos con la flota que había zarpado de Inglaterra un par de meses antes. Barcos, nuevamente barcos.

Ricardo había acordado encontrarse con el rey de Francia y su ejército en la isla de Sicilia, en la ciudad de Mesina, desde donde partirían juntos hacia Tierra Santa. Pero finalmente, el retraso de la flota inglesa hizo que Ricardo perdiese su, ya de por si, poca paciencia y alquilase barcos en la misma Marsella que nos llevasen a él y a los mil ochocientos hombres que le acompañábamos hasta la ciudad siciliana a donde por fin llegamos a finales de septiembre.

Sin embargo, si esperábamos que Mesina fuese tan solo un punto de

reunión previo al viaje definitivo a Tierra Santa, nos equivocamos. Pronto fue evidente que las gentes de la isla no nos querían allí y había una razón para ello. La ciudad de Mesina estaba gobernada por un tal Tancredo, un usurpador que había accedido al trono de manera violenta a la muerte de su primo Guillermo II. A simple vista, aquellos eran los asuntos habituales de las cabezas coronadas del mundo, excepto por una pequeña diferencia que hizo que Ricardo decidiese permanecer en la isla durante varios meses. La esposa del fallecido Guillermo no era otra que Joan, hermana de Ricardo, y desde la muerte de su esposo, prisionera de Tancredo. Ricardo nos comunicó a todos que no partiría de la isla hasta haber liberado a su hermana y, aunque no dudaba que el amor por ella pesase en la balanza, sabía que aún más pesaba el compromiso de soporte financiero de aquella cruzada que Guillermo había adquirido en vida y que Tancredo no había respetado. Siguieron varios meses de tira y afloja con Tancredo y de pequeñas escaramuzas militares para presionarle a claudicar que acabaron cuando el rey de Francia, cansado después de verse obligado a pasar todo el invierno en aquella isla, amenazó con partir a Tierra Santa sin Ricardo si el tema no se solventaba rápidamente. Así que, a principios de la primavera siguiente, Ricardo dio la orden de conquistar la ciudad.

El asedio no duro mucho. La realidad era que Mesina, a pesar de sus fortificaciones, estaba preparada para repeler los frecuentes ataques de los piratas que incurrían por mar, pero no tenía capacidades reales para soportar un asedio por tierra. Algo que Ricardo usó en su propio beneficio. Si a ello se le sumaba el poder militar del rey de Francia, las posibilidades de resistir de Tancredo eran escasas.

Todo acabó con un tratado con el infame Tancredo por el que se liberaba a Joan, se les concedía a las tropas de Ricardo y Felipe paso libre indefinido a Tierra Santa y Tancredo se comprometía a abonar una muy generosa cantidad de dinero para apoyar la causa de los dos reyes.

Para cuando todo aquello había terminado ya casi teníamos el verano encima de nosotros, y el rey de Francia no tuvo más paciencia con Ricardo y sus intereses.

La noche era fría a pesar de la época del año en Mesina y yo había encendido la chimenea de las habitaciones del palacio de Tancredo en las que nos habíamos instalado por la fuerza. Cuando la puerta se abrió y vi el rostro contraído de Ricardo supe que algo no estaba bien.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté sin dilación.

—¿Tan bien has llegado a conocerme que te basta un vistazo para saber que algo ocurre? —me replicó con una sonrisa triste.

—Son unos cuantos años ya, Ricardo. Como los gatos, empiezo a presentir el peligro.

No dijo nada, tan sólo afirmó con la cabeza y se retiró el manto que le cubría los hombros dejándolo caer sobre el lecho.

—Tengo algo que contarte.

—¡Eso ya lo sé! Y deduzco que no me gustará, ¿verdad?

—No lo sé, creo que una parte de lo que tengo que contarte sí lo hará, pero no sé cómo te tomarás la otra.

—¡Ricardo, haz el favor de dejarte de rodeos, sabes que conmigo son innecesarios! ¡Puedo resistir lo que la vida decida echarme encima!

—¡Voy a casarme!

Las palabras resonaron en mi cabeza, pero tardé un instante en ser capaz de entenderlas. ¡Casarse! Quizá después de todo no estaba tan preparado como yo creía. Sabía que ese momento habría de llegar y sabía que estaba aún más cerca desde su coronación. Quizá todo lo relativo a la cruzada me había hecho pensar que aún tardaría, desde luego no esperaba que pasase en el medio de la campaña militar. Pero allí estábamos. ¡Había ocurrido!

—¡Bueno, en ese caso no me queda más que felicitarte! —dije fingiendo pobremente mi alegría.

—¿De verdad te alegras por mí, Rodrigo? —me preguntó Ricardo mirándome confundido.

—¿Acaso tengo otra opción? Los dos sabíamos que esto ocurriría. Un rey necesita una reina. E hijos. Es perfectamente normal, y sólo puedo alegrarme por ti. Aunque no me alegre tanto por mí.

—Yo, no sé muy bien qué decir. Esperaba…

—¿Qué esperabas, Ricardo? ¿Que me pusiese a gritar muerto de celos, que lanzase cosas y amenazase con acabar con mi vida como un amante despechado si seguías adelante con tus planes de boda? Somos dos adultos, Ricardo. Los dos sabemos que nuestro amor está prohibido por la maldita iglesia, y los dos sabemos que como rey necesitas a la Iglesia a tu lado. Nuestra relación no puede ser más que un secreto, uno a voces quizá, pero siempre escondido tras las puertas de tu alcoba.

—¡Sabes bien que nunca me ha importado lo que digan los demás!

—¿De verdad, Ricardo? Quizá no te importaba mientras eras duque de Aquitania, pero los dos sabemos que todo cambió con tu coronación. La Iglesia te tiene en su mano tanto si lo admites como si no. Y a sus ojos, tu amante, tu protección de los judíos y tu soltería son pecados de un rey. ¡Dime algo! ¿Acaso estaríamos aquí, metidos en esta cruzada, si no fuera para congraciarte con la Iglesia y conseguir que perdonen tus faltas? ¡Dime mirándome a los ojos que esta cruzada no es el precio a pagar por el pecado del rey!

Ninguna de aquellas palabras salió de mi boca con acritud. El tono de mi voz no se elevó en ningún instante, pero no fue necesario. Sabía

que todas ellas habían sido puñales que habían herido su corazón de manera certera y sus ojos de azul intenso se empañaron con lágrimas como los de un niño.

—¿Podrás perdonarme algún día?

—No lo entiendes, ¿verdad? —le respondí acercándome a él y mirándole fijamente a los ojos—. ¡No tengo nada que perdonar! Tanto tú como yo estamos siendo simplemente lo que la vida nos permite ser. ¡Yo soy afortunado, Ricardo! No tengo que doblar mi rodilla ante la Iglesia simplemente porque ellos me lo ordenen. Puedo escoger, aunque haya quien me insulte o piense mal de mí. Sé que tú no puedes hacerlo. Y por eso mismo no te culpo de nada.

Ricardo me miró a los ojos, aunque no supe averiguar qué esperaba ver en ellos. No sé si mi comprensión y mi falta de celos le agradaban o le decepcionaban, Pero en realidad no importaba. Lo que acababa de decirle era nuestra verdad. De los dos, yo era el único verdaderamente libre. Libre para amar, a pesar de todo y de todos.

—Quiero pensar que no todo en esta noticia será desagradable.

—¡No sé bien qué puedo encontrar de agradable en esto, ni siquiera me cae bien tu novia! —respondí sonriendo para intentar suavizar el sentido de mis palabras—. Aunque supongo que al menos el rey francés estará feliz de que por fin te cases con la lánguida de su hermana.

Su rostro estalló de repente en una carcajada que iluminó la estancia.

—¿Por qué te ríes?

—Porque de todos, el rey francés es el más infeliz ahora mismo. De hecho, Felipe parte mañana mismo para Tierra Santa, está muy enfadado conmigo.

—¿Enfadado? No entiendo, ¿por qué?

—¡Porque no voy a casarme con Alys!

—¿Cómo? ¿Entonces con quién diablos vas a casarte? —pregunté hastiado ya de tanto misterio.

—Pues a eso me refería con que esperaba que algo de esta noticia te gustase, Rodrigo. ¡Me voy a casar con Berenguela de Navarra! ¡Tu Berenguela!

Una ligera brisa marina acariciaba las murallas de Mesina y hacía soportable el sol de justicia que caía sobre ellas. En los últimos tres días había pasado la mayor parte de mi tiempo en aquel lugar, mirando al mar abierto y vigilando la entrada del puerto de la ciudad. Una mezcla extraña y confusa de emociones inundaba mi mente y mi corazón. Por un lado, sentía una alegría inmensa por volver a ver a Berenguela. Hacía casi ocho años que había abandonado Tudela, que

me había fundido en aquel abrazo que, sin decirlo, los dos sabíamos que era una despedida de la que había sido mi única amiga, mi primera confidente. Y mi alma ansiaba volver a verla y abrazarla nuevamente. Sin embargo, aquel reencuentro tendría mucho de amargo para mí, de la amargura que generan las mentiras. Ni siquiera a Berenguela me había atrevido a confesarle mis sentimientos por Ricardo cuando éramos niños. El retorno de Berenguela a nuestras vidas también significaba el fin de mi relación con Ricardo, pues, aunque él no hubiese expresado esa voluntad, yo no tenía intención alguna de ser el responsable de la infelicidad de Berenguela. No me lo perdonaría jamás. El dolor de tener que renunciar a la persona que amaba se hacía aún más intenso si le sumaba el miedo de lo que pudiese llegar hasta los oídos de Berenguela por gracia de alguna lengua viperina. Esas noches había hecho el amor con Ricardo como si no hubiese un mañana, porque en realidad no lo había para nosotros, aunque yo fuese el único que se diese cuenta de ello.

Ricardo me había explicado entre las sábanas toda la historia de cómo se había fraguado en realidad su matrimonio con Berenguela y no me sorprendió en absoluto descubrir que había sido la reina Leonor quién había dirigido el asunto. Yo sabía que Leonor odiaba a Alys. Si lo hacía por el supuesto romance con su difunto esposo o porque simplemente no le gustaba su falta de carácter poco importaba. El caso era que nunca permitiría que su hijo casara con ella, mucho menos ahora que era rey. Navarra era vecina directa de Aquitania, y políticamente tenía sentido una alianza entre reinos. Además, a la reina le gustaba el carácter combativo y valiente de Berenguela, tan parecido al suyo propio. Así las cosas, y enfado del rey de Francia de por medio, era la misma reina Leonor quien acompañaba a Berenguela hasta Mesina en un barco de bandera aquitana y desde donde unos soldados de Ricardo escoltaron el carro cerrado que las transportó hasta el palacio de la ciudad.

Ricardo organizó la recepción de sus ilustres invitadas de la forma más ostentosa posible, considerando que aquel no era su palacio. Sus soldados hicieron un pasillo de honor, vestidos con armaduras y espadas que no eran de gala sino de batalla, pero habrían de servir. En el salón del palacio, Ricardo esperaba pacientemente sentado en el pequeño trono que había pertenecido a Tancredo que también estaba presente pero relegado al último puesto a la izquierda de Ricardo. A su derecha estaba su hermana Joan, una mujer con el rostro redondo y una sonrisa simplona que contrastaba con los brillantes ojos del mismo azul que los de Ricardo. Los nobles y yo mismo estábamos situados en el lateral del salón, formando una fila frente a los ventanales.

Las puertas se abrieron y por un instante mis ojos esperaron ver

entrar a la niña que había dejado en Tudela, pero quien entró nada tenía ya que ver con ella. Berenguela había crecido y se había convertido en una mujer alta, de rostro hermoso y elegante, y de porte distinguido como se espera de una reina. Con un vestido de color gris nacarado adornado con perlas de un blanco refulgente que contrastaba con su pelo color negro azabache recogido en un moño alto adornado con las mismas joyas, Berenguela era una visión y el murmullo de admiración recorrió la sala. Me quedé mirándola fijamente, esperando que quizá sus ojos me buscaran en la sala, pero su mirada de adoración no se separó un instante del rostro de Ricardo, ni siquiera cuando hizo la debida inclinación de respeto al Rey de Inglaterra. En ese punto, Ricardo, saltándose todo posible protocolo, bajó corriendo del estrado en que se encontraba para ayudar a Berenguela a elevarse de su posición.

—¡Mi querida esposa! —dijo besando dulcemente su frente mientras la sostenía por los hombros. La mirada de Berenguela era la de una mujer completamente enamorada y sin reparo a que todos pudiésemos verlo. Una punzada de celos me atravesó el corazón al pensar que ella sería ahora la dueña de Ricardo, mi Ricardo. Pero apretando los puños y recordándome que esas dos personas que estaban frente a mí eran los dos seres que más amaba en este mundo junto con Heléne, me tragué el amargo sabor de la bilis que subió a mi boca.

Ricardo saludó con el cariño esperado a su madre que también estaba pletórica, pues no en vano su plan se estaba cumpliendo frente a sus ojos. Acto seguido, Ricardo acompañó a Berenguela para presentarle a los nobles que le habían acompañado a su cruzada y mis piernas temblaron por el inminente reencuentro. Cuando se acercaron hasta mí estuve tentado de saltar y abrazarla, pero afortunadamente no lo hice porque la reacción que encontré no fue la esperada.

—¡Mi señora, creo que a Rodrigo le recordaréis sin duda! —dijo Ricardo con una sonrisa.

—¡Mi señor Rodrigo, me alegra veros nuevamente y en buena salud! —Las palabras de Berenguela sonaron formales y distantes, con una frialdad impropia de la persona que yo recordaba e hicieron que mi alma cayese a mis pies. ¿Dónde estaba la Berenguela cariñosa e impulsiva que yo recordaba?

—Mi señora Berenguela, doy gracias por poder encontraros de nuevo —respondí con la misma formalidad apretando mis dientes para no mostrar mi rabia.

—Mi hermano y mi padre os envían sus saludos afectuosos. Gracias a mi señor el Rey hemos sabido puntualmente de vuestras gestas a su lado y a todos nos enorgullece que un hijo de Navarra haya alcanzado tan altos logros.

La estúpida formalidad continuaba y noté como el enfado empezaba

a apoderarse de mí. Afortunadamente la reina Leonor supo encauzar la conversación.

—Rodrigo no es sólo la mano derecha de mi hijo, el Rey, sino que, como sabéis, ¡yo misma le debo mi vida! No existió nunca caballero más fiel y estoy segura de que su corazón rebosa alegría por volver a veros. Tiempo habrá para que os pongáis al día en todo lo relativo a Navarra, sin duda, pero ahora sería buena cosa que ambas pudiésemos descansar. El viaje ha sido fatigoso.

—¡Por supuesto! —respondió Ricardo—. Perdonad mi rudeza de soldado por reteneros y no permitir que os recuperéis debidamente del viaje. ¡Id a descansar, os lo ruego! Mañana tendremos tiempo de hablar de los preparativos de la boda.

Y sin siquiera una mirada más, Berenguela se dio la vuelta y, acompañada por la reina, se retiró a sus aposentos y yo me quedé con mi frustración y mi incomprensión por lo ocurrido.

Aquella noche, con la excusa de no encontrarme bien, no acudí al lecho de Ricardo. En realidad, no era una excusa, pues no me encontraba bien en absoluto. La frialdad de Berenguela había hecho mella en mí, hiriéndome profundamente. ¿Qué diablos había hecho yo para merecer ese desprecio? Mi ansiedad por volver a verla se había transformado en decepción y enfado. ¿Tanto había cambiado Berenguela en aquellos años de ausencia?

El sonido de unos golpes en los batientes de madera del balcón de mi alcoba me sacó de mis pensamientos, pero decidí ignorarlos pensando que se trataba del viento.

—¿Maldita sea, Rodrigo, vas a abrir de una buena vez o pretendes que me quede congelada aquí? —susurró la voz de Berenguela desde el otro lado.

—Pero, ¿qué…? —dije mientras abría las puertas para encontrarme en el balcón a Berenguela, vestida con unos pantalones de hombre y una camisa larga, que me apartaba a empujones para entrar en mi alcoba—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Tú como crees, torpe? Mi cuarto está al fondo del pasillo y todos tienen balcón, así que he saltado de uno a otro. ¡Menos mal que no me he equivocado de alcoba, habría sido difícil de explicar! —replicó riendo.

—Pero ¿has perdido la cabeza? Si te pasase algo, el rey…

No tuve tiempo de continuar. Berenguela lanzó sus brazos alrededor de mi cuello, apretando tanto que me era difícil respirar.

—¡Ay, Rodrigo, te he echado tanto de menos! ¡No podía esperar a verte de nuevo! —Su voz resonaba como un cascabel con evidente felicidad.

—Ah, ¿sí? —repliqué frío, alejándola tan solo un poco intentando que no se notase mi alegría por su cercanía—. ¡Pues no es lo que parecía!

—¿Y qué querías que hiciera, so pedazo de buey? ¿Lanzarme a tus brazos enfrente de todos los nobles de Ricardo y de su propia madre? No me parece que sea un comportamiento que nadie vaya a apreciar en una reina, ¿no?

La lógica de sus palabras me hizo sentir un poco ridículo.

—¡No tienes ni idea de lo que te he echado de menos! Y hay que ver lo que has cambiado. ¡Hasta barba y músculos tienes ahora!

—No soy yo el único que ha cambiado, Berenguela. Creo que los dos hemos crecido, ya no somos niños —respondí mucho más relajado por ver que mi amiga volvía a ser ella misma.

—¡Pues sí! Tanto he crecido que pensé que me quedaría para vestir santos. Mi padre ha estado a punto de perder la paciencia conmigo. Le he hecho rechazar al menos tres proposiciones de matrimonio esperando que Ricardo y su madre por fin se decidiesen a pedir mi mano. Cuando llegó el emisario de la reina Leonor hace un año casi no podía creerlo.

—¿Un año?

—Sí, claro, organizar este viaje ha llevado su tiempo. Mi padre no quería que viajase a Tierra Santa para casarme, pero la reina Leonor insistió mucho en que era seguro. A fin de cuentas, ella misma vino con su primer marido en contra de la voluntad de él.

Berenguela lo comentaba con evidente alegría y orgullo, pero mi mente se había quedado anclada en una sola idea. Ricardo me había ocultado sus planes durante meses. ¿Por qué no había compartido conmigo que pretendía casarse con Berenguela? ¿Por qué había esperado tanto?

—¿Estás bien, Rodrigo? —preguntó Berenguela haciendo que retornase a la realidad.

—¡Sí, sí, estoy muy feliz de que estés aquí! —respondí sonriendo con disimulo.

—¡Yo también! —Y me abrazó nuevamente. —El Rey en sus cartas con mi hermano nos indicaba que estabas bien, pero, como todo estaba cifrado para que los espías de Castilla no supiesen de ti, no abundaban los detalles. Además, Sancho nunca quería responder por si alguien se enteraba de tu paradero.

—¡Me temo que no sirvió de mucho! —Y le expliqué brevemente lo ocurrido con Jean de Brie.

—¡Maldito bastardo! —Y lo impropio de sus palabras en una futura reina me hizo reír—. Parece que mi cuñada es una mala zorra. ¡Bueno, ahora ya no debería preocuparse más de ti! Ha tenido un varón, confío en que esta vez no se le muera o volveremos a empezar.

Las noticias del nacimiento de aquel hermanastro, al que probablemente nunca conocería, me alegraron porque significaban que era posible que finalmente pudiese ser libre y no tuviese que mirar más sobre mi hombro esperando que alguien intentase matarme. Pero no eran esas las noticias en las que yo estaba interesado, sino en las personas a las que había dejado en Tudela.

Berenguela me explicó que al día siguiente de mi marcha se encontraron los cuerpos de Garcés y del tuerto y, tal y como el gigantón había predicho, todo el mundo dio por hecho que se habían matado el uno al otro. El torneo hubo de terminar de forma abrupta y el rey de Castilla marchó con evidente enfado, pero sin tener a nadie a quien culpar por la muerte de su hombre de confianza, no fue a más.

Mi desaparición causó consternación en Filomena que se pasó semanas llorando por cuál podía haber sido mi paradero. La buena cocinera seguía viva, resistente a todo como un viejo roble, y volviendo a todos locos en la cocina y en el castillo como siempre había sido. El infante don Sancho seguía bien de salud, y empezaba a considerar opciones para su matrimonio, pues la salud del rey empezaba a resentirse, especialmente desde que unas fiebres se habían llevado a su amante, la bella, dejándole sumido en una profunda tristeza. Tras la muerte de la mujer, su hermano Tarik había permanecido como jefe de la guardia tan solo por un tiempo, para marchar a vivir al reino de Sevilla un tiempo después con el resto de su familia. El nuevo jefe de la guardia era un joven soldado de nombre Hernando, de la confianza del infante, que era quien ahora gestionaba todo lo relativo a la corte.

Fernando, por su parte, se había convertido en lo que todo el mundo esperaba que fuese —para decepción de su padre y hermano—, un tarambana que se pasaba el día borracho en los burdeles de la ciudad sin mostrar interés alguno por los asuntos del reino y con el que nadie tenía muy claro qué hacer.

Escuchar de nuevo sobre las personas con las que había compartido mi infancia me hizo sentir cierta melancolía y tristeza por el tiempo pasado que nunca más podría volver. Pero si algo había aprendido en mis años fuera de Navarra era que tan solo tenemos el presente, que de nada vale llorar por la leche derramada ni preocuparse por un futuro que siempre es incierto. Solo disfrutar de lo que la vida nos entrega hoy tiene sentido, especialmente cuando la vida es algo tan frágil y que puede terminarse de forma abrupta.

Los siguientes días volaron sin que apenas me diese cuenta sumido como estaba en la felicidad de mi reencuentro con Berenguela. Ella pasaba gran parte del día reunida con Ricardo y su madre,

planificando todos los detalles de la boda, pero, cada atardecer, encontrábamos el tiempo para reunirnos en los pequeños jardines del palacio y rememorar nuestra infancia en Navarra, algo que acababa invariablemente en risas y alegría que pensé que había olvidado. Berenguela quería saber de mí, de mis pasos desde que tuve que dejarla y yo no escatimé en detalles en mi relato. Le conté lo ocurrido aquella terrible noche de mi huida, de las muertes de Garcés y de mi tía, y de mi venganza sobre el tuerto. Detallé mi viaje hasta Aquitania y cómo había acabado salvando la vida de Ricardo por absoluta casualidad. Le hablé de Asaf, de Vivienne y de su terrible e injusta muerte, de mi amigo Assim y de las muchas veces que había salvado mi vida. Y le hablé de mi pequeña hija adoptiva, Heléne.

—Comparada con la mía, tu vida ha sido una aventura constante, y además has tenido la suerte de vivirla junto a un hombre tan maravilloso como Ricardo.

—Estoy seguro de que a ti también te han ocurrido muchas cosas —respondí, ignorando conscientemente su comentario de esposa enamorada sobre Ricardo.

—¡No lo creas, Rodrigo! Me hubiera gustado que fuese así, pero la realidad es que me ha tocado suplir el papel de mi madre en la gestión del palacio, de la educación de mis hermanos pequeños y como anfitriona perfecta. ¡Llevo años convertida en todo lo que detestaba de ella!

Sólo yo que la conocía bien podía comprender la frustración que aquella situación debía de haber generado en alguien con el carácter de fuego de Berenguela.

—¡Créeme que hubo más de una ocasión en la que estuve tentada de permitir que mi padre aceptase otras propuestas de matrimonio! —continuó—. Cualquier cosa con tal de salir del palacio de Tudela, de aquella vida encerrada entre cuatro paredes. Pero, por suerte, no lo hice. ¡El día que el mensajero de la reina Leonor llegó a palacio fue el más feliz de mi vida! Cuando empezaron las negociaciones de mi dote pensé que todo podría desvanecerse, pero afortunadamente mi padre y Ricardo pudieron llegar a un entendimiento.

—¿Tu padre y Ricardo? ¿Quieres decir que tu dote no se ha negociado con la reina directamente?

—No, fue con Ricardo. La reina Leonor estaba conforme con la dote que mi padre me tenía asignada, pero días después se recibió un mensaje del Rey indicando que mi dote era insuficiente para una reina. Mi padre montó en cólera, pero mi hermano habló con él y finalmente accedió a la cantidad que Ricardo pedía. ¡Cosas de reyes!

Y, sin embargo, en mi mente brotó una idea distinta. Berenguela me había dicho que su boda se había fraguado un año antes, justo en el momento en que Ricardo había acordado participar en aquella

estúpida cruzada. Todas las guerras cuestan dinero, una como aquella mucho más. Y un miedo terrible erizó mi piel. ¿Era posible que Ricardo quisiese casarse con Berenguela, no porque la considerase la mejor esposa posible para un rey, sino la que mayor cantidad de dinero para su cruzada pudiese aportarle? Nada le dije a Berenguela de mis temores, pues, por un lado, no tenía prueba alguna, y por otro la luz en su rostro demostraba que ella sí estaba enamorada como el primer día que vio a Ricardo, y yo no era quién para destruir su felicidad. Sin embargo, dentro de mí, rogué al Dios que quisiera escucharme, que estuviese equivocado.

Una de esas tardes con Berenguela, Ricardo apareció con la excusa de discutir conmigo unos temas de nuestra inminente partida a Tierra Santa y solicitó que Berenguela nos dejase. Cuando nos encontramos solos, me cogió por los hombros, empujándome tras uno de los árboles del jardín y acercando su boca a la mía con ansiedad.

—¡Llevas tantas noches sin acudir a mi alcoba, Rodrigo! ¡No puedo estar ni un instante más sin ti! —Su aliento apestaba a alcohol—. ¡Debes venir esta noche, Rodrigo, no puedes abandonarme!

—¡Ya te lo he explicado, Ricardo! —respondí apartando su cuerpo con delicadeza para que no se sintiese ofendido, pues sabía que tras haber bebido su mente no pensaba ni reaccionaba con claridad—. ¡No podemos vernos más! ¡Tu futura esposa está en el palacio, pronto te casarás con ella, y por respeto a Berenguela no puedo seguir compartiendo tu lecho!

—¡Eso son tonterías, y lo sabes! Todos los reyes tienen amantes, nada tiene que cambiar entre nosotros. Eso no significa que Berenguela vaya a ser infeliz. Me aseguraré de que no le falte de nada, pero tú no puedes abandonarme.

Su boca seguía intentando besar la mía, sus manos recorrían mi cuerpo como un ciego que da golpes buscando su bastón, sin control, sin mesura, dominado por el vino que había consumido.

—¡Te he dicho que no, Ricardo! —Esta vez le aparté con determinación y su rostro encolerizado me miró con rabia.

—¿Te atreves a desafiarme? ¿Te atreves a no acatar mis órdenes?

—¿Eso es lo que son, mi señor? ¿Es mi rey quien me ordena a su puta? —La acritud de mi respuesta le pilló desprevenido—. Adelante majestad, ¿cuál es vuestra orden entonces? ¡Atrévete a tratarme como una puta una vez más y mañana mismo partiré de aquí y no me volverás a ver! Si eso es lo que soy para ti, eso será lo único que tendrás de mí.

Mi rostro desafiante, mirándole fijamente, sin miedo a su autoridad ni a la figura mitificada que otros adoraban en él, le amedrentó. No

estaba acostumbrado a ser desafiado. Desde pequeño había sido criado en la creencia de que todo el mundo le admiraba y le quería, todo el mundo deseaba ser él, nadie podía negarle nada. Yo mismo me había sentido así al conocerle, pero la venda se había caído de mis ojos. Ahora conocía al hombre, y aunque le amaba con la misma intensidad a pesar de todos sus defectos, la ilusión del rey ideal, del hombre perfecto, del Dios hecho carne, ya no tenía poder sobre mí.

Derrotado por mi determinación, su mente no pudo aceptarlo y salió corriendo de vuelta al palacio con un niño al que han regañado. Mi corazón se hundió en una tristeza profunda, en parte por no poder compartir más mi pasión con él, pues yo también le extrañaba, pero sobre todo porque yo sabía que aquel Ricardo salido de un cantar de gestas, en realidad nunca había existido.

A la mañana siguiente acudí temprano a la alcoba de Ricardo. Me sentía mal y quería asegurarme de que había entendido mis razones una vez que la borrachera se le había pasado. Cuando llegué a la puerta de su cuarto, esta se abrió y un muchacho muy joven, de apenas trece o catorce años, salió por ella con la cabeza agachada, avergonzado y con los ojos llorosos. No le conocía, pero su ropa indicaba que debía ser uno de los mozos del palacio. Con una disculpa se paró para dejarme pasar e inmediatamente se alejó corriendo. Desde la puerta pude ver a Ricardo, completamente desnudo y desfallecido sobre el lecho. Un hedor a alcohol rancio salía de la estancia. En ese momento supe que ese muchacho había ocupado mi lugar en la cama de Ricardo esa noche, muy probablemente en contra de su voluntad. La pena que había sentido por Ricardo se transformó rápidamente en asco y sin dudar un instante más me giré y me alejé de allí.

No volví a hablar con Ricardo en los días que siguieron. Nos evitamos mutuamente excepto en aquellas reuniones con sus barones necesarias para preparar nuestra partida hacia la ciudad de Tiro.

La reina Leonor partió de vuelta a Aquitania un par de días después de nuestra discusión y Berenguela me explicó que se había acordado que la boda tendría lugar en la ciudad de Tiro a nuestra llegada. Al parecer Ricardo había insistido en que la boda se celebrase en Tierra Santa como un símbolo de su devoción por nuestro señor y su iglesia. Aquel acto de hipocresía por parte de un pecador capital según los criterios de la Iglesia me revolvió el estómago, pero no dije nada.

El viaje se realizaría en dos días consecutivos, primero partiríamos el grueso de la flota con el propio Rey, y al día siguiente, el resto de las naves, incluyendo la que transportaría a Berenguela y a la hermana de Ricardo. La travesía desde Mesina no era larga, apenas un par de

días, pero el mar no ayudó a hacerla placentera en forma alguna. Cuando por fin llegamos a Tiro y mis pies tocaron tierra de nuevo, estuve tentado de besar el suelo agradecido por estar vivo. Tiro era una ciudad fascinante. Si ya en Mesina había podido observar presencia de gentes de varias razas y creencias, en Tiro los musulmanes se mezclaban con los cristianos y los judíos en algo bastante parecido a la armonía. Era cierto que la cantidad de soldados cristianos de diferentes reinos y procedencias era ingente. Suponía que eso de alguna manera minimizaba los conflictos entre el pueblo, pero al mismo tiempo, convertía la ciudad en un polvorín en el que cualquier palabra mal sonante podía generar un choque entre soldados de distinta bandera.

El Puerto de la ciudad era inmenso pues, debido a la gran cantidad de naves que arribaban a sus costas, la ciudad se había visto obligada a expandirlo. Yo nunca había visto tantísimos barcos juntos en un mismo lugar. Y claro, donde hay barcos hay hombres, y donde hay hombres hay tabernas y putas, así que los burdeles surgían en cada esquina de la ciudad.

Lo que más me sorprendió fue la aparente naturalidad con la que las religiones convivían. El sonido de las campanas de las iglesias cristianas se mezclaba con los cantos llamando a oración de las mezquitas y con los que salían de las sinagogas. Viendo aquella convivencia, aunque fuese forzada, no pude por menos que preguntarme por qué razón no podía ocurrir lo mismo en el resto del mundo, y qué sentido tenía aquella cruzada, sino el del poder, aunque se vendiese como un acto de fe.

Pasé dos días disfrutando de la ciudad, absorbiendo todo lo que tenía para ofrecer, que era mucho, y aprendiendo de todo aquello que veía y que era nuevo para mí. Aquella ciudad con sus muchas facetas me parecía maravillosa y diferente, disfrutaba de la mezcla de aromas, de la naturalidad y espontaneidad de sus gentes, acostumbradas a convivir con soldados todos los días del año, y con la extraña calma que llenaba sus calles a pesar del bullicio. A mis ojos había encontrado un pequeño trozo de paraíso.

Por desgracia, pronto los hombres intervinieron para destruir mi recién encontrada calma.

Uno de los sirvientes me despertó en mitad de la noche para indicarme que debía acudir sin falta a consejo con el rey. Aquella premura a tan temprana hora hizo que me temiese lo peor.

Cuando llegué a la pequeña sala en la que Ricardo mantenía sus reuniones con el consejo, le encontré maldiciendo a voz en grito, completamente fuera de sí, con dos de sus barones intentando

calmarle.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —pregunté al señor De Guéret que se encontraba junto a la entrada de la sala.

—¡Buenas noches, Rodrigo! Tal parece que las desgracias no acaban para nuestro Rey, esta cruzada parece estar maldita.

—¿Maldita por qué?

—Una tormenta ha destruido la mayoría de los barcos que venían tras nosotros desde Mesina. Se han perdido cientos de soldados en el mar.

—¿Cómo? ¿Y la infanta Berenguela y la hermana del rey?

—¡Eso es lo peor! Su barco ha sobrevivido a la tormenta, pero ha encallado en las costas de Chipre. El gobernante de la isla, un tal Isaac Conmeno, ha capturado a las dos mujeres y las retiene como rehenes. Se ha recibido carta de él esta tarde pidiendo un rescate muy sustancioso.

—¿Y qué va a hacer el rey?

—¡Aparentemente nada!

—¿Cómo que nada? ¡Hay que pagar el rescate inmediatamente, recuperar a su hermana y a su prometida!

—¡Eso creemos todos, Rodrigo, pero el rey no quiere hacerlo! Si paga el rescate significaría tener que abandonar la cruzada, no quedará dinero alguno para esta guerra. Y el rey se niega a hacerlo. Ha montado en cólera en cuanto se lo hemos sugerido y después ha entrado en el estado en que le veis. No es posible hablar con él.

Estaba horrorizado ante lo que De Guéret me contaba. ¿Cómo era posible que Ricardo antepusiese aquella maldita cruzada a su propia familia?

—El rey quiere pasar a la historia como el hombre que recuperó Jerusalén de manos de Saladino y no está dispuesto a que nada le desvié de su camino, más aún cuando ello podría significar que sea el rey de Francia quien consiga tan alta meta —me explicó—. Está completamente obsesionado y por eso no hará nada para salvar a las dos mujeres. ¡Creo que se ha vuelto loco, Rodrigo!

Miré a Ricardo mientras escuchaba las palabras de De Guéret y por un instante pude ver sus ojos completamente abiertos, su rostro desencajado, sus manos contraídas en un gesto de rabia. Y supe que aquel hombre tenía razón, Ricardo había enloquecido.

Me di la vuelta y abandoné la sala con una sola idea en la cabeza. Si Ricardo no iba a hacer nada para rescatar a Berenguela, tendría que hacerlo yo. ¡Aunque me costase la vida!

Me dirigí a mi alcoba para coger mi espada y una capa oscura que eché sobre mis hombros. Cogí una daga que atarme al cinturón y al sacarla de mi baúl mis manos rozaron algo metálico y pequeño. Lo saqué con cuidado. Era la cruz que la reina Leonor me había

entregado el día que había salvado su vida en Poitiers. Aquel día me había dicho que con aquella cruz era ahora un miembro de su familia. Una familia. Lamentablemente aquello no era verdad. Yo no sabía qué era para Ricardo a aquellas alturas, pero no era mi familia. Berenguela sí. Y sin postergarlo un instante más abandoné el palacio de camino al puerto.

Las calles del puerto eran profundamente oscuras a aquellas horas de la noche. La humedad del mar se calaba hasta los huesos y la pestilencia a pescado podrido lo llenaba todo provocando el vómito. Los burdeles y bares de la zona ya estaban cerrados. Sabía que eran el único lugar donde podía encontrar a alguien que pudiese llevarme hasta la isla de Chipre por una cantidad de dinero que sin duda sería insultante, y mi frustración no dejaba de aumentar.

No conocía a nadie en la ciudad. Recorrí aquel laberinto de callejones sin luz de manera desesperada, tratando de encontrar algún alma que pudiese orientarme en mi búsqueda. Hay que tener cuidado con lo que se desea.

Eran cinco. Aparecieron al doblar una esquina e internarme en un callejón sin salida. Iban armados con palos, arpones y una red. Pescadores que pensaban atrapar un pez más grande de lo habitual. Probablemente lo habían hecho antes. Dada la cantidad de soldados en la ciudad que sin duda acudían a los bares y lupanares a ahogar sus penas, debía ser fácil encontrar un borracho tardío incapaz de encontrar el camino de vuelta a su guarnición al que poder dar una paliza y robar. Pero yo no era nada de todo eso.

—¡Es mejor que sigáis vuestro camino y me dejéis en el mío! —les previne en el idioma de Aquitania sacando mi espada y esperando que entendiesen uno de esos dos idiomas, el de Ricardo o el de la espada.

—¡Me temo que no va a poder ser! —me respondió el más alto de ellos, para mi sorpresa en un perfecto aquitano—. ¡Verás, mi fe no permite dejar a un compañero cristiano desvalido en estas oscuras calles sin ayudarle al menos a cargar sus pertenencias; y la de mis amigos moriscos no les permite dejar a un maldito cristiano en estas oscuras calles si aún puede respirar!

El hombre, que portaba un arpón corto, se abalanzó sobre mí y yo paré el golpe de su arma con mi espada, aunque no pude evitar que el peso de su cuerpo me desestabilizara y me hiciera trastabillar hacia atrás. Uno de sus compañeros aprovechó para lanzarme la red a los pies y di con todo mi cuerpo en el suelo no sin antes atravesar el pecho de mi atacante con la punta de mi espada.

Conseguí liberarme de la red a tiempo para que el palo que portaba otro de aquellos bastardos tan solo me golpease en las costillas.

Aunque el dolor fue intenso, no evitó que me girase para encararle y le asestara un golpe con mi espada que entró entre su cuello y su hombro cercenando todo a su paso hasta que su cabeza quedó parcialmente descolgada.

En ese momento, cuando iba a girarme para enfrentarme al resto de aquellos malnacidos, oí un golpe seco y una sombra cayó a mi espalda. La figura lanzó dos cuchillos que hirieron de muerte a dos de los tres hombres que quedaban en pie. Acto seguido, con dos zancadas, se acercó hasta el tercero y le agarró por la cabeza con las dos manos, rompiéndole el cuello como si se tratase de un pájaro.

Aquello me pilló por sorpresa, pero no bajé mi espada. El lobo puede espantar a los zorros, pero eso no quiere decir que no vaya a devorar al cordero. La figura se giró lentamente, pero no se retiró la capucha que cubría su rostro, así que en aquella oscuridad no era más que una sombra.

—¡Debo daros las gracias por vuestra ayuda! ¡Que el Dios en el que creáis os bendiga!

La figura no respondió por un instante que a mí me pareció eterno y que hizo que mis músculos se tensasen esperando un nuevo ataque. Sin embargo, fue el sonido de la risa lo que rompió la noche, una risa que conocía muy bien.

—¿Cómo es posible que siempre tenga que salvarte el trasero, Rodrigo?

—¿A…Assim? —balbuceé sin poder creer lo que oía.

—¡Así es, amigo mío, el mismo Assim de siempre, tan solo algo mayor!

Mis brazos y los suyos respondieron al unísono abrazándonos como si ninguno de los dos quisiese dejar escapar aquel momento. No podía creer que mi buen amigo estuviese de nuevo frente a mí. Seguía siendo el Assim que yo recordaba, excepto por una barba rala que ahora ocupaba su rostro haciendo que ya no pareciese un niño, sino un hombre hecho y derecho.

—¡No lo entiendo, Assim! ¿Cómo es posible? ¿Qué haces en Tiro?

—¿Que qué hago? ¡Venir a verte, por supuesto! Cuando me llegó la información de que Ricardo estaba en Tiro para unirse a la nueva cruzada de los cristianos supuse que tú habrías acudido con él y no podía dejar de venir a verte.

—Pero, es peligroso para ti. Si los soldados te encuentran…

—A sus ojos no soy más que un moro cualquiera, en una ciudad como Tiro no corro peligro alguno. De hecho, he estado en la puerta del palacio averiguando como llegar hasta ti y nadie me ha dado el alto. Entonces fue cuando te vi salir y te seguí. Para ellos no soy nadie. No distinguirían a un pescadero de un señor musulmán.

—¿Un señor? ¿Qué me he perdido?

La risa cantarina de Assim resonó de nuevo en la calle entre los cuerpos de nuestras víctimas.

—Ahora soy el nuevo señor de la fortaleza de Al-Shuruq. Mi padre falleció hace unos meses y mis hermanos cayeron en la batalla de los cuernos de Hattin.

Yo había oído hablar de esa batalla, pues había sido la gran derrota cristiana que había precedido a la conquista de Jerusalén por parte de Saladino. Era evidente que también el bando musulmán había sufrido sus pérdidas.

—¡Lo siento mucho, Assim! Lamento que tuvieses que volver a tu hogar para ser recibido con tan malas noticias.

—Al contrario, Rodrigo. A pesar de la tristeza de la muerte de mis hermanos, pude alegrar los últimos años de la vida de mi padre y él pudo morir sabiendo que un hijo suyo permanecería al servicio de mi señor Salah-al-Din Yusuf Ibn Ayyub ibn Shadi.

—¿Quién?

—Saladino, como vosotros le llamáis.

—¡Había olvidado que ahora nos encontramos en bandos contrarios!

—¿Importa eso entre dos amigos?

—¡Por supuesto que no! —respondí con absoluta honestidad y él me respondió con su sonrisa franca de siempre.

—Y ahora, ¿puedes explicarme qué diablos haces en las calles del puerto a estas horas?

Allí, en la oscuridad y el frío, le conté a Assim la razón de mi premura por encontrar un barco y que me había llevado hasta aquellas calles en tan mala hora.

—¡De acuerdo, pues vámonos!

—¿Irnos? ¿A dónde? ¿No has oído lo que te he dicho, Assim?

—¡Perfectamente! Por eso te digo que te muevas. ¿Quieres llegar a Chipre o no?

—Creo que no entiendo nada.

—Sigues igual de espeso que cuando nos conocimos en Poitiers —se burló de mí—. ¿Cómo crees que he llegado hasta aquí? Tengo un barco en el extremo del puerto. Si partimos ahora estaremos en Chipre en un día como mucho y podremos rescatar a tu amiga.

—¿Cómo? ¡De ningún modo! Esto es cosa mía, no permitiré que arriesgues tu vida por algo que no te afecta lo más mínimo.

—Liberar a esa mujer es importante para ti, ¿verdad? —me preguntó muy serio.

—¡Ahora mismo es lo único que me importa!

—Bueno, pues como amigo tuyo solo me importa tu felicidad, así que no hay nada más que hablar. Rescataremos a tu amiga.

Y sin dejarme decir una palabra más —como era habitual en él—, emprendió camino en dirección a la nave que le esperaba en el puerto

y yo le seguí con mi corazón henchido de alegría.

El barco de Assim era minúsculo comparado con los que nos habían traído de Messina. Era poco más grande que el bote de un pescador con una gran vela triangular de color ocre, y para alguien que odiaba el mar como yo era la culminación de todas mis pesadillas.

—¿Pretendes que vayamos hasta Chipre en esto?

—Primero, Chipre no está tan lejos de Tiro como tú crees. Segundo, este barco es mucho más rápido que cualquier otro que pudieses conseguir en este puerto. Tercero, tenemos los mejores marineros.

—¿Marineros? No veo a nadie.

Assim dijo algo en su lengua, sin gritar, como si hablase con alguien que estuviese a su lado, e inmediatamente dos hombres fuertes, con barba y vestidos como pescadores, salieron de la oscuridad del puerto, subieron al bote y empezaron a prepararlo para la partida.

—Estos son Jalid y Yusuf, capitanes de mi flota.

—¿Capitanes? —dije incrédulo al ver el aspecto de aquellos hombres.

—¡No deberías juzgar la fruta por su aspecto, sino por su sabor! ¡Sube al barco! —Y a mis ojos fue evidente que Assim estaba disfrutando con aquello.

La travesía duró apenas un día, tal y como me había prometido. No podría decir cómo aquellos hombres de Assim lograron orientarse en la más absoluta oscuridad de un cielo sin estrellas para ponernos rumbo a nuestro destino, pero lo hicieron como si para ellos fuese habitual.

Sabedor de mi terror por los barcos, Assim me pidió que le contase lo ocurrido desde su ausencia para distraerme y con un inmenso dolor en mi corazón me vi obligado a relatarle la muerte de Vivienne y de Asaf. Su rostro se ensombreció por la pena y sus ojos se llenaron de lágrimas por la pérdida de seres tan queridos para él, para los dos.

—¿Qué fue del responsable?

—Su cabeza estuvo colgada de una pica en el puente de la ciudad de Londres hasta que se pudrió.

—¡Que Alá le tenga en el infierno para toda la eternidad! —dijo seguido por una frase en su lengua que, aunque no pude entender, mostraba todo su significado simplemente por la entonación que usó.

—¿Qué fue de la pequeña Heléne?

—¡Heléne está bien! Ahora es mi hija, la adopté tras la muerte de Vivienne. Está siendo cuidada por unas monjas en un convento hasta mi retorno.

—¿En un convento? ¿Y eso ha sido idea tuya?

—¡Claro que no! Pero no tenía muchas más opciones, no tengo esposa que pudiese hacerse cargo.

—¿Cómo están las cosas con Ricardo? —Y me pareció curioso que la referencia a una inexistente esposa le llevase a preguntarme por Ricardo. Le expliqué cuál era la situación, pues con él nunca había tenido secretos, y también le hablé de mi preocupación por su comportamiento errático, caprichoso e inestable, en particular, desde la coronación.

—¡Lamento decir que no me sorprende en absoluto! Ya te dije en una ocasión que su verdadero carácter saldría a la luz. Nunca he cuestionado tus sentimientos por él, pero esos sentimientos no te han permitido ver la realidad de un hombre con muchos defectos. ¿Aún le amas? —Assim siempre tan directo y con la pregunta correcta. Tardé en contestar un instante, y él lo notó.

—Sí, le amo.

—¿Y por qué dudas al responder? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos—. El amor no duda, Rodrigo. El amor es verdad y sólo puede existir o no. La duda en el amor la creamos los hombres cuando no queremos afrontar que nos encontramos en un extremo o en el opuesto. ¿Cuál es la verdad, Rodrigo?

—¡La verdad es que no lo sé, Assim! —Y esta vez yo tuve que hacer el esfuerzo para que mis ojos no se llenasen de lágrimas—. La verdad es que sigo queriéndole porque creo que le querré siempre, pero no sé si eso es una forma de amor. Me enamoré del caballero en brillante armadura, del hombre que yo mismo quería ser, de un Dios. Y poco a poco ese Dios se ha ido haciendo más hombre, y no un hombre cualquiera, sino uno impredecible, incapaz de controlar sus propios instintos, su rabia. Uno que ahoga sus penas y sus alegrías en el alcohol. Uno al que su propia familia le importa menos que los medios para conseguir una supuesta gloria. Uno que se arrodilla frente a la misma Iglesia que le niega la posibilidad de ser él mismo.

—¡Llegará el momento en que tendrás que decidir, Rodrigo!

—¿Decidir el qué?

—Si lo que sientes por Ricardo es lo suficientemente fuerte para cerrar los ojos al hombre que verdaderamente es.

Llegamos a la ciudad de Limassol, en Chipre, al atardecer del siguiente día. Assim me indicó que era mejor que no bajáramos del barco hasta el anochecer. Mientras tanto, sus hombres fueron a la ciudad para tratar de averiguar dónde podrían estar retenidas Berenguela y la hermana de Ricardo.

—¡Por todos los diablos! —dije maldiciendo cuando algo pasó raudo a mi lado y se posó en el hombro de Assim. Era un halcón pequeño, de

color rojizo oscuro y de una belleza innegable.

Assim recibió al ave con una gran alegría y le acarició mientras le decía algunas palabras en su lengua a las que el halcón pareció responder agachando la cabeza varias veces.

—¡Rodrigo, te presento a Basur, mi mejor halcón!

—¡Es hermoso, pero casi hace que se me salga el corazón por la boca! —respondí haciendo reír a Assim.

—Basur es mi más fiel mensajero, siempre viaja conmigo y su ayuda es muy valiosa.

—¿Y cómo nos ha encontrado?

—¡Oh, Basur siempre sabe encontrarme! ¡Probablemente lleva siguiéndonos varias horas!

Uno de los hombres de Assim regresó en ese instante con noticias de la ciudad y, tras hablar unos instantes con él, Assim me explicó lo que había descubierto.

—Las dos mujeres están vivas, aunque encarceladas en la fortaleza al otro lado de la ciudad —dijo, y mi cuerpo respiró profundamente al saber que Berenguela seguía con vida—. Yusuf cree que están bien tratadas, pues el tal Isaac Conmeno se jacta del mucho dinero que conseguirá por su rescate, al parecer todo el mundo lo sabe en la ciudad.

—¿Qué posibilidades tenemos de poder entrar en la fortaleza?

—Por las puertas que dan a la ciudad, ninguna. Están reforzadas con dos guardias de cinco soldados cada una que las vigilan continuamente. Ni siquiera dejan entrar a los mercaderes, deben dejar las mercancías en la puerta y el personal de la fortaleza sale a por ellas. Es obvio que no quieren arriesgarse a perder su botín.

—¡Eso lo dificulta todo! Pero es imposible que esa fortaleza sea inexpugnable, tiene que haber algún modo de entrar.

—¡Lo hay!

—Bien, ¿y cuál es? Habla de una vez, Assim…

—¿Cómo se te da la escalada?

La pregunta de Assim cobró sentido cuando un par de horas después el barco nos llevó hasta el punto de acceso a la fortaleza. Desde el mar podíamos ver frente a nosotros una gran pared recta de acantilado que se continuaba hacia arriba con la muralla de la fortaleza. En el centro de la pared, una oquedad desaguaba los residuos de la fortaleza directamente al mar.

—¡Ah, no!

—¡No hay otra opción, Rodrigo!

—¿Estás loco? Dejando a un lado que eso es una cloaca, está fácilmente a una altura de treinta hombres. Es demasiado alto para

poder llegar con nuestras armas y armaduras.

—¡Por supuesto, no podremos llevar más que alguna daga!

—¿Pretendes que asaltemos una fortaleza con una daga? ¡Ahora sí que sé que has perdido la cabeza!

—¡No pretendo asaltar la fortaleza! Tan sólo que nos escaqueemos en su interior, causando el menor revuelo posible, saquemos a las dos mujeres, y nos larguemos con el mismo sigilo.

—¡Te parece muy sencillo!

—No, me parece la única opción. ¿Quieres salvar a Berenguela o no?

La pared vertical se elevaba sobre nosotros imponente y amenazadora. Era muy probable que nos cayésemos durante la subida y nos matásemos contra las piedras del fondo marino. Aun cuando lo consiguiésemos, sin duda nos encontrarían y sin armas para defendernos moriríamos en el intento. Sin embargo, la sonrisa de Assim lo hacía todo fácil, era como si su seguridad alimentase la mía. Juntos habíamos hecho cosas que a ojos de muchos eran una locura, y habíamos salido con vida. Esta sería una más, y aunque fuese la última, al menos estaba a mi lado.

Los antiguos creían en un Dios del mar que controlaba las mareas y los vientos. Si eso era así, aquel Dios había decidido ser benévolo con nosotros, pues esa noche no se movía ni una brizna de aire, facilitando la escalada.

Los hombres de Assim habían acercado el barco tanto como les era posible hasta una pequeña formación rocosa cercana a la pared del acantilado a la que saltamos Assim y yo equipados tan solo con un par de puñales en el cinturón como habíamos acordado. Desde allí pudimos nadar hasta la pared con gran esfuerzo por la resaca del mar y comenzar nuestra escalada. Lo más difícil fue la primera parte. El acantilado estaba húmedo y plagado de algas, lo que lo hacía muy resbaladizo y en más de una ocasión llegamos a perder pie. Pero a medida que ascendíamos fue más fácil agarrarnos porque la pared, erosionada por el viento, presentaba asideros naturales.

Tuvimos que parar varias veces, el esfuerzo de la escalada era inmenso, pero cuando por fin llegamos a la parte inferior de la muralla nos dimos cuenta de que aún nos quedaba lo peor. Aquella pared ya no tenía asidero alguno. Era una mole inmensa de piedras completamente planas colocadas unas sobre otras. El desagüe de la fortaleza estaba unos diez metros por encima de nosotros, pero incluso aquella distancia parecía una tarea imposible de asumir. La luna llena iluminaba aquella noche como un auténtico sol, pero nadie iba a vernos ascender. Aquella muralla daba al mar, la guardia, si la había,

estaría pendiente de la llegada de posibles barcos, no de dos locos que intentaban trepar por una pared lisa como un espejo.

Tuvimos que usar los cuchillos para insertarlos en las hendiduras que separaban las piedras de la pared y poder continuar con el ascenso. Cuando por fin llegamos a la oquedad por la que salía un riachuelo de aguas sucias y pestilentes, nos derrumbamos sobre el suelo de puro agotamiento sin preocuparnos sobre qué nos estamos echando.

Tardamos un buen rato en recuperar el aire y las fuerzas. Cuando por fin nuestras piernas empezaron a responder de nuevo, nos encaminamos hacia el interior de la fortaleza por aquel desagüe que, por suerte, era lo suficientemente alto para que no tuviésemos que andar a gatas, apenas algo inclinados.

El túnel de aquel sumidero estaba bloqueado por una reja cerrada con llave. Pero, como suele pasar en las fortalezas, hacía mucho tiempo que nadie se había molestado en comprobar su estado, y el óxido y la humedad acumulados con los años hicieron que pudiéramos abrirla fácilmente. Tras ella, el túnel ascendía hasta acabar en un gran hueco que se abría a uno de los patios de la fortaleza. Esperábamos que el patio estuviese vigilado, pero, para nuestra sorpresa, se trataba de un espacio pequeño, anexo a lo que parecían ser las cocinas del palacio que quedaban ligeramente por encima de nuestras cabezas y a las que se podía acceder por unos peldaños de piedra.

Assim me hizo gestos para que fuéramos sigilosos y le seguí al interior de la cocina. El sitio era pequeño, mucho menos ostentoso que las cocinas del palacio de Tudela que yo conocía tan bien, y estaba completamente desierto, aunque un fuego permanecía encendido en el hogar. Necesitábamos encontrar una salida al palacio que no estuviese plagada de guardias, pero la cocina tenía tres puertas diferentes y no sabíamos cuál era la que debíamos coger.

—¿Sois amigos de Berenguela? —Una voz dulce y juvenil nos hizo saltar por la sorpresa. Al girarnos nos encontramos con un niño de unos seis o siete años con los ojos grandes y la cara redonda que nos miraba sonriendo. Assim y yo nos miramos sin saber bien cómo reaccionar—. ¡Ella me dijo que vendría alguien a rescatarla!

—¿Conoces a Berenguela? —le pregunté con dulzura intentando no asustarle mientras me acercaba a él lentamente.

—¡Sí! La señora guapa me da sus dulces cuando le llevo la comida, es muy buena conmigo, así que soy su amigo. La otra señora no, siempre está triste y me grita.

La descripción del muchacho no podía ser más acertada de lo que yo conocía del carácter de ambas prisioneras.

—¿Y ella te dijo que vendríamos?

—Bueno, ella me dijo que vendría alguien, no me dijo que seríais

dos.

—Y, ¿tú podrías indicarnos dónde están las dos señoras? No conocemos el castillo y nos da miedo perdernos —interrumpió Assim.

—Sí, claro, están en el piso de arriba, en una alcoba cerrada con llave que tiene dos guardias.

—¿Y nos podrías decir cómo llegar hasta allí?

—Sí, pero los soldados os atraparán. Hay muchos por toda la fortaleza —nos dijo muy serio—, es mejor ir por la pared.

—¿Por la pared? —preguntamos los dos al unísono.

—Sí, hay un pasadizo en la pared de detrás de la alacena que va a su habitación. Mi madre es cocinera aquí y no me deja usarlo, pero cuando ella no está yo subo a ver a la señora guapa. Mi madre dice que la mujer del señor anterior se llevaba muy bien con los cocineros y que ellos subían a verla mucho por ese pasadizo.

Tuvimos que hacer un esfuerzo para contener la risa por la forma inocente en que el muchacho describía para qué se había utilizado aquel pasadizo que tan a mano nos venía.

—¿Y crees que podrías llevarnos a ver a la señora guapa? Somos sus amigos y le alegrará nuestra visita.

—Sí claro, seguidme. Mi madre está durmiendo ya y no se enterará.

El niño nos llevó hasta la alacena y con sus manitas empujó el mueble hacia la derecha sin ningún tipo de esfuerzo. El hueco que se abrió en la pared no era grande, pero permitía el paso de un hombre sin problema. La escalera que ascendía desde él era otro cantar. Era tan sumamente estrecha que Assim y yo tuvimos que recorrer los dos pisos que nos separaban de Berenguela de lado, con una terrible sensación de ahogo y rogando que la escalera no se estrechase más. Los últimos pasos fueron verdaderamente difíciles y, por un instante, pensamos que nos quedaríamos atrapados en aquella estrechez, pero el sonido de una portezuela de madera abriéndose y la voz del chiquillo anunciando que habíamos llegado al final nos sirvió de último impulso.

—Lauro, ¿qué haces aquí a esta hora, muchacho? Tu madre… —resonó la voz de Berenguela—. ¿Rodrigo? ¡Rodrigo, gracias a Dios!

Sus brazos se lanzaron sobre mí más como un ataque que como un gesto dulce y no me dieron tiempo ni de coger aire tras el muy angosto ascenso.

—¡Berenguela, dame un segundo, necesito respirar! —dije sonriendo y apartándola dulcemente.

—¡Sabía que Ricardo enviaría a alguien! ¡Te lo dije, Joan! El rey no dejaría cautivas a su hermana y a su futura mujer. ¿Pero dónde está vuestro ejército? ¿Cómo es que sólo habéis venido vosotros?

Por un instante quise sacar a Berenguela de su error, abrirle los ojos con respecto a Ricardo, decirle la verdad. Pero no pude. Ni por ella ni por Ricardo. No podía dañar a dos de las personas más importantes de mi vida, aunque para ello tuviese que hacerme daño a mí mismo.

—No hay ningún ejército, Berenguela. Ricardo pensó que tendríamos más posibilidades de éxito si veníamos nosotros solos. A un ejército se le ve desde lejos y ese tal Isaac que os ha capturado podría tomar represalias antes de que llegásemos hasta vosotras —mentí—. ¡Este es mi amigo Assim, y entre los dos os vamos a sacar de aquí!

—¿Tan sólo dos hombres? —replicó la voz chillona de Joan—. ¡Es imposible!

La mujer obesa y bajita se santiguaba como una desquiciada mientras se balanceaba adelante y atrás sentada en la cama de la alcoba. Assim me miró con evidente preocupación.

—¡Calmaros, Joan, veréis como Rodrigo y su amigo nos sacan de aquí en un instante! ¡Tengo fe absoluta en ellos! —Y la abrazó con dulzura hasta que la mujer se tranquilizó algo y se tumbó sobre la cama con los ojos cerrados. Entonces Berenguela se acercó hasta nosotros.

—¡No sé qué tenéis en mente, pero a no ser que implique que aprendamos a volar, salir de aquí va a ser complicado!

—¡Pensábamos utilizar el mismo camino que para entrar! —dije dándome cuenta de que, en realidad, Assim y yo nunca habíamos hablado de salir, tan solo de entrar.

—¿Ese túnel? ¡Ya te puedes olvidar! ¿Acaso crees que no se me había pasado por la cabeza cuando Lauro me lo enseñó? —dijo tajante Berenguela acariciando el pelo del muchacho que la miraba con devoción—. El cuerpo de Joan no cabe por ese hueco tan estrecho, tú mismo has tenido dificultades para salir.

Miré de nuevo el cuerpo de Joan tirado sobre la cama y entendí que Berenguela tenía razón.

—¡Lauro! —dijo de repente Assim agachándose para ponerse a la misma altura que el niño—. ¿Sabes si hay alguna forma de subir a la parte superior de la muralla? Tú pareces conocer bien el castillo…

—¡Claro, por la escalera de los soldados!

—Y, ¿hay alguna otra que quizá ellos no conozcan?

—No, es la única, Aquí no hay más caminos secretos que este y la puerta del infierno.

—¿La puerta del infierno? —preguntamos los tres a coro.

—Es una escalera que baja mucho, mucho, hasta el mar. Dicen que si te pierdes puedes llegar al infierno —respondió el niño inocente.

—¿Y dónde está esa escalera que baja hasta el mar, Lauro? —le preguntó dulcemente Berenguela.

—En la cripta, detrás de una de las tumbas.

No recuerdo qué nos llevó más tiempo, convencer a Joan de que debíamos intentar la huida, o a Lauro de que no podía acompañarnos. Los dos resultaron ser ciertamente cabezotas, aunque el valor claramente lo tenía el chiquillo.

Lauro nos indicó cómo llegar hasta la entrada de la cripta desde aquella sala. No era un camino complicado ni largo, pero nos advirtió que encontraríamos soldados al menos en dos lugares, la puerta de la sala en la que retenían a las dos mujeres, y el patio donde se encontraba la puerta de la cripta. De todas maneras, y a pesar del peligro, Assim y yo convinimos que no había otra alternativa.

Librarnos de los soldados de la puerta de la sala fue relativamente fácil con la ayuda de Berenguela que empezó a gritar pidiendo auxilio con la excusa de que su compañera de cautiverio no se encontraba bien. Los dos soldados que custodiaban la puerta entraron como una exhalación preocupados sin duda porque durante su vigilancia pudiesen perder a una de las valiosas rehenes de su señor. Fue su última preocupación. Nuestras dagas cercenaron sus cuellos sin que supiesen de dónde les había venido el golpe mientras Berenguela tapaba la boca de Joan que hizo el amago de gritar. Era evidente que aquella mujer tenía el mismo carácter pusilánime que Ricardo odiaba en su hermano Juan, y yo a cada minuto la soportaba menos.

Salimos de la alcoba tan rápido como Joan nos lo permitía y cogimos las escaleras que comenzaban a la derecha del pasillo. Berenguela había convencido a Lauro de que volviese a la cocina por el pasadizo y, aunque de mala gana y con alguna lágrima por tener que despedirse de su amiga, el chiquillo obedeció y desapareció por la estrecha escalera.

El silencio en aquella parte del palacio era sepulcral. Ya era noche cerrada y no había nadie por los pasillos, ni siquiera sirvientes. Era extraño, pero Berenguela nos explicó que creía que no estábamos en la parte principal del palacio, sino en una torre secundaria donde no había más aposentos que los suyos.

La escalera terminaba abruptamente en una puerta que se abría a un patio bastante grande y donde, tal y como Lauro nos había dicho, se veía a un soldado pasear arriba y abajo claramente aburrido. Assim se asomó al quicio de la puerta con todo el sigilo de un gato y confirmó que no había nadie más. En principio no debería ser muy complicado librarse de un solo hombre, excepto por un pequeño problema. Ese hombre se encontraba en la parte opuesta del patio, justo frente a la puerta de la cripta. Por mucho que intentásemos correr, el soldado tendría tiempo suficiente de gritar y dar la alarma

antes de que pudiésemos librarnos de él. Estábamos literalmente atrapados, sin posibilidad de acercarnos a él sin que nos viese.

—¡Rodrigo, dame tu daga! —susurró de repente Berenguela que se estaba bajando los hombros del vestido que llevaba puesto.

—¿Qué diablos crees que haces?

—¡Ayudarnos a salir de aquí, obviamente!

—¿Estás loca, Berenguela? —Esta vez fue Joan quien la interpeló.

—Alguien tiene que acercarse a ese soldado para poder quitarlo del medio. A no ser que quieras hacerlo tú, Joan, te sugiero que no te metas.

La mujer se calló inmediatamente, aterrada solo de pensar que la proposición de ser ella quién tomase el lugar de Berenguela fuese en serio.

—Berenguela, no seas ridícula. Dará la alarma en cuanto te vea.

—Eso dependerá de lo que vea, Rodrigo —Y con un tirón del vestido se bajó el escote un poco más, casi dejando sus pechos al aire y, arrancando la daga de mis manos, se lanzó al patio.

El soldado la vio inmediatamente y por un instante dudó en dar la alarma, pero tal y como Berenguela había predicho, sus ojos pronto se fijaron en algo más y una sonrisa apareció en su rostro. Desde nuestra posición no podíamos oír nada de lo que se decían, pero vimos cómo el soldado empezaba a manosear el cuerpo de Berenguela que fingía agrado con una risa burlona. De repente, con un movimiento rápido digno del mejor asesino, Berenguela cortó el cuello del hombre que mostrando la sorpresa en su rostro cayó sobre ella. Berenguela inmediatamente tapó su boca para evitar el ruido del estertor y lo sujetó como pudo hasta que el cuerpo sin vida pesó demasiado y lo dejó caer al suelo.

La daga de Assim voló a mi lado rauda como su halcón para clavarse certera en su objetivo, la garganta de un segundo soldado que acababa de entrar en el patio y que ni Berenguela ni yo habíamos visto llegar. La distancia era enorme, pero de alguna manera la mano segura de Assim acababa de librarnos a todos de una muerte segura. Me giré para mirarle y vi sus ojos brillando en la luz nocturna que no dejaban de observar el patio.

—¿Cómo…?

—Parece que Alá está con nosotros —fue la única respuesta que me dio sonriendo.

Corrimos hasta Berenguela que se había manchado su vestido de sangre, pero, por lo demás, se encontraba bien, de hecho, pletórica.

—¡Te dije que podía hacerlo!

—Recuérdame que no deje nunca un cuchillo al alcance de tu mano —le repliqué con una ironía para disimular mi orgullo por su valentía.

La cripta era pequeña e iluminada tan solo por un par de candiles de aceite. La cantidad de sarcófagos de piedra que se encontraban en ella era excesiva para el espacio. Lauro nos había dicho que la tumba que escondía la entrada a la puerta del infierno estaba situada al fondo y era la de un obispo llamado Gregoriano. No fue difícil de encontrar. El sarcófago de piedra estaba situado frente una pared decorada con un fresco que representaba alguna virtud del fallecido, pero que resultó ser un mural falso sujeto por dos columnas. Cuando nos acercamos pudimos observar claramente el hueco tras aquella pared por el que ascendía un aire helado. No podíamos ver nada, pero las manos de Assim al recorrer la pared encontraron una vieja tea que pudimos encender con la ayuda de uno de los candiles.

Ante nosotros se desplegó una gran escalera de madera que claramente había conocido tiempos mejores y que parecía descender sin fin en la oscuridad. El aire que ascendía por el hueco de la escalera olía a humedad y a salitre, lo que nos dio esperanzas de que, como Lauro había dicho, aquella ruta nos llevase hasta el mar.

El descenso se me hizo eterno. El estado precario de la escalera, prácticamente podrida en algunos tramos, los remilgos y mohines constantes de Joan, y el temor a que nos siguieran alimentado por cada ruido extraño que oíamos no lo hicieron fácil. La escalera estaba construida en una cueva natural que atravesaba la roca sobre la que se sustentaba la fortaleza. La que en otro tiempo había sido ruta de escape en caso de necesidad debía haber caído en desuso hacía años. Cuando por fin llegamos al final de la escalera, ateridos de frío, con las ropas mojadas por el aire húmedo que ascendía del mar, y con los miembros doloridos de la insegura bajada, no pudimos por menos que sentarnos en el suelo húmedo de la caverna. Al fondo, frente a la escalera, una abertura a la noche permitía que el claro sonido de las olas entrara en el espacio reverberando en las paredes de la caverna.

—¡Tengo más malas noticias! —dijo Assim que se había acercado a la abertura.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté harto por tanta complicación.

—¿Quieres verlo tú mismo?

Me acerqué a donde él se encontraba. Ante mí había una caída de unos cuatro metros o más hasta el mar con una pared lisa que no permitía asirse en lugar alguno para facilitar la bajada. Miré un segundo a Joan que se encontraba derrumbada en el suelo agotada por lo que para su cuerpo había sido un esfuerzo descomunal y comprendí a qué se refería Assim.

—Tú y yo podemos saltar. Incluso Berenguela puede ser que lo haga, pero sabes que la hermana de Ricardo no lo hará jamás.

—Lo sé, y no sé qué alternativa tenemos.

—¿Qué ocurre? —interrumpió la voz de Berenguela que se había acercado acompañada de lo que quedaba de Joan.

—¡Nada, hablamos de cuál es la mejor forma de bajar!

—¿Bajar? ¿A dónde? ¿Al mar? ¿Estáis locos? —chilló Joan y su voz estridente resonó en la caverna haciendo daño en nuestros oídos.

—Allí al fondo se encuentra nuestro barco —respondió Assim señalando a la pequeña nave en la distancia—, pero no pueden acercarse más o los guardias de la muralla sospecharán que no están pescando. Necesitamos bajar al mar y nadar hasta ellos. No nos verán en la oscuridad, nadie ve lo que no espera, y nadie esperaría que alguien abandonase la fortaleza por aquí.

—¡Porque es una locura! —volvió a chillar la hermana de Ricardo.

—¡Es nuestra única posibilidad de salir de aquí! —intentó razonar Assim.

—¡De ninguna manera! Mi hermano enviará a alguien que me saque de aquí, yo no pienso lanzarme al mar, ni ahora ni…

El grito de la mujer cayendo al agua desde aquella altura quedó ahogado tan sólo por el sonido de las olas. Mi rostro miró desencajado a Berenguela que había sido la persona que había empujado a la mujer.

—No me mires así, ya he tenido suficiente de sus tonterías y sus quejas. ¡Más vale que saltemos nosotros también o morirá ahogada!

Y sin decir una palabra más, se lanzó tras Joan dejándonos a Assim y a mí sin más opción que seguirla, impactados por la resolución y la osadía de una mujer increíble se mirase por donde se mirase.

Los hombres de Assim pusieron rumbo de vuelta a Tiro tan pronto como todos estuvimos a bordo del pequeño barco, lo cual no fue fácil en absoluto. Conseguir que Joan, que gritaba como una histérica, se mantuviese a flote fue una auténtica obra de titanes; arrastrarla a nado hasta el barco, tarea casi imposible. Hubo algún momento en el que estuve tentado de dejar que se ahogase y me vi obligado a recordarme a mí mismo que aquella era la hermana de Ricardo. Cuando finalmente alcanzamos el barco, los hombres de Assim me ayudaron a subirla a la nave, y yo caí derrotado sobre la madera dura y mojada.

Para cuando tuve las fuerzas de abrir los ojos debían haber pasado varias horas y el sol empezaba a levantar a nuestra espalda, aunque su luz parecía apagarse más que crecer en intensidad. Frente a mí, Assim departía con sus hombres en su lengua, pero el tono era evidentemente preocupante.

—¿Assim? —llamé con algo de reparo por interrumpir— ¿Ocurre algo?

—¡Me temo que sí, mira! —me respondió señalando el cielo frente a nosotros que era de un color negro intenso y parecía acercarse a gran velocidad.

—¿Qué es eso?

—Eso es una tormenta, aunque me temo que no una cualquiera. En mi lengua se las llama el jinete oscuro y son la peor pesadilla de cualquier marinero. Nuestros barcos de guerra lo tendrían difícil para sobrevivir a algo así, este barco quedará destrozado en un instante.

—¿Y entonces?

—Tendremos que cambiar de rumbo, no podemos dirigirnos a Tiro. Tenemos que buscar otra dirección y rogar a Alá que no nos alcance en nuestra huida o nos reuniremos con él en muy poco tiempo.

Un gemido de angustia de Joan que debía haber escuchado la conversación nos interrumpió y al girarme encontré el rostro de preocupación de Berenguela.

—¿A dónde nos dirigiremos, mi señor? —preguntó respetuosa a Assim al que reconocía, así como su salvador.

—Mi propuesta es que viremos hacia el sur y nos dirijamos a mi casa, a Al-Shuruq.

—¿A tierra de moriscos? —gritó Joan espantada—. ¡Este moro quiere llevarnos a su tierra para pedir él el rescate por nuestras vidas a mi hermano, lo tiene todo planeado, Berenguela!

Berenguela no se dignó siquiera mirarla. Tan sólo me miró un instante a mí con un gesto que comprendí al instante. Confiaba en Assim porque yo también lo hacía.

—¡Mi señor, estaremos honradas de ser vuestros huéspedes! —dijo con solemnidad y con un respeto absoluto hacia Assim que sonrió ligeramente y agachó la cabeza en respuesta.

—En ese caso, señora, os pido que roguéis al Dios en el que creáis para que nos permita llegar sanos y salvos a mi hogar, creedme que necesitamos toda la ayuda que podamos obtener.

Y vaya si nos hizo falta. El viaje duró un día entero en el que tuvimos que luchar con el jinete oscuro cuerpo a cuerpo. A momentos parecía que sus vientos nos impulsaban con fuerza, alejándonos de la tormenta, pero su cambio de dirección constante hacía que siempre nos alcanzase y, cuando lo hacía, nuestro barco se mecía en las inmensas olas a su voluntad, amenazando con hacernos volcar. El rugido del mar unido al de la tormenta era aterrador, pero al menos ahogaba los gritos de Joan que a esas alturas estaba a punto de perder el conocimiento de puro pánico. Los hombres de Assim cabalgaban aquella tormenta con una serenidad absoluta, la del hombre que no teme morir, pues está seguro de reunirse con su creador, y su maestría en el arte de la navegación era digna de admiración. Habían recibido de su señor una orden clara, llevarnos sanos y salvos a tierra, y harían

todo lo que estuviese en su mano para cumplirla, incluso entregar su vida si eso fuese necesario. Y cumplieron su mandato.

Al amanecer del día siguiente despertamos empapados, doloridos y exhaustos, pero esta vez el calor del sol que bañaba nuestros rostros era intenso, ardiente y reconfortante. Me incorporé y vi que Assim estaba de pie sujeto al mástil del barco mirando al horizonte que esta vez ya no mostraba la negrura de un cielo amenazador, sino el color cálido de unas dunas enmarcadas en la distancia por dos grandes montículos de piedra que parecían hacer las veces de una gran puerta.

—¡Rodrigo, bienvenido a mi hogar, bienvenido a Al-Shuruq!

Al llegar a la playa nos esperaban jinetes con monturas preparadas para nosotros. Nunca supe cómo los hombres de Assim habían sabido de nuestra llegada ni de cuántos seríamos, pero el cansancio era tal que no tuve fuerzas para preguntar. Hasta Joan se había vuelto repentinamente taciturna y no se quejaba ni protestaba por nada. Todos estábamos agotados, incluidos sin duda Assim y sus hombres.

Al- Shuruq resultó ser una fortaleza magnífica en tamaño, a corta distancia de la playa y elevada sobre un promontorio que le confería una posición perfecta para su defensa. Sus piedras refulgían al sol de la mañana como si estuviese hecha de oro, y sus torres, altas y espigadas, tan diferentes a las fortalezas de Aquitania y Navarra, le conferían una belleza innegable.

Tan pronto como nos adentramos en ella, el calor del sol fue reemplazado por un agradable frescor generado por aquellas piedras, que, con su color claro, reflejaban la ardiente luz del sol de aquella parte del mundo, manteniendo el interior en condiciones mucho más agradables. La fortaleza bullía de gente que iba de un lado para otro y todos ellos agachaban su cabeza al ver pasar a Assim que les devolvía la gentileza con una sonrisa. Aquel no era un señor déspota ni cruel, aquel era un señor amado por su gente.

Atravesamos una gran arcada en una de las plazas de la fortaleza y nos adentramos en el patio de un palacio donde unos hombres nos esperaban para coger nuestras monturas. Assim nos indicó que se nos llevaría directamente a nuestros aposentos donde podríamos bañarnos, cambiar nuestras ropas y descansar, para desaparecer después en los pasillos del palacio.

Nos llevaron por corredores decorados profusamente en el estilo morisco y que parecían saltar de un patio a otro, todos ellos llenos de fuentes y una vegetación profusa que refrescaban aún más el ambiente. Aquel palacio más parecía un vergel que una fortaleza militar. Los aposentos de Joan y Berenguela estaban situados apenas a unos pasos de los míos. Me despedí de ellas asegurándoles que estábamos en lugar seguro y que podían descansar tranquilas y desaparecieron tras la gran puerta doble de su alcoba.

Assim no había escatimado en detalles. Al entrar en mi aposento, una amplia sala de techo labrado de madera, ricamente decorada y con una gran cama presidiendo el espacio me dejaron sin palabras. Frente a mí, un gran ventanal con contraventanas de madera para evitar la entrada del sol se encontraba abierto y por él se observaba una hermosa vista de la bahía en la que habíamos atracado con el azul intenso del mar, contrastando con el dorado de la arena que bañaba. Aquel lugar era verdaderamente un paraíso.

Junto a la ventana, una gran tina de madera llena de agua fresca para mi baño me esperaba y dos jóvenes de unos trece años comenzaron a desvestirme haciéndome sentir incómodo, pero en mi agotamiento terminé por dejarles hacer. El agua fresca de la bañera y las manos cálidas de las muchachas que frotaban mi cuerpo con suavidad hicieron que me relajase de golpe. Las jóvenes salieron de la sala y me dejaron para que disfrutase de aquel momento poniendo antes sobre la cama ropas limpias para que me cambiase al salir.

Estuve tentado de tumbarme en aquella cama que pronunciaba mi nombre a gritos, pero sabía que si lo hacía el cansancio podría conmigo y me dormiría sin duda, y lo que yo deseaba era explorar aquel mundo maravilloso que se abría ante mí.

Las ropas que me habían dejado eran largas hasta mis tobillos y se ceñían con un gran cinturón de tela bordada. No debí de colocarlas muy bien, pues cuando una de las mujeres entró en la sala para indicarme con un acento fuerte que se había servido comida para todos nosotros en algún lugar contiguo, no pudo evitar reírse y con delicadeza recolocó el cinturón sobre mi cuerpo. Además, me puso en los pies una especie de escarpines de piel suave, también bordados, que resbalaban ligeramente al andar y hacían que no pudiese realizar movimientos bruscos a riesgo de dar con mis posaderas en el suelo. Todo en aquel Edén debía ser ligero y delicado y eso era extraño para mí. Me había acostumbrado a la aspereza y la rigidez de las ropas de guerra, y a la pesadez y el calor de las ropas de lana que usábamos en los inviernos de mi tierra, pero con aquellas ropas el cuerpo parecía sentirse liberado.

La comida se había servido en un jardín plagado de flores que inundaban todo con un aroma intenso y dulce y que terminaba en una pequeña terraza desde la que se podía observar el mar en la distancia. La luz del sol se filtraba a través de las ramas de unas vides que cubrían la terraza apoyándose sobre una estructura de madera, haciendo que no se sintiera el calor de los rayos del sol, tan sólo su claridad.

En el centro de la terraza se habían dispuesto tres sillas de aspa, sin respaldo, y una mesa sobre la que se encontraban platos y bandejas de plata cubiertos por los más variados alimentos cuyo olor se mezclaba

con el de las flores que nos rodeaban y despertaba las tripas.

—¡Este lugar es el más hermoso del mundo! —Me sobresaltó la voz de Berenguela. Cuando me giré apenas si pude reconocerla. Vestía una túnica holgada hasta los pies, de un color granate vivo y bordada con hilo de plata. Sobre la cabeza se había puesto el velo típico de las mujeres moriscas, del mismo color que su vestimenta y que enmarcaba su rostro resaltando sus ojos oscuros. Era verdaderamente una visión.

Tras ella, Joan vestía una túnica semejante en un tono gris perla, pero ella no portaba el velo. Se la veía claramente incómoda con todo lo que la rodeaba, al menos hasta que descubrió el plato con dulces cubiertos en miel y frutos secos que comenzó a devorar sin siquiera molestarse en esperarnos.

—¿Assim no se unirá a nosotros? —preguntó Berenguela.

—Mi señor Assim se disculpa por no poder acompañarlos, sus obligaciones como señor de esta fortaleza son muchas y a veces no tiene tiempo de comer. Pero os ruega que disfrutéis todo lo que se ha preparado para vosotros —nos respondió un hombre de mediana edad y barba corta y canosa, vestido con un sencillo jubón blanco y que pareció surgir de la nada—. Mi nombre es Hussein y estoy a vuestro servicio.

Agradecimos al hombre su amabilidad —excepto Joan que estaba a lo suyo con los pasteles—, y él se retiró para darnos privacidad.

La comida transcurrió plácidamente, pues las viandas parecían ser la clave para conseguir que Joan no nos aturdiese con sus quejas y mohines, y cuando terminamos paseamos por los jardines de la fortaleza que parecían no tener fin. En cualquier rincón se había creado un hermoso juego con la vegetación, el agua y la sombra, lo que hacía que uno perdiese la sensación de caminar por un palacio de piedra y la reemplazase por el sueño de andar por algún bosque encantado. Berenguela tenía razón, no podía existir lugar más hermoso y, aunque pudiese sonar demente, ambos bendecíamos a la tormenta que nos había dado la oportunidad de conocer aquel paraíso.

Berenguela y Joan se retiraron con la caída del sol, aún agotadas por nuestra odisea marítima, pero yo continué caminando sin rumbo por Al-Shuruq, demasiado emocionado para poder conciliar el sueño.

A primera hora de la noche, unas escaleras me llevaron a lo alto de las murallas de la fortaleza desde las que se podía observar toda la ciudad apenas iluminada aquí y allá por algunas teas, pero que, a la luz de la luna, seguía siendo hermosa. A mi espalda, una gran torre espigada acabada en un gran balcón cubierto parecía ampararme en la noche. Cerré mis ojos, inspiré profundo y dejé que los aromas de la ciudad me llenasen por dentro. Podía oler los jazmines de sus muchos jardines, el dulzor de las especias que se habían vendido durante todo

el día en el mercado, hasta el salitre del mar que en la distancia bañaba su costa.

—¡Este era el lugar favorito de mi padre! —me llegó la voz de Assim, pero no me sobresaltó, sino que fue como un bálsamo suave y calmante—. Decía que desde aquí podía sentirse parte del mundo.

Se había cambiado y aseado. Su barba aparecía ahora perfectamente recortada y aceitada, su cuerpo cubierto por una túnica blanca bordada con hilo de oro. Su pelo había sido peinado hacia atrás, destacando sus ojos y haciéndolos aún más profundos.

—Puedo comprender a qué se refería. Este lugar tiene magia, Assim.

—Y, sin embargo, no siempre fue tan hermoso.

—¿Por qué dices eso?

—Al-Shuruq fue entregado a mi abuelo por su valía en el campo de batalla, pero en aquel entonces distaba mucho de la belleza que ves ahora. Era una fortaleza militar, recia, fría y en un estado deplorable, pero mi abuelo la aceptó porque venía de la mano de un segundo regalo mucho más atractivo. Un matrimonio concertado con la hermosa hija de un visir de Damasco, mi abuela. Cuando aquella mujer hermosa y orgullosa, que se había criado sin que pudiese faltarle nada que pudiese desear, llegó hasta aquí, su alma se partió en mil pedazos al ver donde debería pasar el resto de su vida y se encerró en sus habitaciones negándose a comer y limitándose a llorar desconsolada todo el día.

—Tu abuelo debió de montar en cólera —dije.

—Te equivocas, Rodrigo. Mi abuelo, que no había visto jamás a su futura esposa hasta ese día, cayó perdidamente enamorado de su belleza tan pronto como la vio y se sintió culpable de ser el responsable de su tristeza, así que, tras semanas de ver languidecer a aquella hermosa mujer, hizo algo impensable.

—¿El qué? —pregunté deseoso de saber el final de aquella historia maravillosa.

—Mi abuelo renunció a su nueva mujer, aunque ello significase, por un lado, devolver su dote, y por otro, manchar su nombre, pues a fin de que nadie pudiese decir que su prometida había sido repudiada, él se cargó con la culpa diciendo que no quería cumplir su palabra de matrimonio. Una falta terrible entre mi pueblo, signo de deshonor.

—¿De verdad hizo eso? ¿Por amor a ella?

—Por supuesto Rodrigo, porque ese es el verdadero amor, el que lo da todo sin esperar nada a cambio, aunque sepas que eso significa que la persona que amas nunca será tuya.

Los ojos de Assim se clavaron en mí por un momento justo antes de volverse hacia el horizonte oscuro de la noche y un escalofrío recorrió mi espalda.

—De todas maneras —prosiguió—, su historia no terminó allí.

Cuando mi abuela volvió a Damasco y supo de lo que había hecho mi abuelo para protegerla, cogió un caballo y retornó ella sola hasta aquí, pues se había dado cuenta de que aquel hombre la amaba de verdad por encima de todas las cosas. Tras su retorno se casaron y mi abuelo prometió construirle un palacio digno de ella, donde no echase a faltar los jardines de Damasco. Y de ahí la gran cantidad de terrazas y parterres que ves por todas partes. Mi abuelo creó el edén en la tierra para la mujer a la que amaba más que a sí mismo.

—¡Es una historia maravillosa Assim! ¡Debe de haber sido tan difícil para ti tener que abandonar este lugar!

—Te equivocas de nuevo. Para mí fue un orgullo, pues sabía que honraba a mi padre al hacerlo. Cuando perdió la batalla frente al conde de Angulema, él sabía que debía dejarme marchar, aunque se le partiese el corazón. Por su honor debía hacerlo, por el de mi familia debía hacerlo yo. Además, Alá tenía otro camino dispuesto para mí, y era necesario que me alejase de aquí para poder recorrerlo.

—Confías demasiado en los dioses Assim, nada les importamos los mortales. Los dioses son seres crueles y viciosos.

—¡No, Rodrigo! Hablas por el dolor que te han causado los hombres, no Dios, tenga el nombre que tenga. Dios se vuelve cruel cuando habla por boca de hombre.

—¿Eso crees? Y, ¿qué te ha dado tu Alá, Assim? Te envió a la esclavitud, a vivir bajo un amo cruel que casi acaba con tu vida.

—También me llevó hasta Vivienne y la pequeña Heléne. Me llevó hasta ti.

Aquella última frase resonó en mí como un torrente que arrastra todo a su paso, dejando un terreno nuevo. No podía ver su rostro pues miraba más allá de las murallas, pero podía sentir su olor dulce y embriagador.

—Assim… ¿Por qué no te fuiste antes de Aquitania? ¿Por qué no regresaste antes a tu hogar?

Assim se giró lentamente para mirarme fijamente a los ojos con los suyos que a la luz de la luna parecían de un verde intenso y hacían que mi respiración se agitase.

—¡No me fui antes porque soy un digno nieto de mi abuelo!

Y de repente todo encajó en su lugar, como si un hueco que siempre había estado vacío en mi interior se hubiese llenado en un instante dándole sentido a todo, y me perdí en los labios de Assim, sintiendo una felicidad que había olvidado hacía mucho tiempo.

Mi cuerpo y mi mente se olvidaron de todo y de todos en los días que pasé en Al-Shuruq al lado de Assim. Cada minuto que pasábamos juntos me llenaba de felicidad y de gozo como lo había hecho siempre,

aunque no hubiese sido consciente. Su cuerpo hacía que me volviese loco y su corazón, grande como el amor, me calmaba y me hacía simplemente feliz. Desde el momento en que había llegado a mi vida, Assim había sido una parte de mí mismo, pero mi amor por Ricardo me había hecho ver compañerismo y hermandad donde los sentimientos eran mucho más profundos. Assim había estado a mi lado aun sabiendo que yo amaba a otra persona sin cuestionar mis decisiones, simplemente acompañándome en el camino que yo había escogido. Y no podía imaginar cuánto debía haber dolido aquel sacrificio. El amor es dar sin esperar recibir, me había dicho. Y comprendí que sólo algunas personas pueden amar así. Mi amor por Ricardo había sido muy grande y no podía decir que hubiese desaparecido completamente de mi corazón, pero era evidente que ya no sentía lo mismo por él. Quizá simplemente era que el amor no puede durar para siempre, pero la única verdad era que lo que mi corazón sentía entonces por Assim no era lo que sentía por Ricardo.

Sin embargo, a pesar de la felicidad de aquellos días en un paraíso como no habíamos conocido nunca, yo sabía bien que el sueño tendría que terminar.

Assim había enviado mensajeros a Ricardo en Tiro tan pronto como habíamos llegado a Al- Shuruq. En su mensaje le explicaba el porqué de nuestra presencia aquí, le aseguraba la protección de Joan y Berenguela y le solicitaba que enviase una delegación para retornarlas a su lado. Habían pasado dos semanas y no se había recibido respuesta alguna. Quien sí respondió fue el señor de Assim, Salah-Al-Din.

Al- Shuruq podía parecer un edén, pero su papel como fortaleza militar era capital para Saladino. Assim me señaló un día desde la muralla de la fortaleza el gran promontorio de roca que cerraba la playa por el lado derecho.

—¿Ves esa muralla natural de piedra que se refleja en la del otro lado como si fuesen idénticas? Nosotros las llamamos las doncellas y marcan los límites de los dominios cristianos de Antioquía y Trípoli. Más al sur se encuentra Jerusalén.

—¿Estás atrapado entre dos estados cristianos?

—Así es. ¿Entiendes ahora la importancia de Al-Shuruq? Es el acceso al mar del ejército de mi señor Salah-Al-Din.

—Pero, ¿cómo es posible que esos reinos no hayan conquistado tu casa?

—¡Oh, lo han intentado varias veces! Pero sus esfuerzos han sido inútiles, a mi espalda se encuentra el reino de mi señor. En menos de un día puedo tener aquí a todo el ejército de Alá aplastando con puño de hierro a quien intente poseer Al-Shuruq —me dijo sonriendo.

—¿Por eso has informado a tu señor de que estamos aquí?

—Es mi obligación, Rodrigo. Tú tienes a tu señor y yo al mío —dijo

y me dolió recordar que en verdad la vida nos había situado en bandos enfrentados—. Además, yo nunca haría nada que te pusiera en peligro a ti o a las personas a las que quieres. ¿Quieres saber lo que me ha respondido mi señor Salah-Al-Din?

—Sí, la verdad.

—Sus órdenes han sido que debo asegurar vuestro bienestar en todo momento, así como el retorno sanas y salvas de las mujeres de la familia de Ricardo. En mi mundo las guerras se libran en los campos de batalla, entre soldados, no con mujeres o niños. Mi señor habría hecho que me cortasen la cabeza si algo os hubiese ocurrido, aunque fuese por accidente. Para mi gente un invitado es sagrado, Rodrigo, un miembro de la familia, y como tal es tratado.

Aquella forma de pensar, tan diferente a todo lo que yo había conocido, sonaba en mis oídos como una ilusión, algo irreal e imposible. Y, sin embargo, allí estábamos, comprobando por nosotros mismos que lo que Assim me decía era verdad, tratados como si fuésemos los señores de Al-Shuruq sin nada que pudiésemos pedir que no nos fuese concedido.

La mañana que se iniciaba la tercera semana desde nuestra llegada a Al-Shuruq, Assim se reunió conmigo en mis aposentos.

—¿Qué ocurre? Y no me digas que nada, puedo ver tus ojos. Siempre se nublan cuando algo te preocupa.

—He recibido respuesta de Ricardo —dijo muy serio sin responder a mi comentario.

—¿Qué ha dicho? ¿Ha enviado la comitiva para recogernos?

—¡Todo lo contrario!

—¿Cómo?

—Cuando mi mensajero le comunicó que estabais aquí, Ricardo montó en cólera y ordenó que sus tropas partieran inmediatamente para Chipre.

—¿Qué? ¿Chipre? ¿Por qué razón haría algo así?

—Mi mensajero me dice que te maldijo a los cuatro vientos por haber rescatado a su hermana y a su futura mujer. A sus ojos le has dejado como un pusilánime incapaz de rescatar a su propia familia, así que, para tratar de disfrazarlo y que nadie sepa lo ocurrido, ha decidido conquistar Chipre. A los ojos del mundo lo hace para rescatar a las dos mujeres, nadie sabrá que ya lo habíamos hecho nosotros.

—Pero ¡eso es una locura! ¿Sacrificará las vidas de sus hombres por su maldito orgullo?

—Ricardo está dispuesto a sacrificar no sólo la vida de sus hombres, Rodrigo.

—¿Qué quieres decir?

—Ricardo ha ordenado que seáis devueltos inmediatamente a Limassol. Sospecho que os necesita allí para que el engaño sea creíble. Joan y Berenguela deben aparecer en Limassol para poder escenificar su gran logro.

Una sensación de ahogo apretó la boca de mi estómago provocándome nauseas. ¿Acaso Ricardo había perdido la cabeza totalmente? ¿Cómo podía alguien ser tan orgulloso como para arriesgar vidas humanas por su reputación?

—¿Qué harás, Assim?

—Lo único que puedo hacer, llevaros personalmente hasta Chipre para cumplir con mi palabra de cara a mi señor y al tuyo.

—¡No!, ¿y si Ricardo decide apresarte o intentar algo contra ti? Por lo que me cuentas no puedo esperar nada coherente de sus actos.

—Si intenta algo contra mí, sólo conseguirá acarrearse su propia desgracia Rodrigo, pues acudo a Chipre como embajador de mi señor. Si Ricardo no respeta la inmunidad de un mensajero diplomático, solo habrá conseguido abrir las puertas del infierno, y la furia de Alá y todo su ejército caerá sobre él.

Y un escalofrío recorrió mi espalda, aunque no supe decir si era por temor al inestable de Ricardo, o por el posible futuro que Assim describía.

Un barco mucho más grande que el pecio en el que habíamos llegado nos llevó de vuelta a Chipre. De todo el pasaje, yo parecía ser el único que lamentaba nuestra partida y que no estaba de humor para nada. Berenguela se encontraba pletórica por poder reunirse con Ricardo, Joan por poder alejarse de aquellos salvajes alejados de Dios como llamaba con desprecio a los moriscos, y Assim se tomaba aquel viaje como un trabajo más ocultando cualquier emoción bajo su permanente y encantadora sonrisa. Yo, sin embargo, sabía bien que lo que nos esperaba en Limassol había de ser cuando menos complicado. Conocía bien las reacciones de Ricardo. Sabía que, como el león, era mucho más peligroso cuando se sentía atacado y, habiendo visto en los últimos meses muchas de sus reacciones erráticas y descontroladas, sólo podía prepararme para lo peor. Y no me equivoqué.

Cuando llegamos a Limassol un grupo de los hombres de Ricardo capitaneados por el señor De Guéret nos esperaba en el puerto. Me alegré de ver al ya anciano caballero con el que, gracias al tiempo, había conseguido tener una relación cordial y de confianza. Nos entregaron monturas y De Guéret trató a Assim en todo momento con sumo respeto, lo cual me tranquilizó algo. Cabalgamos por la ciudad a paso lento e inmediatamente me di cuenta de que algo terrible debía haber tenido lugar. Los hombres de Ricardo estaban por toda la

ciudad, patrullando las calles, y los pocos habitantes que se veían en ellas los miraban con auténtico terror en sus rostros.

—¡De Guéret! ¿Qué ha ocurrido aquí? —le pregunté al anciano que cabalgaba a mi lado.

—¡El infierno en la tierra, Rodrigo! El rey ha perdido ciertamente el sentido. Tan pronto como llegamos aquí fue como si un demonio se hubiese apoderado de él. La ciudad se rindió y abrió sus puertas en cuanto aparecimos en el puerto, pero el rey encolerizado dio la orden de que arrasásemos con todo, que no quedase ni una casa en pie y que los soldados hiciesen a su antojo con sus gentes. Muchos de nuestros hombres han combatido con nosotros en innumerables batallas, saben lo que es justo hacer y lo que no, conocen la medida del soldado. Pero sabes que muchos otros son mercenarios reclutados para incrementar los números para esta locura de cruzada, y esos no saben nada del honor de un guerrero así que se dieron al asesinato y la violación. ¡Lo que hemos vivido en esta ciudad será para siempre una vergüenza que cargaremos todos los que hemos estado aquí! ¡No puede haber un Dios que perdone este pecado, Rodrigo!

Las palabras de De Guéret erizaron mi piel. Aquel hombre estaba curtido en mil batallas, había visto cientos de saqueos y había sido testigo de lo peor del ser humano y, a pesar de ello, su rostro mostraba la mayor de las consternaciones ante los horrores que había visto en aquella ciudad. Horrores ordenados por el mismo Ricardo.

Cuando llegamos al palacio de la ciudad se me hizo extraño entrar por segunda vez en él, aunque ahora por la puerta principal. Entre las pocas personas que se encontraban en la entrada pude ver de forma fugaz a un chiquillo que se escondía entre las piernas de los que observaban con recelo nuestra llegada. Era Lauro. Mi rostro se relajó con una sonrisa al saber que el pequeño se encontraba bien y que nada le había ocurrido en el asedio. Las mujeres y Assim fueron llevados a sus aposentos, pero a mí se me escoltó directamente a una sala donde el mismo rey me había convocado. Cuando las puertas de madera se abrieron me encontré a Ricardo completamente vestido con sus ropas de gala y la corona puesta sobre la cabeza, más como si esperase a un embajador que a quien había compartido su lecho durante tanto tiempo.

—¿Cómo te has atrevido a desobedecerme? —me gritó nada más verme entrar sin darme oportunidad de decir nada y casi sin dar tiempo a que los soldados que me acompañaban pudiesen dejar la sala.

—Ricardo… —intenté responder lo más calmado posible viendo lo alterado de su estado.

—¡Soy tu Rey! —me espetó con desdén.

—¡Muy bien! ¡Majestad! —repliqué con bilis—. ¡No os he

desobedecido, me he limitado a rescatar a vuestra familia!

—¿Rescatar a mi familia en contra de mi voluntad?

—¿Y qué querías que hiciera, Ricardo? —respondí y perdí todo respeto en mis formas—. ¿Debía dejar que tu hermana y tu futura esposa permaneciesen prisioneras, o algo peor, porque el gran rey Ricardo no quiere pagar su rescate?

—¡Por supuesto que pagaría su rescate, en cuanto recuperase Jerusalén y pudiese usar el oro confiscado a Saladino!

—¿Y cuándo sería eso, Ricardo? ¿En seis meses? ¿En seis años? No te reconozco, ya no sé dónde está el hombre que idolatraba y que representaba para mí todo lo que un caballero debía ser. ¿Tu cruzada es más importante que tu propia familia? ¡Me avergüenzo de ti!

El puño de Ricardo voló directo a mi rostro, pero fue demasiado lento y al retirarme hacia atrás para evitarle, él se inclinó hacia adelante, perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo de rodillas frente a mí. Su rostro se elevó para mirarme rojo de rabia y vergüenza, y comenzó a chillar como un poseído.

—¡Vete de aquí! ¡No quiero verte, maldito bastardo, vete de mi vista o haré que tu cuerpo cuelgue de las murallas como pasto para los cuervos! ¡Yo soy Ricardo Plantagenet, yo soy el rey de Inglaterra! ¿Me oyes? ¡Yo soy el rey, maldito hijo de puta!

Incapaz de verle en ese estado degenerado y fuera de sí, salí de la sala con los ojos llenos de lágrimas entendiendo por fin que el Ricardo que había amado, mi Ricardo, ya no existía más.

Tardé dos días en saber de él. Y por lo que Berenguela y Assim me contaron, nadie más tuvo noticias tampoco. Los rumores decían que el Rey se encontraba indispuesto y que había pasado todo el tiempo desde nuestro encuentro encerrado en sus aposentos, sin más visitas que las de los criados que le atendían. Nadie era capaz de entender nada. ¿Cómo era posible que no hubiese visitado al menos a su futura esposa y a su hermana? Sin embargo, lo que sí había hecho era poner en marcha la maquinaria que aportaría propaganda a su nombre. Se enviaron mensajeros a diferentes lugares con la versión de Ricardo de la conquista de Chipre, una en la que el noble rey había conquistado la isla sin apenas bajas, respetando a toda la población que ahora le adoraba como a un dios libertador, y recuperando a las mujeres de su familia sin daño alguno. A los ojos del mundo, Ricardo seguiría siendo el ejemplo del caballero perfecto, el rey sin tacha al servicio de la cristiandad.

Finalmente, al tercer día, fui llamado a la capilla del palacio junto con todos los otros nobles. Al entrar nos encontramos junto al altar a un hombre joven, de cara lampiña y vestido con los ropajes propios de

un padre de la iglesia. De Guéret, que se encontraba allí también, me susurró que se trataba del obispo Bertrand, un enviado del mismísimo papa para velar por la fe en aquella maldita cruzada y del que Ricardo se había vuelto muy cercano.

—Hijos míos —comenzó con una voz aflautada—, hoy es un día de felicidad y regocijo. Nuestro Rey ha tomado la decisión de no posponer más su matrimonio ante Dios y casará con la infanta Berenguela aquí mismo en Limassol en el plazo de una semana.

Los vítores llenaron la pequeña capilla y mis ojos buscaron alrededor esperando ver a Ricardo y Berenguela en algún lugar, pero no estaban presentes.

—¡Calmaos, calmaos, hijos míos, pues aún hay más buenas nuevas! Nuestro señor Ricardo desea llegar a su matrimonio libre de toda mancha a los ojos de Dios y por ello realizará estación de penitencia antes de su boda para confesar todos sus pecados a nuestro creador y pedir con humildad su perdón.

Un escalofrío recorrió mi espalda anticipando la desgracia que habría de llegar. Una vez más Ricardo se arrodillaba frente a la Iglesia, plegándose a sus requerimientos. Aunque eso significase llevar al altar del sacrificio todo lo que nos había unido.

Las campanas de Limassol sonaban lúgubres, con un repiqueteo lento y cansado que más recordaba a toque de muertos que a la dicha y la alegría que una boda debería traer consigo. Ricardo había ordenado que se preparase toda la parafernalia propia del matrimonio de un rey, sin escatimar en gastos ni en detalles, y cualquiera que no supiese qué otros acontecimientos tendrían lugar ese mismo día pensaría que aquel era un hombre que acudía feliz a sus nupcias.

Por desgracia, sobre todo para Berenguela, la idea de Ricardo y del obispo Bertrand era que el centro de aquella celebración fuese otro.

El castillo de Limassol miraba directamente a una pequeña iglesia dedicada a Santa Catalina y ese fue el punto de partida escogido por el obispo para la estación de penitencia del rey. Muchos de los hombres que le acompañábamos en la cruzada habíamos intentado disuadirle de semejante espectáculo, tan innecesario como peligroso, pero a nadie quiso escuchar. En mi caso, ni siquiera quiso recibirme y se limitó a hacernme llegar la orden de asistencia obligatoria al acontecimiento.

El camino desde Santa Catalina hasta el palacio había sido despejado y se había derramado arena sobre él para hacerlo más cómodo a los pies desnudos del rey. Ricardo portaba como única vestimenta una túnica blanca como la leche y en sus manos llevaba un látigo corto hecho de la piel más suave que se pudo encontrar.

La pantomima era sencilla. El Rey caminaría —eso sí, con aparente dificultad por el supuesto peso de sus pecados— acompañado por el obispo Bertrand que sería su sustento durante el camino representando el apoyo de la iglesia al rey. Cada cierto número de pasos el rey fingiría caer al suelo y en ese instante confesaría haber cometido un terrible pecado fustigándose la espalda con aquel látigo que, por su suavidad, no causaría daño alguno en el cuerpo del rey. A cada uno de esos pecados, los hombres de rey debíamos loarle como el más cristiano de los monarcas.

Sólo de pensar en aquello se me revolvían las tripas. Hasta entonces había aceptado que Ricardo como rey debía mantener las apariencias con la iglesia, mantenerles contentos, pero siempre de puertas hacia afuera y dentro de unos límites. Aquello era diferente. Los límites habían desaparecido y Ricardo se comportaba como un pelele en las manos de Roma.

Las campanas de la pequeña iglesia anunciaron el inicio del espectáculo. Ricardo comenzó a andar con un gran dramatismo que a los ojos de todos era ridículo y, cuando el obispo lo indicaba, caía a tierra como derrumbado por un rayo y confesaba en voz alta aquellos pecados supuestamente tan grandes. Soberbia, avaricia, ira, gula,

envidia y pereza. Cada uno de ellos le acercaba más al palacio a donde debería llegar limpio y purificado para su boda. Mi mente contó seis pecados. Faltaba uno. Traté de repasar mentalmente las enseñanzas del hermano Teobaldo para identificar cuál debía ser el último. Lujuria. Ese debía ser el objeto de su última confesión. Ricardo casi había llegado a las escalinatas del palacio. A una nueva señal del obispo cayó al suelo y con un gran grito de angustia clavo sus manos en la tierra como si aquel pecado le doliese más que ninguno. Pero no fue lujuria lo que confesó.

—¡Confiesa a Dios tu pecado, hijo mío! —bramó el obispo.

—Confieso haber sucumbido al pecado de la sodomía con otros hombres. Confieso que esos demonios portadores del pecado han sabido hechizar mis pasiones para que me entregase con ellos a actos de depravación antinatura.

La sangre se paró en mis venas. Ricardo estaba confesando delante de todo el mundo haber yacido con hombres, pero no conforme con eso nos acusaba a los que habíamos compartido su cama de ser demonios que le habían embrujado. Las imágenes empezaron a formarse en mi cabeza a una velocidad inmensa: el cuerpo de aquel muchacho colgado después de que Ricardo le obligase a entregarse a él, el rostro de los mozos a los que obligaba a satisfacer sus necesidades. En ninguna de aquellas ocasiones había existido coacción más que por su parte. Las muchas noches que habíamos pasado juntos… ¿Acaso yo le había hechizado de manera alguna? Una rabia intensa creció en mis tripas y subió hasta mi corazón que se aceleró como si quisiese salirse de mi pecho. Pero lo peor estaba por venir.

—¿Reniegas de todos ellos y del poder infernal que han ejercido sobre ti? —preguntó el obispo a voz en grito.

—¡Reniego, reniego de todos ellos! ¡Perdóname, señor! —Y con un grito final se rasgó la túnica, quedando completamente desnudo frente al palacio.

Sus palabras resonaron en mi cabeza. ¡Reniego! Ricardo había renegado en público de su propia naturaleza, de mí. Aquel que me había dicho en tantas ocasiones cuanto me amaba, aquel que me decía que no sabría vivir sin mí acababa de repudiarme en público. La rabia en mí desapareció de golpe y fue sustituida por una terrible tristeza que caló en mí como un aguacero frío y, girándome lentamente, me alejé de allí y me encerré en mis aposentos. No hubo lágrimas, pues mi corazón estaba muerto y no podía sentir nada, así que bebí hasta emborracharme y caer inconsciente deseando que al despertar todo hubiese sido un sueño y volviese a encontrarme en la casa de la puta grande en los brazos de mi madre.

Fueron los brazos de Assim los que me despertaron recogiéndome del suelo donde había caído por efecto del alcohol. Con paciencia y dulzura me hizo beber agua que eliminase el vino de mi sangre y me ayudó a ir hasta la cama. No hubo ningún reproche, ni ningún recordatorio de que todo lo que estaba ocurriendo él ya me lo había advertido, simplemente se mantuvo a mi lado, abrazándome y contándome lo que había ocurrido tras mi marcha.

El rey, una vez acabada su pantomima religiosa, había sido cubierto con los mejores ropajes y ornamentos. Túnicas bordadas en hilo de oro, espada de gala con la empuñadura de oro bruñido y la corona de rey de Inglaterra que había sido adornada con tres nuevos rubíes. Ricardo, en su orgullo, se había negado a esperar a su novia en el altar, así que ambos habían hecho entrada al mismo tiempo en la capilla del palacio. Berenguela iba ataviada con un vestido blanco inmaculado, bordado con perlas e hilo de plata que refulgía a la luz de las velas de la capilla y todo el mundo había contenido el aliento ante su belleza.

Una vez nombrados marido y mujer, ambos habían recibido a los invitados en el salón del trono donde se habían hecho entrega de los regalos pertinentes. Assim, como embajador de Salah-Al-Din, les había entregado un cofre de plata adornado con piedras preciosas que contenía dos cálices del mismo material y con dos grandes perlas en su base. Berenguela estaba emocionada ante la belleza y el valor de semejante regalo, pero Ricardo había hecho un comentario al respecto de que Jerusalén habría sido un obsequio más apropiado.

El banquete había sido largo y Ricardo había acabado completamente borracho. En ese momento no pude por menos que pensar en Berenguela. No sólo había tenido que casarse sin la presencia del único amigo que tenía, sino que tuvo que enfrentar su noche de bodas con un marido completamente ebrio y que, de seguro, distaría mucho de comportarse como el caballero en brillante armadura que ella había idolatrado por años. En ese instante me sentí mal, muy mal. Había dejado a un lado a una persona a la que quería con todo mi corazón por una ofensa hecha por alguien que no merecía siquiera mi odio, mucho menos mi amor. Había sido egoísta y pensando tan solo en mi dolor había causado dolor a quien no lo merecía. Y eso no me hacía mejor que Ricardo.

A la mañana siguiente fui en busca de Berenguela a sus aposentos, pues quería disculparme y tratar de quitar de mi pecho algo de aquel peso que me hacía sentirme tan mal. La encontré desayunando, sentada a una mesa de madera frente a la ventana abierta de su alcoba. Las grandes marcas negras bajo sus ojos denotaban claramente

que no había dormido.

—Claudette, dejadnos, por favor —dijo a la muchacha que la acompañaba,

—¡Mi señora, no es apropiado que la reina se quede a solas con un hombre! —respondió Claudette impertinente.

—¡Haz lo que te digo y calla! —El tono de Berenguela habría helado la sangre del más aguerrido soldado y la muchacha salió de la sala sin rechistar más.

—¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! —dije sin preámbulos, sentándome en una silla frente a ella e inclinándome ligeramente para acercarme más.

—¿Qué sientes? —respondió fría.

—¡Haberme perdido tu boda! Sé que es imperdonable, pero no me encontraba bien y…

—Déjalo, ¿quieres?

—No, no quiero. Quiero pedirte perdón.

—Te digo que no hace falta, Rodrigo. No estoy enfadada. Era mi boda, no mi funeral. No me siento ofendida porque no estuvieras.

—Ah, ¿no? —pregunté desconcertado.

—¡Claro que no! Las bodas reales son simplemente un trámite. Se visten de telas caras y joyas, pero no son más que eso. No es tan importante. Lo crucial es la consumación, no la boda.

—Y, ¿eso cómo fue? —pregunté temeroso de la respuesta.

—Pues no sabría decirte, la verdad.

—¿Cómo?

—No sabría decirte, porque no fue, Rodrigo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Hoy estás lento! Que no fue, que no hubo consumación, torpe.

—Pero… ¿qué pasó?

—Pues pasó que mi esposo llegó al tálamo nupcial tan borracho que ni siquiera fue capaz de que su verga se pusiera dura —respondió visiblemente enfadada—, y créeme que puse todo mi interés en ayudarle.

En ese momento se formó en mi cabeza una imagen que hice un esfuerzo inmenso para hacer desaparecer cuanto antes.

—Pero, si estaba borracho, pudisteis esperar a la mañana, esas borracheras se curan con unas horas de sueño.

—Sí, probablemente, si mi marido se hubiese quedado en nuestra cama.

—¿Ricardo se fue? —dije escandalizado.

—Al ver que no era capaz de cumplir con sus obligaciones maritales, salió como alma que lleva el diablo, enfadadísimo y no regresó. A estas horas aún no sé nada de él.

—¡Por todos los dioses! Lo siento muchísimo Berenguela. Debe de

haber sido terrible.

—¡Ay, por favor! Los hombres sois muy dramáticos. He sido educada para estar preparada para todo lo que puede ocurrir en una noche de bodas, incluso que el marido no esté en condiciones de rendir, no soy la primera esposa que tiene un marido borracho como una cuba la primera noche. Hasta puedo entender el enfado, los hombres sois de un orgullo fácil de herir. Lo que no entiendo es que se marchase para no regresar. Eso es lo que me tiene totalmente confundida.

—¡Bueno, quizá era la vergüenza! —dije intentando ayudarla sin estar convencido para nada de lo que decía.

—¡Lo que yo digo, orgullo!

—Y, ahora, ¿qué pasará?

—Pues no lo sé. A los ojos de toda la corte nuestro matrimonio fue consumado y no hay nada más que hablar. Mis ojeras ayudarán a que se lo crean, desde luego. Confío en que esta noche mi marido vuelva a mi lecho y podamos terminar lo que empezamos y olvidarnos de esa nefasta noche.

Pasé el resto del día con Berenguela, aunque no hablamos más de lo ocurrido, pues quería que se distrajese y no pensase más en Ricardo. Cuando decidió retirarse de nuevo a sus aposentos a descansar y recuperarse de la falta de sueño, me dirigí directamente a las cocinas. Había bajado varias veces desde mi llegada buscando al pequeño Lauro, pues quería saber cómo se encontraban él y su madre, pero nadie había sabido darme indicaciones de ninguno de los dos y aquello me preocupaba enormemente. El personal de cocina había sido reemplazo por nuestra propia gente porque Ricardo no quería que su comida fuese preparada por aquellos a los que acababa de conquistar por temor a ser envenenado, y nadie sabía qué había sido de sus predecesores. De todas maneras, uno de los mozos me había prometido que intentaría averiguar algo cuando fuese a la ciudad a por suministros y quise saber si había tenido éxito. Para mi sorpresa, al entrar en la cocina me encontré al pequeño, sucio como un puerco, sentado frente a un tazón de sopa que devoraba con ansiedad.

—¿Lauro? —le llamé y el pequeño reconocerme se lanzó del taburete y se abrazó a mí—. ¡Yo también me alegro de verte pequeño! ¿Dónde has estado? Te he buscado durante días.

—¡Ahí fuera, en la ciudad!

—¿Cómo que ahí fuera? ¿Dónde está tu madre?

El chiquillo se encogió de hombros y temí lo peor.

—¡Se la llevaron los soldados! —dijo de repente—. Cuando entraron en el castillo, mi madre me escondió en la escalera secreta y oí gritos.

Cuando me atreví a salir mi madre no estaba, no la he visto más.

La sangre se heló en mis venas por la forma en la que aquel pobre muchacho describía una situación que por desgracia yo conocía bien. La peor parte del asalto a un castillo siempre se la llevaban sus habitantes. No se hacían preguntas. Los primeros en entrar eran los mercenarios, gente sin escrúpulos, descontrolados, la perfecta fuerza de primera línea. Ellos causaban el mayor daño, matando a los hombres y violando a las mujeres, un precio convenido para que dejasen la parte más sencilla a los caballeros. En la toma de Limassol Ricardo además les había dado carta blanca. Era imposible que la madre de Lauro siguiese con vida.

—¡Bueno, ya buscaremos a tu madre luego! Lo importante es que no sigas dando vueltas por la ciudad, ¿me oyes?

—Por las noches me cuelo en el palacio y duermo en mi escalera secreta —me replicó todo orgulloso de ser capaz de cuidar de sí mismo—. Ayer con la boda casi me pillan los criados que traían al puto.

—¿Cómo? ¿De qué hablas Lauro?

—Sí, los criados esos que trajeron al muchacho moro del burdel del río. Lo conozco porque tiene una hermana pequeña que a veces juega conmigo.

Mi piel se empezó a erizar temiéndome lo peor.

—Lauro, y ¿a dónde llevaron al muchacho ese?

—A la habitación del señor ese alto y pelirrojo, el que parece un rey.

Me costó un instante reaccionar, no por lo que estaba escuchando y que en realidad ya sospechaba, sino porque la única imagen que venía a mi cabeza era el rostro de Berenguela. Ricardo había abandonado los aposentos matrimoniales y había pasado el resto de la noche en su alcoba privada. Pero no la había pasado solo. El penitente había traicionado en la misma noche a su esposa, a la iglesia y a sí mismo.

Los siguientes días pasaron lentos como si la vida se hubiese detenido en el palacio. Ricardo estaba como ausente. No se reunió con su consejo de nobles y ya se escuchaban comentarios que cuestionaban el sentido de embarcarnos en una cruzada para dejarnos varados en aquella isla en lugar de combatir a los moriscos por el dominio de Jerusalén como había prometido.

Berenguela tampoco se dejó ver. Las veces que intente visitarla en sus aposentos fui recibido por la malhumorada Claudette que se limitó a decirme de malas maneras que su señora estaba indispuesta y no recibiría visitas. Aquel comportamiento era impropio de la Berenguela que yo conocía y me preocupaba enormemente, pero nada podía hacer

mientras las puertas de sus aposentos no quisieran abrirse.

Mis días y mis noches los seguía llenando Assim que se había convertido en la única razón de mi felicidad. Por si fuese poco, había incorporado un elemento más al entretenimiento, pues había acogido a Lauro bajo su protección y el pequeño pasaba todo el día en sus aposentos distrayéndose y distrayéndonos. Me preocupaba que el chiquillo no preguntase por la prolongada ausencia de su madre, como si hubiese aceptado que le había sido arrebatada y que nunca habría de regresar. Sus juegos no denotaban ni pena ni dolor, y eso era lo más grave. No podía por menos que preguntarme qué era lo que el muchacho guardaba realmente en su interior, y cómo podría aquel pequeño lidiar toda su vida con la pérdida repentina y sin sentido de una madre, un dolor que me era muy familiar.

En cierta forma, aquellos días, aunque aburridos, fueron una bendición, un bálsamo, una calma necesaria para muchos de nosotros que, por desgracia, sólo podía preceder a una terrible tormenta.

Había bajado al jardín con Assim y nos encontrábamos sentados a la sombra de una morera recordando algunas de las batallas que habíamos vivido juntos en Aquitania, cuando los gritos desgarrados de Berenguela hicieron que los pájaros emprendieran vuelo asustados.

La vi venir por uno de los caminos que recorrían el pequeño jardín y su imagen era más la de un fantasma salido de una tumba. Su pelo despeinado, sus ojos ennegrecidos que demacraban su rostro, su vestido sucio. Me levanté como por resorte, pues el primer pensamiento que cruzó mi cabeza fue que algo terrible le había ocurrido y buscaba mi ayuda, pero la mano de Assim se posó sobre mi brazo deteniéndome.

—¡Rodrigo, espera!

No tuve tiempo de decir nada más, Berenguela llegó hasta mí y su mano golpeó mi rostro con una fuerza inusitada.

—¡Maldito bastardo! ¡Hijo de puta, desagradecido y traicionero!

—¡Mi señora, os lo ruego, calmaos! —la interrumpió Claudette que había llegado corriendo tras ella y trataba de sostener su mano que estaba ahora cerrada en un puño en el aire, dispuesta a golpearme de nuevo.

—¡Berenguela, por todos los dioses! ¿Qué ocurre, a qué viene esto?

—¡No te atrevas a decir mi nombre nunca más, hijo de puta! Confié en ti, te conté lo que sentía por él y a mis espaldas me pagaste con la peor traición. ¡Maldito sodomita! ¡Ojalá te pudras en el infierno, ojalá os pudráis los dos! ¡Ricardo era mío, bastardo, mío!

—¡No entiendo nada! Berenguela, cálmate, ¡por favor! —le pedí sin ser capaz de comprender totalmente sus palabras o sin querer hacerlo.

—¡El bastardo de mi marido, el gran rey, confesó en su estación de

penitencia el pecado de sodomía! ¡Como una estúpida pensé que habría sido algo puntual, algo que había ocurrido en medio de una borrachera con un criado y de lo que se olvidaría en mis brazos! ¡Qué inocente fui! Ahora soy el hazmerreír de toda la corte porque nunca fue algo puntual. Mi marido no puede consumar nuestro matrimonio porque durante años ha estado acostumbrado a las caricias de otro, a las tuyas, ¡maldito traidor! Sabías que le amaba con todo mi ser, que no tendría otro esposo más que él, pero no pudiste buscarte otro hombre para tus malditos vicios, no, tenía que ser Ricardo, mi Ricardo.

Sus manos temblaban por la rabia con los puños apretados y sin sangre en los nudillos. Su rostro pálido como el de un cadáver daba terror al verla tan fuera de sí.

—¡Berenguela, te lo ruego, cálmate y déjame explicarte! ¡No es como tú crees!

—¡Claro que lo es! Es muy sencillo. Mi marido lleva años metiendo su polla en tu culo, mi marido, el gran duque Ricardo, el corazón de León, no es más que un asqueroso sodomita y la culpa es solo tuya. ¡Te odio Rodrigo, os odio a los dos, y os maldigo hasta el fin de vuestros días! ¡Ojalá el pecado que habéis cometido lo paguéis en sangre!

Y sin dejarme responderle, salió corriendo como si estuviese poseída de vuelta al palacio, perseguida por Claudette. Yo, completamente confundido por lo que acababa de pasar y sin saber bien qué hacer, quise salir tras ella, pero una vez más Assim me sujetó por los hombros impidiéndomelo.

—¡No, Rodrigo, déjala marchar! ¡Necesita calmarse y no podrá hacerlo si tú estás delante!

—Pero, Assim, no puedo dejarla así. ¿Has visto su estado? Me odia, puedo perderla para siempre…

—Eso sólo está ahora en manos de Alá.

Si fue Alá, Jesús o el mismo diablo es algo que no puedo responder, pero mis palabras resultaron premonitorias. A la mañana siguiente, sin haber dormido absolutamente nada por la preocupación, me dirigí a los aposentos de Berenguela y los encontré vacíos. Busqué por doquier un criado que pudiese indicarme dónde podía encontrarse, pero en su lugar encontré al señor De Guéret.

—¡Me temo que se ha marchado, Rodrigo!

—¿Marchado? ¿A dónde?

—De vuelta a Aquitania. La reina ha abandonado al rey, su barco partió esta mañana al alba.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿Ricardo ha permitido que se vaya?

—No le ha quedado otro remedio. La reina le amenazó con divulgar a los cuatro vientos vuestra relación si no la dejaba marchar. Si el rumor se extiende por las cortes vecinas y su propio reino, no tardarán mucho en usarlo como excusa para arrebatarle la corona. Su hermano Juan es como un zorro esperando su momento. Además, ya sabes lo importante que es la reputación para el rey, nunca permitirá que eso ocurra.

—Pero, ¡si ha confesado el pecado de sodomía en la estación de penitencia!

—Sí, pero no confesó con quién ni por cuanto tiempo. Si logra recuperar Jerusalén, ese pecado será olvidado fácilmente, considerado algo puntual sin más relevancia. De hecho, esto que ha ocurrido parece haberle hecho consciente de nuevo de lo que se juega con esta cruzada y del verdadero objetivo de ella y ha convocado al consejo esta tarde para organizar nuestra partida a tierra santa. Pero creo que deberías ir al puerto, Rodrigo. Pronto.

—Al puerto, ¿por qué?

—Porque la reina Berenguela no es la única que parte de Limassol hoy.

Espoleé a Argento tanto como pude hasta que llegué al puerto de la ciudad. Enseguida pude identificar el barco al que debía acudir, pues su rampa de ascenso estaba custodiada por hombres de Ricardo. Bajé de mi montura casi de un salto y me dispuse a ascender por la rampa cuando uno de los soldados me sujetó impidiendo mi subida.

—¡Tócame de nuevo y te despellejaré vivo! —dije con una rabia inmensa que hizo comprender al soldado que era mejor no interponerse en mi camino. Cuando llegué arriba, Assim me abrazó con su intensidad habitual.

—¿Qué ha ocurrido, Assim?

—Ricardo ha dado orden de que abandone la ciudad antes del anochecer o me considerará prisionero de guerra.

—¿Prisionero de guerra?

—Así es. Ricardo va a tierra santa a pelear contra mi señor Salah-Al-Din, desde hoy ya no soy un embajador en misión de paz, a sus ojos soy un espía enemigo.

—¡Este hijo de puta ha perdido la cabeza!

—No, Rodrigo, este fue su plan siempre. Ricardo ha venido aquí a labrarse una fama que perdure en el tiempo por todos los siglos. Su orgullo es su mayor defecto, y de eso tiene mucho. No está dispuesto a que nada ni nadie altere sus planes. ¡Debes tener cuidado!

—¡No, no, Assim! No puede ser, no puedo perderos a Berenguela y a ti el mismo día.

—¡No nos has perdido, Rodrigo! Seguimos vivos, y mientras sea así, nos volveremos a encontrar. Siempre tendrás un hogar en Al-Shuruq. A mi lado.

Sus ojos se clavaron en mí, pero no con dureza ni causando dolor, sino con dulzura y llenándolo todo de luz, y mis labios se fundieron con los suyos sin que me importase lo más mínimo quién pudiese estar mirando. Aquel hombre era sin lugar a dudas la persona que más me había querido jamás, y al igual que a Berenguela, debía alejarle de mi lado por culpa de un amor que no era tal, por culpa de Ricardo.

—Será mejor que bajes a despedirte de Lauro.

—¿Te lo llevas?

—No tiene a nadie más, te prometo que conmigo estará seguro, y no le faltará de nada.

De eso no me cabía ninguna duda. El pequeño estaba dormido en el único camarote del barco y no quise despertarle. Sólo tuve tiempo de darle un beso en la frente y susurrarle que pronto nos volveríamos a ver antes de que se anunciara que se soltaban amarras. Con un beso breve pero intenso me despedí una vez más de Assim y bajé del barco justo cuando iniciaba su partida. Allí, en aquel puerto, con el dolor de la despedida de Assim y de la falta de despedida de Berenguela mi corazón se rompió en mil pedazos y lloré hasta que mis ojos se volvieron del color de mi sangre.

El vacío que me dejó la marcha al mismo tiempo de Berenguela y Assim sería difícil de describir. De repente me encontré solo, más solo de lo que había estado nunca antes, pues esta vez me habían arrebatado todo lo que quedaba de mi mundo. El dolor que sabía que le había causado a Berenguela me escocía por dentro impidiéndome respirar. No había sido intencionado, tan solo había seguido lo que me dictaba mi corazón y no había podido escapar al amor que sentía por Ricardo. Nunca había querido pensar que pudiese decidir casarse con Berenguela, e incluso cuando lo hizo, me había apartado de él. Pero nada de aquello había servido para evitar el terrible daño que había infligido en ella.

Ricardo, por su parte, se encargó de que mi aislamiento fuese aún mayor. En varias ocasiones intenté verle y en todas ellas me fue denegada audiencia sin más explicaciones. Llegué incluso a pensar que la partida repentina de Assim no respondía realmente a razones de guerra, sino a una intención de hacerme daño. Pero ¿por qué? ¿Acaso el rencor que me guardaba por haber rescatado a su hermana y a su futura esposa podía ser tan grande? Poco a poco me fui encontrando más separado de todo lo que acontecía en el palacio y solo la gentileza del señor De Guéret que me informaba de lo que iba ocurriendo y de las decisiones que tomaba el rey, sirvió para evitar que me sintiese un auténtico paria.

—Hoy ha llegado una delegación de tierra santa, nada menos que el mismísimo Guy de Lusignan.

—¿Lusignan? Ese no era…

—El mismo, el rey de Jerusalén en persona.

—Creía que era prisionero de Saladino desde la toma de la ciudad…

—Así era. Pero Saladino ha demostrado ser mucho más inteligente que toda la cristiandad.

—¿Por qué decís eso?

—Porque se ha encontrado con un ejército de varios reyes cristianos a las puertas de casa y ha entendido que lo que debe hacer es destruirnos desde dentro —me explicó con paciencia—. Tras la captura de Guy otro hombre se postuló como el nuevo estandarte de la cristiandad en tierra santa, Conrado de Monferrat.

—Creo que no he oído hablar de él.

—Es un guerrero magnífico, y tras la caída de Jerusalén logró conquistar la ciudad de Tiro, que actualmente gobierna. Eso ha hecho que todo el mundo le vea como el paradigma de la lucha contra Saladino y que se postule como digno merecedor de la corona de Jerusalén en caso de una eventual reconquista.

—Pero, ¿la corona no es de Lusignan?

—Sólo por su matrimonio con Sibila, le hermana del difunto rey Balduino. Además, Conrado cuenta con el apoyo del rey de Francia, pues son primos, razón más que suficiente para que Ricardo haya decidido apoyar a Guy a pesar de los muchos conflictos que tiene con su familia. Es decir, que liberando a Lusignan, Saladino ha conseguido crear una separación entre los reyes cruzados.

—A río revuelto…

—Efectivamente. El caso —continuó— es que todo esto le ha dado al rey una razón más para enfrentarse a Felipe de Francia en su trastornada carrera por pasar a la historia y nos arrastra a todos con él.

—¿Qué queréis decir?

—Que os prepararéis porque mañana zarpamos para unirnos al asedio de la ciudad de Acre. Volvemos a la guerra Rodrigo, aunque sólo Dios sepa si esta es justa o no.

Y poniendo su mano en mi hombro se levantó y abandonó mi alcoba con el aspecto de un hombre cansado que camina a un destino incierto.

Acre se encontraba sobre una península en un golfo al que llamaban Haifa. La ciudad había sido construida pensando en todos los detalles para convertirla en un bastión inexpugnable, con gran cantidad de defensas que cubrían todos sus flancos. El puerto se encontraba en el lado este de la ciudad y estaba protegido por un gran dique que se transformaba en muralla en el lado oeste. Por el lado de tierra, una doble muralla reforzada por torres se encargaba de guardar el acceso a la ciudad.

Llegamos acompañados de una flota de unos cien barcos y casi ocho mil hombres dispuestos a lo que fuese necesario para conquistar la ciudad. Felipe de Francia llevaba ya varias semanas allí y sus esfuerzos por ganar acceso al bastión habían sido infructuosos a pesar de haber utilizado máquinas de asedio. Nada de todo eso era una sorpresa. Guy de Lusignan había intentado conquistar la ciudad durante meses, hasta el punto de construir un campamento cristiano fortificado, pero el mayor poder militar del ejército de tierra de Saladino había hecho que Guy se convirtiera en el asediado. La llegada de Felipe y del duque Leopoldo de Austria y sus tropas había decantado la balanza ligeramente a favor del lado cristiano, pero no lo suficiente para ser decisivo, aunque sí hubo una ventaja que le entregaron a las tropas cristianas las mismas fuerzas moras.

El reino de Saladino tenía tantas diferencias internas como los reinos cristianos y esas diferencias le estaban costando muy caras a su señor. El reino de Marruecos, vasallo de Saladino, se había negado a

aportar su poderío naval a la causa, resultando en que los barcos cristianos tenían acceso libre para llegar cada vez en mayor número hasta la asediada ciudad de Acre, con el correspondiente peso en la moral de las tropas moriscas.

Tan pronto como llegamos al campamento, las diferencias entre Ricardo y los otros dos gobernantes cristianos se hicieron evidentes. Ricardo se comportaba como si aquella fuese su batalla, su guerra, su cruzada y los otros reyes tuviesen que plegarse a sus deseos, cosa que no estaban dispuestos a tolerar. A mis ojos estábamos perdiendo una oportunidad magnífica de lanzar un ataque unificado y acabar con aquel asedio de una forma veloz y definitiva, pero ninguno de ellos parecía querer ver más allá de su propio ego.

La noche de nuestra llegada salí de la tienda que me había sido asignada y subí al promontorio que se encontraba tras el campamento desde el que podía ver los fuegos que iluminaban la ciudad y los que calentaban a los hombres del ejército de Saladino en la distancia. Allí, en algún lugar, sabía que se encontraba Assim. La vida que nos había unido se reía ahora de nosotros, poniéndonos en bandos enfrentados. Temía el momento de entrar en batalla, pues sabía que existía la posibilidad de terminar cruzando mi espada con él y, si eso ocurría, tenía claro que no arrebataría su vida, aunque eso pudiese costarme la mía.

Un poco más abajo, en la zona más protegida del campamento, se encontraba la tienda del Ricardo. Se oían voces que provenían de ella, como si alguien estuviese celebrando algo. Parecía que el rey estaba de buen humor ahora que estaba más cerca de alcanzar la gloria. Por un instante añoré los momentos como aquel que habíamos pasado juntos, cuando todo era felicidad y desenfado. Pero fue tan solo un instante. Ricardo había reemplazado a aquellos más cercanos a él por otros que cuestionasen menos sus decisiones. Entre ellos se encontraba el joven obispo Bertrand, que parecía haberse convertido en su mano derecha, y que le regalaba el oído con los muchos méritos que estaba alcanzando como rey a ojos de la santa iglesia con aquella cruzada contra el infiel. Y esas palabras, hábilmente tejidas, alimentaban el ya muy inflado orgullo de Ricardo que ya se veía a sí mismo como el gran salvador de la cristiandad.

Las siguientes semanas transcurrieron entre batallas y escaramuzas sin orden ni concierto y que tan sólo conseguían cansar y desmoralizar a los hombres. Felipe de Francia seguía insistiendo en atacar la muralla de Acre con sus catapultas, las fuerzas del duque Leopoldo se centraban en atacar el ejército de tierra de Saladino y las nuestras, utilizando las torres de asedio que Ricardo había ordenado construir, intentaban asaltar la parte superior de la muralla y ganar acceso a la

ciudad. Aquellas formas de guerra habrían podido ser efectivas si tuviesen lugar al mismo tiempo y en diferentes puntos de la ciudad, pero la falta de comunicación entre aquellas cabezas coronadas resultaba con frecuencia en que las tropas francesas intentasen derribar la misma muralla que nosotros intentábamos culminar mientras los austríacos se dejaban las vidas a nuestros pies.

Para sumar desgracia a aquella falta de estrategia, pronto se conoció en el campamento que Ricardo estaba muy enfermo. Su afección le provocó que sus uñas y su pelo cayesen y síntomas tan llamativos hicieron que pronto se extendiera por el campamento el rumor de que se estaba muriendo con la consiguiente preocupación general. La situación se hizo aún más complicada cuando el rey Felipe de Francia empezó a mostrar los mismos síntomas. Los médicos no eran capaces de dar con la causa ni con el remedio y pronto la soldadesca comenzó a hablar de un envenenamiento del agua de pozo que suplía el campamento y se escucharon voces que sugerían que debíamos irnos de allí. Sin duda, los rumores llegaron a Ricardo que tomó una decisión temeraria, aunque efectiva. Hizo que sus hombres construyeran un palanquín de madera cubierto con cortinajes y, subido en él, les ordenó que le llevasen hasta el frente del asedio. Desde allí, sin levantarse del palanquín y armado con una ballesta, Ricardo iba derribando soldados de la parte superior de la muralla mientras jaleaba a sus hombres para que continuasen con el ataque. Aquel gesto, aunque visceral y peligroso, surtió el efecto deseado y la moral de los hombres se vio una vez más avivada por la presencia y los actos de su rey que encarnaba de nuevo el papel que mejor sabía hacer, el del caballero valiente y sin temor.

Los días continuaron avanzando sin que se obtuviese ningún resultado. Todos estábamos agotados, heridos, cubiertos de sangre y sudor y los muertos se contaban por cientos en ambos bandos. Hasta ese momento no había tenido señal de Assim y mi preocupación iba en aumento porque sabía que, después de cada escaramuza, se apresaban un número ingente de soldados de Saladino. Cada día antes de retirarme me acercaba a la zona del campamento donde se retenía a aquellos infelices deseando volver sin señal que indicase que Assim podía estar entre ellos y confiando en que no se encontrase tampoco entre los muertos. Una noche, al volver a mi tienda, un ruido en los árboles cercanos me asustó. Desenvainé mi espada y me dirigí hacia el lugar del que provenía el sonido esperando encontrarme a oteadores del ejército enemigo escondidos entre la maleza. De repente, algo salió disparado de entre los árboles y se lanzó contra mí. De alguna manera, mi mente comprendió lo que ocurría e impidió que mi brazo actuase de forma refleja y levantase mi espada cercenado a la criatura que acababa de posarse en mi hombro. Cuando mis ojos vieron por fin de

qué se trataba, no pudieron evitar encharcarse con lágrimas que en este caso eran de felicidad. Se trataba de Basur, el fiel halcón de Assim que, aunque no portaba ningún mensaje, era un mensaje en sí mismo, la manera de Assim de decirme que se encontraba bien y que no debía temer nada.

Por fin, a principios de julio, nuestras fuerzas fueron capaces de abrir una brecha en la impenetrable muralla de Acre. El hueco era insuficiente para que nuestras tropas tomasen la ciudad, especialmente al ser respondidas con un feroz ataque de las tropas de tierra de Saladino, pero fue suficiente para minar la moral de la ciudad que ahora veía su fin en manos cristianas mucho más probable.

Esa misma noche, mensajeros de la ciudad llegaron al campamento para ofrecer términos de rendición, pero Ricardo y los otros gobernantes decidieron rechazarlos como inaceptables para decepción de todos los que les acompañamos que tan solo deseábamos que acabase tan largo asedio. Por nuestros espías sabíamos que la ciudad había amenazado a Saladino con rendirse si no se lanzaba un ataque definitivo sobre nuestras fuerzas que pusiese fin al asedio, pero el ataque no se produjo. Saladino se limitó a repeler nuestros golpes, pero sin lanzar el suyo propio, como si supiese que el fin de aquel sitio estaba cerca.

Finalmente, el doceavo día de julio la ciudad ofreció de nuevo su rendición que esta vez fue aceptada. La única condición impuesta por Saladino para acordar la entrega de la ciudad fue que el representante de la cristiandad en las negociaciones fuese Conrado de Montferrat, al que conocía y respetaba del sitio de Tiro. Su condición fue aceptada, aunque la rabia de Ricardo era evidente al no ser Guy el elegido para tal propósito.

Conrado resultó ser un negociador justo y efectivo y, tras unas breves horas en el interior de la ciudad, su figura apareció en lo alto de la muralla de Acre enarbolando los pendones de los tres señores allí presentes, Ricardo, Felipe y Leopoldo. Pero incluso en aquel momento de felicidad el orgullo de Ricardo habría de encargarse de embarrar las aguas.

Los tres señores cristianos entraron en la ciudad vestidos con las mejores galas que les permitía una campaña militar y acompañados tan solo por sus más fieles entre los que, sobra decirlo, no fui incluido. Desde mi tienda en el campamento podía oír los gritos de júbilo y celebración de los soldados cristianos alegres por su victoria sobre el infiel. Nadie recordaba ya a los muertos ni a los muchos heridos que aún luchaban por sus vidas en la improvisada enfermería del campamento. A pesar de todo, yo mismo sentía desahogo de saber que

aquel asedio interminable había llegado a su fin. Al menos tenía la seguridad de que Assim había sobrevivido, aunque fuese para luchar otro día. Por desgracia, el terror estaba muy lejos de terminar en Acre.

Al principio sólo fue un murmullo, fácilmente confundidle con la celebración, hasta que poco a poco su volumen comenzó a aumentar y el sonido de armas chocando unas con otras llegó inconfundible hasta mí. Por un instante pensé que las tropas de Saladino se habían lanzado en un ataque desesperado contra nuestro campamento, pero el origen del sonido era bien distinto.

Vi varios soldados de nuestro ejército encaminándose hacia la refriega y quise detenerles para preguntar, pero en ese instante el señor De Guéret llegó corriendo hasta mí.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté al hombre que llegaba sin resuello.

—Son los hombres del duque Leopoldo, se enfrentan a los nuestros.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Ha sido el rey! —respondió con cara de horror.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué ha hecho ahora Ricardo?

—Felipe y él le han recriminado al duque que su bandera hondee sobre las murallas. Consideran que solo las de los reyes deberían hacerlo. Él ha argumentado que es el representante del sacro imperio romano y Ricardo le ha acusado de considerarse más digno cristiano que ellos y ha ordenado a sus hombres que arrancaran la bandera y la echaran al foso. El duque, ofendido, ha salido como alma que lleva el diablo y sus hombres al ver lo ocurrido han empezado a atacar a los nuestros.

—Pero, alguien debe parar esto, ¿no ha habido bastante muerte que tenemos que matarnos entre nosotros?

—¡Es culpa del rey, todo es culpa del rey! —Y gritando como si hubiese perdido la razón se alejó de mí en dirección a la contienda.

Por suerte, en medio de aquel despropósito, el duque tuvo el buen sentido de pedirle a sus tropas que se retirasen y volviesen a los barcos que les habían traído hasta allí, partiendo tan pronto como la marea se lo permitió. No fue el único. El rey Felipe, tras haber llegado a un acuerdo con Ricardo para el reparto del botín y comprobar que no habría tal en lo relativo a la corona de Jerusalén, abandonó aquella cruzada para no volver.

Así las cosas, cualquiera hubiera pensado que Ricardo tomaría la misma decisión y, abandonando su idea de recuperar Jerusalén, volvería a sus asuntos en su propio reino, pero nada más lejos de la realidad. Pasaría casi un mes antes de que Ricardo nos diese orden de movernos de Acre y los acontecimientos que tendrían lugar en ese tiempo serían recordados para siempre.

Una noche, harto de aquella terrible espera, tomé la determinación de intentar hablar con Ricardo. Aquella situación rayaba lo absurdo. Independientemente de las diferencias que hubiesen existido entre nosotros era mucho más lo que nos unía que lo que nos separaba, mucho lo vivido a su lado y eso debía significar algo. Con suerte, si podía hacerle entrar en razón, quizá tuviese la posibilidad de influenciarle para que nos marchásemos de allí y volviésemos a casa. Nadie le conocía mejor que yo. Si alguien podía manejar sus antojos y reacciones desmedidas y tratar de encarrilarlas hacia algo con sentido, era yo. Sólo necesitaba poder volver a acercarme a él.

Cuando llegué a su tienda encontré dos hombres haciendo guardia en la puerta, así que la rodeé para llegar hasta ella por la parte de atrás, donde se encontraba el pequeño espacio usado por los sirvientes para preparar su comida y bebida, y apartando la tela que cubría aquella entrada trasera me adentré en la tienda. Otra tela separaba aquel espacio del que era para uso y disfrute exclusivo del rey. En cuanto entré en aquel pequeño habitáculo pude oír los gemidos discretos de placer de Ricardo. Me asomé por la pequeña abertura que dejaba la tela de separación y mis ojos no pudieron dar crédito a lo que veían.

Ricardo estaba sentado en su trono, de lado con respecto a mí y con las calzas bajadas y las piernas abiertas. Entre ellas, y con el miembro del rey en la boca, se encontraba el obispo Bertrand. Aquel representante de la iglesia que condenaba la lujuria entre hombres estaba cometiendo el mismo pecado que le había hecho confesar semanas antes a Ricardo. Una náusea subió a mi boca ante el cinismo y la mentira de aquel representante de Roma. Mientras intentaba decidir si debía marcharme o no, el obispo, terminada su faena, se puso en pie y se sirvió una copa de vino de una mesa cercana mientras Ricardo se desperezaba y se adecentaba.

—¡Podéis estar contento, mi señor, la conquista de Acre os convertirá en referente para toda la cristiandad! —dijo como si nada de lo que acaba de ver hubiese tenido lugar.

—¡No sé si su santidad el papa pensará lo mismo de vos si os hubiese visto hace un instante! —bromeó Ricardo.

—¡Oh, su santidad tiene sus pecados como yo tengo los míos! Pero, digamos que los que estamos más cerca de Dios tenemos ciertas licencias. Por cierto, hablando de pecados, sabéis que tenéis un tema pendiente si deseáis que Roma os apoye en vuestra ambición de ser nombrado emperador.

En ese instante no estuve seguro de lo que había oído. ¿Emperador? ¿Qué clase de idea estúpida era esa? Sabía que la ambición de Ricardo era inmensa, pero ¿emperador? ¿Emperador de qué?

—Lo sé, no me he olvidado. Además, su santidad y vos sabéis que lo he intentado. Si ese inútil de De Brie no hubiese cometido los errores que cometió en mi coronación, el problema estaría solventado.

El vello de mi nuca se erizó al escuchar el nombre de De Brie. ¿A qué se podía referir Ricardo? ¿Qué errores había cometido?

—Bueno, es evidente que confiasteis en la persona equivocada para tal misión, pero la misión permanece. Es imprescindible que la llevéis a término. Cuando finalmente seáis nombrado emperador con el apoyo de la santa iglesia de Roma, no podréis permitiros que ese hombre pueda recordarle a todo el mundo pecados de los que ya se supone que os habéis arrepentido. Necesitáis lavar vuestra imagen.

—Lo sé, por eso mismo la conquista de Chipre debía pasar por un caballeresco rescate de mi esposa y mi hermana. Aunque fuese un rescate forzado.

—Pensad que no hubo mal que por bien no viniese. Después de todo, contribuyó a daros la pátina de rey ejemplar que necesitaréis para vuestros propósitos. Pero debo volver a ese hombre, me asegurasteis que no hay ningún otro caballero con el que hayáis fornicado…

—No, es el único. He tenido cuidado de satisfacer mis necesidades con muertos de hambre que no se atreverán a hablar por lo que les conviene.

—Perfecto. Lamentablemente los caballeros no son tan fáciles de convencer de estar callados, así que no queda más opción que silenciarle para siempre. Que nadie pueda recordar vuestro pecado, Ricardo. Además, de cara a aquellos que puedan sospechar vuestra falta, será la señal de que habéis roto definitivamente con vuestro pasado. No debe repetirse en forma alguna el fallo de Londres. ¡Rodrigo de Tudela debe morir!

Salí corriendo de la tienda, aturdido por lo que acababa de descubrir en la conversación del rey con el obispo y sin saber a dónde me dirigía. Había sido traicionado por la persona a la que más había amado. Descubrir que había sido el mismo Ricardo quien había encargado a De Brie que acabase conmigo hacía que un dolor intenso en mi pecho me impidiese respirar. Yo había creído en todo momento que había sido la mano de la reina de Castilla la que había manejado a De Brie, pero había sido la del mismo Ricardo. Ahora podía entender su reticencia a acabar con la vida de quien había atentado contra la mía. Mi cabeza empezó a dar vueltas y pronto estuve tan mareado que mis piernas no pudieron sostenerme y caí sentado junto al tronco de un árbol. Todo a mi alrededor era oscuridad, debía haberme adentrado en el pequeño bosque de cedros que rodeaba el

campamento. Allí, en la oscuridad, sólo podía ver los rostros que venían a mi mente como fantasmas. El de Ricardo diciéndome cuanto me amaba, el de Assim rogándome que no confiase ciegamente en él, el de Vivienne pidiendo por su vida mientras era devorada por las llamas, el del bueno de Jacob masacrado por la multitud. Ricardo había organizado todo para librarse de mí tan pronto como le convenía a sus intereses. ¿Acaso había sentido algo por mí que no fuese lujuria? Había sido un pelele en sus manos, entregado a él en toda forma posible, sin sospechar de su verdadera naturaleza. Había cometido el mismo error que Berenguela, me había enamorado de un sueño sin saber que ese sueño era una pesadilla a la que me entregaba voluntariamente.

No sé cuánto tiempo pasé contra aquel árbol, pero el frío que precedía al amanecer me despejó la mente lo suficiente para poder moverme y volver a mi tienda con el corazón desecho y el alma en llamas, rogando por algo de paz y sosiego después de tanta tristeza. Pero no hubo tiempo.

—Mi señor Rodrigo —entró en la tienda chillando un muchacho joven, de unos quince años, al que reconocí como uno de los sirvientes del señor De Guéret.

—¿Qué ocurre? — pregunté alertado por la cara de angustia del muchacho.

—¡Mi señor os pide que acudáis cuanto antes a la explanada de los prisioneros!

—Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué la urgencia?

—¡Es el rey, mi señor, creo que se ha vuelto loco! —Y aunque estuve tentado de responder que el rey llevaba loco mucho tiempo, salí con el muchacho corriendo campamento abajo hasta el lugar que me indicaba, angustiado por saber qué nueva desgracia había de acarrearnos Ricardo.

Cuando llegué hasta la explanada, los únicos presentes allí eran Ricardo, el obispo, un par de mercenarios y, frente a ellos, los nobles aquitanos vasallos de Ricardo.

—¡No quiero oír nada más! Se hará mi voluntad y no osaré que ninguno de vosotros se oponga, estáis conmigo o contra mí.

—Pero, mi señor —se dirigió a él De Guéret como quien se acerca a un león, precavido y pausado—. ¡Os ruego que lo reconsideréis! ¿Qué sentido tiene? Saladino ha partido ya hacia el sur y pronto lo hará el resto de su ejército.

—¿Acaso os habéis vuelto imbécil, De Guéret? Precisamente esa es la ofensa. Le di un ultimátum a ese infiel, diez días para proponer los términos de la rendición de Jerusalén, y su respuesta ha sido huir como la rata que es. ¡Pues ahora sabrá que con el rey de Inglaterra no se juega!

—¡Mi señor, os lo ruego, recapacitad!

—¡Basta! Mi orden está dada, que se ejecute a todos los prisioneros y que se haga en un lugar desde donde el ejército de Saladino pueda ver lo que les ocurre a sus compatriotas y amigos. ¡Que conozcan la ira de Dios!

—¿Qué? —chillé sin poder contenerme y recibiendo la mirada de ira de Ricardo y la de desprecio del obispo—. ¡Ricardo, por lo que más quieras, entre los prisioneros hay mujeres y niños capturados en la ciudad! ¡Hay más de tres mil almas apresadas!

—¡Y todas ellas morirán cantando la gloria de nuestro señor o arderán en el infierno! —interrumpió el obispo con ojos de demente.

—¡Ricardo te lo ruego, no cometas esta locura, no seas un asesino! ¡No son soldados!

—¡Apártate de mi vista, no te he llamado y no tengo nada que hablar contigo! —me soltó con desprecio.

—¡Ricardo, escúchame, te lo ruego! —Y mi cuerpo hizo el amago de acercarse a él en un reflejo como siempre había hecho, pero de repente uno de los mercenarios que le flanqueaban se adelantó interponiéndose en mi camino y un dolor agudo como una quemazón me atravesó el vientre. Me llevé las manos al lugar del dolor y un líquido caliente las mojó. Me había apuñalado y mi cuerpo incapaz de sostenerme en pie se derrumbó. Podía oír las voces de los nobles alborotados por lo que ocurría frente a ellos, pero sólo de Guéret se arrodilló a mi lado intentando ayudarme.

—¡Lleváoslo de aquí, ponedle con el resto de los prisioneros y que sea ejecutado con ellos! —bramó Ricardo—. Pero que sea el último, para que pueda disfrutar la muerte de todos esos infieles a los que ha intentado salvar.

Noté como las manos rudas de alguien levantaban mi cuerpo de mala manera y me arrastraban alejándome de Ricardo. La voz de De Guéret pedía que me dejasen en paz, pero los otros nobles le sujetaban para que no se metiese en un problema que le acarrease mi misma suerte.

Me llevaron a la zona donde se encontraban retenidos los prisioneros —un espacio cercado y fuertemente guardado junto a la valla posterior—, y allí me ataron a un poste. En ese instante yo sólo pedía al cielo que me quisiese escuchar que me dejase morir desangrado para no tener que ver lo que estaba a punto de acontecer, pero ningún Dios se apiadó de mí. Hombres, mujeres, ancianos, niños, todos ellos fueron decapitados uno a uno en un montículo frente al campamento. No hubo piedad para nadie. Los llantos de los que veían su suerte acercarse y el olor a muerte, orín y heces, se acompañaban por los gritos a Alá jurando venganza que provenían del ejército de Saladino, apostado en la colina que quedaba enfrente y que veía

impotente como sus familias eran masacradas por la locura de un rey.

Las ejecuciones duraron todo el día y continuaron por la noche. Para aquellos que serían ejecutados al final, el sufrimiento era mucho mayor, la angustia de lo que había de llegar mucho más larga. Yo notaba como mis fuerzas me abandonaban lentamente escapándose por la terrible herida en mi vientre, pero el corazón me dolía mucho más. El frío de la noche no ayudó, la falta de sangre en mi cuerpo hacía que no pudiese contrarrestarlo y pronto todo mi ser empezó a temblar.

De repente, un ruido tras de mí me alertó, y sin saber de dónde un hombre llegó hasta mí y, pidiéndome que no elevase la voz, empezó a desatar las correas que me ataban al poste.

—¿Quién…?

—¡No digáis nada, guardad vuestras fuerzas!

—Pero ¿quién eres? ¿Por qué me ayudas?

—Me llamo Marcel, y os ayudo porque la señora me dijo que llegaría el momento en que necesitaríais mi ayuda.

—¿La señora? No comprendo, de quién habláis.

—La señora me pidió que estuviera siempre vigilante y que cuando vuestra vida estuviese en peligro os ayudase. Me dijo que preguntaríais el por qué y que debía responderos que vos salvasteis su vida y ella nunca os dejaría morir, pues para ella sois familia.

En ese instante comprendí. Esas palabras eran de la reina Leonor. Apenas podía creerlo. La misma reina Leonor de alguna manera había sabido que llegaría el momento en que mi vida correría peligro y se había encargado de que hubiese alguien para ayudarme si surgía la necesidad. ¿Acaso podía ella haber supuesto que la amenaza vendría de parte de su propio hijo? Su rostro vino a mi mente enmarcado en luz como el de una virgen y solo pude articular una palabra.

—¡Gracias!

—¡Ahora callad, os ayudaré a llegar hasta vuestra montura, pero no deben escucharnos o los dos estaremos perdidos!

Marcel era un hombre alto y fuerte y cargó con mi peso sacándome por la parte trasera del recinto de los prisioneros a través de un agujero en la valla de madera por el que debía haber entrado. Tardamos un buen rato en llegar hasta los caballos. Me extrañó no ver a ninguno de los mozos de cuadra que vigilaban las monturas, pero los pies de un cadáver que sobresalían tras un árbol me hicieron entender lo que le podía haber ocurrido.

Argento estaba preparado con su silla, una espada y una bota de cuero que confiaba que estuviese llena de agua. Como si intuyese que mi estado era grave, se inclinó para que pudiese montar en él y agradecí el calor de su cuerpo.

—¡Salid por la parte de atrás sin hacer ruido! —susurró Marcel—.

Con suerte no descubrirán vuestra partida hasta el amanecer y eso os dará algo de ventaja. No sé a dónde pretendéis dirigiros, pero tenéis agua para tres días, aunque en vuestro estado… —dijo muy serio—. ¡Bueno, que Dios os acompañe!

—¡Dios y yo hace mucho que no nos tratamos, Marcel, pero muchas gracias por todo!

—¡Pues yo diría que él no os ha olvidado, mi señor Rodrigo! Parece que se empeña en que viváis.

Y con una sonrisa y un pequeño golpe a Argento para indicarle que iniciase la marcha me despidió tras haber salvado mi vida por orden de la madre del hombre que me quería muerto.

Quizá Marcel tenía razón, quizá de alguna manera Dios no quería que muriese, pues de otra forma no se puede explicar cómo mi buen Argento fue capaz de saber a dónde dirigirse, cómo pudo soportar los varios días de recorrido sin agua, ni cómo pudimos atravesar las tierras bajo el dominio de Saladino sin que nos apresasen. Aquella huida fue para mí una especie de sueño, un viaje en el que nunca estuve completamente despierto y en el que nunca fui completamente consciente de lo que ocurría a mi alrededor.

Solo sé que de repente oí voces en un idioma que desconocía, que unas manos cálidas acariciaron mi cara y que, cuando mis ojos se abrieron lo poco que mi falta de fuerzas les permitía, fue el rostro de Assim quien me sonrió y me dijo que no debía preocuparme por nada, que podía descansar. Y mis ojos se cerraron sin saber si era para dormir o si la muerte me había alcanzado.

Cuando desperté me alegré de comprobar que la muerte no había venido a por mí y que los mismos ojos oscuros y hermosos de Assim me seguían mirando. Estaba en una habitación amplia, bañada por la luz del sol que era filtrada a través de telas de color claro en las ventanas, evitando el daño de la luz directa en unos ojos que llevaban cerrados quien sabía cuánto tiempo.

—¡Bienvenido al reino de los vivos, Rodrigo! —me dijo Assim sonriendo dulcemente.

—¡Assim! ¿Cómo es posible? —pregunté con un hilo de voz haciendo el amago de incorporarme y comprendiendo inmediatamente que no podía hacerlo.

—Es una magnífica pregunta, pero una que no puedo responderte, pues ni siquiera nosotros nos lo explicamos. Fue como si Argento estuviese guiado por la mano de Alá. Lo que ha hecho esa criatura es de una devoción absoluta, Rodrigo, casi muere por salvar tu vida.

—Pero…

—¡Tranquilo, se encuentra bien! Descansando en mis caballerizas y con todo lo que pueda desear a su alcance. Lo merece, sin duda, deben haber sido casi cinco días cargando contigo, sin descanso ni agua. ¡Como te digo, un milagro! Unos campesinos os encontraron a poca distancia de aquí y nos dieron aviso inmediato.

Sentí el deseo irrefrenable de salir corriendo a las caballerizas para abrazar a mi fiel montura y agradecerle todo el amor y devoción que había mostrado por mí, pero una vez más un dolor terrible atravesó mi cuerpo hasta la espalda y tuve que dejarme caer en el lecho. Inmediatamente un hombre de mediana edad y barba poblada se acercó hasta mí para comprobar si tenía temperatura y mirar en mis ojos, acto seguido le dijo algo a Assim.

—Este es Khalil bin Musaf, es uno de los médicos de mi señor Salah-Al-Din, fue enviado aquí para curar mis heridas, pero tal parece que una vez más Alá te ampara, sin él no habrías sobrevivido.

—¿Tus heridas? —inquirí fijándome ahora en que Assim portaba un bastón sobre el que se apoyaba todo el tiempo.

—No es nada serio, no te preocupes. Apenas un mal corte que estuvo a punto de cercenar uno de mis tendones, necesito de este buen amigo durante unos días, eso es todo.

—No se puede decir lo mismo de vos —interrumpió el médico en mi idioma y si acento alguno—. ¡No os extrañéis tanto, en mi juventud estudié en Córdoba y pude aprender las lenguas de los cristianos!

Sus maneras eran recias, sin ser desagradables, y me recordó enormemente al bueno de Asaf y su carácter agrio. No pude evitar preguntarme si aquello era algo que iba con la profesión.

—He notado que tenéis otras dos cicatrices en la misma zona, aunque de entrada posterior —explicó y recordé la herida de mi primera batalla con Ricardo y la infligida por De Brie—. Es imprescindible que protejáis esa zona mejor, si recibís otra herida más allí el daño en los órganos internos sería irreparable y moriríais.

El físico me indicó que debía guardar reposo durante varios días más y que volvería a verme una vez al día para confirmar que seguía bien y limpiar la herida si fuese necesario. Agradecí al hombre sus consejos y sus cuidados y salió de la estancia.

—No le tengas en cuenta el carácter, es duro, pero un gran médico. Ha sufrido mucho y la alegría ha escapado de su vida.

—¿Qué le ha pasado?

—Su hija Hasnah era la esposa de mi hermano mayor, Usuf, quien debía haber heredado Al-Shuruq. Por desgracia mi hermano cayó en batalla como sabes y su esposa no pudo soportar la pena y se quitó la vida. Estaba embarazada de algunos meses.

—¡Es terrible!

—Así es, la guerra sólo trae desgracia para todos los que de una

manera u otra se ven obligados a tomar parte en ella, aunque sea indirecta.

En ese momento la imagen de los cuerpos amontonados de los prisioneros de Acre vino a mi cabeza.

—Assim…los prisioneros de Acre…

—¡Lo sé, Rodrigo, lo sé! —respondió y su rostro mostró una inmensa pena.

—¡Intenté evitarlo, pero fue imposible, Ricardo ha perdido la cabeza!

—Por desgracia, la locura de uno puede volver locos a muchos. —Al ver que no comprendía a qué se refería, Assim continuó. —Las nuevas de lo ocurrido llegaron rápidamente a mi señor que acampaba tan sólo a dos días al sur de Acre. El dolor y la indignación por un acto tan cruel y deshonroso hizo que desease pagar con la misma moneda. Todos los apresados cristianos fueron ejecutados y sus cabezas dejadas en el camino para que Ricardo las encontrase a su paso. Nada puede justificar tal respuesta, lo sé, pero en su descargo debo decir que al menos esos prisioneros eran soldados, no mujeres y niños.

No pude responderle. No tenía argumentos para criticar lo hecho por Saladino por mucho que me pareciese terrible, pues Ricardo había hecho algo mucho peor antes. Assim tenía razón, la guerra era horrible para todos, los soldados y los que se encontraban en su camino, los desamparados golpeados por ella. Todos aquellos que nada sabían de por qué se luchaba y que solo habían tenido la desgracia de nacer en un bando o en otro.

—¿Sabe tu señor que estoy aquí? —pregunté de repente.

—Lo sabe, yo mismo se lo he comunicado, aunque sospecho que Khalil puede haberle informado también. No te extrañes, es su obligación como es la mía.

—¿Y cuál será mi destino entonces?

—¡Nada tienes que temer! De momento se te considera mi invitado y ya te expliqué que para nosotros las leyes de la hospitalidad son sagradas. Salah-Al-Din nunca me pedirá que las ignore. Además, su ejército está muy dividido, necesita de tantos apoyos como pueda obtener, no arriesgará perder este enclave estratégico y que Al-Shuruq se convierta en otra puerta de entrada a su reino para los cristianos.

—¿Serías capaz de hacer eso por mí?

—¡Por ti sería capaz de prenderle fuego a la mismísima Jerusalén!

Pasaron dos semanas antes de que pudiese incorporarme de la cama y hacer paseos cortos por Al-Shuruq, pero, tan pronto como eso ocurrió, noté como mi mejoría aceleraba. Los frescos jardines de la fortaleza, la amabilidad de sus gentes y el amor de Assim eran el mejor bálsamo

posible para mis heridas, no sólo las físicas sino las del alma. En uno de nuestros paseos le conté a Assim lo que había descubierto sobre Ricardo y su intención de eliminarme. Nada de lo que le conté fue una sorpresa para él que, sin embargo, respetó mi dolor y en ningún momento me recriminó que hubiese ignorado previamente sus advertencias.

—El poder vuelve locos a los hombres de voluntad frágil —me dijo —, hasta el punto de ser capaces de sacrificar todo lo que tienen, por bueno que sea, para que el poder no les evada.

—Ya no estoy tan seguro de que los actos de Ricardo se puedan justificar con una locura producida por su ambición. Si soy sincero conmigo mismo, tengo que aceptar que siempre ha mostrado este carácter volátil y violento. Ricardo no se ha transformado en otra persona, simplemente se ha vuelto cada vez más él mismo. Además, ahora tiene el apoyo de la iglesia de Roma, que no duda en alimentar a su perro de presa si eso le puede reportar beneficios, y él se siente respaldado, justificado, elegido por Dios.

—Creo que ahora se sentirá aún más reafirmado si cabe.

—¿Por qué lo dices?

—Esta mañana ha llegado un mensajero de la corte de mi señor. Ricardo ha derrotado a nuestro ejército en Arsuf, cerca de la ciudad de Jaffa. Salah-Al-Din se ha replegado en Damasco para recuperar sus fuerzas. Ricardo avanzará ahora hacia Jerusalén.

—Pero entonces, ¿qué debes hacer tú?

—Mi señor me ha ordenado dirigirme a Jerusalén y proteger la ciudad. Una tarea mucho más fácil de decir que de hacer. La ciudad está fortificada, pero no tiene apenas soldados, fueron movilizados para el asedio de Acre. Mi única esperanza es que el ejército cristiano esté tan exhausto y mermado como el nuestro.

—¿Cuándo nos vamos?

—¿Nos? —preguntó Assim incapaz de creer lo que oía.

—Claro, dijiste que harías arder Jerusalén por mí, lo menos que puedo hacer es estar allí para verlo —respondí con sorna y Assim me respondió con un beso largo e intenso que no necesitaba de palabra alguna.

Nos llevó tres días de cabalgada polvorienta llegar a Jerusalén. Dejamos Al-Shuruq un grupo de apenas unos ciento cincuenta hombres, todos guerreros curtidos en numerosas batallas.

Assim había aceptado con reparos que le acompañase a cumplir las órdenes de su señor, pero tuve que intentar pasar tan desapercibido como fuese posible ante la posibilidad de encontrarnos con otras tropas del ejército musulmán que cuestionasen mi presencia en aquella empresa. Así que hice todo el viaje vestido como uno de mis anfitriones, con la capucha de mi vestimenta sobre la cabeza y en el centro del grupo, sin hablar con nadie y pendiente en todo momento de si aparecía algún jinete en el horizonte.

A Lauro le habíamos dejado en Al-Shuruq, pues de ninguna manera ni Assim ni yo pondríamos en riesgo su vida por mucho que protestase y se enfadase por tener que estar alejado de nosotros. Al dejarle en la fortaleza tuve la misma sensación de pérdida que al abandonar a mi pequeña Heléne en Aquitania, aquella sensación terrible de saber que no volver era una posibilidad en manos de los dioses.

Llegamos a Jerusalén un atardecer cuando el sol bañaba sus murallas pintándolas de un color dorado. Había oído hablar tanto de aquella ciudad, de lo importante que era para el mundo, que el color dorado encajaba perfectamente en la imagen que tenía en mi cabeza de lo que debía ser. Un lugar que más que una ciudad era un tesoro. Pero, a medida que nos acercábamos a ella y la luz dejaba de ser tan intensa, la triste realidad de aquel paraje mítico se clavó en mis ojos.

Jerusalén era una ciudad grande en extensión, al menos comparada con la mayoría de las otras ciudades que había conocido en mi vida, pero aquello era todo lo que quedaba de la grandeza que sin duda algún día debía haber tenido. Las murallas de la ciudad, que otrora debían de haber sido una insalvable barrera para cualquier atacante, estaban derribadas en varios lugares dejando expuesto el interior de la urbe y, en algunos casos, haciendo que los huecos acaben por usarse como vías de entrada y salida de la ciudad. Incluso las zonas que aún estaban en pie parecían hacerlo casi por arte de magia, amenazando derrumbe inminente.

—Veo que el espejismo ya se ha disipado de tus ojos —me dijo Assim que se había quedado retrasado para cabalgar a mi lado.

—¿Esta es la ciudad por la que tantos hombres han dado su vida?

—¡Esto es lo que los hombres hemos dejado de ella, me temo! —respondió mirando fijamente a las murallas—. ¿Acaso esperabas que estuviese forrada en oro?

—¡No, claro que no! ¡O quizá sí, no sé! Al menos esperaba que un lugar tan relevante para tanta gente y por el que se ha derramado

tanta sangre no estuviese en este estado de abandono.

—Jerusalén hace muchos siglos que no es una ciudad rica. Su gran valor es el simbólico, el religioso. Es el valor que la fe de los hombres le ha atribuido. Esta ciudad es un conjunto de lugares de culto para tres grandes religiones. Para los cristianos el sitio donde crucificaron a vuestro cristo, para nosotros los musulmanes es el lugar donde el profeta Mahoma oró toda la noche antes de ascender a los cielos, y para los judíos la ubicación del antiguo templo de Salomón y la piedra del sacrificio de Isaac. Tras la conquista por parte de mi señor Salah-Al-Din, la ciudad se debería haber fortificado de nuevo, pero entonces volvieron los reyes cristianos a nuestra tierra y fue necesario dedicar los recursos a proteger mucho más que Jerusalén, los puertos comerciales del mediterráneo.

Me era fácil entender lo que Assim me contaba, el dinero siempre había sido lo que había movido el mundo. Incluso la cruzada de Ricardo, aunque bajo la excusa de recuperar la ciudad de Jerusalén, había comenzado por conquistar aquellas ciudades portuarias de tierra santa, donde las rutas comerciales estaban obligadas a atracar.

—Según la Iglesia cristiana, Saladino no permite las peregrinaciones a la ciudad. Jerusalén es ahora totalmente musulmana…

—Otra mentira más de Roma. La ciudad está controlada por mi pueblo, pero aún viven en ella muchos judíos y algunos pocos cristianos. Cuando Salah-Al-Din tomó la ciudad permitió que todo aquel que lo desease se marchase sin daño y con todas sus posesiones. Muchos judíos decidieron quedarse y están protegidos por nuestras leyes. Muchos otros van y vienen como les place sin que se les impida. Los cristianos decidieron marcharse en su mayor parte y apenas encontrarás unos pocos que intentan pasar lo más desapercibidos posible. Parar los peregrinos cristianos la ciudad sí está cerrada, pero tan solo porque la iglesia de Roma no estaba dispuesta a conformarse con que se les permitiera visitar sus santos lugares, querían el control absoluto.

—Eso es propio de los cristianos —admití—, necesitan controlarlo todo hasta ahogar a todo el mundo. No pueden permitir que nadie se escape a su influencia y pueda cuestionarles.

—No creas que es muy diferente para los que no somos cristianos, Rodrigo —me respondió sin detener el caballo y mirando fijamente a la ciudad—. En todas las religiones existen grupos de personas que se consideran iluminados por Dios y que desean imponer su criterio a los demás. Quizá en el caso de los cristianos es más evidente porque esas voces son las que dirigen su iglesia, pero todos los hombres somos iguales, nos mueven las mismas cosas, cometemos los mismos pecados y en el momento de nuestra muerte, cuando ya es demasiado tarde, todos nos damos cuenta de lo minúsculo de nuestra relevancia.

Assim no dijo una palabra más, como si aquello que acababa de comentar pesase en verdad en su corazón. El resto del camino hasta la ciudad me quedé pensando lo diferente que sería todo si los hombres aceptásemos que en el fondo somos todos iguales y que las diferencias que tanto acaban importándonos, tan solo son mentiras que creamos nosotros mismos.

Entramos en la ciudad por la puerta de la columna, pequeña y cuadrada, con una pequeña torre de un solo piso construido encima. A medida que nuestras monturas iban ascendiendo las calles de la ciudad en dirección al palacio del gobernador musulmán, comprobé que no había nada en aquella ciudad considerada santa que la distinguiese de cualquier otra. Sus habitantes iban y venían, ocupándose de sus vidas, sin prestar atención a los soldados que paseaban por sus calles, acostumbrados a su presencia. Encontramos un par de edificios cerrados a cal y canto que según Assim habían sido iglesias. Ahora aparecían abandonados y tapiados, sin ningún símbolo que recordase su antigua significación. Muchos otros presentaban sobre ellos la media luna musulmana y asumí que debían ser mezquitas o algún otro edificio de relevancia religiosa.

Cuando llegamos al palacio —una construcción minúscula que en el exterior no tenía nada que permitiese deducir ningún papel relevante en el gobierno de la ciudad—, unos soldados nos recibieron en la puerta y mostraron sus respetos ante Assim, pero me sorprendió ver que el gobernador no estaba entre ellos. En mi afán de pasar desapercibido le había indicado a Assim que dormiría donde lo hiciesen sus criados, pero, ignorando mi comentario, me había sido asignada una pequeña habitación junto a la suya donde esperé pacientemente a que terminase su reunión con el gobernador y que me pusiese al día de la situación de la ciudad. Cuando por fin apareció, su rostro estaba cansado y delataba la preocupación que aquella charla le había provocado.

—¡Déjame adivinar! Lo tenemos complicado, ¿verdad?

—Bastante más de lo que esperaba, en realidad —dijo con una media sonrisa—. La peor parte es que no tenemos fuerza alguna de la que hacer uso.

—¿Cómo? ¿Qué ocurre con los soldados del gobernador?

—¡Que no existen! La ciudad es un lugar tranquilo, no hay revueltas que sofocar, todo el mundo intenta seguir con sus vidas de la mejor manera posible. Ante una amenaza cristiana siempre se ha creído que el ejército de mi señor aparecería en la puerta para sofocarla, así que la guarnición que estaba en la ciudad ha sido desplazada en su mayoría a combatir en los otros puntos estratégicos del reino. Apenas

si quedan dos decenas de hombres.

—¿Sólo?

—Ni siquiera sé si llegan a ese número. Y lo que es peor, mis oteadores han confirmado que las huestes de Ricardo se encuentran apenas a tres jornadas de aquí, mientras que las de mi señor Salah-Al-Din están al menos a cinco. En caso de asedio, aunque se apresurasen en nuestro auxilio, no llegarían a tiempo de hacer nada.

—¡Sabes tan bien como yo que no podemos defender esta ciudad tan solo con tus hombres!

—¡Lo sé! Y créeme que no sé qué hacer…

—Yo sí.

—¿Cómo? Te voy a agradecer que me ilumines, Rodrigo.

—Si Ricardo se presenta frente a la ciudad con sus máquinas de asedio, no tenemos posibilidad alguna de salir victoriosos, así que creo que no debemos intentarlo.

—¡No te entiendo!

—Olvidémonos de salvar la ciudad, centrémonos en resistir los dos o tres días que tu señor necesita para llegar hasta aquí y confiemos en que lo haga.

—Eso es fácil de decir, ¿has visto las murallas de la ciudad?

—Sí, claro que sí, pero lo importante es que Ricardo no.

—¿Y?

—Que Ricardo no sabe de su estado. Si conseguimos que parezca que están reconstruidas o reforzadas se pensará si atacarlas y eso nos dará algo de tiempo. Mientras tanto, estableceremos un perímetro alrededor de la parte central de la ciudad y crearemos un bastión en el que la gente pueda refugiarse y que nosotros estemos seguros de poder defender hasta la llegada de refuerzos.

—¿Pretendes engañar a Ricardo?

—Ricardo es como un toro enfadado, su estrategia es la de lanzarse adelante. Si ve las murallas con aspecto sólido tendrá que montar sus máquinas de asedio y eso le retrasará, dándonos más tiempo a nosotros.

—Pero nosotros no somos suficientes para hacer que las murallas parezcan sólidas en tres días.

—Nosotros no, pero Jerusalén sí.

—No sé si los habitantes de la ciudad estarán dispuestos a ayudar. Han sufrido demasiado ya, Rodrigo.

—Lo harán si eso les permite seguir vivos. Les convenceremos.

—Muy bien, si queremos ir adelante con esta locura, será mejor que empecemos cuanto antes.

—Exacto, debemos comenzar mañana mismo.

Al amanecer del día siguiente bajé al patio del palacio y me encontré con varias decenas de hombres que habían acudido a la llamada de Assim prestos a cumplir con aquello que se les pidiese por proteger su hogar. El gobernador, un hombre panzudo y sudoroso entrado en años, acompañaba a Assim mientras hacía recuento de los que habían acudido y les preguntaba por sus habilidades u oficios a fin de destinar a los trabajos más pesados a los que mejor y más rápido pudiesen desempeñarlos.

—¿Sabemos si vendrán algunos de los judíos? —pregunté al acercarme a ellos y comprobar que todos los hombres allí presentes eran musulmanes.

—¡Cómo te atreves a dirigirme la palabra, perro cristiano! —me espetó el gobernador mirándome con un rostro que demostraba un odio profundo. No tuve tiempo de responder, inmediatamente la espada de Assim se interpuso entre él y yo, y su voz bramó en el patio haciendo que todo el mundo callase.

—Nuestro señor Salah-Al-Din me ha encomendado la tarea de proteger esta ciudad y a todos sus habitantes, incluido un cerdo apestoso como tú. Eso significa que esta es mi ciudad hasta el día en que yo mismo la entregue de vuelta a mi señor. Este hombre es mi invitado en mi ciudad, ¿lo has entendido? Oféndele una vez más y te prometo que abriré tus entrañas para que se desparramen tus tripas y colgarás de las murallas de Jerusalén para que los buitres devoren vivo lo que quede de ti. ¿Comprendido?

El hombre no respondió, limitándose a mirar a Assim como si acabase de aparecerse ante él el mismísimo demonio.

—¡Responde! —gritó Assim, acercándose aún más a él y presionando la espada contra su pecho, haciéndole temblar.

—¡Cómo vos ordenéis, mi señor! —dijo haciendo una reverencia que por poco le hizo tocar con su amplia barriga en el suelo y retirándose casi a la carrera.

Cuando nos hubo dejado le agradecí a Assim el gesto, pero le recordé que nada me importaban los desplantes de aquel hombre.

—¡Me importan a mí, Rodrigo! No sólo porque no permitiré que te ofendan en mi presencia, sino porque no puedo permitir que se cuestione mi mando, no en estas circunstancias. —Y comprendí a que se refería. La ciudad estaba al borde de la destrucción si no conseguíamos unir a todos sus habitantes bajo un mismo propósito y los desafíos a su autoridad solo serían un ruido innecesario y una distracción.

De repente, uno de los soldados del gobernador que estaban en el patio junto a Assim se dirigió a él su propio idioma, pero claramente refiriéndose a mí.

—Los judíos no vendrán —me explicó Assim—, el consejo de

ancianos no lo permite.

—¿Por qué? Son sus vidas las que están en peligro tanto como las nuestras.

—No desean trabajar junto a musulmanes. Por más que nuestras leyes les protegen y la convivencia es pacífica, no dejan de ser los dominados. El pueblo judío ha pasado gran parte de su historia bajo el yugo de otros. Primero los romanos, luego los bizantinos, después mi pueblo y los cristianos y ahora nuevamente nosotros. Eso es una herida que deja una cicatriz duradera. Pero este hombre dice que puede ser que haya alguien que pueda ayudar, una figura respetada en la comunidad judía. Pero, no creo que si el mensajero soy yo consigamos ninguna respuesta positiva, quizá será mejor si intentases ir tú.

—¿Yo? ¿Un cristiano?

—El hijo de una judía…

—¡Quizá tengas razón! —contesté aceptando su razonamiento—. Pero, ¿podré entenderme con esta persona?

—Por lo que me dice este hombre, habla varios idiomas y trabajó en el palacio del rey de Jerusalén durante la ocupación cristiana. Puede que esta sea nuestra única opción.

El soldado me acompañó hasta la entrada del barrio judío, desde allí solo tenía que seguir las indicaciones que Assim había traducido para mí. En principio no debía ser complicado, tan solo debía subir hasta la parte alta del barrio y allí buscar la casa de una mujer llamada Ruth. Para mi sorpresa, ella era, según el soldado, la persona a quien debía convencer si quería conseguir la ayuda de los judíos de la ciudad. Por lo poco que había podido aprender del que había sido el pueblo de mi madre, las mujeres eran respetadas, pero no sabía de ninguna que tomase decisiones, así que todo aquello me resultaba extraño.

A medida que ascendía, un nerviosismo intenso se apoderó de mí agarrándose a mi estómago. Para colmo, las indicaciones que me habían dado sirvieron de poco cuando el barrio se convirtió en un auténtico laberinto de calles empedradas en el que acabé irremediablemente perdido.

No sé cuánto tiempo pasé dando vueltas por aquellas calles, muchas completamente vacías y otras con la presencia de hombres y mujeres con los que me era imposible comunicarme y que, tan pronto como me veían, se metían en sus casas y cerraban sus puertas.

Finalmente, cuando el agotamiento del ascenso por aquellas empinadas calles empezaba a ser excesivo, fui a dar a una pequeña plaza con una fuente en su centro. El lugar hacía las veces de callejón sin salida en la que desembocaba la calle por la que llegué hasta ella sin otra opción que retornar por donde había venido. La plaza bullía

de gente sentada en unos bancos labrados en la propia piedra de las paredes laterales y el sonido de las risas de unos niños que jugaban con el agua de la fuente lo llenaba todo.

Ninguna de las personas que estaban allí se inmutó por mi presencia, de hecho, ni siquiera se dignaron a dedicarme una mirada. Justo en el momento en que intentaba dilucidar cómo iba a conseguir que uno de ellos me indicase como llegar hasta Ruth, una voz profunda, pero suave como un guante de terciopelo resonó a mi lado asustándome.

—¡Has tardado en llegar, cristiano, te esperaba hace un buen rato!

A mi lado se había colocado una mujer menuda, de edad muy avanzada, vestida con una túnica marrón y un velo del mismo color que cubría su cabeza y sujetando un bastón largo que cobró sentido cuando comprobé la neblina blanca que cubría sus ojos.

—¿Sois Ruth? —pregunté tímidamente.

—Así es como mis padres me llamaron, sí. ¿Vienes? —Sus pies echaron a andar y mis manos hicieron el amago de sujetarla para guiarla hasta algún lugar donde poder sentarnos, pero para mi sorpresa la mujer se adentró en la plaza como si viese perfectamente, con seguridad, sin miedo a caer y sin ayuda alguna llegó hasta la fuente y se sentó en su borde. Tan pronto como la vieron aparecer, los niños se encaminaron a ella gritando y riendo a su alrededor y ella les respondió de igual manera, acariciando sus rostros y regalándoles sonrisas. Con fastidio por romper aquel momento de evidente felicidad me adentré en la plaza y me senté junto a ella provocando que los niños se apartasen.

—¡Lo siento, creo que les he asustado!

—Te equivocas cristiano, no te temen a ti, me respetan a mí, por eso nos dejan hablar —dijo y fue como si me hubiesen abofeteado por considerar que yo podía significar algo para aquellas gentes—. ¿Qué es lo que quieres?

—Me sorprende que no lo sepáis dado que sabéis quién soy y que venía a veros.

—Sé todo lo que pasa en el barrio judío, cristiano, pero yo no he dicho que no sepa lo que quieres, te he pedido que me lo digas tú.

El rostro de la mujer, frío como el de una estatua de mármol, claramente indicaba que había sido hermosa, incluso muy hermosa, pero ahora mostraba una distancia y una seriedad que añadía aún más fuerza a su actitud, solo comparable a la que en su momento había visto en la reina Leonor.

—Necesito su ayuda para convencer al consejo de ancianos de que el pueblo judío nos ayude en la defensa de la ciudad.

—¿Defensa contra quién?

—Contra las tropas del rey de Inglaterra que llegarán a la ciudad en

apenas unos días.

—El cristiano pide ayuda a los judíos para defender la ciudad de los judíos de un ataque de los cristianos. ¡Eso es gracioso! —dijo evidentemente divertida.

—No estoy con ellos, estoy aquí con el ejército musulmán…

—¡El cristiano que ayuda a los musulmanes, eso es aún más divertido! —me interrumpió y me di cuenta de que aquello no iba bien.

—¿Qué importa quién sea yo o con quién haya venido? Lo que importa es que trato de salvar la ciudad —respondí irritado.

—No has entendido nada, cristiano, esa es la razón por la que los judíos no te ayudarán.

En ese instante, las palabras de Assim resonaron en mi cabeza. «Jerusalén en una mezcla de lugares sagrados para mucha gente, pero es mucho más que eso».

—Intento salvar a los habitantes de Jerusalén, moriscos, judíos o cristianos, nada me importa su fe, tan solo su seguridad.

—¿Y por qué debería creer en la palabra de un cristiano? Mi sangre desciende directamente del rey David. Mi familia es realeza entre los míos y, a pesar de ello, acabé trabajando como una criada más para los cristianos que gobernaban esta ciudad —dijo irguiéndose con orgullo—. Los mismos que denostaban y denigraban a mi pueblo mientras se apoderaban de lo que habían construido mis antepasados.

—¡Os pido que me creáis porque yo no soy un cristiano, yo soy Jerusalén! —dije sin pensarlo y sin saber de dónde había salido aquello.

—¿Cómo te atreves? —gritó mientras se levantaba como por resorte.

—Mi nombre es Rodrigo de Tudela —repliqué lentamente, pronunciando cada palabra con calma, para que pudiese entender el sentido de cada una de ellas mientras me levantaba para ponerme a su lado—, soy hijo de una mujer judía, criado como un cristiano y le debo mi vida, no una sino mil veces, a un musulmán que es la luz de mis días. No llamo a Dios por ningún nombre y, sin embargo, le llamo por todos. Yo soy como esta ciudad, nacida del amor de hombres de distintas religiones, y el ejemplo mismo de que el nombre de Dios no debería ser lo que nos separe, sino lo que nos una. No pido que el pueblo de mi madre crea en mí, yo no soy nadie, tan solo pido que me ayude a que no se derrame más sangre con la excusa de servir a un Dios cualquiera. La sangre de nadie.

No me respondió. Sus manos dejaron el bastón apoyado sobre la fuente y se elevaron para acariciar mi rostro y después colocarse sobre mi pecho. Nunca supe qué era lo que quería sentir, ni si lo encontró. Sólo sé que sus ojos velados se quedaron fijos en mí y supe que me

podía ver, de alguna manera, de algún modo, con toda claridad. Pasó un buen rato antes de que sus manos cogiesen de nuevo el bastón y con una respiración profunda se giró y se alejó de la fuente dejándome allí.

—Ruth, os lo ruego, ¿le contaréis al consejo por qué necesito su ayuda?

—Rodrigo de Tudela —dijo girándose con el rostro vuelto al cielo—, el consejo ya te ha escuchado.

Y en ese momento, las personas que estaban sentadas alrededor de la fuente se levantaron al unísono y, tras mirarme profundamente, se alejaron tras Ruth sin decir una palabra y comprendí que no tendría más respuesta en aquel lugar.

Deprimido y decepcionado conmigo mismo, retorné al palacio y le expliqué a Assim mi amargo fracaso. Pasé el resto de la mañana organizando los turnos de los hombres que debían ayudar en la falsa reconstrucción de la muralla, pero al mediodía Assim llamó mi atención.

—¡Rodrigo, mira! —dijo señalando a un nuevo grupo de hombres que entraba en el patio del palacio seguido de otro, y de otro.

—¿Esos son…?

—¡Los judíos de Jerusalén, Rodrigo! ¡Ruth y el consejo han escuchado tus palabras!

Nunca en mi vida antes me había visto en una situación de tan frágil equilibrio. Los judíos habían decidido unirse a nosotros por el bien de la seguridad de todos, pero no estaban dispuestos a recibir orden alguna de sus opresores musulmanes; y estos, por su parte, no aceptaban mandatos de aquellos a los que consideraban por debajo de ellos. Con esa situación no nos quedó más remedio que hacer grupos separados que trabajasen en partes alejadas de la muralla.

No fue más fácil explicarles el porqué de aquella reparación de la muralla que no lo era en absoluto. Ni unos ni otros entendían por qué debían invertir sus esfuerzos en reparar una muralla sin ningún material que mantuviese las piedras en su sitio, sino tan solo con arena mojada. Muy acertadamente se quejaron de que aquella muralla se derrumbaría con solo mirarla y no serviría de nada frente al ejército cristiano. Y les costó aceptar que lo único que buscábamos era que Ricardo ordenase construir sus máquinas de asedio, lo cual le llevaría varios días y proporcionaría tiempo al ejército musulmán para enviarnos refuerzos. Era una trampa, un engaño que, de salir bien, podía ayudarnos a tener una posibilidad de sobrevivir que, de otra manera, simplemente no existiría.

Junto con los grupos de reparación de la muralla escogí un grupo de

hombres fuertes para reforzar, esta vez sí, una muralla resistente y segura en una zona de la ciudad donde los habitantes de Jerusalén pudiesen refugiarse. El lugar escogido estaba al norte, las ruinas de una antigua torre de defensa romana. Se trataba de una construcción que había conocido tiempos mucho mejores. Nada quedaba de los pisos de la torre, pero la muralla que debía haber servido como base para la misma aún se mantenía en pie y tras ella una red de túneles de lo que debían haber sido los sótanos de la torre aún podrían ofrecer cobijo. Además, lo que quedaba de ella se encontraba protegido en la parte posterior por la muralla del antiguo templo de Herodes lo que constituía una ventaja defensiva más.

Era consciente de que aquella torre era un espacio limitado para albergar a todos los habitantes de Jerusalén, pero confiaba en que no tuviésemos que mantener aquella posición mucho tiempo. O el ejército de Saladino acudía en nuestra ayuda, o el ejército de Ricardo acabaría con nosotros. Era una cuestión de tiempo y resistencia.

Mientras los hombres trabajaban en las duras tareas de reconstrucción, les pedimos a las mujeres que llevasen a la torre las viandas de las que pudiesen prescindir a fin de no quedar encerrados en aquel lugar sin alimento alguno. Y cuando me preparaba para un nuevo conflicto de creencias y fe, ellas nos dieron a todos una lección imborrable, trabajando juntas, musulmanas y judías, sin que les importasen sus supuestas diferencias para nada, como madres preocupadas por una única cosa, salvar la vida de sus hijos.

Después de esos días de trabajo físico incesante y de tener que lidiar con el orgullo de unos y otros, acabé derrumbado en el pequeño catre de madera de mi cuarto. Pero la noche fue corta. Me despertaron los gritos de los soldados en el patio del palacio y las carreras de un lado para otro. Ni siquiera me vestí. Cogí mi espada y salí con mi camisa de dormir y descalzo sin saber qué era lo que estaba ocurriendo. Me encontré a Assim de la misma guisa que yo, aunque sangrando en uno de sus brazos, discutiendo con sus hombres y con tres cadáveres en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cristianos —dijo apuntando a los tres cuerpos que yacían a sus pies—. Han entrado en el palacio esta noche, han matado a dos de nuestros soldados. Una lástima, no podemos permitirnos perder a ninguno de ellos.

Me agaché para inspeccionar los cadáveres. Dos de ellos habían sido abatidos con flecha, el tercero tenía un tajo terrible en el cuello.

—No los conozco, pero por su vestimenta podrían ser de las levas de voluntarios forzosos que Ricardo reclutó en Aquitania. Asesinos y ladrones con una posibilidad de hacer dinero sin dejar de hacer lo que más les gusta.

—Estos hombres no están aquí por casualidad.
—Ricardo les habrá enviado para inspeccionar nuestras defensas.
—No lo creo, Rodrigo.
—¿Por qué?
—Porque esos dos de las flechas se quedaron montando guardia, pero este otro ha entrado directo en mis aposentos. Su desconcierto al encontrarme allí fue su perdición. Creo que no me esperaba a mí, sino a ti.

Comprendí inmediatamente lo que Assim quería decirme. La presencia de aquellos hombres implicaba dos cosas, una que las tropas de Ricardo no podían encontrarse lejos, la segunda y más importante, que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de acabar conmigo, incluso a costa de revelar su posición. Era evidente que su odio por mí se había vuelto tan profundo que empezaba a arriesgar sin que le importase lo más mínimo. La intensidad del fuego de la pasión que una vez sintió por mí era ahora la hoguera que alimentaba su obsesión por destruirme.

En ese instante otro de los hombres de la guarnición vino corriendo y alertó a Assim de algo, a lo que él respondió con un profundo suspiro.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le pregunté intuyendo qué era lo que le había indicado el soldado.
—Horas. Sospecho que estarán aquí poco después del amanecer.
—Entonces no perdamos más tiempo durmiendo, hay mucho que hacer.

Dispusimos soldados en la muralla de la ciudad, estratégicamente alejados de aquellas partes que habíamos reparado falsamente para que los hombres de Ricardo no se vieran atraídos a esa parte del muro. Debía parecer que nos sentíamos seguros de la defensa que nos protegía y que estábamos preparados para repeler cualquier ataque frontal de forma que Ricardo viese como única opción factible el uso de sus máquinas de asedio.

En el interior de la ciudad, las órdenes de replegarse a la antigua torre de defensa se comunicaron a todo los barrios y las mujeres, los niños y los ancianos empezaron a ascender como un lento rio hacia el refugio.

El sol que ascendía en el cielo quedaba a nuestra espalda, lo cual nos ayudaría con nuestro pequeño teatro dificultando la visión de la ciudad. Assim montó su caballo y portando el pendón de Saladino se adelantó para colocarse frente a la puerta de la columna, reafirmando frente a los hostigadores su papel de defensor de la ciudad en nombre de su señor. Argento y yo nos colocamos a una distancia prudencial

tras él, suficiente para no obscurecer su papel de paladín, pero suficientemente cerca para que Ricardo pudiese verme y se sintiese desafiado.

Los tambores anunciaron la llegada del ejército cristiano que aparecieron como hormigas sobre el promontorio que quedaba frente a la ciudad. Cuando el sonido cesó supe que Ricardo había llegado al frente de su ejército, aunque no pudiese verle. Pasó un buen rato antes de que hiciesen movimiento alguno y, cuando ocurrió, no fue el que esperábamos.

De repente, de las filas de Ricardo un único jinete se separó y se encaminó hacia nosotros. Era imposible distinguir de quién se trataba. El hombre avanzó a paso lento hasta colocarse a media distancia entre Assim y su ejército y allí se detuvo claramente esperando que nosotros hiciésemos lo propio y nos acercásemos a aquel terreno que de momento no era de nadie.

Assim me hizo un gesto para que le acompañase y le seguí al encuentro con aquel hombre. A medida que nos acercábamos, la figura del jinete empezó a ser más clara. Un hombre avejentado, no por los años sino por la guerra, en una misión que claramente detestaba y con profunda tristeza en sus ojos. De Guéret.

—Señor De Guéret —saludó Assim formal—, bienvenido a Jerusalén.

—Mis señores, bien hallados —respondió a la formalidad.

—¿Qué ha ocurrido, De Guéret? ¿Acaso Ricardo ya no libra sus propias batallas?

—Mi rey hace mucho que ya no hace nada de lo que se espera de él, Rodrigo —respondió y la tristeza se agudizó en su rostro—. Me ha pedido que os transmita su orden de rendir la ciudad inmediatamente y, a cambio, promete respetar a las mujeres y los niños.

—¡La generosidad de Ricardo es abrumadora, pero parece que no se ha dado cuenta de que Jerusalén tiene señor, ejército y murallas! —replicó Assim.

—Os ruego que al menos consideréis su propuesta. ¡Evitad el baño de sangre! ¡Rodrigo, convencedle vos! El rey ha perdido el juicio, las atrocidades cometidas en las ciudades que hemos encontrado en nuestro camino. ¡No podéis imaginarlas! ¡Por Dios, por cualquier Dios, os lo ruego!

—Me temo que no hay nada que pueda hacer De Guéret. Assim es el señor de esta ciudad y ya le habéis oído. Si Ricardo desea tomar Jerusalén deberá prepararse para un largo asedio —mentí confiando en que De Guéret en su estado de ansiedad no detectase mi falacia—. Un asedio que no sé si su ejército puede aguantar. Estáis cansados y vuestras tropas mermadas, los dos sabemos que es así. ¿Lo sabe Ricardo?

—Rodrigo, ese hombre ya no es el Ricardo que vos y yo conocimos hace muchos años en Aquitania. A ese hombre solo le importa su propia gloria —respondió agachando la cabeza derrotado—. Transmitiré a mi rey vuestra respuesta, y que Dios misericordioso nos ayude a todos.

Giró su caballo con lentitud para enfilar su camino de retorno, pero justo antes de partir se giró sobre su montura y me habló.

—¡Rodrigo! Pase lo que pase, para mí ha sido un honor conocer a un hombre de vuestra integridad y virtud y siempre os recordaré con cariño.

Su sonrisa triste hizo las veces de despedida y supe, sin lugar a dudas, que nunca más volvería a verle y que en los próximos días, uno de nosotros —o quizá los dos— abandonaría las penurias de este mundo.

Aproximadamente medio día tras la propuesta de rendición, empezamos a ver en la distancia que el campamento de nuestros enemigos empezaba a tomar forma. Eso significaba que probablemente no habría un ataque inminente, pero no quería decir necesariamente que hubiésemos conseguido nuestro propósito. Casi al final del día, por fin uno de nuestros oteadores retornó con la noticia que esperábamos. En la parte posterior del campamento se había iniciado el montaje de las torres de asedio. Ricardo había caído en nuestra trampa y calculaba, basándome en lo que había visto en Acre, que teníamos dos días antes de que estuviesen listos para atacar, quizá algo más si el ejército de Ricardo había sufrido bajas importantes en su camino a Jerusalén.

Fueron dos días de una tensión inmensa y, el sonido constante de los tambores del ejército cristiano —sin duda ordenado por Ricardo para minar nuestra moral—, no ayudó en nada. A pesar de todo, pusimos en marcha la segunda parte de nuestro plan.

No podíamos defender la muralla. No teníamos hombres ni armas suficientes, y las dos catapultas que quedaban en la ciudad no servirían para nada sin hombres que las hiciesen funcionar. Debíamos invertir nuestros recursos en aquello que sí podíamos proteger, el refugio de la zona alta. Sin embargo, era imprescindible que el ejército cristiano no detectase que abandonábamos nuestras posiciones, así que recurrimos a un truco que ya habíamos utilizado Assim y yo en Aquitania. En aquella ocasión habíamos usado los cadáveres de los soldados abatidos sujetándolos en posición vertical con palos para que nuestro enemigo pensase que habíamos recibido refuerzos y así destruir su moral. Esta vez no teníamos cadáveres que poder usar —algo a lo que de todas maneras tanto musulmanes como judíos se

habrían opuesto tajantemente—, así que construimos muñecos con palos y paja que desde la distancia pareciesen nuestros soldados dispuestos en la muralla, mientras que los verdaderos soldados se iban desplazando hacia la torre para defenderla. Una treta que duraría sólo tanto como tardase Ricardo en lanzar el primer ataque. Y ese ataque llegó al amanecer del tercer día en medio de una gran tormenta de granizo y un cielo negro que sólo auguraban muerte.

Los primeros proyectiles lanzados por las catapultas no llegaron a impactar en la muralla, pero el temblor de su caída cerca de la ciudad pudo sentirse claramente bajo nuestros pies. Pronto algunas rocas empezaron a caer en el interior de la ciudad, derribando los edificios más cercanos a la muralla, haciendo que Assim y yo nos mirásemos sabiendo que el momento clave se acercaba. Los ojos de mi compañero observaban por encima de la muralla, pero no al ejército cristiano, sino más allá, al horizonte, en la esperanza de que nuestra salvación apareciese sobre él. Pero no ocurrió.

Pronto los artilleros de Ricardo afinaron su puntería y los proyectiles empezaron a golpear la muralla de Jerusalén. Tuvimos suerte al principio, pues sus golpes fueron a dar en la parte de la muralla que estaba intacta y que aguantó los impactos sin derrumbarse. Yo sabía que aquello no podía durar. Pronto Ricardo se daría cuenta de que no respondíamos a sus ataques o sus impactos herirían la muralla en una de las partes reconstruidas y nuestro engaño quedaría al descubierto. No me equivoqué. El siguiente proyectil golpeó la muralla en la zona reconstruida que para mi sorpresa aguantó al principio, pero finalmente acabó derrumbándose como el montón de barro que en realidad era. Casi podía imaginar los gritos de júbilo del ejército cristiano. Aquel éxito les dio fuerzas y los proyectiles se volvieron más frecuentes. Pronto la muralla acabó abierta en numerosos lugares.

De repente se hizo el silencio. Las catapultas pararon su ataque y entre los dos ejércitos no podían oírse nada más que el viento que arrastraba la arena. Sabía lo que acababa de ocurrir. Ricardo había descubierto nuestra treta.

Como si pudiese leer mis pensamientos, un rugido atronador se elevó desde la posición del ejército cristiano y una riada de hombres y caballos se lanzaron contra la ciudad.

—¡Rodrigo, es el momento, debemos ir a la torre! —gritó Assim y girando a Argento le obedecí y ascendimos las calles de Jerusalén al galope.

La puerta de la torre se cerró tras nosotros y un murmullo de terror se extendió entre todos sus ocupantes que sabían que lo que más temían había ocurrido. El ejército cristiano tenía acceso directo a la ciudad.

Dimos orden a nuestros arqueros para que se dispusiesen sobre la muralla listos para matar a quien quisiera que ascendiese la estrecha vía que llevaba a la torre. Lo habíamos preparado así de forma consciente, derribando las casas situadas en el lateral de aquella calle para hacerla más estrecha, obligando a nuestros enemigos a avanzar en grupos más pequeños que pudiésemos abatir desde la distancia.

Subimos a la torre con nuestros hombres. A lo lejos podíamos oír el murmullo del ejército cristiano irrumpiendo en la ciudad, sin duda perplejos por encontrarse una ciudad abandonada, tan solo piedra y silencio.

Mi mano se tensaba sobre el pomo de mi espada como había hecho mil veces antes en otras tantas batallas, pero esta vez había algo diferente. Junto a Ricardo casi todas nuestras batallas nos habían puesto en el lado atacante, pocos se atrevían a levantar su mano directamente contra el gran duque de Aquitania conocedores de su fama como guerrero. Casi siempre nuestras excursiones eran para castigar y devolver las cosas al orden de Ricardo. Esta vez tenía tras de mí, en el nivel inferior de la torre, cientos de almas que no merecían morir. Instintivamente mis ojos se volvieron hacia la parte superior de Jerusalén, hacia el monte Gólgota donde los cristianos decían que había muerto su Cristo. En ese momento, no pude por menos que elevar una petición, aunque sabedor de que quizá no sería merecedora de ser escuchada. Pedí ayuda para salvar a aquella gente, para salvar aquella ciudad, aunque me costase mi propia vida.

Pasaron unos instantes que se hicieron eternos, pero nadie llegó hasta la torre. Assim y yo empezamos a mirarnos sin entender qué podía ser lo que ocurría. Ricardo ya tenía que haberse dado cuenta de lo que habíamos hecho y alguno de sus hombres debía haber llegado hasta la parte alta de la ciudad y haber visto nuestra posición.

De repente un soldado apareció corriendo. Una flecha salió volando e impactó a sus pies, haciendo que se asustase y tratase de esconderse. Assim ordenó a los arqueros que parasen sin que yo pudiese entender por qué. Su voz tronó desde la muralla y fue respondida por la del hombre en su propio idioma.

—¿Qué ocurre Assim? ¿Quién es ese hombre?

—Tenemos que irnos.

—¿Irnos? ¿A dónde? ¿Estás loco?

—¡No lo entiendes, Rodrigo! El ejército de mi señor ha llegado a Jerusalén. El hermano de Salah-Al-Din lo comanda. Ahora mismo se libra una batalla por la ciudad en la explanada frente a la puerta de la columna. ¡Debemos acudir prestos a ayudarles! ¡Aún hay esperanza, Rodrigo, Jerusalén puede salvarse!

Todas las batallas son terribles, pero aquella fue especialmente sangrienta. Llegamos a la explanada al galope y nos vimos inmersos en una carnicería que ya estaba en marcha. Afortunadamente para mí, Assim había insistido en que aquel día debía portar armadura musulmana para evitar ser confundido con el enemigo, y en verdad que su petición fue premonitoria, pues el ejército cristiano aquel día fue arrasado como la hierba que es segada por la hoz.

Tan pronto como llegamos comprendí que algo no estaba bien. El ejército cristiano estaba formado por hombres heridos, cansados y su número era mucho menor del que había llegado conmigo a tierra santa. No podía comprender cómo Ricardo se había atrevido a lanzarse contra Jerusalén con sus fuerzas tan diezmadas. Frente al poderío del ejército musulmán no tenían opción alguna y pronto empezaron a oírse gritos que pedían la retirada.

Mis manos y mis ropas estaban manchadas de sangre, poco importaba de quién fuese, ni siquiera era relevante que pudiese conocer a alguna de aquellas personas. Había prometido defender a la ciudad y sus gentes de quien quiera que les atacase, musulmán o cristiano, amigo o enemigo. Tenía una misión y eso era lo único que importaba.

La batalla duró poco. Las tropas de Ricardo no podían hacer frente a nuestro ejército. Todo intento era fútil y pronto los que no yacían muertos en el suelo, corrían en retirada.

De repente, al girarme para encarar a un nuevo enemigo me encontré con De Guéret. Su rostro manchado de sangre y contraído en una mueca de dolor me miraba sin poder verme hasta que acabo derribándose en mis brazos. No tuvo tiempo de decirme nada ni sé si pudo verme en sus últimos instantes. Una espada había atravesado su pecho y había acabado con la vida de aquel soldado que, como todos nosotros, había cometido atrocidades en nombre de un rey que no lo merecía. Justo cuando aquel pensamiento cruzaba mi mente, en la distancia pude ver algo que me aterró. Ricardo, vestido con una sobreveste ensangrentada se erguía espada en alto dispuesto a descargar un golpe mortal sobre uno de los soldados de Saladino. Sus ojos no me miraban, concentrados en la víctima con la que quería acabar, con un gesto de odio y rabia profundos. Tardé un instante en bajar mi vista hasta el soldado que se encontraba postrado a sus pies, alzando su espada para defenderse de un golpe que sabía definitivo pues su enemigo mantenía la posición elevada que le daba ventaja. A pesar del caos a mi alrededor pude reconocerle enseguida. Era Assim. No tuve que pensar nada, mi cuerpo reaccionó de forma refleja. Mis manos tantearon el suelo a mi alrededor hasta que encontraron el asta de una lanza y como si fuese la mano de Dios la que me guiase la lancé contra Ricardo con todas mis fuerzas con una sola idea en

mente, salvar a quien amaba. La lanza acertó de pleno en su objetivo, el pecho de Ricardo, lanzándole hacia atrás con una fuerza descomunal y separándole de Assim que aprovechó la oportunidad para replegarse entre sus hombres. Los de Ricardo rodearon inmediatamente a su rey que con gran esfuerzo logró ponerse en pie. La cota de malla había evitado que la lanza penetrase en su cuerpo, pero le había embestido con un golpe brutal. Al levantarse, sus ojos se dirigieron a aquel que había lanzado el ataque y al comprobar que se trataba de mí que le miraba erguido, sin temor y fijamente, un grito de rabia como el rugido de un león lo llenó todo.

Sus hombres tiraron de él hasta que lograron retirarle de un campo de batalla que sabían perdido y le pusieron a salvo a pesar Lo siguiente fueron las órdenes de retirada que se extendieron a voz en grito por todas sus huestes que abandonaron el campo de batalla.

Los gritos de algarabía de los soldados de Salah-Al-Din llenaron el aire de forma que los lamentos d ellos heridos se volvieron mudos. Al-Adil, el hermano de Saladino, ordenó que las tropas se replegasen al interior de la ciudad. Los habitantes de Jerusalén pudieron abandonar la torre y regresar a sus casas y muchos de ellos, al encontrarse conmigo, se paraban para darme las gracias por lo que habíamos hecho, por mantenerles con vida.

—¡Lo has hecho bien, cristiano! —resonó la voz de la vieja Ruth a mi espalda—. ¡Cualquiera diría que Dios estaba de tu parte!

Caminaba sujeta al brazo de una joven que le hacía las veces de bastón. Y tenía una sonrisa amable en el rostro que, aunque cansado, irradiaba felicidad.

—¡Sí, tal parece que sí, aunque no sé cuál de ellos me ha tendido su mano!

—Hoy has salvado al pueblo de Jerusalén, a todo el pueblo. ¿Quién dice que no te han ayudado todos los dioses?

Y con la misma sonrisa rebosante de agradecimiento y acariciando mi rostro, se alejó con la muchacha de vuelta a su hogar.

Al-Adil había acudido a Jerusalén con instrucciones muy concretas de su hermano. Por un lado, evitar como fuese necesario la toma de la ciudad, por otro iniciar conversaciones con Ricardo para encontrar una vía diplomática al fin del conflicto. Había llegado el momento de hacer concesiones. Se enviaron mensajeros al campamento cristiano con cartas de Saladino para Ricardo en las que se le planteaban los términos para una tregua. La guerra había tenido un coste muy alto para ambas partes y Saladino sabía que no podía permitirse que aquel conflicto se extendiese en el tiempo. Pero Ricardo estaba en mayor desventaja pues su ejército había sido masacrado y eso se reflejó en

que a la mañana siguiente ordenase que su posición se replegase hasta la cercana ciudad de Beit Nuba.

De alguna manera la paz retornó a Jerusalén, o al menos una forma de ella. La ciudad santa para tres pueblos seguía siendo una ciudad ocupada, como lo había sido durante siglos, pero sus gentes, acostumbradas a vivir en la constante incertidumbre de quién sería el nuevo señor de Jerusalén, volvieron a sus rutinas haciendo lo único que podían hacer, seguir viviendo.

De golpe me encontré sin ocupación. No tenía idea de si Assim había explicado mi presencia allí o no a Al-Adil, pero como era de esperar fui mantenido al margen de todo asunto militar posterior y la poca información que me llegaba era a través de Assim.

Así las cosas, decidí pasear por la ciudad, conocer sus calles, los lugares que tantas personas veneraban y las gentes que vivían en ella. Para mi sorpresa, todos me conocían. Me convertí quizá en la única persona que era bienvenido en todas partes, sin importar mi fe ni la suya, simplemente acogido como alguien que había hecho algo bueno por todos ellos.

Y, a pesar de su acogida, yo no podía por menos que sentirme un extraño en aquella ciudad. Me faltaba algo primordial que todos ellos tenían. Un vínculo profundo, la creencia de que aquel lugar era especial, sagrado. Yo no tenía eso. Para mí nada significaban los lugares por los que había caminado el Jesús de los cristianos o donde había orado el profeta de los musulmanes. No podía decir que no creía en Dios, en algo superior a quien poder recurrir en momentos de angustia, de dolor, de soledad. Pero mi concepto de Dios no cuadraba con el que ninguna de las religiones que había conocido enseñaba. Mi Dios, aun sin forma definida, no era opresor y dado a castigar faltas que no eran más que la percepción de los hombres de lo que la virtud debía ser. Mi Dios no hablaba por boca de hombre. Mi Dios era mío, sólo mío, y esa ausencia de necesidad de imponérselo a los demás hacía que Jerusalén, ese montón de piedras apiladas que era cualquier ciudad, no tuviese para mí valor alguno más allá de sus gentes.

—¡Cristiano! ¿Quieres que la vieja Basida te lea lo que el futuro te depara? —me chilló una anciana musulmana desde la puerta de una casa haciéndome gestos sonriente para que me acercase a ella. Su sonrisa desdentada era cálida y amable, su ofrecimiento sincero, sin buscar compensación en forma alguna.

Inmediatamente me acordé de otra anciana como ella que una vez había leído mi futuro y el de Berenguela. La vieja Jida. Sus palabras resonaron en mi mente como si estuviese de nuevo a mi lado.

«Sangre de reyes llevas en tu palma y una corona hay en tu camino que ceñirá tu frente, más cuídate del león que todo lo devora pues si le dejas hasta tu propia alma acabará hecha pedazos», le había dicho a

Berenguela y en nada había errado. Berenguela se había convertido en reina, pero el León, el estandarte de Ricardo, había destrozado su vida partiendo su amor en mil pedazos.

A mí me había hablado de un largo camino de búsqueda de mí mismo, y del alto precio a pagar por la flor que embelesa. Una vez más había acertado de pleno. Tenía ya casi veinticinco años y mucho era lo que había aprendido de quién era y de quién quería ser, y mucho lo que aún desconocía. La flor de la Genista era el emblema de la familia de Ricardo, y entendía ahora que a ella se había referido la vieja Jida. Una vez más con acierto.

—Gracias madre —repliqué usando el término árabe para dirigirse a las mujeres mayores—, pero prefiero no saber nada del futuro, bastante tengo ya con cargar con el pasado.

—Y si no vacías tu alforja, ¿cómo pretendes llenarla de nuevo?

Dijo aquellas palabras como si me hubiese dicho que el día parecía nublarse, como si no tuviesen importancia, y sin más se dio la vuelta y entró en su casa. Pero en mi mente aquellas palabras continuaron repitiéndose como una letanía constante que horadaba mi corazón como el agua con la piedra. Mi pasado era una carga, una que no había escogido, pero que había decidido arrastrar. Si verdaderamente deseaba tener una posibilidad de ser feliz al lado de Assim, era imprescindible que me liberase de aquella carga, que cerrase la puerta al pasado y lo dejase marchar. El círculo debía cerrarse.

Aquella noche me vestí con mis ropas de cristiano, me eché mi jubón de viaje a la espalda y ensillé a Argento. Salimos de Jerusalén cuando ya era noche cerrada. No le dije nada a Assim de cuáles eran mis intenciones, pues sabía que trataría de convencerme de abandonar mis planes. Y en la oscuridad y el frío de la noche emprendí camino hacia la ciudad de Beit Nuba.

Me costó casi un día entero llegar hasta el campamento de Ricardo y me vi obligado a esperar tras un montículo cercano a que la noche cayera y me sirviera de amparo para poder internarme en él. No tuve mucha dificultad para pasar más allá de los guardias del campamento porque era muy pocos y carecían de la atención necesaria para su labor. Con la capucha de mi jubón bien ajustada a mi cabeza me interné entre las tiendas intentando mantenerme alejado de las hogueras que pudieran hacer que alguien me reconociese. Sin embargo, era poco probable que aquello ocurriese pues lo que se mostraba a mis ojos distaba mucho de ser un campamento militar. Por doquier había hombres postrados, heridos en batalla o enfermos con algún malestar que les incapacitaba. Aquel campamento era un hospital de campaña.

No fue difícil encontrar la tienda de Ricardo, la única protegida en

su entrada por dos soldados armados con lanzas. Mientras pensaba en cómo acceder a ella, la tela que cubría el frontal se abrió y dos musulmanes salieron por ella. Reconocí a unos de ellos inmediatamente. Era Khalil Bin Musaf, el médico de Saladino. Sin duda, algo grave debía de ocurrir para que Ricardo hubiese permitido que el propio médico de Saladino acudiese a su tienda.

Sin que nadie se percatase, llegué hasta la parte trasera de la tienda que como era habitual estaba desprotegida. Al traspasar la cortina un olor hediondo a heces y vómito que inundaba todo llegó hasta mi nariz y tuve que reprimir las náuseas.

En el interior se encontraba Ricardo, vestido tan solo con una camisa larga y postrado en su lecho cubierto en sudor y temblando. Repartidos por la tienda había varios cubos dispuestos para que hiciese sus necesidades y vomitase y que explicaban el terrible hedor que lo llenaba todo. Al notar que alguien entraba en la tienda, Ricardo abrió los ojos y reconociéndome hizo el amago de levantarse del catre y coger su espada, consiguiendo tan solo acabar derrumbado en el suelo.

—¿Has venido a matarme, maldito bastardo? —me dijo arrastrando las palabras, pues casi no podía hablar—. Adelante, ya ves que no puedo oponer resistencia. ¡No temas que no llamaré a la guardia, moriré como el rey que soy!

—¿De verdad crees que levantaría mi espada contra ti, Ricardo? En verdad que no me conoces nada…

—Si no es para acabar con el Rey de Inglaterra, ¿para qué has venido? Para regocijarte de mi desgracia, sin duda.

—Lamento que te encuentres enfermo, Ricardo, lo siento de verdad, y si algo estuviese en mi mano para ayudarte, créeme que lo haría.

—¿De verdad crees que me tragaré eso? —dijo apoyándose en el catre para intentar levantarse—. Tú eres como todos. Como mi maldito hermano que conspira para quitarme mi corona, como ese bastardo de Felipe que intenta arrebatarme mis tierras en Aquitania, como mi maldita madre que me desprecia por el dolor causado a esa niñata de Berenguela. Todos queréis una sola cosa, la muerte del rey, mi corona, mi reino.

—¡Ricardo, por lo que más quieras, no sabes de lo que hablas! Yo…

No pude terminar la frase. Una sombra proyectada por la luz de las teas se abalanzó sobre mí y a duras penas tuve tiempo de apartarme para evitar que el puñal de mi atacante me atravesase. Al girarme pude ver el rostro demacrado, lleno de pústulas y completamente desquiciado del obispo Bertrand que emitiendo un sonido gutural como el de un animal se abalanzó de nuevo sobre mí, cuchillo en alto. Quise gritarle que parase, pero en lugar de ello, mi cuerpo de soldado se giró ligeramente a la derecha mientras mi mano balanceaba mi

espada que cercenó su vientre haciendo que aquel despojo de hombre cayese muerto sobre el suelo de la tienda.

—¡No! —gritó Ricardo— ¡Maldito bastardo! Ese hombre era mi baza para mantener el apoyo de Roma. ¡Tú y esa zorra de Berenguela haríais cualquier cosa para arrebatarme mi corona!

Las palabras de Ricardo ya no tenían ningún sentido y pateando el cuerpo del obispo para apartarlo trastabilló para acercarse a mí, pero sólo consiguió caer nuevamente derrumbado sobre el catre.

—¿Acaso crees que tu corona es tan importante? ¿Tanto te ha cegado ese trozo de metal que no te das cuenta de que sólo tú estás acarreando toda esta desgracia sobre ti mismo?

—¡Mentira! ¡Todo eso es mentira! ¡Todos conspiráis contra mí! ¡Todos queréis lo que tengo, lo que soy! ¡Todos queréis ser Ricardo, corazón de León!

Su rostro desencajado era la viva expresión de la locura, de alguien que ha perdido la noción de la realidad y, por desgracia, sabía que aquello no era sólo efecto de las fiebres.

—Te equivocas Ricardo, lo único que la mayoría de nosotros hemos hecho ha sido quererte y preocuparnos por ti. ¿Acaso crees de verdad que no te he amado?

—¿Amado? ¿Tú? ¡No me hagas reír! ¿Acaso alguien que me amase me traicionaría como tú lo has hecho? Te has rebelado contra mí, contra tu rey.

—¿Acaso no he sido nada para ti? Nuestros abrazos, nuestros besos. ¿De verdad no fueron nada?

—¡Por supuesto que no! Tú no has sido más que la puta del rey —. Sus palabras salieron de su boca con maldad, dirigidas certeramente hacia el lugar en el que podían causar mayor daño. Y lo hicieron, profundamente.

—Tu orgullo es lo único que te importa…

—Por supuesto, esto es lo que soy, Rey de Inglaterra. Nací para ser Rey, y moriré siendo rey.

—Pues lo siento por ti, Ricardo — dije con una pena inmensa—. Por tu corona has perdido mi amor, el más grande que jamás has tenido. Por tu corona has perdido a tu familia. Y por tu corona te has perdido a ti mismo, teniendo que negar tu propio corazón para arrodillarte frente a la Iglesia de Roma. ¡Nunca tuvo un reino tan alto precio!

Sus ojos se quedaron mirándome fijamente y por un instante volví a ver en ellos el brillo inmenso que había visto la primera vez que le conocí, cuando él era el duque de Aquitania y yo simplemente Rodrigo. Una pequeña ascua del amor que un día había sentido por él quiso arder de nuevo en mi corazón, pero sofocada por el odio de sus palabras, murió inmediatamente para nunca más resurgir.

Miré a aquel despojo de hombre tirado sobre un catre, incapaz de

levantarse, observándome con el rostro de un demente, poseído por un odio indescriptible. Y grabando aquella imagen en mi corazón a fuego vivo para que dejase una cicatriz que no olvidase jamás, salí de la tienda dejando en ella todo mi pasado, dispuesto a abrazar el futuro con todo lo que me trajese.

EPILOGO

Cerca de Poitiers, 1193.

El sol de finales de junio golpeaba con injusticia, haciendo que tanto yo como Argento transpirásemos profusamente mientras recorríamos el camino polvoriento que llevaba hasta la casa.

No era el tipo de residencia que esperaba encontrar, pero tenía dos niveles, lo que parecía una pequeña torre de defensa y estaba fortificada, suficiente para garantizar la seguridad de sus ocupantes.

A medida que me acercaba, vi que había gente en la puerta. Parecían ser campesinos que llevaban un carro, seguramente con las pocas mercaderías que pudiesen venderle a la casa, y habían sido parados por los soldados que custodiaban la entrada. La única señal del estatus de sus habitantes.

Una de las personas que estaban junto a los campesinos era una mujer, alta, delgada, con el pelo oscuro y recogido en un moño alto, ataviada con un vestido de lana que debía estar haciéndola sufrir bajo aquel sol. Parecía discutir con los campesinos, como si intentase regatearles el precio de lo que deseaban vender.

Paré a Argento en seco, mis manos empezaron a temblar y a duras penas podía sujetar las riendas. Había pasado más de un año y aunque había llegado hasta allí convencido por Assim no creía encontrarme preparado. No sabía si en algún momento lo estaría. Bajé de mi montura, pero no me moví de su lado, tan solo observando la escena en la distancia, habiendo reconocido a sus protagonistas.

La mujer se giró súbitamente. Uno de los soldados le había alertado de mi presencia. Sus ojos se clavaron en mí en la distancia, sosteniendo mi mirada de una manera férrea. No sabía si sería ella quién echase a correr y huyese de allí o si debía hacerlo yo.

De repente, dejó caer al suelo lo que sostenía y sus pies echaron a correr hacia mí tan rápido como le permitía su largo vestido que intentaba alzar con sus manos. Fue la señal que necesitaba mi corazón. Mis piernas respondieron haciéndome ir hacia ella, primero despacio, aún con temor, después con la premura de quien nada teme.

No hubo palabras durante mucho tiempo. Nuestros cuerpos se lanzaron uno contra otro, golpeándose sin decoro. Mis brazos alrededor de su talle fino, los suyos rodeando mi cuello. Ni siquiera nos miramos a los ojos, tan sólo nos abrazamos sin querer dejarnos marchar, diciéndonos mil cosas que solo Berenguela y yo podíamos entender.

La última vez que nos habíamos visto la rabia y el despecho habían tomado las riendas de sus palabras, esta vez tan sólo existía la felicidad del reencuentro.

—¡Rodrigo! ¿Eres tú, Rodrigo? Santa María santísima, ¿es posible? —dijo con los ojos encharcados y una sonrisa que llenaba su rostro.

—¡Claro que soy yo, Berenguela, por supuesto que soy yo! —repliqué abrazándola de nuevo.

—¡Creí que nunca más volvería a verte! ¿Cómo es posible este milagro?

—No es un milagro, llevo queriendo venir a verte desde el mismo día que te marchaste de Limassol, pero las cosas se complicaron, ha pasado mucho y…

—¡Calla! ¡Calla, Rodrigo, te lo ruego! ¡Nada de todo eso me importa lo más mínimo, lo único que me importa es que estás aquí! El resto es el pasado. ¡Anda vamos dentro o nos insolaremos! ¡Vaya día has escogido para venir! —Y su risa cantarina me llevó de la mano al interior de la casa, a un salón grande y fresco con una gran mesa de madera, donde unas muchachas nos sirvieron agua fresca y algo de fruta.

—¡No es mucho, pero confío en que no me lo tengas en cuenta!

—No necesito nada, Berenguela, he venido a verte, no a comer tus viandas —dije riendo.

—¡Ya sabes que no me tolero a mí misma ser mala anfitriona! Pero no recibo muchas visitas, la verdad.

—¿Qué haces aquí, Berenguela? Quiero decir, ¿por qué no estás en Poitiers? Es tu casa por derecho.

—Lo es, y durante unos meses viví allí, pero más allá de su belleza, el palacio ducal es frío y sus pasillos angostos cuando no se tiene alguien cercano con quién recorrerlos. Y dado que me niego a vivir en Inglaterra, decidí que mudarme a un lugar más pequeño era mejor opción para mí. Estoy a medio día de Poitiers de todas maneras y aquí la vida es más sencilla, más parecida a Navarra.

—¿No has ido a Inglaterra desde que volviste de Chipre? —pregunté sorprendido.

—¡No, ni pienso hacerlo! La reina Leonor ha insistido varias veces en que debería residir allí, pero mis relaciones con el hermano de Ricardo, Juan, son de todo menos afables y no me veo con ganas de vivir en un nido de víboras.

—¿Así de mal está la cosa?

—Así de mal. Juan no ha aceptado que es simplemente el regente hasta el retorno de Ricardo y se porta como si la corona fuese suya por derecho. Yo le he recriminado su actitud las pocas veces que ha venido a Poitiers a ver cómo iban las cosas en Aquitania, y eso me ha convertido en persona non-grata para él. Lo cual es un problema dado que es él quien gestiona mi asignación como reina.

—¿Cómo? ¿Juan gestiona tus finanzas?

—Así lo dejó estipulado mi querido esposo —replicó y noté la

acidez en el término—. Si no fuese porque la reina Leonor no le permitirá nunca que me perjudique en manera alguna, no sé qué sería de mí. No sé qué ocurrirá el día que ella falte.

—¿Se encuentra bien? Ya tiene muchos años…

—Sí, se encuentra bien. Ya sabes que es una roca. Hasta el mismo día que Dios la llame a su lado estará dando guerra. —Su rostro mostraba que su aprecio por ella era sincero y profundo—. Supongo que estás al tanto de lo ocurrido con Ricardo. Fue un golpe duro, ya sabes que es su hijo predilecto. Si para cualquier madre sería doloroso que aprisionen a su hijo, para ella lo ha sido aún más.

Yo estaba al tanto del cautiverio de Ricardo porque las noticias habían llegado hasta la corte de Saladino. Tras los acuerdos que permitían a Saladino mantener Jerusalén a cambio de tolerar el peregrinaje de cristianos a la ciudad y otras prebendas económicas, Ricardo había abandonado tierra santa, forzado no solo por su salud sino por las noticias que le llegaban de la nefasta gestión que su hermano Juan hacía de su reino. En su camino de vuelta, una tormenta empujó su flota hacia la ciudad de Aquilea y se vio obligado a atravesar el reino de Austria, donde el duque Leopoldo le apresó con la excusa de que él era el responsable de la muerte de Conrado de Montferrat, asesinado el mismo día que fue nombrado rey de Jerusalén. El duque Leopoldo había pedido un rescate de cien mil marcos para liberar a Ricardo, una cantidad imposible de asumir para cualquier corona y que, hasta ese momento, aún no había sido reunida, por lo que Ricardo continuaba en cautiverio.

—¿Qué sabéis de él?

—Sabemos que está vivo y a salvo. El duque Leopoldo le trata de acuerdo con su rango, no está tirado en una celda mugrienta y oscura. —Por un instante me pareció que Berenguela sugería que eso era lo que merecía.

—¿Y el rescate?

—Lento. Juan ha creado varios impuestos para exprimir a nobles y villanos por igual, pero estoy segura de que sólo una mínima parte de lo que recauda se destina al rescate, el resto va directo a sus bolsillos. Ni a él ni a Felipe de Francia les interesa que Ricardo vuelva y procuran dilatar el retorno tanto como les es posible.

—¿Y tú? ¿Deseas tú que vuelva? —pregunté con osadía sin confiar en recibir respuesta.

—La única razón por la que deseo que Ricardo sea liberado es para librarme de Juan.

—Cuando te marchaste…, pensé que pedirías la anulación de tu matrimonio y volverías a Navarra.

—No puedo hacer eso, Rodrigo. A los ojos de Dios soy la esposa de Ricardo, y de mi matrimonio dependen alianzas que se verían rotas si

se anulase —me respondió con la pena en el rostro de quien debe vivir una vida que no ha escogido—. Mi sueño resultó ser solamente eso, y lamento los muchos años que dediqué a ese sueño, porque al final se convirtió en pesadilla.

Su rostro se entristeció y una especie de halo gris lo cubrió haciendo que mi pena pesase aún más, pues me consideraba responsable de parte de su desgracia.

—¡Berenguela, yo…lo siento!

—¡No seas tonto, Rodrigo! —dijo y su rostro se iluminó ligeramente de nuevo—. ¡No necesitamos hablar de esto, de verdad! El tiempo ha pasado y yo he tenido tiempo de pensar y comprender que tú no pudiste escapar de su dorada tela de araña como me pasó a mí. ¡Seamos sinceros! Era imposible no enamorarse de aquel caballero en armadura de oro. No sé cómo fue para ti, Rodrigo, pero para mí, todo fue como un espejismo de esos que se ven en los desiertos.

—¡Créeme Berenguela, para mí fue igual de duro!

Le conté de lo que había descubierto de Ricardo, de su obsesión con la corona, de cómo me había utilizado y llegado el momento había intentado eliminarme sin importarle nada de lo que habíamos compartido. De sus actos terribles en Acre y de su demencia la última vez que pude verle. No me callé nada, haciendo pedazos lo poco que quedaba del Ricardo que una vez amé.

—¡Es duro descubrir el demonio tras el ángel! —dijo más con resignación que con pena—. ¿Qué puede llevar a un hombre a convertirse en eso?

—¡No lo sé! Pero lo que sí sé es que ni tú ni yo merecemos eso en nuestra vida, que merecemos ser felices, tanto como podamos, tanto como la vida nos deje. Y que los dos estamos mejor sin ese sueño que nos cegó y nos hizo ver lo que no era.

—¿Te arrepientes de haberle amado? —me preguntó de repente, dejándome confundido porque no esperaba aquello.

—¡No, no puedo arrepentirme porque le amé de verdad! —respondí tras un instante y con toda mi verdad—. Amarle me ayudó a saber quién soy, a crecer, a descubrir el mundo con toda su crueldad y eso es bueno, pero he entendido que el amor no correspondido es tan sólo medio amor y yo merezco que me amen completamente.

—¿Assim? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Assim —asentí con la misma sonrisa.

—¿Pretendes quedarte en Al- Shuruq?

—Ese es ahora mi hogar, Berenguela. Salah-Al-Din me aceptó en su ejército sin pedirme que tomase su fe y por ello estoy agradecido. Tras su muerte, su hijo Al-Afad es ahora el señor de Damasco y no sé lo que ocurrirá, pero sí, mi intención es permanecer en el lugar donde soy feliz. De hecho, además de venir a verte, he venido a buscar a Heléne.

—¡Ah, sí, tu pequeña Heléne! Assim y tú habéis formado vuestra propia familia.

—¡Así es! ¿Sabes que Lauro también está con nosotros?

—¿Cómo? ¿Mi pequeño Lauro está sano y salvo?

—Sí, tras el ataque de Ricardo a Limassol no volvimos a ver a la madre del chiquillo y Assim lo tomó bajo su protección. Te sorprendería ver lo mucho que ha crecido en este tiempo.

—¡Soy tan feliz por ti, Rodrigo! Es tanto lo que has logrado en tu vida desde aquel día en que te llevaron a nuestro castillo en Tudela. ¡Parece que fue hace tanto tiempo!

—Llegué a tu vida sin saber quién era, sin familia, sin nadie que me quisiese. Pero la vida me ha dado la oportunidad de saber quién soy y de encontrar quien me ame como soy.

—Y tú has tenido el valor de abrazar tu identidad. No todo el mundo es capaz de hacerlo, Rodrigo. Has demostrado que no estás dispuesto a aceptar que nadie te obligue a fingir ser quien no eres, que eres fiel a ti mismo y a los que quieres sin importarte el coste. Nunca he conocido a nadie más valiente que tú, y por todo ello te quiero aún más.

Sus brazos me rodearon el cuello y en aquel momento entendí que el amor que existía entre ella y yo era más fuerte que el acero, más fuerte que la roca, más fuerte que el tiempo. Era verdad, frente a todo y a todos había luchado para conocer quién era, de donde venía y qué era lo que quería. Eso era el verdadero valor y no el del soldado en la batalla, porque en este mundo en el que Dios, fuese cual fuese su nombre, nos había colocado, lo más difícil era combatir la intransigencia de los hombres, y a veces la nuestra propia.

Pasé dos días en casa de Berenguela en los que recordamos los momentos que pasamos juntos en Navarra, nuestra infancia que, a pesar de todo, había sido muy feliz. Berenguela incluso me explicó con orgullo cómo había logrado enseñar a una de sus cocineras a hacer flaones, aquellos dulces que en tan serios problemas nos habían metido de pequeños. Y allí, comiendo aquellos pasteles de nuestra infancia reímos y lloramos, como siempre habíamos hecho, como si el tiempo no hubiese pasado.

Pero el tiempo es inexorable y hube de partir dejando a una Berenguela sumida en lágrimas, sabedora como yo, aunque ninguno lo dijésemos, que probablemente no nos volveríamos a ver.

A lo largo de los años nuestra correspondencia era tan frecuente como permitían los navíos que iban y venían entre tierra santa y Aquitania. Y con aquellas misivas manteníamos viva la llama del amor que había prendido entre nosotros en Tudela. Gracias a ellas, supe de

la muerte de Ricardo. Una parte de mí se entristeció, pues Ricardo había sido un gran amor en mi vida, aunque ese amor fuese imperfecto e incompleto. Un tiempo después fue la reina Leonor quien falleció y para mí fue como si una parte de mi vida entera se desmoronase. Hasta que un día las cartas dejaron de llegar.

Las manos arrugadas del anciano en el que me había convertido apretaron con fuerza la última misiva de Berenguela en la que me comunicaba su decisión de ingresar en un convento de su propia fundación cerca de LeMans, la ciudad en la que había pasado sus últimos años. En ella me explicaba que era feliz, que había descubierto la vida tranquila del convento y que no sentía remordimiento alguno por todo lo que había vivido. Se sentía plena y realizada.

Mis ojos miraron a mi alrededor, al hermoso jardín de Al-Shuruq. Al fondo Assim jugaba con nuestros nietos, los hijos de Heléne y Lauro que llenaban nuestra vida de alegría y de ese caos maravilloso que sólo traen los niños. Y en ese instante recordé mi fortuna.

Eran muchas las cosas que había vivido, muchas las personas a las que había perdido por el camino, pero mucho era también lo que la vida me había regalado. No había sido fácil. Nadie dijo que tuviera que serlo. Sin embargo, como Berenguela me había dicho una vez, la fuerza para aferrarme a la persona que era, a mis sentimientos sin importar lo que nadie pudiese pensar, me había llevado hasta allí, hasta ese lugar pleno de felicidad, hasta mi propio paraíso. Un lugar donde yo ya no era el pecado de ningún rey, un lugar donde yo era simplemente Rodrigo de Tudela.

Muchísimas gracias por leer ¨El Pecado del Rey¨.
Espero de corazón que lo hayas disfrutado al menos tanto como yo disfruté mientras contaba la historia de Rodrigo.
Tu opinión es muy importante para mí, así que te agradecería mucho si te animas a dejar una opinión en Amazon.
Nos vemos en la próxima aventura.

Un abrazo,
Daniel.

SOBRE DANIEL



Daniel Caet es un autor español de novelas de ficción histórica y sobrenatural. Nacido en Salamanca en 1976, Daniel es doctor en Microbiología y Genética, aunque es su interés por la historia antigua y de las religiones lo que alimenta sus obras.

Su primera novela, Las Mentiras del Cielo, publicada en 2018 consiguió una enorme popularidad y alcanzó los primeros puestos de ventas en Amazon, algo que se repitió con su

segunda obra, El Libro de las Palabras Perdidas, publicada en 2019.
Con El Pecado del Rey, Daniel se adentra en el terreno del thriller histórico, con una historia absorbente sobre la ambición, el odio y la necesidad de enfrentarse a un mundo hostil para defender la propia naturaleza en el brutal siglo XII.

OTROS LIBROS DEL AUTOR



Becca Engels se esconde en Nueva York tras una vida predecible y aburrida de investigadora post-doctoral construida para ocultar un gran secreto, hasta que recibe la llamada de un bufete de abogados que le comunica que ha heredado una gran fortuna de una madre a la que no recuerda. Becca viajará hasta Escocia para tomar posesión de su herencia, pero lo que

había concebido como un mero trámite se revela como algo mucho más complicado cuando los intentos por acabar con su vida empiezan a sucederse. Al mismo tiempo, un padre al que nunca ha conocido empieza a hacerle llegar unos misteriosos manuscritos que parecen relatar la historia del mismo Lucifer contada en primera persona y que cambiarán profundamente a Becca poniendo en riesgo la existencia del mundo tal y como lo conocemos. Becca se verá obligada a sumergirse en la historia de su familia, una historia casi tan antigua como el propio mundo, y que la llevará desde Sumeria a la Alemania de la segunda guerra mundial pasando por Egipto, la Inglaterra medieval o la América colonial, todo con la finalidad de desentrañar el misterio que rodea su propia identidad, y comprobará que su familia esconde secretos mucho mayores que los suyos propios y que hay mentiras de las que no se puede escapar, en particular, aquellas que vienen del cielo.

Disponible aquí.





El Libro de las Palabras Perdidas
DANIEL CAET

Londres, 1880. Anna Parr es una joven viuda con un don muy especial, la habilidad para ver a los muertos.

Intentando ignorar su peculiaridad, Anna se esfuerza por encontrar medios para mantener la vida independiente que siempre ha deseado. Pero sus planes se ven trastocados cuando recibe la inesperada visita de un detective de Scotland Yard que solicita su ayuda para intentar solventar el caso de la sangrienta muerte de una mujer. Llevada por un impulso, Anna decide aceptar y la búsqueda de una forma de parar al terrible asesino antes de que acabe con la vida de nuevas víctimas, le hará recorrer los rincones más oscuros de Londres y poner su propia existencia y muchas otras en peligro.

A medida que se adentre más y más en el misterio que la rodea, Anna se verá obligada viajar hasta la antigua India con la única finalidad de enfrentarse a un mal tan antiguo como el mundo y a un misterio que tiene su raíz en el mismo origen del hombre.

Table of Contents